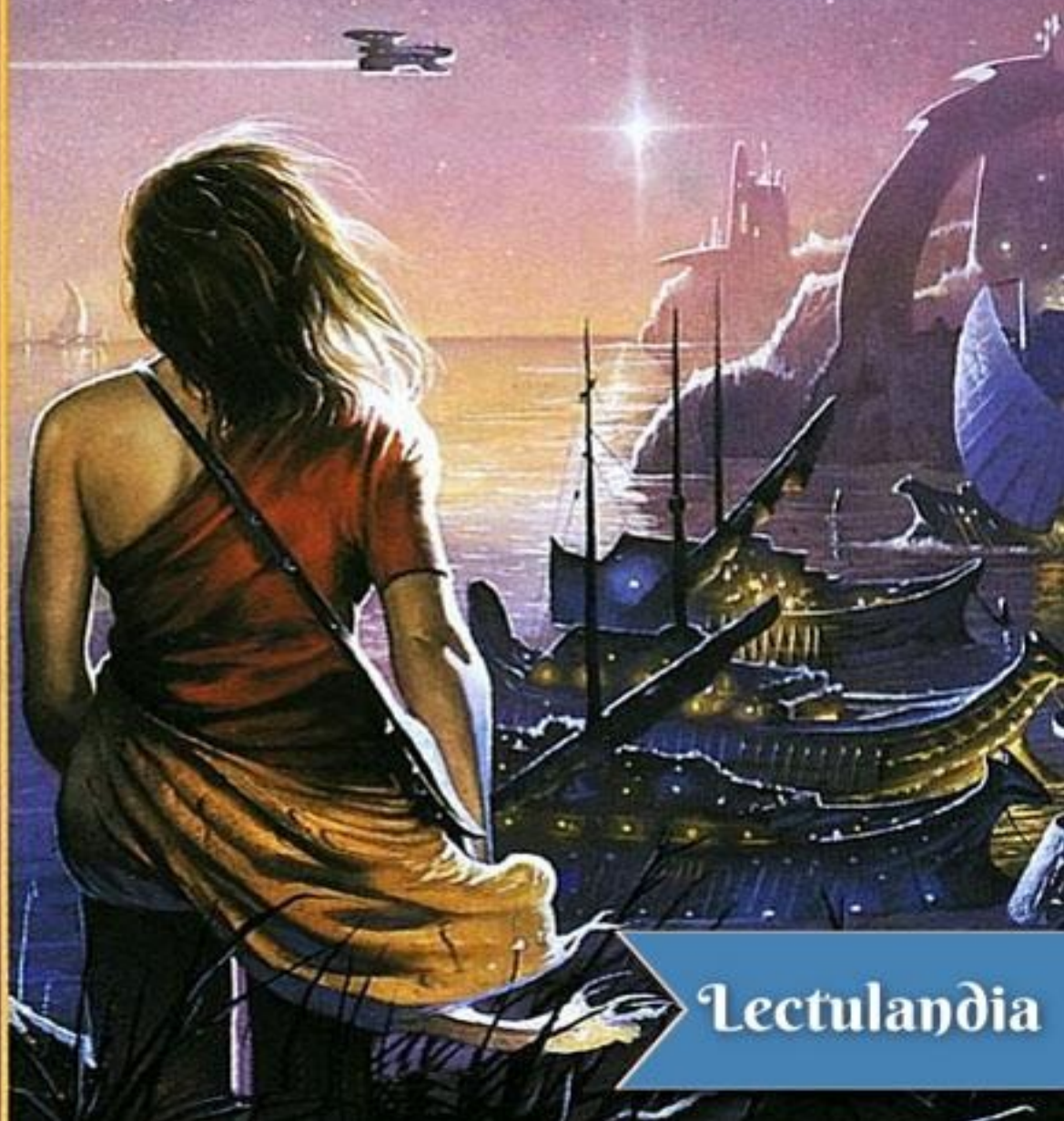


DAVID

BRIN

TIEMPOS DE GLORIA



Lectulandia

Stratos es un planeta apartado del *Phylum Homínido*, una colonia escondida donde la madre fundadora ha creado una sociedad gobernada por mujeres que se reproducen por clonación. Maia es una descastada que ha nacido en verano; es decir, que no es un clon, sino que ha sido procreada a la antigua usanza. Si se esfuerza lo suficiente podrá crear su propia línea de clones. Pero el planeta ha recibido una sorprendente visita y Maia se verá involucrada en una conspiración planetaria.

Lectulandia

David Brin

Tiempos de gloria

ePUB v1.0

elchamaco 16.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Glory Season*
David Brin, 1993.
Traducción: Rafael Marín Trechera
Diseño/retoque portada: elchamaco

Editor original: elchamaco (v1.0)
ePub base v2.0

Presentación

.Tras haber dedicado casi veinte años a su actividad como escritor, David Brin ocupa un lugar privilegiado en el seno de la moderna narrativa especulativa. Considerado por los lectores de la influyente revista Locus como su autor favorito en los años ochenta, Brin es capaz de abordar las especulaciones más arriesgadas y sugerentes con una habilidad narrativa excepcional. Tras diversos éxitos de público y crítica que no voy a comentar aquí, en TIEMPOS DE GLORIA.*Brin se atreve a abordar con osadía una temática moderna que, todo hay que decirlo, habitualmente han tratado autoras de sexo femenino .*

.Resulta evidente que, en las últimas décadas, se ha incrementado el número de títulos de una literatura que, con cierta precipitación, se suele etiquetar como «feminist».. Se trata a menudo de narraciones que critican y cuestionan la desigual relación entre los sexos, algo habitual en nuestro mundo y en nuestras culturas de patriarcado dominante. Crítica respecto a la manera en que la humanidad ha repartido el poder entre los sexos, esta narrativa a la que me estoy refiriendo nos señala los problemas que surgen de la tradicional relación entre géneros, y sugiere diversas formas de superarla o, a veces, simplemente de invertirla .

.En realidad las posibilidades son muchas: críticas, reivindicativas, utópicas, etc. Por fortuna, diversas autoras las han analizado con seriedad y, también, con cierto grado de amenidad. Los ejemplos son francamente abundantes y recorren una amplia variedad de registros y enfoques. Pese a que resulta inevitable que cualquier cita sea parcial, quedan claros los diferentes objetivos y resultados logrados por autoras, desde Margaret Atwood en EL CUENTO DE LA CRIADA., *hasta la curiosa utopía de Sheri S. Tepper en LA PUERTA AL PAÍS DE LAS MUJERES., pasando por la reflexión de posibles mundos y biología distintas que ejerzan su influencia en la organización social, como ocurre en LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD.de Ursula K. Le Guin .*

.Existe el prejuicio de que tal tipo de narrativa, planteada a menudo como una reivindicación, tiene mucho mayor interés para las lectoras que para los lectores. Se supone, erróneamente a mi entender, que los lectores son quienes, de hacerse ciertas las tesis de autoras como las citadas, tendrían más que perder. Al menos así lo parece en una sociedad patriarcal como la que todavía domina en el planeta. Pero estoy seguro de que más de un lector coincidirá conmigo en que el papel agresivo, violento y detentador de poder que cierto estereotipo asigna a los machos de la especie humana va en detrimento de cualquier persona sensible e inteligente. Aunque sea varón...

.Pero no se trata, aquí y ahora, de discutir el tema, sino de dar la entrada en el debate a una de las escasas voces masculinas que se han atrevido a abordar can

seriedad una temática hasta hay muy propia de mujeres. No obstante, todo hay que decirlo, algunos varones estamos muy interesados por este asunto y lo podemos ver también como una alternativa justamente crítica y que puede llegar a abrir nuevos caminos destinados a una liberación necesaria para todos, hambres y mujeres .

.David Brin ha optado por imaginar un mundo distinto, una utopía (en el sentido de Tomás Moro), donde dejar que su habilidad narrativa dé curso a un «experimento social». como los que Herbert G. Wells sugería, en 1906, a la Sociological Society británica como los más propios de la sociología: «la creación de utopías y su crítica exhaustiva»..

.Stratos es una escondida colonia, fundada por mujeres, que se mantiene apartada del Phylum Homínido (la multitud de mundos poblados por la especie humana en su diáspora interestelar). Las manipulaciones genéticas de la Madre Fundadora Lysos han creado en Stratos un mundo nuevo y distinto, dominado por mujeres que suelen reproducirse por clonación y pueden prescindir de los varones, aunque no totalmente. Una situación que permite especular en torno a una nueva opción sociopolítica, tecnológica, ecológica y, sobre todo, en torno a una nueva relación entre los sexos .

.La joven Maia, una descartada nacida en verano, debe abandonar el clan de sus privilegiadas media hermanas clones nacidas en invierno. En Stratos sólo nacen en verano las «va». (variantes) —concebidas al amparo del método reproductivo tradicional en la especie humana—, mientras que, en invierno, cuando la modificada libido estacional de los varones es menor, las mujeres de Stratos se reproducen por clonación. Así se generan verdaderas «clanes de clane»., que dominan un planeta donde la población masculina es mucho más reducida .

.Concebida también como una narración clásica en la que una adolescente se hace adulta, Maia y su hermana Leie (gemela, que no clon) emprenden un difícil y peligroso viaje iniciático. Éste comienza en los muelles de Puerta Sanger y continúa en una de los barcos tripulados por los escasos hombres (menos de un veinte por ciento). que forman la población de Stratos, un mundo creado por y para las mujeres. Salir con éxito de tan difícil empresa será la única que permita a las jóvenes ser las fundadoras en el futuro de un nuevo clan y, en definitiva, pasar sus genes a la posteridad siguiendo la norma habitual en Stratos .

.El viaje de la protagonista ofrece una variada muestra del complejo mundo que Brin ha imaginado y que conocemos a través de las peripecias de Maia, narradas siempre en clave de amenas aventuras: el trabajo con los hombres y otras «var». en el mundo masculinizado de la navegación de Stratos, el encuentro tanto con las heréticas perkinitas que pretenden eliminar a los hombres como con otros grupos de mujeres que desean la igualdad sociopolítica entre las vars y las mujeres clonadas, etc .

.En las palabras finales con que David Brin cierra el libro, se evidencian los temas

que alimentan el motor central de la novela: la clonación, el feminismo, la ingeniería cultural, las civilizaciones casi-pastorales y su relación con la tecnología, y un largo, larguísimo, etcétera. Todo ello da riqueza y contenido a una interesante especulación servida con la mayor amenidad .

.La novedad es, como ya se ha dicho, que sea un escritor varón quien se atreva a intervenir en el debate con una nueva exploración en torno a un mundo y una cultura que organiza de forma radicalmente distinta la relación entre los dos sexos que componen la especie humana. Brin ha sido capaz de esa hazaña y, como es lógico suponer, ha tenido alguna que otra crítica, no tanto a la riqueza y amenidad de su narración, sino a las tesis implícitas en su aventura de la imaginación. Desde la óptica del feminismo duro se le ha criticado, por ejemplo, que la novela incluya el enfrentamiento entre mujeres. Sin embargo, esto no es nuevo, y Joanna Russ, Sheri S. Tepper, Susy McKee Charnas y tantas otras autoras saben ya que especular en torno a una organización social, donde la relación entre los sexos es distinta, no deja nunca indiferente a todo tipo de lectores. Sea cual fuere su sexo .

.Y, al menos en el caso de TIEMPOS DE GLORIA., *estoy absolutamente convencido de ello. Hay en esta novela muchos elementos de interés que, me temo, no se agotan en una sola lectura .*

.Tal vez haya cierta determinación biológica a través del sexo (y de eso intenta también tratar la novela de Brin), pero coincido con Maria Antonietta Macciocchi cuando nos recordaba en un reciente artículo (EL PAÍS, 8 de mayo de 1996) que a través de aquella frase filosófico-mágica: *.una no nace mujer, sino que se hace*

Los varones, algunos varones, sabemos que la frase se nos aplica también, pero cambiando esa presunta.«inferioridad femenin». *por otra, no menos presunta, «superioridad masculin».; y el papel de «sierv». por otros de «dominado».. Como dice el refrán: en todas partes cuecen habas...*

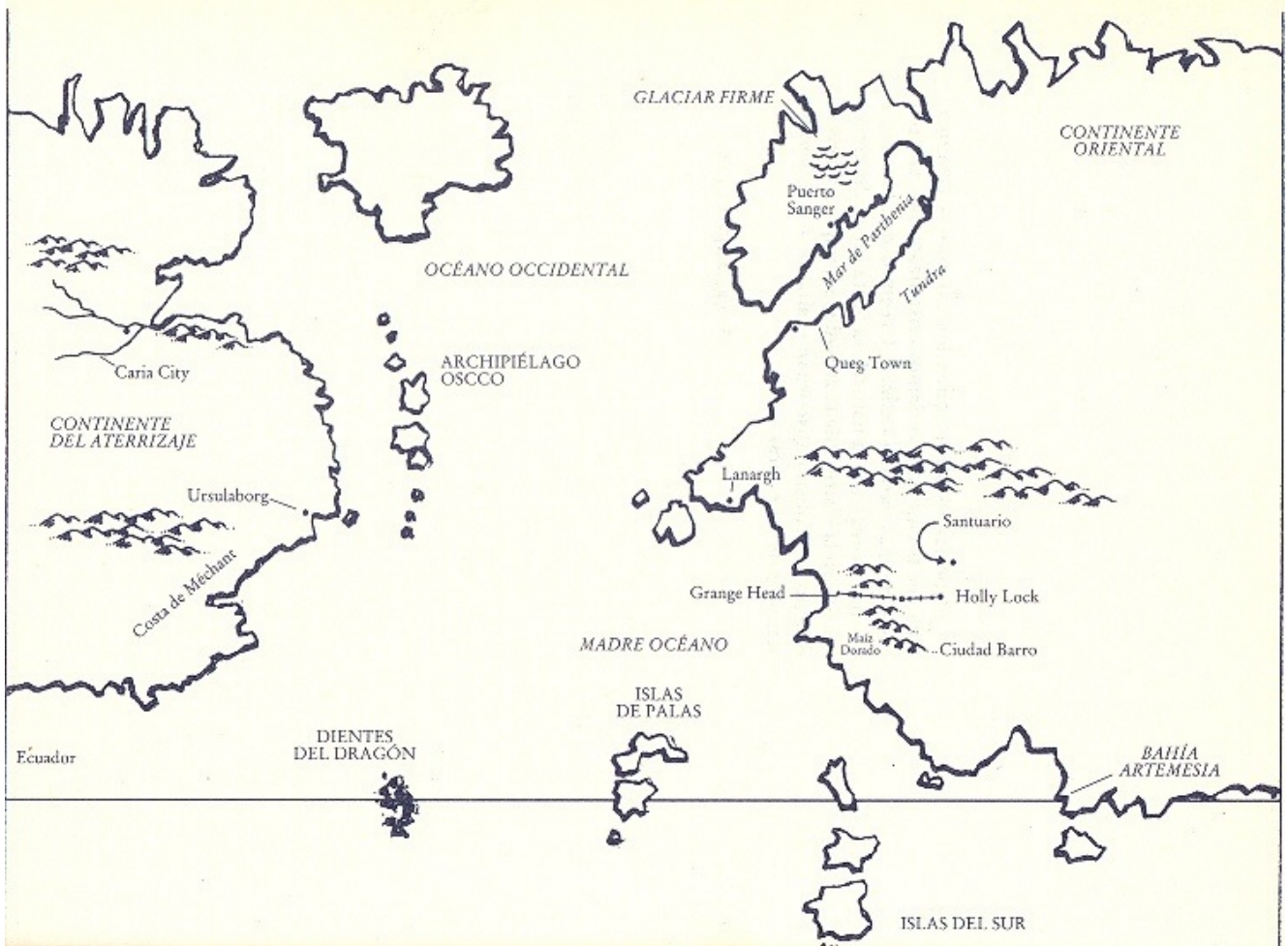
.De todo eso trata, en el fondo, TIEMPOS DE GLORIA.. *Que ustedes la disfruten*

MIQUEL BARCELÓ

Para Cheryl Ann
que rescató a Maia de las Tierras Llanas
y a mí de la soledad

Deberíamos abrir todos los caminos a la mujer. Una vez hecho esto, veríamos cristalizaciones más puras y de más variada belleza. Creemos que la energía divina impregnará la naturaleza hasta un grado desconocido en la historia de la antigüedad, y que sobrevendría no una colisión discordante, sino una abrumadora armonía de las esferas.

MARGARET FULLER



Prologo

Veintiséis meses antes de su segundo cumpleaños, Maia aprendió la verdadera diferencia entre invierno y verano.

No era simplemente el clima, o la forma en que los relámpagos de la estación calurosa crepitan entre los altos barcos anclados en la bahía. Ni siquiera el cegador tintineo de Wengel, tan distinta a las otras estrellas.

La auténtica diferencia era mucho más personal.

—Ya no puedo seguir jugando contigo —la amenazó un día Sylvina, su medio hermana—. ¡Porque tuviste un padre!

—¡Y-yo n-no! —tartamudeó Maia, abrumada por la palabra, sabiendo que era ligeramente desagradable. El desprecio de Sylvie le dolió como si un amargo viento del glaciar soplara en la habitación infantil.

—¡Sí que lo tuviste! ¡Tuviste un padre, sucia var!

—Bueno... ¡pues entonces también tú eres una var!

La otra niña se rió bruscamente.

—¡Ja! Yo soy Lamai pura, como mis hermanas, madres y abuelas. Pero tú eres una niña del verano. Eso te convierte en ú-nica. ¡Var!

Abrumada, demasiado nerviosa para hablar, Maia sólo pudo ver cómo Sylvina se arreglaba el rizado cabello y se marchaba, para unirse a un grupo de niñas de edades diversas pero de aspecto similar. Había tenido lugar algún silencioso ritual de separación que dividía la habitación. En la mitad mejor, cerca del hogar, cada niña era una perfecta versión en miniatura de una madre Lamai. El mismo pelo rubio y la misma fuerte mandíbula. La misma pose característica con la barbilla levantada de modo desafiante.

Aquí, de este lado, los dos niños recibían asistencia en su rincón, como de costumbre, sin advertir ningún cambio que pudiera afectarlos. Eso dejaba a ocho niñas como Maia, esparcidas cerca de las heladas ventanas. Las había rubias y morenas, más altas o más delgadas. Una tenía pecas, otra el cabello rizado. Lo que tenían en común eran sus diferencias.

¿Era esto lo que significaba tener un padre?, se preguntó Maia. Todo el mundo sabía que los niños del verano eran más raros que los invernales, un hecho que antaño la hacía sentirse orgullosa, hasta que comprendió que, al fin y al cabo, ser «especia» no era ninguna suerte.

Recordó las tormentas de verano, el olor de la electricidad estática y el tamborileo de la lluvia sobre los tejados de Puerto Sanger. Cada vez que las nubes se alzaban, las titilantes cortinas del cielo bailaban como gigantes de seda en las lejanas colinas de la tundra, muy lejos de las puertas cerradas de la ciudad. Ahora, las constelaciones invernales sustituían el sedoso espectáculo del verano, brillaban sobre un plácido mar

salpicado de escarcha. Maia ya sabía que los cambios de estación tenían relación con los movimientos de Stratos alrededor de su sol. Pero aún no había advertido qué tenía eso que ver con que los niños nacieran diferentes o iguales.

¡Espera un segundo!

Asaltada por una idea, Maia corrió hacia el armario donde se guardaban los juguetes. Cogió con ambas manos un gastado espejo de mano y se lo llevó hasta donde estaba sentada otra niña morena de su misma edad que jugaba con varios soldados de juguete, arreglándoles las espadas y cepillando sus melenas. Maia tendió el espejo, comparando su rostro con el de la otra niña.

—¡Tengo el mismo aspecto que tú! —anunció. Se volvió y llamó a Sylvina—. ¡No puedo ser una var! ¿Ves? ¡Leie es igual que yo!

El triunfo se difuminó cuando las demás se rieron, no sólo las niñas rubias, sino la habitación entera. Maia miró a Leie con el ceño fruncido.

—P-pero, tú eres igual que yo. ¡Mira!

Ajena al coro de «¡Var! ¡Var!». que hacía arder las orejas de Maia, Leie ignoró el espejo y tiró del brazo de ésta, haciéndola caer de golpe en el suelo, a su lado. Leie puso uno de los soldados de juguete en el regazo de Maia, y luego se inclinó hacia delante y susurró:

—¡No seas idiota! Tú y yo tuvimos el mismo padre. Nos iremos en su barco algún día. Navegaremos, y veremos una ballena, y nos montaremos en su cola. Eso es lo que hacen los niños del verano cuando crecen.

Tras esta sorprendente revelación, Leie siguió cepillando tranquilamente el brillante cabello de su soldado de madera.

Maia se quedó con el otro muñeco en la mano abierta, el espejo en la otra, sopesando lo que había aprendido. A pesar del aire de seguridad de Leie, su historia parecía tan tonta como lo que la propia Maia había dicho. Sin embargo, había algo sorprendente en la actitud de la otra niña... su forma de hacer que una mala noticia resultara buena.

Parecía motivo suficiente para que se hicieran amigas. Incluso uno mejor que el hecho de ser tan idénticas como dos estrellas en el cielo.

PRIMERA PARTE

Nunca subestiméis el viaje en el que nos hemos embarcado, ni lo que dejamos a sabiendas. Admitamos desde el principio, hermanas mías, que los compañeros que nos otorgó la naturaleza tuvieron sus usos, sus momentos. La fuerza y la intensidad masculinas han logrado, en ocasiones, cosas nobles y hermosas a la vez.

Sin embargo, incluso en su culminación, ¿no se malgastó siempre esa fuerza en defendernos a nosotras, y a nuestros hijos, contra otros de su género? ¿Merecen el coste sus mejores momentos?

La Madre Naturaleza trabaja siguiendo una lógica, según un código riguroso que servía cuando éramos bestias, pero ya no. Ahora dominamos sus herramientas, su arte, a fondo. Y con la habilidad aparece el deseo de cambio. Las mujeres (algunas mujeres) exigen un modo de vida mejor.

Así, camaradas, buscamos este mundo, muy lejos de la molesta moderación del Phylum Homínido. El desafío de esta generación fundadora es mejorar el diseño de la humanidad.

LYSOS, Discurso del Día del Aterrizaje

1

Un rayo de luz oblicua se desparramaba sobre la mesa situada junto a la cama de Maia, iluminando un metro de lustrosa trenza de color castaño. Recién cortada. Extendida a lo largo de la desvencijada mesilla de noche y atada por ambos extremos con lazos azules.

Azul de concha estelar, el color de las despedidas. Y junto a la trenza, un par de brillantes tijeras se alzaban como una bailarina haciendo equilibrios sobre un pie, una punta clavada en la superficie de la mesa. Parpadeando adormilada, Maia contempló aquellos objetos (iluminados por un trapecio de oblicua luz del amanecer), esforzándose por separarlos de los símbolos de su reciente sueño.

De inmediato, comprendió su significado.

—Lysos —jadeó, apartando las sábanas—. ¡Leie lo ha hecho de veras!

Unos escalofríos repentinos le hicieron darse cuenta de otra cosa. ¡Su hermana también se había dejado la ventana abierta! Los vientos llegados del glaciar Firme agitaban las cortinas pardas del cuartito, haciendo rodar bolas de polvo por el suelo de madera hasta su abultada mochila. Maia corrió a cerrar los postigos y contempló el rojo amanecer teñir los tejados de pizarra de las casas de los clanes de Puerto Sanger, tan parecidas a castillos.

La brisa traía los aullidos de las gaviotas y los aromas de lejanos icebergs, pero disfrutar de las mañanas era un vicio que nunca había compartido con su madrugadora gemela.

—Uf. —Maia se llevó una mano a la cabeza—. ¿Fue de verdad idea mía trabajar anoche?

Había parecido lógico en ese momento.

.Nos harán falta las últimas noticias antes de partir —había instado Maia, firmando por ambas por última vez para atender las mesas de la casa de invitados del clan— *..Podríamos oír algo útil, y una moneda extra o dos no nos vendrán mal.*

Los hombres del barco de madera, el *Gaviota Galante*, estaban llenos de chismorreos, cierto, y de dulce vino lamatiano. Pero los marineros no prestaron atención a dos adolescentes veraniegas (dos mocosas *variantes*), cuando había regordetas Lamai invernales cerca, todas atractivamente idénticas, bien vestidas y de buenos modales. Adulando y achuchando a los oficiales, las jóvenes Lamai habían chasqueado los dedos hasta pasada la medianoche, enviando a Maia y a Leie a traer más jarras de fuerte cerveza.

La ventana abierta debía de ser la forma que tenía Leie de desquitarse.

.Oh, bueno, pensó Maia, a la defensiva..También ella ha tenido bastantes ideas malas. Lo que importaba era que tenían un plan, las dos, elaborado pacientemente año tras año en aquella habitación del ático. Durante toda la vida habían sabido que

llegaría este día..*Por no mencionar cuántos trabajos horribles tendremos que soportar antes de encontrar nuestro nicho.*

Justo cuando Maia pensaba en volverse a meter entre las mantas, sonó la campana de la Torre Norte, sacudiendo aquel pobre rincón del extenso compuesto Lamai. En los recintos de clase alta, las invernales no se moverían hasta al cabo de una hora, pero las niñas del verano solían levantarse con el crudo frío, ésa era la ironía de su nombre. Maia suspiró, y empezó a ponerse su nueva ropa de viaje. Calzas negras de tela-red extensible, una blusa blanca y una camiseta sin mangas, botas y una chaqueta de resistente cuero curtido. El atuendo era más de lo que muchos clanes proporcionaban como despedida a sus hijas-var, como recalcan diligentemente las madres. Maia intentó sentirse afortunada.

Mientras se vestía, contempló la trenza cortada. Era más larga que un brazo extendido, brillante, pero sin los ricos resplandores que las Lamai puras lucían como derecho de nacimiento. Parecía tan fuera de lugar que Maia sintió un ligero escalofrío, como si estuviera contemplando la mano o la cabeza cercenada de Leie. Se detuvo en el gesto de hacer un signo con la mano para espantar la mala suerte, y se rió nerviosa por la mala costumbre. Las supersticiones campestres la revelarían como una palurda en las grandes ciudades del Continente del Aterrizaje.

Dado el acontecimiento, Leie ni siquiera había atado demasiado bien su trenza. En aquel momento, en otras habitaciones cercanas, Mirri, Kirstin y las otras cinco niñas del verano estarían arreglando sus trenzas para la Ceremonia de Partida de hoy. Las gemelas habían discutido sobre si asistían, y ahora Leie había actuado por su cuenta, de forma típica e impulsiva..*Leie probablemente cree que esto le da categoría como adulta, aunque la Abuela Modine dice que yo fui la primera en salir del vientre de nuestra madre.*

Completamente vestida, Maia se volvió para contemplar la habitación del ático donde habían vivido durante cinco largos años stratoianos (quince según el antiguo calendario), las niñas del verano que tejían sueños de gloria invernal, susurrando un plan cuyo desarrollo tardó tanto que ninguna recordaba quién lo había planteado primero.

Ahora....*hoy...* el barco.*Ave Sombría* las llevaría a lejanas tierras occidentales donde se decía que las oportunidades esperaban a jóvenes brillantes como ellas.

Aquella era también la dirección en la que había sido visto por última vez su barco-paterno, algunos años atrás.

—No puede perjudicarnos mantener los ojos abiertos —había propuesto Leie, aunque Maia se había preguntado, escéptica:..*Si alguna vez conocemos a nuestro padre genético, ¿de qué podríamos hablar?*

Todavía salía agua tibia del grifo del rincón, lo que Maia tomó como un agradable presagio..*El desayuno también estará incluido,* pensó mientras se lavaba la cara., si

llego a la cocina antes que las mocosas invernales.

Frente al diminuto espejo de mesa (una propiedad del clan que echaría terriblemente de menos), Maia se arregló la trenza característica de la Familia Lamatia, haciendo obstinadamente un trabajo mejor que el de Leie.

Ató los extremos superior e inferior con lazos azules, sacados de su bolsillo. En un momento determinado, sus propios ojos castaños la miraron, levemente ensombrecidos por las claras cejas no-Lamai, legado de su desconocido padre. Al contemplar aquellos oscuros iris, Maia se sorprendió al encontrar lo que menos quería ver: un húmedo destello de temor. Una contricción. Conciencia de un ancho mundo esperándola más allá de la familiar bahía. Un mundo a la vez atractivo y notablemente implacable con las jóvenes vars solitarias que no tuvieran inteligencia o suerte. Tras cruzar los brazos sobre el pecho, Maia luchó contra un estertor de protesta.

¿Cómo puedo dejar esta habitación? ¿Cómo pueden obligarme a marchar?

Un brusco pánico se cernió sobre ella atenazándola como un bloque de hielo, trabando sus miembros, su respiración. Sólo su acelerado corazón parecía capaz de moverse, agitando su pecho, acelerando inevitablemente... hasta que rompió el hechizo un pensamiento penetrante:

¿Y si Leie vuelve y me encuentra así?

¡Un destino aún peor que aquel que el simple mundo podía depararle! Maia se rió nerviosa, sacudiéndose el temor, y con una mano se secó los ojos..*De todas formas, no puede decirse que vaya a estar completamente sola ahí fuera. Que Lysos me ayude, siempre tendré a Leie .*

Por fin contempló las brillantes tijeras, clavadas en la mesa. Leie las había dejado así como un desafío. ¿Se arrodillaría Maia mansamente ante las matriarcas del clan, recibiría pomposos consejos, un Beso de Bendición, y el corte de rigor? ¿O se marcharía con valentía, sin pedir ni aceptar una despedida hipócrita?

Lo que la hizo detenerse, irónicamente, fue una consideración de carácter puramente práctico.

.Sin la trenza, no habrá desayuno en la cocina.

Tuvo que usar ambas manos y mover las tijeras de un lado a otro para liberarlas de la madera ajada. Maia hizo girar las hojas gemelas a la luz que fluía a través de los postigos.

Se rió en voz alta y tomó una decisión.

Ni siquiera las niñas del invierno eran totalmente idénticas. Un ojo experto podía distinguir las raras dobles veraniegas como Maia y Leie. Para empezar, eran gemelas de *espejo*. Si Maia tenía un pequeño lunar en la mejilla derecha, Leie lo tenía en la izquierda. Su pelo se dividía en lugares opuestos, y mientras que Maia era diestra, su

hermana sostenía que el hecho de ser zurda era un claro signo de grandeza. Con todo, las sacerdotisas de la ciudad las habían estudiado. Tenían los mismos genes.

Al principio, se les había ocurrido una idea: usar esta situación para su provecho.

Su plan tenía límites. No podían ponerlo en práctica ante una sabia, ni entre las majestuosas casas de mercaderes del Continente del Aterrizaje, donde los ricos clanes aún usaban la magia de los datos de la Vieja Red. Por eso Maia y Leie habían decidido permanecer embarcadas algún tiempo, con los marinos y los vagabundos, hasta encontrar alguna ciudad rústica donde resultara fácil engañar a las madres locales y los visitantes masculinos fueran más taciturnos que los chismosos y barbudos cretinos que surcaban el mar de Parthenia.

Así lo conceda Lysos. Maia se tiró de una oreja para darse suerte y siguió cargando su petate mientras bajaba las retorcidas escaleras traseras de la Casa Infantil de Verano de Lamatia, gastadas ya por el paso de generaciones. Ante cada ventana hendida una brisa helada le acariciaba la nuca, provocándole la extraña sensación de que la seguían. El petate era pesado, y Maia tuvo la sospecha de que su hermana lo había cargado con algo más mientras le daba la espalda. Si hubieran conservado sus trenzas una hora más, las madres podrían haberles asignado un lugar para que llevara sus efectos a los muelles. Pero Leie había dicho que contar con los lúgars las volvería blandas, y en eso probablemente llevaba razón. No habría gigantes dóciles para suavizar su trabajo en el mar.

El Patio de Verano no hacía honor a su nombre, permanentemente a la sombra de las torres donde habitaban las invernales tras hileras de ventanas con cristales y cortinas de seda. El oscuro lugar estaba desierto a excepción de una figura inclinada que pasaba la escoba bajo las ceñudas figuras de piedra de las primeras madres del Clan Lamai, todas talladas con expresión uniforme de desdén y labios arrugados. Maia se detuvo a observar al viejo Bennett barrer las hojas de otoño, su barba blanca agitándose en suave compás. No era legalmente un hombre, sino un «retirad».; Bennett había sido traído aquí cuando su hermandad de marinos ya no pudo cuidarlo, una tradición abandonada por otros matriarcados hacía tiempo, pero orgullosamente mantenida por Lamatia.

Recién instalado allí, los ojos de Bennett conservaban un atisbo de fuego, y también mantenía su voz resonante. Toda la virilidad física había desaparecido, sí, pero era recordada todavía, pues solía pellizcar traseros de vez en cuando, provocando grititos de complacida furia en las muchachas y frías miradas de desaprobación por parte de las matronas. Aunque formalmente era tutor del puñado de niños varones, se convirtió en el favorito de todos los niños de verano gracias a sus floridos y apasionantes relatos del mar salvaje y abierto. Ese año, Bennett le tomó especial cariño a Maia, animando su interés por las constelaciones y el arte masculino de la navegación.

No podía decirse que *hablaran* de verdad, como podían hacerlo dos mujeres, sobre la vida y los sentimientos y otras cosas de enjundia. Con todo, Maia recordaba con cariño una extraña amistad que ni siquiera Leie llegó nunca a comprender. Pero demasiado pronto el fuego abandonó los ojos de Bennett. Dejó de contar historias coherentes y se sumergió en un silencio sombrío mientras continuaba tallando flautas ornamentadas que ya no se molestaba en tocar.

El anciano se encorvó sobre su escoba cuando Maia se inclinó para mirarle a los ojos acuosos. Su impresión, tal vez producida por sus propias imaginaciones, fue de un *activo* vacío. De ansiosa y estudiada evasión del mundo. ¿Les sucedía esto de modo natural a los varones que ya no podían trabajar en los barcos? ¿O se lo habían causado de algún modo las madres Lamai, borrando la molestia a la vez que garantizaban que estuviera de verdad «retirad»? Eso le hizo sentir curiosidad por los fabulosos santuarios, donde pocas mujeres entraban, y donde la mayoría de los hombres iban finalmente a morir.

Dos estaciones atrás, Maia había intentado sacar a Bennett de su declive llevándolo de la mano por la estrecha escalera de caracol hasta la pequeña cúpula que contenía el telescopio del clan. Ver el brillante instrumento, donde meses antes habían pasado horas juntos escrutando los cielos, pareció producir placer al anciano. Sus manos engarfiadas acariciaron el flanco de latón con sensual afecto.

Fue en ese momento cuando ella le mostró la Nave Exterior, entonces nueva en el cielo de Stratos. Todo el mundo hablaba del tema, incluso en los programas de tele, férreamente censurados. Seguro que Bennett había oído hablar del mensajero peripatético llegado de las distancias del espacio para poner fin a la larga separación entre Stratos y el Phylum Homínido.

Al parecer, no era así. Asombrado, Bennett pareció creer al principio que se trataba de uno de los parpadeantes satélites de navegación, que ayudaban a los capitanes a encontrar su rumbo en el mar. Al final, comprendió las explicaciones de ella: aquel claro titilar era, en realidad, una nave espacial.

¡Jelly puede! —estalló Bennett de repente—. *¡Se-ñala, Jelly puede!*

—¿Señales? ¿Te refieres al faro? —Ella apuntó hacia la torre que señalaba la bahía de Puerto Sanger, su llama iluminando las aguas. Pero el anciano sacudió la cabeza, desesperado.

¡Antes!... ¡Jelly puede antes!

Siguieron más frases de aquel dialecto confuso y sin sentido. Estaba claro que había sucedido algo que tiraba de algún cable mental. Cables que antaño estaban relacionados con fervientes pensamientos, pero que se habían convertido tiempo atrás en hilos sueltos. Para horror de Maia, el anciano empezó a golpearse la sien, una y otra vez, mientras las lágrimas corrían por sus chupadas mejillas.

¡No puedo recordar!... ¡No puedo! —gimió—. *Antes... ido... no puedo...*

El ataque continuó mientras ella, aturdida, le ayudaba a bajar de la torre y le llevaba a su jergón; luego se sentó a su lado mientras el hombre se sacudía y murmuraba rítmicamente que había que «protege». algo... y hablaba sobre «dragones en el ciel».. En ese momento, Maia sólo pudo pensar en un dragón, una fiera figura tallada sobre el altar del templo de la ciudad, que la había asustado cuando era pequeña, aunque las matronas decían que la bestia era una representación alegórica del espíritu materno del planeta.

Desde aquel episodio en el tejado, Maia no había intentado volver a comunicarse con Bennett... y se avergonzaba de ello.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó ahora en voz baja, contemplando aquellos ojos asustados—. ¿Hay alguien?

No surgió de aquella mirada nada comprensible, así que se inclinó para besar la mejilla rasposa, preguntándose si el confuso afecto que sentía era lo más cerca que podría encontrarse jamás de una relación con un hombre. Para la mayoría de las mujeres del verano, la castidad durante toda la vida no era sino un emblema más de una lucha que pocas podían ganar.

Bennett siguió barriendo. Maia se sopló las manos para hacerlas entrar en calor, y se volvió para marcharse justo en el momento en que una campana rompía el silencio. Unos niños ruidosos salieron corriendo al patio, llegados desde los estrechos corredores de todas partes. Desde los bebés hasta los más mayores, todos llevaban los brillantes tartanes de Lamatia, el pelo trenzado al estilo del clan. Sin embargo, la uniformidad no era total. A diferencia de los niños normales, cada mocosa del verano seguía siendo una clarísima muestra de individualismo, y era dolorosamente consciente de su condición única.

No así los niños varones, uno de cada cuatro, que corrían a clase como sus hermanas, pero con una pose que decía: «Sé adónde voy». Los hijos de Lamatia a menudo se convertían en oficiales, incluso en capitanes de buque.

.Y al final, en viejos inútiles, se recordó Maia mientras Bennett seguía barriendo, ajeno al tumulto. Hombres y mujeres tenían eso en común: todo el mundo envejecía. En su sabiduría, Lysos había decretado hacía tiempo que el ritmo de la vida debía incluir un final.

Los niños dejaron de correr y miraron a Maia. Ella les devolvió la mirada, con cara de póquer. Vestida de cuero, con el pelo corto, debía parecer una de las últimas trasnochadoras, perdida de la taberna. ¡Con lo delgada que era, tal vez la tomaban por un hombre!

De repente, varios niños se rieron en voz alta. Jemanine y Loiz la abrazaron, y el pequeño y dulce Albert, del que cuidó hasta que se aprendió las constelaciones mejor que las retorcidas calles de Puerto Sanger. Los demás se acercaron, llamándola por su

nombre. Sus abrazos representaron más para Maia que ninguna bendición de las madres... aunque la próxima vez que se encontrara con muchos de ellos, en el mundo exterior, podrían ser competidores.

Los gritos recomenzaron. Un alto lúgar de piel blanca y morro caído salió al patio blandiendo una campana de latón, claramente perturbado por aquella ruptura de la rutina. Los niños ignoraron a la criatura sin cuello, asaltando a Maia con preguntas sobre su trenza, su planeado viaje, y el porqué había decidido faltar a la Ceremonia de Partida. Maia sintió una rara excitación al convertirse en lo que las madres llamaban un «mal ejempl»..

Entonces llegó al patio una figura más pequeña pero mucho más temible que el inquieto lúgar: la Sabia Madre Claire, con un punzón en la mano, miró fieramente a aquellos. *indignos mocosos var que deberían estar en clase...*

Los niños echaron a correr, aunque algunos de los más osados se atrevieron a despedirse por última vez de Maia antes de desaparecer. El inquieto lúgar siguió tocando la campana hasta que la matrona puso fin al clamor con un buen codazo.

Madre Claire se volvió y dirigió a Maia una mirada calculadora. Incluso en la vejez, era una Lamai perfecta.

El ceño fruncido y los labios tensos, aunque severamente hermosa, siempre, por lo que Maia recordaba, siempre tenía aquella mirada de desdén. Pero ahora, en vez de la esperada furia por los rizos cortados de Maia, la mirada de la directora terminó con una sorprendente sonrisa.

—Bien —asintió Claire—. A la primera oportunidad has reclamado tu propia herencia. Bien hecho.

—Yo... —Maia sacudió la cabeza— no comprendo.

El antiguo desdén seguía allí, un desprecio igualitario por todo aquello que no fuera Lamai.

—Las mocosas del calor sois una lata —dijo Claire—. A veces desearía que las fundadoras de Stratos hubieran sido más radicales, y hubieran elegido apañárselas sin vuestra especie.

Maia jadeó. La observación de Claire era casi Perkinita en su herejía. Si la propia Maia hubiera dicho alguna vez algo remotamente parecido sobre las primeras madres, se habría ganado una azotaina.

—Pero Lysos fue sabia —continuó con un suspiro la vieja maestra—. Las veraniegas sois nuestra semilla salvaje.

Nuestra herencia llevada por los vientos. Si quieres mi bendición, tómala, niña-var. Hunde tus raíces en alguna parte y florece, si puedes.

Maia sintió que las aletas de su nariz se dilataban.

—Nos expulsáis, sin darnos nada...

Claire se echó a reír.

—Damos mucho. ¡Una educación práctica y ninguna ilusión de que el mundo os debe favores! ¿Preferirías que os mimáramos? ¿Que os colocásemos en algún trabajo inútil, como hacen algunos clanes con sus vars? ¿O que os aleccionáramos para una prueba de servicio civil a cada cien pasos? Oh, eres lo bastante inteligente para tener una oportunidad, Maia, ¿pero luego qué? ¿Trasladarte a Caria City y dedicarte al papeleo el resto de tu vida?

¿Depender de un salario para comprar un apartamento e iniciar algún día un microclán de *una* ?

Maia tuvo la fuerza de decir lo que había querido expresar durante años.

—Hipócrita hi...

—¡Eso es! —la interrumpió Madre Claire, aún sonriendo—. Sigue escuchando a tu hermana. Leie sabe que ahí fuera hacen falta uñas y dientes. Ahora márchate. Márchate y enfréntate al mundo.

Con eso, la enervante mujer se dio la vuelta y condujo al manso lugar más allá del viejo barrendero, siguiendo a sus pupilos hacia la clase donde los sonidos de las lecciones empezaron a llenar el aire frío y seco.

El patio, parte de su mundo desde hacía tanto tiempo, le pareció de repente a Maia cerrado, claustrofóbico. Las estatuas de las antiguas Lamai parecían más pétreas y gélidas que nunca. *Gracias, Mamá Claire*, pensó, reflexionando sobre sus palabras de despedida. *Eso haré.*

Y nuestra primera regla, si Leie y yo fundamos alguna vez nuestro propio clan, será... ¡nada de estatuas!

Maia encontró a Leie mordisqueando una manzana robada, apoyada contra la puerta de los mercaderes, mirando más allá de las gruesas murallas de la Fortaleza Lamatia hacia donde las calles empedradas confluían colina abajo, tras las nobles casas de los clanes de Puerto Sanger. En la distancia, una nube de ingravidos e iridiscentes flotadores-zoor usaba las corrientes de aire para alzarse sobre los mástiles de la bahía, buscando desechos de la flota pesquera. Las criaturas daban un raro tinte festivo a la mañana, como las chillonas cometas-globo que los niños hacían volar el Día del Solsticio de Invierno.

Maia contempló el irregular corte de pelo de su gemela y su burdo atuendo.

—¡Lysos, espero no tener ese aspecto!

—Tus plegarias son respondidas —contestó Leie con un agrio ademán—. En la vida estarás así de bien. Coge.

Maia cazó al vuelo una segunda manzana. Naturalmente, Leie había robado dos. En cuestiones de salud, su hermana estaba empeñada en su bienestar. Su plan no funcionaría sin las dos.

—Mira. —Leie indicó con la barbilla la capilla del clan, en cuyo pórtico se había

congregado un grupo de niñas del verano de cinco años. Rosin y Kirstin mordían dulces nerviosamente, procurando no llenarse de migas los trajes prestados. Ambas llevaban la trenza primorosamente atada con lazos azules, a punto para ser cortada en la ceremonia por la archivera del clan. En cínica conjetura, Leie apostó a que las pragmáticas madres venderían todo aquel pelo brillante a los colonos, que lo emplearían como material para nidos, a cambio de unas cuantas pintas de zec-miel.

Cada una de aquellas muchachas tenía cierto parecido de familia, pues habían tenido la misma madre que Maia y Leie. Con todo, las medio hermanas habían crecido sabiendo aún mejor que las gemelas lo que significaba ser única.

.Deben de estar aún más asustadas que yo, se compadeció Maia.

En los oscuros recovecos de la capilla distinguió a varias Lamai mayores y a la sacerdotisa venida para officiar desde el templo de la ciudad. Maia vio cómo encendían las velas, que iluminaban las letras grabadas que bordeaban el santuario de piedra con citas del *Libro de las Fundadoras* y, a lo largo de una pared entera, con el enigmático Acertijo de Lysos. Cerró los ojos y pudo visualizar cada metro tallado, sentir la áspera textura de las columnas, casi oler el incienso.

Maia no lamentaba su elección: haber seguido el ejemplo de Leie y rechazar toda la hipocresía. Y sin embargo...

—Idiotas —comentó Leie, despreciando a sus iguales con una mueca—. ¿Quieres ver cómo se gradúan?

Tras una pausa, Maia respondió con un movimiento de cabeza. Recordó una estrofa del poeta Wayfarer.

*El verano trae el sol
que se extiende sobre la tierra.
Pero el invierno permanece
para aquellos que comprenden.*

—No. Salgamos de aquí.

Las madres del Clan Lamai se dedicaban a armar barcos y a las altas finanzas, así como a dirigir la ciudad-estado. De los diecisiete matriarcados importantes y los noventa menores de Puerto Sanger, el de Lamatia se contaba entre los más destacados.

Casi no se notaba, al caminar por los distritos de los mercados. Había algunas Lamai de pelo trenzado, orgullosas y uniformemente embutidas en sus *kilts* bien tejidos, caminando ante rechonchos lúgars de carga cubiertos de paquetes. Con todo,

entre los rebosantes puestos y almacenes, había tan pocos miembros de la casta patricia como gente del verano, o incluso como hombres.

Había muchas gruesas y pálidas Ortyn a la vista, sobre todo allá donde se cargaban o descargaban artículos.

Idénticas excepto por las cicatrices de hazañas individuales, las Ortyn de nariz chata apenas hablaban. Entre ellas las palabras resultaban innecesarias. Pocas de ese clan se convertían en sabias, eso estaba claro, pero su fuerza física y su habilidad como transportistas (manejando los temperamentales caballos de tiro) las hacían formidables en su nicho. «¿Para qué mantener y alimentar lúgars cuando puedes contratar a Ortyn para que lo muevan por ti?», rezaba un dicho local.

Un grupo de aquellas gruesas clones tenía colapsada la calle de los Músicos; obstruían el tráfico mientras seis mujeres idénticas luchaban con un montón de cordajes que colgaban del cabrío de un taller situado en un primer piso. Como muchos de los edificios de aquella parte de la ciudad, éste se alzaba sobre la calle, cada piso sobresaliendo un poco más sobre sus voladizos sustentados por vigas. En algunos barrios, los edificios llegaban a encontrarse por encima de la estrecha calle, formando arcos que impedían ver el cielo.

Se había congregado una multitud, asombrada por la chirriante carga que colgaba en las alturas: una erecta harpa-espineta de madera fina construida por el Clan Pasarg de mujeres músicos para su exportación a alguna ciudad distante de Occidente. Tal vez viajaría en el *Ave Sombría* junto con Maia y Leie... si las trabajadoras conseguían bajarla al suelo primero. Un grupito de Pasarg de caras chupadas y dedos largos se había congregado abajo; se rebullían nerviosas cada vez que uno de los caballos de tiro se atascaba y hacía oscilar la carga sobre sus cabezas. Si se estrellaba contra el suelo, se perderían los beneficios de toda una temporada.

Para otras espectadoras, el momento de tensión era un entretenimiento en una aburrida mañana de otoño. Las vendedoras se acercaron, ofreciendo castañas asadas y varas de olor a la multitud congregada. Finas varas de dinero se envolvían en paquetes o se rompían para dar cambio.

—¡Viene el invierno, así que estad preparadas! —gritaba una vendedora Ovip con su cesta llena de amargas hierbas anticonceptivas—. Los hombres se enfrían por fin, ¿pero podréis fiaros de vosotras con la gloriosa escarcha por venir?

Otras mercaderes llevaban jaulas de junco con pájaros vivos y lagartos silbadores stratoianos, algunos de ellos entrenados para tararear canciones populares. Una joven clon Charnoss que intentaba hacer pasar un rebaño de llamas junto a las altas ruedas de la carreta se tropezó con una trabajadora política emparedada en un cartel donde se anunciaban las virtudes de una candidata a las próximas elecciones del Consejo.

Leie compró una tarta de caramelo y se unió a la multitud que jadeaba y aplaudía mientras la espineta, delicadamente tallada, escapaba por los pelos a quedar

enganchada en una pared cercana. Pero a Maia le pareció más interesante observar al equipo Ortyn que, situado detrás del carro, trabajaba para liberar la cabria atascada.

Era un curioso aparato eléctrico que funcionaba con una batería. Nunca antes había visto a las Ortyn utilizar uno, y era probable que lo hubieran manipulado incorrectamente. Ninguno de los clanes de Puerto Sanger estaba especializado en la reparación de ese tipo de aparatos, así que no fue ninguna sorpresa que, sin mediar palabra ni ninguna otra seña visible, las Ortyn renunciaran a intentar hacerlo funcionar. Una miembro del equipo agarró la palanca del freno mientras las otras, como siguiendo la coreografía de un baile, se volvían y alzaban las manos encallecidas para aferrar la cuerda. No hubo gemidos o gritos de cadencia; cada Ortyn parecía conocer el estado de preparación de sus hermanas cuando el freno se soltó. Los músculos se hincharon en las anchas espaldas.

Suavemente, la carga fue bajando hasta besar el lecho de la carreta con engañosa amabilidad. Hubo aplausos y unos cuantos bufidos decepcionados mientras las varas de dinero cambiaban de mano, zanjando las apuestas.

Maia y su gemela cogieron sus petates una vez más. Leie se terminó el pastel mientras Maia se volvía, pensativa.

Las Ortyn casi leen las mentes de las otras. ¿Cómo vamos a simular Leie y yo una cosa así?

Cuando eran más jóvenes, su hermana y ella solían terminar las frases de la otra, o sabían cuándo y dónde la otra sentía dolor. Pero en el mejor de los casos se trataba de un enlace débil, en absoluto comparable a la unión entre clones cuyas madres, tías y abuelas compartían unos genes y una educación común que se remontaba a varias generaciones. Aún más, las gemelas parecían haber divergido últimamente, en vez de unirse. De las dos, Maia consideraba que su hermana poseía más dureza y sentido práctico, tan necesarios para tener éxito en este mundo.

—Las Ortyn y las Jorusse y las Kroeber y las malditas Sloskie... —murmuró Leie—. Estoy tan harta de este asqueroso lugar... Besaría a un dragón en la boca por no tener que mirar las mismas caras hasta que me muera.

También Maia sentía la urgencia de marcharse. Sin embargo, se preguntó, ¿cómo conseguía una forastera saber quién era quién en una ciudad extraña? Aquí, aprendías sobre cada casta casi desde el nacimiento. Sobre las esbeltas Sheldon de pelo rizado, por ejemplo; mujeres de piel oscura una cabeza más altas que las gruesas Ortyn.

Su nicho habitual era cazar bestias peludas en los pantanos de la tundra, aunque las Sheldon treintañeras a menudo llevaban también la placa del cuerpo de Guardia de Puerto Sanger, y se dedicaban a supervisar la defensa de la ciudad.

Las Poeskie de dedos largos estaban igualmente bien adaptadas a sus tareas: cosechar con maestría las glándulas de los caracoles estelares rotos. Eran tan buenas en el comercio del tinte que habían establecido sucursales en otras ciudades situadas a

lo largo del mar de Parthenia, dondequiera que las pescadoras cogían las conchas en forma de embudo.

Casi primas de ese clan, las Groeskie utilizaban sus hábiles manos para ser unas mecánicas de primera. Eran un matriarcado joven, retoños del verano que habían echado raíces hacía apenas unas cuantas generaciones.

Aunque no pasaban de las dos docenas, las gruesas y activas «grossie». constituían ya un clan a tener en cuenta.

Cada una de ellas era una descendiente clónica de una sola veraniega medio Poeskie que había conseguido su nicho por suerte y talento, ganándose en consecuencia su derecho a la posteridad. Era un sueño que todas las niñas-var compartían: echar raíces, prosperar, y fundar un nuevo linaje. Sucedió una de cada mil veces.

Al pasar ante un taller Groeskie, las gemelas vieron introducir unos cojinetes redondos en sus ejes a unas cuantas robustas y felices pelirrojas, cada una heredera de aquella lista antepasada que se ganó un puesto en la dura pirámide social de Puerto Sanger. Maia sintió cómo Leie le tiraba del codo. Su hermana sonrió.

—No lo olvides. Tenemos una ventaja.

Maia asintió.

—Sí.

Entre dientes, añadió:

—Eso espero.

En el distrito del mercado, bajo el signo de un tricórnido encabritado, una tienda vendía dulces importados de la lejana Vorthos. El chocolate era un vicio sobre el que las gemelas sabían había que alertar a sus hijas-herederas, si alguna vez las tenían. La vendedora, una Mizora de ojos soñolientos, se levantó esperanzada, aunque sabía que no iban a comprar nada. Las Mizora, en pleno declive, se habían visto obligadas a vender sus antaño ricas posesiones para hospedar marinos, al estilo de sus antepasadas. Seguían peinándose como un gran clan, aunque en su mayoría eran ahora pequeñas mercaderes, menos habilidosas que las arribistas Usisi o las Oeshi. La vendedora Mizora contempló tristemente cómo Maia y Leie se daban la vuelta y seguían su camino calle abajo, entre las casas de los clanes inferiores.

Muchos establecimientos lucían emblemas y placas con la imagen de fieras ya extinguidas, como los dragones de fuego y los tricórnidos, criaturas de Stratos que no habían conseguido adaptarse a la llegada de la vida terrestre. Lysos y las Fundadoras habían instado a preservar las formas nativas, aunque incluso ahora, siglos más tarde, las telepantallas emitían ocasionalmente melancólicas ceremonias del Gran Templo de la lejana Caria City, sumando a la lista otra especie cuya extinción había que lamentar formalmente cada Día del Lejano Sol.

Maia se preguntó si era la culpa lo que hacía que tantos clanes eligieran como

símbolo bestias nativas que ya no existían. O tal vez una forma de decir: «¿Veis? Nosotras continuamos. Llevamos los emblemas del pasado derrotado, y sobrevivimos».

Al cabo de unas cuantas generaciones, las Mizora serían tan comunes como los tricórnidos.

Lysos nunca prometió un final al cambio, sólo frenarlo a un ritmo soportable.

Tras volver una esquina, las gemelas casi chocaron con una alta Sheldon que corría colina abajo desde el barrio de la clase alta. Su uniforme de guardia estaba húmedo, abierto por el cuello.

—Disculpadme —murmuró la oficiala de piel oscura, esquivando a las dos hermanas. Sin embargo, tras avanzar unos pasos, se detuvo de repente y se volvió para mirarlas.

—Estáis aquí. ¡Casi no os había reconocido!

—Brillante mañana, capitana Jounine —saludó Leie, con cierta burla—. ¿Nos estabas buscando?

Años de vida en la ciudad habían suavizado los afilados rasgos Sheldon de Jounine. La capitana se secó la frente con un pañuelo de seda.

—Se me ha hecho tarde buscándoos en la Casa Lamatia. ¿Sabéis que os habéis perdido vuestra Ceremonia de Partida? Claro que sí. ¿Lo habéis hecho a propósito?

Maia y Leie intercambiaron breves sonrisas. A la capitana Jounine no se le escapaba nada.

—No importa. —La Sheldon agitó una mano—. Sólo quería saber si habíais pensado...

—¿Unirnos a la Guardia? —la interrumpió Leie—. Tiene que estar...

—Sin duda que nos halaga la oferta, capitana —interrumpió Maia—. Pero tenemos billetes...

—No encontraréis nada fuera de aquí —Jounine señaló el mar—, que sea más seguro y más firme...

—Y aburrido —murmuró Leie.

—... que un contrato con vuestra ciudad de nacimiento. ¡Es una opción inteligente, os lo aseguro!

Maia conocía los argumentos. Comidas regulares y una cama, además de lentos ascensos con la esperanza de ahorrar lo suficiente para una hija. Una hija del invierno... ¿con el salario de un soldado? La burla de Madre Claire sobre «fundar un microclán de un». parecía a propósito. Algunas *acciones inteligentes* eran poco más que trampas bien disimuladas.

—Una mirada de gracias por la oferta —dijo Leie, con total sarcasmo—. Si alguna vez estamos lo bastante desesperadas para volver a esta helada...

—Sí, gracias —interrumpió de nuevo Maia, cogiendo a su hermana por el brazo

—. Y que Lysos te guarde, capitana.

—Bueno... ¡al menos permaneced alejadas de las islas Pallas! Hay informes de saqueadoras...

En cuanto doblaron una esquina, Maia y Leie soltaron sus petates y se echaron a reír. Las Sheldon eran un clan impresionante en muchos aspectos, ¡pero se tomaban las cosas tan en serio! Maia estaba segura de que las echaría de menos.

—Pero es extraño —dijo al cabo de un momento, cuando echaron nuevamente a andar—. Jounine parecía más ansiosa que de costumbre.

—Uf. No es problema nuestro que no pueda cumplir sus cuotas de reclutamiento. Que compre lúgars.

—Sabes que los lúgars no pueden luchar con la gente.

—Pues entonces que contrate gente del verano en los muelles. Siempre hay muchas vars vagabundas por allí.

Pero de todas formas es una tontería aumentar la Guardia. Son un puñado de parásitas, igual que las sacerdotisas.

—Mm —comentó Maia—. Supongo que sí.

Pero la expresión de los ojos de la soldado había sido como la de la vendedora de dulces Mizora. Había en ellos decepción. Una pizca de asombro.

Y más que un poco de miedo.

Un mes antes, las guardianas se habían plantado ante la puerta de getta, que separaba Puerto Sanger de la bahía.

Maia recordó ahora cómo las madres-cuidadoras solían llevar a las niñas de Lamatia a las ceremonias del templo cívico desde los barrios altos, por las empinadas calles empedradas y pasando cerca de la puerta de getta.

Un verano, ella se separó de la ordenada fila de vars y corrió hacia la alta barrera, esperando atisbar los grandes cargueros en dique seco. Su breve escapada terminó con una buena azotaina. Después, entre sollozos, oyó a una matrona explicar a lo lejos que los muelles no eran seguros para las niñas en esa época del año. Había «hombres sucio». allí abajo.

Más tarde, cuando las auroras eran reemplazadas en los cielos del norte por las plácidas constelaciones otoñales, esas mismas puertas se abrían para que los niños deambulaban a voluntad, corriendo por los muelles donde varones barbudos descargaban misteriosas cajas, o jugaban a enigmáticos juegos con discos mecánicos.

Maia recordó que entonces se había preguntado si aquellos hombres eran diferentes de los «sucio».. Así debía de ser. Siempre con una sonrisa o dispuestos a contar una historia, parecían tan amables e inofensivos como los peludos lúgars a los que en cierto modo se parecían.

«Inofensivo como un hombre cuando las estrellas brillan claras». Eso decía una

canción infantil, que terminaba: «Pero ten cuidado, mujer, cuando la Estrella Wengel está cerca».

Al cruzar la puerta por última vez, Maia y Leie pasaron junto a una variopinta multitud. Al contrario que en los barrios altos, aquí los varones constituían una minoría substancial, contribuyendo a llenar el aire de una rica mezcla de olores que iban desde los aromas de especias y cargamentos exóticos hasta el de su propio sudor acre.

Era el lugar ideal para que una agitadora Perkinita se instalara; ésta se dirigía a la multitud desde una caja volcada, mientras dos compañeras-clones repartían folletos a los transeúntes. Maia no reconoció su tipo facial, así que las tres mujeres de mejillas chupadas debían ser misioneras, recién llegadas.

—¡Hermanas! —vociferó la oradora—. ¡Vosotras, de clanes y casas menores! Juntas superáis el poder combinado de los Diecisiete que controlan Puerto Sanger. Si unís fuerzas. ¡Si os unís a *nosotras*, podréis romper el dominio que las grandes casas ejercen sobre la asamblea de la ciudad, y sí, sobre la región, e incluso sobre Caria City!

Juntas podremos acabar con la conspiración de silencio y obligar a una revelación de la verdad que nos es debida desde hace tanto tiempo...

—¿Qué verdad? —inquirió un transeúnte.

La Perkinita se volvió hacia un joven marino que estaba apoyado contra la verja con varios de sus colegas, divertido por la inquietud que provocaba su pregunta. Fiel a su ideología, la agitadora intentó ignorar a un simple hombre. Por diversión, Leie siguió con el juego.

—¡Sí! ¿Qué verdad es ésa, Perkie?

Varios transeúntes se rieron de la puya de Leie, y Maia no pudo ocultar una sonrisa. Las Perkinitas se tomaban a sí mismas y a su causa muy en serio, y odiaban el diminutivo de su nombre. La oradora miró fríamente a Leie, pero entonces vio a Maia a su lado. Para deleite de las gemelas, al instante sacó la conclusión equivocada y les tendió las manos, implorando.

—La verdad de que los clanes pequeños como el vuestro y el mío son apartados por sistema, no sólo aquí sino en todas partes, sobre todo en Caria City, donde ahora las grandes casas incluso están vendiendo el planeta a los Exteriores y a su Phylum masculinista...

Los oídos de Maia se aguzaron ante la mención de la nave alienígena. Por desgracia, pronto quedó claro que la oradora no aportaba noticias, sino tópicos. La arenga se convirtió rápidamente en una sarta de frases hechas y lugares comunes que Maia y su hermana habían oído incontables veces a lo largo de los años. Sobre la inundación de mano de obra barata var que arruinaba a tantos clanes pequeños. Sobre la laxitud a la hora de mantener los Códigos de Lysos y la regulación de los «varones

peligroso».. Esas acusaciones ya gastadas iban acompañadas este año por la paranoia de moda: la inquietud popular de que los visitantes del espacio fueran los precursores de una invasión aún peor que el pasado horror del Enemigo.

Habían sentido un momentáneo placer al ser confundidas con un «cla»., sólo porque Maia y Leie eran iguales, pero aquello pasó pronto. Era otoño, eso significaba que las elecciones se acercaban; los grupos marginales seguían intentando arrancar un escaño minoritario o dos frente a las votaciones en masa de los grupos como Lamatia. El Perkinismo apelaba a los pequeños matriarcados que consideraban un estorbo los linajes establecidos.

El movimiento tenía poco apoyo de las vars, que no tenían ningún poder y, aún menos, intención de votar.

En cuanto a los hombres, no les hacía ninguna ilusión que el Perkinismo se asentara con fuerza en Stratos.

Sólo conque pareciera que eso podía llegar a suceder, Maia podría presenciar algo que no se repetiría en toda su vida: el espectáculo de los *varones* haciendo cola ante los colegios electorales para ejercitar un derecho establecido por la ley, pero practicado con tanta frecuencia como la gloriosa escarcha caía en verano.

Aunque Leie seguía burlándose de la trayectoria política de las Perkinitas, Maia le dio un codazo.

—Vamos. Tenemos cosas mejores que hacer en nuestra última mañana en la ciudad.

El sol naciente había disipado la niebla que abrazaba la costa cuando las gemelas llegaron a la bahía propiamente dicha. El calor de media mañana había espantado también a la mayor parte de los sedosos flotadores-zoor que Maia había visto antes. Unas cuantas criaturas luminosas eran aún visibles, como brillantes flores ovoides o chillonas bolsas de gas, flotando en una cadena irregular a lo largo del cielo oriental.

Un perezoso permanecía aún en los muelles, parecido a una medusa hinchada con pseudópodos iridiscentes de sólo unos veinte metros de largo. Un bebé, pues. Se aferraba al mástil principal de un esbelto carguero, acariciando las cubiertas envueltas en lona, buscando las golosinas dejadas en las vergas superiores por los avispados marinos. Los ágiles marineros se reían, esquivando las pegajosas ventosas; luego se acercaban a acariciar los nudosos dorsos de los tentáculos de la bestia, o le ataban lazos brillantes o notas de papel.

Aproximadamente una vez al año, alguien recuperaba un ajado mensaje que había sido transmitido de esa forma, transportado por toda la Madre Océano.

Se contaban también historias de grumetes que intentaban montar en los zoors, flotando hacia Lysos sabía dónde, quizás inspirados por leyendas de días remotos, cuando los zepelines y los aviones surcaban el cielo, y a los hombres se les permitía

volar.

Como para demostrar que era un día de destino y sincronía, Leie llamó la atención de Maia señalando en dirección contraria, al suroeste, más allá de la cúpula dorada del templo de la ciudad. Maia parpadeó ante una forma plateada que destelló brevemente al posarse en el suelo; reconoció el estilizado dirigible que repartía el correo y los paquetes demasiado valiosos para ser confiados al transporte marítimo, y que llevaba a las poquísimas pasajeras cuyos clanes debían ser casi tan ricos como la diosa del planeta para poder permitirse pagar la tarifa. Maia y Leie suspiraron, compartiendo por una vez exactamente el mismo pensamiento. Haría falta un milagro para que cualquiera de ellas llegara a viajar así, entre las nubes. Tal vez sus descendientes clónicas lo harían, si los caprichosos vientos de la suerte soplaban en esa dirección. El pensamiento aportaba un ligero consuelo.

Tal vez eso también explicaba por qué los grumetes a veces renunciaban a todo por cabalgar un zoor. Los hombres, por propia naturaleza, no podían tener clones. No podían copiarse a sí mismos. Como mucho, conseguían la inmortalidad menor de la paternidad. Fuera lo que fuese lo que más desearan, tenía que ser conseguido en el lapso de una vida, o no lo sería en absoluto.

Las gemelas reemprendieron el camino. Tan cerca ya de los muelles, donde los barcos de pesca desprendían unos miasmas húmedos y punzantes, empezaron a ver mucha más gente de verano como ellas mismas. Mujeres de formas, colores, tamaños diversos, a menudo con cierto parecido familiar a algún clan bien conocido (unos cabellos de las Sheldon, o la mandíbula distintiva de las Wylee), que compartían la mitad o una cuarta parte de sus genes con una línea materna renovada, igual que las gemelas llevaban pintado en el rostro gran parte de Lamai.

Por desgracia, medio parecido servía de poco. Vestida con *kilts* de un solo color o calzones de cuero, cada persona del verano deambulaba por la vida como una unidad solitaria, única en el mundo. La mayoría, pese a todo, mantenía la cabeza bien alta. La gente del verano trabajaba en los muelles, calafateaba los veleros, y ejecutaba la mayor parte del trabajo manual que sostenía el comercio marítimo, a menudo con una alegría cuya contemplación era una inspiración en sí misma.

.Antes de Lysos, en los mundos del Phylum, las vars como nosotras eran normales y las clones raras. Todo el mundo tenía un padre... y a veces hasta crecían conociéndolo.

Maia solía imaginar planetas llenos de variedades descabelladas e impredecibles. Las madres Lamai lo llamaban «una fijación indign», aunque tales pensamientos eran más frecuentes desde que la noticia de la Nave Exterior empezó a filtrarse en forma de rumores y luego mediante los reportajes censurados de la tele.

.¿Vive aún la gente de otros mundos en el caos de antaño?, se preguntaba. Como si la vida fuera a ofrecerle alguna vez la oportunidad de averiguarlo.

Pasada la estación de las tormentas y con la puerta de getta abierta de par en par, la bahía era un sitio pintoresco que bullía de vida. El comercio acumulado durante una estación se ponía en circulación. La gente recorría los muelles de descarga y los almacenes de tejado de pizarra, las capillas y las casas de placer. Y las tiendas especializadas en artículos para la navegación (una visita favorita de las gemelas mientras éstas crecían) rebosaban de cada herramienta o utensilio que una tripulación pudiera necesitar en el mar. Desde temprana edad, Maia y su hermana se habían sentido atraídas por el brillante metal y el olor del aceite lubricante, y se entretenían durante horas para exasperación de las dependientas. A Leie le fascinaban los aparatos mecánicos, mientras que Maia, por su parte, se fijaba en las cartas y sextantes y en los estilizados telescopios con sus partes bellamente engarzadas. Y en los relojes, algunos tan antiguos que llevaban una anilla exterior que dividía el calendario de Stratos en poco más de tres «Años Terrestres Estánda».. Ni siquiera las burlas de los chicos de cinco años (alféreces itinerantes que a menudo sabían menos de determinar una latitud que de escupir al viento) mantenían apartadas a las gemelas durante demasiado tiempo.

Al asomarse a la tienda más grande, Maia captó la mirada de la encargada, una Felic de rostro duro. La clon advirtió el corte de pelo y el petate de Maia, y su mueca habitual se convirtió lentamente en una sonrisa. Hizo un breve gesto con la mano deseando a Maia buena suerte y un pasaje seguro.

.Y apuesto a que adiós muy buenas. Recordando lo molestas que habían sido su hermana y ella, Maia le devolvió una exagerada reverencia, que la dependienta aceptó con una carcajada y un gesto de despedida con la mano.

Maia se volvió y encontró a Leie en un espigón cercano, conversando con una estibadora cuyos altos pómulos anunciaban el Continente Occidental.

—No, no —decía la mujer mientras Maia se acercaba, sin detenerse en su rápido anudar de la vela que estaba reparando—. Hasta ahora no se sabe nada de la decisión del Consejo de Caria. Nada en absoluto.

—¿Decisión sobre qué? —preguntó Maia.

—Sobre los Exteriores —respondió Leie—. Esas misioneras Perkies han hecho que me preguntara si había noticias. Esta var trabaja en un barco con acceso pleno.

Leie señaló hacia un barco pesquero cercano con antena orientable. No era descabellado que alguien que manejara aquellos diales pudiera captar un par de cosas.

—¡Como si las propietarias me invitaran a té y tele! —La mujer escupió a las aguas sucias a través de los dientes desportillados.

—¿Pero has oído algo? ¿A través de un canal no oficial, por ejemplo? ¿Siguen diciendo que *una* nave exterior ha aterrizado?

Maia suspiró. Caria City estaba lejos y sus sabias apenas emitían información. Aún peor, las madres Lamai a menudo prohibían a los niños del verano ver la tele, no

fuera a ser que sus frágiles mentes encontraran los programas «perturbadore».. Naturalmente, esto sólo contribuía a picar la curiosidad de las gemelas. Pero Leie estaba llevando sus preguntas demasiado lejos al acosar a simples trabajadoras. Al parecer, la mujer de la vela estaba de acuerdo.

—¿Por qué me preguntáis a mí, tontas? ¿Por qué iba yo a escuchar las mentiras que dice la caja de las dueñas?

—Pero eres del Continente del Aterrizaje...

—¡Mi provincia está a noventa.gi de Caria! ¡No la he visto desde hace diez años, ni la volveré a ver! ¡Ahora, fuera!

Cuando estuvieron lo bastante lejos para no ser oídas, Maia reprendió a su hermana.

—Leie, tienes que tranquilizarte respecto a este asunto. No puedes quedar en ridículo...

—¿Cómo hiciste tú cuando teníamos cuatro años? ¿Quién intentó escapar en esa goleta, sólo para averiguar que el capitán tenía otras ideas en mente? ¡Recuerdo que nos castigaron a las dos por eso!

Maia sonrió, relucante. No siempre había sido la hermana más cautelosa. Un largo año stratoiano antes, era Leie la que siempre se comportaba con cautela antes de actuar, y Maia la que elaboraba planes que las metían en líos..*Somos iguales, sí. Pero estamos desfasadas. Y tal vez eso sea bueno. Tiene que haber una sensata por turnos.*

—Esto es distinto —replicó, intentando dejar clara su idea—. Ahora se trata de la vida real.

Leie se encogió de hombros.

—¿Quieres hablar sobre la.vida ? Mira a esos cretinos de allí. —Indicó con un movimiento de cabeza una zona pavimentada del muelle en forma de casillas geométricas sobre las que un grupo de marinos jugaba con un puñado de discos blancos o negros—. Lllaman Vida a su juego, y se lo toman muy en serio. ¿Lo hace eso real también?

Maia se negó a aceptar la burla. Cada vez que había barcos en el puerto, podían verse allí puñados de hombres practicando el antiguo juego con una pasión sólo comparable con su interés por el sexo durante los meses de la aurora. Los hombres, marinos de algún carguero, vestían burdas camisetas sin mangas y llevaban anillos de metal en los bíceps para indicar su rango. Algunos alzaron la mirada cuando las gemelas pasaron por su lado. Dos de los más jóvenes sonrieron.

Si aún hubiera sido verano, Maia habría mirado rápidamente en otra dirección e incluso Leie habría mostrado cautela. Pero cuando las auroras se desvanecían y la Estrella Wengel perdía fuerza, la sangre caliente de los machos se apagaba también. Se volvían criaturas más tranquilas, más amistosas. El otoño era la mejor estación para zarpar. Maia y Leie podrían pasar hasta veinte meses estándar en el mar antes de

verse obligadas a desembarcar por el celo del año siguiente. Para entonces, sería mejor que hubieran encontrado un nicho, algo en lo que fueran buenas, y empezado su nidal.

Leie recibió osadamente las sonrisas amistosas y perezosas de los marineros con las manos en las caderas y mirándolos a los ojos, como desafiándolos a seguir adelante. Un joven remolcador pareció considerarlo. Pero naturalmente, si le quedaba algo de libido en esa época del año, no iba a malgastarla en un par de pobres vírgenes.

Los jóvenes se rieron, y también Leie.

—Vamos —le dijo a Maia mientras los hombres regresaban a su juego. Leie volvió a ajustarse el petate—. Se acerca la marea. Embarquemos y dejemos atrás esta ciudad.

—¿Cómo que no va a hacerse a la mar? ¿Durante cuánto tiempo?

Maia no podía creerlo. El viejo sobrecargo mordisqueaba un palillo de dientes mientras se mecía en su taburete junto a la pasarela. Iba sin afeitarse y con la ropa de faena ajada; señaló el barril cercano donde tenía el dinero de las dos... junto con un poco más añadido como «compensación».

—No lo sé, hermanita. Probablemente un mes. Tal vez dos.

—¡Un mes! —La voz de Leie se quebró—. ¡Hijo de un gusano mocososo! El tiempo es bueno. Tienes tu carga y pasajeras de pago. ¿Qué quieres decir?

—Tengo una oferta mejor. —El sobrecargo se encogió de hombros—. Uno de los clanes mayores ha comprado nuestra carga sólo para que nos quedemos. Parece que le gustan nuestros chicos. Supongo que quieren que se queden por aquí.

Maia sintió en la boca del estómago un espasmo de comprensión.

—Algunas madres querrán empezar la cría de invierno pronto este año —dijo, tratando de encontrar sentido a la catástrofe—. Es arriesgado, pero si pillan a los hombres aún con calor dentro...

—¿Qué casa? —interrumpió Leie, que no estaba de humor para apreciaciones racionales. Dio una patada al barril, haciendo tintinear las varas de dinero. El sucio marinero, cuyo volumen doblaba los cincuenta kilos de Leie, se rascó plácidamente la barba.

—Vamos a ver. ¿Eran las Tilden? ¿O era Lam...?

—¿Lamatia? —exclamó Leie, esta vez sacudiendo los brazos tan salvajemente que el hombre se puso en pie.

—Vamos, hermanita. No es motivo para excitarse...

Maia agarró el brazo de Leie cuando ésta parecía a punto de arrojar el taburete contra el marino.

—¡Tiene sentido! —gritó Leie—. ¡Por eso abrieron antes la casa de invitados, y

nos hicieron servir vino a esos tipejos toda la noche!

A veces, Maia envidiaba la facilidad de su hermana para los berrinches. Su propia reacción, un aturrido refugiarse en la lógica, resultaba menos satisfactoria que la forma que tenía Leie de romper todo lo que se le ponía por delante.

—Leie —instó roncamente—. No puede ser Lamatia. Sólo tratan con cofradías de clase alta, no con la basura en la que nosotras podemos permitirnos el pasaje.

Fue agradable ver cómo el sobrecargo daba un respingo al oír su observación.

—De todas formas, será mejor que nos vayamos a negociar con hombres honrados. Hay otros barcos.

Su hermana se volvió.

—¿Sí? ¿Recuerdas cómo estudiamos? ¿Comprando libros e incluso tiempo de red, investigando cada puerto que tocaba este cascarón? Teníamos un plan para cada arribada... gente que ver. Preguntas que formular.

Perspectivas. ¡Ahora todo ha sido en vano!

.¿Cómo puede ser?, se preguntó Maia, aturdida..*Todas esas horas estudiando, memorizando las islas Oscco y el mar Occidental...*

Maia advirtió que ninguna de las dos reaccionaba bien a la súbita desesperación.

—Vamos —le dijo a su hermana. Recogió el dinero e intentó por el bien de ambas que la preocupación desapareciera de su voz—. Encontraremos otro barco, Leie. Uno mejor, ya verás.

Resultó más fácil decirlo que hacerlo. Había muchas velas en Puerto Sanger, desde catamaranes de duras quillas tallados a mano hasta rompehielos o *clippers* con aleteantes hojas de seda-cebo tejido. En los embarcaderos diplomáticos, justo debajo del fuerte de la bahía, había incluso un raro y estilizado crucero cuyas hileras de brillantes paneles solares se horneaban al sol. Maia y Leie ni lo intentaron con barcos tan ricos, cuyas tripulaciones habrían considerado sus exiguas varas de monedas como cebo para pescar. Probaron suerte con cargueros bien preparados que hacían ondear estandartes de la Liga de la Nube Ballena, o la Sociedad de la Garza Azul, cofradías viajeras cuyos barbudos comodoros a veces acudían a la Mansión Lamatia para entrevistar a chicos inteligentes que quisieran vivir en el mar.

Según las fábulas infantiles, antiguamente los chicos como Albert se unían sin más a las cofradías de sus padres. Incluso las *niñas* del verano solían crecer sabiendo que el barco de su padre se las llevaría algún día, libre de cargos, a dondequiera que las oportunidades fueran más brillantes para las jóvenes vars.

*Niño clónico dentro te quedarás,
protector de tu casa, para renovar.*

*Niño-var debes luchar y ganar,
medio madre y medio hombre, es verdad.*

*Que los vientos soplen,
escarcha en invierno, o en verano brillo.
Nombra las cosas especiales que permanecen,
fijas, para que guíen de noche tu camino.*

*La Madre Stratos, los clones de las Fundadoras,
tu propia habilidad, tus impacientes manos.
Una merced más, la feliz ayuda
de un pasaje del padre hacia un lugar lejano.*

Una vieja maestra, la Sabia Judeth (una Lamai que sentía especial simpatía por sus alumnos del verano) declaró una vez que los viejos relatos eran ciertos.

—En aquellos días, cada sociedad marinera se mantenía en contacto con una casa de Puerto Sanger; transportaba cargamentos de los clanes y era bienvenida en sus casas de huéspedes, en invierno y en verano por igual. Cuando las niñas-var cumplían cinco años, sus padres (o los compañeros de sus padres) solían llevárselas como tesoros por derecho propio, y las ayudaban a asentarse en tierras lejanas.

A Maia le había parecido demasiado romántico, demasiado bonito para ser verdad. Pero Leie preguntó:

—¿Por qué dejó de ser así?

Momentáneamente pensativa, la Sabia Judeth dejó de parecer una típica Lamai de ceño fruncido.

—Ojalá lo supiera, semillita. Tal vez tenga que ver con el número de nacimientos en verano. Había muchos cuando yo era joven. Ahora son uno de cada cuatro. Tantos vars... —La anciana sacudió la cabeza—. Y la rivalidad entre los clanes y las cofradías se ha vuelto feroz; hay incluso claras luchas... —Judeth suspiró—. Todo lo que puedo decir es que solíamos saber qué hombres se alojarían aquí para criar clones durante el tiempo frío y engendrar hijos durante el breve calor. Oh, y para producir también niñas del verano. Pero esos días han pasado.

Vacilante, Leie preguntó si Judeth conocía a su padre.

—¿A Clevin? Oh, sí. Incluso puedo verlo en vuestros rostros. Era navegante del *León Marino*. Un buen tipo, para ser hombre. Vuestra madre del vientre, Lysos la tenga consigo, no quiso favorecer a ningún otro. Tendríais que haber visto a los hombres en aquellos días. Era agradable, de un modo extraño.

Y difícil de imaginar. Ya fuera como criaturas ruidosas que se alojaban en la getta durante el verano y saciaban su celo en las casas de placer, o como taciturnos

invitados durante las estaciones frías que retozaban como gatos mientras las hermanas Lamai los mimaban con vino y los juegos de ajedrez o Vida, de todos modos se marchaban pronto. Sus nombres se desvanecían, aunque dejaran su semilla. Sin embargo, durante un año entero después de haber oído el relato de la Sabia Judeth, Maia escrutó entre los mástiles en busca del estandarte del *León Marino*, imaginando la expresión en el rostro bronceado de su padre cuando las viera a ambas.

Entonces se enteró de que la Cofradía de Pinniped ya no navegaba por el mar de Parthenia. Las hijas-var que sus hombres habían engendrado, hacía cinco largos ciclos, se encontraban solas.

Ninguno de los mejores barcos de la bahía tenía camarotes para ellas. La mayoría estaban ya saturados de únicas, mujeres var de mirada dura que despreciaban a las gemelas o se reían de sus torpes intentos. Los capitanes y sobrecargos seguían negando con la cabeza, o pidiendo más dinero del que las hermanas podían permitirse pagar.

Y había algo más. Algo que Maia no podía captar. Nadie lo decía en voz alta, pero el ambiente en la bahía parecía....*sobresaltado*.

Maia intentó ignorarlo considerando aquello un reflejo de sus propios nervios.

Mientras caminaban a lo largo de los muelles, las gemelas no encontraron nada adecuado que fuera a zarpar antes de una quincena. Finalmente, agotadas, llegaron a la orilla izquierda del río Stopes, donde barcazas y remolcadores permanecían amarrados a los viejos embarcaderos propiedad de los clanes locales que habían tenido mala suerte o que, simplemente, los habían descuidado. Enfurruñada, Leie votó por regresar a la ciudad y alquilar una habitación. Sin duda aquella cadena de mala suerte era un presagio. En diez días, tal vez veinte, las cosas podrían cambiar.

Maia no quiso ni oír hablar del tema. Mientras Leie pasaba de la furia a la desesperación total, Maia tendía a una terquedad que acababa siendo pura obstinación. ¿Veinte días en un hotel? ¿Cuándo se pondrían en camino hacia alguna tierra exótica, hacia algún lugar en donde tuvieran una oportunidad de poner en práctica su plan secreto? En una sombría hostería del humilde Clan Bizmai encontraron a dos capitanes de un par de barcos carboneros que partían hacia el sur con la marea de la mañana.

También el mundo de los hombres tenía sus jerarquías. Los que tenían ojos astutos y éxito, y engendraban buenos hijos, eran mimados por los matriarcados ricos. Las líneas maternas más pobres se contentaban con un orden inferior. Bizmai encorvadas y de piel hundida, aún con la suciedad de las minas cercanas en las que trabajaban, deambulaban por la hostería sirviendo jarras de cerveza insípida que Maia no quiso tocar, pero que los rudos marineros adoraban. Las gemelas encontraron a los dos capitanes en la hedionda y sofocante sala común, donde las partículas de carbón

irritaron las membranas nictitantes de Maia y la hicieron parpadear furiosamente hasta que salieron a la «terraz», que daba a un pantano. Allí, enjambres de irritantes zizzersectos revoloteaban suicidas alrededor de las velas hasta que sus alas prendían y se convertían en breves ascuas llameantes que caían sobre el sucio mantel.

—Sin duda echaremos de menos este lugar —dijo el capitán Ran, chasqueando los labios y vaciando su jarra de cerveza de un trago—. Hay damas amistosas aquí. Cuando llegue la estación del calor, las damas de la parte alta no nos dirigirán a tipos trabajadores como nosotros ni una miradita, y mucho menos nos dedicarán un buen revolcón.

Pero aquí las tenemos a manos llenas.

Maia lo creía. De las Bizmai en edad de engendrar hijos que había a la vista, la mitad estaba embarazada del verano. Las aletas de su nariz se dilataron con disgusto. ¿Qué haría un clan pobre como aquél con todos esos únicos? ¿Podrían alimentarlos y vestirlos y educarlos? ¿Lo harían, cuando los retoños del verano rara vez devolvían la riqueza a una casa? La mayoría de aquellos bebés serían eliminados de mala manera, tal vez abandonados en la tundra... «en las manos de Lyso».. Había leyes en contra, pero ¿qué ley pesaba más que el bien del clan?

Quizá las Bizmai se ahorrarían el problema. Muchos embarazos del verano fracasaban solos, terminando de forma espontánea debido a defectos en los genes. O eso había explicado la Sabia Judeth.

.Todas las clones vienen como diseños probados y comprobados —había dicho—. Mientras que cada veraniego es un experimento nuevo. E incontables experimentos fracasan.

Sin embargo, la tasa de nacimientos var seguía subiendo. «Experimento». como Maia y Leie seguían llenando las calles bajas de cada ciudad.

—Hay un motivo por el que nos quedamos tan poco tiempo, esta vez —dijo el otro oficial. El capitán Peggyul era más delgado, más gris, y aparentemente algo más listo que su compañero—. Llevamos antracita a Queg Town, Lanargh, Grange Head y Gremlim Town. Tal vez no seamos una de esas grandes y jugosas cofradías, pero tenemos honor. ¿Las Bizmai quieren que volvamos otra vez a mitad de invierno? ¡Las complaceremos, ya que han sido tan amables durante el calor!

Por eso el clan minero era tan amable con aquellos lagartos. Los hombres tendían a ponerse sentimentales con las mujeres que llevaban a sus hijos del verano, retoños con la mitad de sus genes. Dentro de medio año, sin embargo, ¿advertirían siquiera estos idiotas que pocos de esos bebés sobrevivían?

—Gremlim Town nos va bien —dijo Leie, vaciando su jarra y haciendo un gesto para que volvieran a llenársela.

Eso estaba en el sur en vez de en el oeste, pero ya lo habían decidido. Corregirían el desvío más tarde, después de haber trabajado algún tiempo en tierra y mar. De esa

forma, llegarían al archipiélago de las Oscco maduras, sin ingenuidad.

El más delgado de los dos capitanes se frotó la barbilla.

—Ajá. Siempre que hagáis lo que se os diga.

—Trabajaremos duro. No se preocupe por eso, señor.

—¿Y vuestro clan materno os ha enseñado todo lo necesario? Como, pongamos por caso... ¿luchar con palos?

Maia estaba segura de que Leie también detectaba el astuto esfuerzo del marinero por no molestar. Como si estuviera preguntando por coser, o soldar, o cualquier otra arte práctica.

—Lo hemos hecho todo, señor. No lamentarán llevarnos a bordo, no importa cuál de los dos sea el que lo haga.

Los dos marinos se miraron mutuamente. El más bajo se inclinó hacia delante.

—Uh, iréis una con cada uno.

Leie parpadeó.

—¿Qué quiere decir?

—Es así de simple —explicó el alto—. Sois gemelas. Eso está bien, pero puede crear problemas. Llevamos mujeres de los clanes que contratan pasaje de ciudad en ciudad, a lo largo de todo el trayecto. Pueden veros, baldeando cubiertas, haciendo trabajos sucios, y sacar la conclusión equivocada...

Maia y Leie se miraron. Su plan privado implicaba sacar *ventaja* de la suposición natural de que dos mujeres idénticas eran clones. Ahora comprendieron la ironía de que su ventaja también podía ser un inconveniente.

—No queremos separarnos —dijo Leie, sacudiendo la cabeza—. Podríamos cambiar nuestro aspecto. Podría teñirme el pelo...

Maia la interrumpió.

—Sus barcos viajan juntos por toda la costa, ¿verdad?

Los capitanes asintieron. Maia se volvió hacia Leie.

—Entonces no estaremos separadas mucho tiempo. De esta forma obtendremos recomendaciones de dos capitanes, en vez de sólo de uno...

—Pero...

—A mí tampoco me gusta, pero míralo de esta forma. Conseguiremos el doble de experiencia por el mismo precio. Cada una de nosotras aprende cosas que la otra no sabe. Además, tendremos que separarnos en otras ocasiones. Ésta será una buena práctica.

La expresión sorprendida de los ojos de su hermana dijo mucho a Maia sobre su relación. Sentía un suave placer en sorprender a Leie, algo que sucedía con muy poca frecuencia. *Nunca había esperado que fuera yo la que aceptara fácilmente una separación.*

De hecho, Maia descubrió que le apetecía la perspectiva de estar algún tiempo

sola, alejada de la fuerte personalidad de su gemela..*Esto será bueno para ambas.*

Ocultando su breve incomodidad tras una jarra de cerveza, Leie asintió por fin y dijo:

—Supongo que no importa.

En ese instante, un destello procedente de la ciudad iluminó sus rostros, proyectando sombras. Un cohete chispeante se elevó desde la fortaleza de la bahía, en espiral, trazó un arco en el cielo y luego estalló, iluminando los muelles y casas con fuertes contrastes. Las siluetas revoloteaban alrededor de los transeúntes detenidos en seco por el brusco resplandor, mientras que un sonido bajo subía rápidamente de tono e intensidad hasta convertirse en un aullido que llenaba la noche.

Maia, su hermana y los dos capitanes se levantaron. Era la sirena de alarma de Puerto Sanger llamando a la milicia, alertando a los ciudadanos para que se prepararan a la defensa.

¿Cuáles serían nuestros deseos al diseñar una nueva raza humana? ¿Qué existencia deseamos para nuestros descendientes en este mundo?

¿Una vida larga y feliz?

Muy bien. Sin embargo, a pesar de nuestros prodigios técnicos, esa simple mejora podría ser un logro difícil. Hace mucho tiempo, Darwin y Malthus señalaron la paradoja básica de la vida: que todas las especies tienen mecanismos internos para reproducirse al máximo. Para llenar incluso el Edén con tantos retoños que deje de seguir siendo el paraíso.

La Naturaleza, en su sabiduría, controló esta tendencia oportunista con comprobaciones y equilibrios.

Depredadores, parásitos y el puro azar eliminaron el exceso. Los supervivientes, los de cada nueva generación, se quedaron con el premio: la posibilidad de jugar otra ronda.

Entonces llegaron los humanos. Críticos natos, extinguimos a los carnívoros que hacían presa sobre nosotros, y combatimos la enfermedad. Con creciente fervor moral, las sociedades lucharon por suprimir la competencia asesina y garantizar para todos el «derecho a vivir y a prospera»..

En retrospectiva, sabemos cuántos errores fatales se cometieron con las mejores intenciones en la pobre Madre Tierra. Sin controles naturales, el boom demográfico de nuestros antepasados acabó con ella. ¿Pero la única alternativa es enmendar la ley con garras y dientes? ¿Podríamos hacerlo, aunque lo intentáramos?

La inteligencia anda suelta por la galaxia. El poder está en nuestras manos, para bien o para mal.

Podemos modificar las reglas de la Naturaleza si nos atrevemos, pero no podemos ignorar sus lecciones.

2

Un acre olor a humo. Una bruma oscura y cenicienta brotando de planchas ardientes. Banderas de peligro ondeando desde la chamuscada mesana de un barco herido que avanzaba torpemente en busca de asilo. Las impresiones eran más vívidas por ocurrir de noche, con la luna mayor, Durga, proyectando pálidos reflejos sobre las aguas revueltas de la bahía de Puerto Sanger.

Bajo los potentes reflectores de la fortaleza, un carguero de alimentos secos, el *Próspero*, avanzaba a duras penas hacia sitio seguro, seguido de cerca por su enemigo. La mitad de la ciudad estaba allí observando, incluida la milicia de todos los grandes clanes, con sus hijas en edad de luchar vestidas con armaduras de cuero y armadas con porras de madera pulida. Las oficialas veteranas llevaban corazas de metal brillante, y gritaban órdenes a los grupos de retoños y sobrinas idénticas. El contingente de Lamatia llegó, corriendo, los cascos coronados por plumas de ave gaeo. Maia reconoció a la mayoría de las clones invernales, sus medio hermanas, a pesar de que eran todas iguales en casi todos los sentidos. Las compañías Lamai se desplegaron rápidamente a lo largo del tejado del almacén familiar antes de enviar un destacamento para que colaborara en la defensa de la ciudad.

Era todo un espectáculo. Maia y su hermana lo contemplaban fascinadas desde un parapeto en la pared del malecón. No habían visto una alerta como aquella desde que tenían tres años. Las comandantes de las compañías tampoco parecían satisfechas al saber que una guardiana nerviosa había provocado aquella conmoción al pulsar el botón de alerta equivocado, lanzando cohetes a la plácida noche de otoño cuando unos cuantos toques de sirena habrían sido suficientes. Una avergonzada capitana Jounine se pasó una hora pidiendo disculpas a las enfadadas matronas, algunas de las cuales parecían aún más enervadas por el hecho de ir embutidas dentro de armaduras fabricadas, para versiones más jóvenes y esbeltas de sí mismas.

Mientras tanto, los remolcadores lanzaban cabos para ayudar a atraer al humeante y renqueante *Próspero* hacia un lugar seguro. Maia vio que aún cogían cubos de agua para apagar las ascuas del fuego que casi había hundido el barco. Sus velas estaban rasgadas y chamuscadas. Docenas de cabos quemados festoneaban las jarcias, colgando de débiles aparejos.

.Ha debido de ser toda una batalla, pensó Maia, *mientras ha durado*.

Leie observó el barco más pequeño que remolcaba al *Próspero*, su diminuto motor auxiliar jadeando por el esfuerzo.

—El de las saqueadoras se llama *Desgracia* —le dijo a Maia, leyendo las gruesas letras de la amura—. Probablemente escogieron ese nombre para infundir terror en el corazón de sus víctimas. —Se echó a reír—. Pero lo cambiarán después de esto.

Maia nunca había sido tan rápida como su hermana para pasar del nerviosismo al

estado de simple espectadora. Sólo unos momentos antes, la ciudad se aprestaba para un ataque. Haría falta tiempo para adaptarse al hecho de que todo aquel pánico se debía a un simple caso de piratería cuasi-legal.

—Las saqueadoras no parecen demasiado felices —observó Maia, señalando a un montón de mujeres de aspecto rudo con pañuelos rojos en la cabeza y reunidas en el castillo de proa del *Desgracia*. Su jefa discutía con una oficiala de la Guardia, que se mecía en su barca motora. Una escena similar tenía lugar cerca de la proa del *Próspero*, donde mujeres de aspecto adinerado vestidas con ropajes chamuscados gesticulaban y se quejaban en voz alta. En la popa de ambos navíos, los oficiales varones y la tripulación se ocupaban del peligroso asunto de guiar sus barcos hacia puerto. Ningún hombre habló hasta que los barcos atracaron en los malecones cercanos; entonces el capitán de *Próspero* recorrió el barco herido. Por su mandíbula prieta y la tensión de los músculos del cuello, el hombre parecía capaz de romper clavos a mordiscos. Pronto se le unió el capitán del *Desgracia*, el cual, tras un momento de tensa vacilación, le ofreció su mano en silenciosa conmiseración.

Un rumor se extendió entre los curiosos congregados en el atracadero, difundiendo la noticia que habían oído quienes se encontraban más cerca. Leie se bajó del parapeto para poder escuchar, mientras que Maia permanecía en lo alto, prefiriendo descifrar lo que podía con sus propios ojos. *Debe de haber habido un accidente durante la lucha*, concluyó, viendo cómo el fuego se había extendido desde una zona chamuscada en el centro del navío. Tal vez una linterna se rompió mientras las saqueadoras luchaban con las propietarias por el cargamento. En ese punto, las tripulaciones masculinas habrían llegado a un acuerdo y puesto a ambas partes a trabajar para salvar el navío. Parecía algo difícil, de todas formas.

La presencia de saqueadoras no era habitual en el mar de Parthenia, tan cerca de la fortaleza de los poderosos clanes de Puerto Sanger. Pero aquél no era el único dato curioso del episodio.

.Parece una idea estúpida contratar una goleta para dedicarse a saquear tan a principios de otoño, pensó Maia. Justo al final de la estación de las tormentas, había multitud de cargamentos tentadores. Pero también era la época en que los machos rebosaban todavía de hormonas del celo veraniego, hormonas que podían reaccionar en momentos de tensión. Al ver a los nerviosos marineros, los puños cerrados de furia, Maia se preguntó qué podía impulsar a las jóvenes vars de un barco saqueador a correr aquel riesgo.

Uno de los hombres dio una furiosa patada a un mamparo, rompiendo la madera con un chasquido vibrante.

Una vez, al visitar un rancho Sheldon, Maia había visto a dos sementales luchar por una manada de caballos de tiro. Esa lucha sin cuartel había sido enervante, la lección clara. Las octavillas Perkinitas difundían terribles historias acerca de

«incidente».: los temperamentos masculinos ardían y los instintos residuales de conducta animal en la Vieja Tierra salían a flote. «Cuidado, mujeres —decía una estrofa del poema citado a menudo por las perkinitas—. Pues un hombre que lucha puede matar».

A lo que Maia añadió para sí: *Sobre todo, cuando sus preciosos barcos corren peligro*. Este desgraciado incidente podría haber degenerado rápidamente en algo mucho peor.

Las oficialas de la milicia se llevaron al grupo de saquedoras y a las pasajeras del *Próspero* hacia el fuerte, donde se iniciaría un largo proceso de acusaciones. Maia captó un agudo grito de la jefa de las piratas:

—... ¡Prendieron fuego a propósito porque íbamos ganando!

La portavoz de las propietarias, una clon del rico clan comercial Vunrri, negó vehementemente la acusación.

Si tal cosa se demostraba, se arriesgaba a perder más que él cargamento y las multas para reparar e *Próspero*.

Podría incluso producirse un boicot a los artículos de su familia por parte de *todas* las cofradías de navegantes. En esos casos, la jerarquía normal de Stratos se invertía, y las poderosas matronas de las grandes casas tenían que suplicar clemencia a los inferiores hombres.

.Pero nunca a una var. Haría falta una auténtica revolución para invertir tanto la escala social. Para que las mujeres nacidas del verano se sentaran a juzgar a las clones.

Maia contempló la procesión pasar ante su puesto de observación; algunas de las figuras cojeaban, sujetándose las heridas ensangrentadas sufridas en la lucha que había desembocado en aquella derrota. Al fondo, unas cuantas enfermeras transportaban camillas. Una de ellas estaba completamente cubierta.

.Las Perkies tal vez tengan razón al decir que las mujeres tenemos un temperamento menos asesino, reflexionó Maia. *Rara vez intentamos matar*. Era uno de los motivos por los que Lysos y las Fundadoras habían venido aquí, para crear un mundo mejor. *Pero supongo que eso no le sirve de nada a la pobre mujer que hay bajo esa sábana*.

Leie regresó, sin aliento, para relatar todo lo que había aprendido de la multitud. Maia escuchó y emitió todos los sonidos de sorpresa convenientes. Había algunos nombres y detalles que no pudo captar desde su lugar de observación... y algunos que sin duda eran producto de los rumores.

¿Pero importaban los detalles? Lo que se le quedó grabado en la mente, mientras se unían a la multitud que se dispersaba, fue la expresión del rostro de la capitana Jounine cuando la comandante de la Guardia escoltó a sus retenidos hacia la fortaleza.

.Éstos no son los tiempos pacíficos en los que creció. Son días más duros.

Maia miró a su gemela mientras se dirigían hacia el lejano muelle donde los barcos carboneros. Zeus .Wotan esperaban, ya listos, la corriente de la mañana. A pesar de sus habituales bravatas, Leie parecía de pronto tan joven e inexperta como la propia Maia se sentía.

.Éstos son nuestros días, reflexionó Maia sobriamente..*Será mejor que estemos preparadas para ellos.*

El influjo de las lunas tenía poco efecto sobre los grandes mares de Stratos. Con todo, la tradición abogaba por zarpar durante la marea de Durga. Tras la excitación de la noche anterior, la partida antes del amanecer fue menos emocionante de lo que Maia esperaba. Durante muchos años se había imaginado contemplando los gastados edificios de piedra rosada de Puerto Sanger (casas de clanes similares a castillos adornando las colinas como nidos de águilas), y sintiendo un torrente de abrumadoras emociones al ver la tierra de su infancia perderse de vista, tal vez para siempre.

Sin embargo, no hubo tiempo para entretenerse con minucias. Jefes y contra maestres de voz bronca impartían órdenes a gritos mientras ellas y otras torpes habitantes de tierra se apresuraban a ayudar a tensar cabos e izar velas.

Complementando a la tripulación permanente había una docena de vars como ella misma, «pasajeras de segunda clas», que debían trabajar para terminar de pagar su pasaje. A pesar de la dura preparación que Lamatia imponía a sus veraniegas, un severo régimen de trabajo y ejercicio, Maia pronto descubrió que le resultaba difícil mantener el ritmo.

Al menos el terrible frío remitió cuando el sol escaló el cielo. Los atuendos de cuero desaparecieron, y pronto estuvo trabajando con sólo taparrabos y una camisa. El aire denso y pesado la cubría de una película de transpiración, pero Maia prefería secarse el sudor a que se le helara encima.

Cuando por fin tuvo un momento libre para mirar atrás, los edificios de la bahía de Puerto Sanger desaparecían tras un banco de niebla. La antigua fortaleza del acantilado sur, actualmente cubierta por una envolvente mortaja de andamios de reparación, pronto quedó cubierta por la bruma y se perdió de vista. Al otro lado, la torre del santuario-faro continuó siendo durante un rato más un misterioso obelisco gris. Luego también desapareció tras las nubes bajas, dejando una infinita extensión de mar veteado de hielo rodeando su diminuto mundo de tablas de madera, cordajes de fibra y polvo de carbón.

Durante lo que parecieron horas, Maia hizo todo lo que los marineros le señalaron, aflojando, izando, y atando secciones de áspera cuerda según sus órdenes. Las palmas de las manos se le despellejaron pronto y los hombros le dolían, pero empezó a aprender un par de cosas, como a no intentar frenar un cabo simplemente

agarrándolo.

Enfrentarse a un cable que se sacudía con simple fuerza bruta podía lanzarte contra un mamparo o incluso por la borda. Observando a los demás, Maia aprendió a liar un tramo de estacha alrededor de algún poste cercano con un nudo inverso y a dejar que la tensión del propio cabo lo pusiera en su sitio.

Eso dejaba el problema de *soltar* el maldito cabo cada vez que la tripulación quería aflojarlo por algún motivo.

Después de que Maia casi fuera golpeada en el rostro en dos ocasiones, un marinero se entretuvo en decirle cómo se hacía.

—Se hace así y así —explicó un varón delgado, no mucho más alto que ella, con evidente impaciencia.

Maia trató de imitar con torpeza lo que en manos experimentadas parecía un movimiento fluido.

—Lo conseguirás —le aseguró él, y luego se marchó, gritando a otra muchacha para que no dejara que su pierna quedara atada por un nudo de cuerda y fuera arrastrada por la borda.

.Bueno, yo quería educación. Maia comprendió ahora por qué a más de uno de los hombres que había visto en su vida le faltaba un dedo o dos. Si no tenías cuidado, una ráfaga de viento podía sacudir una cuerda mientras tu mano estaba haciendo un nudo, tensándolo bruscamente con fuerza salvaje y llevándose una parte de ti volando.

Con esa mareante comprensión, Maia se obligó a frenar el ritmo y a pensar antes de hacer ningún movimiento brusco. Los gritos de los contramaestres eran aterradores, pero no más que aquella horrible imagen mental.

La película de polvo de carbón que lo cubría casi todo no facilitaba las cosas. El cargamento de antracita de las Bizmai levantaba negras polvaredas en las escotillas mal cerradas cada vez que e. *Wotan* viraba con el viento.

Por suerte, Maia no tenía que subir por las sucias jarcias que los marineros escalaban con tan sorprendente diligencia, como monos nacidos para vivir en las alturas en medio del viento.

Cada vez que sus quehaceres la enviaban a babor, intentaba atisbar el barco de su hermana, el *Zeus*, que continuaba su rumbo unos doscientos metros al este. Una vez, Maia vio una esbelta figura que debía ser Leie, pero no se atrevió a saludar. Aquella lejana figura parecía muy ocupada corriendo torpemente por la cubierta del otro barco carbonero.

Por fin dejaron atrás las peligrosas aguas de la costa y el rumbo del convoy quedó establecido. Empezó a soplar viento del norte, que llenó las velas cuadradas y, como propina, hizo girar el generador eléctrico de popa con un agudo zumbido. Cuando los marinos parecieron considerar que todo estaba en su sitio gritaron a proa y popa llamando al descanso.

Maia se desplomó en mitad de cubierta mientras sus palpitantes brazos y piernas se quejaban..*Más vale que os acostumbréis*, les dijo..*La aventura es un noventa por ciento de dolor y aburrimiento*. El dicho continuaba: «Y un diez por ciento de terror absoluto». Pero esperaba pasar por alto esa parte.

Un sucio cazo apareció ante ella, ofrecido por un viejo delgado que cargaba con un cubo. Maia advirtió de pronto lo enormemente sedienta que estaba. Se llevó el cazo a la boca, sorbiendo agradecida... y al instante se atragantó.

¡Agua de mar!

Maia notó que todos los ojos se volvían hacia ella mientras tosía avergonzada, intentando ocultar la reacción.

Consiguió contenerse y beber un poco más, recordando que ahora era otra veraniega vagabunda más, no la hija de un rico clan con su propio pozo artesano. En las zonas más pobres de la ciudad, las vars e incluso las clones de baja casta bebían agua del mar y crecían sin conocer otra cosa.

«Bendita sea Madre Stratos, por las suaves aguas de sus océanos —decía un refrán burlesco que no formaba parte de ninguna liturgia— y bendita sea Lysos, por los riñones que pueden tolerarlas». La sed superó el blando regusto salado, y Maia se terminó el cazo sin más problemas. El viejo la sorprendió entonces con una mellada sonrisa y le acarició el pelo corto.

Maia se envaró, a la defensiva. Entonces, con un esfuerzo, se relajó. Hacía falta algo más que el calor pasajero de un duro día de trabajo para disparar el celo de los machos. Además, un hombre tendría que estar desesperado para perder el tiempo con una virgen como ella.

De hecho, el viejo le recordaba un poco a Bennett cuando los ojos de éste aún danzaban con interés por la vida. Vacilante, le devolvió la sonrisa. El marinero se echó a reír y continuó repartiendo agua a quienes la necesitaban.

Sonó un silbato, poniendo fin a la pausa en el trabajo, pero al menos ahora las órdenes se sucedieron a un ritmo más pausado. En vez del anterior frenesí de plegar y desplegar velas para obligar al barco a superar los bajíos camino del mar abierto, sus nuevas tareas consistieron en estibar y cerrar las escotillas. Ahora que tuvo oportunidad para echar un vistazo en derredor, Maia se sorprendió al ver que los hombres de la tripulación parecían muchísimo menos extraños de lo que esperaba. Al ejecutar sus tareas, parecían tan profesionales y eficientes como cualquier artesana del clan en su taller o fábrica. Su risa era rica y contagiosa y se expresaban en un dialecto que Maia, si se concentraba, podía entender... aunque las bromas implícitas en cada uno de sus comentarios se le escapaban.

A pesar de su pasiva conducta en tierra, que iba del bullicio a la pereza, según la estación, Maia había sabido siempre que los hombres debían llevar una vida de esfuerzo y peligro en el mar. Incluso la tripulación de aquel sucio barquichuelo, para

sobrevivir, debía aplicar inteligencia y concentración (entre otros rasgos femeninos), así como renovada fuerza física. Maia sentía curiosidad por las tareas que veía ejecutar con tal habilidad, pero eso tendría que esperar el momento adecuado.

Además, encontraba aún más interesantes a las mujeres de a bordo. Después de todo, los hombres eran otra raza, menos predecible que los lúgars, aunque mejores nadadores y conversadores. Pero, nacieran en verano o en invierno, las mujeres pertenecían a su propia especie.

En el castillete de popa de la nave, distinguibles por su ropa de más calidad, se reunían o descansaban las pasajeras de primera clase, las que no tenían que trabajar. Pocas veraniegas podían permitirse pagar el pasaje completo, incluso en barcos como éste, y por eso sólo las clones se apoyaban en la balaustrada, no lejos del capitán y sus oficiales. Aquella gente del invierno procedía de clanes pobres. Divisó a un par de Ortyn, a tres Bizmai, y a varios tipos desconocidos, seguramente procedentes de ciudades enclavadas más al norte y que habían cambiado de barco en Puerto Sanger.

Las pasajeras trabajadoras, por otro lado, eran todas vars, como ella misma, únicas de rostros tan variados como nubes en el cielo. Formaban un grupo extraño; la mayoría eran mayores que ella y de aspecto más duro.

Para algunas, éste debía ser un viaje más entre los incontables que hacían por los mares de Stratos, siempre buscando algún lugar especial donde aguardara un nicho.

Maia se quedó más convencida que nunca de que Leie y ella habían hecho bien en viajar por separado. Como había dicho el capitán Peggyul, a estas mujeres no les habría gustado encontrarse con gemelas a bordo. De todas formas, Maia ya se sintió bastante sospechosa cuando sirvieron el almuerzo.

—Aquí tienes, pequeña.*virgie* —dijo una retorcida mujer de mediana edad con el pelo veteadado de gris mientras le servía el guiso en su cuenco—. ¿Quieres también una servilleta?

Compartió una mueca con sus compañeras. Naturalmente, se estaba burlando de Maia. Había algunos trapos sucios cerca, pero el dorso de la muñeca parecía la alternativa favorita.

—No, gracias —respondió Maia, casi de forma inaudible. Eso sólo provocó más risas, ¿pero qué otra cosa podía decir? Maia sintió que su rostro enrojecía, y deseó parecerse más a sus madres y medio hermanas Lamai, cuyos rostros nunca traicionaban sus emociones, excepto de manera cuidadosamente calculada. Mientras las mujeres se pasaban una jarra de vino, Maia llevó su plato de misterioso curry a un rincón cercano y trató de no demostrar lo vulnerable que se sentía.

.Nadie te está observando, se dijo, intentando convencerse a sí misma..*Y si lo hacen, ¿qué más da? Nadie tiene motivo para hacer ver que no le gustas.*

Entonces oyó a alguien murmurar, en voz no demasiado baja:

—... ya es bastante malo respirar todo este maldito polvo de carbón durante todo

el viaje a Gremlin Town.

¿También tengo que soportar la peste de una mocosa Lamai a bordo?

Maia alzó la cabeza para encontrarse con la fría mirada de una var de duro aspecto; tendría ocho o nueve años.

El pelo rubio y la mandíbula cuadrada de la mujer le recordaron al Clan Chuchyin, un clan rival de Lamatia situado costa arriba de Puerto Sanger. ¿Era una hermana medio Chuchyin o una cuarterona que recurría al viejo resquemor entre sus casas maternas como excusa para empezar una guerra privada por su cuenta?

—Permanece a sotavento de mí, *virgie* Lamai —gruñó la var cuando advirtió la mirada de Maia, y bufó con satisfacción cuando la muchacha apartó los ojos.

.¡Sangradoras! ¿Hasta dónde debo ir para escapar de Lamatia? Maia no tenía ninguna de las ventajas de ser hija de su madre, sólo una herencia de resentimiento hacia un clan conocido por su tenaz egoísmo.

Tan concentrada estaba en su plato que dio un respingo cuando alguien le tocó el brazo. Parpadeando, Maia se volvió para encontrar un par de ojos verde claro, parcialmente ensombrecidos bajo un pañuelo azul oscuro. Una mujer pequeña y morena, muy bronceada, con pantalones cortos y una camiseta acolchada, le tendió la jarra de vino con una leve sonrisa. Mientras Maia la cogía, la var le dijo en voz baja:

—Relájate. Se lo hacen a todas las chicas de cinco años.

Maia asintió rápidamente, expresando su agradecimiento. Se llevó la jarra a la boca... y se dobló, tosiendo. ¡El brebaje era espantoso! Le picaba en la garganta y no pudo dejar de hipar mientras pasaba el recipiente a la siguiente var. Esto sólo provocó más risas, pero ahora con una diferencia. Había en ellas un tono indulgente, duro pero afectuoso..*Todas ellas tuvieron cinco años una vez, y lo saben*, advirtió Maia..*Yo también lo superaré.*

Relajándose un poco, empezó a escuchar la conversación. Las mujeres comparaban notas sobre los lugares en los que habían estado, y especulaban sobre qué oportunidades podrían encontrarse al sur, acabada la estación de las tormentas y con el comercio de nuevo en marcha. Los comentarios burlescos sobre Puerto Sanger predominaban. La imagen de toda una ciudad llamada a las armas porque unas torpes saqueadoras habían roto una linterna las hacía partirse de risa. Maia no pudo dejar de sonreír también..*A la mujer muerta no le pareció gracioso*, recordó sombríamente una parte de sí. ¿Pero no había escrito alguien que la esencia del humor es la tragedia de la que consigues escapar?

Por insinuaciones aquí y allá, Maia comprendió que algunas de aquellas vars habían llevado también el pañuelo rojo..*Digamos que un puñado de veraniegas sin sitio donde caerse muertas, resentidas por ser el último peldaño de la sociedad, firman un contrato de hermandad. Juntas, alquilan una goleta rápida... hombres dispuestos a pilotar su preciosa nave, a abarloadla a algún carguero, a dar a la*

banda de camaradas un fugaz momento para arriesgarlo todo, para ganar o perder.

La Sabia Judeth había explicado por qué se permitía esto, aun a regañadientes. .

—Habría sucedido de todas formas, tarde o temprano —dijo una vez la maestra Lamai—. Al establecer las reglas, Lysos impidió que la piratería se fuera de la mano. Llamadlo bienestar para las desesperadas y afortunadas. Una válvula de seguridad.

—¿Y si las saqueadoras se vuelven demasiado ambiciosas?

Una confiada amenaza asomó en la sonrisa de Judeth.

—También tenemos formas de manejar eso.

Maia nunca pretendió averiguar qué hacían los grandes clanes cuando se les provocaba demasiado. Al mismo tiempo, reflexionó sobre las leyendas que hablaban de la primera de las Lamai, la joven var que, mucho tiempo atrás, convirtió un pequeño nido en un imperio comercial para sus descendientes clónicas. Las historias sobre cómo consiguió la primera madre su posición eran vagas. Tal vez un pañuelo rojo yacía en el fondo de algún cajón en el archivo más polvoriento del clan.

Como era de esperar, la mayoría de las vars de a bordo trabajaban para pagar su pasaje mientras buscaban un empleo permanente en tierra. Pero unas cuantas parecían considerarse miembros de la tripulación regular del *Wotan*. A Maia ya le parecía bastante extraño que las mujeres pudieran interactuar con la otra raza inteligente del planeta para reproducirse. ¿Podían hombres y mujeres vivir y trabajar juntos durante largos períodos de tiempo sin volverse locos mutuamente? Mientras utilizaba un duro cepillo para fregar los platos del almuerzo, observó a algunas de aquellas «marinera»... ¿*De qué hablan con los hombres?*, se preguntó.

Pero en efecto hablaban, en un cantarín dialecto del mar. Maia vio que la mujer pequeña que le había hablado con amabilidad era una de esas marineras profesionales. En su enguantada mano izquierda llevaba un bastón, un práctico modelo con una garra en forma de Y en un extremo y un garfio acolchado en el otro. Por el modo en que bromeaba con un par de camaradas masculinos, parecía que les proponía un desafío que ellos, sonrientes, aceptaron.

Un marinero abrió un armario cercano, poniendo al descubierto un puñado de finos objetos parecidos a losas, blancos por un lado, negros por el otro. Cogió una oblea cuadrada y le dio la vuelta, comprobando que había ocho teclas en sus bordes y esquinas. Maia reconoció el anticuado juego que los marineros usaban en gran número para practicar uno de sus pasatiempos favoritos, llamado Vida. Desde la infancia, había contemplado incontables competiciones en los muelles. Las teclas captaban el estatus de las losas vecinas durante una partida, de modo que cada pieza «sabí». si tenía que mostrar su cara blanca o su cara negra en un momento determinado. Por la naturaleza del juego, una sola pieza era inútil, y por tanto, ¿qué hacía el hombre, insertando una llave y dando cuerda sólo a una losa mecánica?

Programado normalmente, el artilugio simplemente recorrería una fila de paneles

listados mostrando su superficie blanca a menos que se dieran ciertas condiciones. Tres de sus teclas debían sentir objetos vecinos con cierto intervalo temporal. Dos, cuatro o incluso ocho toques no servían de nada. Había que pulsar exactamente tres teclas para que permaneciera quieta.

El burdo marinero se acercó a la mujer, tendiendo la pieza ante ella, con la cara negra hacia arriba. Apoyando un pie sobre su superficie, no la activó hasta que, agarrando su bastón con ambas manos, ella asintió, indicando que estaba preparada.

El marinero saltó hacia atrás y la pieza empezó a chasquear. A la cuenta de ocho, la mujer se abalanzó de pronto, golpeando la pieza en tres puntos en rápida sucesión. Pasó un segundo y el disco quedó quieto. Entonces la Cuenta de ocho latidos se repitió, sólo que más rápido. Ella repitió su hazaña, escogiendo un trío distinto de teclas, haciendo que pareciera tan fácil como aplastar zizzers. Pero la pieza había sido programada para incrementar su tempo. Pronto la punta del bastón se convirtió en un borrón y el tictac de la pieza fue un *staccato*.

El sudor corría por la frente de la mujer mientras su mano de madera bailaba más y más rápida...

Bruscamente, los canales del disco destellaron con un fuerte *clack*, volviendo hacia arriba la superficie blanca.

—¡Ah! —exclamó la mujer.

—¡Veintiocho! —gritó un marinero, y la mujer se rió con una mueca mientras sus camaradas se burlaban de ella por haber quedado tan lejos de su récord.

—¡Demasiada bebida y pereza en tierra! —la reprendieron.

—¡Vosotros vais a hablar! —replicó ella—. ¡Todo el día retozando con las zorras Bizzie!

Uno de los hombres empezó a dar cuerda a la pieza para intentarlo de nuevo, pero el segundo de a bordo del *Wotan* eligió ese momento para bajar del alcázar y llamó a la mujer para hablar con ella. Conversaron durante unos cuantos minutos, y luego el oficial se marchó. La marinera se sacó un silbato de la camiseta y con un agudo pitido hizo que todo el mundo le prestara atención.

—Pasajeras de segunda clase a popa —dijo con tono neutro, indicando a Maia y a las demás que se pusieran en fila junto a la banda de estribor.

—Me llamo Naroin —dijo la pequeña marinera al grupo congregado—. Mi rango es el de contramaestre, igual que el marinero Jum y el marinero Rett, así que no lo olvidéis. También soy maestra de armas de esta bañera.

A Maia no le costó creérselo. Las piernas de la mujer mostraban cicatrices de combate, le habían roto la nariz al menos dos veces, y sus músculos, aunque no eran masculinos, resultaban impresionantes.

—Estoy segura de que todas visteis anoche que los rumores que venimos oyendo son ciertos. Este año hay actividad saqueadora más al norte que nunca, y empieza

temprano. Podríamos convertirnos en su objetivo en cualquier momento.

A Maia le dio la impresión de que era precipitado llegar a esa conclusión a partir de un incidente aislado, y al parecer lo mismo pensaban las otras vars. Pero Naroin se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Así se lo dijo, apoyando el bastón acolchado en su espalda.

—El capitán ha dado órdenes. Debemos estar preparadas, por si hay problemas. No vamos a convertirnos en presa de nadie. Si una banda de únicas rebotadas intenta abordar este barco...

—¿Por qué iba a querer hacerlo nadie? —murmuró una var, provocando risitas. Era la mujer de mandíbula cuadrada que había despreciado antes a las «mocosas Lama»..

—¿Qué clase de sangradoras atípicas nos abordarían por un cargamento de carbón? —continuó la medio Chuchyín.

—Te sorprenderías. El mercado está en alza. Además, incluso una mengua en los beneficios podría arruinar a las propietarias...

La explicación de Naroin fue interrumpida por la ofensiva imitación de un pedo.

Cuando la contra maestre alzó la cabeza, la var Chuchyín bostezaba exageradamente. Naroin frunció el ceño.

—Las órdenes del capitán no tienen que ser explicadas a gente como vosotras. Una tripulación que no permanece unida...

—¿Quién necesita unirse? —La alta var chasqueó los nudillos, dando un codazo a sus amigas, aparentemente un grupo cerrado de compañeras de viaje—. ¿Por qué preocuparnos por esas saqueadoras amantes de lúgars? Si vienen, las enviaremos en busca de sus papás.

Maia sintió enrojecer sus mejillas, y esperó que nadie se diera cuenta. La maestra de armas se limitó a sonreír.

—Muy bien, coge un bastón y enséñame cómo pelearás llegado el caso.

Un bufido. La Chuchyín escupió sobre la cubierta.

—Me quedaré mirando, si no te importa.

Los tendones de los antebrazos de Naroin se tensaron como cuerdas de arco.

—Escucha, basura del verano. ¡Mientras estés a bordo, obedecerás las órdenes, o te volverás nadando por donde viniste!

La alta mujer y sus camaradas la miraron sombrías, la hostilidad pintada en sus duros rostros.

Una voz grave interrumpió desde atrás.

—¿Hay algún problema, maestra de armas?

Naroin y las vars se volvieron. El capitán Pegyul se encontraba en el extremo del alcázar, rascándose su barba de cuatro días. De aspecto banal en la taberna Bizmai, su figura era ahora impresionante, vestido sólo con una camiseta azul, algo que los

machos nunca hacían en tierra. Tres brazaletes de bronce, insignia de rango, circundaban un brazo del grosor del muslo de Maia. Otros dos marineros, más altos y de hombros aún más anchos, se mantenían tras él al pie de las escaleras; el pecho desnudo. A pesar de la clara tensión, Maia se sintió fascinada por aquellos torsos. Por una vez, pudo dar crédito a ciertas exageradas historias que decían que a veces, en el calor del verano, un macho particularmente grande y loco podía atormentar a propósito a un lugar para que la bestia se volviera la horrible furia en la que era capaz de convertirse, sólo por luchar con la criatura mano a mano, hasta vencerla.

—No, señor. No hay ningún problema —respondió Naroin tranquilamente—. Estaba explicando a las pasajeras de segunda clase que se entrenarán para defender el cargamento de la nave.

El capitán asintió.

—Tienes el apoyo de tus camaradas, maestra de armas —dijo suavemente, y se marchó. .

El escalofrío que recorrió la espalda de Maia no fue debido al viento del norte. Generalmente hablando, los hombres eran considerados inofensivos cuatro quintas partes del año, igual que los lugares lo eran todo el tiempo.

Pero eran seres inteligentes, capaces de *decidir* enfurecerse incluso en invierno. Los dos grandes marineros se quedaron observando. Maia pudo ver en sus ojos la alerta ante cualquier amenaza a su barco, a su mundo.

La Chuchyín hizo como si se examinara las uñas, pero Maia vio sudor en su frente.

—Supongo que podría entrenarme un poquito —murmuró la alta var—. Para practicar.

Todavía fingiendo indiferencia, se acercó al bastidor de las armas. En vez de coger el otro bastón acolchado de entrenamiento, tomó uno de combate, hecho de dura madera Yarri con mínima cobertura en el garfio y el diente.

Desde las jarcias, dos mujeres de la tripulación jadearon, pero Naroin se limitó a retroceder hacia la ancha y plana puerta que cubría la bodega de popa, levantando una película de polvo de carbón con los pies descalzos. La alta var la siguió, dejando huellas con sus sandalias. No hizo ninguna reverencia. Ni la hizo tampoco la marinera cuando ambas empezaron a dar vueltas.

Maia miró a los dos marineros sin camisa que ahora estaban sentados, observando, toda la furia desaparecida de sus dóciles ojos. Una vez más sintió curiosidad, medio excitada medio asqueada, por el sexo. Su curiosidad era normal. Pocos clanes dejaban que sus hijas del verano entraran en sus Salones de Placer, donde la danza de negociación, acercamiento, rechazo y aceptación entre marinero y futura madre alcanzaba una consumación diferente dependiendo de la estación. Entre las ambiciones que compartía con Leie se encontraba la de construir un salón propio

donde disfrutar de cuantas delicias fueran posibles (por improbable que pareciera) al mezclar su cuerpo con uno de aquéllos tan grandes e hirsutos. Sólo con imaginarlo la cabeza le dolía de forma extraña.

Las dos mujeres terminaron sus movimientos preliminares, agitando y blandiendo sus bastones. Naroin no parecía tener prisa por pasar a la ofensiva, quizás a causa de su arma, acolchada y mal equilibrada. La var Chuchyín blandía con afectación el palo elegido. De repente se abalanzó hacia delante para atacar las piernas llenas de cicatrices de su oponente... y bruscamente se encontró esas piernas en torno al cuello. Naroin no había esperado al intercambio tradicional de fintas y amagos, sino que había utilizado su incómodo bastón como pértiga sobre la cubierta para lanzarse hacia el arma de su enemiga y aterrizar con las piernas alrededor de los hombros de la otra mujer. La var se tambaleó, soltó el palo y trató de arañar a la maestra de armas, pero descubrió que sus manos estaban sujetas por una fuerza terrible. Se le doblaron las rodillas y su cara empezó a enrojecer entre los tensos muslos de la marinera.

Maia respiró por fin cuando Naroin saltó hacia atrás, dejando que su oponente se desplomara sobre la sucia escotilla. La marinera de pelo oscuro cogió el arma de madera Yarri y usó su punta en forma de Y para apretar el cuello de la var contra la puerta de la bodega. La respiración de Naroin apenas era entrecortada.

—¿Qué esperabas al atacarme de esa forma, madera pelada contra acolchado? ¿Ninguna cortesía, y luego descargar un golpe cortante? Intenta eso contra las saqueadoras y harán más que quitarte el cargamento o venderte como esclava. Te tirarán al mar, a ti y a cualquier idiota que haga trampas. Y nuestros hombres no levantarán un dedo, ¿me oyes? ¡Eia!

La tripulación femenina respondió al unísono.

—¡Eia!

Naroin arrojó el bastón a un lado. Resoplando, la medio Chuchyín salió arrastrándose del improvisado coso, cubierta de manchas negras. Una mirada al alcázar mostró que los hombres se habían marchado, pero varias clones observaban desde primera clase, con expresión divertida.

—¿La siguiente? —preguntó Naroin, mirando la fila de vars; ya no parecía tan pequeña.

.Sé lo que haría Leie, pensó Maia..*Esperaría a que las demás agotaran a Naroin, detectarían alguna debilidad, y luego se lanzaría con todas las pilas cargadas.*

Pero Maia no era su hermana. En el colegio podía observar una docena de duelos sin recordar quién había ganado, mucho menos quién se entrenaba y cuándo en busca de puntos. Mientras su instinto quería encontrar algún rincón oscuro donde perderse, su mente racional dijo: *Acabemos de una vez.* De cualquier forma, si lo que Naroin intentaba era potenciar las adecuadas virtudes femeninas en el combate, Maia podría ofrecer un buen contraste con la Chuchyín, y sorprender a aquellas que la llamaban

«virgi»..

Combatiendo sus temblores, dio un paso al frente, recogió en silencio del bastidor el otro bastón acolchado de entrenamiento y se encaró al coso. Ignoró las miradas de clones y vars, arrastró ritualmente los pies tres veces sobre el polvo, e inclinó la cabeza. Naroin, con su arma también acolchada, sonrió benéfica ante la cortesía de Maia.

Ambas extendieron sus palos, el extremo ganchudo hacia delante para el primer golpe formal...

Alguien le echó agua en la cara. Maia tosió y escupió. No sabía sólo a sal, sino a carbón. Un borrón se convirtió lentamente en un rostro, un rostro de hombre, el que antes le había acariciado el pelo, recordó aturdida.

—¿Qué tal? ¿Estás bien? Nada roto, ¿no?

Hablaba un cerrado dialecto masculino. Pero Maia lo entendió.

—No... no lo creo.

Empezó a levantarse, pero un fuerte dolor le atravesó la pierna izquierda, por debajo de la rodilla. Un corte ensangrentado recorría la pantorrilla. Maia silbó.

—Mm. No te preocupes. No es tan malo. Tengo un unguento que se encargará de todo.

Maia sintió un gemido crecer en su garganta y se estiró cuando el hombre le aplicó la medicina de una jarra de barro. La agonía la recorrió en oleadas, como una marea que baja. Las palpitaciones menguaron. Cuando volvió a mirar, la hemorragia había cesado.

—Esto... es bueno —suspiró.

—Nuestra cofradía tal vez sea pequeña y pobre, pero tenemos chicos listos en el santuario.

—Mm, apuesto a que sí.

Entre las temporadas marítimas, algunos hombres pasaban el tiempo libre trabajando en laboratorios, como invitados de los clanes o en sus propias hermandades. Pocos de los barbudos remendones tenían educación formal, y la mayoría de sus inventos eran como mucho maravillas de una sola temporada. Una fracción de esos inventos llamaba la atención de las salas de Caria, para acabar siendo divulgados o prohibidos. Pero este unguento... Maia decidió obtener una muestra y averiguar si alguien tenía ya los derechos de comercialización.

Se levantó apoyándose en los codos y miró a su alrededor. Dos parejas de pasajeras de segunda clase se entrenaban bajo la dirección de la maestra de armas. Otras yacían en el suelo igual que ella, acariciándose las heridas. Mientras tanto, dos marineras estaban sentadas en la amura de proa, una tocando una flauta y la otra cantando con una voz triste y grave.

El anciano chasqueó la lengua.

—Este año las cosas están difíciles. Vaya tontería, coger hembras demasiado estropeadas para trabajar. No es bueno, a mi juicio.

—Supongo —murmuró Maia. Logró sentarse y entonces, agarrada a una jarcia cercana, consiguió apoyarse en una pierna. Seguía mareada, pero al mismo tiempo se sentía vagamente aliviada. El verdadero dolor rara vez es tan malo como lo que se espera.

Qué curioso, ¿no había dicho una vez Madre Claire eso mismo sobre *parir*? Maia se estremeció.

Una de las vars soltó un grito y aterrizó sobre la escotilla con un fuerte golpe. Las mujeres que tocaban música pasaron a una vieja y quejumbrosa melodía que Maia reconoció, una melodía que hablaba de una vagabunda que anhelaba un hogar, un amante, todos los placeres que son tan fáciles para algunas, pero no para otras.

Apoyada contra la borda, Maia contempló el mar y encontró al *Zeus* detrás, abriéndose paso entre las olas con las velas hinchadas. Hasta ahora, aquel viaje había sido al menos la experiencia de aprendizaje que su hermana prometió.

.Espero que Leie encuentre su viaje igual de interesante, pensó con ironía.

Dos semanas más tarde, al desembarcar en Queg Town, las gemelas se encontraron por fin después de su larga separación, y sus reacciones fueron idénticas. Cada una miró a la otra de arriba abajo... y se echaron reír simultáneamente.

En la parte inferior de la pierna derecha de Leie, en un punto que reflejaba exactamente su pierna izquierda, Maia vio una rosada cicatriz alargada que sanaba bajo la benigna influencia del sol, el aire, el trabajo duro y el agua salada.

Problema número uno: al carecer de mecanismos de control naturales, nuestros descendientes humanos tenderán a reproducirse hasta que Stratos ya no pueda soportar su número. ¿Habremos recorrido entonces todo este camino para repetir la catástrofe de la Tierra?

Una lección hemos aprendido: todos los esfuerzos por limitar la población no pueden basarse solamente en la persuasión. Los tiempos cambian. Las pasiones cambian, e incluso los deseos moralistas más elevados acaban sucumbiendo ante los instintos naturales.

Podríamos hacerlo genéticamente, permitiendo a cada mujer sólo dos partos. Pero las variantes que rompen la programación superarían a todas las demás, devolviéndonos pronto a donde empezamos. De todas formas, nuestras descendientes pueden necesitar en ocasiones una reproducción rápida. No podemos limitarlas a una estrecha forma de vida.

Nuestra principal esperanza se basa en encontrar formas de conjugar de modo permanente los intereses propios con el bien común.

Lo mismo vale para nuestro segundo problema, el que provocó que esta coalición tomara medidas, abandonando los blandos compromisos del Phylum. El problema que nos trajo a este mundo lejano en busca de una solución.

El problema del sexo.

LYSOS, *La apología*

3

Lanargh, el segundo puerto al que arribaron, no se contaba entre los de las ciudades importantes del mundo.

Ni estaba en liga con las que bordeaban la costa del Continente del Aterrizaje. Con todo, la metrópoli era lo bastante grande para proporcionar a las gemelas un respiro después de semanas de esquivar icebergs en alta mar.

En Queg Town, las propietarias habían encontrado pocas compradoras para el carbón de Puerto Sanger. Así que el *Zeus* y el *Wotan* tuvieron que enfrentarse a olas que se alzaban con fuerza sobre sus gastados flancos. Cada vez que los vigías divisaban las islas flotantes de hielo, los motores auxiliares se esforzaban para alterar el rumbo y evitar aquellas terribles moles blancas. El viento era un aliado imprevisible. Los contramaestres gritaban y todas las manos tiraban de los cabos. Un bloque de hielo pasó por la banda de estribor del *Wotan*, muy cerca, dejando a Maia con la boca seca y dando gracias de que viajaran en convoy. En caso de accidente, sólo el *Zeus* estaba lo bastante cerca para ofrecerles socorro.

Cuando llegaron a la costa de nuevo, la antigua monotonía de la tundra fue sustituida por coníferas envueltas en bruma, pinos gigantes cuyos antepasados habían llegado a Stratos junto con los de Maia, tortuosamente, desde la Vieja Tierra. Los árboles terrestres medraron en la costa brumosa, apoyados por los clanes forestales en su lenta y silenciosa lucha contra los matorrales nativos. Senderos sinuosos señalaban los lugares donde recientemente las recolectoras habían talado troncos para transportarlos al mercado en grandes balsas.

Maia se quedó sin respiración cuando el *Wotan* avistó por fin Punta Desafío, donde un afamado dragón de piedra que simbolizaba el amor protector de Madre Stratos proyectaba la sombra de sus amplias alas sobre el estrecho de la bahía. La talla, muy antigua, conmemoraba el rechazo, a un alto precio, de una fuerza de desembarco enviada por el Enemigo en la oscura y lejana época en que mujeres y hombres luchaban juntos para salvar su colonia, sus vidas, y asegurar el futuro. Maia sabía poco sobre aquella era pretérita (la historia no se consideraba un bagaje académico práctico), pero la estatua no dejaba de ser una visión impresionante.

Entonces aparecieron las cinco famosas colinas de Lanargh, una tras otra, alineadas con pálidos muelles de piedra, fortalezas de clanes, y jardines que se extendían kilómetros a lo largo de la bahía, hasta llegar a las verdes faldas de las montañas. Las gemelas siempre habían considerado Puerto Sanger grande y cosmopolita, ya que con su comercio dominaba gran parte del mar de Parthenia. Pero aquí, en el centro de un vasto océano, Maia entendió por qué Lanargh era adecuadamente conocida como «La Puerta de Orient»..

Después de atracar en el embarcadero asignado por la práctica del puerto, la

tripulación vio cómo el capitán partía con las Bizmai propietarias del cargamento en busca de clientes potenciales. Entonces se concedió permiso para desembarcar, cosa que todo el mundo hizo gritando de placer. Maia encontró a Leie esperando al pie del muelle.

—¡Te he ganado otra vez! —rió la gemela de Maia, recalcando otra pequeña victoria y sabiendo que a Maia le importaba un comino.

—Vamos —respondió Maia, sonriendo—. Echemos un vistazo a este lugar.

Más de quinientos clanes matriarcales tenían su sede en la ciudad y llenaban las anchas plazas y avenidas de los mercados con contingentes de clones bellamente vestidas, estudiadamente peinadas y magníficamente uniformadas que llevaban sus cargas en carros bien engrasados o a la espalda de pacientes lúgars ataviados con librea. Flotaban suntuosos olores de extrañas frutas y especias, y había criaturas de las que las gemelas sólo sabían por los libros, como monos rojos aulladores y aleteantes merodragones que, colgados de los hombros de sus propietarias, siseaban a los transeúntes y robaban uvas a las vendedoras despistadas.

Las hermanas recorrieron las plazas y las estrechas calles del mercado, compraron dulces en un puesto, se rieron de las proezas de un pequeño grupo de ágiles malabaristas, esquivaron las arengas de las candidatas políticas, y sopesaron la extrañeza de un mundo tan pintoresco y maravilloso. Nunca antes había visto Maia tantos rostros que no reconocía. Aunque Puerto Sanger tenía una población de varios millares de habitantes, nunca había más de un centenar de caras, todas ellas conocidas.

Por primera vez saborearon cómo podría ser la vida si su plan secreto tenía éxito. Aunque iban humildemente vestidas, algunas vars con las que se encontraron se hicieron a un lado a su paso con deferencia instintiva, como si fueran nacidas en el invierno.

—¡Lo sabía! —susurró Leie—. Las gemelas son tan raras que la gente llega a la conclusión equivocada. ¡Nuestro plan puede funcionar!

Maia apreció el entusiasmo de Leie. Sin embargo, sabía que el éxito dependería de infinidad de detalles. No deberían pasar el tiempo libre jugando, insistió, sino recorriendo el puerto en busca de información útil.

Por desgracia, la ciudad era un batiburrillo de lenguas extrañas. Cuando quiera que las hermanas clónicas se encontraban en la calle, hablaban una jerga incomprensible de código familiar, creado por las madres-colmena y embellecido por sus hijas a lo largo de incontables generaciones. Esto frustró a Leie al principio. Allá en el tranquilo Puerto Sanger, el habla común era la normal.

Entonces Leie se entusiasmó.

—También nosotras necesitaremos una jerga secreta cuando fundemos nuestro propio clan.

Maia no se molestó en recordarle a su hermana que, de pequeñas, ya habían experimentado con códigos, criptogramas y jergas privadas, hasta que Leie se aburría y lo dejó. Por su cuenta, Maia nunca había dejado de crear anagramas o de buscar pautas en los bloques de letras esparcidos por el suelo de la habitación de los niños.

Tal vez aquello fuera lo que estimuló su interés por las constelaciones, pues para ella las chispeantes pautas estelares siempre parecían apuntar al código privado de la Creadora, un código que estaba allí para todo aquel que aprendiera a verlo.

Mientras recorrían la gran plaza situada delante del templo de la ciudad de Lanargh, las gemelas contemplaron a un grupo de marineros arrodillados que recibían bendiciones de una sacerdotisa ortodoxa envuelta en una túnica de rayas color rojo oscuro. Alzando las manos, la religiosa pidió la intercesión del espíritu planetario, sus rocas y su aire, sus vientos y sus aguas, para que los hombres pudieran llegar a buen puerto al final de su viaje. La cantarina bendición terminó con un pasaje familiar sobre la santidad de la camaradería en los peligros compartidos. Sin embargo, por la forma de hablar de la mujer santa, se veía que también las clérigas tenían un «lenguaj». propio, sobre todo al citar el misterioso Cuarto Libro de las Escrituras.

Asípues a sus naves entemps denecesidad caiga la bendción delo questá ocult.

No era extraño que el Cuarto Libro fuera conocido popularmente como el «Acertijo de Lyso». Tenía incluso su alfabeto de dieciocho letras, que solía entretener a Maia durante las largas ceremonias semanales en la capilla de Lamatia, mientras reflexionaba en silencio sobre los crípticos pasajes tallados en las paredes de piedra.

Leie miró el reloj situado en el frontispicio del templo y suspiró.

—¡Uf! Lo siento. Tengo que volver al trabajo.

Maia parpadeó.

—¿Qué? ¿El primer día?

—La suerte de la var. Hay que baldear y limpiar. Nuestro jefe quiere que el viejo *Zeus* consiga más clientas que el *Wotan*, aunque todo va a parar a las mismas propietarias y a la misma cofradía —sonrió con una mueca—. ¿Son vuestros contra maestres tan horribles como los nuestros?

Maia no habría empleado aquel calificativo. «Duro». tal vez, y rápidos en sorprenderte cuando estabas cruzada de brazos. Pero estaba aprendiendo mucho de Naroin y los demás, y estaba más fuerte cada día. De todas formas, no había duda de que Leie ocultaba algo. Maia apostó a que su hermana estaba castigada, probablemente por abrir la boca cuando tendría que haberse quedado calladita.

A pesar de todo, Maia gruñó compasivamente.

—Descargar carbón para ganarse la vida. Ja. Supongo que las madres estarían orgullosas de nosotras por empezar desde abajo.

—¡Pero no será por mucho tiempo! —respondió Leie—. ¡Algún día regresaremos

a Puerto Sanger con suficientes varas de monedas para comprar el lugar!

Se echó a reír, y su alegría obligó a Maia a sonreír.

Era diferente caminar sola por la ciudad, y no sólo porque ya nadie le cedía el paso. A Maia le gustaba señalarle cosas a Leie, compartir lo que veía. Era reconfortante saber que otra persona era una aliada en este mar de desconocidas.

Por otro lado, la ciudad así parecía más viva. Sonido, olor y visión se hacían más claros a medida que era más consciente del reverso de la vida urbana. Sudorosas trabajadoras vars que arrastraban cargas en carros chirriantes.

Mendigas, algunas lisiadas, que sacudían cuencos con sellos de cera del templo. Mujeres de aspecto taimado que se apoyaban contra las esquinas de los edificios y la miraban especulativamente, tal vez preguntándose si llevaba la bolsa bien atada...

.Hicimos bien en coger barcos separados, pensó Maia, sintiéndose a la vez alerta y viva. *Necesitábamos esto.*

.Yo lo necesitaba.

Carteles que nunca antes había visto de clanes que no conocía ofrecían artículos de los que nunca había oído hablar. Algunos espacios comerciales estaban cubiertos por una docena de empresas diminutas, algunas con pretenciosos escudos pintados a mano, dirigidas por mujeres solas que pagaban el alquiler en común, cada una de ellas esperando iniciar el lento ascenso hacia el éxito. En el otro extremo, el hospital de la ciudad parecía a la vez moderno y falto de color, pues las profesionales del interior no tenían necesidad de anunciar su afiliación familiar.

Un sonido atronador, un cuerno y címbalos restallando, hizo que la calle se dividiera para dejar paso a un nuevo alboroto. Los transeúntes se detuvieron a mirar mientras un breve desfile se abría paso colina abajo. Los miembros varones de una sociedad secreta, vestidos con atuendos llamativos y llevando tótems misteriosos, recorrían el empedrado entre los aplausos y las burlas benevolentes de la multitud. Algunos de los hombres parecían mansos, y llevaban a hombros recargados modelos de barcos y zep' lins de madera al compás del tambor, mientras que otros mantenían la barbilla alta, como desafiando a cualquiera a burlarse de su ritual. Sólo unas cuantas espectadoras se mostraban poco amistosas: Un puñado de mujeres cejijuntas se negó a hacerse a un lado y la procesión tuvo que sortearlas.

.Perkinitas, pensó Maia, mientras continuaba... *¿Por qué no dejan en paz a los pobres hombres y eligen a alguien de su misma talla?*

Lanargh ofrecía una gama de servicios más amplia de lo que hubiese podido imaginar, desde quirománticas y brujas profesionales hasta frenólogas de renombre equipadas con calibradores, cintas craneales, y floridas cartas.

Maia estuvo tentada de hacerse una lectura, hasta que vio los precios y decidió que de todas formas no podía hacerse nada con la forma de su cabeza.

Al asomarse a un caro escaparate, Maia contempló a tres pelirrojas consultar con sus clientas acerca de unas carpetas de cuero. Tras ver los carteles dorados, Maia supuso que se trataba de una rama local de una lejana empresa familiar que ofrecía servicios de anuncios comerciales. En un tablón aparte las pelirrojas anunciaban una especialidad local: diseñar lenguajes privados para casas de futura creación.

—Eso sí que es un dicho —murmuro Mala, admirada. El éxito en Stratos a menudo dependía de encontrar algún producto o servicio que nadie más dominara. Le habría gustado explorar éste. Suspiró—. Lástima que ya parezca estar completamente ocupado.

—Todos están ocupados, hermana. ¿No lo sabes? Es una de las señales predichas.

Maia se volvió para ver a una mujer joven, de aproximadamente su misma edad y altura, que llevaba una túnica con capucha y las franjas bordadas de alguna orden religiosa. La sacerdotisa, o la postulante, empuñaba un fajo de panfletos amarillos y miraba a Maia a través de unas gruesas gafas.

—Umm... ¿Señales de qué, hermana? —preguntó Maia, una vez superada su sorpresa.

Una sonrisa amistosa, aunque ferviente.

—De que entramos en un Tiempo de Cambios. Seguro que una muchacha de cinco años inteligente como tú habrás notado que las cosas han llegado al límite. Las matronas de los clanes llevan tiempo quejándose de que el número de nacimientos del verano aumenta, ¿pero qué hacen para impedirlo? Una fuerza dentro de la misma Stratos quiere que así sea, a pesar de todos los inconvenientes que eso conlleva.

Maia superó su reacción habitual cuando la acosaba una religiosa: el impulso de buscar la salida más cercana.

—Mm... ¿inconvenientes?

—Para las grandes casas. Para la burocracia de Caria. Y sobre todo para las mismas hordas de veraniegas, que no tienen sitio en este planeta. No hay más que un lugar.

.¡Ajá!, pensó Maia..¿*Se trata de una maniobra de reclutamiento?* El sacerdocio era aún menos selectivo que la Guardia ciudadana de Puerto Sanger. Al tomar los votos, cualquier var se aseguraba un cuenco de comida para el resto de sus días. Eso también significaba no tener descendencia ni establecer jamás un clan propio pero ¿cuántas veraniegas lo conseguían de todas formas? Abjurar del sexo algún día, con un hombre sudoroso, no era ninguna decisión final. Toda Stratos era tu amante cuando tomabas los hábitos, y todos sus habitantes tus hijos.

.Con todo, ¿por qué reclutar a nadie? En Lanargh, una piedra lanzada en cualquier dirección pasaría por encima de alguna sacerdotisa o diaconisa. Cada día más gente elegía esa ruta hacia la seguridad.

—No pretendo ser irrespetuosa —dijo Maia, retrocediendo—. Pero no creo que el

templo sea lugar para mí.

La sacerdotisa no pareció preocuparse.

—Hija mía, eso queda claro por tu aspecto.

—Pero... ¿entonces qué...?

Maia se encontró de pronto con un panfleto impreso en la mano. Leyó las primeras líneas.

Los Exteriores: ¿Un peligro o un desafío?

¡Hermanas de Stratos! Ya debería resultaros obvio que las sabias y mujeres del Consejo de Caria nos están ocultando la verdad sobre la nave espacial de nuestros cielos en la que, según se dice, viajan emisarios del Phylum Homínido que nuestras antepasadas abandonaron hace tanto tiempo. ¿Por qué han dicho tan poco al público? Las sabias y oficiales dan excusas, hablan de «deriva lingüística», y cautelosas «medidas de cuarentena», pero cada vez está más claro que incluso las más bajas de nuestras grandes, sentadas en sus cómodos escaños del Consejo, el templo y la universidad, son cobardes en lo más profundo de sus corazones...

Era difícil seguir el largo discurso, pero el tono de oposición a la autoridad saltaba a la vista. Maia miró de nuevo a la postulante, y vio que las franjas de su hábito estaban rotas con hilos de colores.

—Eres una hereje —susurró.

—Chica lista. ¿No hay muchas allí de donde vienes?

Maia sonrió débilmente.

—Estamos un poco lejos. Teníamos Perkinitas...

.Todo el mundo tiene Perkinitas. Sobre todo desde que la Nave Exterior les dio una excusa para difundir historias sobre el hombre del saco. Ya las conoces... Ahora que Stratos ha sido redescubierta, el Phylum enviará flotas de naves llenas de machos babosos, peludos y sin modificar, peores que el Enemigo de antaño.

—Bueno... —Maia sonrió ante la imagen—, puede que exageres lo que dicen.

—¡Y puede que vuestras Perkies locales sean más blandas que las nuestras, oh, virgen del helado norte! —La hereje se rió burlona—. De todas formas, incluso las jerarcas del templo están hechas un lío sobre la llegada de los extranjeros humanos que posiblemente van a cambiar Stratos para siempre. A las idiotas no se les ocurre que podría ser *al contrario*. ¡Que éste puede ser el momento que Lysos planeaba desde el principio!

Maia estaba confundida.

—¿No veis la nave estelar como una amenaza?

—Las de mi orden, las Hermanas de la Ventura, no. En los primeros días,

restaurar el contacto podría haber sido dañino. Pero ahora nuestra forma de vida ha sido comprobada. Ciertamente, tenemos problemas, injusticias, ¿pero has leído acerca de cómo eran las cosas en los Viejos Mundos, antes del exilio de nuestras Fundadoras?

Maia asintió. Era uno de los temas favoritos de los libros y la tele.

—¡Caos animal! —exclamó la mujer, apasionadamente—. Imagina lo violenta e insegura que sería la vida, sobre todo para las mujeres y los niños. Ahora advierte que. *¡probablemente todo sigue igual ahí fuera!* Es decir, en todos aquellos mundos que no hayan sido destruidos por el Enemigo o por las agresiones entre varones humanos.

—Pero la Nave Exterior prueba que algunas colonias todavía...

—¡Exactamente! Puede que haya docenas de mundos supervivientes, castigados, buscando lo que *nosotras* somos capaces de ofrecer: salvación.

Maia había retrocedido hasta que una pared de piedra se le clavó en la espalda. Sin embargo, se sentía dividida entre las ganas de huir y la fascinación.

—¿Crees que deberíamos aceptar el contacto... y enviar *misioneras*?

La postulante, que se había ido encorvando mientras perseguía a Maia, se irguió ahora y sonrió.

—Sabía que eras una chica lista. Lo que trae a colación mi comentario original de que hay un motivo para todo, también para el aumento de nacimientos veraniegos, aunque los nichos parezcan tan escasos. —Alzó un dedo—. ¡Pocos aquí, en Stratos! ¡Pero no allí fuera! —El dedo apuntó al cielo—. ¡El destino llama, y sólo las tímidas idiotas de Caria se interponen!

Maia vio fervor en los ojos de la joven, una fe que trascendía la lógica y superaba todos los obstáculos.

.Supónete que te consideras insignificante en el mundo, empequeñecida por las poderosas. ¿Cómo sentirse importante después de todo? Todo lo que necesitas es una conspiración conveniente. Una que te permita obtener un lugar adecuado como líder hacia la luz.

Sólo que aquí hay tantas luces...

Maia se abstuvo de expresar su opinión sobre la idea de las Venturistas, que sonaba muy bien, e incluso merecía la pena discutir.

—Lo leeré —prometió, alzando el panfleto—. Pero...

Su voz se apagó. La sacerdotisa miraba más allá de su hombro. En tono distraído, la joven postulante dijo:

—Muy bien. Pero ahora debo irme. A las estrellas, hermana.

—Eia, hermana —contestó convencionalmente Maia a la extraña despedida, y vio cómo el hábito a franjas desaparecía entre la multitud. Se volvió para ver lo que había asustado a la hereje, y no tardó en divisar a cuatro fornidas mujeres que atravesaban la muchedumbre, blandiendo despreocupadamente unos bastones que no parecían

necesitar... al menos para caminar.

Guardianas del templo, comprendió Maia. Había sacerdotisas y sacerdotisas. Aunque la herejía no era oficialmente ningún crimen, la jerarquía del templo tenía formas de hacer que fuera menos cómoda de seguir que los dogmas clásicos. De los grupos marginales, sólo el Perkinismo era lo bastante fuerte para que nadie se atreviera a molestar a sus seguidoras.

.Oh, supongo que aún quedan nichos, pensó Maia, contemplando a las fuertes mujeres avanzar, algo que hacía que incluso las miembros de la Guardia de la ciudad se hicieran a un lado..*Las vars con músculos siempre encuentran un empleo en este mundo.*

Aquello le recordó de pronto que tenía que estar de vuelta en el *Wotan* antes de la puesta de sol. Trabajo en la cocina. ¡Y le harían pasar un infierno si llegaba tarde!

Maia se guardó en un bolsillo el panfleto hereje para mostrárselo a Leie más tarde. Apartándose lo máximo posible de las guardianas del templo, recogió sus cosas y cruzó el mercado en dirección al inconfundible aroma de los muelles.

—¡Trabaja ahora, mira después! —la reprendió la contramaestre Naroin, el cuarto día de su estancia en el puerto.

Maia estaba distraída contemplando algo al pie del embarcadero.

—¡Sí, señor! —asintió, controlándose rápidamente y asegurándose de que los cubos que extraían carbón de la bodega del barco no volcaran o derramaran su contenido. A veces hacían falta músculos para controlar el burdo artefacto. Incluso cuando ya todo parecía estar en perfecto orden, Maia siguió controlando los cubos para asegurarse. Finalmente, alzó la cabeza por encima de la amura, una vez más.

Lo que había atraído su atención antes fue la llegada de un coche que recorría el embarcadero, en dirección al muelle donde estaba atracado el *Wotan*, dejando en el aire un zumbido característico de su impulsor a metano.

.Un coche, pensó ella. Para transporte personal y nada más. Había dos en Puerto Sanger; los utilizaban sólo en ceremonias ocasionales o para transportar a dignatarias en visita oficial. Otros vehículos de motor eran igualmente raros, ya que la mayoría de los productos entraban y salían de la ciudad por mar. En la cosmopolita Lanargh, se podían ver furgonetas en la calle, cada una con una conductora, varias cargadoras, y una guardiana que caminaba delante ondeando una bandera roja, para asegurarse de que ningún niño cayera bajo sus ruedas.

Eran máquinas impresionantes, aunque su ominoso ruido asustaba un poco a Maia.

Durante varios días, un ajado y feo camión había acudido al muelle para llenar su panza de carbón del mar de Parthenia. Los descargadores acabaron odiándolo..*Pero, bueno, es un trabajo*, pensó Maia mientras el depósito del camión se llenaba con la

antracita de Puerto Sanger destinada a una planta petroquímica familiar donde sería convertida en plástico fundido y luego utilizada por otros clanes de Lanargh para hacer hermosas molduras de inyección.

Su mirada volvió una vez más al pie del muelle. El coche había aparcado, pero todavía no había bajado nadie de él. Curioso.

Se volvió para asegurarse de que los cubos vacíos que regresaban no chocaban contra la escotilla de *Wotan*.

Si la cinta continua se atascaba, el sudoroso equipo de abajo le echaría a ella la culpa.

—¡Alto! —exclamó Maia cuando el movimiento se volvió demasiado lento para su gusto. Naroin repitió sus palabras con un grito. Mientras los cubos se detenían, Maia soltó de una patada un par de cuñas e introdujo una palanca bajo el armazón de la cinta, esforzándose por manipular el enorme aparato hasta que la marcha de los cubos le pareció la adecuada. Finalmente, se agachó para introducir las cuñas en su sitio.

—¡Listo! —gritó. Naroin accionó una palanca y la preciosa electricidad brotó de los acumuladores del barco, poniendo en marcha la ajada maquinaria con un rumor de marchas rechinantes.

Era un trabajo duro, pero Maia se sentía agradecida por trabajar en cubierta. Su misión abajo, llenando de paletadas de carbón los cubos siempre hambrientos, había sido como una condena al infierno. El polvillo flotante se pegaba al sudor, y te corría por los brazos formando ríos de hollín. Se metía en todas partes, incluyendo la boca y la ropa interior. Finalmente, como los demás, Maia se desnudó por completo.

Tampoco podía quejarse, pues aquella tripulación era más afortunada que la mayoría. La mitad de las naves del puerto usaban tornos manuales o se servían de estibadores encorvados que gemían mientras cargaban los negros sacos en carretas tiradas por caballos. Incluso los cargueros dotados de energía eléctrica o los de vapor empleaban muy poco tales medios, confiando más en el poder de los músculos.

—Para ahorrarle esfuerzos y sudor a la maquinaria —había explicado Naroin—. Algunas estaciones, la mano de obra var es más barata que las piezas de recambio.

Este año parecía particularmente cierto.

Las mujeres del verano tampoco trabajaban solas. Las clones supervisaban la descarga de la delicada mercancía, y los hombres aparecían cada vez que eran necesarias sus cualidades especializadas. Con todo, los marineros pasaban la mayor parte del tiempo preocupándose por sus preciosos barcos, y nadie esperaba otra cosa de ellos. Lo que hombres y vars tenían en común era que ambos tenían padres... aunque rara vez conocían sus nombres. Ambos eran inferiores a los ojos de las orgullosas clones. Aparte de eso, cualquier parecido era mínimo.

Todo parecía marchar bien, así que Maia regresó a la barandilla, sacudiéndose el

polvo. Mientras se frotaba la nuca, se volvió y vio que alguien había bajado del coche y se dirigía hacia allí. Un hombre, vestido con afectación y un sombrero de ala ancha, se acercaba al. *Zeus* y al. *Wotan*, esquivando el negro humo que surgía del camión.

Silbando, el hombre se detuvo a inspeccionar la pintura desconchada de la popa del. *Wotan*. Se sacudió los zapatos, luego miró al cielo. *Así que éste es el aspecto que tiene una persona cuando intenta no parecer sospechosa*, observó divertida Maia. Aquel personaje no era un marinero, ni parecía de los que esperan.

Inmediatamente aparecieron tres marinos, uno de su propio barco y dos del de Leie, que recorrieron la pasarela con exagerada despreocupación. El desconocido, con un cortés saludo, condujo a los marineros tras el camión donde, cubo tras cubo, el negro carbón era introducido en el depósito ya casi lleno.

.¿Qué están haciendo allí detrás?, se preguntó Maia mientras permanecían fuera de su vista. *Como si fuera asunto mío*.

Un grito penetrante procedente de la bodega del barco la hizo correr a ajustar la cinta otra vez, para que los cubos fluyeran rápidamente hasta alcanzar las montañas de carbón de abajo. En cuanto terminó de ajustar la maquinaria, un grito de la conductora del camión le indicó que el otro extremo necesitaba un último esfuerzo para terminar de llenar el depósito de carga. Tras retirar de una patada las cuñas, Maia esperaba darse un chapuzón en cuanto se acabara el trabajo. A aquellas alturas, incluso las sucias aguas del muelle resultaban muy atractivas.

La última cuña seguía atascada. Con un suspiro, Maia se metió debajo de la cinta para soltarla con el dorso de una mano ya magullada y dolorida.

—¡Vamos, estúpido trozo de madera! —maldijo. La mano le dolía—. ¡Muévete! ¡Pedazo de leño fabricado por los lúgars...!

Un brusco dolor agudo en una zona alarmante hizo que Maia diera un respingo y se golpeará la cabeza contra un cubo, que respondió con un grave y quejumbroso gong.

—¡Oh! ¿Qué demonios...?

Salió de debajo de la cinta, frotándose la cabeza con una mano y el glúteo izquierdo con la otra. Parpadeó confundida ante los tres marineros que sonreían, apenas a un brazo de distancia. Reconoció a los tres hombres que, fuera de servicio, parecían tan falsamente casuales como el hombre de la ciudad. Dos sonrieron mientras el tercero soltaba una risita aguda.

—¿Me...? —Maia casi no era capaz de preguntarlo—. ¿Me habéis. *pellizado*?

El más cercano, alto y con barba de varios días, volvió a reírse.

—Y hay más de donde vino ése, si quieres.

Maia ladeó la cabeza, segura de haber oído mal.

—¿Por qué iba yo a querer más dolor del que ya tengo?

El que se reía, bajo pero fornido, volvió a hacerlo.

—Sólo duele al principio, encanto... ¡luego te olvidas de todo!

—¡Te olvidas de todo menos de sentirte bien! —añadió el primero, para creciente confusión e irritación de Maia.

El tercer hombre, de estatura media y tez oscura, reprendió a sus compañeros.

—Vamos. Se nota que no es más que una virgie. Vamos a lavarnos y luego a visitar la Casa de la Campana.

Había un salvajismo ansioso en los ojos del pequeño.

—¿Qué te parece, pequeña var? Recogeremos a tu hermana en nuestro barco. Os vestiremos bien a las dos.

Parecerá un bello clan que celebra una fiesta del frío para nosotros. ¿Te gusta la idea? ¡Vuestro propio Salón de la Felicidad, justo a bordo!

Estaba tan cerca que Maia captó un extraño olor dulzón, y apreció una mancha de polvo en la comisura de su boca. Más importante aún, reconoció ahora, por su pose y modales, varios signos que se enseñaban a las niñas a edad temprana. Los ojos del hombre se pegaban más a su cuerpo que el polvo de carbón. Respiraba entrecortadamente y su sonrisa dejaba al descubierto dientes que brillaban por efecto de la saliva.

Aquellos indicios del celo macho eran inconfundibles.

¡Pero ya no era verano! Todo lo que provocaba la estación de la aurora en los varones había desaparecido hacía meses. Oh, cierto, algunos hombres conservaban la libido durante el otoño, pero aquellos descarados avances... ¿con una var? ¿Y además cubierta de hollín de la cabeza a los pies? ¿Sin el menor rastro de olores de fecundidad de anteriores partos?

Era increíble. Maia no tenía ni idea de cómo reaccionar.

.¿Qué sucede ahí? —cortó una dura voz.

El marinero bajito siguió sonriendo, pero los otros dos retrocedieron ante la maestra de armas de *Wotan*.

—Oh, contramaestre —saludó el hombre más moreno—. Estamos fuera de servicio, así que íbamos...

—A marcharos para que mi grupo de trabajo pueda descansar también, ¿verdad? —preguntó Naroin, los puños sobre las caderas, articulando las palabras con dulzura, pero en un tono cortante.

—Ajá. Vamos, Eth. ¡Eth!

El marinero moreno agarró al que miraba a Maia, acabando con su enervante mirada y arrastrándolo consigo.

Sólo entonces empezó Maia a controlar su propia adrenalina. Se notaba la boca seca por acción de algo más que el polvo de carbón. El redoble en su pecho remitió lentamente.

—¿Qué...? —preguntó a Naroin—. ¿A qué ha venido todo esto?

La maestra de armas observó a los tres hombres marcharse; su andar no era desigual ni era el de los borrachos.

Más bien partieron de un modo acechante, incluso elegante. Naroin miró a Maia.

—No me lo preguntes.

Sin añadir palabra, se agachó y se arrastró bajo la cinta para tirar de la cuña recalcitrante, lo que dio a Maia unos segundos más para recuperarse. Era un detalle, pero Maia no había dejado de advertir algo. La respuesta de Naroin implicaba ignorancia. Normalmente, la frase significaba: «No me lo preguntes».

Pero el tono en que había sido pronunciada no era de ignorancia. No, aquello había sido una orden, pura y simple.

Maia ardía de curiosidad.

Leie demostraba su entusiasmo mientras las gemelas paseaban por el barrio del mercado antes del anochecer y mordían pasteles de pescado, escuchaban la cacofónica charla callejera, especulaban qué tratos, intrigas y traiciones debían de estar produciéndose a su alrededor.

—¡Este desvío podría ser lo mejor que nos ha sucedido! —anunció Leie—. Cuando lleguemos por fin al archipiélago, sabremos mucho más de perspectivas comerciales. Estaba pensando... tal vez el verano próximo deberíamos empezar a trabajar en una de esas fábricas de plástico...

Maia dejó parlotear a su hermana, sintiéndose pensativa, impaciente. El incidente de aquella tarde la había dejado preocupada. Todavía llevaba en el bolsillo el panfleto arrugado de la hereje, un recordatorio de que la febril actividad por todas partes podría no ser «norma», ni siquiera para una ciudad con un puerto grande.

Ahora que los buscaba, Maia vio por todas partes signos de una economía en tensión. Cerca del ayuntamiento, los boletines de noticias indicaban que las tareas básicas, incluso las que necesitaban de manos cualificadas, se pagaban con salarios anormalmente bajos. Los contratos a largo plazo no existían, y el único puesto como funcionaria civil era en la Guardia de la ciudad..*Igual que en casa*, pensó Maia..*Sólo que peor*.

Y luego estaban los hombres, más de los que nunca había visto. Y no sólo jugando interminables partidas de Vida en los rincones, o tallando en madera para pasar el tiempo entre viajes, sino moviéndose con rapidez, con seguridad, con los pies bien asentados en la tierra. En cualquier calle abarrotada se veían dos o tres, de pie entre las multitudes de mujeres. Una vez más, los barcos podían ser la explicación de todo. ¿Pero por qué un porcentaje tan alto de ellos era tan joven?

En la naturaleza, el simple hecho de ser un macho era suficiente para reducir la esperanza de vida de un animal, y no era distinto entre los humanos de Stratos. Tormentas y arrecifes, icebergs y fallos de equipo, hundían barcos cada año. Pocos

hombres vivían para poder retirarse. Sin embargo, parecía haber muchos hombres jóvenes en las calles. Eso la ponía nerviosa.

Mientras la mayoría de los marineros se comportaba bien, paseando, comprando o bebiendo silenciosamente en las tabernas dedicadas a su género, cada día traía entre susurros relatos de incidentes como el de la noche pasada, referidos a un cadáver ensangrentado encontrado en un callejón y a su asesino de ojos salvajes, que huyó perseguido por las guardianas de la ciudad, armadas con tridentes aturdidores.

Después del episodio de la cinta continua, Maia se encontró reaccionando desabrida a aquellas sonrisas perezosas de ligero flirteo que los hombres jóvenes solían dirigir en esta época del año, como una cortesía más que nada. Cuando un joven le guiñó un ojo, Maia lo fulminó con la mirada, provocando una expresión de desazón tan dolida que de inmediato se sintió avergonzada, contrita.

¿Hay que temer a todos los hombres, sólo porque unos cuantos se vuelven locos?

Después de todo, no sólo los hombres causaban problemas. Las tres razas (invernales, hombres y vars) se relacionaban pacíficamente por lo general. Pero las gemelas habían visto incidentes de bruscas veraniegas (diversas en sus formas y colores, pero unidas en la pobreza) que acosaban a pequeños grupos de idénticas de algún clan local. La frustración se convertía en abierta hostilidad.

¿Son éstos realmente signos? La hereje habló de un «tiempo de cambio», un término familiar por los teledramas y los libros de historias de miedo. La estabilidad, el gran don de Lysos y las Fundadoras, nunca estuvo garantizada para ninguna generación. Incluso las Escrituras decían que una sociedad perfecta debía sufrir altibajos, de vez en cuando.

¿Es sólo en Lanargh, o esto sucede en toda Stratos? Maia estaba más decidida que nunca a intentar ver las telenoticias de aquella noche.

Reaccionó con un sobresalto al codazo en las costillas, y vio rápidamente que habían llegado a una de las principales plazas de la ciudad. Las transeúntes, que habían pasado el mediodía a la sombra de las logias, saltan ahora para disfrutar de los últimos rayos de sol. Leie señaló al otro lado de la amplia plaza, hacia una fila de elegantes casas de varios pisos.

—Allí, apoyada contra esa columna. ¿No es tu contraestra, intentando pasar desapercibida?

Maia divisó la esbelta figura de Naroin que, con un hombro apoyado en una columna, actuaba como si sólo estuviera viendo pasar el mundo. *¿Qué pretende? Esa var no se ha relajado ni un solo día en su vida.*

Como leyendo sus pensamientos (cosa que aún hacía con demasiada frecuencia) Leie dio un segundo codazo a Maia.

—Apuesto a que tu contraestra está espiando a ese grupito de allí.

—Mm... Tal vez.

Naroin parecía bien situada para observar con discreción a un grupo mixto de hombres y mujeres suntuosamente vestidos que estaban sentados en un café al aire libre. Los hombres no parecían marineros, mientras que las mujeres tenían un aspecto acicalado y llamativo que Maia asoció con los clanes de placer, especializados en aliviar las tensiones de los demás en casas de ocio. Varias de aquellas casas ocupaban la plaza, emplazadas para servir a clientes que venían de la bahía en verano y de la parte alta de la ciudad en invierno.

Encima de cada entrada, carteles pintados de colores chillones representaban un conejo saltando, un copo de nieve, un toro sonriente que sostenía una campana entre las mandíbulas. Unos criados trabajaban en la casa que daba al café, cambiando los adornos de matices cálidos de la aurora por los de la escarcha.

En otoño, las dos clientelas de ese tipo de locales se superponían como las olas de la marea, lo que explicaba que hubiera un grupo mixto en la terraza del café. Maia se preguntó de qué podrían hablar hombres y mujeres.

¿La vigilancia de Naroin sería también debida a la curiosidad?

Improbable. Sobre todo cuando Maia distinguió entre los parroquianos a un hombre con sombrero de ala ancha.

—¿Así que ése es el tipo? —preguntó Leie—. No sé qué les ha hecho a Lem y Eth, pero esos muchachos sin duda se han metido en un lío. ¿Piensas que tu contramaestre va a provocar una pelea? El grandullón la dobla en tamaño.

Fuera cual fuese el motivo o la estación, Maia no apostaría contra la pequeña marinera..*No me lo preguntes*, había dicho Naroin. O más bien: *No metas la nariz en esto*.

A pesar de la fuerza de su propia curiosidad, casi hormonal por su intensidad, Maia decidió reprimirla. En su etapa de la vida, la sabiduría le dictaba no hacerse notar.

Y sin embargo...

A su izquierda se produjo un brusco estrépito. El campanario que dominaba la plaza emitió un fuerte *clong*, y unas viejas puertas de cobre, cubiertas de verdín, se abrieron de golpe. Pronto las famosas figuras del reloj de Lanargh saldrían para iniciar su baile: cinco minutos de automatismo coreografiado que acababan con el redoble de los Tres Cuartos del Día. La multitud empezó a moverse para contemplar cómo el sublime regalo de hacía cien años del Santuario de Gollancz ejecutaba su ritual vespertino, sincronizado con los pulsos de los satélites de la Universidad de Caria, situada a medio mundo de distancia.

Maia no había advertido que fuera tan tarde. El programa que quería ver comenzaría pronto.

—Vamos —instó—. O nos perderemos las noticias.

Leie sacudió la cabeza.

—Hay tiempo de sobra. Quiero ver de nuevo la primera parte. Después nos iremos, te lo prometo.

Maia suspiró, sabiendo por instinto cuándo se podía luchar contra la tenacidad de Leie y cuándo era inútil hacerlo. Por fortuna, tenían una buena panorámica cuando las puertas del campanario terminaron de abrirse con un chasquido reverberante. Entonces emergió de su portal la figura de bronce del Mono Macho, caminando encorvado sobre el público, cargando un retorcido animal de cuatro patas bajo un brazo y una piedra afilada en la boca. El mono se giró tres veces siguiendo un ritmo ensordecedor, y pareció escrutar a la gente de abajo. Luego la figura se alzó sobre sus cuartos traseros, convertido milagrosamente en la figura erecta de un hombre que arrastraba cadenas. La piedra de su boca se había transformado en la estilizada protuberancia fálica de La Bomba.

Los ojos de Leie brillaban de admiración, pues el intrincado juego de placas de bronce parecía sencillo y natural. Era una renombrada versión de una de las más famosas alegorías de Stratos, la metáfora de un aspecto de la evolución.

Se abrió otra puerta. Salió la figura de la Mona Hembra que llevaba el tradicional hatillo de fruta..*Lo mismo que la última vez, y la vez anterior*, pensó Maia..*Es bonito, pero monótono*.

Miró un instante hacia el café... y se llevó una sorpresa. Sólo habían pasado unos segundos, pero ahora sólo quedaban botellas vacías en la mesa. También Naroin había desaparecido.

.Oh, bueno. Sacudió la cabeza..*No es asunto mío. Además, es hora de ir al centro*.

Maia tiró del brazo de su hermana. Leie trató de no hacerle caso, maravillada por la danza de las figuras metálicas. Pero esta vez Maia insistió.

—¡Ya hemos visto esta parte dos veces! No quiero volver a perderme la emisión.

Leie suspiró dramáticamente, y Maia pensó:..*Ojalá que por una vez no se aproveche, porque cada vez que quiero algo lo considera un «favo». que hay que devolver*.

—Muy bien —accedió Leie con un exagerado encogimiento de hombros—. Vamos a ver las noticias.

Tras ellas, al otro lado de la plaza empedrada, la figura gigantesca de Madre Lysos salió por su propia puerta situada sobre la de los otros autómatas, sosteniendo un bioscopio sobre el brazo. Con expresión benigna, cogió el pergamino de leyes que llevaba en la otra mano y lo utilizó para descargar un poderoso golpe y cortar para siempre las cadenas que ataban a la Mujer a la voluntad del Hombre.

Naturalmente, cuatro calles más arriba, ante el anfiteatro de madera, se había formado una larga cola. Maia gruñó, llena de frustración.

—Supongo que tendremos que esperar nuestro turno —dijo Leie—. Oh, bien.

Así era su gemela, claro. Impaciente con los defectos de los demás. Fatalista, filosóficamente hablando, respecto a los suyos propios. Maia reflexionó en silencio, estirando el cuello para ver algún signo de movimiento delante. Una jefa de la Guardia permanecía junto a la cabina de las entradas, tanto para mantener el orden como para asegurarse de que ninguna veraniega de menos de cinco años de las casas infantiles de la ciudad se colara sin una nota de sus madres del clan. Junto a la puerta se podían ver mujeres que se asomaban al interior, escuchando partes amplificadas del discurso que luego repetían a sus amigas. Murmullos de noticias progresivamente degradadas pasaban a las hermanas. Como durante la noche de las saqueadoras, Leie escuchaba ávidamente y se unió a la comidilla, aunque las noticias que les llegaban casi no valían la pena.

—Tenías razón —informó Leie—. Han dicho algo sobre los Exteriores. —Indicó vagamente al cielo—. Pero todavía no hay imágenes de la nave que aterrizó.

Maia manifestó su decepción. Nunca antes había pensado mucho en la cicatería del Gran Consejo con las noticias. Poder y sabiduría iban unidos, según las madres de clan. Pero ahora Maia se preguntó si la hereje tenía razón. Las sabias, consejeras y altas sacerdotisas no parecían dispuestas a decir gran cosa, como si temieran la reacción de las masas.

.Desde el punto de vista de una clon, supongo que toda persona que no es una de tus hermanas plenas es un dilema impredecible. Es lo mismo para nosotras las vars, sólo que estamos acostumbradas. Maia descubrió que era una reflexión reconfortante: había un aspecto en el cual las nacidas en invierno iban por la vida más temerosas que las veraniegas..*La incertidumbre debe de ser su mayor temor.*

La luna central, Atenea, gravitaba sobre el horizonte occidental, un fino creciente con la llanura de Mare Virginatis iluminándose rápidamente mientras el sol se ocultaba tras una masa de nubes. La noche sobre Lanargh era clara, algo fría. Las primeras estrellas empezaron a salir.

Había colas separadas de primera y segunda clase. Esta última avanzaba a trompicones hacia la cabina de las entradas, conducida por varias mujeres de nariz chata que llevaban gafas y cuya expresión era de divertido escepticismo..*Con una demanda tan alta, podrían construir más teatros, no importa cuál sea su coste. ¿Es posible que todo este interés las haya tomado por sorpresa?*

Para cuando hubo espacio de pie disponible y las gemelas pudieron entrar en la parte trasera de la sala abarrotada, habían pasado los titulares y los principales temas del programa y trataban el segmento nocturno llamado «Comentari».. La joven entrevistadora de la gran pantalla mural resultaba familiar, naturalmente, ya que el mismo programa se emitía en Puerto Sanger. Su invitada era una mujer mayor, por su aspecto una sabia de la universidad.

... a pesar de todas las confirmaciones que hemos recibido, ¿qué garantía

tenemos de que nuestros amigos Exteriores sean inofensivos, como sostienen? Las habitantes de Stratos recordamos con horror la última vez que el peligro llegó del espacio.

La entrevistadora la interrumpió.

.Pero, Sabia Sydonia, ¿cuando el Enemigo vino, fue en una nave gigantesca, grande como un asteroide!

.Todas podemos ver (todas las que vivimos en ciudades con clubes de astronomía), que la Nave Visitante es demasiado pequeña para transportar armas.

Maia sintió un estremecimiento de satisfacción. Estaban hablando de los alienígenas, después de todo. En la pantalla, la sabia asintió con su cabeza de respetable pelo gris. Las luces de las cámaras resaltaban las arrugas de sabiduría que bordeaban sus ojos, aunque Maia sospechaba que algunas de ellas podían deberse al maquillaje.

.Hay peligros más allá de una invasión directa. Serias posibilidades de perjudicar nuestra sociedad.

.¡Recuerde, la consciencia lo es todo! A veces la raza posee más sabiduría que sus miembros individuales.

La joven entrevistadora frunció el ceño.

.No alcanzo a comprenderla.

.Hay signos... portentos, si quiere. Por ejemplo, podríamos mencionar el incremento, durante las últimas estaciones de...

Un súbito salto. Maia no se habría dado cuenta si hubiera parpadeado. Montaje de estudio. Algo cortado de la entrevista antes de su transmisión.

.... que hace imposible ignorar por completo la perspectiva de que se produzcan daños al restaurar el contacto con el Phylum... por mucho que deploremos algunas de las descabelladas campañas de terror lanzadas por ciertos grupos radicales...

Cortes como aquél eran habituales en las transmisiones de Caria City. Tanto, que Maia no le habría dado mucha importancia de no haber estado tan interesada en la respuesta..*La hereje tiene razón, pensó ahora..Las vars crecemos sin esperar que nos digan gran cosa. Nos acostumbramos a ello. ¿Pero no les pasa lo mismo a las ciudadanas? ¿No nos afecta esto a todas nosotras?*

Sólo por tener esos pensamientos Maia ya se sentía atrevida y rebelde.

.... así que todas juntas debemos esforzarnos para reforzar los cimientos de este buen mundo que nos legaron Lysos y las Fundadoras. Un mundo que pone a sus hijas a prueba, pero las hace fuertes. Incluso el Visitante interestelar manifiesta su asombro por todo lo que hemos logrado, sobre todo por nuestra notable estabilidad social, si tenemos en cuenta el estado de las colonias de homínidos.

Maia tomó nota. La sabia parecía estar confirmando el rumor popular de que una nave alienígena había aterrizado realmente en la superficie de Stratos.

.Es importante, por tanto, mantener todos los demás aspectos en perspectiva, y recordar lo que es fundamental. Estos logros, este mundo y nuestra orgullosa cultura merecen ser defendidos con toda la dedicación de nuestras almas.

Era un discurso conmovedor, pronunciado con pasión y elocuencia. Maia vio que muchas de las cabezas que había entre ella y la pantalla asentían en solemne acuerdo. Naturalmente, pertenecían a clones de familias inferiores, o a vars ricas. Todas las que podían permitirse asientos de primera fila tenían un claro interés en el mantenimiento del orden social. Sin embargo, muchas otras parecían también conmovidas por las palabras de la sabia. Incluso Leie, cuando Maia se volvió a mirar a su hermana.

Naturalmente Leie, la optimista inquebrantable, asumía que era sólo cuestión de tiempo que las dos fundaran su propio clan. Algún día serían reverenciadas como las abuelas de una gran nación. Un sistema que permitía que la igualdad se consiguiera de esa forma podía ser duro, ¿pero podía considerarse injusto?

¿Podía? Maia había dejado hacía tiempo de discutir sobre el tema. Nunca ganaba los debates de opinión con su gemela.

... así que pedimos a todas las ciudadanas, de las casas de clanes a los santuarios, que sigan a la expectativa. Si alguien advierte algo de particular, es su deber comunicarlo de inmediato...

El cambio de tono en las palabras de la Sabia Sydonia la pilló por sorpresa.

—¿De qué habla ahora? —murmuró Maia—. Me he perdido...

Leie la hizo callar, cortante.

... de informar a la Guardia local de toda ciudad importante. O acudir a cualquier clan importante y decirles a las madres veteranas lo que habéis visto. Hay recompensas, hasta una remuneración de Nivel Tres, por la información que sirva a los intereses de Stratos en estos tiempos de tensión y peligro.

La joven entrevistadora sonrió amablemente.

.Gracias, Sabia Sydonia, del Clan Youngblood y de la Universidad de Caria. Ahora pasamos al sumario de los tecnojuicios de este mes. Informando desde la Sala de Patentes tenemos a Eilene Yarbro...

Leie cogió a Maia por la muñeca y la arrastró al exterior.

—¿Has oído? —preguntó excitada cuando estuvieron a cierta distancia, junto a uno de los incontables canales de Lanargh—. ¡Una remuneración de Nivel Tres... sólo por chivarte!

—Lo he oído, Leie. Y, sí, es suficiente para comenzar en alguna ciudad barata. ¿Pero te has dado cuenta de lo vagas que han sido? ¿No lo encuentras extraño? ¡Casi como si estuvieran desesperadas por enterarse de algo, pero preocupadas por la idea de que alguien descubra lo que están buscando!

—Mm —gruñó Leie—. Tienes razón. ¿Pero sabes una cosa? —Sus ojos brillaron

—. Eso debe de significar que en realidad estarían dispuestas a pagar muchísimo más. Una recompensa por dar información... ¿y cuánto más por guardar silencio después? ¡Apuesto que un montón!

.Sí, muchísimo más. Como un garrote en la oscuridad. Había leyendas de viejos clanes partenogénicos cuyas hijas compraban estatus y comodidad a la colmena contratándose como diestras asesinas. No todas las historias de miedo que se contaban a las pequeñas veraniegas carecían de base real.

Pero Maia no lo mencionó. Después de todo, Leie vivía por las posibilidades, y su entusiasmo encendía algo similar dentro de Maia, un ansia por vivir lo que de otro modo habría sido demasiado reservada, demasiado introvertida para explorar. Ella difería de su hermana, aunque eran tan iguales genéticamente como cualquier pareja de clones. Eso había hecho que Maia estuviera más dispuesta que la mayoría de las vars a aceptar la idea de individualidad entre la gente del invierno.

—¡Tenemos que mantener los ojos abiertos! —dijo Leie, trazando un gran círculo con los brazos, y contemplando por fin la cúpula estrellada del cielo.

Las constelaciones habían aparecido y pintado los cielos con un brillo diamantino mientras estaban dentro. El resplandor de la rueda galáctica. A intervalos determinados, Maia divisaba puntitos de luz que latían rítmicamente y que no eran estrellas o planetas, sino satélites en órbita, vitales para los navegantes del mar. No vio ningún signo de la Nave Visitante, pero allí estaba la negra oscuridad de la Zarpa que, según contaban a las niñas malas, era la mano abierta y acechante del Hombre del Saco que buscaba a los niños que no habían cumplido con su deber. Ahora Maia sabía que era una nebulosa, cercana en términos estelares, y que oscurecía la visión directa de la Tierra y el resto del Phylum Homínido. Eso debió de resultar reconfortante para las Fundadoras, pues proporcionaba una protección añadida contra las interferencias de los antiguos modos de vida.

Ahora, todo aquello se había acabado. Algo había surgido de la Zarpa, y Maia dudaba incluso de que las grandes sabias supieran ya si implicaba una amenaza o una promesa. La oscura forma la hizo estremecerse; las supersticiones de la infancia se mezclaban con su orgulloso, aunque limitado, conocimiento científico.

—¡Si tan sólo supiéramos qué están buscando las sabias! —dijo Leie tristemente—. ¡Sería capaz de afeitarme la cabeza por averiguarlo!

Hablando en términos estrictamente prácticos, si las grandes matronas de Caria City buscaban algo, era dudoso que dos pobres vírgenes de una costa fronteriza se toparan con ello.

—Es un mundo grande —suspiró Maia como respuesta.

Naturalmente, Leie interpretó de modo distinto las palabras de su hermana.

—Sí que lo es. ¡Grande, abierto de par en par, y esperando a que nosotras dos lo agarremos por la garganta!

¿Por qué existe el sexo?

Durante tres mil millones de años, la vida en la Tierra se las apañó bastante bien sin él. Un organismo reproductor simplemente se dividía, consiguiendo así su paso a la posteridad en dos copias casi perfectas.

Ese «cas». fue crucial. En la naturaleza, la auténtica perfección es un callejón sin salida que conduce a la extinción. Leves variantes, producidas por selección, permiten que incluso las especies de una sola célula se adapten a un mundo cambiante. Con todo, a pesar de eones de innovación bioquímica, el progreso fue lento. La vida siguió siendo algo manso y simple hasta hace quinientos millones de años, momento en que dio un salto.

Las bacterias ya transmitían información genética de forma bastante rudimentaria, pero entonces el sistema de intercambio se organizó y aumentó la variabilidad diez mil veces. Nació el sexo, y pronto surgieron muchos organismos pluricelulares: peces, árboles, dinosaurios, humanos. El sexo hizo posible todo eso.

Sin embargo, ¿debemos imitar a la naturaleza cuando diseñemos nuestra nueva humanidad sólo porque ésta consiguió algo de una forma determinada? La moderna capacidad genética puede superar al sexo diez mil veces. Dentro de las limitaciones generales de los mamíferos, podemos pintar con colores que la pobre y ciega biología desconoce.

Podemos aprender de los errores de la Madre Naturaleza y hacer un trabajo mejor.

LYSOS, *Métodos y recursos*

Llovió un poco. Sin embargo, el chubasco pronto se convirtió en una peligrosa galerna.

El carguero *Wotan* avanzaba a través del encrespado mar, resbalando en las afiladas olas, sacudido por un viento que agitaba sus mástiles como brazos de palanca, de forma que el barco, mal equilibrado, se estremecía peligrosamente con cada ráfaga, impidiendo que su timón respondiera.

El piloto maldijo entre gritos a su capitán por haber cargado tan poco lastre en Lanargh. Antes, había echado pestes porque llevaban demasiada carga para sortear la inesperada tempestad. Ignorando las imprecaciones a gritos del primer oficial, el capitán envió a los marineros a cubierta para que rompieran la tenaza del viento sobre los mástiles. Temblando de frío, los marineros descalzos subieron a las velas; sosteniendo un hacha entre los dientes subían como cangrejos por los resbaladizos aparejos para cortar las velas y todo aquello que la sañuda tormenta pudiera agarrar y emplear para empujarlos a su perdición.

Confusamente, a través de oleadas de náusea, Maia se esforzaba en ver a los valientes marineros, incapaz de dar crédito a tanta habilidad y determinación. Agujas de agua salada le picoteaban los ojos mientras se aferraba a la amura y veía a los marinos correr riesgos terribles allá arriba, manejando las hachas con una mano y gritando mientras se esforzaban por salvar la vida de cuantos viajaban a bordo. No eran solamente hombres. Otros gritos, más agudos, indicaban que también las mujeres de la tripulación habían escalado los mástiles que se agitaban como serpientes torturadas.

Vars iguales que ella. ¿Cómo podían los seres humanos hacer cosas semejantes? Maia se sintió inquieta por el pensamiento. Y avergonzada de ser demasiado inepta para echar una mano.

—¡Cuidado allá abajo! —gritó una voz. Algo cayó del caos de arriba, Una maraña de cuerda que chocó contra la borda y luego resbaló hacia las oscuras y hambrientas aguas. Con la vista nublada, Maia contempló la masa de jarcias y aparejos que podrían habérsela llevado por delante si hubieran caído un poco más atrás. Pero por mucho que lo intentaba, no podía detectar un sitio más seguro en cubierta que aquél, entre los mástiles, agarrada a los cordajes para salvar su vida.

Una cosa estaba clara, no iba a unirse a las otras pasajeras que permanecían abajo, acobardadas. Había que enfrentarse a la tormenta sin protección, contemplando las rugientes montañas y las profundidades abisales del océano encabritado. Pero al otro lado de aquel panorama aterrador, de aquel remolino, había perdido de vista al *Zeus*. Su hermana viajaba en aquella frágil cáscara de madera, tela y carne, y si Maia se sentía demasiado mareada y torpe para ayudar a la esforzada tripulación del *Wotan*, al

menos podía vigilar, y gritar si veía algo.

Casi todo lo que alcanzaba a ver era naturaleza líquida, una conspiración de mar espumoso y aire helado que intentaba con todas sus fuerzas acabar con ellos. Las verdes olas, más altas y más empinadas que las fortalezas de los clanes de Puerto Sanger, llegaban con un ritmo calculado para desestabilizar el movimiento pendular del barco. Al superar la siguiente ola, el *Wotan* escoró a estribor, colgando del precipicio, a punto de volcar en aquel terrible plano inclinado. Todo el barco se estremeció.

Justo entonces, una nueva ráfaga golpeó el otro costado, tirando con fuerza de los mástiles, nivelando la gran masa del carguero sobre su quilla. Protestando con todas sus fuerzas, el barco herido se ladeó y se precipitó pendiente abajo. La gravedad rotó, convirtiéndose en una fuerza *lateral*, empujando a Maia contra la borda. Una de sus piernas se deslizó hacia fuera, colgando en el vacío. Horrorizada, vio cómo el mar verdigrís extendía sus manos de flecos espumosos...

El tiempo se detuvo. Por un instante, Maia pensó que oía a las aguas llamarla por su nombre.

Entonces, como divertida por su impotencia, la bestia oceánica frenó el ritmo, se detuvo, se paró apenas a unos metros de distancia. Ciega, la miró.

Como un depredador que no tuviera prisa y observara directamente su alma.

La próxima vez... O la siguiente...

El seno de las olas se alisó. El corazón de Maia se desbocó cuando la inclinación del carguero varió lentamente hacia el otro lado, rechazando a las ansiosas aguas. El tirón de la gravedad giró hacia cubierta una vez más.

Súbitamente, desde abajo, llegó un brusco estrépito. Una horrible vibración, como de madera al quebrarse.

Hubo nuevos gritos de pánico.

... ¡Eia! ¡La carga se ha soltado!

Una imagen se dibujó en la mente de todos: toneladas de carbón moviéndose en negras y líquidas oleadas de un extremo a otro de la bodega, asaltando el interior del casco como lo hacía desde fuera el martilleo del mar. El *Wotan solloza*, pensó Maia, prestando atención al terrible sonido. Oscuras figuras pasaron corriendo, abrieron la escotilla con barras de acero e hicieron que la puerta saliera volando como una hoja llevada por el viento. Sin esperar ayuda, las oscuras formas se zambulleron en el interior, presumiblemente para intentar detener la carga con sus manos desnudas.

Maia miró por encima de la borda y vio cómo el mar atacaba una vez más, golpeando las amuras esta vez, antes de retroceder aún más reluciente que antes. Una cuantas oscilaciones más y el *Wotan* estaría condenado.

Los gritos de la gente de cubierta se alzaron con urgencia, junto con el golpeteo de frenéticos cortes. Alguien gritó. Un hacha brilló bajo el rayo de una linterna de

emergencia hasta perderse en el furioso mar. Bajo cubierta resonaban los quejidos de quienes trabajaban en una labor distinta y sin esperanzas.

Por pura fuerza de voluntad, Maia contuvo las náuseas, tan salvajes ya como la tormenta. Soltó las manos de la borda y se volvió.

—Ya voy... —consiguió croar, pero nadie la oyó. Sabiendo que no poseía habilidades útiles para los que trabajaban en cubierta, Maia avanzó dando tumbos por la superficie resbaladiza hacia la abierta oscuridad de la escotilla.

Dentro de la bodega se había desatado un infierno; se habían soltado varias particiones cuya función era proteger la carga de los bandazos del barco. Una barrera había cedido en el peor lugar posible, cerca de la proa, donde toda la masa apilada de golpe a estribor aumentaba la inclinación del navío y empeoraba la ya torpe maniobrabilidad. Mortecinas bombillas eléctricas alimentadas por baterías de reserva oscilaban salvajemente y proyectaban extrañas sombras cuando Maia atravesó el crujiente andamiaje que se alzaba entre grandes depósitos medio llenos de carbón. El polvo negro se elevaba como rocío, sofocando su garganta y haciendo que sus membranas nictitantes se cerraran sobre sus ojos justo cuando necesitaba más luz, no menos.

Tras deslizarse por un desmoronadizo talud, Maia llegó a un escenario infernal, allí donde las tablas rotas permitían que toneladas de carbón se vertieran hacia la derecha en grandes montañas inclinadas. Otras vars se habían unido ya a los hombres de abajo y luchaban por domar el rebelde cargamento lanzándolo paletada a paletada sobre las paredes crujientes de otros compartimentos que aún seguían enteros. Alguien tendió a Maia una pala y se puso a cavar, ayudando en el penoso esfuerzo. A través de la sofocante neblina, vio que un trío de clónicas también trabajaba con ahínco: pasajeras de primera clase cuyo clan debía haber enseñado a sus hijas que unas manos sucias eran preferibles a la muerte.

.Una buena cosa a tener en cuenta para el currículum de nuestras hijas, reflexionó una parte remota de Maia, arrinconada junto con otras partes que seguían gimiendo llenas de ciego terror. No había tiempo para el miedo ni para la objetividad mientras se disponía a cumplir con su tarea.

Llegaron más ayudantes cargando cubos. Un oficial empezó a gritar y señalar, organizando una cadena humana: las mujeres en el centro pasaban cubos de plástico mientras los hombres los llenaban a paletadas en un extremo, lanzando el carbón de una partición a otra. El trabajo de Maia era proporcionar constantemente cubos vacíos y luego ponerlos en movimiento cuando estaban llenos. Aunque la desesperación guiaba su fuerza, y las hormonas de peligro superaban sus náuseas, tenía problemas para mantener aquel ritmo frenético. El torso del marinero se alzaba como una gran bestia, emitiendo un calor tan palpable que Maia temió que prendiera el carbón y los

enviara a todos al infierno patarkal convertidos en una gigantesca bola de fuego.

El ritmo se incrementó. La agonía corría desde sus manos a sus fatigados brazos y cruzaba su espalda. Todos los demás eran mayores, más fuertes, más experimentados, pero eso apenas contaba, estando las vidas de todos en peligro. Sólo el trabajo en equipo contaba. Cuando Maia volcó un cubo, le pareció que se terminaba el mundo.

¡Concéntrate, maldita sea!

No se terminó, todavía no. Nadie la reprendió, y ella no lloró, porque no había tiempo. Otro cubo ocupó el lugar del caído y ella se agachó, esforzándose por trabajar más deprisa.

Cubo a cubo, fueron reduciendo el carbón caído. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el volumen parecía aumentar. La montaña negra parecía cada vez más alta en el mamparo de estribor. Peor todavía: el depósito que habían estado cargando, a popa, empezó a gemir y a chirriar, y sus planchas a abultarse hacia fuera. Nadie podía decir cuánto aguantaría aquella partición la creciente inversión de la gravedad. Todos los cubos que arrojaban no hacían más que aumentar la carga.

De repente, un chasquido ensordecedor sonó en cubierta. Algo pesado debía de haberse soltado por fin de los cordajes. A través del resonar en su cráneo, Maia oyó sonidos de distantes vítores. Casi de inmediato, sintió que el carguero se libraba de las frustradas garras del viento. Con un gemido palpable, el timón del *Wotan* respondió por fin a la fuerza de su piloto y el barco se liberó, girando para huir de la tormenta.

En la bodega, junto a Maia, una var soltó un largo suspiro cuando la horrible inclinación empezó a reducirse.

Una de las clones se echó a reír, soltando la pala. Maia parpadeó cuando alguien le palmeó la espalda. Sonrió y empezó a soltar el cubo que tenía en las manos...

—¡Cuidado! —gritó alguien, señalando la montaña de carbón de la derecha. Sus esfuerzos habían sido recompensados, sí. Demasiado rápido. Cuando la inclinación a estribor se redujo, el impulso hizo oscilar la nave más allá de la vertical en un movimiento contrario. La negra masa tembló, luego empezó a desmoronarse.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó un oficial, sin que hiciera falta, pues la tripulación y las pasajeras saltaban hacia las escaleras, se subían a los depósitos de madera o, simplemente, echaban a correr. Todos menos los que se encontraban más cerca de la avalancha, para quienes ya era demasiado tarde. Maia vio una expresión de estupefacción cruzar el rostro del gran marinero que estaba a su lado, mientras la negra ola se desplomaba hacia ellos. Tuvo tiempo de parpadear, luego su alarido de sorpresa se ahogó cuando Maia alzó el cubo sobre sus hombros, cubriéndose la cabeza.

El impulso de su salto la llevó hacia arriba, de forma que el tsunami de antracita no la cogió de inmediato. El corpachón del pobre marinero protegió a Maia por un

instante, luego se sintió nadar a través de una bruma de piedras afiladas, mientras se arrastraba frenéticamente colina arriba. Al intentar aferrarse a algo, su mano chocó con el mango de una pala y lo agarró espasmódicamente, mientras sus piernas y abdomen quedaban atrapados, Maia apenas consiguió alzar la herramienta y usar la hoja de acero para protegerse la cara.

Un sonido como el fin de toda la eternidad trajo consigo una súbita oscuridad.

El pánico, una intensa fuerza animal que la sacudía y agitaba convulsivamente contra el entierro y la asfixia, se apoderó de ella. Una ceguera aterradora y un peso aplastante la envolvieron. Quiso golpear al enemigo que la apretaba por todas partes. Quiso gritar.

El ataque pasó.

Pasó porque nada se movía, no importaba cuánto se esforzara. Nada. El cuerpo de Maia retornó al control consciente simplemente porque el pánico demostró ser completamente inútil. La consciencia era la única parte de ella que podía pretender moverse.

Con su primer pensamiento coherente, al encontrarse sepultada por toneladas de duro carbón, Maia advirtió que había en efecto cosas peores que la acrofobia o el mareo. Y sin embargo, algo encabezaba el catálogo de sorpresas.

.No estoy muerta.

Todavía no. En medio de la oscuridad y la terrible agonía, esforzándose por encontrar una zona entre el desmayo y la histeria, Maia se aferró a ese hecho e intentó hacer uso de él. La presión del caliente acero oxidado contra su cara le daba una pista. La hoja de la pala no había impedido que la avalancha la enterrara, pero había protegido un pequeño espacio, una bolsa de aire rancio sin carbón. Así que tal vez se asfixiara, en vez de ahogarse. No parecía haber mucha diferencia, aunque el fuerte olor del metal era preferible a tener la nariz llena del horrible polvo.

Pasó el tiempo. ¿Segundos? ¿Fracciones de segundo? Ciertamente, no minutos. No podía haber tanto aire.

El barco había dejado de mecerse, gracias a Stratos, o el movimiento de la carga la habría convertido rápidamente en pulpa. Incluso con el lecho de carbón inmóvil, sentía casi cada centímetro cuadrado de su cuerpo magullado y lacerado por las duras rocas. Sin nada más que hacer excepto el inventario de sus agonías, Maia descubrió que era posible distinguir sutiles diferencias de textura. Cada pedazo de roca que apretaba su cuerpo tenía una sádica personalidad tan individual que podía ponerles nombre... ésta, Aguja; la que tenía debajo del pecho izquierdo, Pellizco, y así sucesivamente.

Mientras los segundos se sucedían, notó un único punto de contacto: una tensa y latente constricción que parecía suave pero rítmicamente inflexible. Advirtió con

sorpresa que ¡alguien le agarraba una pierna! Albergó la esperanza de haber sido derribada boca arriba y de tener un pie al descubierto, y que aquellos apretones significaran que venían en su ayuda.

Entonces se dio cuenta..*¡Es el marinero grande!*

Su mano debía de haber tocado su pie en el último momento, mientras ella nadaba en la ola de carbón. Ahora, ya estuviera consciente o moribundo, el hombre mantenía su fino hilo de contacto humano a través de su tumba común.

Qué irónico. Sin embargo, no parecía más extraño que ninguna otra cosa ahora mismo. Era compañía.

Maia sintió pena por Leie cuando se enterara de la noticia..*Imaginará que el final fue más terrible de lo que es. Podría ser peor. Ahora mismo no se me ocurre cómo, pero estoy segura de que podría ser peor.*

Mientras reflexionaba sobre esto, la tenaza sobre su tobillo se apretó brusca, espasmódicamente, con tanta fuerza que Maia gimió de dolor. Sintió las terribles convulsiones del marinero, y su fuerza la arrastró hacia abajo, haciendo que las piedras de carbón se le clavaran en un centenar de sitios y jadeara de angustia. Entonces la feroz tenaza empezó a ceder en una sucesión de temblores cada vez más débiles.

Las pulsantes contracciones se detuvieron. Maia imaginó que oía una sacudida lejana.

¿Ves?, se dijo, mientras lágrimas calientes inundaban sus ojos de total oscuridad..*Te lo dije. Te dije que podía ser peor.*

Tranquilamente, se preparó para su propio turno. La liturgia ciencideísta de su educación le vino a la mente; líneas del catecismo que la Casa Lamatia enseñaba a sus niños del verano en las ceremonias semanales en la capilla, discursos sobre el espíritu materno y sin forma del mundo, a la vez amoroso, aceptador y estricto,

*¿Pues qué esperanza tiene un solitario y vivo «y».,
una mente, breve, aunque henchida de importancia? ¿Aferrarse
a la vida como a una posesión? ¿Hay algo que se pueda conservar?*

Conocía oraciones para el consuelo, oraciones para la humildad..*Pero claro, se preguntó, si el alma realmente continúa después de que la vida orgánica haya cesado, ¿qué diferencia supondrían unas cuantas palabras murmuradas en la oscuridad a Madre Stratos? ¿O incluso al extraño y omnisciente dios del trueno que, según decían, era adorado en privado por los hombres? Seguro que ninguno de los dos le reprocharía que ahorrara su aliento para vivir unos cuantos segundos más.*

La sobrecarga perceptiva redujo gradualmente parte de su agonía. La presión claustrofóbica que rodeaba a Maia, al principio una horrible masa de garras afiladas, tenía ahora un efecto aturdidor, como si se contentara con aplastar lentamente todas

las sensaciones restantes. La única impresión que aumentaba con el tiempo era la de *sonido*. Golpes y lejanos chasquidos.

Pasaron latidos, uno a uno. Los contó, al principio para pasar el tiempo. Luego, incrédula, porque no mostraban ningún signo inminente de parar. Experimentando, Maia abrió un poco la boca, exponiendo la lengua y los labios para sentir lo que su rostro magullado y cubierto de polvo no podía: ¡un leve hilillo de aire fresco que parecía correr por el mango de la hoja desde algún lugar cercano a sus cabellos! Sin embargo, tenía que haber al menos un metro de carbón por encima de su cabeza. ¡Probablemente mucho más!

No había una respuesta fácil a este acertijo, y trató de no pensar demasiado. Incluso cuando distinguió pasos sobre ella, y el rápido roce de las herramientas, apenas prestó atención, aferrada a la cobertura de aturrida aceptación. La esperanza, si llegaba a su metabolismo, era lo último que necesitaba en aquel momento.

.Tal vez sería mejor si durmiera un poco.

Así, Maia entró y salió de un sueño anóxico, mientras las vibraciones a lo largo de la hoja de la pala le indicaban lo lento que era el progreso de sus rescatadores..*Como si importara*.

Sin advertencia previa, la herramienta se movió, y la hoja que la había salvado amenazó de pronto con cortarle el cuello, por lo que Maia se rebulló de terror. De inmediato, la negra pared de carbón pareció más tensa, más constrictora, más asfixiante que nunca. La histeria, tanto tiempo mantenida a raya gracias a su aturdimiento, envió temblores de renovada furia a través de sus lacerados brazos y piernas. Maia luchó desesperadamente contra el grito de su garganta. Entonces, inesperada y sin paliativos, la luz le golpeó los ojos con un brillo repentino y doloroso, superando incluso el pánico, ahogando todos los pensamientos con su pura y cegadora belleza. Sus oídos se llenaron de ruido: golpes, arrastrar de objetos y gritos roncós. Maia jadeó estremeciéndose mientras las formas borrosas se convertían en siluetas y finalmente en caras manchadas de hollín, claramente delimitadas por las oscilantes bombillas. Arrodillados, marineros y pasajeras usaron sus manos desnudas para despejar más carbón de su cabeza. Alguien con un trapo y un cubo le limpió los ojos, la nariz y la boca, y después le dio agua.

Finalmente, Maia pudo pronunciar unas cuantas palabras.

—N-no... os m-molestéis... con... migo... —Sacudió la cabeza, abriéndose nuevos arañazos en el cuello—. Ho... hombre... ahí... abajo.

Apenas fue un gemido, pero actuaron como si la comprendieran, y comenzaron a cavar furiosamente allí donde Maia les indicó con la barbilla. Mientras tanto, otro grupo liberó gradualmente el resto de su cuerpo.

Cuando estaba casi libre, un cubo amarillo volcado apareció debajo, y el trabajo se aceleró.

En ese punto, Maia podría haberles ahorrado el esfuerzo. La mano que aún le agarraba el tobillo estaba cada vez más fría. Sin embargo, no fue capaz de decirlo. Siempre había una posibilidad...

Nunca supo su nombre. Ni siquiera era un miembro de su raza. Sin embargo, se echó a llorar cuando vio su cara púrpura y sus ojos hinchados. Unas manos soltaron los dedos del hombre de su pierna, y con esa rotura de contacto supo con trágica certeza e inusitada sensación de pérdida que nunca más volverían comunicarse a este lado de la muerte.

Las aves marinas emitían posesivas llamadas territoriales, advirtiendo a otras de su especie que se mantuvieran apartadas de sus nidos, cincelados en los empinados acantilados que daban a la bahía de Grange Head. Celosas de sus vecinas, las aves ignoraban a un pequeño grupo de bípedos que recorrían los acantilados colgados de frágiles cuerdas, recolectando por turnos plumas dispersas en grandes bolsas y recogiendo alternativamente más criaturas para la recolecta de parejas de aquel año. Desde lejos, o incluso desde el cercano punto de observación de los pájaros, nadie podía diferenciar a las bronceadas mujeres de pelo negro y finos huesos que ejecutaban estas extrañas tareas. Todas parecían idénticas.

Aburrida, sin mucho interés, Maia contemplaba a la familia de recolectoras trabajar su granja de plumas desde aquellas vertiginosas alturas. Era un nicho, desde luego. Uno que ella jamás se habría sentido tentada a ocupar.

Sin embargo, en aquel momento su destino era algo igualmente en equilibrio.

Todos los anhelos y los ambiciosos planes de la infancia yacían rotos, y su corazón estaba aturdido.

Con un fuerte suspiro miró las cifras que había garabateado en la pizarra. Los cálculos no necesitaban otra comprobación. Con torpeza, porque cada movimiento aún le causaba dolor, le dio la vuelta a la tablilla y la deslizó sobre la mesa.

—He terminado, capitán Pegyul.

El alto marino de chupadas mejillas alzó la cabeza de sus propios cálculos y la miró un instante. Se rascó el cogote, tras la ajada gorra verde.

—Bueno, pues entonces dame otro minuto, ¿quieres?

Sentada en una barandilla cercana, la contramaestre Naroin fumaba en pipa. Sacudió la cabeza ante Maia.. *No te exhibas ante los oficiales. Ése sería su consejo.*

.¿Qué me importa?, respondió Maia, con un encogimiento de hombros. Con el navegante y el segundo oficial perdidos en la tormenta, y el primer oficial en cama con una concusión, sólo había una persona a bordo capaz de ayudar al capitán del *Wotan* a pilotar aquella bañera. Tras esforzarse por convertir una afición en una habilidad útil, Maia había aprendido rápidamente por qué según la tradición se requería más de un ojo en el sextante, para comprobar cada medición. La costumbre

prevaleció durante las dos últimas terribles semanas, hasta que recuperaron el rumbo. Todos ellos habían cometido a menudo errores que podrían haber causado algún desastre, si los demás no hubieran estado allí para darse cuenta.

.Pero aquí estamos. Eso es lo que importa, supongo.

Estaba dispuesta a satisfacer el deseo del capitán para este ejercicio final, comparando notas sobre técnica en una bahía segura, cuya posición oficial era conocida al centímetro. Ayudaba a pasar el tiempo mientras sus heridas sanaban, y mientras miraba por rutina el mar, esperando divisar una vela que sabía que nunca iba a aparecer.

El capitán recogió su punzón y descubrió una carta en la que aparecían las coordenadas de la bahía de Grange Head.

—Bien, tienes razón. No tenía visión de amanecer a causa del satélite rojo en el Arado. Son cinco pulsos, no tres. Por eso mi longitud estaba mal.

Maia intentó ser amable, por Naroin.

—Es un error fácil de cometer en el crepúsculo, capitán. Los Exteriores han colocado un nuevo señalizador este verano, como favor a la Autoridad de Navegación de Caria, después de que la antigua luz de cinco segundos se apagara.

—Mm. Si tú lo dices... Un nuevo satélite pulsador. Qué bien. Debe de haber sido publicado. Nuestra tele santuario ha estado estropeada, pero eso no es ninguna excusa. Ya debe estar arreglada, maldición.

.Puedes decirlo otra vez, pensó Maia. Los efectos de la galerna habían aparecido sobre las aguas aún revueltas al día siguiente, cuando los vientos por fin se calmaron lo suficiente para que pudieran buscar. Tablones y otros restos de naufragio rescatados indicaban que el suyo no había sido el único drama vivido durante la noche. El momento culminante llegó mientras surcaban las aguas de un lado a otro, buscando desesperados, y encontraron un trozo de madera a la deriva que, tras ser izado a bordo, mostró parte de las letras Z-E-U.

Las pasajeras y la tripulación se quedaron mirando en un aturdido silencio. Los días siguientes tampoco aportaron ninguna esperanza. El silencio en la radio se volvió desesperante. Ayudar a la tripulación a llevar a puerto su barco herido proporcionó a Maia una bendita distracción a su dolor y su ansiedad.

.Tengo que llegar a puerto. Tal vez la sensación de estar en tierra firme me ayude.

—Gracias por todo lo que me ha enseñado, capitán —dijo Maia, inexpresivamente—. Pero veo que ya han terminado de cargar la barcaza. No debería hacerlos esperar.

Se inclinó torpemente para coger la correa de su petate, pero Pegyul se le adelantó y se la echó al hombro.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte?

Ella sacudió la cabeza.

—Como usted mismo ha dicho, hay una posibilidad de que mi hermana esté viva por ahí. Tal vez llegará a puerto, o tal vez haya sido rescatada por otro barco. De todas formas, éste era nuestro destino cuando nos alcanzó la tormenta. Aquí es donde vendrá, si puede.

El hombre pareció vacilar. También él había sufrido pérdidas con la desaparición del Zeus.

—Serás bienvenida entre nosotros. Tendrás un hogar hasta la primavera, y cada tres cuartos de año después.

A su modo, era una oferta generosa. Otras mujeres, como Naroin, habían elegido ese camino, viviendo y trabajando en la periferia del extraño mundo de los hombres. Pero Maia negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme aquí, por si aparece Leie.

Maia vio que él aceptaba su decisión con un suspiro, y se preguntó cómo podía ser la misma persona a la que había despreciado allá en Puerto Sanger por considerarla sin interés. Sus defectos seguían siendo evidentes, pero ahora formaban parte de una mezcla sorprendentemente compleja para una criatura tan simple como era el hombre. Tras pasar el petate al piloto de la barcaza, llena de oscuro carbón, el capitán Pegyul sacó de uno de sus bolsillos una sólida herramienta de bronce.

—Es el sextante del segundo de a bordo —explicó, mostrándole cómo se desplegaban los tres brazos. Tenía dos tiras de cuero para atarlo al brazo de su propietario—. Un instrumento portátil. Esto indica el reflector principal.

¿Ves? Es una especie de lanzadera. Incluso tiene un indicador para la Vieja Red, ¿la ves aquí?

Maia se maravilló ante el objeto. Los viejos indicadores nunca volverían a encenderse, claro. Lo señalaban como una reliquia de otra época, cascada y sin nada que ver con los hermosos aparatos hechos a mano en los talleres de los santuarios modernos. Con todo, el sextante era a la vez un objeto que reverenciar y de utilidad.

—Es muy bonito —dijo. Cuando el capitán volvió a plegarlo, Maia vio en la cubierta un grabado de una nave aérea, un diseño caprichoso y extravagante que obviamente nunca podría volar.

—Es tuyo.

Maia alzó la cabeza, sorprendida.

—Yo... no podría.

Él se encogió de hombros, tratando de quitar solemnidad a lo que ella notó que era un gesto cargado de emoción.

—Me he enterado de cómo intentaste salvar a Micah con el cubo. Pensaste rápido. Podría haber funcionado... si la suerte hubiera sido diferente.

—En realidad yo no...

—Micah era hijo mío. Un chico grande, fuerte, alegre. Pero había demasiado de

Ortyn en él, si entiendes lo que quiero decir. Nunca pudo aprender a utilizar bien un sextante.

Pegyul tomó la pequeña mano de Maia entre las suyas y colocó firmemente en su palma el instrumento de bronce, cerrando sus dedos en torno al disco frío y liso.

—Dios te guarde —dijo, con un temblor en la voz.

—Y que Lysos te guíe. Eia —respondió Maia.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza, y se dio la vuelta.

Cargada hasta arriba, la barcaza de carbón cruzó lentamente la cristalina bahía. Grange Head no parecía gran cosa, pensó Maia, sombría. Había poca industria aparte del transporte de productos a las incontables granjas repartidas por las llanuras de tierra adentro que accedían al mar mediante pequeños ferrocarriles solares. La energía solar no era suficiente para permitir que los trenes cargados remontaran las empinadas montañas costeras, así que una pequeña planta generadora era un cliente fijo para el carbón de Puerto Sanger. El muelle solitario carecía de espacio para que atracara el viejo *Wotan*, por ello el cargamento llegaba a tierra barcaza tras barcaza.

Naroin fumaba su pipa y observaba en silencio a Maia.

—Quería comentarte —dijo por fin—, que utilizaste un buen truco durante la avalancha.

Maia suspiró, deseando que se le hubiera ocurrido mentir sobre el maldito cubo, en vez de farfullar semiinconsciente toda la historia a sus rescatadores.

Su acto reflejo no había sido suficientemente premeditado como para ser considerado generoso, mucho menos heroico. Simple instinto, eso fue todo. De todas formas, el fútil gesto no había salvado al pobre hombre.

Sin embargo, resultó que Naroin no se refería a esa parte del episodio.

—Usar la pala de la forma en que lo hiciste —dijo—. Eso sí que fue pensar rápido. La hoja te dejó un pequeño recoveco para respirar. Y el mango alzado de aquella manera nos indicó dónde cavar. Pero dime una cosa, ¿sabías que hacemos esos mangos de bambú hueco? ¿Supusiste que el aire podría pasar?

Maia se preguntó dónde se metería Naroin en verano, para así poder evitar quedar atrapada en la misma ciudad.

—Suerte, contra maestre. Estás equivocada si ves algo más en ello. Sólo pura suerte.

La maestra de armas se encogió de hombros.

—Esperaba que dijeras eso.

Para alivio de Maia, la mujer dejó correr las cosas, permitiéndole realizar el resto del trayecto en silencio.

Cuando la barcaza llegó al muelle de la ciudad, con su fila de grúas de madera, la contra maestre se levantó y gritó.

—Muy bien, escoria, manos a la obra. ¡Tal vez podamos salir de este agujero en la costa antes de la marea!

Maia esperó a que la barcaza estuviera bien atracada y los demás saltaran a tierra antes de pisar con cuidado la tabla con su petate a cuestas. El firme muelle de piedra la mareó un momento, como si el movimiento de un barco fuera más natural que una superficie anclada sobre roca. Apretando los labios para no mostrar su dolor, Maia se dirigió a la ciudad sin echar una mirada atrás. Contando su bonificación, podría permitirse descansar y sanar durante algún tiempo antes de buscar trabajo. Con todo, las siguientes semanas serían un tiempo de prueba, de mirar el mar, de aferrar la lupa de su pequeño sextante con la vana esperanza de ver una vela asomar entre los acantilados, de luchar para impedir que la depresión la envolviera como una mortaja.

—¡Hasta la vista, mocosa Lamai! —gritó alguien a su espalda, presumiblemente la var de duro rostro que se mostró tan hostil aquel primer día en el mar. Esta vez el insulto no tenía mala intención, y probablemente denotaba hasta respeto. Maia carecía de voluntad para replicar ni siquiera con el obligatorio y amigable gesto obsceno. Simplemente, no tenía fuerzas.

.En los antiguos días, en las viejas tribus, los hombres obligaban a sus mujeres e hijas a adorar a un dios masculino de ceño fruncido, a una deidad vengadora de relámpagos y reglas bien ordenadas cuya costumbre era gritar y tronar para luego dejarse llevar por arrebatos de sentimentalismo y de perdón. Era un dios como los propios hombres: un señor de extremos. Sacerdotes vocingleros interpretaban las interminables y complejas reglas de su Creador. Disputas abstractas conducían a la persecución y a la guerra.

.Las mujeres podrían habérselo dicho —continuaba supuestamente Lysos—, si los hombres hubieran cesado de disputar y nos hubieran preguntado la opinión. La creación misma podría haber sido un astuto golpe de genio, un trazado de leyes. Pero atender al mundo día a día es un asunto complicado, más parecido al inspirado caos de una cocina que a la estéril precisión de una sala de mapas o de un estudio.

Brisas intermitentes agitaban la página que estaba leyendo. Apoyada en la vieja pared de piedra del huerto de un templo, mirando más allá de los tejados de Grange Head, Maia alzó la cabeza para ver cómo las nubes bajas ocultaban por un instante un mar brillante y plácido, cuyas olas verdes destellaban con plateados bancos de peces y la sombra aleteante de los pájaros pescadores. Los colores eran encendidos, voluptuosos. Mezclados con los olores que transportaba el viento fuerte y húmedo, componían un festín para los sentidos, sazonados con los fecundos aromas de la vida.

La belleza era inflexible, reconfortante. Ella comprendió el sentido: la vida continúa.

Con un suspiro, Maia volvió a prestar atención al librito.

.Un planeta vivo requiere una metáfora mucho más compleja para la deidad que sólo un Padre grande con un puño enorme —continuaba el párrafo—. *Que un Padre omnisciente y todopoderoso ignore tus oraciones es algo personal. Oye sólo el silencio durante el tiempo suficiente y empezarás a preguntarte por Su poder. Su justicia.*

Su existencia misma.

.Pero la excusa de un Mundo-Madre para no responder es simple. Nunca ha mantenido una omnipotencia egoísta. Tiene a incontables otras criaturas aferradas a Su delantal, incluidas miríadas de especies incapaces de hablar por sí mismas. A Sus criaturas mayores les dice: Id a buscarlo al frigorífico. Salid a jugar fuera. Buscad un trabajo.

¡O mejor aún, echadme una mano! No tengo tiempo para quejas estúpidas.

Maia cerró el libro con un suspiro. Había pasado buena parte de la tarde reflexionando sobre aquel pasaje que, según se decía, había escrito la Gran Fundadora en persona. No era parte de un escrito formal. Sin embargo, mientras trabajaba en el jardín del templo, Maia no dejó de pensar en él. La Sacerdotisa-Madre Kalor le había prestado el libro cuando lecturas más tradicionales no consiguieron aliviar su dolorido corazón. Contra toda expectativa, la había ayudado. El tono, más abierto y llano que el de la liturgia, era agudamente irónico a veces.

Por primera vez, Maia descubrió que podía imaginarse a Lysos como una persona a la que le habría gustado conocer. Después de semanas de depresión, Maia consiguió su primera sonrisa.

Sus heridas eran peores de lo que nadie esperaba cuando desembarcó del *Wotan* semanas atrás. O tal vez carecía de voluntad para sanar. Cuando la encargada del sucio hotelito la encontró en cama una mañana, sudorosa y febril, la clónica mandó llamar a sus hermanas del templo local para que acudieran a atenderla.

.Lo sentimos mucho, pequeña hermana —repetían las acólitas cada mañana—. No hay rastro del Zeus.. Ninguna mujer parecida a ti ha desembarcado.

La madre del templo incluso pagó de su propio bolsillo llamadas por Red a Lanargh y otros puertos. El barco en el que viajaba Leie había sido declarado como desaparecido. Su cofradía había reclamado el importe del seguro y estaba de luto oficial.

Maia dio las gracias a Madre Kalor por su amabilidad, luego fue a su celda y se arrojó, sollozando, sobre el estrecho jergón. Lloró con los dientes apretados, golpeando el colchón hasta que los dedos se le quedaron insensibles. Se pasaba casi todo el día durmiendo, se agitaba y revolcaba cada noche, y perdió interés en la comida.

.Quería morirme, recordó.

Madre Kalor no parecía preocupada.

Esto es normal. Pasaré. Las vars tendemos a intimar más cuando estamos unidas a alguien. Eso hace que la pérdida sea más dura de lo que ninguna clon puede comprender.

»A menos que la clon haya perdido a toda su familia de una vez, claro está. Ni tú ni yo podemos imaginar esa devastación.

Pero Maia sí podía imaginarlo. En cierto modo había perdido una familia, un clan. Leie había estado ahí toda su vida. A veces irritante o enojosa, aquella presencia también había sido su compañera, su aliada, su reflejo. La idea de Maia de separarse la mañana de la partida había sido para desarrollar habilidades independientes, pero siempre con un objetivo final conjunto. El sueño compartido.

Se maldijo..*Es culpa mía.* Si hubieran permanecido juntas, ahora estarían unidas, vivas o muertas.

La sacerdotisa dijo todas las cosas de rigor sobre que las supervivientes no debían considerarse culpables, que Leie habría querido que Maia prosperase, que la vida debía continuar. Maia apreciaba sus esfuerzos. Al mismo tiempo, sentía resentimiento hacia esta mujer por interferir en su miseria. Esta var que había elegido convertirse en «madr». porque era algo seguro y conveniente.

Al fin, en parte debido al agotamiento, Maia empezó a recuperarse. La juventud y una buena alimentación aceleraron la mejoría física. Las contemplaciones teológicas también jugaron un pequeño papel..*Antes me preguntaba cómo es que los hombres tienen aún un dios del trueno. Una deidad que todo lo ve y que observa cada acción, preocupándose por todos los pensamientos.*

El viejo Bennett le había hablado de su fe, que consideraba plenamente en consonancia con la devoción a Madre Stratos..*Al parecer se transmite en los santuarios masculinos, y ya no podría ser erradicada ni siquiera aunque las sabias y las consejeras lo intentaran.*

¿Pero cómo comenzó? No había hombres entre las Fundadoras, cuando las primeras cúpulas-hábitat florecieron en el Continente del Aterrizaje. Múltiples generaciones diseñadas en laboratorios vinieron y se fueron antes de que los Grandes Cambios se completaran..*Nuestras antepasadas sólo sabían lo que las Fundadoras decidieron contarles.*

¿Entonces cómo supieron de Dios aquellos primeros hombres de Stratos?

Era algo más que un ejercicio intelectual..*Si Leie ha muerto, tal vez su espíritu se haya reunido con el del planeta y sea parte del arco iris que veo allí.* La imagen era poética y hermosa. Sin embargo, también había algo tentador en la idea del viejo Bennett de una vida después de la muerte en un lugar llamado cielo, donde se aseguraba una continuidad más personal, con recuerdos y un sentido del yo. Según Bennett, los muertos también podían oírte cuando rezabas.

¿Leie?, proyectó lenta, solemnemente..*¿Puedes oírme? Si lo haces, ¿podrías*

mandarme una señal? ¿Cómo es el otro lado?

Podría haber habido una respuesta en la forma en que la luz jugueteaba sobre el agua, o en los distantes gritos de las gaviotas. Si así fue, resultó demasiado sutil para que Maia la captara. Así que se consoló imaginando cómo habría respondido su hermana gemela a una petición tan impertinente.

Eh, acabo de llegar, idiota. Además, si te lo cuento estropearé toda la diversión.

Con un suspiro, Maia se dio la vuelta y sacó unas tijeras de podar del bolsillo de su bata prestada. Mientras sanaba, había pagado cama y mesa ayudando a cuidar el patio de árboles nativos de Stratos que cada templo estaba obligado a mantener como parte de su deber hacia el planeta. Era un trabajo agradable, y parecía llevar consigo su propia lección.

—Tú y yo estamos ambos en peligro, ¿no? —le dijo al bajo matorral retorcido que había estado cuidando antes de abstraerse. Eones de evolución habían dotado las hojas del árbol jacar con defensas químicas para mantener a raya a los herbívoros locales. Aquellas toxinas habían resultado inútiles para detener a las criaturas procedentes de la Tierra. Desde los conejos a los ciervos o los pájaros, todos encontraban el jacar delicioso, y sólo rara vez se cultivaba. Los cinco especímenes de aquel jardín constaban en el catálogo mantenido en la lejana Caria.

—Tal vez los dos pertenecemos a un lugar como éste —añadió Maia, haciendo un último corte y dando un paso atrás para observar su trabajo terminado. Entonces se volvió hacia el huerto, los lechos de flores, el templo de paredes de estuco del refugio.. *¿Te lo estás pensando mejor?*, se preguntó a sí misma.. *Un poco tarde, ahora que has dicho que te marchas.*

De camino al cobertizo de la jardinera, dejó atrás las paredes desmoronadas de un edificio aún más viejo. Un templo anterior, le había explicado una de las hermanas, sugiriendo a Maia que, si quería saber más, se lo preguntase a Madre Kalor. Primero Maia exploró las ruinas por su cuenta, y se quedó asombrada al encontrar un erosionado bajorrelieve, aún ligeramente visible entre los pegajosos dedos de enredadera. La figura más fácil de reconocer era la de un feroz dragón protector, sus alas extendidas sobre una escena de tumulto. Chorros de llamas parecían brotar de sus fauces abiertas hacia una especie de rueda flotante, reducida casi a la nada. Tras mirar con más atención, Maia descubrió que el «fueg». consistía en finas líneas cuyo origen eran los *dientes* del dragón.

Después de excavar bajo la bestia metafórica, descubrió, medio enterrada en el limo, una batalla de demonios (un grupo llevaba *cuernos* en la cabeza y el otro *barbas*); estaban enzarzados en un combate mano a mano tan feroz que, incluso enmudecida por la edad, la escultura le produjo a Maia un escalofrío.

Más tarde se enteró de que era una obra antigua, de la época inmediatamente posterior a la llegada del Enemigo, que casi destruyó la cultura homínida en Stratos.

Y, no, explicó Madre Kalor cuando se lo preguntó, aquellos cuernos de demonio eran alegóricos. El oponente real no los tenía.

Al inspeccionar de cerca las gastadas caras de piedra, descubrieron que sólo la mitad de las figuras defensoras llevaban barba. Sin embargo, Maia preguntó:

—¿Eran herejes?

—¿Quiénes construyeron este templo? No lo creo. Hay Perkinitas y demás tierra adentro, por supuesto. Pero que yo sepa, Grange Head siempre ha sido ortodoxa.

Madre Kalor le ofreció el libre uso de los archivos del templo, y Maia se sintió tentada a aceptar. Si hubiera venido aquí por cualquier otro motivo, podría haber dejado que la curiosidad la guiase. Pero no parecía haber razón alguna, ni tenía energía que malgastar entre el tedio del pesar y la recuperación. De todas formas, Maia se había hecho un juramento: ser práctica de ahora en adelante, y vivir de día en día.

Tras llegar al cobertizo, se quitó la bata y tendió las tijeras de podar a la jardinera jefa, que estaba sentada ante una mesa cuidando retoños. La sonrisa beatífica de la anciana monja demostraba la paz que podía conseguirse siguiendo este camino en la vida. El amable camino llamado el Refugio de Lysos.

La sacerdotisa-madre no pareció ofendida por la negativa de Maia a tomar los hábitos de novicia. Consideró un tributo a las atenciones del templo que Maia estuviera dispuesta a partir una vez más.

—Tu lugar está en el meollo de las cosas —dijo Kalor—. Estoy segura de que el destino y el mundo te tienen un papel reservado.

La amabilidad y gentileza del trato recibido allí alegraron el corazón de Maia..*Siempre recordaré este lugar.*

Era como doblar un recordatorio para guardarlo en un desván. Podría llevarse el recuerdo para observarlo de vez en cuando, pero no para vivirlo de nuevo.

En otros tiempos había sentido algo especial al dar con alguna nueva idea, o persona, o cosa.

Siempre había disfrutado de comentárselo a su gemela. Era mucho mejor que recordar simplemente por su propio placer. Pero, a partir de ahora, Maia tendría que aprender a apreciar ella sola las cosas buenas que encontrara en el mundo.

Ese hecho desnudo siguió constituyendo un profundo vacío interior, a pesar de la reducción gradual del dolor.

Aunque suavizada por el tiempo, la sensación de pérdida continuaría acompañándola mientras viviera, y la llamaría infancia.

Consideremos las pesadillas de los niños. O nuestros propios temores cuando recorremos alguna calle a oscuras. ¿Inventáis fantasmas? ¿Bestias depredadoras? ¿O toman la mayoría de esos horribles fantasmas la forma de hombres que acechan en

las sombras con viles intenciones? Para adultos y niños, mujeres y hombres, el miedo suele vestir atuendos masculinos.

Oh, y a menudo también la salvación. Nuestra facción nunca sostuvo que todos los hombres fueran brutos. Al contrario, la historia habla de maravillosos seres humanos que fueron varones. Pero consideremos cuánto tiempo y energía pasaron esos buenos hombres contrarrestando a los malos.

Hagamos balance y ¿qué nos queda? Más problemas de los que esos buenos se merecen.

Ésa fue la razón de los primeros experimentos partenogenéticos en Herlandia: intentar apartar por completo la masculinidad del proceso humano. Intentos que fallaron. La necesidad de un componente masculino parece profundamente arraigada en la química de la reproducción de los mamíferos. Ni siquiera nuestras técnicas más avanzadas pueden suplirla con garantías.

Herlandia fue una decepción, pero aprendemos de los contratiempos. Si debemos incluir hombres en nuestro nuevo mundo, diseñemos las cosas de tal modo que se interpongan en nuestro camino lo menos posible.

LYSOS, *Forjar el destino*

La voz que leía en voz alta era una de las más tranquilizadoras que Maia había oído en su vida.

«... Y así, una vez dejadas atrás las montañas de la costa, las llanuras de Valle Largo pasarán ante vuestra ventana como miriñaques de cresta púrpura, esparcidos para ser contemplados. Un enorme mar de olas bajas e inmóviles. Desde vuestro veloz carro, dominaréis este océano de la pradera, buscando cualquier cosa que rompa la ondulante monotonía, destacando cualquier punto o protuberancia que pudiera ser llamado imaginativamente topografía».

¡Y no buscaréis en vano! Pues, más allá de esta gloriosa extensión de suavidad, veréis columnas aisladas de piedra esculpida por los vientos, monolitos de roca de verde cresta que dan al ojo algo lejano a lo que aferrarse. Son las distantes Torres Aguja, testimonios del poder y la persistencia de la erosión natural que las talló mucho antes de la llegada de las humanas a Stratos».

Medio adormilada ya por el zumbido de los raíles magnéticos y la polvorienta monotonía de la pradera, Maia escuchaba a la otra ocupante del vagón, a la que habían recogido por el camino, leer un volumen bellamente encuadernado en cuero. Aunque el aire era sofocante, su compañera jamás parecía quedarse sin saliva.

«... Según informes recientes, las mayores que gobiernan Valle Largo han ordenado que los santuarios masculinos sean construidos en diversas Agujas distantes, rompiendo así la tradición de destierro estacional que comenzó con los primeros asentamientos Perkinitas».

La recogida llamaba a su libro una «guía de viaje».. ¿Su objetivo aparente? Describir lo que la viajera veía mientras lo estaba viendo. Pero Tizbe Beller pasaba más tiempo con la nariz entre las páginas haciendo excitados comentarios que contemplando a través de la sucia ventanilla una sucesión de aburridas granjas y ranchos..*¿Se gana de verdad alguien la vida con estas cosas?*, se preguntó Maia. Su compañera proclamaba que era una obra maestra de su género. Tizbe poseía evidentemente una educación distinta a la del Clan Lamatia, que ponía poco a sus hijas del verano en contacto con las bellas artes.

«... En la actualidad, todos los hombres en edad viril son desterrados del valle cada estación del calor, y son mantenidos aparte hasta el final del celo».

La acompañante de Maia viajaba encima de una montaña de sacos, y llevaba el pelo rubio atado con una simple cola. La ropa de Tizbe, de aspecto gastado en la distancia, resultó ser de cerca suave y de buena confección, lo que chocaba con la pobreza absoluta de la muchacha. Como ayudante de Maia, se suponía que tenía que pagar su pasaje ayudando con la carga todo el camino hasta Holly Lock. De momento, Maia no estaba en absoluto impresionada.

.No juzgues antes de tiempo, pensó..*Madre Kalor no lo aprobaría.*

Antes de partir de Grange Head, Maia había dado a la sacerdotisa ortodoxa una carta para que se la entregara a cualquier joven que pasara y que se pareciera a ella. Después de todo, la doctrina de la Iglesia sostenía que los milagros eran posibles, incluso en un mundo guiado por la casualidad y las afinidades moleculares.

.*¿Debes ir tierra adentro, hija?* —había preguntado Madre Kalor—. *Valle Largo es territorio Perkinita. Son un puñado de locas fanáticas, y no se preocupan mucho de las vars.*

.*Tal vez* —replicó Maia—. *Pero contratan a las vars para todo tipo de trabajos.*

.*Trabajos que ellas mismas no harían.*

.*No puedo rechazar el trabajo duro* —respondió Maia, zanjando la discusión. Una cosa era segura: de aparecer Leie alguna vez, se desataría un infierno si Maia no había estado ocupada durante su separación, usando todo el tiempo de forma provechosa.

Qué suerte que un clan ferroviario estuviera buscando a alguien con habilidad para los números. Para el trabajo no hacía falta el cálculo diferencial, sólo simple contabilidad, pero Maia se sintió complacida viendo que una parte de su educación era útil. También para Leie habría sido pan comido, dado su amor por las máquinas. Si tan sólo...

Por fortuna, Tizbe rompió la sombría espiral de pensamientos de Maia.

—¡Escucha esto! —La joven recogida alzó un dedo y adoptó un tono grave, casi pomposo—: «De especial interés para las viajeras es el sistema de transporte de carga y pasajeros utilizado en Valle Largo, ideal para subculturas pioneras. El ferrocarril solar, dirigido conjuntamente por los clanes Musseli, Fontana y Braket, debería llevaros a vuestro destino sin excesivo retraso».

Tizbe se echó a reír.

—¡Ese tren Fontana ayer llevaba cuatro horas de retraso! ¡Y a esta cafetera Musseli no le va mucho mejor!

Maia se sintió obligada a devolver una triste sonrisa. Sin embargo, el desprecio de Tizbe parecía injusto. Los trenes del Clan Musseli llegaban a tiempo durante las estaciones frías, cuando los hombres de la Cofradía de Ferroviarios ayudaban a conducir las máquinas. Pero la mayoría de los machos estaban desterrados durante el verano, y las Musseli, con sus caras planas y sus largos miembros, andaban cortas de personal. Podrían haber contratado ingenieros femeninos igual que hombres, vars itinerantes, o incluso un clan-colmena de especialistas.

Aquello habría dejado la empresa en manos femeninas durante todo el año, como estaba todo lo demás en Valle Largo. Pero las líderes de la región estaban atrapadas entre su ideología de separatismo radical por un lado y las necesidades biológicas por otro. Para producir hijas clónicas, debían tener hombres cerca desde otoño hasta

primavera que ejecutaran la vital función «potenciador».. Mantener un gran número de hombres ocupados entre las breves potenciaciones significaba darles trabajo. Aquí, en las llanuras, las locomotoras tenían la misma función secundaria que los barcos en la costa: mantener una pequeña cantidad de hombres disponibles en grupos compactos, móviles y fáciles de manejar.

De ahí el dilema. Los maquinistas varones, famosos por sus remilgos, podían ofenderse si contrataban a sustitutas en verano y no regresar al año siguiente. Lo cual sería tan catastrófico como dejar los huertos sin polinizar. Así, cada verano, los clanes ferroviarios iban tirando como podían.

Ahora, con sus jóvenes camino de casa desde los santuarios costeros, la Cofradía de Ferroviarios recuperaba la fuerza. Pronto los horarios se cumplirían de nuevo. Pero Maia no se molestó en explicar nada de esto. Tizbe parecía tozudamente segura de que ella y su libro tenían todas las respuestas.

«... Los tres clanes ferroviarios dirigen líneas de carga que compiten, cada una en asociación con una cofradía masculina, con propiedad de capital compartido aprobada por un acta del Consejo Planetario en el año».

Una relación entre sexos sorprendentemente íntima, reflexionó Maia. Sin embargo, ¿no recibía antaño la Casa Lamatia los mismos barcos y a los mismos marineros año tras año? ¿Los que ostentaban el estandarte de Pinniped? ¿No reservaban para ellos toda clase de derechos, desde el de comercio al de procreación? ¿Quién era ella para decir qué era normal y qué una aberración?

Tal vez la hereje de Lanargh tiene razón. Puede que todo esto sean señales de que los tiempos cambian.

La locomotora eléctrico-solar avanzaba, más rápida que el caballo o el barco más veloz. En cada parada aparecían los muchachos de mantenimiento, cargados con herramientas y lubricantes, y muchachas Musseli armadas con carpetas y garfios que corrían para atender las máquinas y bajar el cargamento bajo la atenta mirada de supervisoras de más edad. Maia había advertido que muchos de los varones vestidos de naranja tenían rostros sorprendentemente similares a las hembras clónicas que vestían monos marrones.

.Imagínate, hermanas que siguen conociendo a sus propios hermanos, y madres a sus hijos, mucho tiempo después de que la vida los haya convertido en hombres. A Maia se le ocurrían varias ventajas e inconvenientes de una relación tan íntima. Recordó al pequeño y dulce Albert, al que había instruido para la vida en el mar, y pensó en lo bonito que habría sido verlo crecer. El vago pensamiento le recordó aquellos sueños infantiles de encontrar algún día a su propio padre. Como si la coincidencia de espermatozoides y óvulos significaran algo en un mundo tan grande y duro.

Un mundo capaz de romper lazos más fuertes que esos.

.Basta. Maia sacudió la cabeza vigorosamente..*Deja que el dolor se vaya. Leíe lo*

haría.

Después de leer en silencio durante un rato, Tizbe alzó la cabeza desde su diván de arpillera.

—Oh, esta parte es magnífica, Maia. Dice: «Valle Largo posee muchos de los rasgos pintorescos de una región fronteriza. Desde vuestro compartimento, no dejéis de observar los pueblecitos rústicos, cada uno con su monótono silo de grano y sus bancos de células solares».

Otra vez aquella palabra, *pintoresco*. Parecía referirse de forma condescendiente a algo sencillo o atrasado desde el punto de vista de una turista criada en la ciudad. *Me pregunto si Tizbe también me encuentra pintoresca.*

«... entre los poblados y las zonas de cultivo, advertid las extensiones de hierba kuourn nativa, conservadas según reglas ecológicas aún más estrictas que las decretadas por Caria City».

Habían visto muchos oasis, grandes lagos con tallos ondeantes de flores púrpura. El culto Perkinita que gobernaba el valle adoraba a una Madre Stratos cuya ira hacia el abuso del planeta sólo era comparable a su desconfianza hacia el género masculino. Sin embargo, Maia estaba segura de que gran parte de las llanuras estaban fuera de los límites por otro motivo: para impedir la competencia.

Cuando Valle Largo se abrió por primera vez a la colonización, debieron llegar jóvenes vars desde toda Stratos, jóvenes que formaron asociaciones para domeñar la tierra. Afiliaciones que se convirtieron en poderosas alianzas entre clanes cuando las mujeres que tuvieron éxito se asentaron para criar hijas y ganar dinero con las cosechas. Eso, a su vez, implicó trabajar para construir un ferrocarril, para exportar productos e importar suministros, comodidades. *Y hombres*. A pesar de sus consignas, la utopía Perkinita pronto empezó a parecerse al resto de Stratos. No se puede ir en contra de la biología. Sólo tirar de las leyes, acá y allá.

—¡Oh! Aquí hay una parte buena, Maia. ¿Sabías que hay más de cuarenta y siete especies locales de zahu? Se emplea para todo tipo de cosas. Como...

Un agudo silbato interrumpió por fortuna la nueva retahíla de Tizbe. Era la advertencia de que faltaban diez minutos para la próxima parada. Maia miró el mapa de la pared.

—Pronto llegaremos a Ciudad Barro.

—¿Tan pronto? —preguntó la viajera.

Maia abrió el libro de cuentas, pasando un dedo por los cargamentos del día.

—¿No oyes sonar el silbato? Vamos, tú dicta los números y yo cogeré las cajas.

Mantuvo el dedo sobre el punto hasta que Tizbe se bajó del montón. Entonces Maia corrió al único pasillo que recorría el vagón en toda su longitud, entre altos estantes.

—¿Cuál es el primer número? —preguntó.

Siguió una larga pausa.

—Umm. ¿Es el 4.176?

Maia dio un respingo. Aquélla había sido la última entrada de la parada anterior, hacía sólo una hora.

—¡La siguiente! Empieza donde dice Ciudad Barro a la izquierda.

—¡Oh! ¿Te refieres al 5.396?

—¡Eso es!

Tras coger un cuaderno y un punzón que colgaban de un carril, Maia escrutó los estantes. Encontró la caja correcta, enganchó su cinta de cuero, tensó la cadena, y tiró del paquete, arrastrándolo por el surco hasta donde pudiera bajarlo suavemente junto a la puerta.

—El siguiente.

—Eso debe ser... Mm, veamos... ¿6.178?

Maia suspiró y se puso a buscar. Por fortuna, el burdo sistema de clasificación Musseli no fue demasiado difícil de desentrañar, aunque podría haber sido diseñado para confundir tanto como para clarificar:

—¿Siguiente?

—¿Ya? Me he perdido... ¡Ah! ¿Es 9.254?

Estrictamente hablando, Maia tendría que haber estado atendiendo el libro y su ayudante cargando. Pero Tizbe se había quejado de tener que hacer un trabajo «propio de lúgars y hombre». No consiguió hacer funcionar la cinta transportadora. Se lastimó una uña. Maia tenía una teoría acerca de aquella criatura. Tizbe debía de ser una var de algún clan de gran ciudad, tan rico y decadente que mimaba incluso a sus veraniegas, besándolas en la frente y enviándolas sin equipo para que sobrevivieran después de su quinto año. Tal vez Tizbe esperaba vivir sólo gracias a las apariencias y a su encanto.

Pero me pregunto por qué me resulta familiar.

A pesar de la ayuda de Tizbe, o tal vez debido a ella, el montón de la puerta no estaba completo cuando sonó el segundo silbato. El motor de la locomotora cambió audiblemente de tono cuando el tren empezó a frenar. Maia aceleró el ritmo. El duro trabajo había encallecido sus manos, pero la áspera cadena le mordía los dedos cada vez que el vehículo se agitaba. El último paquete casi se cayó, pero consiguió bajarlo sin otra cosa que un sonoro golpe.

Sin aliento, Maia abrió la puerta corredera mientras hileras de torres y hornos de ladrillo crecían como termiteros alrededor del tren, envolviéndolo en un aroma de tierra cocida.

—Bienvenidas a Ciudad Barro, centro del condado de Argil —canturreó Tizbe con falso entusiasmo. Durante un rato, todo pareció ser rojo o de color pardo. Montones y cajas de cerámica pasaron de largo en un destello.

Bruscamente, el oloroso distrito de los hornos dio paso al residencial, hileras e hileras de bonitas casas. Allí, en Valle Largo, los matriarcados importantes construían sus ciudadelas cerca de los campos o pastos, dejando las ciudades para los grupos pequeños, a veces llamados despectivamente «microclane».. Desde el tren, Maia vio pasar a una mujer que llevaba de la mano a una niña pequeña, obviamente su hija clónica. La mitad de la población del valle vivía al parecer de aquella forma: mujeres solas, nacidas en invierno pero que llevaban una existencia similar a la de las vars, con trabajos que apenas alcanzaban para pagar las facturas y que les permitían criar a una sola hija de invierno, exactamente igual que habían hecho sus madres, y sus abuelas, y así sucesivamente. Una idéntica casi-yo que heredara y continuase. Una cadena fina pero continua.

Parecía una clase de inmortalidad más simple, menos presuntuosa que los ciclos de vive-o-muere de las grandes casas..*Podría ser peor*, pensó Maia. De hecho, había algo enormemente íntimo y dulce en la mujer solitaria que caminaba sola con su hija. Desde que sus propios grandes sueños se habían desmoronado, Maia había empezado a pensar en términos más modestos. Las Musseli eran amables con sus empleadas; trataban a varias docenas de mujeres solas casi como miembros plenos de su comunidad. Tal vez, si trabajaba duro en aquel oficio, Maia podría conseguir un contrato a largo plazo. Luego, después de ahorrar para construir una casa...

Incluso después de eso, quedaba el problema de los hombres. O de un hombre. Había que empezar con un parto de invierno. Era raro poder concebir en cualquier otro momento del año, hasta que tuvieras una clónica.

Pero quedarse embarazada en invierno no era tan sencillo como salir a la calle y decir «¡Eh, tú!»...

Bueno, no pienses en eso ahora. Encárgate de las cosas pasito a paso.

El tren se detuvo en la estación de Ciudad Barro con un siseo y un chirrido. Los pasajeros empezaron a bajar.

Dos vagones más atrás se produjeron fuertes sonidos de choque mientras hombres y lúgars se apresuraban a descargar maquinaria pesada de un vagón de plataforma. Más cerca, Maia vio acercarse a la guardagujas Musseli local, carpeta en mano, precediendo a un alto lúgar cargado de paquetes..*Sonríe*, se dijo Maia..*Intenta que no parezca que sólo tienes cinco años.*

—¿Esto es todo? —preguntó bruscamente la mujer, señalando el montón que había junto a la puerta.

—Sí, señora. Eso es todo.

Mientras Maia entregaba los billetes de descarga, Tizbe se dispuso a bajar murmurando una disculpa. La joven rubia se abrió paso, llevando su bolsa de viaje.

—Creo que voy a echar un vistazo —dijo despreocupadamente.

Maia la llamó.

—¡Es sólo una parada de cuarenta minutos! No te pier...

Se interrumpió cuando Tizbe doblaba una esquina y desaparecía de la vista.

—Si no te importa...

Maia se volvió hacia la guardagujas. Su rostro se ruborizó.

—Lo siento, señora. Estoy lista si usted lo está.

Inclinándose sobre el libro de cuentas, mientras comprobaba cuidadosamente los paquetes, Maia se reprendió por preocuparse por una estúpida muchacha recogida en el camino.

Es sólo otra tonta var. No es asunto mío. Maia, tienes que intentar pensar más como Leie.

A Leie sin duda no le habría importado. Leie habría dicho «buen viaje». Pero con la guardagujas satisfecha a regañadientes, y faltando diez minutos para la partida, Maia se puso a buscar a su errabunda ayudanta. Había llegado hasta el final del andén sin ver todavía ni rastro de la irritante rubia cuando un silbato sonó en el distrito de los hornos... Otro tren se acercaba a la estación.

Pudo ver a un hombre joven empuñar la palanca que transferiría magnéticamente la locomotora que llegaba a uno de los tres grupos de raíles. Había varias mujeres jóvenes cerca, riendo, asomadas a una pasarela de madera situada ante una casa alta con las cortinas rojas. Al aproximarse, Maia vio que dos de ellas se abrían la blusa y se inclinaban sobre el joven, sacudiendo sus bien proporcionados torsos. El muchacho, ya de por sí arrebolado, enrojecía por momentos. Maia se preguntó por qué.

—¡Ahora no! —murmuró a las mujeres—. ¡Volved dentro y esperad un minuto!

El joven intentaba concentrarse en la llegada del tren, aún a medio kilómetro de distancia, sus aspas chirriando mientras empezaba a frenar. Las mujeres parecían gozar del efecto que causaban. Una señaló sonriente, haciendo que las otras se rieran con ganas. Los tensos pantalones del muchacho apenas ocultaban un duro bulto. Alzó la cabeza, vio que Maia lo observaba, y se volvió con un gemido avergonzado. Aquello no hizo sino aumentar las carcajadas de las lugareñas.

—Eh, Garn —gritó una—. ¿Seguro que sujetas el palo adecuado?

—¡Fuera! —gritó él roncamente, intentando mirar por encima del hombro el tren que se acercaba. En la frente del pobre tipo apareció un reguero de sudor.

—Oh, vamos —zumbó otra var de pechos descubiertos, riéndose de él—. ¿Quieres otro sorbito?

Le ofrecía una botella. En vez de líquido, contenía un polvillo azulado, iridiscente. El muchacho tenía en la comisura de los labios una mancha de un color similar.

—¿Qué está pasando aquí?

Todos se volvieron hacia la casa de las cortinas rojas. En la puerta había un hombre maduro y fornido y...

¡Tizbe!

Pero no la Tizbe que ella conocía. Maia parpadeó. Tuvo la momentánea impresión de que la var que habían recogido se había cambiado de ropa, se había teñido el pelo y había envejecido diez años en apenas veinte minutos.

.Lysos, pensó Maia, advirtiendo cómo se había dejado engañar..*Leie y yo planeábamos viajar fingiendo ser clones. ¡No esperaba ver el truco a la inversa!*

—¿Te distraen estas alocadas, Garn? —preguntó el hombretón, secándose los labios con el dorso de una mano.

—N-no, Jacko, sólo... —replicó el joven, sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—¡Lennie, Rose, meted vuestros helados culos dentro! —maldijo la mujer que se parecía a Tizbe—. ¡Se supone que nadie debe ver.eso, y mucho menos probarlo gratis!

—Oh, Mirri, sólo estábamos comprobando... —gimió una muchacha, esquivando un cachete. Le arrancaron la botella de las manos y echó a correr hacia la casa.

.Ajá, confirmó Maia..*De modo que Tizbe no es una var. Y su tipo empeora con la edad.*

Con fría expresión, la mujer mayor se volvió y miró a Maia.

—¿Quién demonios eres tú?

Maia parpadeó.

—Ah... nadie.

—Entonces lárgate, Nadie. No has visto...

—¡Garn! —gritó el hombretón. El joven de abajo, confundido por la conmoción y las hormonas, se había olvidado del tren que llegaba y empezó a apoyarse en la palanca, tal vez para aliviar su dolorosa tumescencia. Se produjo un grave zumbido eléctrico y un chasquido. Desazonado, tiró de la palanca en el otro sentido, con demasiada fuerza. Resonaron dos fuertes chasquidos. Tiró hacia atrás...

Un agudo chirrido llenó el aire mientras un alarmado ingeniero activaba los frenos de emergencia al ver indefenso cómo el impulso arrastraba la locomotora por los invisibles campos magnéticos hacia una vía que ya estaba ocupada por otro tren.

El muchacho se arrojó bajo la plataforma. Todos los demás echaron a correr.

Maia supo ahora por qué su ayudanta en el compartimento de equipajes le había resultado familiar.

Más allá de la multitud que se había congregado para contemplar el accidente, Maia vio una vez más a la mujer a la que había confundido con la viajera, conversando animadamente con la verdadera Tizbe. Una o ambas se habían teñido el pelo, pero estando juntas la cosa quedaba clara. Eran dos versiones, una mayor y otra

más joven, del mismo rostro.

Y ahora Maia recordó dónde había visto antes aquel rostro. Varias hermanas de su clan pasaban el rato en un café en la plaza principal de Lanargh, ante otra casa provista de lujosas cortinas. Al mirar una segunda vez, Maia vio el mismo emblema sobre el edificio que daba a las vías: un toro sonriente que sostenía una campana entre las mandíbulas.

En la mayoría de las ciudades había casas de placer: empresas dedicadas a satisfacer los deseos humanos, sobre todo los del profundo invierno y el verano.

—Válvulas de escape —las había llamado la Sabia Judeth.

—Burdeles —dijo la Sabia Claire, con una determinación que hacía difícil incluso preguntar qué significaba esa palabra.

La realidad parecía bastante ordinaria e interesada. Tales casas proporcionaban una vía de escape a los marineros que carecían de invitaciones de los clanes cuando las auroras les hacían hervir la sangre. Y en el invierno profundo, cuando los hombres estaban más interesados en juegos de tablero que en las recreaciones físicas, incluso las hermanas Lamai, normalmente frías, necesitaban a veces un «consuel».. Sobre todo cuando caía la gloria del cielo, se dirigían al centro de la ciudad para visitar alguno de aquellos elegantes palacios dedicados a servir a las colmenas superiores.

Naturalmente, aquellos establecimientos tan rentables eran dirigidos por clanes especializados, aunque frecuentemente éstos utilizaban mano de obra var. Maia y Leie nunca se habían considerado lo suficientemente bonitas o excitantes como para dedicarse a tal oficio. Con todo, solían especular sobre lo que sucedía dentro de aquellos locales.

Tanto Tizbe como «Mirr». miraron en su dirección. Maia se volvió rápidamente, sintiendo un escalofrío de aprensión..*¿Qué hacen esas zorras de clase alta en esta zona?*

Fue por pura suerte de Lysos que nadie hubiera resultado seriamente herido en el accidente, considerando cómo los dos trenes formaban una maraña de metal y lubricante desparramado. Las médicas de la clínica de la ciudad aún estaban tratando rasguños y laceraciones cuando el maquinista del segundo tren gritó, señalando su locomotora y luego al muchacho, Garn, que parecía deprimido y triste.

El colega mayor de Garn gritó a su vez, blandiendo los puños amenazador. En un súbito estallido, Jacko extendió las manos y empujó al agraviado maquinista, que retrocedió dos pasos dando tumbos, parpadeando lleno de sorpresa. Aquello sólo pareció exaltar a Jacko. Aunque no era físicamente superior al otro hombre, se abalanzó sobre el maquinista, que ahora levantó ambas manos, suplicante.

Jacko le dio un puñetazo en la cara.

Las curiosas se quedaron boquiabiertas cuando el maquinista cayó. Gimió, trató de arrastrarse de espaldas, con una mano en la nariz ensangrentada. Aterrado, vio que

Jacko le seguía, claramente decidido a seguir golpeando.

Comprendiendo el asombro del maquinista, Maia notó que el hombre caído intentaba furiosamente *recordar* algo que había conocido en el pasado, pero que había olvidado hacía mucho tiempo: cómo formar un puño.

Bruscamente, la mujer que Maia había confundido con Tizbe se colocó al lado de Jacko y le sujetó el brazo.

Parecía tan imposible como intentar frenar un caballo percherón encabritado. Jacko jadeaba con fuerza y parecía no darse cuenta, hasta que Mirri alzó una mano y le cogió la oreja, retorciéndosela para llamar su atención. Él gimió, se detuvo, empezó a darse la vuelta. Gradualmente, las suaves palabras de la mujer calaron en él hasta que por fin el hombre asintió, atontado, permitiendo que ella le tirara del codo y le diese la vuelta para acompañarlo por entre la silenciosa multitud hasta la casa de las cortinas rojas.

.Naturalmente. Ése es otro de sus trabajos. A pesar de todas las leyes y códigos y santuarios, a pesar de la bien atendida hospitalidad de los grandes clanes, siempre había problemas en las ciudades costeras durante el Verano, cuando las auroras danzaban y la brillante Estrella Wengel despertaba la vieja bestia en los machos. Hombres en celo sin ningún sitio adonde ir, peleando y haciendo ruido suficiente para dejar en ridículo las tempestades de la estación de las tormentas. Los clanes de placer tenían sofisticados recursos para manejar esas situaciones. La dueña de la casa parecía bastante experimentada, por suerte para el pobre maquinista.

.¡Sólo que no es verano!, pensó Maia, luchando con la confusión..*Esto no debería haber sucedido.*

Entre la multitud que ya se dispersaba, Maia vio a Tizbe (esta vez la auténtica) que la miraba directamente, los ojos llenos de oscuro recelo.

Los humanos no son como ciertos peces o plantas, para los cuales el sexo no es más que una opción.

Algo hay en el esperma vital para lo crucial placenta, que nutre a los bebés en el vientre.

La reproducción sin machos (la partenogénesis) parece imposible para los mamíferos. Lo mejor que podemos hacer es estimular el proceso utilizado por algunas criaturas en la Tierra conocido como amazonogénesis.

Aparearse con un macho sigue siendo necesario para la concepción, pero sus frutos son clones, genéticamente idénticos a su madre.

«Bien —dijeron los primeros separatistas de Herlandia—. ¡Diseñaremos o los machos para servir a este propósito, y nada más!».

¿Recordáis o los zánganos de Herlandia? Cosas diminutas e inútiles; su creación no puede ser considerado cruel, ya que fueron programados para sentir un placer

infinito, acariciados como perrillos falderos, siempre ansiosos de un silbido y una palmada, al cumplir con su deber...

¡Eran abominaciones! Coger unos seres tan poderosos y graciosos como los hombres (tan llenos de curiosidad y celo por la vida) y convertirlos en rarezas Remáticas fue algo repulsivo. Naturalmente que fracasó. Incluso sin una implicación genética directo, padres débiles engendrarán una raza débil.

Además, ¿debemos eliminar por completo la variabilidad? ¿Y si cambian las circunstancias?

Puede que necesitemos la magia mezcladora de genes de la sexualidad normal, de vez en cuando.

La llegada del Enemigo o Herlandia llevó ese experimento a un brusco y bien merecido final.

Naturalmente, las mujeres de ese mundo colonial defendieron su flamante civilización con enormes dosis de ingenuidad y coraje.

Pero cuando más necesitaban esa ira especial que conformo a los guerreros, descubrieron que habían secado a propósito una de sus principales fuentes. Los perrillos falderos no son de mucha ayuda cuando los monstruos surcan el cielo.

Ése, hermanas mías, es otro motivo por el que no debemos abandonar por completo el lado masculino.

Nuestras descendientes podrían pasar por momentos en los que les sea de utilidad.

Cuando reemprendieron la marcha no hubo más lecturas en voz alta de la guía de viajes. Tizbe leía su libro en silencio, o contemplaba por la ventanilla polvorienta el monótono paisaje. Para Maia, aquel silencio era enervante. Repasaba mentalmente una y otra vez lo que había visto, y cada vez abrigaba más sospechas. Hasta ahora, había atribuido muchos extraños incidentes al hecho de producirse en «otros puertos, otras tierra».. Ahora lo sabía con seguridad..*Algo está pasando. Y no creo que vaya a gustarme.*

Allá en casa, había una cosa que siempre la ponía más agresiva que a Leie: la curiosidad. Ni siquiera los castigos disuadían a Maia de seguir haciendo preguntas que «no eran asunto de las veraniega».. Había jurado contener esa tendencia, sobre todo desde la tormenta..*Ahora soy práctica. Una var solitaria tiene que serlo.* Pero esta vez no había ninguna posibilidad real de dar marcha atrás. Como un diente flojo, la agonía de dejar este misterio en paz la volvía loca.

Cada vez que estaba segura de que la otra mujer no miraba, Maia observaba la maleta de Tizbe, que casi con toda seguridad contenía algo más que ropa.

Maldición. ¿Puedo permitirme más problemas?

La joven rubia bostezó, dejó a un lado el libro, y se estiró sobre las sacas, permitiendo a Maia echar un buen vistazo a las raíces oscuras de su pelo teñido. Después de lo de Ciudad Barro, sabía que no era una veraniega malcriada que deambulaba buscando vanamente un nicho adecuado, sino una hija-miembro plena de una colmena con conexiones que alcanzaban más allá de la propia y limitada experiencia de Maia. Tizbe no estaba solamente «curioseand».. Estaba de servicio, trabajando para el negocio de su familia.

.Imagina un clan rico y poderoso. Su principal medio de vida son las casas de placer. Una empresa compleja y beneficiosa que requiere mucho más que manos fuertes y una cara bonita.

Aunque no regentaban ninguna casa en Puerto Sanger, Maia había visto a las de su tipo en alguna ocasión, caminando orgullosamente con hermosa ropa de viaje o transportadas en literas cargadas por lúgars, atendiendo negocios en las mejores casas, e incluso visitando a las madres Lamai.

¿Servicio de masajes especial, puerta a puerta? , se preguntó Maia. Pero eso era demasiado simplista. Pocas de aquellas visitas se habían producido en verano o en invierno. Las Lamai eran un grupo con mucho autocontrol; nunca pensaban en el sexo en otras épocas del año.

¿Correos, entonces? ¿Un servicio de mensajes puerta a puerta? Su negocio principal sería una tapadera perfecta para conseguir beneficios suplementarios, entregando comunicados entre clanes aliados, por ejemplo.

¿Pero qué mensajes merecían pagar las tarifas que cobrarían?

.Aquéllos bastante peligrosos, calculó Maia. O, añadió, mirando la maleta, *artículos peligrosos*.

Aquella botella de polvo verdiazul, brillante y borboteante como líquido... Al parecer, era algo que se suministraba a los hombres. Algo relacionado con la inoportuna erección del muchacho, con la ira irracional del otro hombre. Maia recordó el incidente anterior, a bordo del *Wotan*, cuando aquellos marineros parecieron excitados por su desnudez, a pesar de que estaban en otoño y ella era una simple veraniega, virgen, y sucia además. Esa vez el misterioso correo fue un hombre, pero después de semanas en el mar y en las vías, ella sabía que grupos de mujeres y hombres eran capaces de cooperar en empresas complejas.

¿Incluyendo el crimen?

La mujer rubia yacía tendida con un brazo sobre los ojos, roncando suavemente. Maia se levantó con un suspiro.. *Sé que voy a lamentar esto*.

Dio un paso vacilante. Otro. Un tablón crujió, haciendo que diera un respingo. Se miró los pies. Debajo del polvo, unas cabezas de clavo indicaban dónde se encontraban las juntas. Maia siguió avanzando con más cuidado, hasta que por fin se agachó junto a la mujer dormida.

La maleta estaba fabricada de tela burda, con diseños abstractos de formas geométricas entrelazadas. Un suave zumbido anunciaba que alguna parte metálica vibraba en armonía con el impulsor de pulsos magnéticos de la locomotora. Al examinar el mecanismo de la cerradura, vio que su ojo simple era puro camuflaje cosmético. De un lado sobresalían tres pequeños botones. Maia suspiró en silencio, reconociendo la tecnología cara. Habría un código para pulsarlos en determinado orden o una alarma se dispararía.

Maia retrocedió con cautela, y regresó con un trozo de alambre fino del usado normalmente para arrastrar equipaje pesado. Tras comprobar una vez más que su «ayudant» seguía dormida, empezó a insertar un extremo del alambre en la trama del pesado tejido. Con un último empujón, la atravesó y se topó con una resistencia blanda, presumiblemente la ropa de Tizbe. Empujar más al fondo no reveló nada. Maia sacó el alambre, y repitió el procedimiento unos cuantos centímetros más allá, con el mismo resultado.

.Podría estar equivocada... respecto a un montón de cosas. Maia permaneció en cuclillas, reflexionando. La prudencia la instaba a olvidarse del asunto.

La curiosidad y la obstinación fueron más fuertes. Cambió de postura, maniobrando para trabajar en la maleta desde otro ángulo...

Una tabla del suelo gruñó, como un animal herido. Maia contuvo la respiración.. *¡No puede haber sonado tan fuerte! Es sólo que estoy nerviosa*. Mirando a Tizbe, se preguntó qué diría si la clon se despertaba y la encontraba allí. La viajera chasqueó

los labios y cambió ligeramente de postura, luego se quedó quieta de nuevo, roncando un poco más fuerte. Con la boca seca, Maia colocó su herramienta en otro lugar y trabajó una vez más entre el tejido.

Resistió, penetró, y luego se detuvo con un brusco sonido levemente tintineante.

¡Ajá!

Repitió el experimento varias veces, trazando un burdo mapa del interior de la maleta. Para ser una var de carretera, Tizbe parecía llevar pocos efectos personales y un montón de pesadas botellas de cristal.

Torpemente, Maia retrocedió hasta que se encontró de nuevo en su mesa. Arrojó a un lado el alambre, se mordió el labio inferior. *Bien, ahora sabes que Tizbe es un correo que transporta algo misterioso. Pero sigues sin poder demostrar que esté cometiéndose algo ilegal.* Todos los movimientos extraños, los susurros en los muelles, las clones ricas haciéndose pasar por pobres vars, podían apuntar al crimen. *O podrían tener razones legítimas para mantener un secreto, razones comerciales.*

Un segundo aspecto preocupaba más a Maia. *El caos en Lanargh podría haber sido causado en parte por esto. Sin duda el accidente de Ciudad Barro lo fue. ¿Podría ser legal algo que causa tantos problemas?*

En teoría, los tres órdenes sociales eran iguales ante la ley. En la práctica, hacía falta tiempo para dominar la maraña de códigos planetarios, regionales y locales, así como precedentes y tradiciones transmitidas por las Fundadoras, e incluso por la Vieja Tierra. Los clanes grandes a menudo dedicaban a una o más hijas plenas a estudiar leyes, discutir casos, y a emitir votos en grupo durante las elecciones. ¿Qué joven var podría permitirse dirigir más que una mirada de pasada a los polvorientos libros legales, incluso si estuvieran a su alcance? El sistema podía parecer diseñado intencionadamente para excluir a las clases inferiores, ¿pero para qué molestarse si de todas formas las clones superaban con creces en número a las veraniegas?

Maia sacudió la cabeza. Necesitaba consejo, conocimientos; ¿pero cómo conseguirlos? Valle Largo ni siquiera tenía una Guardia organizada. ¿Qué falta le hacía, con las saqueadoras y otros problemas costeros tan lejos, y los hombres desterrados durante la época del celo?

Había un lugar al que Maia podía ir. Donde se suponía que una joven var como ella debía plantear los problemas que estaban fuera de su comprensión. Decidió que sería mejor intentarlo primero en otro sitio.

La última parada del día era Holly Lock. Esta vez, Tizbe ni siquiera fingió ayudar mientras Maia arrastraba paquetes, se debatía con el torpe sistema de contabilidad Musseli, y luego se enfrentaba al escrutinio de una guardagujas. Con un tranquilo «¡Ya nos veremos!», la viajera rubia se marchó. Para cuando Maia terminó, pensaba

ya que «adiós muy buena».. Que aquellas enigmáticas botellas fueran problema de otra.

Holly Lock era poco más que un puñado de almacenes, elevadores de grano, y cercas de ganado a un lado de las vías, y un grupito de casitas para vars solitarias y microclanes al otro. No había allí nada que recordara siquiera el modesto «centro de la ciuda». de Puerto Sanger, donde unas cuantas funcionarias ejecutaban sus tareas, ignoradas por el resto de la población.

Cargada con su petate, Maia se detuvo delante de la oficina de la estación, donde una Musseli mayor y de aspecto ligeramente poco amistoso charlaba con una mujer gruesa cuya piel tenía el color del cobre. Como Maia permanecía indecisa en el umbral, la jefa de estación alzó una ceja.

—¿Sí?

Maia se decidió por impulso.

—Discúlpeme, señora, pero... —Tragó saliva—. ¿Puede decirme dónde puedo encontrar a una sabia en la ciudad?

¿Una que tenga acceso a la red? Necesito comprar una consulta.

Las dos mujeres mayores se miraron mutuamente. La jefa de estación compuso una mueca.

—¿Una sabia, dices? Una sa-bia. Creo que he oído hablar de esas cosas. ¿Son algo parecido a abejas inteligentes? —Su sarcástica versión del habla de los hombres hizo que Maia se sonrojara.

La mujer de piel oscura tenía unos ojos que se llenaban de arrugas cuando sonreía.

—Vamos, Tess. Es una var agradable. Lysos, ¿te imaginas lo que va a costarle una consulta, sin contar las tasas del clan? Debe necesitarla con urgencia. —Se volvió hacia Maia—. No tenemos sabias licenciadas en esta parte del valle; pequeña virgie. Pero te diré una cosa: pasaré por la Casa Jopland de regreso a la mina. Podría llevarte.

—Um. ¿Tienen...?

—Un enlace, claro. Son las madres más ricas de estos parajes. Tienen una consola completa y todo. Pero tal vez no tengas que usarla. Lo que sin duda necesitas, calculo, es algún buen consejo materno. Te podrías ahorrar el coste de una consulta.

.Consejos maternos era lo que le habían enseñado a buscar si alguna vez tenía problemas en el mundo. Las madres de los clanes locales más grandes y respetados estaban disponibles no sólo para sus propias hijas, sino para cualquiera, incluso hombre o var, que lo necesitara y fuese digno. De hecho, Maia no tenía muchas ganas de encontrarse con un puñado de clones viejas, acostumbradas a mediar en cortes feudales, citando perogrulladas y asignando sus versos del *Libro de las Fundadoras*.

Pero dice que tienen una consola.

—Muy bien —contestó, y se volvió hacia la jefa de estación—. Me temo que eso significa...

—No me lo digas. Tal vez no vuelvas a tiempo para coger el de las 6.02. Oh, bueno... —La Musseli bostezó para mostrar lo preocupada que estaba—. Supongo que siempre hay otra var esperando en la calle. Vuelve y te pondremos a la cola para otra ocasión.

Magnífico. Perderé la antigüedad y tal vez una semana esperando otro tren. Esto ya me está costando caro.

Maia tenía la terrible sensación de que, antes de terminar, aquello iba a costarle muchísimo más.

Estamos programadas para encontrar placentero el sexo por un sencillo motivo: porque los animales que se aparean tienen descendencia. Los que no lo hacen no la tienen. Las tendencias que procuran la reproducción con éxito se refuerzan y se transmiten. La evolución es así de simple.

Es por tanto inútil considerar maligno el hecho de que los hombres tiendan a la agresión. Entre nuestros antepasados, la agresión a menudo ayudaba a los machos a tener más hijos que sus competidores. «Buen». o «mal». tiene poco que ver con ello.

¡Es decir, hasta que alcanzamos la consciencia: en ese punto bien y mal se convirtieron en pertinentes! Conductas excusables en bestias idiotas pueden parecer perversas, criminales, cuando se dan en seres pensantes. El hecho de que una tendencia sea «natura». no nos obliga a seguirla.

Aunque las radicales de Herlandia fueron demasiado lejos, sin duda podemos hacerlo mejor que esas timoratas compromisarias allá en Nueva Terra o Florentina, que hacen tímidos y minúsculos cambios sólo por consenso. Por ejemplo, sin eliminar por completo la agresividad masculina, podemos canalizarla hacia ciertas estaciones, como en los animales con celo, como el ciervo y el alce. Otras tendencias poco convenientes o peligrosas pueden ser puestas en cuarentena, aisladas, de forma que nuestras hijas ya no tengan que soportarlas todo el año, día sí, día no.

Para esta empresa son necesarias la astucia y la inteligencia, así como la compasión por las inevitables tensiones que nuestras descendientes tendrán que soportar.

El sol se ponía ya cuando Maia terminó de ayudar a la mujer gruesa a cargar su carreta. A la salida del poblado se detuvieron en la hostería, donde Maia dejó su petate. No contenía gran cosa de valor, sólo ropa y unos cuantos recuerdos, entre otros un libro de efemérides que Leie le había regalado un cumpleaños y un pequeño trozo de piedra ennegrecida regalo del viejo Bennett (antes de que la luz abandonara sus ojos acuosos) y que, según él había jurado, era un auténtico meteorito. Maia no quería dejar sus posesiones, pero no tenía sentido llevarlas y traerlas hasta la Casa Jopland para sólo una noche. Tras meterse unas cuantas cosas en los bolsillos de la chaqueta, cogió un vale de la asistenta Musseli y corrió al encuentro de la otra mujer.

Cargada hasta arriba, la carreta tirada por caballos avanzaba despacio por la estrecha senda de tierra situada al norte de la ciudad, sacudiéndose por los baches y socavones que no habían sido reparados desde las tormentas del verano. El polvo flotante le hacía cosquillas en las membranas que Maia tenía bajo los párpados, causando que aletearan intermitentemente nublando su visión.

—El concejo del valle sigue posponiendo la reparación de estos caminos —se quejó la propietaria de la carreta—. ¡Las brujas dicen que no hay dinero, pero siempre parecen encontrarlo antes de la cosecha! Las granjeras mandan en todo aquí, virgie. Recuerda eso, y no tendrás problemas.

.Granjeras Perkinitas, añadió Maia en silencio. La secta atraía a los clanes pequeños, de un estatus no muy superior al de las vars. Incluso los clanes más ricos de Valle Largo eran modestos según los cánones costeros, a no ser que fueran ramas juveniles de colmenas más extendidas por otras partes.

La benefactora de Maia pertenecía a una de esas ramas. Era una *Lerner*. Maia conocía a la familia, cuyos dispersos retoños se habían abierto huecos por todo el Continente Oriental, dondequiera que hubiese depósitos demasiado exiguos para atraer grandes empresas mineras, y comunidades con necesidades que una pequeña explotación de fragua pudiera cubrir. La dura experiencia había enseñado al Clan Lerner los límites de su talento.

Cada vez que una de sus explotaciones crecía lo bastante como para atraer a la competencia, la vendían y se trasladaban a otra parte.

.Pero es un nicho, supuso Maia. Pocas vars fundaban un linaje propio, y mucho menos tan numeroso. No estaba en posición de juzgar.

Calma Lerner parecía bastante amistosa. Una mujer con manos masculinas casi tan duras como los gruesos lingotes rojizos que Maia había ayudado a cargar y traído en tren desde Grange Head. La aleación sería mezclada con hierro local siguiendo recetas locales transmitidas de madre a hija durante generaciones, para crear el sencillo acero Lerner.

Allá en Puerto Sanger, las Lerner locales no soportaban el sol de la pradera, y eran mucho más pálidas. Sin embargo, la sensación era de familiaridad, como si Calma y ella debieran estar chismorreando sobre conocidas comunes. Naturalmente, no tenían ninguna. La familiaridad era unívoca. Y tampoco era probable que Calma reconociera a Maia si volvían a encontrarse otra vez. La gente tendía a no molestarse en memorizar, o advertir siquiera, una cara con sólo una propietaria.

Con todo, mientras el pardo paisaje avanzaba lentamente, la mujer mayor empezó a mostrar la conocida afabilidad de su clan, permitiéndose hablar sobre la vida en aquella gran llanura de aluvión. Calma y su familia trabajaban la tierra al norte de Holly Lock, donde los sondeos habían llevado a la superficie un raro pliegue rocoso que contenía una prometedora mezcla de elementos. Cuando los asentamientos en este extremo del valle eran aún nuevos, tres jóvenes cadetes de una Casa Lerner establecida llegaron desde la costa para trabajar en aquellos pequeños yacimientos e instalar hornos. Durante cuatro generaciones hubo momentos duros y algunos años de prosperidad. Ahora había seis adultas en el diminuto clan retoño, y cuatro hijas clónicas de diversas edades. Eso además de un chico del verano y una docena o así de empleadas vars que estaban de paso.

Cuando descubrió que la educación de Maia incluía un cursillo de química, Calma empezó a mostrarse más efusiva, y se puso a narrar los desafíos y delicias de la metalurgia en la frontera, creando y transformando la materia prima del planeta para satisfacer las demandas humanas.

—No te puedes imaginar la satisfacción —dijo, extendiendo los brazos hacia el horizonte, donde el sol poniente parecía prender fuego a un mar de grano—. Hay grandes oportunidades aquí para una joven con la actitud trabajadora necesaria. Sí. Muy buenas oportunidades.

Por cortesía, y porque había llegado a caerle bien su acompañante, Maia se abstuvo de reírse en voz alta. No era difícil detectar algunos callejones sin salida, y la pobre Calma estaba describiendo a una auténtica perdedora.

—Lo pensaré —replicó Maia disimulando cuidadosamente su divertimento.

Con un súbito estremecimiento, se dio cuenta de que, como de costumbre, había estado registrando las palabras de la Lerner con la intención de repetírselas más tarde... a Leie. No podía evitarlo. Las costumbres de toda una vida son difíciles de perder. A veces tardan más en morir que los frágiles seres humanos.

.Creía que ya tenían suficiente vino para un funeral —recordó haberse quejado a su gemela un invierno, cuando tenían cuatro años, mientras accionaban un desvencijado manubrio para descender en una vagoneta a un pozo de piedra—..*¿Nos van a tener subiendo y bajando toda la noche?*

.Podría ser —le había respondido Leie sin aliento, la voz resonando en el estrecho pozo del montacargas. Chasqueando suavemente, el manubrio marcaba cada

centímetro de descenso como el tictac de un reloj—. *Esta mañana había escarcha de gloria en los alféizares, y ya sabes que eso las pone con ganas de fiesta. Apuesto a que las Lamai tienen en mente algo más que una ceremonia para enterrar a tres abuelas.*

Maia recordó haber dado un respingo ante la sarcástica imagen. Aunque las Lamai se comportaban fríamente hacia sus hijas-var, tendían a suavizarse con la edad, e incluso algunas demostraban un auténtico afecto al final de su vida. Dos de las abuelas difuntas casi habían sido agradables. Además, no era correcto hablar mal de los muertos. *Dicen que Stratos reutiliza cada átomo que le damos, y que cada pedazo de nosotras va a ayudar una nueva vida.*

Aquel día, tras el primer contacto directo de Maia con la muerte, el solaz en abstracto parecía fuera de lugar.

El estrecho ascensor era sofocante, y se mecía desagradablemente mientras giraban el manubrio. Sus linternas hacían que las paredes de piedra brillaran allí donde se filtraba la humedad de las cocinas de arriba, y los ecos de su respiración entrecortada vibraban como almas atrapadas contra las paredes del pozo. Cuando la caja de madera golpeó el fondo, bajaron aliviadas. En una dirección, depósitos sellados contenían suficiente grano y suministros de emergencia para resistir un asedio. Hilera tras hilera, los estantes contenían barriles y brillantes filas de botellas con tapones de cera.

Con una lista en la mano, Leie se dirigió hacia el vino para coger el de las cosechas que les habían encargado.

Sabiendo que a su hermana no le importaría una breve deserción, Maia recorrió otro pasillo, usando su linterna para iluminar un portal de piedra que rodeaba una puerta de acero reforzado. La piedra circundante era un laberinto de profundos cortes y canales. Algunas incisiones eran retorcidas, otras rectas y lo bastante anchas para insertar una hoja en ellas. Unas cuantas protuberancias se hundían un poquito si empujabas, emitiendo chasquidos que indicaban la existencia de algún mecanismo oculto.

La única vez que preguntó a una Lamai por la puerta, Maia recibió tal sopapo que le zumbaron los oídos. Leie solía fantasear sobre las misteriosas riquezas que había más allá de la puerta, mientras que a Maia le atraía el enigma en sí. Si conseguía bajar papel y lápiz para copiar los trazos, se pasaría horas contemplando combinaciones y códigos secretos. Resolverlo tenía que ser difícil, ya que las Lamai enviaban a las vars a hacer recados a la bodega sin preocuparse de vigilarlas.

Aquel día, cuando terminaron de meter las botellas en el montacargas, Leie se acercó para pasar un brazo sobre los hombros de Maia.

.No dejes que este acertijo te deprima. Tal vez podamos traer un gato hidráulico, pieza a pieza. ¡Bam! Se acabó el misterio.

.No es eso —respondió Maia, sacudiendo abatida la cabeza—.Estaba pensando en esas pobres ancianas, esas abuelas. Las conocíamos. Siempre estaban cerca cuando éramos pequeñas, como el sol y el aire. Ahora están tendidas en la capilla, todas tías y... —Se estremeció. Era la primera vez que asistían a un funeral—.Y todas las otras de la primera fila, parecía como si supieran que pronto sería también su turno.

Las Lamais de pura sangre vivían normalmente veintiocho o veintinueve años stratoianos. Sin embargo, cuando una de ellas moría, toda una «clas». tendía a seguirla en cuestión de semanas. Nadie esperaba que aquél fuera el último funeral de la estación, ni del mes.

.Lo sé —replicó Leie con voz inusitadamente reflexiva—.Yo también me he asustado.

Maia apoyó la cabeza contra la de su hermana, reconfortada por el hecho de saber que alguien comprendía las preguntas que atormentaban su alma.

Mientras subían en el montacargas, Leie intentó aliviar la tensión contando algún cotilleo que le había relatado esa mañana otra var en la ciudad. Parecía que varias hermanas jóvenes del Clan Saxon habían iniciado un alboroto cerca del muelle al acosar a unos marineros hasta que, desesperados, los hombres habían llamado a la Guardia y...

Una bandada de espinosos pájaros pou cruzó la carretera, haciendo que los caballos percherones relincharan y se agitaran hasta que Calma Lerner tiró de las riendas y habló para tranquilizar a las asustadas bestias. Los pájaros desaparecieron entre unos juncos, seguidos por un puñado de zorros pálidos.

Maia parpadeó, conteniendo la respiración durante unos segundos. El flujo del recuerdo le había parecido por unos instantes más vívido que el polvoriento presente. Tal vez el bamboleante asiento de madera le recordaba el chirriar del montacargas. O alguna otra pista subconsciente, un olor, o un destello en el crepúsculo, habían desencadenado aquel inoportuno arrebato de introspección.

Curioso. Ahora que su cadena de pensamientos estaba rota, Maia no podía recordar qué cotilleo había compartido con Leie aquel día, mientras las dos colgaban suspendidas entre la bodega y las cocinas. Sólo recordaba que se había echado a reír, y que se cubrió la boca para que sus carcajadas no resonaran por toda la casa. Después le dolieron los costados durante horas, tanto por la risa como por el esfuerzo de reprimirla, y Leie la imitó, riendo, apenas capaz de sujetar el manubrio. Una botella volcó, se rompió y el líquido rojo se derramó por todo el suelo de madera. El charco escarlata se extendió y se abrió paso entre las planchas de madera para salpicar con fuerza, tras un breve interludio, en la bodega de abajo, tan parecida a una tumba.

.¿Por qué no me dejas en paz?, pensó Maia, quejumbrosa, sacudiendo la cabeza y

luchando contra las lágrimas. Ahora mismo no quería ni necesitaba los recuerdos. La lástima tenía un sabor amargo en su boca y en sus ojos.

Sin embargo, era algo ambiguo. Aunque la pena le dolía, la dulzura del recuerdo de aquella risa parecía bañar una parte más profunda de su persona, recubriendo la herida con un triste placer, un agradecido solaz. Contra su voluntad, Maia descubrió que sonreía débilmente.

.Tal vez todo cuanto tenemos son momentos, pensó, y decidió no resistirse con tanta fuerza si a su mente acudía otro recuerdo alegre.

Calma Lerner no había hablado desde hacía un rato, quizás advirtiendo la melancolía de su pasajera. Por eso, Maia dio un respingo cuando la mujer anunció bruscamente:

—Ya estamos llegando. Casa Jopland. Pasado ese huerto.

Mientras los pensamientos de Maia se volvían hacia dentro y la tarde se desvanecía, una oscura extensión de árboles frutales había aparecido tras un borboteante riachuelo. Miró la plantación, cuya disciplinada disposición de finos troncos creaba pautas cambiantes de filas y huecos. La carreta atravesó un puente de madera, y el bosque cultivado pareció explotar alrededor de Maia en un éxtasis de planeada geometría, un cristalino estudio en madera viviente. La luz cada vez más escasa ampliaba cada ángulo de visión, cambiando la tranquilidad de la distancia por una impresión de infinitud.

Pronto Maia advirtió que los árboles disponían de iluminación propia. Tenues fluctuaciones entre las ramas la hicieron parpadear sorprendida. Al principio parecían adornos, pero entonces advirtió que debían ser escarabajos brillantes que recorrían las columnas e intersecciones del huerto en sus danzas de apareamiento insectoides.

Oleadas titilantes recorrían las avenidas de árboles.

Podían seguirse aquellas ondulaciones, observó Maia, igual que se podían seguir brevemente las armonías paralelas de una fuga en cuatro partes... simplemente dejándose llevar.

.Debe de ser todo un espectáculo más tarde, pensó, deseando poder quedarse y flotar para siempre en aquella galaxia de bolsillo, en aquel enjambre de estrellas en miniatura.

La carretera salió del bosque, dejando detrás el ondulante trazado. En lo alto, la más serena luz de una luna inferior iluminaba un puñado de bonitas granjas entre las que había una casa de dos pisos construida con adobe o tierra reforzada. Un puñado de antenas apuntaba hacia los pocos satélites que aún funcionaban en alta órbita.

—La Casa Jopland —repitió Calma Lerner—. Como es tarde, te alojaran en un granero, supongo. Código de hospitalidad. Pero si tienes problemas, no te preocupes. Sigue el rastro de mis ruedas tres kilómetros hacia el noroeste, gira a la derecha en el sauce grande, continúa otros dos kilómetros más y guíate por el olfato. La gente dice

que puede oler la Casa Lerner mucho antes de llegar allí. Aunque yo misma no lo he notado nunca.

—Gracias. —Maia asintió—. Oh, ¿es fácil que me pase? Que me vea en problemas, quiero decir.

Calma se encogió de hombros.

—Todo el mundo acude a Jopland en busca de una opinión, tarde o temprano. Debes tener cuidado respecto a cómo dices las cosas. Eso es todo.

La carreta pasó junto a una alta puerta abierta en la verja, sin frenar el paso. Maia se bajó y caminó junto a ella unos cuantos metros.

—Gracias por la advertencia, y por traerme.

—No hay de qué. ¡Buena suerte con tu consulta!

La mujer se rió y se despidió con un gesto. Pronto la carreta se perdió de vista, dejando una nube de polvo en el aire.

Había varios carruajes delante de la casa principal. Una mujer joven, probablemente una criada var, llevaba unos caballos al abrevadero..*Esto debe de ser el centro social del condado*, pensó Maia, mientras llamaba a la puerta. No tardó en responder un lúgar alto vestido con un chaleco de rayas amarillas y verdes que había visto mejores tiempos. La criatura de pelo blanco ladeó la cabeza, y un gruñido inquisidor escapó de su hocico.

—Una ciudadana busca sabiduría. —Maia pronunció las palabras con claridad, despacio—. Busco guía de las madres de la Casa Jopland.

El lúgar la miró unos segundos, luego emitió un sonido grave con la garganta. Se volvió, indicando vagamente a Maia que le siguiera.

Aunque las paredes exteriores eran de adobe, el interior de la mansión estaba ricamente decorado con madera chapada, desconocida en aquellos altiplanos. Candelabros de pared proporcionaban una pálida iluminación eléctrica que hacía resaltar un chillón emblema situado sobre la escalera principal: un arado rodeado por haces de trigo..*Al menos no hay estatuas*, pensó Maia.

El lúgar abrió dos pesadas puertas correderas y la acompañó a una habitación más iluminada, presumiblemente el salón principal. Una neblina molesta picoteó los ojos de Maia..*Hombres*, vio sorprendida.

Había una docena, tendidos en unos sofás y cojines gastados y fumando pipas de larga boquilla mientras cuatro criadas jóvenes corrían desde la cocina transportando jarras de cerveza parda. El hombre situado más cerca de la puerta leía en silencio bajo una lámpara. Más allá, otros dos contemplaban en una telepantalla una lejana competición deportiva. En un rincón, unos cuantos jugaban con un Juego de la Vida en miniatura, de sólo un metro de lado, cuya superficie enrejada estaba cubierta de cuadrados negros, blancos o púrpura que chasqueaban y latían bajo la concentrada

mirada de los contendientes, siguiendo misteriosas y siempre cambiantes pautas sobre el tablero. Los demás hombres estaban sentados en silencio, inmersos en sus propios pensamientos. Pocos se habían molestado en cambiarse la ropa de trabajo: uniformes de una pieza rojos, naranjas o negros pertenecientes a las tres cofradías ferroviarias. Maia supuso que todos los hombres que había en cincuenta kilómetros a la redonda debían de encontrarse en la sala aquella noche..*Los clanes empiezan pronto los cortejos de invierno, igual que en casa*, pensó.

Maia había visto bostezar a los hombres dos veces en aquella primera apreciación de la sala. Sin duda la mayoría había soportado un largo día de trabajo antes de ir allí. Con todo, parecían más fastidiados que fatigados.

Parece que he llegado en mal momento.

Todavía no era visible ninguna mujer adulta. Excepto en verano, los hombres generalmente preferían veladas que empezaran con tranquilidad, sin presión. Así que las Jopland elegidas estarían esperando en alguna parte, cambiándose la ropa de faena por atuendos que según los catálogos de venta por correo despertarían esa chispa dormida de deseo masculino. Maia miró a las cuatro criadas que caminaban con cuidado entre sus invitados, tratando de no molestar. Dos de ellas, aunque de diferentes edades, tenían los rasgos idénticos: tez olivácea, de complexión ligera pero con músculos bien desarrollados. Su mayor orgullo era el negro pelo sedoso, que llevaban largo a pesar del constante polvo del valle.

Debían de ser hijas del invierno, decidió Maia, estimando sus edades en cuatro y cinco años. Las otras dos muchachas, mayores y no tan bien vestidas, eran claramente distintas, probablemente empleadas var.

Varios hombres alzaron la cabeza cuando entró Maia. En su mayoría perdieron rápidamente el interés por ella y volvieron a lo que habían estado haciendo, pero un muchacho joven, bien afeitado y más arreglado que los demás, se entretuvo un poco más en su apreciación, e incluso sonrió levemente cuando ella le miró a los ojos. Se agitó en su silla, y Maia sintió un pánico atroz al advertir que estaba a punto de acercarse a hablar con ella. ¿Qué podría decirle si lo hacía?

En ese momento, una corriente de aire indicó a Maia que unas puertas se abrían a su espalda. El joven miró más allá, suspiró, y se hundió de nuevo en su asiento. Con una extraña mezcla de alivio y decepción, Maia se volvió para ver qué había causado tal reacción.

—¿Quién eres, y qué estás haciendo aquí?

El tono imperioso no parecía en absoluto anómalo al proceder de la figura baja y regordeta que se enfrentaba a Maia con los brazos cruzados. Al parecer las Jopland engordaban con la edad, aunque los hombros de la mujer denotaban que su fuerza era considerable incluso a aquellas alturas de su vida. El hermoso tono de piel de las jóvenes se había convertido en cuero, pero el sedoso pelo negro no había cambiado

en absoluto. Ésa era otra de las cosas que tenían las vars. Contrariamente a la gente normal, no sabías con certeza qué aspecto tendrías cuando envejecieras. Maia no estaba segura de no preferir que así fuera.

—Una ciudadana que viene en busca de ayuda —dijo, inclinándose cortésmente ante la Jopland—. He visto vuestro enlace, oh, Madre, y debo pedir ayuda para consultar a las sabias de Caria.

Su intención no fue hablar en voz muy alta, pero sus palabras llamaron la atención. De pronto, la relativa tranquilidad de la sala se convirtió en un silencio total. Un destello de interés apareció bajo los párpados entrecerrados de los hombres más cercanos, para irritación de la matriarca Jopland.

—Oh, ¿eso debes hacer, hija-variante? ¿Supones que tienes algo que decir en lo que las sabias puedan estar interesadas?

—Así es, Madre. Y veo que vuestro sistema es operativo. —Señaló la vieja tele. Por la expresión de la anciana, Maia acababa de darle un motivo más para odiar la máquina, aunque era un accesorio de valor para atraer a los hombres a veladas como aquélla—. Según los antiguos códigos —concluyó Maia—, os pido ayuda para hacer mi llamada.

Un ceño fruncido. La anciana obviamente odiaba que una desarriagada sin estatus le citara los códigos.

—Uf. Has venido en mal momento. —Hubo una pausa—. No estamos obligadas a pagar tus gastos. Espero que puedas cubrirlos.

Cuando Maia echó mano a su bolsa, la vieja susurró:

—¡Aquí no, tonta! ¿No tienes vergüenza?

Maia parpadeó, confundida. ¿Había alguna costumbre Perkinita local que impedía manejar dinero delante de los hombres?

—Perdóname, Madre. —Volvió a hacer una reverencia.

—Mmm. Sígueme. ¡Y tú! —La anciana chasqueó los dedos a una de las criadas var—. ¡El vaso de ese caballero está vacío!

Con una mueca de desdén, se dio la vuelta y precedió a Maia por un estrecho pasillo.

El corredor pasaba frente a una sala en la que Maia vio a varias mujeres jóvenes haciendo preparativos. Las hembras Jopland eran criaturas hermosas en su juventud, concedió Maia, entre los seis y los doce años de edad.

Sobre todo si te gustaban las mandíbulas fuertes y las cejas marcadas. Pero claro, no había manera de explicar los gustos de los hombres, que se volvían cada vez más remilgados a medida que la Estrella Wengel retrocedía y morían las auroras.

Las jóvenes Jopland compartían espejo con una pareja y un trío de clónicas de otras familias; las primeras de pelo rizado, y las otras anchas de hombros y caderas, con pechos lo bastante grandes como para amamantar cuatrillizas. Al parecer,

Jopland compartía los gastos de alojamiento con un par de clanes aliados. Por el entusiasmo que Maia había visto en el salón principal, probablemente tenían que celebrar varias veladas como aquélla sólo para conseguir unos cuantos embarazos de invierno.

Dado el tamaño de la casa, Maia esperaba haber visto a Jopland más fecundas, hasta que se dio cuenta..*Se habla de una caída de la población del valle, justo cuando aumenta en todas partes. Naturalmente. El aumento demográfico de la costa se debe sobre todo al «exces». de nacimientos del verano. Pero estas mujeres son Perkinitas. ¡Mantienen a los hombres apartados en verano para evitar ese tipo de embarazo!* Eso explicaba por qué no había visto a hijas-var, mujeres que se parecieran a medias a sus madres Jopland.

Maia quiso retrasarse, curiosa por ver cómo aquellas mujeres de la frontera conseguían algo que incluso para las atractivas Lamatia resultaba difícil en ocasiones.

—Por aquí —susurró la Jopland anciana, interrumpiendo sus pensamientos.

—Uh, lo siento, señora. —Inclinando la cabeza, Maia corrió tras su reluctant anfitrióna.

La cámara de comunicaciones era poca cosa, apenas una habitacioncita. La consola estándar se hallaba sobre una vieja mesa, y un manojito de cables salía por un agujero en la pared.

Sólo las sillas parecían cómodas, para que las madres las utilizaran durante las llamadas de negocios de largo alcance, pero estaban retiradas y delante de la mesa sólo había un taburete pelado. Con un dedo retorcido, la vieja Jopland accionó un interruptor que hizo que la pantallita cobrara vida con un brillo perlado.

—Llamada de invitada. Cuenta al terminar —le dijo a la máquina, luego se volvió hacia Maia—. Si no puedes cubrir los gastos, trabajarás para cancelar la deuda. Un mes por centenar. ¿De acuerdo?

Maia sintió un ramalazo de furia. La oferta era vergonzosa..*La veraniega más burda de Puerto Sanger es más educada que tú, «Madr»..* Pero claro, educación y estilo no eran lo que hacía falta para conseguir crear un nicho en la pradera. Una vez más, Maia recordó: *una var no es quién para juzgar.*

—De acuerdo —rezongó. La Jopland sonrió.

¡Será mejor que esto no cueste mucho! Trabajar para clones como éstas debe de ser un infierno.

Maia se sentó ante la consola modelo estándar. En alguna parte había oído que era uno de los nueve modelos fotónicos que aún se producían en cadena en viejas fábricas del Continente del Aterrizaje. Otros incluían los motores multiuso empleados en el ferrocarril solar, y en el Juego de la Vida que había visto minutos antes, en el salón principal. Maia nunca había utilizado una consola. Intentó recordar las lecciones de la Sabia Judeth, allá en Lamatia..*Déjame ver... funciona en modo voz,*

así que si formulo mi petición...

Maia advirtió de pronto que no había oído cerrarse la puerta. Al girarse, vio a la matriarca Jopland apoyada contra el marco, cruzada de brazos.

—Apelo al derecho-cortesía de la intimidad —dijo Maia, odiando a la otra mujer por hacerlo necesario.

La anciana sonrió.

—El reloj ya está contando, virgie. Que te diviertas.

Con un chasquido, la puerta se cerró tras ella. .

.¡Maldición! Maia vio ahora el cronómetro en la esquina superior izquierda de la pantalla, contando rápidamente. ¡Ya indicaba un gasto de once créditos! Nerviosa, habló con la máquina.

—Uh, necesito hablar con alguien... ¿Una sabia? ¿O alguien de la Guardia?

Aquello no iba bien.

—¡Oh, sí! ¡De Caria City!

La pantalla, que hasta el momento había permanecido en blanco, mostró por fin una pauta de cajas. *Una disposición lógica*, recordó de las lecciones. En la parte superior, apareció:

DIRECCIÓN ZONA DE PETICIÓN: CARIA CITY

Referencia-tipo genérica buscada

Claves parciales imprecisas: «sabi». y/o «guardi».

Aclaración sugerida: ¿TEMA? _____

Maia advirtió que sería un error intentar formular su pregunta de la manera adecuada. Lo que ahorrara en costes de procedimiento lo perdería en tiempo de conexión. Tal vez, si sólo le *hablaba*, la máquina extraería lo que necesitaba.

—No estoy segura. He visto cosas extrañas, en Lanargh y en Ciudad Barro. Hombres actuando como si fuera verano, pero no lo es, ¿sabes? Creo que deben de haber comido o esnifado algo. Algo que la gente quiere mantener en secreto. Una especie de polvillo azul... En botellas de cristal...

La pantalla fluctuó varias veces, con las cajas, cada una conteniendo una o más de sus palabras, reagrupándose. Una fila de flechas entrelazadas mantenía las conexiones entre las cajas mientras hablaba. Maia trató de concentrarse para no quedar hipnotizada por el deslumbrante rompecabezas.

—... había una muchacha de uno de los clanes de placer, creo que utilizan un emblema con un toro y una campana. Llevaba las botellas como si fuera una especie de correo...

De repente las cajas parecieron desmoronarse, como si sus pensamientos hubieran formado de pronto cubos perfectos que se unían en una configuración de prístina claridad, un todo lógicamente consistente. La imagen duró sólo un instante,

demasiado breve para ser leída conscientemente. Maia sintió una punzada de pérdida cuando se desvaneció.

Un rostro humano sustituyó la pauta: una mujer cuyo pelo castaño, ligeramente ondulado, le caía de lado sujeto por un elegante pasador de oro. Era de mediana edad, atractiva; la mujer observó a Maia un buen rato, luego habló con autoridad.

—Has conectado con Seguridad de Equilibrio Planetario. Declara tu nombre y filiación de nacimiento.

Maia nunca había oído hablar de tal organización. Nerviosa, se identificó. Para propósitos oficiales, las vars usaban el apellido de su clan materno, aunque le pareció extraño pronunciar las palabras.

—Maia por Lamai.

—Muy bien, vuelve a contar tu historia. Desde el principio esta vez, si no te importa.

Maia era dolorosamente consciente de que el coste se había comido ya la mitad de sus exiguos ahorros. .

—Todo comenzó cuando mi hermana y yo empezamos nuestro primer trabajo de viaje, en los cargueros. *Wotan* y *Zeus*. Cuando llegamos a Lanargh vi a un hombre vestido con ropa llamativa, que no era un marinero, bajar a los muelles y reunirse con nuestros marineros, que luego se comportaron de un modo extraño, pellizcándome y diciendo cosas del verano aunque era otoño y yo iba sucia y, bueno, podrían haber olido a cualquiera, verás, sabe, yo sólo soy una...

—Una virgen. Comprendo —dijo la agente—. Continúa.

—De hecho, mi hermana y yo... —Maia deglutió con dificultad, obligándose a concentrarse en los hechos desnudos. ¡El maldito reloj parecía acelerar!—. ¡Vimos actuar a los hombres de esa forma por toda la ciudad! Y luego en Grange Head empecé a trabajar en el ferrocarril y vi que sucedía lo mismo delante de una casa en Holly Lock, una casa dirigida por el mismo clan de placer y Tizbe...

—¡Espera... espera! —La mujer de la pantalla sacudió la cabeza, aturdida—. ¿Por qué hablas tan rápido?

Llena de agonía, Maia vio cómo el contador consumía sus últimos ahorros. Ya estaba condenada a trabajar durante un mes para las Jopland.

—Yo... no puedo permitirme seguir hablando con usted. No sabía que sería tan caro. Lo siento.

Abatida, extendió la mano para cortar la conexión.

—¡Alto! ¿Qué estás haciendo? —La mujer alzó una mano—. Espera... espera un segundo.

Se volvió hacia la izquierda, saliendo del campo de visión de Maia. La var miró la esquina de la pantalla donde el contador siguió corriendo un momento y luego... ¡se paró! Se quedó boquiabierto. Un segundo después, los dígitos se invirtieron,

convirtiéndose en una fila de ceros.

—¿Así está mejor? —preguntó la mujer, que volvió a aparecer en la pantalla—. ¿Puedes hablar más tranquila ahora?

—Yo... no sabía que podía hacer eso.

—¿Tus madres nunca te mencionaron el cobro revertido para hacer llamadas importantes a las autoridades?

Maia sacudió la cabeza.

—Supongo... que pensaron que eso nos volvería derrochadoras, o perezosas.

La mujer policía hizo una mueca.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Bien. ¿Estamos más tranquilas? Volvamos atrás, pues. ¿Cuándo dices que viste por primera vez esa botella de polvo azul?

Al final, Maia advirtió que no tenía gran cosa que ofrecer.

Sus fantasías habían oscilado entre el desastre (que su historia resultara trivial o estúpida) y lo milagroso.

¿Podría ser de esto de lo que hablaba la sabia en la tele, cuando ofreció grandes recompensas a cambio de .información?

La verdad parecía encontrarse a medio camino. La agente, que se identificó como la agente investigadora Foster, prometió a Maia una pequeña pero digna recompensa que llegaría a Grange Head al cabo de catorce días, y le dijo que contara su historia con detalle a una magistrada que estaría allí para entonces. Sus gastos también serían cubiertos, siempre que fueran modestos. La agente Foster no ofreció ninguna explicación a los hechos que Maia había presenciado, pero por su conducta, atenta pero no demasiado interesada, Maia tuvo la impresión de que ésta era una de muchas pistas en un caso que ya estaba en marcha desde hacía tiempo.

.Parecen terriblemente tranquilas al respecto, pensó Maia. Sobre todo si alguien estaba modificando el ciclo sexual de las estaciones. Ya había causado un accidente, ¿y quién sabía qué caos podría producirse si escapaba al control?

La agente le dio su número para que lo utilizara si alguna vez tenía que volver a llamar, y se despidió, dejando en la pantalla algo que Maia no conocía, una petición al Clan Jopland para que proporcionara a su invitada una noche de albergue y una comida, a expensas de la colonia.

Cuando se acercó a la puerta, Maia encontró a la matriarca allí de pie, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has terminado tu consulta, hija? —preguntó ansiosamente.

—Sí. Ya he terminado.

—Bien. Haré que una de las criadas te muestre un jergón en el cobertizo. Por la mañana discutiremos cómo cancelarás tu deuda.

Por primera vez en semanas Maia experimentó una sensación de deleite, de

expectación. A Leie le habría encantado esto.

—Perdona, Reverenda Madre, pero el granero no servirá. Por la mañana, después de un buen desayuno, me alegrará discutir contigo, um, mi transporte de regreso a la ciudad.

La anciana Jopland palideció, luego se sonrojó por la sorpresa. Empujó a Maia a un lado y leyó rápidamente la pantalla, boquiabierta de furia.

—¿Cómo has hecho esto? Te lo advierto, si es algún truco...

—Lysos, no lo creo. Puedes llamar a la Seguridad de Equilibrio Planetario, si quieres verificarlo.

Maia ni siquiera sabía lo que significaban las palabras, pero tuvieron un efecto dramático. La anciana se tambaleó como si la hubieran golpeado.

Sólo con visibles esfuerzos consiguió hablar en un ronco susurro.

—Te llevaré a tu habitación.

En el pasillo, Maia oyó distantes sonidos de música y risas. Al parecer, después de todo, habían conseguido celebrar una fiesta decente. Como var estaba acostumbrada a no ser invitada a tales actos, y no se sorprendió cuando la anciana la condujo en dirección opuesta. Pero resultó un poco preocupante cuando bajaron las escaleras hacia el patio. Dos perros vinieron a ladrar brevemente a Maia antes de perderse tras una brusca orden de su anfitriona.

—No te preocupes, no te llevo al granero. Pero vamos a rodear la casa. No quiero que molestes a nuestros invitados.

A través de las ventanas del frente, Maia oyó risas masculinas. Más lejos, pasaron ante varias habitaciones tenuemente iluminadas de donde surgían roncós y acompasados sonidos que anunciaban inconfundiblemente un momento de pasión..*Bueno*, pensó, sintiendo que se le caldeaban las orejas,.*las Jopland estarán contentas. Parece que esta noche van a recuperar su inversión.* Con suerte, al menos una clon de invierno sería potenciada por el esfuerzo de aquellos trabajadores.

En el extremo del ala sur había varios apartamentos pequeños, cada uno con su propia puerta y su porche de madera. No tenían llave ni cerrojo. La matriarca entró en el último y se alzó de puntillas para enroscar una bombilla desnuda. La iluminación resultante era muy apagada, lo que explicaba por qué no había interruptor. La bombilla nunca se pondría demasiado caliente al contacto. En un rincón, un par de mantas plegadas descansaban sobre un colchón relleno de paja. Maia se encogió de hombros. Había dormido en sitios peores.

—Cuervo para desayunar, o nada —dijo su reacia anfitriona, marchándose sin añadir otra palabra. Maia cerró la puerta y se dispuso a preparar la cama. Encontró una jarra de agua en una mesa y se lavó la cara, tomó un largo sorbo, y extendió la mano para apagar la luz.

Por todas partes, en el extenso complejo, la gente estaba muy ocupada emitiendo fuertes armonías átonas. «La música de la alegría», lo llamaban a veces las poetas. A Maia le parecía mucho más seria.

Naturalmente, había ritmos distintos en cada época del año. En verano eran los hombres quienes buscaban ansiosamente, mientras que las mujeres, escépticas, se dejaban convencer a veces. Eran las pautas de conducta que Maia había conocido toda la vida. El modo de obrar de la naturaleza.

.Bueno, el modo de obrar que Lysos y las Fundadoras eligieron para nosotras, reflexionó Maia, escuchando en la oscuridad..*Es difícil imaginar algún otro.*

Maia había pensado en el sexo; dos compañeros dispuestos que se unen, ya sea por medio del cortejo o tras ser seducidos. Parecía un acto en parte sublime, pero también lleno de todas las ansias húmedas y frenéticas por la vida que se producen por el conocimiento seguro de que todo se perderá. Una fusión dirigida a la eternidad, a decir de algunas.

Como joven virgen, Maia no sentiría aquel arrebato hormonal de deseo hasta el más profundo nadir del invierno, si es que llegaba a sentirlo. Con todo, casi un año antes de partir de Puerto Sanger había empezado a experimentar sensaciones que sin duda estaban relacionadas con eso. Una leve ansia, un vacío. Sospechaba vagamente que el sexo podría tener en parte la función de llenarlo. Sólo una parte.

Suspiros y gemidos entre murmullos. Los sonidos eran fascinantes, aunque Maia se preguntó si no habría algo más que el mero roce, liberación y mezcla de fluidos. Una unión que ampliaba lo que cada parte buscaba por separado.

.¿O soy sólo una ingenua? Era un recelo privado que nunca se había atrevido a compartir, ni siquiera con Leie.

.¿Quieres tener como mascota a un hombre peludo y apestoso?, se habría burlado su gemela. Incluso ahora, Maia no tenía ni idea de lo que deseaba realmente, ni de si sus deseos tendrían alguna relevancia para el mundo.

Duró una hora o dos. Luego las cosas se apaciguaron, permitiendo al viento de la pradera ganar por abandono, al agitar los altos campos de caña situados más allá de la casa y el patio. Con todo, Maia no pudo dormir. Sentía un revuelo interior por todo lo sucedido aquel día. Finalmente, con un suspiro, apartó las mantas, se acercó a la puerta y salió a respirar la noche.

Al haberse criado en el helado norte, no estaba acostumbrada a olores tan fuertes. Sin embargo, identificó rápidamente un aroma penetrante y agradable acompañado de un rumor sordo que emanaba de los barracones abiertos donde los lúgars, aquellas criaturas peludas y obsesivamente agradables, dormían de noche, no importaba cuál fuera la temperatura. Había leído que su fuerte olor era uno de los incontables rasgos programados por las Fundadoras, que dieron a las bestias gran fortaleza física para servir a las mujeres, rompiendo el lazo de dependencia que solía atarlas a los

hombres.

Ciertamente, el olor era menos punzante que el del sudor que desprendían los marineros del *Wotan* cada vez que el duro trabajo los recubría de aquella brillante capa de humedad propia de otra especie. ¿Transpiraban también los hombres mientras hacían el amor? El pensamiento aumentó la ambivalente repulsión-atracción que Maia ya sentía por el tema.

Caminando bajo las estrellas, saludó con una sonrisa a sus amigas Águila y Martillo. Las familiares constelaciones le hicieron un guiño. Impulsivamente, Maia abrió dos bolsas de cuero y sacó el sextante de muñeca. Tras desplegar los brazos alineados, tomó mediciones del horizonte, Ofir, la estrella polar, y el planeta Amaterasu. Ahora, si tuviera un cronómetro decente...

Los perros de algún clan cercano ladraron. Algo aleteó rápidamente a unos pocos metros sobre su cabeza. El viento agitaba los árboles junto al río, donde los escarabajos brillantes seguían enzarzados en su danza nupcial, más persistentemente amorosos que los humanos, lanzando deslumbrantes y extasiadas oleadas al compás.

Extensiones enteras de bosque se iluminaban, luego parpadeaban al unísono.. *Me pregunto si siguen una pauta*, pensó Maia, fascinada por el espectáculo de incontables insectos individuales, cada uno reaccionando sólo a sus vecinos más cercanos, combinándose en un espectáculo en vivo de sorprendente complejidad, como las constelaciones que siempre la habían atraído, o un rompecabezas laberíntico...

Cuando llegaba a la esquina de la casa, la brisa remitió y el silencio se hizo más denso, revelando bruscamente un murmullo de voces.

—... ¿no sabes qué le dijo a las Pessie?

—¡Eso es lo que me da miedo! No tengo ni idea de qué se trataba. Pero pagaron la llamada, así que debe de haber sido algo más que una simple molestia. Ya sabemos por nuestras primas de la costa que hay una agente de policía husmeando. Esto apesta. ¡Nos prometisteis discreción, total discreción!

Los insectos de fuego fueron olvidados. Maia se deslizó entre las sombras y se asomó al porche trasero. Pudo distinguir a la segunda hablante. Era Madre Jopland, o alguna de su misma edad. La otra persona permanecía oculta, pero cuando se echó a reír, Maia sintió un escalofrío de reconocimiento.

—Dudo que llamara a causa de nuestro pequeño secreto. Conozco a la zorra, y apuesto ardillas contra lúgars a que no es ninguna agente. Ésa no era capaz de manejárselas sola en un tren de carga.

.Gracias, Tizbe, pensó Maia con un estremecimiento. De repente las cosas parecieron tener sentido. No era extraño que las Jopland hubieran tenido éxito en su fiesta, tras un comienzo tan malo. Mientras ella hablaba con las autoridades de Caria, Tizbe debía de haber llegado con botellas rebosantes de verano destilado. .

¿Qué no pagarían las Jopland para invertir el lento declive de su población de un modo simple y eficaz? Tanto más las devotas Perkinitas, a las que ni siquiera les gustaban los hombres.

.Estaban planeando renunciar a su regla de destierro en verano. Los concejos del valle iban a construir santuarios, como a lo largo de la costa. Pero con el polvillo de Tizbe no habría ninguna necesidad de comprometer su radical doctrina.

Maia se había preguntado si la droga tendría su lado práctico. Ahora conocía la respuesta.

.Me preocupaban los incidentes de Lanargh, y la colisión del tren en Ciudad Barro. Pero sucedieron porque la gente tonteaba con el material, porque es nuevo. Si se usa con cuidado, para facilitar la chispa del invierno, ¿dónde está el mal? No he oído a ninguno de los hombres de hoy llorar por su miseria.

Naturalmente, el objetivo a largo plazo de las Perkinitas era inalcanzable. Las Perkies estaban locas al soñar con hacer a los hombres tan raros como los árboles jacar, con droga o sin droga. Pero mientras tanto, si encontraban un método a corto plazo para salirse con la suya en aquel valle, ¿qué más daba?

Incluso los clanes conservadores como Lamatia intentaban estimular a sus invitados masculinos durante el invierno, con bebida y espectáculos de luces diseñados para remedar las auroras del verano. ¿Era este polvillo diferente?

Maia estuvo tentada de acercarse y unirse a la conversación, sólo por ver la expresión de Tizbe Beller. Tal vez, después de recuperarse de la sorpresa, Tizbe estaría dispuesta a explicar, de mujer a mujer, por qué se tornaban tantas molestias, o por qué eso debería importar lo más mínimo en Caria City.

La tentación se desvaneció cuando la antigua ayudanta de Maia volvió a hablar.

—No te preocupes por nuestra pequeña informadora var. Yo me encargaré. Todo quedará solucionado mucho antes de que consiga volver a Grange Head.

Una horrible sensación bostezó en el estómago de Maia. Retrocedió hasta la esquina de la casa mientras empezaba a comprender el lío en el que estaba metida.

¡Sangradoras! No conozco a nadie. Leie ha muerto. ¡Y estoy metida en esto hasta el cuello!

Un gran misterio es por qué la reproducción sexual pasó a ser dominante para las formas de vida superiores. Según la teoría de la optimización, debería haber sido al contrario.

Tomemos una hembra lagarto o pez, perfectamente adaptada a su entorno, con la química interna, la agilidad, el camuflaje adecuados... todo lo necesario para estar sana, ser fecunda y tener éxito en su ámbito. A pesar de todo esto, no puede transmitir sus características perfectas. Con el sexo, sus retoños serán una mezcla; sólo obtendrán de ella la mitad de su programa y la otra mitad de sus genes

reestructurados la obtendrán de otra parte.

El sexo inevitablemente estropea la perfección. La partenogénesis habría funcionado mejor... al menos teóricamente.

Se sabe que en entornos simples y estáticos, los lagartos hembra bien adaptados que producen hijas duplicadas tienen ventaja sobre los que emplean el sexo.

Sin embargo, pocos animales complejos recurren a la autoclonación. Y todas esas especies viven en desiertos antiguos y estables, siempre cerca de especies que se relacionan sexualmente.

El sexo ha tenido éxito porque los entornos son rara vez estáticos. El clima, la competencia, los parásitos... todo crea condiciones cambiantes. Lo que es una idea para una generación puede ser fatal para la siguiente. Con la variabilidad, vuestras retoños tienen una posibilidad de lucha. Incluso en tiempos desesperados, una o más de ellas pueden tener lo que hace falta para soportar nuevos desafíos y continuar.

Cada estilo tiene sus ventajas. La clonación ofrece estabilidad y conservación de la excelencia. El sexo da capacidad de adaptación a los tiempos cambiantes. En la naturaleza suele darse una cosa o la otra.

Sólo las criaturas inferiores como los áfidos tienen la opción de cambiar de una a otra.

Hasta ahora, claro. Con las herramientas de la creación en nuestras manos, ¿no daremos posibilidades a nuestras descendientes? ¿Opciones? ¿Lo mejor de ambos mundos?

Equipémoslas para escoger su propio camino entre lo predecible y lo oportuno.

Preparémoslas para tratar con la igualdad y la sorpresa.

Calma tenía razón. Podías llegar a la Casa Lerner guiada sólo por el olfato.

Era una suerte. Maia podía distinguir el norte por la posición de las estrellas, que divisaba a través de las nubes. Pero las direcciones de las brújulas son inútiles cuando no tienes mapa ni conocimiento del territorio. Sólo Iris, la luna más pequeña, iluminaba su camino mientras seguía un gastado sendero a lo largo de la pradera, hasta que una bifurcación la condujo bruscamente a un laberinto de barrancos tallados por las aguas. De esa dirección parecía proceder un olor fuerte y metálico, así que, con el corazón redoblándole en el pecho, siguió adelante.

Tras internarse en el cañón, Maia tuvo al principio que tantear el camino, siguiendo con los dedos una gruesa capa superior de vegetación que pronto dio paso a duras láminas de barro. Maia se encontró bajando por una serie de infernales marcas en el terreno, como si unas garras gigantescas hubieran abierto la piel de Stratos.

Sus pupilas se adaptaron, hendiéndose para conseguir el máximo de luz. Las capas de barro y limo brillaban o resplandecían de modo alternativo o simplemente bebían los rayos de luna que podían alcanzar aquellas profundidades del cañón. Todo dependía, supuso Maia, de qué mezcla de diminutas criaturas marinas hubieran caído al fondo del océano durante las lejanas épocas de sedimentación que crearon aquellas zonas. Pronto incluso las sinuosas bandas dieron paso a dura roca nativa, retorcida y torturada por los movimientos continentales acaecidos antes de que los protohumanos caminaran por la distante Tierra. Las pautas entremezcladas de piedra clara y oscura le recordaron aquellas altas columnas «castill». que había visto en la distancia desde el ferrocarril, restos rocosos de las montañas antaño orgullosas que allí se alzaban, pero que habían sido arrasadas por las tormentas, los ríos y el tiempo.

Tiempo era algo que Maia no creía tener en exceso. ¿Planeaba Tizbe esperar hasta la mañana para tenderle una trampa? ¿O acudiría la joven Beller durante la noche a la habitación que le habían dado a Maia, acompañada por una docena de musculosas Jopland? Después de oír aquellas siniestras palabras en el patio, Maia había decidido no quedarse para averiguarlo.

Escapar de la Casa Jopland fue bastante fácil. Andando con cuidado para no alertar a los perros, se arrastró hasta el arroyo cercano que corría junto al huerto, y luego chapoteó durante un kilómetro en el agua helada con los zapatos atados en torno al cuello, hasta que la mansión quedó completamente fuera de su vista. Luego tuvo que pasar varios minutos frotándose los pies medio helados para recuperar la sensibilidad antes de calzarse de nuevo. Temblando, Maia pasó después una hora abriéndose paso campo a través por varios trigales hasta que por fin encontró la carretera.

Hasta ahí, muy bien. Plantearse su situación era mucho más complicado. Después

de semanas de deprimido aturdimiento, el efecto brusco de toda aquella adrenalina era a la vez mareante y excitante. No podía dejar de comparar su situación con las cintas de aventuras que Lamatia permitía que vieran sus veraniegas durante las estaciones altas, cuando las madres estaban demasiado ocupadas para ser molestadas. O con los libros ilícitos que Leie solía tomar prestados de jóvenes vars de casas más indulgentes. En esas historias, la heroína, normalmente una hermosa muchacha de seis años nacida en el invierno en algún clan en alza, se encontraba atrapada por los terribles planes de alguna casa decadente cuya estabilidad y dinero eran mantenidos por medios subversivos y no gracias a la competencia honesta. Normalmente había un hombre objeto —o un barco entero de marineros decentes de ojos claros— en peligro de ser atrapado por la malvada colmena. El final era siempre igual. Tras ser salvados por la inteligencia y el valor de la heroína, los hombres prometían visitar el pequeño clan virtuoso cada invierno, mientras las madres y hermanas de la heroína así lo quisieran.

La virtud prevalecía sobre la venalidad. Resultaba excitante o romántico en las páginas o en la pantalla. Pero en la vida real Maia no tenía madres ni hermanas a las que acudir. Era una solitaria muchacha de cinco años sin ninguna amiga en el mundo. Estaba claro que Tizbe y sus clientas Jopland podían hacer con ella lo que se les antojase.

.Si me cogen, claro, pensó Maia, mordiéndose los labios para detener los temblores. Apretar los puños también ayudaba. Plantar cara era un buen antídoto contra el miedo.

Uh, oh.

Se detuvo en seco y deglutió con dificultad. El camino serpenteaba a lo largo de un recodo por la parte inferior de la pared del cañón, pero al doblar una esquina se encontró de pronto ante un precipicio. Un desvencijado puente colgante lo salvaba, una mitad sumergida en las sombras y la otra reflejando ante sus ojos adaptados a la oscuridad la tenue luz de la luna.

Debo de haber tomado un desvío equivocado. ¡Calma nunca habría pasado con su carreta por ahí!

Siguiendo su contorno, Maia vio que el puente colgaba sobre una cañada cubierta de montañas de cenizas y hollín, y que se extendía desde una hilera de altas estructuras colmenares situada en el extremo opuesto. Aquí y allá, Maia percibió el rojo fluctuar de los hornos de carbón que se preparaban para la noche.

.Fundiciones de hierro, reconoció con cierto alivio. Así que ésta era la Casa Lerner, después de todo. Calma debía de haber seguido una ruta más lenta por el fondo del cañón. Éste era el camino más directo.

Pasar el crujiente puente colgante tenía que ser aterrador incluso de día. ¿Pero qué otra opción le quedaba?

.Nunca he sido muy buena para estas cosas, pensó, recordando las acampadas con otras veraniegas en la estepa cercana a Puerto Sanger. A Leie y a ella les encantaban las expediciones, y soportaban alegremente las picaduras de los bichos y el frío espantoso. Pero a ninguna de las dos les gustaba mucho cruzar arroyos sobre frágiles leños o piedras resbaladizas.

El puente era muchísimo peor. Tras avanzar con cautela, Maia se agarró a la cuerda guía que se extendía sobre el barranco a la altura de la cintura. Avanzó de asidero en asidero y de tabla en tabla, temiendo escuchar en cualquier momento un grito de persecución a sus espaldas, o el restallar de algún cable al ceder. El extraño silencio aumentaba su incomodidad, recalcando su soledad.

Finalmente, al llegar al otro lado, se apoyó contra una de las columnas de anclaje y dejó escapar un suspiro entrecortado. Desde el promontorio, Maia escrutó el sendero por el que había venido. No había ninguna señal de una partida de búsqueda a gran escala, pues sus luces habrían sido visibles desde una distancia de kilómetros.

.Probablemente lo estás exagerando todo, pensó..*Para ellas eres sólo una estúpida var que ha metido la nariz donde no la llaman. No te dejes ver durante algún tiempo y te olvidarán.*

Tenía sentido. Pero claro, tal vez era demasiado estúpida para saber hasta qué punto estaba metida en líos. Allí de pie, Maia sintió que el viento se volvía más frío. Tenía los dedos entumecidos, casi paralizados, incluso cuando se los soplaban. Tiritando, se frotó las manos y empezó a buscar entre los hornos y almacenes la mansión donde aquella rama del Clan Lerner residía y criaba a sus hijas.

Cuando encontró la casa, tuvo una decepción. Había imaginado a las industriales Lerner levantando una impresionante estructura de arcos de acero alineados con piedra o cristal. Se topó en cambio con una casa de ladrillo de un solo piso, que abarcaba casi un cuarto de hectárea. Sólo unas cuantas ventanas asomaban a un patio delantero cubierto de matojos y basura de todo tipo.

Las ventanas no estaban iluminadas. De no ser por el suave siseo de los hornos (y por el olor), Maia habría pensado que el lugar estaba desierto.

Captó otro sonido. Un sonido débil. Maia se volvió. Cruzó con cuidado el patio hasta que, al doblar una esquina de la casa, se topó con un puñado de estructuras bajas, aún más desvencijadas que la «mansión».. De cada una sobresalía una pequeña chimenea con una fina columna de humo..*Casas para las empleadas*, supuso.

Una de aquellas casas, apartada del resto, parecía diferente. La tenue luz que surgía de la ventana iluminaba un senderito de grava... y un pequeño y cuidado lecho de flores. Al acercarse, Maia distinguió una suave música en el interior. También olió los aromas de la cocina.

Para cuando llegó a la puerta, temblaba demasiado de frío para temer alzar la mano y llamar.

Desde que habían empezado a trabajar en la fundición, hacía un mes escaso, Thalla y Kiel habían transformado la pequeña cabaña emplazada en el extremo del complejo de las trabajadoras.

—Renunciaréis a esa tontería muy pronto —les habían dicho las otras empleadas. Pero las dos jóvenes dedicaban fielmente una hora cada día, incluso después de los largos y agotadores turnos en los hornos, a atender su jardín y a poner en orden su vieja casa.

Fue la alta y fornida Thalla la que abrió la puerta aquella noche, gimió de preocupación y atrajo a Maia al interior, donde la cubrió con una manta y le sirvió una humeante taza de té junto a la chimenea. Kiel, con su tez casi completamente negra y sus chispeantes ojos claros, fue la que acudió a las madres del Clan Lerner a la mañana siguiente, y poco después regresó con la noticia de que Maia podía quedarse.

Naturalmente, tendría que trabajar.

—Empezarás por el montón de desperdicios —anunció Kiel la mañana siguiente a la huida de Maia de la Casa Jopland—. Luego pasarás una semana aprendiendo a dar paletadas con el resto de nosotras. Calma Lerner dice que si después sigues por aquí, te propondrá un aprendizaje después de horas en el laboratorio de mezclas.

La mujer negra se rió desdeñosa.

—Un aprendizaje. ¡Ésa sí que es buena!

Trabajar para un clan de fundidoras no era el camino en la vida que Maia habría escogido. Pero como no disponía de ninguna brillante estrategia para llegar a Grange Head sin toparse con el grupo de Tizbe, o con las Joplands, tendría que contentarse. De todas formas, era un trabajo honorable.

—¿Qué tiene de malo un aprendizaje? —preguntó a la otra muchacha—. Pensaba...

—Pensabas que era un peldaño más en la escalera, claro. —Kiel agitó una mano callosa—. Tal vez en una ciudad de moda, donde puedas contratar a una clónica de alguna colmena de abogadas para que examine tu contrato.

¿Pero aquí? Supongo que no sabes qué significa «después de hora». en la Casa Lerner, ¿me equivoco?

Maia sacudió la cabeza.

—Significa que no cobras salario por el tiempo de aprendizaje, ni tienes puntos de alojamiento. De hecho, *pagas* por el privilegio de hacer trabajos extra en su laboratorio. ¡Te cobran por las lecciones!

—No hay forma más rápida de caer en una trampa deudora —coincidió Thalla—. Excepto el juego.

Las trampas deudoras eran algo de lo que Thalla y Kiel hablaban constantemente,

como si temieran caer en malos hábitos si alguna vez pasaban por alto el tema. Sólo la vigilancia constante y la frugalidad les permitirían prevalecer. Además de atender el jardín y barrer el suelo, las dos jóvenes seguían el ritual de contar sus varas de dinero cada noche.

—Es posible progresar, incluso después de descontar la comida y el albergue —dijo Thalla la segunda noche, mientras ayudaba a Maia a atender torpemente su piel chamuscada por cenizas calientes. Los pesados petos de cuero y las gafas la habían salvado de recibir quemaduras de consideración, pero llevar todo aquel blindaje hacía aún más agotador el trabajo de arrastrar los pesados carros rebosantes de materiales fundidos. Era aún más duro que trabajar en los barcos, pues requería la fuerza de un hombre, la paciencia de un lúgar, y la disciplinada diligencia de una clon nacida en invierno. Sin embargo, en los hornos sólo se contrataba a las vars. Únicamente las vars necesitadas de trabajo soportarían aquel infierno artificial en miniatura.

—¿No lo exige la ley? —preguntó Maia, hundiendo un paño en una palangana de agua racionada—. Creía que las jefas tenían que pagarte lo suficiente para que pudieras ahorrar.

Thalla se encogió de hombros.

—Claro que es la ley, transmitida desde los tiempos de Lysos...

Maia estuvo a punto de alzar la mano ante la mención del nombre de la Primera Madre, pero se detuvo antes de trazar el signo circular. De algún modo, no le parecía que Kiel y Thalla fueran religiosas.

—Pero estamos cerca del límite —continuó la fornida mujer—. Compra unas cuantas comodidades en la tienda de la compañía. Pierde unos pocos créditos jugando... verás cómo te va. ¡Te cubrirás de deudas y no escaparás hasta el Día de la Amnistía, a finales de primavera! ¿Y entonces adónde irás? Yo no pienso quedarme aquí más allá de mi séptimo cumpleaños. Tengo cosas que hacer, ¿sabes?

Maia se abstuvo de señalar que, a pesar de su dedicación, Thalla y Kiel gastaban dinero en algo más que en necesidades básicas. Tenían una pequeña radio, y pagaban a la Casa Lerner la electricidad necesaria para poder escucharla, a veces hasta altas horas de la noche. Compraban semillas de flores y verduras para el jardín.

Pero claro, puede que fueran realmente necesidades. A medida que se adaptaba a la rutina del trabajo en la fábrica, Maia llegó a ver que aquellos restos de civilización, débiles como eran, constituían la diferencia crucial entre mantener la dirección y perder el rumbo para acabar sumida en la interminable semivida que parecía ser el destino de otras empleadas var. Oh, las vars trabajaban duro. En sus ratos de ocio, se reían y cantaban y depositaban considerables energías en sus juegos de azar. Pero no iban a ninguna parte. Tenían la prueba en el valle próximo, a sotavento y fuera de la vista de la factoría, donde se encontraban las guarderías y zonas de recreo. Las niñas, nacidas tanto en invierno como en verano, se alojaban e iban al colegio allí. Cada una

de ellas había nacido de una madre Lerner. Ningún vientre var había florecido allí desde hacía tanto que nadie podía recordado.

También Maia empezó a contar sus créditos cada noche. Algunos los destinaba a comprar ropa de trabajo de segunda mano, una barra de jabón, y a cubrir otras necesidades. Cuando llegó la factura de la electricidad semanal, Maia pagó un tercio. Eso le dejó muy poco. Contra todos los pronósticos, Maia descubrió que sentía añoranza del mar.

.La mujer policía me prometió una recompensa si me presentaba en Grange Head, reflexionó tristemente.

Incluso una modesta recompensa por testificar sería tanto como lo que ganara trabajando duramente aquí..*Ha pasado casi una semana. Podrías averiguar si es seguro hacer un movimiento.*

Sus compañeras supusieron rápidamente que Maia huía de algún problema serio. Aunque no la presionaron y ella se abstuvo de entrar en detalles, Maia corrió el riesgo y les dijo a las dos mujeres que sus perseguidoras eran las madres del Clan Jopland. Con ello pareció ganarse la consideración de Kiel y Thalla. La primera se ofreció a comprobar el estado de la situación el próximo Día de Asueto, cuando la carreta de suministros llegara a la ciudad. Si no venía demasiado cargada, las empleadas var fuera de servicio podían dar un paseo a cambio de pagar una pequeña tarifa. Kiel tenía compras que hacer, de todas formas.

—Echaré un vistazo por ti, virgie, y veré si la costa está despejada.

—Me gustaría que nos contaras qué les hiciste a esas brujas —dijo a su regreso la mujer oscura, mientras soltaba las compras sobre la mesa y se volvía hacia Maia, los ojos abiertos como platos—. Parece que has cabreado en serio a esas Perkies. A la hora del tren vi a dos Joplans merodeando por la estación, tan sutiles como un arado, fingiendo esperar a alguien mientras comprobaban a cada var que iba o venía. Vi a otra pareja a caballo, patrullando la carretera. Todavía te están buscando, pequeña vestal.

Maia suspiró. La idea de una huida rápida quedaba descartada..*Toma nota. La próxima vez que te las veas con alguien más poderoso que tú, escoge un lugar con más de una salida trasera.* Holly Lock estaba tan lejos en mitad de ninguna parte como podría haber imaginado, y el ferrocarril era la única salida rápida del valle. Ni siquiera robar un caballo serviría de nada. Los relinchos y huellas delatarían su posición mucho antes de que se acercara a las montañas de la costa, mucho menos a Grange Head.

—Supongo que hiciste la elección inteligente después de todo —sugirió Thalla—. Al dirigirte tierra adentro en vez de intentar llegar a la costa. El último lugar en el que buscarán es en la apestosa Casa Lerner.

Aparentemente. O tal vez a las perseguidoras de Maia no les hacía falta

comprobar cada choza y granja. Todo lo que tenían que hacer era vigilar todas las salidas, y esperar.

—¿Hacían preguntas? ¿Daban mi descripción? —le preguntó a Kiel, quien se encogió de hombros.

—Venga, ¿qué var delataría a otra var a una Perkinita? Saben que es una tontería preguntarlo.

Eso le pareció un poco simple a Maia. El antagonismo entre clones y veraniegas era profundo en Valle Largo.

Pero no tenía mucha fe en la solidaridad var. Era más que probable que las otras trabajadoras Lerner la vendieran por una recompensa lo bastante grande. Por fortuna, sólo Thalla y Kiel parecían haber reparado en su existencia.

La renovada tendencia de antipatía Jopland era su principal esperanza. Más el hecho de que las Lerner no fueran Perkinitas, y se mantuvieran tradicionalmente apartadas de la política local.

.Veremos si sigo en candelero dentro de una semana o así. Si el interés por mí decae, podría intentar hacer el trayecto por etapas, viajando de noche y haciendo de camino trabajos esporádicos a cambio de comida...

Maia lamentaba profundamente la pérdida de su bolsa, que había dejado en la estación de Holly Lock. El petate contenía sus últimos recuerdos de Leie. Pensar en su pérdida hacía que se sintiera aún más triste y solitaria.

Al menos tenía dos nuevas amigas. No podían sustituir a Leie, pero el amistoso calor que le demostraban Thalla y Kiel era el principal motivo por el que Maia se sentía reacia a marcharse. El trabajo era duro y la casita poco más que una choza, pero se le antojaba lo más parecido a un «hoga». que había tenido desde que dejara su habitación en el ático de Puerto Sanger, siglos atrás.

Pasaron los días. El ritmo de los hornos, el hedor del lignito marrón local, el rumor de los transportadores de metal... incluso el calor, dejaron de molestarle tanto. El día fijado para su cita en Grange Head llegó y pasó, pero Maia no creía que la magistrada la echara mucho en falta. Le había dicho a la agente de Caria todo lo que sabía.

Había cumplido con su deber.

Además, escuchando hablar a Kiel y Thalla cada noche, Maia empezó a hacerse preguntas. ¿Qué le debía ella a una estructura de poder que ofrecía tan poco a las vars como ella mientras otras mujeres florecían simplemente a causa de un quiebro de la fortuna en el momento de nacer? Sus compañeras no parecían considerar una herejía cuestionar el funcionamiento de las cosas. Era un tema de conversación frecuente.

A veces, por la noche, sintonizaban una extraña emisora de radio para captar voces débiles que reflejaban agudos tonos magnéticos.

.Nadie puede contar con la justicia de las corruptas agentes de Caria City, que

son compradas y vendidas por los grandes clanes-colmena del Continente del Aterrizaje. Las propias clases oprimidas son las que tienen que alzarse y cambiar las cosas...

Maia sospechaba que la emisora era ilegal. Las palabras eran hostiles, incluso de rebeldía, pero para Maia, lo más sorprendente fue su propia reacción. No se escandalizó en absoluto. Se volvió hacia Kiel y le preguntó si con lo de las «clases oprimida». se referían a las veraniegas como ellas.

—Claro que sí, virgie. Hoy en día, con todos los nichos cubiertos por un clan u otro, ¿qué posibilidad tienen las pobres vars como nosotras de iniciar algo propio? La única forma de cambiar las cosas es uniéndonos y cambiándolas nosotras mismas.

—La voz de la radio repitió esos mismos sentimientos.

... Las herramientas empleadas para la represión son muchas. Hemos visto fomentar una tradición de apatía, de manera que el resultado de las noclónicas en las elecciones del Continente Oriental apenas llegó al siete por ciento el año pasado, a pesar de los intensos esfuerzos del Partido Radical y la Sociedad de Semillas Dispersas...

Así era como la Sabia Claire solía llamar a las niñas var que la Casa Lamatia expulsaba cada otoño. *Semillas dispersas*. En teoría, se suponía que las veraniegas debían buscar y al final encontrar esa ocupación especial para la que eran buenas por naturaleza, y luego echar raíces y florecer. Sin embargo, muchas acababan en un callejón sin salida, tomando los votos y refugiándose en la Iglesia, o trabajando como las empleadas Lerner, a cambio de habitación, comida y las suficientes varas de monedas para costearse unos cuantos placeres baratos.

Maia pensó en todo lo que había visto desde su partida de Puerto Sanger.

—Algunas dicen que últimamente ha habido un montón más de nacimientos de verano. Por eso somos tantas.

—¡Propaganda de mierda! —escupió Thalla—. Siempre se quejan de que hay demasiadas vars para abrir nichos.

Pero es sólo una excusa para pagar poco. Aunque consigas un trabajo, no hay seguridad. Y normalmente se trata de trabajos que no son mejores que los adecuados para los hombres.

Eso respondía a la siguiente pregunta de Maia: si los varones entraban también en la categoría de «masas oprimida».. Pero Kiel tenía razón. Ciertamente, las Lerner eran buenas en lo que hacían. En los hornos y fraguas siempre parecían saber dónde surgiría el siguiente problema, y ver a una Lerner trabajar el metal era como ver a una artista en acción. Con todo, ¿les daba eso derecho a monopolizar aquel tipo de empresa dondequiera que las pequeñas fundiciones tuvieran validez económica?

—Las Perkinitas son las peores —murmuró Thalla—. Preferirían no tener veraniegas. Volverían a abrir los laboratorios genéticos si pudieran. Arreglarían las

cosas para que sólo hubiera mocosas de invierno. Nada más que clónicas, todo el tiempo.

Maia sacudió la cabeza.

—Tal vez se salgan con la suya sin tener que reabrir los laboratorios.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron las dos jóvenes. Alzando rápidamente la cabeza, Maia comprendió que casi había dejado escapar el secreto.

.¿Qué secreto?, reflexionó..*La agente nunca me dijo exactamente que no hablara. Además, Thalla y Kiel son de mi clase, no como una lejana policía clónica.*

—Um —empezó a decir, bajando la voz—. ¿Sabéis qué problema tuve en la Casa Jopland?

—¿El lío del que no quieres hablar? — Thalla se inclinó hacia delante ansiosamente—. He estado sumando dos y dos y tengo una teoría. ¡Mi suposición es que intentaste colarte en esa fiesta que celebraron hace un par de semanas, para conseguirte un hombre sin pagar!

Thalla se echó a reír hasta que Kiel le tiró del brazo y la hizo callar.

—Continúa, Maia. Cuéntanoslo si te sientes dispuesta.

Maia inspiró profundamente.

—Bueno, parece que al menos algunas Perkinitas han encontrado un medio para conseguir lo que quieren...

Contó toda la historia, sintiendo una creciente satisfacción a medida que los ojos de sus compañeras se iban abriendo como platos con cada revelación. La habían catalogado como una jovencita dulce e indefensa a la que había que dispensar protección fraternal, no como una aventurera que ya había experimentado más excitación y peripecias que la mayoría en toda su vida. Cuando terminó, las dos mujeres se miraron mutuamente.

—¿Crees que deberíamos...? —empezó a decir Thalla.

Kiel sacudió la cabeza, cortante.

—Tal vez. Hablaremos de ello mañana. Ya es tarde. Las muchachas de cinco años deben estar en la cama; no importa que hayas resultado ser una pirata nata. —Kiel acarició amistosamente el pelo corto de Maia, con un nuevo respeto—. Vámonos todas a dormir —concluyó, y extendió la mano para desconectar la radio.

Cuando la luz se apagó y las tres se acostaron en sus respectivos jergones, Maia permaneció inmóvil durante un buen rato, pensando.

¿Yo? ¿Una pirata nata?

Y sin embargo, ¿por qué no? Con sus tiernos músculos cada vez más tensos y menos doloridos, Maia se volvía más fuerte de lo que jamás había creído posible. ¿Y ahora, escuchando emisoras de radio rebeldes?

¿Compartiendo asuntos policiales con vars radicales y sin hogar?

.¿Y a continuación qué?, se preguntó..*¡Si Leie pudiera verme ahora...!*

De repente, toda su dureza recién hallada no fue suficiente contra la pena. Maia tuvo que contenerse para no sollozar en voz alta..*Maldición*, pensó..*Maldito sea todo en el infierno patarkal*. Parecía que la amabilidad de sus compañeras sólo la volvía más vulnerable, al suavizar el aturdimiento en que se había envuelto desde que dejara el templo de Grange Head..*Tal vez estaría mejor sola, después de todo*.

Desde las casitas vecinas podía oírse el tintineo de los dados y las roncadas risotadas, incluso algún fragmento de canción. Pero dentro de la cabaña todo permaneció en silencio hasta que Thalla empezó a roncar. Poco después, Maia oyó levantarse a Kiel. Aunque mantuvo los ojos cerrados, se sintió extrañamente segura de que la otra mujer la observaba. Luego, cuando Kiel hubo salido al exterior, la puerta se cerró. Medio dormida, Maia supuso que la oscura muchacha había ido al excusado, pero por la mañana no había regresado todavía.

Thalla no pareció preocupada.

—Negocios en la ciudad —explicó tranquilamente—. La carreta del Día de Asueto irá cargada de hierro forjado, así que no habrá pasajeros, pero tenemos que cuidar un par de inversiones. Hay lugares en los que invertimos nuestro dinero para que no se evapore aquí. Esas cosas pasan, ¿sabes? Las varas de monedas desaparecen. Si yo fuera tú, no dejaría las mías bajo la almohada.

Maia parpadeó, preguntándose cómo lo sabía Thalla. ¿Había mirado? Reprimiendo la urgencia de correr al camastro y comprobar sus exiguas ganancias, Maia también tomó nota de lo hábilmente que la otra var había conseguido cambiar de tema..*No es asunto mío, supongo*, pensó con una mueca.

El trabajo continuó al mismo ritmo firme y aturdidor.

En su decimoctavo día en la Casa Lerner, Maia y otras muchas trabajadoras fueron asignadas a tirar de vagonetas llenas de hierro preprocesado de una mina situada a tres kilómetros de distancia, atendida por completo por un clan de mujeres albinas cuya palidez natural se había oscurecido por el óxido que les manchaba la piel.

Al día siguiente, llegó una caravana de enormes llamas de carga que traía carbón vegetal para refinar el mineral. Altas mujeres de ojos rasgados se ocupaban de las bestias, pero no participaron en la descarga, pues al parecer el trabajo no estaba a su altura. Maia se unió al grupo de vars que transportaban saco tras saco de negros carbones a un cobertizo situado junto a los hornos, mientras una Lerner mayor pagaba a las transportistas con metal recién forjado. Al cabo de unas horas la caravana volvió a ponerse en marcha. Su viaje las llevaría más allá de las tres lejanas columnas de piedra que daban su carácter al horizonte nororiental, y continuaría hacia picos apenas visibles donde otro clan llenaba un nicho pequeño pero activo: talar árboles y convertirlos en carbón. Era una economía rústica y sencilla. Pero

funcionaba, sin espacio para las recién llegadas.

Después, mientras se limpiaba las capas de suciedad, Maia soportó pacientemente otra de las visitas diarias de Calma Lerner. La mujer pasaba a verla cada noche, justo antes de la cena, con una obstinación que Maia empezaba a respetar. No aceptaba un no como respuesta.

—Mira, noto que tienes una buena educación para ser una hija del verano. Reconozco que procedes de un linaje de madre con clase. Deberías hacer algo con tu vida, de verdad que sí.

.Eso planeo, respondió Maia mentalmente..*Planeo salir corriendo, no andando, de este valle, en cuanto hacerlo sea seguro, y nunca más volver a poner un pie cerca de un pedazo de carbón, ¡jamás!*

Pero Calma era bastante agradable, y Maia no quería ofenderla.

—Estoy ahorrando para continuar mi camino —explicó.

La Lerner sacudió la cabeza.

—Creía que habías venido por lo que hablamos ese día en la carreta. Ya sabes, para estudiar metalurgia. Si no es para eso, ¿por qué estás aquí?

Maia no quería favorecer aquella línea de interrogatorio. Hasta ahora no había habido ningún signo de que Tizbe o las Jopland la buscaran allí. Debían de haber supuesto que se había dirigido hacia el oeste, hacia el mar.

Pero las preguntas de Calma, o incluso cualquier comentario banal, podrían cambiar eso.

—Um. Mira, tal vez me piense lo del aprendizaje. Es que no estoy segura de los acuerdos, eso es todo.

La expresión de Calma se transformó y Maia casi pudo leer los pensamientos de la otra mujer.

.¡Ajá! La pequeña se hace de rogar esperando conseguir un trato mejor. Tal vez pueda rebajar un poco la tarifa de las lecciones. ¿A cambio de qué? ¿Un contrato trimestral?

—Bueno —dijo la mujer mayor en voz alta—. Podemos hablar de eso cuando estés dispuesta a hacerlo.

Lo que Maia tradujo inmediatamente por: *Que trabaje como una esclava otra semana más en la fragua. Para entonces aceptará si cedemos en un punto o dos.*

De hecho, la cara de Calma era tan fácil de leer que Maia creyó entender por qué una familia con tanto talento nunca había conseguido gran cosa en el mundo del comercio..*Tal vez deberían asociarse con un clan de negocios.*

Pero algunas familias no podían trabajar con grupos ajenos; sobre todo a lo largo de generaciones, que era lo que duraban muchas alianzas entre clanes.

Aunque Maia archivó esta reflexión para referencias futuras, ya no lo hizo con la idea de compartir tales hallazgos. La pérdida de Leie aún formaba una cavidad en su

interior, pero el dolor se amortiguaba con cada día que pasaba. A través de él, había empezado a ver los contornos de su futuro, despojados de los sueños henchidos de la infancia.

Si era astuta y obstinada, podría conseguir ser como Kiel y Thalla; ahorrando lentamente y esforzándose, no para conseguir un nicho fabuloso, o algo tan grandioso como establecer su propio clan, sino para encontrar una pequeña grieta en el muro de la sociedad stratoiana. Un lugar donde vivir cómodamente, con un poco de seguridad..*Podría irte peor. Has visto a gente que lo tiene mucho peor.*

Para pasar la segunda y tercera noches en que Kiel estuvo fuera, Thalla puso a Maia al corriente de las extrañas costumbres practicadas en los puertos de las islas del Sur.

La fornida joven pareció igualmente sorprendida cuando Maia describió los hábitos mundanos de la vida en Puerto Sanger, que ella misma había considerado normales durante tanto tiempo. Luego escucharon un rato la radio (una emisora musical, no comentarios políticos), hasta que llegó la hora de dormir.

.Tal vez a su regreso Kiel diga que la costa está despejada, pensó Maia mientras se quedaba dormida. No se sentía atada en absoluto a la Casa Lerner, ¿pero podría separarse de sus nuevas amigas? Por bien de su camaradería, se sentía tentada a quedarse.

El trabajo, y la recuperación tras el trabajo, ocuparon casi todo el día siguiente, desde el amanecer hasta el ocaso. La comida consistió en un oloroso guiso de lentejas con cebollas y especias, una cena que, Maia estaba segura, Thalla había preparado esperando el regreso de Kiel. Pero la mujer oscura no apareció. Thalla se echó a reír cuando Maia expresó su preocupación. .

—Oh, tenemos planes, ya sabes. A veces está fuera una semana o más. Las Lerner tienen que soportarlo porque nadie es mejor que Kiel manejando las láminas de acero. No te preocupes, virgie. Volverá dentro de poco.

.Muy bien, no me preocuparé. Fue sorprendentemente fácil conseguirlo. En unas cuantas semanas, Maia había aprendido el truco de dejarlo estar y vivir de día en día. Ni siquiera las sacerdotisas del templo habían podido enseñarle eso..*El agotamiento físico, admitió., es un buen instructor.*

Esa noche Maia cogió su pequeña lámpara de aceite y salió a visitar el excusado antes de irse a la cama. Como medida para proteger su intimidad, se había acostumbrado a esperar a que todas las demás vars terminaran. De camino al barracón exterior, le gustaba contemplar las estrellas, que empezaban a mostrar claramente las constelaciones de invierno. Stratos frenaba en su larga elipse exterior, aunque para el verdadero comienzo de la estación fría faltaban todavía varias semanas.

Al doblar una esquina entre las casitas de las trabajadoras, Maia vio a alguien

apoyado en la puerta del barracón, de espaldas a ella..*Oh, bueno, pensó..Todo el mundo tiene que esperar su turno.*

Se acercó y soltó la lámpara.

—¿Llevan ahí mucho tiempo? —preguntó a la mujer que esperaba antes que ella. Ésta sacudió la cabeza.

—Dentro no hay nadie.

—Pero entonces, ¿por qué estás...?

Maia se detuvo. Algo iba mal. Aquella voz...

—¿Por qué estoy esperando? —La mujer se volvió—. Pues te espero a ti, por supuesto, mi joven entrometida.

Maia jadeó.

—¡Tizbe!

La invernala del clan de placer sonrió y le hizo un ligero saludo con la mano.

—Ni más ni menos que tu leal ayudanta en persona. Me pareció que era hora de que tú y yo tuviéramos una conversación.,*jefa.*

A pesar de su acelerado corazón, Maia se sintió orgullosa de que la voz no le temblara.

—Habla —dijo, extendiendo las manos—. Elige un tema. El que tú quieras.

Tizbe sacudió la cabeza.

—Aquí no. Tengo pensado otro lugar.

—Muy bien. ¿Dónde...?

Maia se detuvo de pronto al notar movimiento. Giró justo a tiempo de ver a varias mujeres idénticas vestidas de negro que se abalanzaban sobre ella sosteniendo pañuelos humeantes.

.Joplands, reconoció Maia un instante antes de que la agarraran. Noto que las mujeres se sorprendían de su fuerza. Pero las granjeras eran aún más fuertes. Mientras se debatía, Maia consiguió esquivar los pañuelos empapados el tiempo suficiente para ver otra figura más, que esperaba a corta distancia.

Calma Lerner observaba con los labios apretados cómo Maia caía al suelo y le cubrían la nariz y la boca. Un tejido negro le impidió la visión. Un aroma dulce y pegajoso la asfixió, invadiendo su cerebro y sofocando todos sus pensamientos.

Despertó a través de una bruma anestésica para ver las estrellas revoloteando como escarabajos brillantes en el cielo, y recordó aturdida que las estrellas no se comportaban de esa forma. En su delirio, se le ocurrió sólo vagamente que esto podría ser una cuestión de percepción. Resultaba difícil concentrarse mientras estaba tendida en posición supina, atada al fondo de una carreta tirada por caballos.

A lo largo de toda aquella noche, Maia fue saliendo y cayendo en un sueño drogado con intervalos en los que alguien le levantaba la cabeza para suministrarle

desde un paño gotas de agua en la boca reseca. Sorbía aquel paño como un bebé recién nacido, como si ese reflejo primario fuera lo único que le quedara. Los sueños asaltaron a Maia con recuerdos capturados al azar, distorsionados, y vueltos a la vida con adornos procurados por su subconsciente libre.

Tenía poco más de tres años stratoianos... nueve o diez según el antiguo calendario. Era el Día del Solsticio de Invierno y las veraniegas de Lamatia habían comido y habían sido enviadas a sus habitaciones para que se quedaran en ellas hasta que el gong las llamara para la cena. Pero las gemelas habían estado haciendo planes.

Maia y Leie sabían que al mediodía todas las Lamai puras estarían en el gran salón para participar en la Ceremonia de Iniciación. Durante semanas, la clase de Lamais de seis años se había estado preguntando excitada cuál de ellas recibiría la maduración, y cuál tendría que esperar otro invierno, quizá dos. Entre las clones, que se distinguían en poco, la que conseguía concebir durante su primer solsticio maduro tenía ventaja sobre sus iguales y subía de categoría a medida que su generación maduraba, quizás incluso hasta jugar un papel predominante en la dirección del clan.

Maia y Leie no querían en modo alguno perderse la Ceremonia, a pesar de que las reglas prohibían los ritos a las simples mediohijas. Habían pasado muchas horas furtivas explorando qué ruta seguir: primero había que salir por la ventana de su cuarto, luego sortear una viga maestra y deslizarse por un canalillo, bajar por una pared adornada con refuerzos, atravesar una ventana para llegar a un ático, y bajar por una escalera de cuerda que habían colgado previamente en el interior de una chimenea cegada y abandonada...

En el sueño de Maia, cada fase de la aventura parecía tan real e inmediata como lo fuera para su yo más joven.

La posibilidad de caer y matarse era aterradora, pero menos terrible que la idea de ser capturada. La captura y el castigo eran, a su vez, impedimentos irrisorios en comparación con la espectral posibilidad de que Leie y ella pudieran *no ver*.

Llegar a su puesto de observación fue la parte más peligrosa. Significaba arrastrarse por la empinada cúpula del gran salón, cuyos arcos de hormigón reforzado mantenían en su sitio las vidrieras de colores. Arrastrándose por el borde para no proyectar sombras en el salón, Maia y su hermana reunieron por fin el valor necesario para asomar la cabeza por una sección de la ventana, desde donde vieron por primera vez la ceremonia que se desarrollaba abajo.

El interior era una confusión de luz y sombras. El tejado de cristal dejaba entrar la luz del día invernal en la cámara, transformada en un brillante simulacro de las noches de verano. Unos paneles de colores proyectaban hábiles imitaciones de las auroras sobre las paredes de debajo, mientras que otros resplandecían tan dorados como la Estrella Wengel, cuando la pequeña y menos brillante compañera del sol brillaba alto en el cielo de verano.

Una hoguera ardía en un rincón de la sala, desprendiendo un calor que las gemelas podían notar desde fuera. Las llamas estaban teñidas con aditivos garantizados para simular el espectro de las luces del norte.

Era un espectáculo por el que merecía la pena correr todos los riesgos que las habían llevado allí. Ni Leie ni Maia habrían tenido el valor de ir solas.

Sin embargo, tardaron un rato en sofocar el temeroso convencimiento de que alguien iba a mirar hacia arriba.

Las muchachas pasaron más tiempo riéndose y dándose codazos que mirando a través de las lentes bruñidas.

Finalmente, advirtieron que nadie estaba interesado en el techo en un momento como aquél.

Las bailarinas trazaban pautas ondulantes mientras danzaban ante el dosel central, agitando livianos vestidos que también imitaban exposiciones iónicas. El grupo procedía del Clan Oosterwyck, famoso por su belleza y sensualidad. Su promedio de éxitos era legendario y sólo los clanes ricos podían permitirse contratar sus servicios en esa época del año.

De los incensarios emanaban espirales de humo, cuyo aroma debía de estimular las feromonas que más excitaban a los machos. Tras una cortina, unas siluetas revelaban la presencia de las madres y las hermanas plenas de la Casa Lamatia, que observaban discretamente desde fuera para no molestar a sus invitados.

Maia dio un codazo a Leie y señaló:

—¡Allí! —susurró, aunque no hacía falta. Puesto que la música sólo les llegaba como un leve murmullo, era altamente improbable que nada de lo que dijese pudiera ser oído abajo.

Leie se volvió para mirar en la dirección que su hermana indicaba.

—Sí, es el capitán de la Cofradía del Pingüino, y esos dos marineros jóvenes. Exactamente los que predije.

¡Paga!

—¡No llegué a apostar! Todo el mundo sabe que la Cofradía del Pingüino está en deuda con Lamatia por ese gran préstamo que las madres le concedieron el año pasado.

Leie ignoró la réplica.

—Vamos, echemos otro vistazo —instó, tirando a Mala del brazo y haciendo que su hermana se tambaleara peligrosamente en la empinada pared de la cúpula.

—¡Eh, cuidado!

Pero Leie ya se había deslizado hacia donde una gran pieza de cristal convexo sobresalía del tejado. Maia oyó a su hermana jadear y luego reír nerviosa.

—¿Qué pasa? —exclamó Maia, mientras se arrastraba hasta allí.

Leie alzó una mano.

—No. ¡No mires todavía! Agárrate y planta bien los pies en el suelo. ¿Ya? No mires todavía.

—¡No estoy mirando! —gimió Maia.

—Bien, ahora cierra los ojos. Acércate un poco más y yo te moveré la cabeza para que veas mejor. ¡No los abras hasta que yo no te lo diga!

Era uno de esos rituales que parecían tan naturales cuando tenías tres años. Maia sintió la mano de su hermana cogerle la trenza y moverla hasta que notó el frío cristal pulido contra la punta de su nariz.

—Vale, ahora puedes mirar —dijo Leie, reprimiendo una risita.

Maia abrió un ojo, y al principio sólo vio algo borroso. El cristal tenía varias capas delgadas, separadas por bolsas de aire. Retrocedió un poco y logró enfocar una imagen. Al menos *parecía* enfocada, notablemente ampliada desde tanta altura. Con todo, lo que vio parecía más un amasijo de colores carnosos, sazonados con pelaje negro y corto que clareaba en la mayoría de las partes pero era espeso allí donde un pequeño apéndice rosado se unía en la intersección de otros dos más grandes. Advirtió que estos últimos debían de ser las piernas de alguien. El pequeño de en medio...

—¡Oh! —exclamó, echándose atrás con tanta fuerza que tuvo que agitar los brazos para recuperar el equilibrio.

Leie la agarró, riéndose de su sorpresa. Casi al instante Maia volvió a pegarse al cristal, tratando otra vez de enfocar la escena.

—No, déjame a mí ahora. ¡Es mi turno! —la importunó Leie. Pero Maia se agarró con fuerza y su gemela tuvo que buscar a regañadientes otro sitio que, según se apresuró a declarar, era «aún mejo».. Maia estaba demasiado absorta para darse cuenta. .

.Así que ése es el aspecto que tienen los hombres sin ropa, pensó. Los efectos amplificadores del cristal eran confusos, y le resultaba difícil obtener una sensación de proporción, mucho menos relacionar lo que estaba viendo con aquellos estériles diagramas que había estudiado en el colegio. *¿Dónde se lo meten mientras caminan? Debe de ser molesto, colgando de esa forma.*

Maia se sintió demasiado avergonzada por lo que pensó luego para expresarlo ni siquiera de manera subvocalica. La fascinación ganó una dura batalla contra la repulsión y miró ansiosamente, esperando poder ver cambiar aquella cosa. *¿De verdad crece aún más?*

Una mano entró en su campo de visión, y pasó ante el flácido apéndice para rascar un muslo velludo. Maia se echó atrás para poder contemplar también el brazo y el torso y la cabeza del hombre recostado sobre los cojines de seda que observaba a las bailarinas. Se volvió para decirle algo a otro hombre, repantigado a su derecha, que se echó a reír, y luego se incorporó y se inclinó hacia delante con una expresión

más concentrada en el rostro, como si intentara prestar más atención al espectáculo. Al lado tenían bandejas de comida y bebida. El primer hombre cogió un vaso de vino y lo apuró. No pareció advertir a la mujer sucintamente vestida que acudió a llenárselo, ni a las otras que esperaban cerca, preparadas para acudir con cortinas que aseguraran la intimidad en caso necesario.

—¡Ven aquí a ver a las de seis años! —llamó Leie con urgencia.

Un tanto reacia, Maia se separó del cristal y se arrastró hacia su hermana.

—Allí, junto a la pared norte —sugirió Leie.

Aquel panel rosado estaba cubierto de ondulaciones, y la ampliación no era tan buena como en las lentes claras. Tardó un poco en encontrar la posición adecuada, pero Maia percibió por fin un puñado de muchachas que esperaban a un lado, vestidas con atuendos claros y finos. Estaban maquilladas para parecer menos virginales, y sin duda perfumadas con profusión para engañar el sentido del olfato masculino. Naturalmente, los hombres se sentían más atraídos por las mujeres mayores, que ya habían parido una o dos veces. Pero esta ceremonia era sólo para las muchachas de seis años. Era su día especial y las madres no habían reparado en gastos.

Maia no tuvo que contar. Sabía que eran trece. Toda una clase de invernales Lamai; todas estiradas, inconfundiblemente idénticas, pero cada una de ellas esperando ser la elegida cuando llegara el momento, si el momento llegaba.

Serían afortunadas si dos o tres lo conseguían aquel año. No se podía esperar gran cosa de las muchachas de seis años. A esa edad, fueras una inferior var o una orgullosa clónica, tu cuerpo sólo producía la química adecuada para la reproducción durante el apogeo del invierno. Incluso a los siete años, tu período fecundo no era amplio. La mayoría de las mujeres, aunque tuvieran pleno respaldo de su clan, nunca llegaban a madurar hasta que tenían ocho años o más. Para entonces su periodo era lo bastante amplio como para aprovechar algo de la pasión del verano que quedaba en los machos durante el otoño, o empezar a florecer en primavera.

Lamatia no esperaba conseguir gran cosa de la Ceremonia de Iniciación de hoy, pero era importante de todas formas. Un rito de paso para las nuevas miembros adultas del clan. Un presagio para el año venidero.

Ahora, mientras Maia observaba, las muchachas Lamai empezaron a unirse a las Oosterwyck en la danza, apareciendo una a una con sus pasos meticulosamente ensayados. De algún modo (probablemente estudiado) los movimientos más fluidos de las bailarinas profesionales parecían desviar la atención hacia las neófitas de cabellos rubios. Las muchachas habían estudiado sus movimientos con típico cuidado Lamai. La coreografía de la danza daba a cada una el mismo tiempo, en etapas controladas, progresivamente más cerca de su público; pero Maia vio lo ansiosamente que cada una de ellas intentaba adelantarse de alguna manera a sus hermanas. En

cieno sentido, eso sólo servía para hacerlas a todas más iguales.

Tras echarse hacia atrás para ver mejor lo que pasaba, Maia advirtió cómo los hombres de abajo se hallaban en una situación por la que posiblemente habrían sido capaces de matar sólo medio año antes, cuando todas las puertas de la ciudad estaban cerradas y las patrullas de la Guardia no quitaban ojo a los pocos machos autorizados a pasar a los santuarios cercanos. En verano, los hombres aullaban para poder entrar.

Ahora, con las mujeres en la cima de su receptividad, los marineros estaban allí tendidos como si prefirieran estar leyendo un buen libro, o contemplando algo divertido en la tele. Aferrada al borde de la cúpula, viendo cosas de las que sólo había oído vagas descripciones hasta el momento, Maia experimentó una sensación de asombro mezclada con una chocante reflexión.

.Ironía. Era una palabra que había aprendido hacía poco. Le gustaba su sonido, así como lo difícil que era definirla o catalogarla. Su significado se aprendía con ejemplos. Aquél era un buen ejemplo de ironía.

.Me pregunto por qué Lysos hizo que fuera de esta forma... para que nadie consiga exactamente lo que quiere, excepto cuando no lo quiere...

—¡Maia, pssst! —la llamó Leie desde la sección clara y convexa—. ¡Ven a mirar!

—¿Se ha puesto grande? —preguntó Maia, sin aliento, mientras se acercaba. Estuvo a punto de perder pie.

Tembló con una extraña mezcla de repugnancia y excitación al poner la cabeza junto a la de su gemela.

Lo que se veía no era el misterioso apéndice, después de todo. Era el rostro barbudo de un hombre a quien Maia reconoció: el guapo y viril capitán del carguero *Emperatriz*, cuya sana risa y cuya voz de trueno eran tan agradables de escuchar cada vez que las madres lo invitaban a cenar con sus oficiales. La mitad de los niños del verano de Lamatia querían navegar con él; la mitad de las veraniegas fantaseaban con la idea de que era su padre.

Pero las muchachas de abajo no buscaban padres para sus hijos. No en aquella época del año. El acto físico en sí era más valioso en invierno que en verano, porque la paternidad no tenía nada que ver con él.

Lo que las muchachas de seis años buscaban era ser *potenciadas*: inseminación como catalizador para iniciar una formación de placenta, para disparar una madurez clonal interna. ¡Y se decía que aquel capitán había prendido a siete, a veces a ocho o más invernales algunos años, él solito!

Como en la canción infantil...

*Padre de verano,
el esperma sale sano.
Padre ansioso,*

engendra una var.

*Potenciador de invierno,
elpreciado esperma llega.
Potenciador de asombros,
¡allá va!*

El capitán entornó los ojos mientras seguía los movimientos de las bailarinas, que ahora giraban a su alrededor, casi a su alcance. Su cuerpo bruñido y poderosamente musculoso le recordaba a Maia no tanto el de un lúgar como el de un perfecto caballo de carreras, lleno de más poder del que ningún humano necesitaría jamás. Su rostro, hirsuto pero lleno de esa extraña inteligencia masculina, parecía concentrado en un pensamiento que seguía intensamente. Cuando una bailarina se acercó más, parpadeó, movió su mandíbula en lo que parecía el principio de una sonrisa, un comienzo de ansiedad. Alzó la mano...

Y la usó para cubrirse la boca, intentando amablemente pero en vano sofocar un bostezo.

Amaneció antes de que el amasijo de sueños y recuerdos convulsos diera paso a una neblinosa sensación de realidad. Maia no podía decir el amanecer de qué día era, ya que el cuerpo le dolía como si hubiera estado combatiendo a feroces enemigas noche tras noche. Sólo gradualmente llegó a advertir que tenía las manos atadas con una tela negra, al igual que las piernas. Se encontraba en el fondo de una carreta, y se agitaba como un bulto de carga cualquiera.

Agónicamente, Maia consiguió apoyar el torso contra lo que parecían varios sacos de grano, hasta que sus ojos quedaron al nivel de las tablas laterales de la carreta. Sobre ella se alzaban las espaldas de dos mujeres que conducían el tiro. Desde atrás, no parecían Jopland. No dijeron nada, ni se volvieron a mirarla.

Girar la cabeza le resultó doloroso, pero le permitió ver el paisaje: una alta estepa moteada de hierba, aparentemente demasiado seca para ser cultivada. Cirros rojizos y anaranjados cubrían un cielo azul intenso, aún brillante por la marcha de la noche. Algún pájaro lejano graznó, tal vez un cuervo o un mawu de la zona.

.Ahora recuerdo. Me estaban esperando en el retrete. Me agarraron. Ese olor espantoso... Aún le llenaba la nariz, y los tentáculos de sus sueños abandonaron reluctantes los huecos vacantes de su cerebro embotado. Los pensamientos acudieron torpemente, como el denso jarabe cae de un tarro.

Una carreta. Me llevan a alguna parte. Al norte, según parece.

Deducirlo era bastante sencillo por el ángulo del sol naciente. Ver más significaba debatirse hasta conseguir sentarse, lo que tuvo que hacer en varias etapas para no

desmayarse. Cuando por fin estiró el cuello para ver qué había delante, la carreta giró en el camino y apareció una torre de proporciones enormes. Se alzaba hacia el cielo, como un prisma, cubierta por bandas claras y oscuras. No contando con todas sus facultades, Maia supuso que debía de medir más de doscientos metros de altura y al menos setenta de diámetro.

La torre estaba erosionada en algunas zonas. Unos andamios indicaban que recientes excavaciones habían horadado el obelisco natural, dejando pilas de residuos rocosos alrededor de su base. Una serie de aberturas en forma de arco seguían una pálida tira de piedra que circundaba la periferia hasta la mitad. Una segunda fila de perforaciones más pequeñas corría paralela a la primera, unos cuantos metros por debajo de ella.

Cerca de la base del monolito de piedra, una rampa ancha y empinada conducía a un portal abierto.

Las captoras de Maia la llevaban directamente hacia allí.

Tuvimos suerte al encontrar un mundo habitable en un sistema estelar binario tan extraño, de un tipo rara vez visitado. Sus peculiaridades orbitales, así como su tamaño y su densa atmósfera, deberían mantener a nuestra colonia oculta durante mucho tiempo.

Esas mismas características implican que habrá que hacer algunas modificaciones genéticas antes de que las primeras colonizadoras salgan de estas cúpulas. A la vez que hacemos ambiciosos cambios en aspectos tan fundamentales como el sexo, también tendremos que modificar a los humanos para que puedan vivir y respirar en el aire de Stratos. Como en otros mundos coloniales, la tolerancia al dióxido de carbono y la sensibilidad del espectro visual requieren ajustes. Aún más, poco antes de abandonar el Phylum, adquirimos los últimos diseños para mejorar riñones, hígados, y órganos sensoriales, y sin duda los incorporaremos.

La lenta y compleja órbita de este planeta presenta desafíos especiales, como exceso de ultravioletas cada vez que la compañera enana, la Estrella Wengel, se acerca. Tal vez encontremos útil esta variación estacional, tal vez nos proporcione pistas medioambientales para nuestro ciclo reproductivo planeado en dos fases. Pero primero tenemos que asegurarnos que los humanos y otros animales que introduzcamos aquí sean lo bastante fuertes para sobrevivir.

LYSOS, Discurso del Día del Aterrizaje

Habían tallado una extensa cavidad en el monolito de la montaña para crear una red de habitaciones y corredores. Probablemente las trabajadoras habían aprovechado cavernas o fisuras ya existentes; sin embargo, para cuando terminaron con sus máquinas y explosivos, la red de túneles y cámaras de almacenamiento debía poco a la naturaleza. El santuario de los hombres estaba casi terminado cuando todos los trabajos fueron bruscamente cancelados. Quedó un cascarón vacío, habitado sólo por ecos.

La visión que Maia obtuvo del exterior fue breve y apresurada cuando sus captoras hicieron subir la carreta por una larga rampa de tierra que conducía a una enorme puerta de madera. Una de ellas bajó para llamar a la puerta con golpes graves y resonantes que reverberaron en el interior. La otra se acercó a desatar los tobillos de la prisionera. Todavía atontada, Maia vio que la rampa estaba rodeada de polvorientos restos de roca arrojados desde las aberturas que rodeaban la torre de piedra hasta la mitad. Las de la fila superior consistían en galerías de ventilación, lo suficientemente amplias para dejar entrar las brisas del verano, cuando el santuario teóricamente tendría más ocupantes. Las ventanas de la circunferencia inferior eran, en comparación, meras rendijas.

Nada de aquello habría resultado barato. Era una inversión descomunal.

Ese fue uno de sus pocos pensamientos lúcidos mientras la sacaban de la carreta y la hacían atravesar la puerta a un ritmo casi demasiado rápido para que sus temblorosos pies pudieran seguirlo. Maia avanzó a trompicones tras las dos enormes mujeres de duro rostro que le habían dejado los brazos atados por delante para usarlos como una especie de trailla. No hablaron, pero asintieron a una tercera representante de su especie, que las acompañó después de cerrar la puerta exterior. Maia no sabía el nombre de su clan.

Era difícil dirigir más que una mirada rápida alrededor, puesto que sus captoras subieron interminables tramos de escaleras, recorrieron corredores desiertos y vacíos, y luego atravesaron un salón central equipado con mesas de madera y una enorme chimenea. Al fondo de uno de los túneles principales (iluminado por hileras de bombillas de baja potencia) dejaron atrás un coso interior con capacidad para varios centenares de espectadores que daba a una enorme parrilla de líneas entrelazadas.

Maia sólo pudo captar atisbos, a medida que más pasadizos pasaban en un borrón seguidos por más agotadoras escaleras, hasta que por fin llegaron a una pesada puerta de madera fija a la pared de piedra con bisagras de hierro y un sólido cerrojo. Todavía parpadeando a través de una niebla de irrealidad, Maia experimentó una peculiar sensación de orgullo fuera de lugar al reconocer que el material, e incluso la llave de hierro que la guardiana sacó de su chaleco, eran productos salidos de las fraguas de la

Casa Lerner.

—Mirad —les dijo a las mujeres, con la boca seca como la arena—. ¿Podéis decirme...?

—Tendrás que esperar —respondió a regañadientes una de las fuertes clónicas, abriendo la puerta para que la otra guardiana de Maia la enviara de un empujón al oscuro interior del cuarto. Maia ni siquiera pudo abrir los brazos para conservar el equilibrio. Tras recorrer unos cuantos metros, tropezó y cayó entre lo que parecían bultos dispersos de tejido áspero.

—¡Atips! ¡Sangradoras! —gritó desde el suelo, la voz rota. La maldición de Maia quedó anulada por el sonido de la puerta al cerrarse, y un chasquido cuando corrieron el cerrojo. Fue un sonido desolador que le lastimó los oídos y golpeó su alma ya dolorida.

El silencio y la oscuridad la rodearon. Intentó levantarse, pero una oleada de náuseas se lo impidió, así que permaneció inmóvil durante unos minutos con la cabeza gacha, respirando profundamente. Por fin, el mareo y el drogado estupor parecieron remitir un tanto. Cuando intentó sentarse, oleadas de dolor recorrieron sus brazos y sus costados. Maia sintió un sollozo alzarse en su garganta y lo reprimió salvajemente.. *¡No les daré esa satisfacción!*

Semanas antes, las sensaciones físicas que le recorrían el cuerpo la habrían convertido en una temblorosa masa fetal. Ahora encontró recursos internos para contraatacar con la misma fiereza, superando la tiranía del dolor por pura fuerza de voluntad. Otra cuestión sería tratar con el pozo de absoluta depresión que se abría ante ella.. *Más tarde*, pensó, posponiendo aquel encuentro con la desesperación. Una cosa cada vez.

A medida que sus ojos se adaptaban, Maia empezó a distinguir los detalles de su prisión. Un único rayo de luz penetraba por una alta y estrecha abertura hecha en la pared de piedra, frente a la puerta. Las otras paredes tenían delante cajas de madera, y había bultos cubiertos de arpillera por todo el suelo. Aquellos contra los que había chocado Maia parecían contener cortinas o ropa de cama... afortunadamente, ya que habían amortiguado su caída.

.Una cámara de almacenamiento, pensó. Las constructoras debían de haber empezado ya a almacenar suministros para el santuario cuando se canceló el proyecto. ¿Intentaban recuperar ahora parte de su inversión convirtiendo el lugar en una prisión? Maia no había visto ni señal de otras ocupantes. ¡Vaya broma si hubieran reservado todo aquello sólo para ella! Una cárcel grande y cara para una var sin importancia que sabía demasiado.

Maia se puso de rodillas, se tambaleó, y consiguió ponerse en pie torpemente. Sin permitirse una pausa que pudiera quebrar su impulso, empezó de inmediato a buscar algún medio para librarse de las ataduras.

Un fino polvo cristalino se desprendía de la piedra recién cortada, chispeando en el estrecho rayo de luz que se colaba por la ventana. Una pátina blanquecina cubría cada superficie, incluso las huellas de escoba en donde habían barrido el suelo por última vez. Al alzar la cabeza, Maia vio un raíl que corría por el centro del techo abovedado y que le recordó la grúa de carga que utilizaba en el compartimento de equipajes de la Línea Musseli.

Sólo que aquí no habían instalado un montacargas.

Buscó entre las cajas. ROPA-HOMBRE anunciaba en un costado una de ella. Otra contenía PLATOS y dos anunciaban MATERIAL DE ESCRITURA. Nunca había pensado que los hombres fueran particularmente cultos, pero allí había muchas cajas de estas últimas.

Maia intentó pensar. Los platos rotos podrían serle útiles para cortar las tiras de tela que le sujetaban los antebrazos. Por desgracia, todas las cajas estaban firmemente cerradas con clavos. Notaba el pequeño sextante portátil que seguía atado a su brazo izquierdo. Uno de sus apéndices tal vez fuera lo bastante afilado, pero se hallaba fuera de su alcance bajo los mismos grilletes de tela.

Tras sentarse en un caja, Maia se inclinó para examinar las ataduras con más atención. Parpadeó. Luego suspiró, llena de disgusto.

—¡Oh! ¡Por todos los infiernos patarkales...!

Justo debajo de sus muñecas, donde no se le habría ocurrido mirar, el tejido estaba simplemente atado con un lazo y un nudo sencillo.

—¡Sangradoras en celo! —murmuró Maia mientras levantaba los brazos y se retorció para coger con los dientes los extremos sueltos. Tras debatirse un poco, el nudo cedió; no tardó en soltar los lazos, uno a uno. El mareo la obligaba a interrumpirse y a respirar profundamente. Para cuando terminó, Maia había reevaluado su primera impresión: las ataduras no eran tan simples, después de todo. Sin duda sus captoras habían pretendido que acabara soltándose, pero no se trataba de algo que pudiera haber conseguido antes, con las guardianas cerca.

Por fin apartó las tiras con una maldición. Las manos le picaron dolorosamente cuando la circulación regresó a ellas. Frotándose las manos, Maia se desperezó, agitó los brazos y caminó para librarse de los calambres.

Cerca de la puerta encontró una mesita en la que no se había fijado antes. Sobre ella había una jarra de agua y una taza rota. Obligando sus temblorosas manos a controlar los movimientos, se sirvió y bebió ansiosamente.

Cuando la jarra estuvo medio vacía, dejó la taza y se secó la boca con el dorso de la muñeca.

Supongo que no habrá nada de comer.

No había comida, pero bajo la mesa encontró una gran palangana de cerámica con tapa. En su costado había imágenes de barcos de vela en pugna contra los mares.

Quitó la tapa y se agachó sobre la fría porcelana para aliviar otra de las quejas catalogadas de su cuerpo.

Cuando las necesidades inmediatas quedaron satisfechas, nuevas aflicciones hicieron acto de presencia, reclamando su atención.

La desesperación, su antigua némesis, pareció alzarse y preguntar amablemente: *¿Ahora?*

Maia sacudió la cabeza con firmeza. *Tengo que mantenerme ocupada. No pensar durante un rato.*

Se puso a trabajar juntando pesadas cajas y luego montándolas unas encima de otras. El agotador esfuerzo volvió a provocarle oleadas de mareo, que combatió esperando a que pasara antes de volver a comenzar.

Finalmente, bajo la alta ventana se alzó una pirámide improvisada. Tras subirse a la última fila de alfombras dobladas, Maia pudo por fin asomarse a la estrecha rendija y ver una enorme extensión de pradera que comenzaba justo bajo ella, al pie de la muralla cortada a pico. El agujero parecía demasiado estrecho para pasar a través de él, pero de conseguirlo, habría hecho falta todo un almacén de alfombras y cortinas, atadas unas con otras, para fabricar una cuerda lo bastante grande con la que alcanzar el suelo del valle. Esta habitación tal vez no había sido diseñada como prisión, pero hacía muy bien esa función.

.Pensar que solía soñar con ver el interior de un santuario masculino, pensó Maia con ironía, y se bajó.

Intentó abrir un par de cajas, pero no lo consiguió. Logró en cambio desenrollar algunas alfombras para improvisar una especie de cama (más parecida a un nido) en una esquina. Su estómago gruñó. Bebió y volvió a utilizar el bacín. Aparte de eso, no parecía quedar mucho que hacer.

.Ahora, afirmó la voz de la desesperación, negándose a aceptar más dilaciones, y Maia enterró el rostro entre las manos.

.¿Por qué yo?, se preguntó. La soledad, su archienemiga, nunca parecía satisfecha. Sus apariciones eran más brutales cada vez, desde que aquella horrible tormenta separó el *Wotan* del *Zeus*, y a ella de su gemela. Maia había considerado aquella tragedia como su momento más negro. ¿Qué más podía hacerle el mundo?

Al parecer, muchísimo más.

Maia se acostó con un pedazo de suave cortina azul alrededor de los hombros, y esperó a que sus guardianas aparecieran con comida... o con noticias sobre su destino. *Thalla y Kiel se preocuparán por mí*, pensó, intentando convocar una imagen de amistad por el débil consuelo que ésta le ofrecía. Se había hundido demasiado para fantasear sobre que alguien pudiera estar buscándola. El consuelo que buscaba era simplemente imaginar que alguien en Stratos se preocupaba por ella lo suficiente como para advertir su desaparición.

Las guardianas de agrio rostro regresaron poco después de que Maia se sumiera en un sueño exhausto e inquieto. El ruido la despertó, y se frotó los ojos cuando una de las mujeres dejó caer una bandeja sobre la ajada mesa. Maia no podía decir si era la misma pareja que la había traído desde la Casa Lerner o si habían cambiado de turno con otras exactamente iguales. Retrocediendo hasta la puerta, las hermanas la observaron con unos ojos tan redondos, marrones e inocentes como los de un ciervo.

Traían comida, pero pocas noticias. Cuando preguntó entre ansiosas cucharadas de guiso indescriptible qué iba a ser de ella, sus respuestas monosilábicas demostraron que ni lo sabían ni les importaba. La única información que Maia pudo sonsacarles fue su apellido familiar, Guel, después de lo cual se sumieron en un taciturno silencio.

¿Qué talento o habilidad había permitido a la antepasada original de aquellas mujeres hoscas y silenciosas fundar un clan partenogenético? ¿Qué nicho ocupaban? Seguro que uno que no requería afabilidad o una gran inteligencia. Sin embargo, por lo que Maia sabía, el trío que había visto formaba parte de una colmena especializada cuyos miles de miembros individuales descendían todos de una madre Guel original que había demostrado ser excelente en...

Reflexionó. ¿En volver locas a sus prisioneras con su total hosquedad? ¿Tal vez el Clan Guel dirigía las cárceles de las ciudades y condados locales de los tres continentes! Maia no podía demostrar lo contrario por experiencias anteriores, ya que era la primera vez que estaba en prisión.

Al verlas recoger los platos, arrastrando los pies y murmurando entre sí mientras luchaban con la llave, Maia se planteó una teoría alternativa: que eran las únicas hijas clónicas de una granjera cuya fuerza y torpeza eran cualidades que algún clan local de matronas había considerado útiles. Lo suficiente para permitirse producir más de lo mismo.

Ahora que su hambre había sido saciada, Maia recordó otras incomodidades.

—¡Eh! —exclamó, corriendo a la puerta y golpeándola hasta que una voz quejumbrosa respondió desde el otro lado. Maia gritó a través del marco, y pidió a sus guardianas jabón y una toalla. ¡Ah, sí!, y algunas hojas secas de takawq, que todo el mundo menos las ricas del valle usaba como papel higiénico. Hubo un grave gruñido por respuesta, seguido por el sonido de pasos que se alejaban.

Ahora que lo pensaba, a menos que la idea fuera torturarla con molestias menores, aquella falta de comodidades indicaba que sus carceleras eran realmente unas aficionadas. Sólo un trío de matonas contratadas localmente para una misión especial. Recordando algunas declaraciones que había oído en la radio de Thalla, Maia se hizo a sí misma una promesa. No mostraría a sus carceleras el respeto habitual que una única debía a las afortunadas nacidas clónicas, incluso si eran de una casta baja.

.No pueden retenerme aquí eternamente, ¿no?, se preguntó, quejumbrosa.

Por mucho que lo intentara, a Maia no se le ocurría un solo motivo para que así no fuera.

Había otras dolorosas preguntas sin respuesta, como por qué Calma Lerner la había entregado a las Jopland.

.¿Cuánto le pagaron? Apuesto a que no mucho. El corazón se le encogía al pensar en la traición. Aunque no había habido amistad entre ellas, estaba segura de que Calma la apreciaba.

El aprecio no tiene nada que ver cuando los clanes ricos están por medio.

Evidentemente todo aquello tenía relación con la droga que hacía que los machos entraran en celo fuera de estación. Las madres de los clanes del valle tenían un plan para su uso, y no estaban dispuestas a tolerar interferencias..*Las Perkinitas sueñan con un mundo bonito y predecible, donde todas crezcan sabiendo quiénes y qué son. Cada muchacha es un miembro apreciado de su clan y conoce su futuro. Nada de líos ni sorpresas con la mezcla de genes. Nada de vars y sólo unos cuantos hombres, los mínimos posibles.*

Según la Sabia Judeth, las aristocracias de la Vieja Tierra solían justificar la supresión de sus inferiores sobre la base de «diferencias innata».; una suposición que casi nunca se sostenía cuando se daban las mismas oportunidades a niños ricos y pobres. Pero no habría necesidad de opresión o de falsas suposiciones en un mundo Perkinita. Cada familia y tipo encontraría su propio nivel y su nicho en función de talentos largamente demostrados. Cada clan haría lo que mejor se le daba, lo que más le gustaba hacer, en una atmósfera sin cambios, de respeto y confianza mutuos. Las predicadoras Perkinitas hablaban del final utópico de toda la violencia, la inseguridad, el caos. Un mundo estratificado, pero justo.

Hombres y vars, incluso como minorías, estropeaban aquella serena ecuación.

Allá en Puerto Sanger, el Perkinismo no era más que una herejía marginal. Cada verano, los clanes invitaban a marineros escogidos del Santuario Faro, en parte para tener algunas vars y unos cuantos niños, pero sobre todo para mantener buenas relaciones vecinales. Eso hacía felices a las cofradías de marinos, y les ayudaba a que los hombres cumplieran lo mejor posible con su deber al cabo de medio año. Además, incluso en verano, a veces era agradable tener hombres cerca, siempre y cuando se comportaran.

Pero sobre eso había todo tipo de opiniones. Las Perkies de Valle Largo sólo querían ver a los hombres cuando había que potenciar clones.

.Pero el destierro del verano priva a los hombres de lo que ansían durante el resto de las estaciones. No es de extrañar que carezcan de entusiasmo en invierno.

Los hombres tenían otro motivo para sentirse engañados en la ecuación Perkinita: los hijos que necesitaban para repoblar sus cofradías. No hacía falta ser un genio para

advertir la trampa en la que habían caído las separatistas radicales..*Con una tasa de nacimientos baja, la escasez de mano de obra atrae a mujeres de fuera como yo, que buscan trabajo pero también perturban la paz con sus extrañas caras y voces, con su carácter impredecible.*

Era un ciclo que las Perkinitas no podían ganar, como quedaba demostrado por la decisión de construir aquel santuario donde los hombres podrían vivir todo el año. El fino filo de la cuña. El cambio ganaría impulso a medida que nacieran más vars, y las madres Perkinitas aprendieran a apreciarlas, o incluso a amarlas un poco. La Iglesia ortodoxa ganaría miembros. Las cosas serían más como en el resto de Stratos.

Entonces llegó el brillante polvillo azul de las Beller, ofreciendo a las Perkies una salida..*Todo lo que necesitan es una docena de varones drogados hasta las cejas. Los pasearán de clan en clan como a zánganos, hasta que se desplomen. Puede que mueran sonriendo, pero sigue siendo algo cruel y estúpido.*

Maia se estremeció al pensar qué tipo de varón soportaría más de una semana o dos aquel papel. El tipo que sería padre de variantes de baja calidad, si te lo llevabas a la cama en verano.

¡Pero las Perkinitas no estaban buscando «padre»., de ningún modo! En invierno, cualquier esperma valdría.

.Podría funcionar, comprendió Maia. No hacía falta atraer a los hombres del ferrocarril, con su orgullo erecto fácilmente provocado. No harían falta veraniegas para tratar con sus ordenadas y predecibles hermanas.

Produciendo clones a voluntad, la población del valle podría aumentar hasta el número fijado por los clanes más ricos. Incluso las obreras vars podrían ser sustituidas en el escalafón más bajo de la sociedad. Sólo había que elegir a unas cuantas con la espalda más fuerte y la mente más débil, y convertirlas en madres clónicas. Una clase obrera hecha a medida.

No era lo que las Fundadoras tenían en mente hacía tanto tiempo. Las sacerdotisas de Caria no lo aprobarían.

Las cofradías de hombres y las sociedades.*ad hoc* de vars lo combatirían... sobre todo las radicales como Thalla y Kiel. Evidentemente, las Perkinitas querían tiempo para establecer un.*fait accompli* de enfrentarse a la inevitable oposición desde una posición de fuerza.

Antes, Maia había abrigado la esperanza de que las seguidoras de Tizbe la dejaran marchar con un buen sermón y la advertencia de que guardara silencio. La posibilidad parecía menos probable cuanto más sopesaba todas las implicaciones.

Calculaba el tiempo por el progreso del estrecho trapezoide de luz que la ventana proyectaba sobre la pared opuesta. Sus carceleras regresaron con la cena justo cuando la forma oblonga escalaba hasta medio camino del techo y adquiriría un tinte rosado.

Trajeron las hojas de takawq, pero se olvidaron de los demás artículos. Tras escuchar sus repetidas peticiones, respondieron con hoscos movimientos de cabeza y se marcharon, dejando a Maia enfrentada a su soledad y a la llegada de la noche.

La forzada inactividad sacó a relucir todos los dolores y esfuerzos producidos por semanas de trabajo en los hornos de la Casa Lerner, por no mencionar los efectos de haber sido drogada, atada y transportada dando tumbos en la parte trasera de una carreta. Los músculos se le habían puesto gradualmente rígidos en el transcurso del día, y los tendones le latían. Desperzarse la ayudó, pero con la llegada de la oscuridad no tardó en sumirse en un sueño que iba desde la modorra comatosa a una inquietud sin tregua exacerbada por sus temores, nunca del todo ausentes.

En mitad de la noche soñó que el grifo situado en el rincón de su dormitorio goteaba. Quiso enterrar la cabeza bajo la almohada para apagar el sonido. ¡Quiso que Leie, que dormía más cerca del grifo, se levantara a cerrarlo!

Se detuvo justo cuando se despertaba.

¿Lo había soñado?

—¿Leie...? —empezó a decir, y estuvo a punto de contarle a su gemela la absurda y horrible pesadilla de su encarcelamiento.

Rápidamente, Maia recordó. Se cubrió los ojos con un brazo y lloró, deseando con todas sus fuerzas regresar al sueño, por irritante que le hubiera parecido. Volver a su penosa habitación del ático, con su molesta hermana a salvo en la cama de al lado. Gimió.

—Oh... Lysos... —y rezó desesperadamente para que así fuera.

Cuando sus carceleras acudieron con el desayuno, traían un pequeño bulto atado con una cuerda. Antes de sentarse a comer, Maia lo abrió y encontró que contenía todos los artículos que había pedido, incluso una camisa nueva y un par de pantalones hechos con un material áspero pero limpio. Por las expresiones abatidas de sus guardianas, supuso que tendrían que haberle suministrado todo aquello desde el principio, y que se les había olvidado. Tal vez incluso habían recibido una reprimenda de sus jefas. Se acabó la idea de que eran carceleras hereditarias personales.

Se sentía más despierta hoy. A la hora del almuerzo, Maia había explorado ya cada metro de su prisión. No había ningún pasadizo secreto que hallar, aunque la mayoría de los castillos de los cuentos de hadas parecían repletos de ellos. Naturalmente, los palacios de fábula solían ser mucho más viejos que aquella nueva y resplandeciente fortaleza en la alta estepa.

Nueva en un sentido, vieja en otros, como revelaban las paredes. La piedra, que desde kilómetros de distancia parecía compuesta de capas de algún material grandioso, era de cerca un complejo aglomerado de muchas texturas y cristales. Unos cuantos le resultaban vagamente familiares gracias a las viejas placas de colores que

la Sabia Madre Claire les había repartido, demasiado ajadas ya para ser empleadas en la escuela superior, pero lo bastante buenas para enseñar a las veraniegas un poco de geología. Por desgracia, los únicos minerales que Maia pudo reconocer eran la biotita, por sus motas verdes, y la oscura y brillante hornablenda. Lástima que fueran rocas graníticas y no sedimentarias. Habría sido divertido repasar las paredes en busca de fósiles de las antiguas formas de vida que habían ocupado Stratos mucho antes de que el ecosistema del planeta se viera obligado a afrontar las oleadas de invasores terrestres modificados.

Maia hizo un rato de ejercicio, se lavó, trató de nuevo inútilmente de abrir algunas de las cajas, y decidió no esperar a que sus guardianas la abordaran. Era hora de tomar la iniciativa.

—A partir de ahora —le dijo a una durante el almuerzo—, tu nombre será Grim. Y el tuyo —dijo, señalando a la otra—, será Blim.

La miraron con una expresión de sorpresa y desazón que la llenó de un placer infinito.

—Naturalmente, podría elegir nombres mejores si sois buenas.

Gruñeron infelices cuando se llevaron los platos. Más tarde, durante la cena, Maia les intercambió los nombres, confundiéndolas aún más..¿*Por qué no?*, reflexionó. Era justo compartir la incomodidad.

.Anochece, segundo día, pensó, y usó una uña para marcar una segunda incisión en el interior de la puerta de madera. La mancha del sol en la pared subió, se hizo más tenue, y desapareció. Las sombras de las cajas y los bultos se hicieron progresivamente más extrañas e intimidatorias con la caída de la oscuridad. La noche anterior, Maia estaba demasiado aturdida para darse cuenta, pero con la llegada de la oscuridad, las sombras a su alrededor parecieron adoptar aterradoras formas de duendes. Siluetas de monstruos insensibles.

.No seas niña. Maia se reprendió por actuar como una mocosa de dos años. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, se obligó a levantarse y acercarse a la más temible de las siluetas, la pirámide de cajas y alfombras que había apilado bajo la ventana..¿*Ves?*, pensó, tocando el áspero lado de una caja..*No puedes permitir que esto te vuelva loca.*

Nerviosa, acarició su única posesión, el pequeño sextante. A través de la abertura en la piedra se podía ver un brillo de estrellas, tentándola. ¿Pero escalar hasta allí arriba, en la oscuridad...?

Maia hizo acopio de valor..*Méate en el mundo, o el mundo se meará en ti.* Así lo habría expresado Naroin, su antigua contramaestre. Tenía que hacerlo.

Moviéndose cuidadosamente de asidero en asidero, Maia escaló la montaña artificial, deteniéndose a veces para agarrarse con fuerza cuando un crujido o un movimiento brusco hacían que el corazón se le desbocara. La subida se prolongó

bastante más de lo que habría durado a la luz del día, pero Maia perseveró hasta que por fin pudo asomarse a la rendija. La brisa le heló el rostro, trayendo olores de hierba silvestre y lluvia. Entre masas de nubes, Maia pudo apenas distinguir los contornos familiares de la constelación de Safo, que resplandecía sobre la oscura pradera.

.Muy bien. ¿Nos bajamos ahora?, pareció preguntar su cuerpo.

Temblando, Maia se obligó a quedarse allí lo suficiente para hacer una medición, aunque el horizonte era vago y no podía leer el dial del sextante..*Lo haré mejor mañana por la noche*, se prometió. Agradecida, con la sensación de haber arrancado una victoria a sus temores, bajó cuidadosamente.

Mientras se tendía en su improvisada cama, agotada pero más fuerte de espíritu, el sonido chasqueante se repitió. El de anoche, el que había asociado con un grifo goteando. Al parecer era real, no fruto de su imaginación. Otra molestia, entre muchas.

Maia ignoró el distante ruido y las figuras acechantes que su imaginación formaba en las sombras..*Oh, callaos*, les dijo, y se dio la vuelta para dormir.

—¡Me voy a volver loca sin nada que hacer! —les gritó a sus carceleras a la mañana siguiente. Cuando éstas parpadearon confundidas, exigió—: ¿Es que no tenéis libros aquí? ¿Nada para leer?

Las carceleras se la quedaron mirando, como si no supieran con seguridad de qué estaba hablando.

.Probablemente son analfabetas, advirtió..*Además, aunque las arquitectas del santuario diseñaran una biblioteca, con estantes y todo lo demás, habrían sido los propios hombres los encargados de traer libros, discos y cintas.*

Así que se sorprendió cuando Blim (¿o fue Grim?) regresó un rato después y puso cuatro ajados libros sobre la mesa. En los ojos de la fornida mujer Maia vio un destello de súplica..*No seas dura con nosotras, y nosotras no seremos duras contigo.* Maia cogió los volúmenes, abandonados probablemente por las obreras de la construcción. Dio las gracias con un movimiento de cabeza y no jugó con los nombres de sus guardianas cuando se llevaron su bandeja.

Decidió leer un libro al día y empezar por el que tenía la portada más llamativa. Aparecía en ella una mujer joven, armada con arco y flechas, que conducía una banda de compatriotas y a unos cuantos protegidos masculinos por entre las ruinas de una ciudad arrasada. Maia reconoció el género (basura-var), impreso en papel barato para deleite de pobres veraniegas como ella misma. A gran número de mujeres noclónicas les gustaba leer fantasías sobre el colapso de la civilización, cuando todos los bien ordenados nichos de la sociedad serían derrocados y una joven podría abrirse camino para alcanzar el estatus de Fundadora gracias únicamente a su rápida inteligencia y a

su carácter heroico.

En aquel libro la premisa era un súbito e inexplicado cambio en la órbita del planeta. Esto no sólo hacía que se fundieran las grandes capas de hielo de Stratos, derribando a todos los clanes fuertes y despejando el camino para tipos más nuevos e intrépidos, sino que, de golpe y porrazo, las inconvenientes pautas de conducta de los hombres se resolvían, a partir de aquel momento, por un milagro de la escritora y, además, las auroras aparecían en invierno.

Era en efecto basura, pero enormemente divertida. Al final de la historia, la joven protagonista y sus amigas lo tenían todo perfectamente establecido. Cada una de ellas parecía destinada a tener montones de hermosas hijas iguales, y a vivir feliz para siempre jamás..*A Thalla y Kiel les habría encantado esto*, pensó Maia cuando dejó la novela. La debía de haber olvidado alguna var del grupo de construcción. Ningún clan de nacidas en invierno disfrutaría con aquel panorama, ni aunque fuera de ficción.

Añadió otra marca en la puerta. Esa noche Maia escaló la pirámide con más confianza. A través de la estrecha ventana, vio cómo el firme viento del oeste empujaba las nubes hinchadas y rojizas hacia lejanas montañas donde la luz del sol ya moribunda destacaba una fila de diminutos globos luminosos: un pequeño enjambre de flotadores-zoor migratorios, comprendió. La liviana sensación de libertad que transmitían la apesadumbró, pero siguió mirando hasta que la oscuridad ya no le permitió distinguir los pintorescos zep'lings vivientes.

Para entonces ya eran visibles las constelaciones.

Sostuvo la mano con firmeza mientras miraba a través del sextante portátil, anotando en qué momento determinadas estrellas tocaban el horizonte occidental. Recordando la fecha, esto le permitiría seguir bien el paso del tiempo sin tener reloj... como si le hiciera alguna falta..*Tal vez a continuación pueda calcular la latitud. Eso, al menos, le aclararía en parte dónde se hallaba su prisión.*

Saber la hora le aclaró una cosa. Los chasquidos se repitieron otra vez, casi exactamente a medianoche.

Continuaron durante una media hora, luego se detuvieron. Después, durante algún tiempo, Maia permaneció en la oscuridad con los ojos abiertos, reflexionando.

—¿Tú qué piensas, Leie? —susurró, preguntándole a su hermana.

Imaginó la respuesta de Leie..*Oh, Maia. Ves pautas en todo. Vete a dormir.*

Buen consejo. Pronto estuvo soñando con auroras que destellaban como cortinajes de seda sobre los blancos glaciares de casa. Cayeron meteoros que apedrearon el hielo con un *staccato* que se transformó en la cadencia de una lluvia suave.

El segundo libro era un panfleto Perkinita, lo que demostraba que el grupo de trabajadoras debía de haber sido mixto... y afrontado tensiones.

...es por tanto obvio que la base del alma humana sólo puede encontrarse en las mitocondrias, que son las auténticas motivadoras de vida dentro de cada célula viviente. Ahora bien, por supuesto, incluso los hombres tienen mitocondrias, que heredan de sus madres. Pero las cabezas de espermatozoides son demasiado pequeñas para contener ninguna, así que ningún bebé del verano, sea macho o hembra, recibe nada de esta esencial materia del alma del «padre». masculino. Sólo la maternidad es por tanto un acto verdaderamente creativo.

Ya hemos visto que la continuidad y el crecimiento del alma tienen lugar a través del milagro de la clonación, que amplía la esencia del alma con cada regeneración y renovación del ente clonal. Esta amplificación gradual sólo es posible por repetición. El lapso de sólo una vida deja el alma de una mujer apenas formada, sin iluminación, y es un motivo por el que la igualdad de derecho al voto para las varas no tiene sentido, biológicamente.

Para un hombre, por supuesto, no hay ni siquiera un principio de alma. La paternidad es un anacronismo, pues. El verdadero papel del varón sin alma sólo puede ser servir y potenciar...

La línea de razonamiento era demasiado retorcida para que Maia pudiera seguirla, pero la autora del libro parecía decir que los varones humanos se definían mejor como animales domésticos, útiles, pero peligrosos para dejarlos sueltos. El único error cometido hacía mucho tiempo, en la amada y lamentada Herlandia de las Perkinitas, había sido no llegar más lejos.

Esto, naturalmente, era una herejía, pues desafiaba varias de las Grandes Promesas de Lysos y las Fundadoras, cuando hicieron a los hombres pequeños en número pero preservaron sus derechos como ciudadanos y seres humanos.

En teoría, cualquier hombre podía aspirar a conseguir incluso tanto poder y estatus individual como las madres de un alto clan. Maia no sabía de ningún caso, pero se suponía que tal cosa era posible.

La autora de aquel panfleto no quería compartir la ciudadanía con formas de vida inferiores.

Otra Gran Promesa había dispuesto que las herejes pudieran hablar, para que el rigor no atenazara las mentes de las mujeres...*¿Incluso con material tan descabellado como éste?*, se preguntó Maia. Para tratar de comprender otro punto de vista, Maia siguió leyendo. Pero cuando llegó a la parte que proponía que los machos reproductores fueran dócilmente ordeñados en granjas especiales, como vacas contentas, no pudo más. Arrojó el libro al otro lado de la habitación y se puso a hacer flexiones frenéticamente hasta que su respiración entrecortada acalló los ecos de la odiosa voz de la autora.

Llegó y pasó la hora de cenar. Cayó la noche. Esta vez, trató de estar preparada justo antes de la medianoche, tendida en la cama con los ojos cerrados. Cuando los chasquidos comenzaron, escuchó con atención durante los diez primeros minutos, y trató de determinar si seguían alguna pauta.

Seguían un ritmo, sí: sonidos chasqueante repetidos e intercalados con pausas de uno, dos, o más latidos de duración.

click click, pausa, click, pausa, pausa, click click click...

Tal vez estaba dejando que su imaginación le jugara una mala pasada. No se parecía a ningún código que hubiera oído jamás. No había ningún espacio claro que pudiera ir entre palabras, por ejemplo. ¿Había algún motivo para que los chasquidos se produjeran exactamente a la misma hora cada noche?

Podía ser un reloj defectuoso en uno de los grandes salones, o algo igualmente intrascendente..*Me pregunto cómo se transmite el sonido a través de las paredes.*

Se quedó dormida sin hallar ninguna solución. Soñó con relojes de bronce que latían con los suaves y justos ritmos de la ley natural.

El tercer libro estaba aún más gastado que los otros dos: era un romance sobre la vida en el Phylum Homínido-Estelar antes de que Lysos y las Fundadoras cruzaran la galaxia para forjar un nuevo destino. Tales relatos, que trataban de un modo de vida arcaico y obsoleto, podían ser fascinantes e instructivos. Pero Maia había leído bastantes cosas de ese género cuando tenía cuatro años, y se sintió decepcionada.

Como tantas otras, aquella narración se desarrollaba en Florentina, el único mundo del Phylum conocido por la mayoría de las escolares, ya que de allí había salido la expedición de las Fundadoras. En la historia incluso aparecía brevemente Perseph, una de las principales colaboradoras de Lysos. Pero en su mayor parte el éxodo sólo llegaba a entreverse, ya que quedaba fuera de la acción principal. Mientras tanto, la pobre heroína, una muchacha común de Florentina, sufría viviendo en una sociedad patriarcal en la que los hombres eran tan numerosos y primitivos que la vida sólo podía ser un infierno.

—¡No pretendía darle pie! —gimió Rabaka, cubriendo la parte izquierda de su rostro para que su marido no viera los moratones—. Sólo sonreía porque...

—¿Le SONREÍSTE a un desconocido? —rugió él—. ¿Te has vuelto loca? ¡Los hombres interpretamos cada gesto, cualquier posible pista como un signo de disposición! No me extraña que te siguiera y te empujara al callejón para hacerte suya.

—Pero yo luché... No conseguí...

—No importa. ¡Ahora tendré que matarlo!

—No, por favor...

—¿Lo DEFIENDES, entonces? —preguntó Rath con los ojos llameantes—. ¿Tal vez lo prefieres a él? ¿Te sientes quizás atrapada conmigo en esta casita, atada por nuestros votos permanentes?

—No, Rath —suplicó Rabaka—. Pero no quiero que te arriesgues...

Mas ya era demasiado tarde para controlar su arrebatado de furia.

Rath cogió el látigo de castigo que colgaba de la pared...

Maia sólo podía soportar un capítulo cada vez. El estilo era execrable, pero no era eso lo que le revolvía el estómago. La incesante violencia le repugnaba..¿*Qué clase de masoquista lee este tipo de cosas?*, se preguntó.

Si el objetivo era demostrar lo distinta que podía ser otra sociedad, el libro lo conseguía, de forma visceral. En Stratos, era inaudito que un hombre alzara la mano contra una mujer. Las Fundadoras habían dispuesto una aversión a nivel cromosómico, que se reforzaba de una generación a la siguiente.

Los apareamientos del verano eran la única posibilidad que tenían los hombres de transmitir sus genes, y las madres de los clanes tenían buena memoria cuando llegaba el momento de enviar invitaciones durante la estación de las auroras.

En Florentina, sin embargo, había un acuerdo distinto..*Matrimonio*. Un hombre. Una mujer. Unidos para siempre. Al parecer, las mujeres incluso *preferían* aquella semiesclavitud a una vida de soltería, porque muchos otros hombres recorrían las calles permanentemente en celo, siempre dispuestos a golpear.

Las brutales consecuencias descritas en la novela histórica página tras página dejaron a Maia asqueada cuando terminó de leerla.

Naturalmente, no había forma de saber hasta qué punto era exacta la descripción del Antiguo Orden en un mundo del Phylum. Maia sospechaba que la autora había exagerado un poco. Tal vez hubiera casos concretos como el descrito, pero de irles tan mal las cosas a todas las mujeres siempre, sin duda habrían envenenado a sus maridos e hijos mucho antes de que la capacidad para moldear los genes ofreciera soluciones alternativas.

Con todo, era suficiente para devolverle la fe a cualquiera..*Bendita sea la sabiduría de Lysos*, pensó Maia, trazando un círculo sobre su pecho.

Aquella tarde volvió a hacer ejercicio, corriendo, haciendo flexiones, subiendo y bajando de las cajas. Al anochecer, volvió a la ventana y descubrió que conseguía pasar por la estrecha abertura. Alimentó la idea de la huida hasta que llegó al extremo del pasadizo, desde donde era posible mirar directamente al suelo del valle... situado a cien metros por debajo.

.Se me podría ocurrir un plan. Encontrar un modo de abrir esas cajas. Tal vez empezar a fabricar una cuerda con el hilo sacado de las alfombras. Había

posibilidades, todas ellas peligrosas. Tendría que pensarlo. De todas formas, quedaba claro que tenía tiempo de sobra.

Cuando la noche cayó no había majestuosos flotadores-zoor que contemplar, aunque varios pájaros pasaron volando, deteniéndose en su viaje lo suficiente para atormentarla, burlándose de aquella tonta humana incapaz de volar y rodeada de piedra.

Maia se sentía demasiado agitada para intentar utilizar el sextante. Se bajó de la ventana, se quedó dormida temprano y tuvo sueños extraños durante la mayor parte de la noche. Sueños de huida. Sueños de fuga. Sueños de ambivalencia. De querer/no querer la compañía de alguien para el resto de su vida. ¿Leie? ¿Hijas clónicas? ¿Un.hombre? Imágenes de un ficticio aunque realista mundo Florentina la confundían con una mezcla de repulsión y fascinación.

Más tarde, cuando consiguió escapar, gimiendo, de un sueño en el que la enterraban viva, Maia despertó para encontrarse atrapada en las burdas y pesadas cortinas que usaba como sábanas, y tuvo que luchar para liberarse.

.No me gusta este lugar, pensó, cuando por fin pudo respirar. Se echó hacia atrás..*Me pregunto cómo se desteje una alfombra.*

La estrecha ventana mostraba una rendija de la constelación Yunque, así que ya había pasado la medianoche.

.Esta vez me he perdido los chasquidos, comentó una parte de sí. Al resto no le importó un ardite. Cuando el sueño la reclamó, no hubo más pesadillas.

Había dejado para el final el que parecía ser el mejor de los cuatro libros. Estaba impreso en buen papel y llevaba el sello de una editorial de Ciudad Cuerno. «Un clásico literari», proclamaba el destellante microanuncio de su portada, cuando le daba la luz. En la página de los créditos, Maia vio que la novela tenía más de cien años.

Nunca había oído hablar de ella, pero eso no era en absoluto sorprendente. La Casa Lamatia prefería enseñar a sus hijas-var habilidades más prácticas que las artes.

Ciertamente, el estilo era mejor que el de cualquiera de los otros libros. A diferencia de la fantasía histórica o el romance de basura-var, éste estaba ambientado en la vida cotidiana de Stratos. La historia comenzaba con una joven que realizaba un viaje acompañada de una compañera clónica de su misma edad. Llevaban contratos comerciales de ciudad en ciudad, entablando acuerdos, ganando dinero para su lejano clan. La escritora describía primorosamente muchos detalles de la vida en los caminos, del trato con burócratas y madres ancianas que, como caricaturas exageradas y divertidas, hicieron que Maia sonriera por primera vez en mucho tiempo. Bajo estos picarescos encuentros, la autora mantenía la tensión de una trama subyacente. Las cosas entre las dos protagonistas no eran como parecían. Maia

descubrió su secreto en el tercer capítulo.

La pareja no era clónica. Su «cla». era una ficción. Eran sólo una pareja de vars. Gemelas...

Maia parpadeó, sobresaltada..*Pero... ¡si ésa era nuestra idea! Es lo que Leie y yo planeábamos hacer.*

Miró la página, la furia convertida rápidamente en vergüenza..*¿Cuánta gente habrá leído ya este libro?* Tras pasar a la primera página, vio que las tiradas en papel solamente se contaban ya por cientos de miles. Y eso sin contar las versiones en disco, o de acceso flotante...

.Habríamos sido el hazmerreír de todas en el primer sitio donde lo hubiéramos intentado, comprendió Maia con horrorizado estupor. En retrospectiva, veía con repentina claridad cómo la idea tenía que habersele ocurrido a otras, incontables veces, incluso antes de que aquella novela fuera escrita. Probablemente montones de gemelas var tenían fantasías parecidas..*¡Al menos alguna de las madres Lamai tendría que haberlo sabido, y habernos advertido!*

Maia se detuvo..*¡Espera un momento!* Pasó las páginas y miró de nuevo los nombres de las protagonistas...

.¿Reie y Naia? No era extraño que le hubieran parecido familiares. Sacudió la cabeza, aturdida e incrédula..*¿Nos... nos pusieron los NOMBRES de los personajes de este libro maldito de Lysos?*

Maia se enfureció al pensar en la broma que Madre Claire y las demás les habían gastado. Al menos Leie se había librado de llegar a saber lo tontas que habían sido.

Tiró el libro al otro lado de la habitación y se arrojó llorando sobre la cama, llena de soledad y con una sensación de total abandono.

Durante dos días permaneció pasiva y se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo. Los chasquidos nocturnos ya no eran de su interés. Nada lo era.

Con todo, pasado el tiempo el aburrimiento empezó a penetrar incluso en la hosca autocompasión que Maia había forjado para sí misma. Cuando ya no pudo soportarlo más, pidió a sus carceleras que le trajeran algo para pasar el tiempo. Las mujeres se miraron una a otra, y respondieron que lo lamentaban, pero que no había más libros.

Maia suspiró y continuó picoteando su comida. Sus guardianas la contemplaron sombríamente, claramente afectadas por su estado de ánimo. No le importó.

Al principio, Maia solía hacerse la ilusión de que la rescataba alguna autoridad, como la oficiala de Equilibrio Planetario con la que había hablado, o las sacerdotisas del templo de Grange Head, o incluso un escuadrón de la milicia Lamai, con sus cascos de plumas brillantes. Pero ya no se hacía ninguna ilusión sobre su importancia en el gran esquema de las cosas. Tampoco llegaron noticias de Tizbe. Maia vio ahora que no había ninguna necesidad de que la mensajera de la droga o nadie más viniera a

visitarla o a interrogarla.

La esperanza no tenía lugar en la imagen que desarrollaba del mundo..*Incluso las Lerner están tan por encima de ti, que tienen que inclinarse para escupir.*

Recordó a Calma, allí de pie a la luz de la luna mientras Tizbe y las Jopland la hacían prisionera. Hasta ese momento, Maia la había considerado un individuo, una persona decente, un poco torpe y transparente, pero dulce a su modo..*Ahora lo sé bien... una clon es una clon. Thalla y Kiel tenían razón. ¡Todo el sistema apesta!*

Era sacrilegio, pero no le importó. Echaba de menos a sus amigas. Aunque sólo hubieran convivido unas cuantas semanas, habían compartido con ella la maldición de ser únicas, y comprenderían el sentimiento de traición y la desolación que ahora la embargaban.

Desesperada por tener algo que la rescatara de su depresión, Maia volvió a leer la novela escapista de basura-var, y la encontró más satisfactoria esta segunda vez. Tal vez porque se identificaba más con el deseo implícito de ver que todo se venía abajo. Pero entonces la terminó. Una tercera lectura carecería de sentido.

Ninguno de los otros libros merecía una segunda mirada.

Como en letargo, pasó la tarde en lo alto de su pirámide improvisada, contemplando la llanura desierta. Era un mar de hierba en el que podías perderte si no sabías lo que hacías. Le pareció ver acá y allá rasgos regulares, como los restos de edificios destruidos. Pero nadie había vivido jamás en aquella árida llanura, por lo que sabía.

A la mañana siguiente, junto con el desayuno, las carceleras le trajeron algo nuevo. Era una caja grande y brillante con asa, como uno de esos caros maletines que a veces llevaban las viajantes ricas.

—Tenemos montones almacenados en otra habitación —le dijo una de ellas—. Hemos oído que es una forma de pasar el tiempo. Podrías intentarlo.

La mujer se encogió de hombros, como si con un discurso tan largo hubiera agotado su provisión de palabras para el día.

Cuando se marcharon, Maia acercó el maletín hacia donde había luz y abrió el sencillo cerrojo. La caja se desplegó en dos una vez, y luego las dos mitades volvieron a desplegarse. Más inteligentes dobleces invitaron a más despliegues hasta que por fin tuvo delante una superficie ancha y plana de material claro cubierta de líneas horizontales y verticales bellamente trazadas.

.Vida, advirtió. Maia nunca había visto un tablero como aquél; evidentemente un modelo caro, demasiado bueno para llevarlo al mar. Debía de ser del tipo que los hombres empleaban cuando estaban atrapados en el santuario, para distraerse durante la cuarentena de la estación cálida.

¡Me han traído un patarkal Juego de la Vida!

Era demasiado. Maia se rió con un toque de histeria. Se rió y se rió hasta que por

fin se secó las lágrimas de los ojos y suspiró, sintiéndose mucho mejor.

Entonces, a falta de otra cosa mejor que hacer, palpó el panel superior en busca del interruptor y conectó la máquina.

¿Por qué, en la naturaleza, es la relación macho-hembra casi siempre de uno a uno? Si los úteros son costosos mientras que el esperma es barato, ¿por qué hay tantos productores de esperma?

Es una cuestión de economía biológica. Si una especie produce menos hembras que machos, las hijas serán más apreciadas que los hijos. Toda mutación individual que lleve la tendencia a tener más hijas obtendrá ventaja, y la característica mutante cubrirá la laguna genética hasta que la proporción se iguale.

La misma lógica funcionará a la inversa si las planificadoras intentamos simplemente programar una escasa proporción de nacimientos de varones. Las primeras generaciones obtendrán los beneficios de la paz y la serenidad, pero las fuerzas de la selección natural recompensarán la producción de hijos, favoreciendo su aparición cada vez con más frecuencia, hasta llegar a anular la programación y a devolvernos al punto de partida. En cuestión de pocos siglos, este planeta estará, como cualquier otro, rebosante de hombres, con los subsiguientes ruidos y luchas.

Hay un medio de liberar a nuestras descendientes de este callejón sin salida bioeconómico. Darles la opción de autoclonarse. El éxito reproductor recompensará entonces a las mujeres que consigan tener descendencia tanto sexualmente como (y sobre todo) no sexualmente. Con el tiempo, el deseo de tener hijas idénticas al yo saturará la laguna genética. Será estable y duradero.

La opción de la auto-donación estimulada nos permite por fin diseñar un mundo en el cual el problema del exceso de varones quedará resuelto de forma permanente.

Maia ya conocía las reglas básicas. El Clan Lamatia quería que todas sus hijas, invernales y veraniegas por igual, se familiarizaran con la «peculiar obsesión masculina por los juego».. Ese conocimiento podía ser útil en cualquier estación para mantenerse en buenas relaciones con alguna cofradía masculina.

Había todo tipo de juegos. Muchos, como el póquer, el desafío, y la rueda, eran igualmente populares entre hombres y mujeres. Y aunque el ajedrez era tradicionalmente más del agrado de los hombres, cuatro generaciones de maestras planetarias supremas habían surgido del pequeño e intelectual linaje de clónicas Terrille. Lo cual podía explicar por qué cada vez más los hombres se habían volcado en el Juego de la Vida durante el último siglo o así.

Técnicamente, cualquier partida de Vida se había acabado antes de empezar. Dos hombres (o equipos de hombres) se enfrentaban en lados opuestos de un tablero consistente en un número indeterminado (de dos docenas a varios centenares) de líneas verticales y horizontales entrecruzadas. Durante la crucial fase preparatoria, cada bando colocaba por turnos filas de piezas en las casillas, entre las líneas, eligiendo ponerlas bien por la cara blanca o por la cara negra, hasta que el tablero quedaba lleno. Las piezas se programaban con reglas sencillas, o a veces se programaba el tablero mismo, dependiendo de lo ricos que fueran los jugadores y de la clase de equipo que pudieran permitirse.

De pequeña, Maia solía observar fascinada cómo los marineros de los barcos atracados pasaban horas dando cuerda a anticuadas piezas, o recogiendo las de energía solar tras haberlas dejado en los tejados, junto a los muelles. Los miembros de cada equipo podían pasar hasta diez minutos entre turnos agachados, discutiendo estrategias, hasta que el árbitro anunciaba el tiempo y tenían que colocar otra fila en su sector del terreno de Juego. Después de eso esperaban, cruzados de brazos, haciendo muecas desdeñosas mientras sus rivales debatían y colocaban su propia fila, al otro lado. Los equipos continuaban así alternativamente, colocando nuevas filas de piezas blancas o negras, hasta que se llegaba a la mitad del tablero con todas las casillas llenas. Entonces todo el mundo retrocedía. Tras pronunciar una antigua invocación, el árbitro extendía su bastón hacia la casilla de tiempo.

La mayoría de las mujeres encontraba todos los argumentos y aspavientos que conducían a aquel punto profundamente tediosos. Sin embargo, cada vez que una partida importante estaba a punto de celebrarse, la gente empezaba a llegar (desde pobres obreras vars a orgullosas miembros de clanes que bajaban de los castillos en la montaña), y se reunía para observar, esperando el golpe del bastón del árbitro...

¡Y entonces, de repente, las inactivas piezas despertaban!

A Maia le encantaba especialmente cuando los jugadores usaban los discos de

cuerda, que al captar el estado de sus vecinos respondían zumbando y agitando sus tablillas con cada latido del reloj, las piezas blancas convirtiéndose en negras, las negras haciéndose blancas, o permaneciendo misteriosamente inmóviles con la misma cara hacia arriba hasta la siguiente ronda.

El proceso se regía por normas preestablecidas. En la versión clásica de Vida, eran absurdamente simples. Una casilla con una pieza negra era definida como «viv».. La cara blanca significaba «no-viv».. Su estado durante una ronda dependía de la condición de sus vecinas durante la ronda anterior. Una pieza blanca «cobraba vid», volviéndose negra en el turno siguiente, si exactamente tres de sus ocho casillas vecinas (incluidas las de las esquinas) eran negras en esa ronda. Si una pieza era ya negra, podía permanecer así la ronda siguiente si tenía ya dos o tres vecinas vivas. Una más o una menos, y cambiaba de negra a blanca otra vez.

Alguien le dijo una vez a Maia que aquello simulaba los ecosistemas vivientes.

—Entre las plantas y especies animales, cada vez que la densidad de población aumenta demasiado en una zona, suele producirse un desastre. Todo el mundo muere. Del mismo modo, la muerte prevalece si la población es demasiado escasa.

La ecología vive de la moderación, o eso parecía demostrar el juego.

A Maia aquello le sonaba a racionalización. Estaba segura de que el juego recibía su nombre de las *pautas* que surgían en el tablero en cuanto el árbitro daba la señal de comienzo. Desde ese momento, cada pieza individual del juego permanecía en el mismo sitio, pero sus bruscos cambios de estado producían oleadas de blanco y negro que cruzaban la zona de juego a gran velocidad y con hipnótica complejidad. Incluso las misioneras Perkinitas, de pie sobre sus pedestales portátiles, interrumpían sus ataques a todo lo masculino lo suficiente para mirar y suspirar ante las atractivas y sinuosas olas.

Ciertas pautas iniciales parecían animarse por su cuenta. Una «deslizador», compacta podía, si se la dejaba sola, cruzar el tablero de un extremo a otro, cambiando de forma siguiendo una pauta de cuatro etapas que se repetían una y otra vez mientras avanzaba. Otro grupo podía parpadear en un sitio, o extender ramas colaterales que se reproducían, como flores que envían semillas que florecen a su vez.

A veces la pauta era el único objetivo. Había competiciones para generar formas en las que se premiaba el diseño final más complicado, o a la imagen más pura obtenida después de veinte, cincuenta o cien latidos.

Variaciones con reglas más complejas y piezas multicolores producían resultados aún más sofisticados.

Sin embargo, el juego se jugaba más a menudo como una batalla entre dos equipos. Su objetivo: plantear unas condiciones iniciales tales que, cuando el juego comenzara, el recorrido de las formas fuese el elegido y despejara el territorio del oponente, para que los últimos oasis de «vid». estuvieran en el lado de uno del

tablero.

Las competiciones podían parecer brutales en ocasiones, igual que en la naturaleza. Además de las deslizadoras y otras formas benignas, había «comedora», que consumían otras pautas y luego rebotaban en el borde para seguir recorriendo el terreno de juego tan voraces como siempre. ¡Diseños más sofisticados pasaban sin causar daños a la mayoría de las otras pautas, pero devoraban cualquier otra comedora con la que se topaban!

Las tripulaciones de los barcos atesoraban técnicas, trucos y tretas durante generaciones, aunque la estrategia de colocar las filas iniciales antes del juego era más un arte que una ciencia. Frecuentemente ambos equipos se quedaban boquiabiertos al ver lo que habían conseguido... pautas que surgían adelante y atrás durante casi una hora en formas que ninguno de los dos bandos había sospechado. Las tablas eran frecuentes. En verano, de vez en cuando se producían peleas entre quienes se acusaban de hacer trampas, aunque Maia no comprendía cómo nadie podía hacer trampas en la Vida.

Tenía que admitir que había algo estético en la simpleza esencial del juego y la intrincada e interminable variedad de formas que producía. De niña le había parecido atractivo, de una forma extraña, e incluso había intentado hacer preguntas. Tardó algún tiempo en recuperarse de las burlas y la humillación que éstas habían provocado, más por parte de las propias mujeres que de los hombres. De todas formas, a los cuatro años llegó a la misma conclusión que tantas otras mujeres de Stratos.

Bueno, ¿y qué?

Sí, las pautas eran interesantes hasta cierto punto, más allá de lo cual la pasión que los hombres vertían en el juego se convertía en un símbolo del abismo que separaba los sexos. Otros pasatiempos, como los juegos de cartas, implicaban al menos que la gente se mirara o conversase, por ejemplo. Era sorprendente tratar aquellas piecitas (cosas) como si estuvieran realmente vivas.

Y sin embargo allí estaba ella, en prisión, sin nadie más a quien mirar o con quien conversar, con todos los libros leídos y sin otra cosa que hacer sino contemplar el tablero desplegado. Maia reflexionó.. *Ya he intentado un par de cosas que las chicas no suelen hacer... como estudiar navegación.*

Sin embargo, eso era simplemente poco habitual. No inaudito. Aquel juego era otra cuestión. Si había mujeres en Stratos que habían conseguido ser expertas en la Vida, sin duda habían sido catalogadas como extrañas.

.Bueno, mejor rara que chalada, decidió. La furia y la soledad la esperaban al acecho, como tías no deseadas, dispuestas a dejarse caer a la menor invitación, provocando lágrimas inútiles e improductivas.. *Me volveré loca sin algo que me mantenga la mente ocupada.*

El tablero era suave al tacto. No había piezas físicas, sino que cada diminuta casilla se volvía negra en respuesta a un controlador electro-óptico inserto en la misma máquina. Recordó con cariño el viejo claqueteo.

Este sistema resultaba frío y remoto.

Veamos si puedo averiguar cómo va.

Un par de lucecitas brillaban en la pantalla. No tenía ni idea de lo que significaban PROG MEM o PREV.GAME. SAV. Ya exploraría esos detalles más tarde, cuando ya dominara el nivel más sencillo. En cuanto conectó la máquina, la mitad de las casillas a lo largo de los cuatro bordes del tablero se volvieron negras, de forma que una secuencia de cuadros alternativos serpenteó por todo el perímetro. Recordó que aquélla era una de las diversas formas de tratar con el problema del borde, o de qué hacer cuando las pautas móviles llegaban a los límites del terreno de juego.

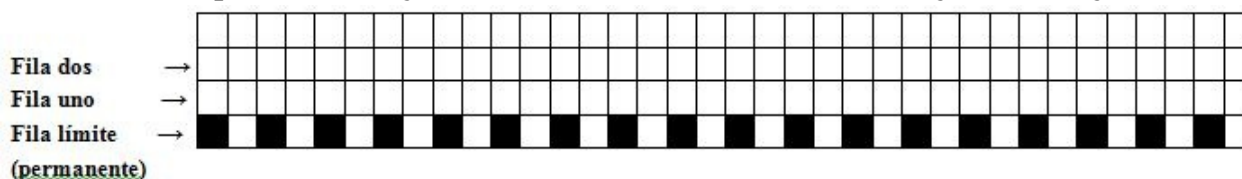
Idealmente, en el caso perfecto, no habría borde en absoluto, sólo una interminable extensión para dar espacio a las pautas donde crecer e interactuar. Por eso las grandes competiciones contaban con tableros inmensos, y se tardaban días, incluso semanas, en establecerlas. Maia recordó cómo un día, en la Casa Lamatia, el viejo Bennett le contó un secreto. Sofisticadas versiones electrónicas de la Vida, como la que tenía delante, podían seguir las pautas incluso después de que hubieran «dejado la vid», lo que implicaba que las entidades artificiales continuaban existiendo incluso a varios tableros de distancia, en alguna especie de espacio imaginario. Al principio, Maia estuvo convencida de que se estaba burlando de ella. Luego se sintió excitada, y se preguntó si alguna otra mujer lo sabía.

Más tarde lo comprendió: naturalmente las sabias de Caria lo sabían, ya que controlaban las factorías que fabricaban los tableros. Simplemente, no les importaba. Que una máquina continuara fingiendo que objetos imaginarios existían en algún reino ficticio que el jugador no podía ni siquiera ver era como la irreal multiplicación por una misma, manipulando piezas de réplicas de símbolos, que a su vez representaban cosas supuestas, que eran en sí mismas emblemas... Algunos de los clanes matemáticos de la Universidad de Caria probablemente estudiaban tales abstracciones, pero Maia dudaba que cometieran el error masculino de confundirlas con la realidad.

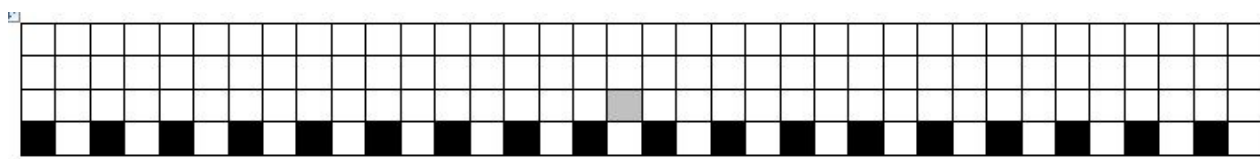
Resolver el problema del borde era otro asunto cuando los equipos se veían obligados a usar simples líneas trazadas en un muelle o una bodega de carga y se jugaba con piezas de cuerda o de batería solar. Como solución parcial, los hombres a veces colocaban filas de piezas estáticas blancas o negras, desconectadas, a lo largo del borde del terreno de juego, para intentar delimitar la acción. Maia sabía que el término en argot para el borde alternativo era «el espej», aunque sólo unas cuantas pautas de vida llegaban a reflejarse en el límite fijo del terreno de juego. Otras

simplemente eran absorbidas o destruidas.

Una pauta en el borde también hacía más fácil comenzar un juego, puesto que cada casilla de la primera fila ya tenía una o dos vecinas «viva». justo debajo.



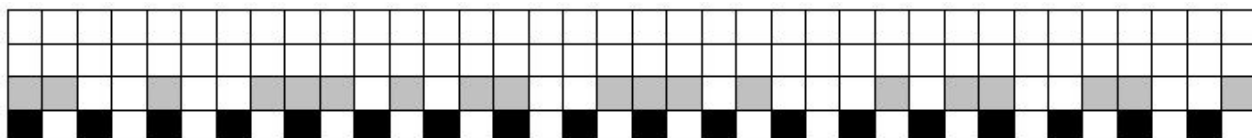
Tras sacar el fino punzón de escritura de su hueco en el panel de control, pulsó una casilla de la primera fila, que se volvió negra.



La solitaria casilla «vivent». nació con dos vecinas negras en la fila límite fija de abajo tocando sus esquinas inferiores. Ahora Maia le dio otra vecina negra, a la izquierda. Con tres vecinas negras, o vivas, la primera casilla activada permanecería «viv».... al menos durante la segunda ronda.

Maia suspiró..*Muy bien. Veamos si puedo hacer una escalera sencilla.*

Se abrió paso a través de la primera fila, volviendo negras unas cuantas casillas, dejando algunas en blanco, y así sucesivamente. Maia no se sentía todavía preparada para enfrentarse a condiciones de partida más complicadas, así que después de tocar unas cuarenta casillas consideró que era suficiente. El resto del tablero quedó intacto.

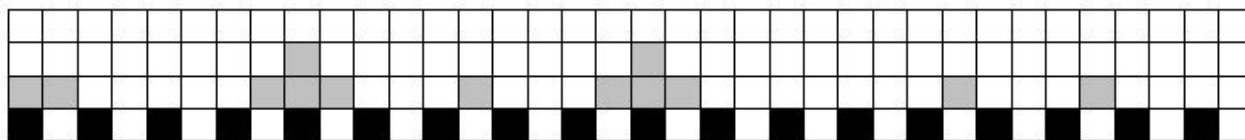


Conociendo las reglas, Maia podía suponer lo que podría sucederle a una casilla concreta la próxima ronda, contando cuidadosamente el número de vecinas negras que tenía.*ahora*. No hacía falta mucho esfuerzo para prever los destinos de hasta una docena de casillas, una o dos rondas en el futuro. Entonces se perdió. Para averiguar lo que sucedía a continuación, tendría que poner en marcha el juego.

Tras observar el panel de control, encontró un botón grabado con la figura de un hombre encapuchado que sujetaba una larga vara..*El símbolo del árbitro*, decidió Maia, y pulsó el botón. Una nota grave latió lentamente, la tradicional cuenta atrás. Al octavo latido el juego comenzó, y la fila activa onduló bruscamente. Cada vez que una casilla tenía el número adecuado de vecinas, fluctuaba. Entonces todas esas casillas se volvían o permanecían negras. Las que no pasaban la prueba se volvían o permanecían blancas. La pauta de cuadros alrededor del borde permaneció inalterable.

Ahora había algunas casillas negras en la *segunda* fila activa, además de en la

primera. Unos cuantos puntos de la zona anteriormente blanca habían adquirido las condiciones para cobrar vida.



Con la siguiente cuenta murieron más casillas, y a la cuarta ronda sólo alguna posición cobró vida en la tercera fila. Maia vio con ligera decepción que había elegido una secuencia perdedora por su condición inicial..*Ah, bien.*

Esperó hasta que el último amasijo de puntos negros expiró, y de inmediato lo intentó otra vez con una nueva pauta a lo largo de la primera fila.

Volvió a suceder casi lo mismo, excepto en el extremo izquierdo, donde una entidad tomó forma: un pequeño grupo de células que se encendían y apagaban en una pauta repetida una y otra vez..*Oh, sí,* recordó Maia..*Eso es un «microbi».*

Mientras sus partes individuales fluctuaban con distintos ritmos, cada unidad eligiendo un tempo distinto para aletear de oscuro a claro o negro otra vez, la configuración aislada en conjunto continuó renovándose. Después de veinte latidos, el resto del tablero quedó vacío, pero aquella pequeña zona permaneció estable, repetitivamente persistente. Maia sintió un arrebató de placer al haber reinventado una de las más simples formas de Vida en su segundo intento. Borró el tablero y empezó otra vez, creando microbios por todo el borde inferior. Si dejaba las piezas solas, éstas girarían y parpadearían en el mismo sitio hasta que se agotaran las pilas.

Hasta ahí llegó su suerte de principiante. Maia pasó gran parte de la siguiente hora experimentando sin hallar ninguna otra forma autoconsistente. Fue frustrante, ya que recordaba que algunas de las clásicas eran absurdamente simples.

Un chasquido metálico tras ella anunció la llegada de las guardianas con el almuerzo. Maia se levantó, extendiendo los brazos y combatiendo un tirón en la espalda. Sólo cuando se acercó a sentarse a la mesa, y notó que las fornidas mujeres la miraban, se dio cuenta de que estaba *canturreando*, y de que debía llevar haciéndolo algún tiempo.

¡Huh!, pensó Maia. Pero claro, no era sorprendente alegrarse de que algo la hubiera sacado de sus preocupaciones durante un rato..*Veremos si esta diversión dura tanto como los libros.* A lo que añadió..*No contéis con que me distraiga tanto como para no advertir, mis gordas vigilantes Guel, si alguna vez bajáis la guardia, o dejáis de venir por parejas. Algún día os despistaréis. Estoy vigilando.*

Tras la sosa comida, evitó a propósito el tablero y se dirigió a su «gimnasi», formado por alfombras y cajas.

Corriendo sobre el terreno, haciendo flexiones, estirándose, Maia se entretuvo hasta que un cálido y agradable dolor se extendió desde sus hombros a sus tobillos. Entonces se quitó la ropa y usó el agua de la jarra para lavarse. Por fortuna, había un

pequeño sumidero en el suelo para llevarse el agua sucia.

Mientras se secaba, examinó su cuerpo. Después de meses de duro trabajo, era natural que encontrara músculos allí donde antes no se le notaban. Tampoco le importaron las pequeñas cicatrices que cubrían sus manos y antebrazos, todas producto del trabajo honesto. Lo que le sorprendió fue un pronunciado desarrollo de sus pechos. Desde su última inspección, habían pasado de pequeños a apreciables... o a lo bastante grandes para que le dolieran un poco tras todo el ajetreo de la última hora. Naturalmente, era voz común que las madres Lamai transmitían un gen dominante para esto. Rara vez dejaban a sus hijas-var sin dotar. Con todo, predecible o no, era un acontecimiento. Y Maia nunca había esperado celebrarlo en la cárcel.

De hecho, siempre había imaginado compartirlo algún día con Leie.

Sacudiendo la cabeza, se negó a dejarse arrastrar por la pena. Para distraerse, se acercó a la alfombra y se sentó ante el simulador electrónico de Vida.

.Si al menos hubiera un manual, o algún programa instructor que seguir con este maldito juego. Maia había visto a los hombres de los muelles con gruesos libros de referencia, que consultaban entre partidas. También debía de haber tratados sobre el tema, escritos por antropólogas, archivados en la Universidad de Caria y en las bibliotecas de las grandes ciudades. Ninguno de ellos le servía de nada allí.

Aquellas dos lucecitas volvieron a atraer su atención. PROG MEM decía una de ellas..*¿Una especie de memoria? Para programas preestablecidos y almacenados, supongo.*

El otro botón decía: PREV.GAM.STOR..*¿Almacenamiento de partidas previas?*

Había supuesto que el tablero era nuevo, traído para unos hombres que ya nunca llegarían. Pero la luz parpadeaba, así que tal vez había una partida anterior en la memoria.

.Bueno, supongo que podría repetirla y aprender de ella un par de cosas, pensó, y luego advirtió una diminuta ventana con una fila de letras. **REGLA VARIANTE: RVR SBL CA 897W**, decían misteriosamente. Maia hizo una conjetura. Algunos hombres cambiaban las reglas, como si la Vida no fuera ya bastante complicada. Podían hacer falta *cinco* vecinas vivas para que una casilla negra permaneciera con vida. O el programa hacía que las casillas de la izquierda fueran más influyentes que las de la derecha. Las posibilidades eran interminables, lo que convertía todo el tema en algo todavía más absurdo para la mayoría de las mujeres.

.Oh, es una idiotez. Nunca aprenderé nada de esto. Maia se detuvo, pulsó por impulso el botón para ver qué contenía la memoria. Inmediatamente, el tablero se puso en acción. Primero el límite de sus bordes se contrajo hacia dentro desde todos los lados, hasta que quedó reducido a un número mucho más pequeño de casillas. Contó cincuenta y nueve por cada lado. Rodeando la zona de juego había una frontera mucho más compleja que la simple pauta de espejo de antes. El tablero parpadeó otra

vez, y de inmediato la zona que quedaba dentro del nuevo límite se convirtió en un caos. Una extensión irregular de puntos negros cubrió las nueve primeras filas; eran como chocolatinas esparcidas sobre una tarta de cumpleaños.

.¡Lysos! Aquello estaba muy por encima de las posibilidades de Maia. El botón BORRAR parpadeaba... pero la curiosidad retuvo su mano. Después de todo, aquello le habría supuesto un montón de esfuerzo al propietario anterior del juego. Si no por otra cosa, las pautas serían bonitas de contemplar.

Con un suspiro, tocó el símbolo del árbitro. El reloj empezó su cuenta atrás, ocho, siete, seis, cinco, cuatro...

Los puntos empezaron a danzar. Cada vez que un espacio en blanco tenía el número adecuado de vecinas, en la siguiente ronda una casilla negra, o viva, ocupaba su lugar. Otras que habían sido negras, pero que no cumplían los requisitos programados, se volvían blancas en la tanda siguiente. Con cada golpe de reloj, las pautas cambiaban en oleadas, algunas fragmentándose o esparciéndose tras tocar el límite, mientras que otras permanecían negras, aumentando el remolino de dentro. Formas efímeras aparecían y se desvanecían como burbujas al pasar por el plano del tablero. Maia sólo pudo exhalar un suspiro cuando las oleadas chocaron contra entidades estables, transformándolas. Vio deslizadoras y advirtió su sencilla forma triangular aplastada. En una esquina apareció una «pistola deslizador», que escupía pequeñas flechas aleteantes a intervalos regulares por todo el tablero. Hubo colisiones espectaculares.

Contemplar aquello era asombroso. Maia se preguntó si no resultaría ser uno de esos programas autocontenidos que mantenían el tablero en estado de flujo perpetuo mientras la máquina estuviera conectada, la disposición de cada momento diferente a la anterior.

Entonces, el ritmo empezó a decaer. Entidades que zigzagueaban rápidamente empezaron a fundirse en unidades complejas pero estacionarias, dispuestas en cinco columnas a lo largo del tablero. Cada una de ellas experimentó una nueva evolución; el ritmo de cambio se redujo aún más hasta que convergieron en lo que Maia supuso que sería una forma final, establecida de antemano.

Pudo verlo suceder. Cada etapa derivaba de la precedente. Con todo, se llevó una sorpresa cuando las pautas se convirtieron en letras individuales.

Palabras.

¡SOCORRO! EN PRISIÓN

39° F8 16' N, 67° F8 54' E

Las letras fluctuaron, como vistas a través de agua turbia, sus componentes aún encendiéndose y apagándose intermitentemente según reglas establecidas,

inconscientes de ser algo más que dos filas de columnas separadas.

Sólo colectivamente tenían un significado, y éste empezó a disolverse mientras las firmes leyes matemáticas rompían la cohesión en espirales de nuevo caos. Una nueva fuerza entró en acción. Los parches blancos se extendieron, devorando las breves pautas.

Se acabó en cuestión de segundos. Maia contempló el tablero ahora vacío, monótono, intentando convencerse de lo que había visto: *un significado*, sorprendente e imprevisto.

Muchas especies usan pistas medioambientales para fomentar la reproducción en ciertas épocas, y dejar que el resto del año sea pacífico y tranquilo. Los humanos han perdido esta antigua ligazón con el calendario, lo que ha provocado nuestra incesante obsesión por el sexo y nuestro sometimiento a él.

Ha llegado el momento de restaurar la sabiduría a nuestro ritmo de vida, de restablecer la serenidad y la previsión al ciclo de nuestros años. Stratos parece ideal para este propósito, con sus claras estaciones que cubren todo el planeta. El promedio de nacimientos que prevemos (de clones e hijos al viejo estilo, obtenidos sexualmente) no tiene por qué estar sometido a una programación. Surgirá de modo natural de los períodos irregulares de impregnación potencial intercalados en los largos lapsos de calma relativa.

Hay muchos efectos medioambientales que podemos utilizar como pistas para impulsar el deseo en los momentos adecuados. Tomemos las increíbles auroras del apogeo del verano en todo el planeta, cuando éste se acerca más a la diminuta y feroz Estrella Wengel. Si los chimpancés macho se excitan visualmente por un simple destello de rosa femenino visto a lo lejos por entre el bosque, ¿nos resultará difícil programar una respuesta al color similar en nuestros machos, disparada por esas sorprendentes exhibiciones en el cielo? Del mismo modo, la escarcha especial del invierno señalará cambios en las descendientes de nuestras mujeres, preparándolas para la donación amazonogénica.

Habrán efectos secundarios que no podemos predecir, pero la posibilidad de error no debería detenernos. Sólo estamos sustituyendo un conjunto de estímulos e impulsos bastante arbitrarios por otro. De hecho, las nuevas reglas serán más flexibles y variadas que las monótonas lujurias de antaño.

Una cosa permanecerá constante. No importa qué cambios efectuemos, el drama del nacimiento y la vida seguirá siendo una cuestión de elección, de mente. No somos animales, después de todo. El medio puede sugerir, puede provocar. Pero, en última instancia, nuestras descendientes serán seres pensantes.

Es a sus pensamientos, sentimientos y fuerza de voluntad que deberán su modo de vida.

Alrededor de la medianoche, las pautas llenas de estrellas del cielo de invierno se alzaron sobre las altas montañas que coronaban el horizonte oriental, proyectando deslumbrantes reflejos sobre los glaciares atrapados en los valles alpinos. El torrente celestial del verano había pasado, reducido a un deslizamiento planetario mientras Stratos elevaba su órbita elíptica hacia la estación más larga. Pasarían más de dos años terrestres antes de la gran zambullida hacia la primavera. Hasta entonces, el Pelicano de Eufrosyne, Epona y el Delfín Danzante serían los ocupantes regulares del alto trono de la noche.

Maia solía preguntarse a menudo cómo sería la vida en Florentina, o incluso en la Vieja Tierra. Muy extraña, imaginaba, y no sólo debido a las primitivas pautas de reproducción que aún se seguían allí. Había leído que en la mayoría de los mundos habitables, las estaciones eran debidas a la inclinación axial, y no a la posición orbital. Y el invierno era una época de *mal* tiempo.

Aquí, bajo la densa atmósfera de Stratos, las necesarias pero breves interrupciones del verano pasaban rápidamente y se olvidaban pronto, mientras que el invierno propiciaba un largo período de plácida seguridad.

Las nubes llegaban en frentes periódicos, descargando su húmeda carga sobre los continentes, y luego recargándose en los mares. Durante intervalos previstos entre tormentas, el sol nutría amablemente las cosechas ansiosas de luz, superando a su compañera, la Estrella Wengel, con tanta fuerza que la enana blanca no era más que un leve destello en el cielo diurno, demasiado tenue para provocar siquiera a un marinero de permiso. De noche, ninguna aurora destellaba, sólo constelaciones salpicadas, parpadeando como locas entre la inquieta corriente estelar.

.Pronto será el Día del Final del Otoño, pensó Maia, contemplando cómo la constelación Thalia ascendía lentamente hacia su cenit..*Decorarán Puerto Sanger. Todas las casas de placer cerrarán hasta mediado el invierno, y los hombres de los santuarios atravesarán las puertas abiertas de par en par, haciendo aviones de papel con sus antiguos pases de visitante. Recibirán dulces y sidra, y los niños montarán en sus hombros, y les tirarán de las barbas, haciéndoles reír.*

Aunque la época del celo había pasado ya antes de que Leie y ella emprendieran su aciago viaje, el Día del Final del Otoño marcaría el verdadero inicio del extenso tiempo de paz del invierno, y duraría casi la mitad de las largas e irregulares estaciones, durante las cuales los machos eran casi tan inofensivos como los lúgars y el mayor problema era hacer que levantaran la cabeza de sus libros, sus tallas o sus juegos de tablero. La mitad de la Guardia de la ciudad se desbandaría hasta la primavera. ¿Qué necesidad había de patrullas, con las calles tan seguras como las casas?

Maia ya sabía que probablemente nunca volvería a celebrar el Día del Final del Otoño en Puerto Sanger. Pero nunca había imaginado que pasaría en prisión un día de fiesta. ¿Estaría aquí también para el Día del Lejano Sol?

De algún modo, dudaba que sus carceleras lo celebraran y ofreciesen ponche caliente y amuletos de la suerte a las transeúntes (¿qué transeúntes?). Tampoco era probable que ninguna de las guardianas Guel se disfrazara como la Dama de Escarcha, cargara con la escalera mágica, agitase su vara de los deseos y regalara dulces y matracas a las niñas buenas.

¡No, maldita sea! ¡El Día del Lejano Sol estaré lejos de aquí! Combatió una oleada de añoranza del hogar.

Maia descartó aquellos pensamientos y alzó su sextante en miniatura, concentrada en el problema inmediato.

No podía estar segura de la hora exacta, mucho menos de la fecha. Sin un reloj de precisión, era imposible fijar con seguridad su posición este-oeste, aunque el instrumento funcionara perfectamente. Medir la longitud iba a ser difícil.

Pero no hacía falta la hora exacta para calcular la *latitud*. Sólo tenías que conocer el cielo.

.Ojalá tuviera aquí mi libro de efemérides, pensó, preguntándose si la jefa de estación de Holly Lock habría tirado ya su petate, junto con sus exiguas posesiones. El delgado volumen contenía las posiciones de las principales estrellas con toda la precisión necesaria. Sin él, tendría que hacer uso de la memoria.

Maia apoyó los codos en el alféizar de la estrecha abertura en la pared, y tomó otra referencia de Taranis, un compacto macizo estelar donde se decía que el Enemigo había destruido dos planetas antes de encontrar la derrota en Stratos. Girando un dial, movió la imagen en su indicador hasta que besó el borde del horizonte sur en el diminuto espejo del sextante. Bajó el aparato para poder mirar el dial, y anotó otra cifra en su cuaderno.

Al menos encontró una solución inmediata al problema de los utensilios de escritura. Cerca de la base de su improvisada pirámide de observación, torpemente cubiertos por las alfombras apiladas, yacían los restos de una caja de almacenaje. Maia se había debatido con ella durante más de una hora, poco después de la puesta de sol, para subirla hasta aquí, junto a la ventana. Luego, justo medio segundo después de empujarla, la caja se precipitó desde aquella altura contra el suelo de piedra.

El estrépito fue horrible, y las guardianas acudieron a la puerta, murmurando preguntas. Pero Maia consiguió convencer a las Guel, gritando que, simplemente, se había caído mientras hacía ejercicio.

—Pero estoy bien. ¡Gracias por preocuparos!

Tras una larga pausa, las Guel se marcharon por fin, gruñendo. Maia no se atrevió

a contar con que su falta de curiosidad resistiera a una repetición del suceso. Por fortuna, el golpe había aflojado varias tablas y esparcido papel y utensilios de escribir por el suelo. Las estrellas ya habían salido. Durante la hora siguiente, aplicó sus oxidadas artes de navegación a fijar el emplazamiento de aquella prisión de la altiplanicie.

Maia acercó el cuaderno de notas a la tenue luz de Durga y sumó el resultado final..*La longitud es aproximadamente la del mensaje, pensó..;Y la latitud es casi idéntica!*

Al principio, al contemplar el mensaje que había aparecido de manera tan sorprendente en el tablero del Juego de la Vida, llegó a la conclusión de que debía de ser una broma de mal gusto. Alguien en la fábrica debía de haber insertado la súplica, igual que, de niñas, Leie y ella solían abrir con cuidado nueces petu y sustituir la carne con pedacitos de papel que decían: «¡Socorro! ¡Las ardillas nos tienen prisioneras en un árbol petu!».

Ahora sabía que no. El mensaje no había sido codificado antes de ser enviado. Quien lo había introducido en la memoria lo había hecho en un emplazamiento muy cercano. A unas decenas de kilómetros. Sin embargo, no había visto ningún signo de ciudades o habitáculos cerca del monolito de piedra. Era dudoso que el paisaje pudiera esconder ninguno.

En efecto, eso sólo podía significar que quien lo había escrito vivía en aquella misma torre, quizás a sólo unos metros de distancia. Maia se sintió un poco culpable de que la situación de otra persona le produjera tanta alegría.

.No me alegro de que estés encarcelada, pensó..*¡Pero Lysos, es bueno no seguir estando sola!*

Debían de encontrarse en situación similar, encerradas en cámaras de almacenaje no diseñadas como celdas, pero igualmente efectivas de todas formas. Sin embargo, la otra prisionera había demostrado estar llena de recursos. Al encontrarse en una habitación llena de aparatos orientados hacia el recreo de los varones, había conseguido planteárselos como un medio para enviar el equivalente de mensajes en una botella.

Maia reflexionó sobre el ingenioso plan de la otra reclusa. Aquellos aparatos electrónicos eran costosos, y las matriarcas de Valle Largo no eran derrochadoras. Tarde o temprano, harían que los juegos y otras amenidades fueran enviados para ser revendidos... quizás a algún santuario en la Costa, o a una cofradía marinera... hasta caer en manos de alguien capaz de leer el mensaje programado. Cualquier marinero sabría entonces de inmediato dónde había una persona retenida contra su voluntad.

Eran suposiciones, por supuesto. Las madres del Clan Perkinita tal vez no se dispusieran a reducir sus pérdidas en los santuarios inconclusos hasta estar absolutamente seguras de que la droga funcionaba. Eso podría requerir algún

tiempo..Y eso tampoco era todo, pensó Maia cínicamente..Aunque los juegos fueran enviados, y asumiendo que de camino los mensajes no sean borrados o leídos por gente inconveniente... Aunque alguien lea la petición e informe de su existencia, ¿luego qué?

No podía decirse que las autoridades planetarias tuvieran enjambres de poderosos aparatos aéreos o ejércitos que enviar al otro extremo del mundo en un instante, sólo para corregir lejanas injusticias. Caria City guardaba las fuerzas de las que disponía para casos de emergencia. Lo más probable era que enviaran a alguna investigadora o magistrada solitaria a hacer el largo camino... por mar, luego en tren y a caballo, lo que supondría que tardaría casi un año en llegar, si llegaba.

Suponiendo que todavía estemos aquí para entonces.

Maia no estaba segura de poder aguantar tanto. La otra prisionera tenía mucha más paciencia.

.Con todo, es un plan mejor que ninguno que se me haya ocurrido a mí. ¡Imagínate, hacer todo eso con un Juego de la Vida!Sin toda una vida de experiencia, ¿quién podría haber creado un mensaje como aquél partiendo de cero?

¿Un hombre? Maia hizo una mueca de desdén. Alguien con las habilidades de una sabia, sin duda.

Ojalá pudiera conocerla. Hablar con ella. Tal vez haya una forma.

Maia supuso que debía de ser casi medianoche. Estaba a punto de asomar la cabeza a la ventana otra vez, para comprobar el progreso de las estrellas, cuando súbitamente lo oyó empezar. El molesto chasquido.

Rápidamente, alzó el cuaderno a la luz de la luna y empezó a tomar notas. Una raya por cada click, un punto por cada latido que duraba cada pausa. Tras unos veinte segundos, se detuvo y leyó el fragmento inicial.

—Click, click, pausa, click —recitó lentamente—. Click, click, pausa, pausa... sí. ¡Estoy segura de que es lo mismo que la otra noche!

Maia se guardó el cuaderno en el cinturón y se bajó de la pirámide de cajas con tanta rapidez que la inestable estructura se tambaleó. Casi al pie, se enganchó con un pliegue de 1a alfombra y acabó cayendo de bruces.

Ignorando las magulladuras, se puso rápidamente en pie.

—¿Dónde está? —susurró, concentrándose. Escrutando la oscuridad, se orientó por el oído hasta la pared este.

Se agachó, pasó la mano por la fría piedra, tuvo que arrastrarse a la derecha, apartando cajas y bultos. Más allá de una pila de cojines, sus dedos se toparon con lo que parecía una pequeña placa de metal, situada muy abajo, cerca del suelo. ¡Los chasquidos sonaban ahora muy cerca!

Al palpar los contornos de la placa, la mano de Maia rozó un diminuto botón en su centro, que bruscamente iluminó la zona con cegadora electricidad azul.

Reaccionó de golpe, se apartó volando y aterrizó con fuerza.

Durante seis u ocho latidos, Maia permaneció sentada en el frío suelo, aturdida, chupándose las doloridas yemas de los dedos antes de recuperarse lo suficiente para arrastrarse de nuevo, arrojando cojines en todas direcciones, haciendo sitio hasta que vio que pequeñas chispas acompañaban cada chasquido audible e iluminaban momentáneamente la placa de la pared.

Es curioso que no lo advirtiera antes. ¡Probablemente porque estaba buscando pasadizos secretos y trampas!

Como queda demostrado, nunca se aprende nada útil en las novelas de fantasía.

Hasta ese día, nunca se había planteado que pudiera haber formas de recibir mensajes en su celda, o que aquellos irritantes chasquidos pudieran contener de verdad un código. ¿Pero qué otra cosa podían ser? ¿Podría algo puramente aleatorio, como un cortocircuito, seguir una misma pauta dos noches seguidas?

Todavía temblando, sacó cuaderno y lápiz y siguió copiando los destellos intermitentes que aparecían ante ella. Incluso con sus ojos adaptados a la oscuridad, Maia apenas podía ver las marcas que hacía..*Nos preocuparemos por eso a la luz del día*, se dijo cuando los chasquidos cesaron, unos cinco minutos más tarde..*La suerte empieza a venir a mi encuentro.*

Sabía que había pocas pruebas que apoyaran tan rápida conclusión. Pero la esperanza, ahora que la había probado, era un guiso mareante. Tras guardar el cuaderno bajo un montón de ropas de cama, Maia se cubrió con sus improvisadas mantas y trató de dormir.

No fue fácil. Sus pensamientos chocaban con fantasías e improbables escenas de rescate, como la mujer policía de Caria, que llegaba en un gran zep'lin agitando decretos sellados. Otras imágenes eran menos alegres.

Los recuerdos de Leie volvieron a llenarla de desesperación. En los esporádicos momentos de total lucidez, se preguntaba si los chasquidos eran realmente un mensaje. En ese caso, ¿iba dirigido a ella en concreto?

.Idiota, pensó mientras atravesaba capas de semisueño..¿Cómo podría saber nadie que estás aquí?

Finalmente, soñó con Lysos.

La Fundadora iba vestida con una túnica ondulante, y estaba sentada con montones de moléculas a un lado, que ensartaba de una en una, como perlas de un collar o bolitas de madera de un ábaco. Las cadenas moleculares *chasqueaban* cada vez que otra molécula se unía a la sarta. Lysos canturreaba suavemente mientras trabajaba uniendo los segmentos de ADN en una cadena interminable.

Le hicieron falta dos noches más para copiar el mensaje entero y confirmar que tenía razón; fue un ejercicio de paciencia distinto a todo lo que Maia había conocido

desde que Leie y ella trabajaron para resolver la puerta secreta de la bodega de Lamatia. Pero el tiempo invertido fue necesario. Sólo al tercer día Maia se sintió preparada para cargar el código entero en el tablero del Juego de la Vida. .

Empezó asegurándose de que el tablero estaba conectado con las mismas reglas especiales que antes, cuando transmitió aquel «mensaje en la botell».. La ventanita decía: **RVRSBL CA 897W**. Maia esperaba que el programa desentrañara el sentido de los chasquidos nocturnos. Como antes, la zona de juego se contrajo hasta quedar reducida a un cuadrado de cincuenta y nueve casillas de lado, rodeado por un borde complejo.

.Muy bien, vamos a ponerlo en marcha. Maia comenzó trabajosamente a convertir cada chasquido transcrito en una casilla negra, y a dejar un espacio en blanco allí donde había un segundo de pausa. Al completar una fila de cincuenta y nueve, continuó marcando el siguiente nivel, colocando el supuesto mensaje hacia delante y hacia atrás como una serpiente que escalara una pared de ladrillo. Después de lo que le parecieron horas, terminó de encajar la secuencia entera en el espacio asignado. ¡No podía ser una coincidencia! La mezcla de puntos resultante no tenía ningún significado visible.

Agotada, se sintió aliviada al oír las llaves en la puerta. Maia cubrió el tablero, aunque probablemente no importaría nada que las Guel lo vieran. Le dolían los músculos y las articulaciones tras pasar tanto tiempo inclinada sobre la máquina..*Será mejor que todo esto merezca la pena*, pensó mientras comía en silencio bajo la sombría mirada de su guardianas.

Si me he equivocado aunque sólo sea en un espacio, podría estropearlo todo. ¿Y si no funciona?

La respuesta era obvia..*Lo intentaré otra vez. ¿Qué otra cosa puedo hacer?*

Las guardianas se llevaron la bandeja y corrieron el cerrojo. Sin aliento, Maia regresó al tablero y volvió a comprobar punto por punto su transcripción. Cruzó los brazos y se tiró de los lóbulos de ambas orejas para desearse suerte; luego pulsó el botón de comienzo.

Ciclones giratorios de latientes formas de Vida le dijeron al instante que tenía razón. ¡Los chasquidos nocturnos pretendían esto! Eran una receta. Un complejo juego de condiciones para este extraño juego. A pesar de las reglas variantes, la mayoría de las pautas fueron reconocibles de nuevo. Dos cañones de deslizadores lanzaron aleteantes formas de cuña por un terreno cubierto de microbios y comedores, bengalas y dientes de león.

Docenas de otras formas se mezclaron y separaron. Una «ecologí». se expandió para llenar toda la disposición de cincuenta y nueve por cincuenta y nueve. Maia esperó junto al tablero, lápiz en mano, pero las pautas eran tan atractivas que casi se quedó si aliento cuando las caóticas formas se unieron de repente en hileras de letras

ondulantes.

CY, DI GRVS IMAT

49° 16' 67° 54'

NO TRATO W/ ODO!

DEJAR SI NEC

Una vez más, el mensaje empezó a disolverse casi en cuanto tomó forma. Maia lo anotó apresuradamente antes de que se borrara junto con todos los otros restos «viviente». del tablero. Pronto éste quedó pálido y vacío ante ella. Contempló la versión copiada de la misiva de cuatro líneas, y la leyó una y otra vez.

Claramente, no iba dirigido a ella, después de todo. Varias de sus fantasías favoritas se evaporaron. No importaba. Había más que suficiente para empezar a especular sobre la intención de la remitente..¿Podría «C». referirse a una amiga o a una compañera de clan de la otra prisionera? ¿Es «GRV». un grupo o clan lo bastante poderoso para venir a liberarla? La imaginación plantearía a Maia las ideas más descabelladas si se lo permitía, así que permaneció firmemente pegada a tierra. La otra prisionera tal vez fuera una rival de negocios de las Perkinitas locales; tal vez las Jopland y sus aliadas la retenían aquí para obtener un trato más favorable.

La última frase del mensaje, pidiendo ser abandonada si era necesario, parecía más sombría. ¿O se equivocaba al asumir que significaba «dejadme si es necesari»?

¿Podría tener algo que ver con la droga que hacía que los hombres entraran en celo en invierno?

Posiblemente la otra prisionera no era más virtuosa que Tizbe o las Jopland, sino solamente una competidora.

Eso apenas importaba en aquel momento. Ahora mismo Maia no podía ser quisquillosa respecto a sus aliadas.

Lo más extraño era que aquel mensaje, a diferencia del que Maia había leído antes, parecía dirigido no a cualquiera que pudiera encontrarlo al azar, sino a alguien en concreto. Usar los juegos revendidos para enviar notas «en una botell». podía haber sido una vía alternativa, un plan de contingencia. Estos episodios de chasquidos nocturnos parecían dirigidos a algo más inmediato, como si la prisionera pretendiera que sus mensajes llegaran mucho más rápido y de forma más directa.

Maia recordó la placa de metal en la pared. Chispas en la noche.

El lugar debía de estar preparado para tener teléfono o cualquier otro tipo de enlace de comunicación, supuso Maia. Como antes nunca había estado en un santuario, no tenía motivos para sorprenderse por eso, aunque se sorprendió..*Tal vez los hombres lo exigen en el diseño antes de mudarse. Me pregunto para qué lo necesitarán.*

Fuera cual fuese el propósito original del cable, la otra prisionera lo estaba usando para algo muy claro... para enviar pulsaciones eléctricas. ¿Pero adónde? Por lo que Maia podía deducir, los cables no estaban conectados a nada.

Otra posibilidad la asaltó..*¿Está la otra prisionera utilizando el cable como... antena? ¿Intenta enviar un mensaje por radio?* Maia sabía en teoría que se generaban ondas de radio empujando los electrones rápidamente de un lado a otro de un cable. Pero los aparatos caseros comunes como los que se utilizaban a bordo de los barcos (distanciados incontables generaciones de sus antiguos orígenes) se fabricaban en sólidos bloques y se vendían en unidades más pequeñas que la palma de la mano. Probablemente sólo unas cuantas personas en las universidades comprendían cómo se construían.

Debe de ser una sabia. ¡Retienen prisionera a una sabia en este lugar!

Maia recordó la tarde en Lanargh, cuando Leie y ella vieron el noticiario, y oyeron la misteriosa oferta de una «recompensa por información».. ¡Tal vez se trataba de esto!

Tengo que ponerme en contacto con ella. ¿Pero cómo?

Se decidió. Primero tendré que escribir un mensaje.

No podría hacerlo como lo hacía la sabia, codificando condiciones de inicio en las reglas del Juego de la Vida para que se convirtieran en palabras escritas después de un millar de movimientos complejos. Y un tanto asombrada, Maia comprendió que no tenía por qué hacerlo. Después de todo, el truco de enviar un mensaje en una botella, o un mensaje por radio, implicaba codificarlo para que, con suerte, sólo el receptor adecuado lo descifrara. Pero Maia no intentaba comunicarse con nadie que estuviera más allá de los muros de aquel santuario.

¡Podría enviar letras normales!

Con el punzón, marcó las casillas negras en el tablero de juego hasta que pudo leer:

**¡COMPAÑERA PRISIONERA!
OÍ CLICKS EN EL CABLE
ME LLAMO MAIA**

Tras observar lo que había escrito, se puso a pensar. La primera línea era obvia. Y en cuanto a la segunda, tal vez la sabia no supiera que estaba haciendo ruidos por toda la ciudadela cada vez que transmitía, pero eso le quedaría claro cuando recibiera la respuesta de Maia.

Había otro motivo para simplificar. Debía transmitir su mensaje en filas de puntos y rayas, deshaciendo las palabras como las capas de un pastel. Tres líneas de letras requerían veintiuna filas de casillas, cada una de cincuenta y nueve casillas de ancho,

por lo que calculó un total de 1.230 intersecciones que tendrían que ser marcadas negras o blancas con una pulsación intermitente. ¡Más de un millar! Ciertamente, la otra prisionera había enviado aún más, pero no con pausas tan largas como las que requería el mensaje de Maia. Si alargaba una pausa a cinco latidos o más, la receptora sin duda perdería la cuenta.

Finalmente, se decidió por un primer esfuerzo muchísimo más simple.

SOY MAIA SOY MAIA SOY MAIA

Seguían siendo 413 pulsaciones, después de que las filas fueran colocadas en una cadena lineal. Pero parecía manejable, sobre todo puesto que sería rítmico.

Ahora el problema era cómo enviarlo.

Había pensado golpear en las paredes, o tal vez en las tuberías. Pero esos sonidos probablemente se transmitirían hasta muy lejos. Si así era, alertarían a las guardianas.

Tendré que hacerlo de la misma forma, concluyó. A través del cable.

Sólo había una fuente posible para la electricidad requerida, y un solo error cortarían su único contacto con el mundo exterior. Maia no vaciló. Ansiosamente, le dio la vuelta al tablero de Vida y abrió la tapa de las pilas.

Decidió esperar a que la transmisión de medianoche hubiera terminado. Agazapada bajo las cortinas, vio cómo el mensaje de la sabia creaba un *staccato* de chispas contra la pared, y verificó que era el mismo de antes. La serie de chasquidos se detuvo en el momento de costumbre, dejándola a solas en la oscuridad apenas contrarrestada por la luz de la luna que entraba por la ventana. Como ya lo esperaba, Maia había practicado sus movimientos antes.

Con todo, le hicieron falta varios torpes intentos para soltar los cables extraídos del reverso del tablero y acercarlos a la placa en la pared.

Ante ella se encontraba el mensaje que planeaba enviar. Maia había utilizado grandes letras mayúsculas y espacios, con la intención de poder leer incluso con poca luz.

.Bueno, allá va, pensó.

Colocar un cable en la protuberancia de la pared no tuvo ningún efecto. Pero colocar uno contra la protuberancia y el otro sobre la placa provocó una chispa que la sorprendió. Apretando los dientes, Maia se inclinó hacia delante para ver mejor las hojas de papel, y empezó a enviar señales, creando una chispa por cada casilla negra y descansando un latido por cada blanca.

No sabía si con esto estaba consiguiendo algo más que agotar las baterías. Teóricamente, podría recargarlas acercando el tablero a la ventana para que absorbiera la luz del sol. Pero de hecho, podía estar gastándolas para nada.

Era difícil no perderse, mientras seguía fila tras fila de casillas negras. A pesar del

frío, pronto tuvo que parpadear para librarse del sudor, y en un momento dado se saltó una fila entera. No había nada que hacer al respecto. Un error como aquél no impediría que el mensaje fuera legible, pero no podía permitirse que sucediera de nuevo.

Cuando llegó al final de la última fila, Maia suspiró aliviada y se echó hacia atrás, estirando los brazos. Una pausa larga haría saber a la otra persona que el mensaje había concluido. Pero la sabía probablemente había sido pillada por sorpresa. Así que después de un breve descanso, Maia se inclinó hacia delante para repetir todo el ejercicio.

¿Estará llegando algo?, se preguntó..He olvidado lo poco que sé sobre voltajes y similares. Tal vez necesite una resistencia, o un adaptador. Tal vez sólo estoy enviando electricidad al suelo, sin crear chispas en ninguna otra parte.

.Click, click, pausa, pausa, pausa.,click... Intentó concentrarse, manteniendo un ritmo constante como el que había marcado la sabía. Era especialmente importante contar las largas pausas que componían los márgenes de ambos lados de su sencillo mensaje. Hablar en voz alta pareció ayudar. Por dentro, no dejaba de oír el mensaje que intentaba enviar, como si una parte de sí misma estuviera emitiendo por pura fuerza de voluntad.

Soy Maia... Soy Maia... Soy Maia...

Esta segunda vez le resultó mucho más difícil. Tenía los dedos a punto de sufrir calambres, le dolía el cuello de estar inclinada hacia delante, y los ojos le picaban por el salino sudor. Con todo continuó, tenaz. La comodidad no tenía ningún atractivo. Lo que importaba era la leve esperanza de hablar con alguien.

Por favor, escúchame... Soy Maia... Oh, por favor...

Para cuando terminó la segunda transmisión, tenía las manos demasiado entumecidas incluso para soltar los cables; así que permaneció allí sentada, contemplando la lisa pared de piedra, percibiendo la tensión en su espina dorsal desenroscarse lentamente. No habría un tercer intento. Aunque las baterías y ella tuvieran fuerza, sería demasiado arriesgado. Las guardianas podían estar acostumbradas a unos cuantos chasquiditos por la noche, como los de un grillo amistoso. Pero un cambio demasiado grande en la rutina no podía ser.

Una súbita chispa le hizo dar un respingo. Tardó un momento en darse cuenta de que no la había provocado ella al colocar mal los cables. ¡No, procedía de la pared! Siguieron más chispas. Maia cogió la libreta y el lápiz.

Cada diminuto arco iluminaba su marca subsiguiente. Anotaba una raya por cada oscuridad. Era más fácil copiar que transmitir, aunque ahora le dolían los ojos más que nunca. Con creciente excitación, Maia advirtió que no se trataba de una repetición, sino de un mensaje completamente nuevo. ¡Había establecido contacto!

Entonces, tan bruscamente como antes, se acabó, y ella permaneció allí en

silencio, contemplando varias hojas de código misterioso.

La frustración hizo que sus músculos, ya tensos, se estremecieran. Aunque acercara el tablero a la ventana, no habría luz suficiente para repetirlo adecuadamente. No hasta la mañana siguiente.

¡No puedo esperar hasta mañana, no puedo! Maia combatió una asfixiante oleada de impaciencia. *Puedes hacer lo que tengas que hacer*, se respondió a sí misma, se obligó a relajar su tenso cuerpo, músculo a músculo.

Finalmente, respiró de forma regular otra vez.

.Bueno, al menos puedo arreglar esto, pensó, mirando la transcripción que había garabateado. Se puso en pie y se despezó. Luego, con cuidado, escaló la pirámide de cajas hasta llegar a la rendija.

Durga ya no estaba a la vista. Una luna menor, Aglaia, apenas brillaba lo suficiente para permitirle trabajar.

Gradualmente, línea a línea en una página nueva, dibujó cada chasquido como una casilla negra. Tradujo cada pausa como una blanca. Al final de la primera fila de cincuenta y nueve, pasó a la siguiente y empezó en sentido inverso. De esta forma, si conseguía reparar el aparato de juego mañana, podría cargar las condiciones de inicio inmediatamente, y poner rápidamente el juego en movimiento para leer el mensaje.

Fue un trabajo duro. Después de aquello podría incluso dormir.

Tan concentrada estaba copiando casillas en largas filas que tardó un rato en advertir la diferencia en la pauta.

Finalmente, cayó en la cuenta. Al contrario que antes, los chasquidos parecían estar ya en grupos apretados.

Parpadeando, Maia se echó hacia atrás y vio:

Por supuesto. ¡Ha transmitido igual que yo, sin codificar! ¡Puedo leerlo esta noche!

Maia aceleró el ritmo. Dos filas más tarde, podía leer el mensaje entero.

... HOLA MAIA. MÑANA. —RENNNA...

Se levantó viento que agitó sus papeles y los hizo caer por la plataforma improvisada como una cascada de naipes. Todos menos la única hoja que agarraba con ambas manos y que pronto estuvo manchada de lágrimas calientes y agradecidas.

Algunas de las miembros más radicales de nuestra organización piensan que no soy lo bastante dura para liderar este esfuerzo. Que no odio o temo a los varones lo suficiente para diseñar un mundo donde su función quede reducida al mínimo. A esas acusaciones, yo replico: ¿Qué esperanza tiene ninguna empresa que esté basada en el odio y en el miedo? Admito, orgullosamente declaro, que me han atraído y he

admirado a ciertos hombres durante mi vida. ¿Y qué? Aunque nuestros hijos y nietos serán pocos, en el mundo que vayamos a crear debe haber también un lugar para ellos.

Otras críticas sostienen que lo que me interesa realmente es el desafío de la autoclonación y de aumentar la gama de opciones para la reproducción humana. Dicen que si los varones fueran físicamente capaces de hacer copias de sí mismos, sin máquinas, también les habría dado a ellos esa capacidad.

Esto es posiblemente cierto. Pero claro, ¿qué es un hombre al que has dotado de una barriga? Un hombre preñado adquiriría necesariamente otras características de la mujer, y ya no podría ser considerado del todo un hombre. Esto no es una innovación atractiva ni práctica.

Al final, todos nuestros inteligentes diseños genéticos, y los planes correspondientes para el condicionamiento cultural, acabarán en nada si somos vengativas o rígidas. La herencia que dejemos a nuestras hijas, y los mitos que les transmitamos para sostenerse, deben trabajar con las tensiones y la presión de la vida, o fracasarán. La capacidad de adaptación tiene que ser reverenciada junto con la estabilidad, o el fantasma de Darwin volverá a acecharnos, susurrándonos al oído el castigo de la soberbia.

Deseamos la felicidad de nuestras descendientes. Pero con el tiempo sólo un criterio juzgará nuestros esfuerzos.

La supervivencia.

A lo largo de los días siguientes, Maia y su nueva amiga aprendieron a comunicarse a pesar de las gruesas paredes que las separaban. Desde el principio, Maia se sintió estúpida y lenta, sobre todo cuando Renna volvía a enviar mensajes codificados, diseñados para ser descifrados por el tablero del Juego de la Vida. Maia no podía reprochárselo, ya que el método era más eficaz, y permitía enviar una pantalla entera en sólo unos minutos. Sin embargo, eso hacía que las respuestas de Maia parecieran torpes en comparación. Una línea de texto era todo lo que podía conseguir tras todo un día de trabajo, y transmitirla la dejaba agotada y frustrada.

**... NO... TE... PREOCUPES... MAIA...
TE ENSEÑARÉ OTRO CÓDIGO...
PARA LETRAS SENCILLAS... PALABRAS...**

Agradecida, Maia copió el sistema que Renna le transmitió: uno llamado Morse. Estaba segura de que había oído hablar de él. Algunos clanes basaban sus códigos comerciales en variantes de sistemas muy antiguos. Otro tema que debería haber estado incluido en el programa de estudios de Lamatia, pensó sombría.

O= +++, P=—+—+, Q= ++—+

El código parecía bastante simple: cada signo de adición representaba un golpe largo y cada guión uno corto.

Eso aceleró enormemente la siguiente intervención de Maia, aunque siguió siendo torpe y cometiendo errores.

**SI SABES MORSE POR QUÉ USAS CÓDIGO DE VIDA
ES MÁS DIFÍCIL**

A esta pregunta, Renna respondió:

MÁS DIFÍCIL. MÁS SUTIL. OBSERVA

Y para asombro de Maia, el tablero empezó a sacudir las letras de su amiga en pautas convergentes, como los fuegos artificiales del Día de las Fundadoras.

Maia encontró aún más sorprendente el siguiente mensaje que envió Renna. Aunque compacto, era largo, y ocupaba treinta y una filas cuando Maia terminó de

colocar una serpenteante cadena de casillas blancas y negras.

Pulsar el botón de arranque provocó una salvaje y hambrienta «ecología» de pseudoentidades que se devoraban mutuamente y al final, tras muchos giros, se convirtieron en lo que parecía una *imagen*... un rudo boceto de llanuras y montañas lejanas, vistas a través de una estrecha ventana. Estaba claro que se trataba de una escena vista desde aquella misma torre de piedra, no el mismo panorama que el de la ventana de Maia, pero similar.

La otra prisionera la complementó con:

**VIDA ES ORDENADOR UNIVERSAL
PUEDE HACER MÁS QUE EL MORSE
Y ES MÁS DIFÍCIL DE CAPTAR**

Maia se sintió impresionada. Sin embargo, respondió:

YO LO HICE. ¿POR QUÉ NO OTRAS?

La respuesta de Renna pareció tímida.

NO SOY TAN LISTA COMO CREÍA

El tablero de juego ondeó a continuación para mostrar una cara alargada con el pelo corto y rizado, los ojos vueltos hacia arriba en un gesto avergonzado, los hombros encogidos. La caricatura hizo que Maia se riera de deleite.

Por fortuna, no había dañado el tablero de Vida durante aquel primer experimento. A lo largo de los días siguientes, Renna le enseñó cómo conectar directamente la máquina al circuito de la pared, para poder enviar mensajes directos en vez de hacerlo de forma trabajosa y peligrosa tocando los cables con las manos. Renna seguía transmitiendo cada medianoche con corrientes de alta energía, intentando usar ondas de radio generadas burdamente para contactar con su grupo, más allá de los muros. El resto del tiempo, se comunicaban usando corrientes de menor potencia, para evitar despertar a las guardianas.

Renna era también amistosa y agradable, lo que reforzó la sensación de Maia de que se trataba de una presencia cálida y maternal. Pronto se sintió obligada a contarle su historia. Lo incluyó todo. La partida de Lamatia. La pérdida de Leie. Sus encuentros con Tizbe y su implicación en asuntos más turbios de lo que ninguna joven var podía manejar recién salida de su clan de nacimiento. Exponerlo todo de forma tan cruda hizo ver a Maia lo injusto que era. No había hecho nada para merecer aquella cadena de catástrofes. Toda su vida, madres y matriarcas habían dicho que la

virtud y el trabajo duro eran recompensados. ¿Era esto el premio?

Maia pidió disculpas por atascarse con la historia, sobre todo cuando la emoción la abrumó. **ESTO ES DURO PARA MÍ**, transmitió, intentando que su mano no temblara. La respuesta de Renna le aportó tranquilidad y comprensión, y un poco de confusión.

A LOS 16 DEBERÍAS SER FELIZ QUÉ LÁSTIMA

La compasión, después de tanto tiempo, creó un nudo en la garganta de Maia. Muchas personas mayores olvidaban que hubo una época en que también ellas fueron inexpertas y débiles. Agradeció la compasión, la empatía.

Conversar con su compañera prisionera era una aventura de momentos embarazosos seguidos de reflexiones cordiales. De dobles significados y jocosos malentendidos, como cuando no estuvieron de acuerdo sobre qué luna gravitaba a plena vista, en el cielo sur. O como cuando Renna deletreaba mal los nombres de las ciudades, o las citas del *Libro de las Fundadoras*. Obviamente, lo hacía a propósito, para sacar a Maia de su depresión.

Y funcionaba. Desafiada a caer en la cuenta de los errores que su compañera cometía adrede, Maia descubrió que prestaba más atención. Su espíritu se animó.

No tardó en darse cuenta de algo sorprendente. Aunque nunca se habían visto en persona, empezó a sentir un especial afecto hacia su nueva amiga.

Si habías nacido en invierno, no era tan complicado. Los sentimientos de aprecio eran predecibles desde hacía muchas generaciones.

Por ejemplo, las Lamai de tres años casi siempre atravesaban una fase en la que se sometían a una hermana-clónica que iba una clase por delante de ellas, y hacían todo lo que la hermana mayor les pedía y se callaban ante la más leve palabra cortante. Más tarde, a los cuatro años, a cada Lamai invernal le tocaba el turno de ser la adorada, y pasaba la mayor parte de una estación desquitándose con una hermana más joven de los sinsabores que había padecido el año anterior.

Durante el invierno de su quinto año, una hija plena del Clan Lamatia empezaba a mirar más allá de los muros; a menudo se obsesionaba con una clónica algo mayor de un clan vecino, normalmente una Trevor, o una Wheatley. Esa fase pasaba rápidamente, y además, las Trevor y las Wheatley eran aliadas de la familia. Sin embargo, más tarde llegaba un período duro en el que las Lamai de seis años parecían inevitablemente obligadas, a pesar de las advertencias de sus madres, a fijarse en una

mujer del alto y majestuoso clan comercial de Yort-Wong... lo cual era embarazoso, porque las Yort-Wong habían discutido y hecho las paces con Lamatia durante generaciones.

Saber por anticipado lo que les esperaba no impedía que las hermanas Lamai tontearan y lloraran durante su otoño de descontento. Por suerte, la llegada de la Ceremonia de Paso las distraía. Sin embargo, cuando todo estaba dicho y hecho, ¿cómo podían las breves atenciones de un hombre aliviar aquellos dolores de obsesión no correspondida? Incluso aquellas afortunadas hermanas elegidas para ser rociadas emergían de su infeliz episodio Yort-Wong cambiadas, endurecidas. A partir de entonces, las mujeres Lamai eran emocionalmente tan invulnerables como una armadura. Trataban con las clientas, cooperaban con las aliadas, llegaban a complejos acuerdos comerciales-sexuales con los marineros. Pero para el placer contrataban a profesionales.

Por compañía, se tenían unas a otras.

Para Maia y Leie había sido diferente desde el principio. Siendo vars, no podían predecir ni de lejos sus propios ciclos vitales. De todas formas, los sentimientos cálidos oscilaban entre la pasión física casi propia de un celo hasta las aspiraciones más castas por estar sólo cerca de tu elegida. Las canciones populares y las historias románticas recalcan estas últimas como más nobles y refinadas, aunque todo el mundo menos unas cuantas herejes estaba de acuerdo en que no había nada de malo en acariciarse, si ambos corazones eran sinceros. El aspecto físico de la atracción entre dos miembros de la especie femenina se describía como amable, solícito, apenas se consideraba sexo.

La experiencia de Maia era puramente teórica, y en este tema Leie no era más osada. Las gemelas habían sentido ciertamente atisbos de atracción hacia otras compañeras de clase, amigas de la ciudad, algunas de sus profesoras, pero nada precoz o profundo. Desde que cumplieron cinco años, simplemente no habían tenido tiempo.

Ahora Maia sentía algo más fuerte, y sabía bien qué nombre utilizar, si se atrevía a admitirlo ante sí misma. En Renna había encontrado un alma que conocía la amabilidad, que no juzgaba indigna a una muchacha sólo porque fuera una var inferior. No tenía importancia que no hubiera visto jamás al objeto de su fijación. Maia se creó la imagen mental de una sabia o una alta funcionaria de una de las ciudades lejanas y sofisticadas del Continente del Aterrizaje, lo que explicaría la forma estirada y algo aristocrática que tenía Renna de expresarse por escrito. Sin duda procedía de un clan noble, pero cuando Maia se lo preguntó, todo lo que Renna dijo fue:

MI FAMILIA FABRICABA RELOJES PERO

NO HE VISTO NINGUNO DESDE HACE MUCHO PARECE QUE HE PERDIDO LA CUENTA DEL TIEMPO

Maia no sabía cuándo Renna estaba bromeando o burlándose, aunque por supuesto nunca lo hiciera con mala intención.

Renna tampoco le dio muchas explicaciones de por qué estaba prisionera en aquel lugar.

LAS BELLER SE APROVECHARON DE UNA VIAJERA SOLITARIA

¡Las Beller! ¡La familia a la que pertenecía Tizbe! El clan de placer que hacía paralelamente un provechoso negocio transportando artículos y realizando servicios de carácter confidencial. ¡Así que Maia y Renna tenían un enemigo común! Cuando así lo dijo, Renna estuvo de acuerdo con lo que pareció una especie de tristeza reluctante. Maia intentó preguntar por «C». y «GRV». , que debían de ser compañeras de clan o aliadas de Renna, pero su compañera reclusa respondió que había algunas cosas sobre las que sería mejor que Maia no supiera nada.

Eso no impidió que hablaran frecuentemente de escaparse.

Primero debían calcular sus posiciones respectivas en la torre de piedra. Tras arrastrarse por el túnel de la ventana, Maia asomó la cabeza y vio una hilera continua de ventanas como la suya que seguían la circunferencia de la ciudadela a cinco metros por encima de la gran galería de patios con columnas que había visto al llegar el primer día. Comparando las posiciones de ciertos rasgos característicos de la torre, llegaron a la conclusión de que la ventana de Renna se hallaba justo al otro lado del recodo, cara al este, mientras que la de Maia miraba hacia el sureste. Volviéndose en dirección opuesta, Maia podía distinguir la puerta-rampa del santuario inconcluso, abandonada y cubierta de polvo de la pradera.

Maia estaba llena de ideas. Le contó a Renna su experiencia destejiendo alfombras, y aprendiendo a fabricar una cuerda. Aunque aprobaba su entusiasmo, Renna le recordó que la caída era excesiva para confiar en un puñado de hilos entrelazados a mano por una aficionada.

Tras mirar su trabajo, Maia se vio obligada a admitir que Renna tenía probablemente razón. No obstante, siguió pasando parte de cada día destejiendo tramos de dura fibra y atándolos formando una cuerda del grosor de un dedo, intentando imitar de memoria la manera de hacerlo de los marineros a bordo del *Wotan*. *Me sirve para mantenerme ocupada*, pensó. Mientras Renna continuaba con sus intentos nocturnos de pedir ayuda por radio, Maia quería contribuir, aunque fuera con algo tan nimio como una cuerda trenzada.

Tuvo el cuidado de esconder a sus carceleras toda señal de que fabricaba una cuerda o de que hablaba con Renna. Durante las comidas, Maia les decía lo fascinada que estaba con el Juego de la Vida, y lo agradecida que se sentía por haber sido introducida a su complicado mundo. Los ojos de las guardianas centellearon como esperaba. Todo lo que las Guel querían era el consuelo de la rutina. Y ella se lo concedía felizmente.

Así que fue para ella una sorpresa oír el ruido de las llaves una tarde, horas antes de la cena. Maia apenas consiguió arrojar una alfombra sobre su trabajo y levantarse antes de que la puerta se abriera. Al entrar, las dos guardianas Guel parecían tensas, agitadas. Maia entendió por qué cuando una figura familiar se interpuso entre ellas.

.¡Tizbe Beller! La antigua ayudanta del vagón de carga contempló la habitación, las manos cruzadas a la espalda. Una expresión de disgusto levemente divertido cruzó su joven rostro al advertir la toalla manchada de sudor que colgaba junto a la cascada palangana, y la bacina cubierta al lado. Arrugó la nariz, como si captara olores que una ruda var no pudiera advertir. Maia se obligó a permanecer erguida..*Adelante, despréciame cuanto quieras, Tizbe. Me he mantenido en forma y civilizada aquí dentro. ¡Ponte en mi lugar, a ver si lo haces mejor!*

Su gesto desafiante debió de notarse. Aunque la diversión de Tizbe continuó, su expresión cambió.

—Bueno, el cautiverio no parece haberte hecho daño, Maia. No donde importa. Estás floreciendo, no cabe duda.

—Vete a la Tierra, Tizbe. Y llévate a tus amigas Jopland y Lerner.

La clónica fingió una mueca de disgusto.

—¡Qué lenguaje! Sigue así, y te volverás demasiado burda para la sociedad educada.

Maia se rió, cortante.

—Puedes meterte tu educación...

Pero Tizbe volvió a derrotarla, simplemente sofocando un bostezo y agitando vagamente una mano ante ella.

—Oh, ahora no, si no te importa. Ha sido un viaje duro y tengo que marcharme pronto. Ya veremos. Antes quizá tenga oportunidad de pasarme de nuevo y decirte adiós.

Entonces, para sorpresa de Maia, se volvió para marcharse.

—Pero... ¿no estás aquí para...?

Tizbe la miró desde la puerta.

—¿Para interrogarte? ¿Para torturarte? Ah, eso sería lo adecuado según esas noveluchas que me han dicho que estás leyendo. Villanas que sonrían y se frotan las manos, y hablan mucho con sus pobres víctimas.

Maia se la quedó mirando.

—¿Una qué más?

Tizbe se metió la mano en una de sus mangas y sacó una hoja de papel doblado. Tras un instante, Maia reconoció el panfleto que había aceptado en Lanargh de la joven hereje de las gafas. Así que sus captoras habían ido a Holly Lock y habían rebuscado entre sus cosas. Ni siquiera se molestó en hacerse la ofendida.

—Venturista... ¿crees que soy una de ellas, a causa de eso?

Tizbe se encogió de hombros.

—Parecía improbable que una espía llevara consigo una prueba tan evidente. Pero hiciste una llamada desde Jopland, y eso es motivo suficiente para tomar precauciones. Has hecho que la mirada de los oficiales se vuelva hacia aquí antes de lo esperado, y tendrás que pagar por ello —sonrió—. Con todo, tenemos las cosas bien controladas. Si no fuera por asuntos más urgentes, no me habría molestado en recorrer todo este camino. Tal como están las cosas, me sentí obligada a comprobar cómo estabas, Maia. Me alegra no encontrarte consumida por la autocompasión, como esperaba. Tal vez, cuando todo esté zanjado, tengamos una charla sobre tu futuro.

Puede que haya sitio para una var como tú...

Maia la interrumpió.

—¿En tu banda de criminales? Hatajo de... —Buscó las frases que había oído en la radio de Thalia, en la Casa Lerner—. ¡Exploradoras insensibles!

Tizbe sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Mostrando por fin tus colores radicales? Bueno, la soledad y la reflexión pueden hacerte cambiar de opinión. Haré que te envíen algunos libros. Te mostrarán el sentido de lo que estamos haciendo. Cómo es bueno para Stratos y todas las mujeres.

—Gracias —replicó Maia, cortante—. No te molestes en incluir *El modo Perkinita*. Ya lo he leído.

—¿Oh, sí? — Tizbe alzó las cejas—. ¿Y?

Maia esperó que su sonrisa mostrara piedad e indulgencia.

—Creo que a Lysos le hubiera gustado estudiar bajo un microscopio a enfermas como vosotras, para ver qué hizo mal.

Por primera vez, la reacción de la otra mujer no fue una máscara prefabricada. Tizbe se enfureció.

—Disfruta de tu estancia, niña-var.

Las guardianas la siguieron al salir, intentando no mirar a Maia a los ojos mientras cerraban la puerta, que luego aseguraron con un duro y metálico chasquido de acero Lerner.

A Tizbe le importo un comino. Sólo soy una molestia que hay que almacenar y

olvidar.

Confirmar lo que ya sabía sobre su insignificancia en el mundo fue otro golpe para el orgullo de Maia.

Así que no ha venido hasta aquí por mí, sino por algo «urgent»..

Maia lo supo con súbita certeza.. *¡Se trata de Renna!*

La posibilidad de que su amiga corriera peligro la aterrorizó. Corrió a la pared, donde el tablero de juego estaba ya conectado, pero luego se detuvo. La distancia entre sus celdas no era grande. Tizbe podía estar ya ante la puerta de Renna cuando Maia tecleara una advertencia, y si oía los golpecitos, comprendería que las prisioneras tenían una forma de comunicarse. Maia imaginó cómo sería la vida si se encontraba otra vez aislada. La terrible sensación de amenaza y vacío fue similar a la de la primera vez que comprendió que Leie había muerto.

Sentarse ante el tablero sólo aumentó la sensación de impotencia de Maia. Se levantó y subió a su pirámide de cajas para arrastrarse hasta la ventana y asomar la cabeza al borde rocoso para contemplar la puerta principal. Allí divisó varias figuras que se ocupaban de un puñado de caballos. Las escoltas de Beller, sin duda.

Se bajó. Para evitar caminar inútilmente de un lado a otro, se sentó y siguió trenzando su cuerda, manteniendo el lápiz a mano y esperando ansiosamente los chasquidos que le indicaran que Renna se encontraba bien. El largo y duro silencio se prolongó hasta que un manojo de llaves le hizo cubrir su trabajo con la alfombra una vez más.

Se levantó cuando las guardianas entraron y pusieron la cena sobre la vieja mesa. Maia comió en silencio, de prisa, tan ansiosa de que sus carceleras se marcharan como éstas por irse.

Cuando salieron, odió el regreso de la soledad.

¿Y si Tizbe ya se ha llevado a Renna?

Varias veces, interrumpió su trabajo para acercarse a la ventana. La tercera vez que miró, las escoltas y los caballos se habían ido. Un frío pánico la asaltó cuando no vio ningún movimiento en el camino. A medida que anochecía y la temperatura bajaba, debían de haber entrado en la torre, cuyos salones vacíos ofrecían espacio de sobra para mujeres y monturas.

Maia se bajó de la ventana y siguió preocupándose, mientras sus dedos trenzaban las fibras.. *Tizbe ha dicho que se marcharían mañana, pero nunca que...*

Los primeros chasquidos en la placa de la pared hicieron que su corazón diera un brinco.

¡Renna! ¡Está a salvo!

Maia apartó su labor y cogió el cuaderno. Pronto quedó claro que Renna no estaba transmitiendo un rebuscado escenario del Juego de la Vida, sino una apresurada serie de simples puntos y rayas Morse. El mensaje terminó.

Concentrándose, Maia tuvo que imaginar el significado de varias letras y palabras. Finalmente, soltó un grito.

—¡No!

**MAIA. NO RESPONDS. ME LLEVAN.
T RECORDARÉ SIEMPRE. DIOS T PROTEJA.
RENNNA.**

Las altiplanicies pueden ser terriblemente frías, sobre todo en las mañanas de invierno, para una persona encaramada en lo alto de un precipicio y expuesta al viento.

Apenas había espacio para estirarse en el hueco de la ventana, cuya superficie fría y granulada rozaba los hombros de Maia a ambos lados. Usando una tabla de la caja rota a modo de caña de pescar, Maia tuvo que asomarse para que la cuerda colgara con propiedad e impedir que su carga chocara contra la dura superficie del acantilado. La palanca la ayudó cuando movió la tabla de izquierda a derecha, adelante y atrás, dando un impulso gradual hasta que la cuerda empezó a oscilar como un péndulo.

Hacía falta concentración para que sus temblores no interfirieran. No se debían solamente al frío. A la luz de la luna, el suelo parecía espantosamente lejano.

Aunque tuviera una cuerda lo suficientemente larga (una cuerda fabricada por artesanas diestras, no trenzada a mano por una muchachita inexperta), nunca podría conseguir bajar toda esa distancia.

¡Y sin embargo mira lo que estás intentando hacer!

Tras recibir el mensaje de Renna, una oleada de pánico total asaltó a Maia. No fue sólo por imaginarse meses, tal vez años, en completa soledad. La pérdida de aquella nueva amiga, cuando aún no se había recuperado de la de Leie, parecía un golpe físico. Su primer impulso fue acurrucarse bajo un montón de cortinajes y dejar que la depresión se apoderara de ella. Como alternativa a la acción, quedaba una mareante y agrídulce atracción hacia la melancolía.

Maia se sintió tentada durante treinta segundos. Luego se puso a trabajar, buscando un medio de resolver su problema, sopesando cada posibilidad, incluso las que había descartado previamente.

¿La puerta y las paredes? Harían falta explosivos para romperlas. Se planteó mentalmente una forma de llamar a las guardianas y de vencerlas; pero esa fantasía era también absurda, sobre todo estando ellas más alerta, y teniendo a las escoltas de Tizbe allí para ayudarlas.

Eso dejaba la ventana. Con esfuerzo, podía pasar por el hueco, ¿pero con qué propósito? El suelo estaba imposiblemente lejos. Volviéndose hacia la izquierda, podía distinguir más almacenes, visibles como ventanitas que se extendían a ambos

lados. Parecían casi tan fuera de su alcance como el suelo de la pradera. Además, ¿por qué cambiar una prisión por otra?

Mirando desesperadamente hacia todas partes, al final se volvió hacia arriba, y vio el pórtico abierto —parte de un gran patio que rodeaba el santuario— a seis o siete metros por encima de ella.

.Si alguien me lanzara una cuerda desde allí, ironizó.

La desesperación condujo a la inspiración.

¿Podría lanzar una hacia arriba?

Sería un riesgo. Aunque fuera posible lanzar una cuerda y recorrer el camino que tenía en mente, necesitaría además algo que le sirviera de garfio y que no estorbara mientras hacía oscilar la cuerda de un lado a otro frente al muro dando impulso a la escala, y que (si todo iba bien) prendiera en la balaustrada de arriba.

Se negó a pensar en el último inconveniente: su peso añadido al improvisado recurso..*Cruza ese puente cuando te lo encuentres*, pensó Maia.

De vuelta al interior, empezó a romper sus cuadernos para sacar los clips en forma de muelle que encuadernaban las páginas..*Tal vez pueda arreglar algunos para que se abran cuando golpeen...*

Fue difícil ponerlo en práctica. Primero tuvo que romper los clips y luego usar una tabla de madera para que adquirieran la forma que necesitaba. Tras atar varios al final de la cuerda, practicó en el alféizar de la ventana hasta asegurarse de que el improvisado garfio prendería, dos de cada tres veces. La corta sección de cable usada en la prueba sostenía su peso, aunque confiar su vida a aquello parecía una locura, o fruto de la desesperación, o ambas cosas.

Maia rodeó con un simple lazo de cuerda los clips uniéndolos en un bulto compacto, para impedir que el conjunto se sacudiera y agitara mientras lo hacía oscilar adelante y atrás. Posiblemente se rompería al chocar con la balconada, y no en algún inoportuno momento anterior. Finalmente, se arrastró hasta la ventana cargando algunos cortinajes como acolchado, y una tabla con un agujero en un extremo, para usarla como aparejo.

Era difícil ver el extremo del cable incluso cuando colgaba hacia abajo. Sin embargo, una vez puso el péndulo en movimiento, pudo distinguir el garfio improvisado cada vez que pasaba ante un pequeño parche de nieve del suelo. Pronto osciló lo bastante para ocultar una pequeña masa de nubes blancas que cubría una de las lunas al este.

Adelante y atrás... meciéndose de un lado a otro. A pesar de sus preparativos para dejar que la tabla soportara la mayor parte del peso, Maia ya tenía los brazos agotados cuando la cuerda se alzó lo suficiente para quedar en horizontal, a la par con la fila de ventanas. Su corazón se detenía cada vez que el puñado de clips rozaba o chocaba con alguna protuberancia, obligándola a inclinarse aún más lejos para evitar

que chocara en la oscilación de vuelta.

.*¡Vamos, puedes hacerlo mejor!* —recordó que solía decir Leie, cuando ambas tenían cuatro años y medio, y se escapaban de noche para burlarse de las madres pintándolas de azul. Cuando una de las estatuas del Patio de Verano quedó sin cara por tercera vez, las matriarcas del clan cerraron todas las puertas que daban al patio, y echaron polvillo alrededor de los monumentos para poder localizar luego a quien lo pisara.

Eso no acabó con los incidentes.

.*¡Lo hago lo mejor que puedo!* —le respondió a Leie la noche del asalto final, mientras se agarraba a la cuerda hecha con sábanas cuyo otro extremo estaba atado alrededor de los pies de su hermana. Bajar a Leie del tejado, brocha y cubo en mano, había sido más fácil en ocasiones anteriores, porque había almenas que Maia podía usar como punto de apoyo. Pero la última vez fueron sólo sus músculos preadolescentes los que combatieron al insistente tirón de la gravedad.

Ahora, más de un año después, mientras se esforzaba por controlar un peso lejano que se sacudía y agitaba como un pez al final de una caña, Maia gimió:

—*¡Lo hago... lo mejor... que puedo!*

Su respiración silbaba mientras aguantaba, soltando cuerda e intentando convertir el impulso en un péndulo que parecía reacio a alzarse más allá de la horizontal y que seguía tirando de sus doloridos hombros a cada sacudida hacia abajo.

Al ser interrogada al día siguiente, Leie insistió en que actuaba sola. Se negó a implicar a Maia, aunque estaba claro que no podría haberlo hecho sin ayuda. Todo el mundo sabía que Maia había sostenido la cuerda. Todo el mundo sabía que fue incapaz de seguir aguantando cuando una losa se rompió, aflojando su tenaza, haciendo que Leie se precipitara con un estruendo de pintura y polvo y yeso.

Tras soportar estoicamente su castigo, Leie nunca volvió a tratar el tema, ni siquiera en privado. Era suficiente que todo el mundo lo supiera.

Sombríamente, Maia aguantó..*Renna*, pensó, apretando los dientes e ignorando el dolor..*Ya voy...*

El garfio había alcanzado ya la balaustrada de piedra en su punto más alto. Pero no sobrepasó el saliente, aunque lo tocó varias veces. Maia intentó girar la tabla para que la cuerda se acercara a la pared al final de cada oscilación, pero la curva de la ciudadela la desafiaba.

Obviamente, la idea podía ser puesta en práctica. Alguna combinación de giros y balanceos lo conseguiría. Si se tomaba tiempo y practicaba varias noches seguidas...

—*¡No!* —susurró—. *¡Tiene que ser esta noche!*

Dos veces más el garfio casi se enganchó a la balconada con un suave sonido de roce. Dolorida, Maia se dio cuenta de que sólo podría realizar un par de intentos más antes de tener que dejarlo.

Otro roce. Luego un fallo evidente.

.Ya está, aceptó, derrotada..Tengo que descansar. Tal vez pueda intentarlo de nuevo dentro de unas cuantas horas.

Resignada, con el entumecimiento extendiéndose por sus hombros, empezó a reducir el ritmo de la acción, dejando que el movimiento del péndulo se agotara. A la siguiente oscilación, el fardo no llegó a alcanzar el nivel de la balaustrada. A la otra, su pico fue aún más bajo.

Al ciclo siguiente, el garfio se detuvo una vez más... lo bastante alto y el tiempo suficiente para que alguien extendiera una mano desde la balconada y lo agarrara.

La sorpresa fue total. Temblando por la fatiga, estremecida de frío, por un momento Maia no pudo hacer más que apoyarse en la abertura de piedra y contemplar la áspera superficie de la ciudadela, mirando hacia la inesperada silueta de arriba, que se asomaba, agarrando la cuerda y eclipsando una porción de las constelaciones del invierno.

El primer pensamiento de Maia fue que Tizbe o las guardianas debían de haber oído algo, acudido a investigar, y que la habían sorprendido con las manos en la masa. No tardarían en llegar para quitarle las herramientas, las cajas, incluso las cortinas que había destejido para hacer la cuerda, dejándola aún peor que antes. Entonces advirtió que la figura del pórtico no llamaba a nadie, como haría una guardiana, sino que empezaba a hacer furtivos movimientos con la mano. Maia no pudo entenderlos en la oscuridad, pero comprendió una cosa. La persona que le hacía señas estaba tan preocupada por el silencio como ella.

¿Renna? La esperanza destelló, seguida por la confusión. La celda de su amiga se encontraba algo más lejos, más abajo. A menos que su compañera reclusa hubiera elaborado también un inspirado plan de última hora...

La figura en sombras empezó a moverse a lo largo de la balaustrada, hacia el oeste, y de camino envolvió la cuerda de Maia en torno a las columnas. Al alcanzar un punto situado directamente encima de ella, la silueta indicó a Maia con un gesto que esperara, y luego desapareció unos instantes. Cuando regresó, algo empezó a serpentear a lo largo de la cuerda tejida a mano.

.Ah, comprendió Maia..No le gusta el aspecto de mi trabajo. Muy bien. Utilizaré la suya. Como si me importara.

De hecho, Maia se sentía aliviada. Se paró a considerar si regresar a la celda para coger... ¿qué? Sólo había cuatro libros y el tablero del Juego de la Vida, nada de lo cual valía mucho. A excepción del sextante, que llevaba atado a la muñeca, estaba libre de la tiranía de las posesiones.

Tras atarse la nueva cuerda bajo los hombros, Maia se arrastró hacia afuera hasta que la mayor parte de su peso quedó colgando del tenso cable. En aquel momento se

le ocurrió que podía tratarse de una trampa. Tizbe podía estar jugando con ella, mientras preparaba que su caída a la muerte fuera un intento de huida.

¿Qué opción tengo?, advirtió, mientras apartaba la idea.

Apoyó los pies contra la pared, las piernas rectas, y se preparó para empezar a escalar, avanzando mientras tiraba mano sobre mano. Entonces, para su sorpresa, la cuerda se tensó rápidamente y Maia sintió que la izaban directa y rápidamente..*Debe de haber todo un grupo allá arriba, pensó..O una polea.*

Mientras la balconada se acercaba, se preparó para que su rostro no mostrara la menor decepción si finalmente resultaban ser Tizbe y las guardianas..*Lucharé, se juró..Me liberaré y les plantaré una batalla que nunca olvidarán.*

Unas manos se extendieron para izarla por el lado... y Maia perdió la compostura cuando vio quién la había ayudado.

—¡Kiel! ¡Thalla!

Sus antiguas compañeras de la Casa Lerner sonrieron mientras la liberaban de la cuerda. Los oscuros rasgos de Kiel se dividieron en una amplia y blanca sonrisa.

—¿Sorprendida? —dijo en un susurro—. No pensarías que íbamos a dejar que te pudieras en este agujero Perkinita, ¿verdad?

Maia sacudió la cabeza, abrumada porque se habían acordado de ella, después de todo.

—¿Cómo sabíais dónde...?

Se interrumpió al ver que no estaban solas. Detrás de las dos mujeres var, enroscándose una cuerda al hombro, había... ¡un hombre! Sin barba y esbelto para su especie, le sonrió con una intimidad que le pareció descarada y desconcertante.

La participación de un hombre explicaba cómo entre los tres habían podido izarla con tanta rapidez, pero planteaba otras preguntas aún más complejas... como qué hacía un miembro de su raza tan lejos, implicado en disputas entre mujeres.

Thalla se rió en voz baja, y palmeó a Maia en el hombro.

—Digamos que llevamos buscando algún tiempo. Ya te lo explicaremos más tarde. Ahora hay que largarse.

Se volvió para abrir el camino. Pero Maia sacudió la cabeza, plantando los pies en el suelo y señalando en la otra dirección.

—¡Todavía no! ¡Hay alguien más a quien tenemos que rescatar! ¡Otra prisionera!

Thalla y Kiel se miraron mutuamente, y luego se volvieron hacia el hombre.

—Pensaba que sólo eran dos —dijo Thalla.

—Lo eran —respondió el hombre—. Maia...

—¡No! Vamos, sé dónde está. Renna...

—Maia. Estoy aquí.

Se había vuelto y había dado varios pasos por el oscuro corredor cuando las palabras la detuvieron en seco.

Maia giró, y miró más allá de Thalla y Kiel, que sonreían divertidas. El hombre avanzó hacia ella, con una suave expresión de ironía en el rostro. Alzó los ojos y se encogió de hombros con un gesto y una expresión que ella reconoció bruscamente. Abrió la boca.

—Tendría que haberte dicho algo —dijo él, con una voz extrañamente cargada de acento—. Se me olvidó que aquí los hombres son distintos. Que asumirías de modo natural que yo era una mujer a menos que te dijera lo contrario. Siento haberte sorprendido...

Maia parpadeó. En su asombro, apenas podía hablar.

—Tú eres... un hombre.

Renna asintió.

—Así es como me he visto siempre. Aunque aquí en...

—¡Vamos! —susurró Kiel—. ¡Lo explicarás más tarde!

Maia no quiso moverse.

—¿De qué estáis hablando? —exigió—. ¿Cómo habéis podido...?

Renna cogió una de las manos de Maia.

—La verdad es que, para vuestros baremos, probablemente ni siquiera soy humano. Puede que hayas oído hablar de mí. En Caria City me llaman el Visitante. O el Exterior.

Una nube continuó su camino, o una luna eligió ese momento para proyectar de pronto su pálida luz sobre aquel rostro y realzar las extrañas proporciones del mismo. No eran tan marcadas como para hacer que te volvieras por la calle si lo hubieras visto sentado en un café del muelle. Con todo, cuando se miraba con atención, su efecto era sorprendente: una mandíbula y una frente que parecían de algún modo de otro mundo. Una nariz con otra forma, para respirar un aire distinto. Una postura que indicaba que había aprendido a andar en otro planeta.

Maia se estremeció.

—¡Ahora o nunca! —los instó Thalla, tirando de ambos mientras Kiel se adelantaba, acechando posibles peligros en las sombras. Maia tropezó al principio, pero pronto cogieron el ritmo y corrieron entre salones vacíos y fantasmales, unidos por la necesidad de dejar aquel lugar de silencios..*Muy bien*, comprendió Maia..*Las explicaciones pueden esperar*. Por el momento, dejó que una creciente sensación de júbilo anulara el resto de sus emociones. ¡Lo único que importaba ahora era el sabor de la libertad!

Más tarde. Más tarde podría preocuparse por todo aquel enigma, por el hecho de que su primer amor adulto hubiera resultado ser un alienígena venido de las estrellas.

SEGUNDA PARTE

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 40.957 Ms

Las Fundadoras de esta colonia eligieron un lugar excelente para ocultar su utopía. Escondido en parte por un cúmulo nebuloso, orbitando en un extraño sistema multiestelar en el cual la mayoría de los exploradores no se molestarían en buscar mundos habitables... Stratos debió de haberles parecido ideal para aislar a sus descendientes de las luchas y tumultos que se producen en cualquier otro lugar de la galaxia.

Sin embargo, el Enemigo acabó por encontrarlas. Y ahora lo he hecho yo...

Es una prueba de su fiera independencia que nunca intentaran pedir ayuda cuando llegó la nave enemiga. La gente de Stratos simplemente combatió al Enemigo, y venció. Las colonizadoras tenían motivos para enorgullecerse. Sin ayuda directa del Phylum Homínido, contrarrestaron un ataque por sorpresa y aniquilaron a los invasores. Su victoria se ha convertido en materia de leyendas, alterando su estructura social incluso cuando parece validarla.

Sostienen que esto ratifica su secesión, obviando cualquier necesidad de alianza con sus primos lejanos.

Hasta ahora, en las conversaciones mantenidas de nave a tierra, me he abstenido de citar nuestros registros, que mencionan que esa nave enemiga era un cascarón destrozado, que huía tras la batalla de Taranis para lamerse las heridas o morir. Stratos no ha probado nunca el terror completo que acecha en las estrellas. Aunque lo ignora, se ha beneficiado de la protección del Phylum. Ninguna parte vive si no es en contacto con las demás.

Me temo que este concepto no será fácil de impartir. Algunas de estas radicales Herlandistas parecen encontrar mi llegada aún más traumática que la tan lejana del Enemigo. Una afrenta a ignorar si es posible.

¿Qué temen sus líderes del contacto renovado con su especie distante?

Las negociaciones para mi aterrizaje, tan largamente retrasado, han concluido por fin. Me aseguran que habrá instalaciones adecuadas para poner de nuevo mi aeroconcha en órbita cuando la visita haya terminado, así que no habrá necesidad de autominar un asteroide y construir una nave multipropósito.

Mañana descenderé para iniciar las conversaciones en persona.

Nunca había estado tan nervioso antes de una misión. Esta subespecie tiene mucho que ofrecer. Sus atrevidos experimentos pueden enriquecer a la humanidad. Es una lástima que la casualidad haya hecho que sea redescubierta por un peripatético varón.

Las posibilidades podrían haber sido mejores si yo fuera una mujer.

Maia se desorientó pronto por los oscuros pasadizos y escaleras. Kiel, que abría el camino, seguía avanzando y sobresaltándola cada vez que se detenía bruscamente para usar una pequeña linterna y consultar un mapa dibujado a mano.

—¿De dónde has sacado eso? —susurró Maia en una ocasión, señalando el tosco diagrama.

—Una amiga trabajó en los equipos de construcción. Ahora cállate.

Maia no se ofendió. Unas cuantas palabras tensas no eran nada comparado con lo que Kiel y Thalla habían hecho. El corazón de Maia se sentía pleno porque sus amigas habían recorrido todo este camino, corriendo riesgos inenarrables, para rescatarla.

.Y a Renna, se recordó. Mientras recorrían los oscuros pasadizos, intentó no mirar a la persona que acababa de ver por primera vez, y a la que antes había creído conocer tan bien. Una criatura del espacio exterior. Advirtiéndolo tal vez su incomodidad, Renna permaneció unos cuantos pasos por detrás. Maia se sentía molesta con él, y consigo misma, porque sus sentimientos fueran tan obvios.

—¿Está diciendo la verdad? —susurró a Thalla, mientras Kiel consultaba su mapa una vez más cerca de la unión de dos enormes dormitorios—. Sobre ser... ya sabes...

Thalla se encogió de hombros.

—Con los machos nunca se sabe. Siempre exageran con respecto a sus viajes. Tal vez éste haya ido más lejos que la mayoría.

Maia quiso creer en la indiferencia de Thalla.

—Podíais haber sospechado algo cuando detectasteis el mensaje de radio.

—¿Qué mensaje? —preguntó Thalla. Mientras Kiel volvía a indicarles que avanzaran, Maia sintió crecer su confusión. Siguió susurrando preguntas mientras caminaban.

—Si no recibisteis un mensaje, ¿cómo nos habéis encontrado?

—No resultó fácil, virgie. El día después de que te capturaran, tratamos de seguir la pista. Parecía que te llevaban hacia el este, pero entonces apareció un numeroso grupo de hermanas del Clan Keally y nos obligó a desviarnos. Para cuando terminamos de dar el rodeo, las huellas se habían enfriado. Resulta que se desviaron en Flake Rock, así que no se dirigían al este, después de todo.

Maia sacudió la cabeza. Había estado inconsciente o delirando durante la mayor parte del trayecto, así que no tenía ni idea de cuánto había durado el viaje. Thalla sonrió. La pálida cara de la mujer apenas era visible con el reflejo que la linterna de Kiel arrancaba de las paredes de piedra.

—Finalmente, vimos a esa criatura Beller, acompañada por una escolta. Kiel tuvo

la corazonada de que podía dirigirse hacia este lugar abandonado. Reunimos a algunas amigas y conseguimos seguirla sin que nos viera. Y aquí estamos.

Thalla hacía que pareciera muy sencillo. De hecho, debía de haber supuesto un montón de sacrificios, por no mencionar los riesgos.

—¿Entonces no habéis venido sólo... por él? —Maia volvió la cabeza hacia atrás, indicando al hombre que cerraba la marcha. Thalla hizo una mueca.

—¿No es un hombre siempre un hombre? Pero las Perkies se volverán locas cuando vean que se ha escapado.

Motivo más que suficiente para llevárnoslo, al menos hasta la costa. Allí podrá reunirse con los de su especie.

En la oscuridad, Maia no podía leer los rasgos de Thalla. El tono de la mujer era tenso y tal vez no estuviera diciéndole toda la verdad. Pero el mensaje era suficiente.

—Habéis venido a por mí, después de todo.

Thalla extendió una mano mientras caminaban, y dio un apretón a Maia en el hombro.

—¿Para qué son las amigas-var? Nosotras contra un mundo sin Lysos, virgie.

Era como una línea del libro de aventuras que Maia había leído, en el que las mujeres del verano forjaban un mundo nuevo a partir de las ruinas de un ayer roto y destrozado. De repente, Kiel las interrumpió con un brusco siseo. Su guía apagó la luz y les indicó que se estuvieran quietos. En silencio, casi de puntillas, se reunieron con ella cerca de una intersección, allí donde su oscuro corredor desembocaba en otro, más brillantemente iluminado.

Kiel se asomó cuidadosamente a la izquierda, luego a la derecha, contuvo el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre desde detrás, con voz grave. Thalla le hizo un gesto cortante con la mano y él no añadió más. Inmóviles, pudieron oír leves sonidos: un chasquido, un rumor sordo, voces alzándose brevemente y luego convirtiéndose en un murmullo. Kiel movió las manos para indicar que había gente a la vista, a cierta distancia pasillo abajo.

.¿Y ahora qué?, se angustió Maia, con un nudo en la garganta. Quedaba claro que el mapa de Kiel era incompleto. ¿Ofrecería una ruta alternativa? ¿Había suficiente tiempo?

Para sorpresa de Maia, Kiel no les indicó que dieran media vuelta, sino que inspiró profundamente, se preparó, y ¡salió osadamente a la luz!

Maia sabía que era sólo la reacción de sus ojos adaptados a la oscuridad. Con todo, cuando Kiel entró en la leve iluminación del pasillo, le pareció como si por un instante se cubriera de llamas. ¿Cómo podía nadie no notar una presencia tan brillante?

Pero nadie lo hizo. La var cruzó suavemente la zona expuesta sin un sonido, y

volvió a sumergirse en la oscuridad, al otro lado. No hubo cambios en el murmullo de la conversación. Thalla la siguió, tratando de imitar el fluido y silencioso paso de Kiel. El súbito reflejo de su piel clara pareció aún más deslumbrante e imposible de ignorar, y se prolongó dos larguísimos segundos. Luego, también ella llegó al otro lado.

Maia miró al hombre, Renna, que le sonrió y le tocó el codo, instándola a avanzar. Fue un gesto amistoso, una demostración de confianza, y Maia lo odió brevemente por eso. Apenas podía distinguir a las dos mujeres, figuras borrosas al otro lado de la iluminada intersección, esperándola. Se preparó, hinchando las aletas de la nariz, y dio un paso adelante.

El tiempo pareció proyectarse, los segundos convertidos en horas subjetivas. Los pies de Maia se movían por su cuenta, lejanos, obligándola a mirar hacia delante, hacia una brillante imagen de luz enclaustrada... de muebles rotos ardiendo en un hogar mientras unas siluetas bebían y se inclinaban para contemplar la caída de los dados sobre una mesa de madera. Sus gritos hicieron que a Maia se le pusiera la piel de gallina.

La escena era tan deslumbrante que se desorientó y se desvió del rumbo para chocar con una afilada esquina de la intersección. Thalla tuvo que tirar de ella el resto del camino. Maia se frotó la frente lastimada por la piedra, y parpadeó para volver a acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

Alzó la cabeza rápidamente.

—¿Renna? —susurró, mirando a su alrededor.

—Estoy aquí, Maia —fue la suave respuesta.

Se volvió hacia la izquierda. El hombre estaba junto a Kiel, un poco más abajo en el pasillo. Maia no lo había oído ni visto cruzar. Avergonzada por su arrebató, miró hacia otro lado. Esta persona no era la mujer mayor y sabía que había imaginado. Aunque no había habido mentiras, se sentía sin embargo traicionada, si no por otra cosa, por su tendencia demasiado humana a hacer suposiciones.

.A menos que tenga relación con los barcos o la potenciación, siempre se supone que una persona es mujer hasta que te enteras de lo contrario. Supongo que eso no está demasiado bien.

Sin embargo... ¡tendría que habérmelo dicho!

Ahora Thalla y ella cubrían la retaguardia mientras Renna y Kiel avanzaban por delante. Por primera vez, Maia advirtió que el hombre llevaba una bolsita azul en el cinturón y algo mucho más grande atado a la espalda.

Un fino estuche de metal pulido.

.Un tablero del Juego de la Vida, comprendió.. ¡Oh, es un hombre, por supuesto!

.Fui una idiota al imaginar que era una noble sabia que había ideado cómo enviar mensajes inteligentes. No creo que esos trucos sean difíciles para un hombre que se

ha pasado toda la vida practicando ese juego.

Ahora era bastante obvio. Pero atrapada en su celda, con sólo los chasquidos nocturnos por compañía, había atendido más a los deseos que a la razón. Qué extraño, experimentar una sensación de pérdida por alguien que se encontraba a sólo unos metros de distancia, vivo, sano, y por el momento libre. Sin embargo, la Renna que Maia había imaginado estaba muerta, igual que Leie. Este nuevo Renna era un sustituto no deseado.

¿Injusta? Maia lo sabía.

La VIDA es injusta. ¿Y qué? Busca a Lysos y demándala.

Minutos después, Kiel les condujo hasta una estrecha puerta, a la que llamó dos veces. El portal de madera se abrió, revelando a una fornida mujer rubia que sujetaba una palanca como arma. La puerta mostraba signos de haber sido forzada; tenía los goznes arrancados y había un candado roto en el suelo.

—¿Los tienes? —preguntó la guardiana de la puerta. Era alta, fuerte, rubia, de aspecto duro.

Kiel se limitó a asentir.

—Vamos —dijo Thalla, conduciéndolos hacia otro tramo corto de escaleras. Maia olió la noche incluso antes de que el viento helado le tocara la piel. Tenía una frescura que nunca había sentido desde la ventana abierta de su celda. Luego estuvieron fuera, bajo las estrellas.

Salieron por la puerta trasera a un amplio porche de piedra situado a un metro de altura sobre el nivel del suelo. Kiel se acercó al borde, se llevó los dedos a la boca, y silbó la llamada del pájaro gannen. Desde la oscuridad llegó una chirriante respuesta, como un eco, seguida del sonido de cascos de caballos. La rubia alta volvió a cerrar la puerta mientras cuatro mujeres llegaban cabalgando, cada una de ellas sujetando las riendas de una o dos monturas de fresco.

Tras soltar los bultos atados a lomos de un animal, Thalla entregó a Maia una burda chaqueta de lana, que ésta se puso agradecida. Aún se estaba abrochando cuando Kiel la cogió del brazo y la llevó hacia el borde de la plataforma, al que habían acercado un caballo. La luz de la luna brillaba en los flancos listados de la bestia, que bufaba y pateaba. Maia no pudo evitar apretar los dientes. Su experiencia como amazona se reducía a haber montado las bestias domadas por las hábiles Trevero, contratadas durante las salidas de verano para que las vars Lamai pudieran cumplir un artículo más del compendio de «preparación para la vid». de la forma más rápida y barata posible.

—No te morderá, virgie —dijo la mujer que sujetaba las bridas, riendo.

El orgullo pudo más que la aprensión, y Maia consiguió agarrarse al pomo de la silla sin temblar. Apoyó el pie izquierdo en el estribo y montó a horcajadas. El

caballo danzó, probando su paso. Ella extendió la mano para coger las riendas, alegrándose de que la criatura no se encabritara de inmediato. Aliviada, Maia se inclinó para acariciarle el cuello.

—¿Qué demonios es eso?

Eran palabras de protesta. Maia se volvió para ver cómo el hombre, Renna, señalaba la bestia que tenía delante. Kiel se acercó y le tocó el brazo, como para despejar sus temores.

—Es un caballo. Aquí los usamos para cabalgar y...

Renna ladeó la cabeza.

—Sé lo que es un caballo. Me refiero a esa cosa que lleva a lomos.

—¿A lomos? Bueno... es una silla, para montar.

Perplejo, él sacudió la cabeza.

—¿Esa cosa gruesa es una silla? ¿Por qué es distinta de las demás?

Todas las mujeres, incluso Maia, se echaron a reír. Maia no pudo evitarlo. La pregunta era tan incongruente, tan inesperada... ¡Tal vez él viniera del espacio exterior, después de todo! La expresión de preocupada consternación de Renna no conseguía sino hacerla reír todavía más, de modo que tuvo que cubrirse la boca con la mano libre.

También Kiel intentó ocultar la risa.

—Naturalmente, es una silla para montar. *de lado*. Sé que preferirías una carreta o un palanquín, pero no hemos podido... —La mujer se interrumpió en mitad de la frase y se lo quedó mirando—. ¿Qué estás haciendo?

Renna había saltado del porche y palpaba bajo la montura que estaba destinada a él.

—Sólo... un ligero... ajuste —gruñó—. Ya está.

Para sorpresa de Maia, la gruesa silla acolchada resbaló y chocó contra el suelo. ¡Entonces, de forma aún más sorprendente, el hombre cogió con ambas manos la crin del caballo y de un salto se montó sobre el animal, a horcajadas, como una mujer! Las otras reaccionaron con un gemido audible. Maia dio un respingo al notar un involuntario retortijón en los riñones.

—¿Cómo puedes...? —empezó a preguntar Thalla, la boca seca.

—No me vendrían mal unos estribos —la interrumpió él—. Pero podremos montar a pelo por turnos hasta que encontremos algo. Ahora salgamos de aquí.

Kiel parpadeó.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás...?

Por respuesta, Renna cogió las riendas y puso a su montura al trote, en dirección hacia donde el sol se había ocultado horas antes. En dirección al mar. Mientras ellas le observaban, dejó escapar un grito de júbilo tan intenso que Maia sintió un escalofrío. El hombre había dado voz a lo que ella quería expulsar de sus propios

pulmones.

La sorpresa dio paso a la pura alegría cuando también ella picó espuelas. Su montura obedeció al instante y echó a correr en la misma dirección, lanzando polvo hacia el recuerdo de su encarcelamiento.

El grupo no siguió la ruta directa hacia la seguridad, la salida de Valle Largo. Sin duda las Perkinitas buscarían allí primero. Kiel y las demás tenían un plan. Tras aquel primer trote jubiloso, la caravana continuó a paso vivo rumbo sur suroeste.

Aproximadamente una hora después de su partida, oyeron un leve sonido en la distancia, tras ellas. Un grave resonar. Al volverse, Maia vio la fina columna de piedra iluminada por la luna, que disminuía con la distancia y empezaba a hundirse en el horizonte. Varios puntos brillantes encendidos indicaban que las ventanas cobraban vida a lo largo de su oscura superficie.

—¡Maldita puesta de luna! —exclamó Kiel, azuzando su montura e imprimiendo un ritmo más rápido—. Esperaba que la tuviéramos hasta el amanecer. Dejemos huellas.

Maia comprendió pronto que Kiel no hablaba figuradamente.

La banda se internó a propósito en terreno despejado, donde la velocidad era buena pero los cascos de los caballos dejaban también marcas fáciles de seguir.

—Es parte de nuestro plan, para que las Perkinitas se vuelvan perezosas —explicó Thalla mientras seguían cabalgando—. Tenemos pensado un truco. No te preocupes.

—No lo hago —respondió Maia. Estaba demasiado contenta para preocuparse. Tras cabalgar durante un rato, se detuvieron, y la rubia alta de duro aspecto se alzó en sus estribos para mirar hacia atrás con un catalejo—. No hay rastro de nadie pisándonos los talones —dijo, cerrando el aparato. Entonces redujeron el ritmo, para no agotar a sus monturas.

Al responder a una breve insinuación de Thalla, que preguntó cómo la habían tratado en prisión, Maia se encontró narrando de cabo a rabo su llegada a la ciudadela de piedra, la terrible cocina de las carceleras Guel, lo horrible que había sido pasar el Día del Final del Otoño en un sitio como aquél, y cómo esperaba no volver a ver jamás el interior de un santuario masculino. Sabía que estaba farfullando tonterías, pero si Thalla y las demás parecían divertidas, no le importaba. Cualquiera diría tonterías después de un cambio tan súbito de fortuna, de la desesperación a la excitación, con el fresco aire de la libertad llenando sus pulmones como un vino fuerte.

Siguió otro período de trote veloz y paso ligero. Pronto una luna inferior, Aglaia, se alzó para unirse a Durga en el cielo, y alguien empezó a tararear una saloma marinera. Otra mujer se unió a ella con la letra, cantando con una rica y fluida voz de

contralto. Maia se incorporó ansiosamente al coro.

*¡Oh, soplad, vientos del mar occidental,
y soplad, soplad hei-ho!
¡Sed clementes con estos pobres marineros
y soplad, soplad hei-ho!*

Tras escuchar unas cuantas estrofas, Renna añadió al estribillo su profunda voz de tenor, que resultaba apropiada para una balada marinera. Miró a Maia a los ojos en un momento dado, le hizo un guiño, y ella se encontró respondiéndole con timidez, no demasiado disgustada.

Siguieron más canciones. Maia comprendió pronto que había una división entre las mujeres. Kiel, Thalla y la otra (una morena pequeña llamada Kau), eran sofisticadas, educadas en la ciudad, y Kiel era su líder intelectual.

En un determinado momento, las tres se unieron en un himno cuya letra era decididamente política.

*¡Oh, agrupaos hijas de la tormenta,
lo que parece tallado en piedra aún puede ser cambiado!
¿A quién le importará qué parezcáis
cuando el orden de la vida haya sido alterado?*

Maia recordaba la melodía de aquellas noches pasadas en la cabaña compartida de la Casa Lerner, cuando escuchaban la emisora de radio clandestina. La letra encerraba una furiosa determinación por alterar el orden actual, rompiendo decididamente con el pasado. Las otras cuatro mujeres conocían también la canción, y pusieron voz al estribillo. Pero había una sensación de contención, como si las demás no estuvieran de acuerdo con algunos fragmentos y pensarán que los versos eran demasiado blandos en otros. Cuando llegó de nuevo su turno, las otras cantaron una vez más baladas que Maia conocía del colegio y del hogar infantil. Baladas tradicionales de aventuras. Canciones de linternas mágicas y tesoros secretos. De cálidos hogares dejados atrás. De talentos revelados, y de deseos hechos realidad. Las melodías eran reconfortantes, aunque las cantantes no lo fueran. Por sus acentos y rasgos, Maia calculó que las dos mujeres más bajas y fornidas debían de ser de las islas del Sur, legendario hogar de saqueadoras y hábiles comerciantes, mientras que las otras dos, incluyendo a la rubia fornida, hablaban con el fuerte acento típico de aquella parte del Continente Oriental. Maia se enteró de que la rubia se llamaba Baltha, y le pareció que era la jefa de las otras cuatro.

En conjunto, parecían un grupo de vars duras y confiadas. No aparentaban tener

ningún miedo, ni siquiera de que por alguna casualidad Tizbe Beller y sus guardianas las alcanzaran.

La canción se acabó antes de su siguiente pausa para ajustar el rumbo y cambiar de monturas. Tras reemprender la marcha, todas guardaron un rato de silencio, dejando que el ritmo de los cascos de los caballos hiciera grave música de percusión de naturaleza más terrena. Sin la distracción de las canciones, Maia notó el frío. Notaba los dedos especialmente sensibles, y acabó metiéndose las manos en los bolsillos del grueso abrigo y sujetando las riendas a través de la ropa.

Renna se adelantó para cabalgar junto a Kiel, lo que provocó algunos murmullos entre las otras mujeres.

Baltha lo desaprobaba abiertamente.

—No es cosa de hombres cabalgar así —dijo, viendo desde detrás cómo lo hacía Renna, las piernas a horcajadas de su montura—. Es obsceno.

—Parece que sabe lo que se hace —dijo Thalla—. Pero me da escalofríos. Incluso ahora que tiene una silla normal. No comprendo cómo no se hace daño.

Baltha escupió en el suelo.

—No se debería permitir a los hombres hacer ciertas cosas.

—Cierto —añadió una de las fornidas mujeres del sur—. Los caballos están hechos para las mujeres. Está claro por la diferencia de constitución entre nosotras y los hombres. Lysos así lo ha querido.

Maia sacudió la cabeza, sin saber qué pensar. Más tarde, cuando por casualidad acabó cabalgando junto a la montura de Renna, el hombre se volvió y le dijo en voz baja:

—La verdad es que estos animales no son muy diferentes a los que conocí en la Tierra. Un poquito más gruesos, y con estas extrañas franjas. Creo que tienen el cráneo más grande, pero me resulta difícil recordarlo.

Maia parpadeó, sorprendida.

—¿Tú eres... de la Tierra? ¿La auténtica...?

Él asintió, con una expresión de tristeza en el rostro.

—Lejana y olvidada. Sé que creías que tal vez fuera de Florentina o de algún otro sistema cercano. Me temo que no hubo tanta suerte.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Maia. En ese momento, él cabalgaba muy por delante del resto.

Renna se cubrió una oreja.

—La atmósfera es aquí mucho más densa que en mi mundo de nacimiento, con diferencia. Transmite mejor el sonido. Puedo oír susurros a cierta distancia, aunque esto también significa que sufro dolores de cabeza cuando la gente grita. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Le hizo un guiño por segunda vez esa noche, y la sensación de extrañeza de Maia

se evaporó. En un instante fue sólo otro marinero amistoso e inofensivo, de permiso tras un largo viaje. Su tono confidencial era natural, una expresión de confianza basada en el hecho de que se habían conocido y compartido secretos antes.

Maia contempló la bóveda estrellada.

—Señálame la Tierra —pidió.

Alzándose sobre los estribos, Renna escrutó el cielo. Por fin, volvió a sentarse.

—Lo siento. Si aún estamos despiertos al amanecer, podré encontrar el Trífido. El Sol está cerca de su apéndice izquierdo. Naturalmente, la mayoría de las estrellas más cercanas del Phylum están ocultas bajo la nebulosa del Ceño de Dios, lo que vosotras llamáis la Garra, justo al este del Trífido.

—Para llevar aquí menos de un año, sabes mucho de nuestro cielo.

Renna exhaló un suspiro. Su expresión se hizo más grave.

—Tenéis unos años muy largos en Stratos.

Maia notó que tal vez sería mejor abstenerse por el momento de hacer más preguntas. El rostro de Renna, que parecía joven a primera vista, era ahora un rostro preocupado y cansado. *Es mayor de lo que parece*, advirtió.

¿Qué edad hay que tener para viajar tan lejos como él lo ha hecho? Aunque tengan congeladores en las naves estelares y se muevan casi a la velocidad de la luz.

No podía echar toda la culpa de su ignorancia a la educación selectiva de Lamatia. Siempre le había parecido que aquellos temas tenían muy poca relación con los asuntos que esperaba que le concernieran. No por primera vez, Maia se preguntó: *¿Por qué abandonamos prácticamente el espacio? ¿Lo planeó Lysos de esa forma?*

¿Quizá para asegurarse de que nadie volviera a encontrarnos?

Si así era, la impresión sufrida por las sabias, consejeras y sacerdotisas de Caria City tenía que haber sido todavía peor cuando la Nave Visitante entró en órbita el invierno anterior. Debían de haberse visto sumidas en un caos total.

¿De esto estaba hablando la vieja cacatúa en la tele de Lanargh!, comprendió Maia. *Renna ya debía de haber sido secuestrado entonces. Lo que intentaban hacer era encontrarlo sin alertar al público.*

Maia supo en qué pensaría Leie en aquel momento. ¡En la recompensa!

Probablemente, eso buscaban Thalla, Kiel y las demás. Naturalmente. Thalla le había mentado en los pasillos del santuario. No habían acudido a por ella, después de todo. O al menos no sólo a por ella. Su principal objetivo había sido Renna todo el tiempo, lo que explicaba la silla para cabalgar de lado. ¿Por qué si no llevar una cosa así todo el camino, a menos que fuera para recoger a un hombre?

Pero no se lo reprochaba. Maia estaba acostumbrada a no ser importante. El hecho de que se hubieran molestado en llevarla consigo era suficiente para que les estuviera agradecida. Y el intento de Thalla por mentir había sido amable.

La llanura abierta terminó bruscamente cuando llegaron a un terreno de cañadas

rotas similar al que Maia recordaba, donde el Clan Lerner cavaba sus minas y escupía residuos de sus fundiciones. Suponía que ahora se encontraban mucho más lejos, al noreste, pero los contornos eran similares: cañones erosionados que cruzaban la pradera como cicatrices de una antigua batalla. Con cuidado, el grupo se internó en el primer grupo de estrechas cañadas, pasando junto a los nidos cuyas colonias hicieron ruidos amenazantes para expulsar a los humanos y los caballos. Los trinos y graznidos se volvieron triunfales cuando sus esfuerzos parecieron dar fruto y la amenaza pasó.

Baltha se encargó de guiarlos por el retorcido laberinto; en algunos puntos, sólo los sesenta grados superiores del cielo eran visibles, lo que las obligó a reducir el ritmo incluso después de encender dos lámparas de aceite.

Hicieron un alto junto a un borbotante arroyuelo y todo el mundo desmontó. Algunas lo hicieron con torpeza, pero ninguna con más torpeza que el hombre, que silbó y se frotó las piernas, intentando caminar para desentumecerse. De hecho, sólo la vergüenza impidió a Maia comportarse como él. En cambio, se desperezó disimuladamente detrás de su caballo. Las líderes se reunieron cerca, alrededor de una lámpara.

—Éste debe de ser el lugar —dijo Kiel, señalando un mapa trazado sobre piel de cordero, mucho más resistente que el papel. Baltha sacudió la cabeza.

—Hay otro arroyo a un kilómetro más o menos. Yo os diré dónde.

—¿Estás segura? No querríamos perder...

—No lo haremos —cortó la alta rubia—. Ahora montemos. Estamos perdiendo el tiempo.

Maia vio a Thalla y Kiel mirarse con expresión dubitativa en cuanto Baltha se marchó.

—Ahora conoce el lugar como si fuera la palma de su propia mano —murmuró Thalla—. ¿Cómo es posible? Por aquí sólo crecen Perkinitas.

Maia hizo un signo de precaución a su amiga.

—Una cosa está clara. No es una maldita Perkinita.

Thalla se encogió de hombros mientras Kiel enrollaba el mapa.

—Las hay peores —dijo entre dientes. Cuando las dos pasaron ante Maia, Thalla le dio un golpecito en la cabeza. El gesto habría parecido condescendiente si no hubiera habido en él algo similar al afecto.

Con el júbilo de la huida convirtiéndose poco a poco en fatiga física, Maia comprendió: *Aquí hay en juego más de lo que yo pensaba. Será mejor que empiece a prestar más atención.*

Media hora más tarde, llegaron a otro arroyo que corría entre las altas paredes de un cañón. Esta vez, Baltha indicó que todo el mundo guiara su montura hasta el

riachuelo antes de hablar.

—Aquí nos separamos. Riss, Herri, Blene y Kau se dirigirán hacia Demeterville, dejando huellas y confundiendo la pista. Maia, tú irás con ellas. El resto seguiremos corriente arriba unos dos kilómetros antes de girar hacia el oeste, y luego hacia el sur. Nos reuniremos al suroeste de Ciudad Barro el día siete, si Lysos nos guía.

Maia miró a las desconocidas a las que tenía que acompañar, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No —dijo con fuerza—. Quiero ir con Kiel y Thalla.

Baltha se la quedó mirando con mala cara.

—Tú irás a donde se te diga.

El pánico atenazó el pecho de Maia. Parecía una repetición de su despedida de Leie, cuando se separaron en Lanargh por última vez para subir a barcos distintos. Le abrumó la certeza de que, si las perdía de vista, nunca volvería a ver a sus amigas.

—¡No lo haré! ¡No después de esto! —Señaló con una mano en dirección a la torre prisión en la que tan recientemente había estado atrapada.

Maia se volvió hacia sus amigas en busca de apoyo, pero éstas no quisieron mirarla a los ojos.

—El grupo que vaya corriente arriba debe ser lo más pequeño posible... —trató de explicar Kiel.

Pero Maia dedujo algo más de la inquieta conducta de la mujer. *Esto estaba preparado con antelación, concluyó. ¡No quieren que yo escape con su precioso alienígena!* Una pesada resignación se posó sobre su corazón, abrumando incluso su ardiente resentimiento.

—Maia viene con nosotros.

Era Renna. Tras acercar su caballo al de ella, continuó:

—Vuestro plan cuenta con que nuestras perseguidoras sigan por el camino fácil tras el grupo más grande mientras los demás escapamos. Por mí, muy bien. Gracias. Pero no será tan bueno para Maia cuando las alcancen.

—La muchacha es sólo una larva —replicó Baltha—. No les preocupa. Probablemente ni siquiera la están buscando.

Renna sacudió la cabeza.

—¿Quieres arriesgar su libertad en una apuesta como ésa? Olvídalo. No dejaré que la lleven de vuelta a ese lugar.

Abrumada por la emoción, Maia fue testigo de un silencioso debate entre las mujeres. Habían considerado a Renna una simple mercancía, pero ahora él se hacía valer. Los hombres podían ocupar un peldaño bajo en la escala social de Stratos, pero de todas formas era más alto que el de la mayoría de las vars. Aún más, *aquellas* puede que hubieran servido en barcos, en una u otra época. Sin duda, el hecho de que Renna tuviera una bien cultivada «voz de capitán». tuvo su importancia.

Kiel se encogió de hombros. Thalla se volvió y le sonrió a Maia.

—Por mí, muy bien. Me alegra tenerte con nosotras, virgie.

Baltha maldijo en voz baja, aceptando el cambio de opinión general de mala gana. La fornida rubia se acercó a caballo a sus amigas, que tomaban la otra ruta, y se inclinó para estrecharles el antebrazo. Del mismo modo, Thalla y Kiel abrazaron a Kau. Los grupos se separaron entonces, y Baltha dirigió con cuidado su montura hacia el centro de la corriente. Cerrando la marcha, Maia y Renna se despidieron de sus benefactoras, que ya habían empezado a subir un estrecho sendero por la pared del cañón. Una de ellas (Maia no pudo distinguir cuál) alzó una mano para decir adiós, y luego las cuatro mujeres desaparecieron tras un recodo.

—Gracias —le dijo Maia a Renna en voz baja, mientras sus monturas chapoteaban. Aún se notaba la voz pastosa por el momento de desconcierto e intranquilidad.

—Eh —dijo el hombre con una sonrisa—. Los parias tenemos que estar unidos, ¿no? Además, pareces bastante dura para tenerte cerca si nos encontramos con problemas.

Naturalmente, estaba bromeando con ella..*Pero sólo en parte*, advirtió Maia con cierta sorpresa. Realmente parecía contento, incluso aliviado, de que fuera con él.

Viajando en fila india, guardaron silencio y dejaron que los caballos eligieran un sendero por el irregular lecho del río. Por fortuna, estaban al socaire del viento. Pero las rocas heladas del invierno parecían sorber el calor del ambiente. Maia se metió las manos bajo los sobacos, apretando con fuerza el abrigo, exhalando un aliento que se convirtió en niebla visible.

De todas formas, era tranquilizador saber que cada minuto ponía más distancia entre ellas. El plan de huida era arriesgado, ya que contaba con el pánico y la prisa excesiva por parte de sus perseguidoras. Las verdaderas profesionales (como el clan de cazadoras Sheldon de Puerto Sanger) no se dejarían engañar por un truco tan simple. Maia no había oído que las granjeras de Valle Largo fueran famosas por su habilidad como rastreadoras, pero no dejaba de ser una suposición.

Aunque escaparan de sus perseguidoras inmediatas, seguían estando rodeadas de enemigas. Pocos lugares de Stratos eran políticamente más homogéneos que aquella colonia de extremistas, con clanes Perkinitas aliados extendiéndose hasta Grange Head. Cuando la noticia les llegara, habría partidas y grupos buscándolas por todas partes.

A Maia le pareció poder ver el panorama completo, lo desesperadas que debían estar las Perkinitas. Había muchas más cosas implicadas que su plan radical para utilizar una droga que promoviera la impregnación invernal. Los matriarcados colmenares de Valle Largo se habían enzarzado en un plan mucho más osado: secuestrar al Visitante interestelar, Renna, justo ante el Consejo de Caria City. Era

una empresa arriesgada. ¿Pero qué mejor forma de reducir, tal vez de eliminar, la posibilidad de restaurar el contacto con el Phylum Homínido?

.Nada volvería más locas a las Perkinitas extremistas que abrir los cielos. Naves espaciales llegando regularmente de esos viejos mundos de «celo animal y tiranía sexua».. Mundos en los que la mitad de los habitantes son hombres.

La mitad.

A pesar de haber leído aquellas fantasiosas novelas, era difícil de imaginar. ¿Qué, en nombre de Lysos, necesitaba un mundo de tantos machos de más? ¡Aunque fueran tranquilos y se comportaran bien la mayor parte del tiempo, sólo había un número limitado de tareas que pudiese confiarse a los hombres! ¿Qué había que pudieran hacer?

El contacto cambiaría a Stratos para siempre, contaminándola con ideas extrañas, costumbres extrañas. A pesar de su odio hacia quienes la habían encarcelado, Maia se preguntó si no tendrían razón.

Reaccionó con tensión otra vez cuando Renna hizo maniobrar su montura para cabalgar a su lado. Pero él sólo le dirigió una sonrisa y le preguntó el nombre de una especie de matorral que se aferraba tenazmente a las paredes del cañón. Maia respondió, suponiendo que estaba relacionado con un tipo que se encontraba en el templo ortodoxo de Grange Head. No pudo decirle si era una forma de vida puramente nativa o si descendía de la bioingeniería aplicada por las Fundadoras a las variedades terrestres.

—Estoy tratando de hacerme una idea de cómo las formas introducidas fueron diseñadas para encajar, y cuánta adaptación tuvo lugar después. Tenéis algunas ecologistas muy sofisticadas en la universidad, pero las cifras no pueden compararse con salir y verlo por uno mismo.

Aunque eran difíciles de distinguir a la tenue luz de la luna, sus rasgos parecían recuperados de la anterior melancolía. Maia se preguntó si sus ojos brillarían con extraños colores de día, o si su piel, que sólo había visto a la luz de la lámpara o de la luna, resultaría de algún tono extraño y exótico.

Tal vez era un error interpretar las expresiones faciales de un alienígena por experiencias pasadas, pero Renna parecía excitado de encontrarse aquí, lejos de ciudades y sabias y, sobre todo, de su celda, explorando por fin la superficie de Stratos misma. Era contagioso.

—En conjunto, parece que vuestras Fundadoras fueron diseñadoras bastante buenas al hacer inteligentes cambios en los humanos, plantas y animales que depositaron aquí, antes de encajarlos en el ecosistema.

Naturalmente, cometieron algunos errores. No es extraño...

Parecía blasfemo oír a un externo decir tales cosas. Se sabía que las Perkinitas y otras herejes criticaban algunas de las *opciones* tomadas por Lysos y las otras

Fundadoras, pero nunca antes había oído Maia hablar a nadie de aquel modo sobre *s.competencia*.

—... el tiempo ha borrado la mayoría de los errores, por extinción o adaptación. Ha pasado tiempo suficiente para que las cosas se asienten, al menos entre las formas de vida inferiores.

—Bueno, después de todo, han pasado cientos de años —respondió Maia.

Rennaladeó la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas que lleváis los humanos viviendo en Stratos?

Maiafrunció el ceño.

—Um... claro. Bueno, en realidad no recuerdo una cifra exacta. ¿Importa?

Él la miró de una forma extraña.

—Supongo que no. Con todo, eso encaja con la forma en que vuestros calendarios... —Renna sacudió la cabeza—. No importa. Dime, ¿es éste el sextante del que me hablaste? ¿El que utilizaste para corregir mis cifras de latitud?

Maia se miró la muñeca y el pequeño instrumento envuelto en su funda de cuero. Renna estaba siendo amable otra vez. Sus mejoras a sus coordenadas, allá en la prisión, habían sido mínimas.

—¿Te gustaría verlo? —preguntó. Desenvolvió el sextante y se lo entregó.

Él lo trató con cuidado, usando primero las yemas de sus dedos para acariciar el zep'lin grabado en la tapa de bronce, y luego lo desplegó y probó delicadamente los brazos.

—Una herramienta muy bonita —comentó—. ¿Dices que está hecha a mano? Me encantaría ver el taller.

Maia se estremeció ante la idea. Ya había visto suficientes santuarios masculinos.

—¿Éste es el dial que utilizas para ajustar el azimut? —preguntó él.

—¿El azimut? Oh, te refieres a la altura de las estrellas. Naturalmente, necesitas un buen horizonte...

Pronto estuvieron inmersos en la conversación sobre el arte de la navegación, sorteando entre ambos un laberinto de términos heredados de tradiciones completamente distintas: la de él empleando complejas máquinas para cruzar vacíos inimaginables, y la de ella herencia de incontables vidas pasadas refinando reglas aprendidas a las duras, combatiendo contra los elementos en los caprichosos mares de Stratos. Renna hablaba con respeto de técnicas que ella sabía que tenían que parecerle primitivas, puesto que venía de muy lejos... de esas mismas luces que Maia usaba como puntos de referencia en el cielo.

A veces, cuando una luna brillaba en las paredes del cañón e iluminaba directamente el rostro de Renna, Maia se sorprendía por alguna diferencia sutil que resaltaba de pronto. La larga sombra de sus pómulos, o la forma en que, con la escasa luz, sus pupilas parecían abrirse más de lo normal para los ojos de Stratos. ¿Se habría

dado cuenta si no supiera ya quién, o qué, era?

Interrumpieron la conversación cuando Baltha anunció un descanso. Su guía indicó un sendero por el que conducir a sus cansadas monturas hasta una playa de piedra, donde el grupo descabalgó y pasó algún tiempo frotando y secando las patas y tobillos de los caballos, restaurando la circulación a las partes entumecidas por el agua helada. Fue un trabajo duro, y Renna no tardó en quitarse la chaqueta. Maia pudo sentir el calor irradiando de su cuerpo mientras trabajaba cerca. Recordó a los marineros del *Wotan*, cuyos poderosos torsos siempre parecían repletos de energía, y que gastaban la mitad de lo que comían y bebían en sudor y radiación. Como Maia tenía frío, sobre todo en los dedos de las manos y de los pies, la proximidad de Renna le resultaba bastante agradable. Se sintió tentada a acercarse más, estrictamente para compartir el calor que él derrochaba tan libremente. Ni siquiera el inevitable olor masculino era demasiado desagradable.

Renna se levantó, con una expresión de asombro en el rostro. Al escrutar el cielo, entornó los ojos y frunció las cejas. Sólo cuando se incorporó para acercarse a él empezó Maia a advertir también algo, un sonido suave procedente de arriba, como el zumbido distante de un enjambre de abejas.

—¡Allí! —gritó él, señalando al oeste, justo por encima del borde del cañón.

Maia trató de seguir la dirección de su brazo.

—¿Dónde? No puedo... ¡Oh!

Rara vez había visto máquinas voladoras, ni siquiera a la luz del día. El pequeño aeródromo de Puerto Sanger quedaba oculto tras las colinas, y las rutas de vuelo se escogían para no molestar a las habitantes de la ciudad. Sin contar el dirigible que traía el correo semanal, sólo se veían aviones de verdad unas cuantas veces al año. ¿Pero qué otra cosa podían ser aquellas luces? Maia contó dos... tres pares de puntos parpadeantes en el cielo, mientras el rumor aumentaba y seguía los resplandores hacia el este.

—¡Cy debe de haberlo oído! —gritó Renna, mientras el cañón hacía que las estrellas móviles se perdieran de vista—. Contactó con Groves. ¡Han venido a buscarnos!

.A buscarte, querrás decir, pensó Maia. Con todo, se sentía alegre, inmensamente alegre. Aquello probaba sin lugar a dudas la importancia de Renna, por el hecho de que Caria hubiera enviado una fuerza hasta tan lejos, violando la soberanía de la Comunidad de Valle Largo, e incluso arriesgándose a una batalla.

Baltha, Thalla y Kiel se negaron a considerar siquiera volver atrás.

—¡Pero es un grupo de rescate! Sin duda han venido con fuerzas suficientes para...

—Muy bien —reconoció Kiel—. Eso distraerá a las zorras. Las mantendrá lejos de nuestra pista. Tal vez se entretengan tanto arañándose y discutiendo, que podamos

llegar sin contratiempos a la costa.

Maia comprendió lo que estaba sucediendo. Kiel y sus amigas habían invertido mucho en el rescate de Renna.

Al parecer, no estaban dispuestas a entregarlo a un pelotón de mujeres policía, que podrían decir que lo habían liberado esta noche de todas formas. Desde el punto de vista de Kiel, era mucho mejor entregarlo en persona a una magistrada en Grange Head, donde su éxito sería indiscutible y la recompensa estaría garantizada.

Maia vio que Renna lo consideraba. ¿Intentarían las mujeres detenerlo si se daba la vuelta? La fuerza de un hombre podría no compensar la mundana ferocidad de Baltha, que parecía una luchadora nata y siempre tenía a mano su palanca. Las fuerzas serían dudosas en invierno, cuando los temperamentos masculinos se dirigían a su nadir. Las probabilidades de Renna aumentarían con Maia de su parte, pero no estaba segura de poder luchar contra Thalla y Kiel.

De todas formas, suponiendo que en efecto él se diera la vuelta... Tizbe no habría esperado mucho para seguir su pista. Aunque las fuerzas carianas tomaran la ciudadela-prisión, era probable que Renna y Maia se toparan con la Beller y sus guardianas en la pradera abierta. Sólo serían capturados y llevados a otro agujero, probablemente mucho peor que el que acababan de abandonar.

.Realmente no tenemos muchas opciones, comprendió Maia.

Sin embargo, en ese momento sus lealtades cristalizaron. Se situó junto a Renna, dispuesta a apoyar lo que él decidiera. Hubo una larga pausa mientras el sonido de los motores se convertía gradualmente en un susurro, y luego en nada. Por fin, el hombre se encogió de hombros.

—Muy bien, sigamos cabalgando.

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 40.157 Ms

Cy se quejaba de tener que utilizar códigos arcaicos para guiar mi lanzadera por el antiguo rayo de tracción para el aterrizaje. Yo estaba demasiado nervioso para ponerme en su lugar.

—¿Quién tuvo que aprender un idioma completamente nuevo? —gruñí, mientras las llamaradas blancas lamían las escotillas y una densa atmósfera aplastaba mi crisálida como una uva en un lagar—. Se supone que es un dialecto basado en el Florentiniano, pero tienen voces que nadie ha visto antes: femeninas, masculinas, neutras y clonales... con casos redundantes, declinaciones y partículas intercambiables...

Yo charlaba para no caer en el terror más absoluto. Incluso esa distracción se desvaneció cuando Cy me pidió que me callara y la dejara concentrarse en soltarme abajo de una sola pieza. Eso no me dejó otra cosa que escuchar los alaridos del caliente viento contra el casco, a centímetros de mis orejas. Los aterrizajes normales son malos. Pero nunca había oído sonidos como aquéllos. Los stratoianos respiran un aire tan denso que se puede nadar en él.

Como era verano cuando el Consejo votó por fin concederme permiso para aterrizar, las auroras me siguieron, cortinas de electricidad recubiertos de hilos electromagnéticos que fluyen de la compañera enana del sol rojo. Yo me dirigía a altitudes bajas, pero aun así, lazos de relámpagos iónicos hacían que las chispas crepitaran sobre una consola, incómodamente cerca de mi brazo.

La crisis balística pasó. Pronto la lanzadera cortó túneles a través de enormes nubes de vapor de agua, y luego giró en un arco de frenado sobre un manto de oscuros bosques y brillantes prados.

Finalmente, los destellos junto a un arroyo indicaron claros signos de vida e industria. Durante casi un año terrestre, yo había contemplado aquel terreno desde el espacio, medio muerto por el tedio de la espera. Ahora me apretaba contra la ventana, absorbiendo la hermosura de Stratos... el sombrío brillo de la vegetación nativa y el verdor más luminoso de la vida derivada de la Tierra, el titilar de sus lagos multicolores, la refracción atmosférica que da a cada horizonte una sutil curvatura cóncava. Las montañas se alzaron para rodearme. Con una zambullida final que hizo que mi estómago diera vueltas, Cy fijó la lanzadera sobre veinte hectáreas de pavimento, moteado aquí y allá por parches de hierba intrusa. Para cuando la lanzadera se enfrió lo suficiente para tender una estrecha rampa, ya me estaba esperando un comité de bienvenida.

Imagino que sus túnicas bordadas habrían alcanzado precios de magnate en Pleasence, o incluso en la Tierra. Ninguna de las cinco mujeres de mediana edad sonreía. Mantuvieron la distancia mientras yo descendía, y cuando intercambiamos reverencias. Ninguna se ofreció a estrecharme la mano.

Me han dispensado acogidas más cálidas... y también mucho peores. Dos de las mujeres se identificaron como miembros del Consejo reinante. Una tercera llevaba hábitos de religiosa y alzó los brazos en lo que parecía ser una cautelosa bendición. El par restante eran decanas universitarias con las que ya había hablado por videx. La Sabia Iolanthe, que parecía a la defensiva, con sus ojos grises penetrantes y evaluadores, y la Sabia Melonni, que había parecido amistosa durante las largas negociaciones, pero que ahora se mantenía a distancia, observándome como si fuera un espécimen de una especie rara y dudosa. Una especie con fama de morder.

Durante los meses que me he pasado contemplando el planeta lleno de frustración desde la órbita, he visto cómo la mayoría de los asentamientos confían en la energía

eólica, solar y animal para el transporte, siempre dentro de la línea de lo que conozco de la ideología Lyso-Herlandista. No obstante, las regiones industrializadas hacen algún uso de los vehículos de combustión. Así que me condujeron a un cómodo coche equipado con un motor de hidrógeno y oxígeno. Para mi asombro, casi todo lo demás, desde el chasis a la decoración, estaba tallado en madera fina. Más tarde comprendí que esto no era solamente un reflejo de la escasez de metales del planeta. Se trata de una especie de declaración de principios.

Me senté solo en un compartimento, aislado de las demás por un cristal. No me importó. Mis intestinos se quejaban ruidosamente del tratamiento previo al aterrizaje y, a pesar de haber pasado varios megasegundos aclimatándome a una atmósfera de Stratos simulada, mis pulmones trabajaban audiblemente en el denso aire. Un asalto de extraños olores me mantenía ocupado conteniendo estornudos, y la presión parcial del dióxido de carbono me provocaba repetidos bostezos. Debo de haber sido todo un espectáculo.

Sin embargo, nada de esto parecía importar en mi júbilo por haber aterrizado por fin. Parece un mundo y una gente sofisticada y digna, sobre todo en comparación con la que encontré en Digby, o en Cielo, dejado de la mano de Dios. Estoy seguro de que podemos llegar a un entendimiento.

Cuando nuestro vehículo llegaba a borde del campo de aterrizaje, se nos situaron escoltas delante y detrás... escuadrones perfectamente dispuestos de *caballería*; formaban un espectáculo espléndido con sus corazas y yelmos brillantes. La impresión de uniformidad y disciplina aumentó cuando vi que la unidad estaba compuesta enteramente por altas mujeres de una misma familia de clones de Stratos, idénticas hasta el último botón y rizo de pelo. Las soldados tenían un aspecto formidable. Mi primer contacto directo con la especialización de los clanes en acción.

Al salir de la zona de aterrizaje pasamos por el otro sector del espaciopuerto, las instalaciones de despegue, con sus rampas y raíles de impulsión para enviar cargamentos al cielo (algo que quizá deban hacer con mi propia lanzadera cuando llegue el momento de partir).

No vi ningún signo de actividad. A través de un intercomunicador, una de las eruditas me explicó que las instalaciones eran plenamente operativas.

—Cuidadosamente conservadas para su uso ocasional —dijo, agitando alegremente una mano.

No pude imaginarme qué significaba «ocasiona». para aquella gente. Pero la palabra me inquietó.

El océano la rodeaba, amenazando con engullirla. Se aferró a una tabla rota y resbaladiza, sacudiéndose y agitándose mientras las olas contrarias luchaban por apoderarse de ella. La lluvia caía en ráfagas cegadoras, impulsada por los vientos de la galerna. En la distancia, vio un barco de vela alejarse, abriéndose paso entre las altas olas, ignorando sus llamadas, sus súplicas para que volviera.

En la cubierta del barco que se alejaba, una muchacha miraba en su dirección, ciegamente, sin ver.

La muchacha tenía su propio rostro...

El temor aumentó. Maia quiso escapar. Pero los sueños tenían su modo de atraparla haciéndola olvidar que había un mundo «rea». al que huir. Hizo falta un susurro de verdadero sonido entrometiéndose en el paisaje del sueño para proporcionar algo que la hiciera volverse hacia arriba, hacia fuera, hacia el estado consciente.

Se preguntó aturdida cómo estaba allí, envuelta en una áspera manta de lana, tendida sobre el duro suelo. Las paredes de piedra del cañón se parecían a las de su celda, frías y enclaustrantes, y las nubes bajas que gravitaban en el cielo semejaban un techo gris. Se apoyó en un codo, se frotó los ojos, y contempló las ascuas de una diminuta hoguera, luego los caballos amarrados que mordisqueaban hierba junto al arroyo. Dos formas acurrucadas yacían lo bastante cerca para darle calor por un lado. Por el pelo desordenado que asomaba de las mantas, reconoció a Thalla y Kiel y se relajó un poco, recordando que se encontraba entre amigas. Maia sonrió, pensando una vez más en lo que habían hecho, al rescatarla del pozo en donde Tizbe Beller y las Jopland y las Lerner la habían encerrado.

Volviéndose hacia el otro lado, Maia vio dos mantas vacías. La más cercana seguía estando levemente cálida al contacto. La marcha de aquella persona era lo que probablemente habría interrumpido su sueño, sacándola de la pesadilla y apartándola del recuerdo de Leie.

.Oh, sí. Renna. El Exterior había sido una agradable fuente de calor en el frío anterior al amanecer, cuando se desplomaron agotados tras su dura cabalgada. Ver su bolsa azul y el tablero del Juego de la Vida la tranquilizó, pues indicaban que no se había marchado para siempre.

La rubia grande, Baltha, había estado durmiendo un poco más allá. Maia se recostó, y contempló el cielo. ¿Por qué querrían los dos levantarse al mismo tiempo? ¿Importaba? No le sería difícil volver a conciliar el sueño... y esperaba que no fuera una pesadilla...

Un leve sonido (guijarros rodando por una pendiente) acabó de despejarla e hizo que tomara una decisión mientras se incorporaba. Tras ponerse los zapatos, Maia se

arrastró para apartarse de la forma inmóvil de Thalla antes de levantarse y dirigirse hacia la fuente del ruido, en algún lugar corriente arriba, donde los acantilados se habían desmoronado para dar paso a un terreno en pendiente. Un destello de movimiento atrajo su atención cuando rodeaba la loma más cercana. Se encaminó en esa dirección y pronto estuvo escalando peñascos, pulidos y congelados por las sucesivas inundaciones del verano.

El cañón, al ensancharse, protegía menos del frío. Maia exhaló vaho y los dedos se le entumecieron cuando se agarró a las rocas cubiertas de escarcha. Un aroma vagamente familiar le abrió las aletas de la nariz y la arrastró a revivir los inviernos en la Casa Lamatia, cuando Leie abría como solía los postigos de par en par las mañanas de invierno, se golpeaba el pecho e inhalaba el aire helado mientras Maia se quejaba y se acurrucaba entre las mantas. El recuerdo provocó en ella una sonrisa leve y triste mientras escalaba.

Maia se detuvo, prestó atención. Hubo un roce, una piedra cayendo pendiente abajo un poco más adelante, a su derecha. El camino parecía peligroso. Se detuvo, dividida entre la curiosidad y la creciente urgencia de su vejiga repleta. Ahora que estaba completamente despierta, parecía un poco absurdo seguir a personas que estaban haciendo sin duda lo que ella misma debería hacer tras encontrar el lugar adecuado. *Vamos a ocuparnos del asunto, ¿eh?* Empezó a buscar a su alrededor un hueco convenientemente resguardado del viento.

El primer lugar donde lo intentó ya tenía un ocupante. O varios. Un chirrido siseante hizo que Maia se apartara atemorizada de un salto mientras un *arco iris* viviente se agitaba ante ella. Se alejó apresuradamente del hueco donde una madre zim-rozadora cuidaba a sus pequeños: un puñado de diminutas bolsas de gas que se inflaban y desinflaban rápidamente, silbando en imitación de su beligerante progenitora. Primos pequeños de los flotadores-zoor, los rozadores tenían mucho peor temperamento, y unas púas venenosas que espantaban a los pájaros descendientes de la Tierra que buscaban su tierna carne. Las espinas causaban feroces erupciones alérgicas al humano que tenía la desgracia de rozar una. Maia retrocedió, sin dejar de observar aquellas formas engañosamente diáfanas. Una vez estuvo a salvo fuera de vista, se dio la vuelta y corrió por el estrecho sendero.

Fue entonces cuando, al rodear un recodo, vio a alguien delante.

Baltha.

La mujer alta estaba agachada, mirando por entre unos peñascos algo situado pendiente abajo, fuera del campo de visión de Maia. En el suelo, junto a la var, había una pequeña pala de campamento y una caja de madera cerrada, lo bastante pequeña para guardarla en una mano. Mientras miraba fijamente hacia delante, Baltha extendió la mano para acariciar una roca cercana, luego se llevó los dedos a la cara, y olisqueó.

Maia parpadeó..*Por supuesto*. Observó las rocas cercanas y vio, entre pequeños montones de nieve normal, vetas que brillaban con un destello diamantino..*Escarcha de gloria*. *Es invierno, claro*. El efecto de las estaciones era mayor sobre los altos vientos estratosféricos que sobre la enorme masa de mar y tierra y aire de debajo.

Varietades de turbulencias desconocidas en otros mundos reciclaban vapor de agua a través de flujos iónicos hasta que formaban un hielo adenoide. Ocasionalmente, los cristales llegaban al suelo antes del amanecer en suaves neblinas; esas neblinas eran la única manifestación del invierno, así como las deslumbrantes auroras de la Estrella Wengel lo eran del verano. Maia extendió la mano hacia la escarcha de gloria más cercana. La estática atrajo las brillantes pseudogemas a sus dedos, que notaron las cosquillas a pesar del entumecimiento de la mañana. Luces púrpuras y doradas chisporrotearon bajo innumerables facetas mientras las volvía hacia la luz. Un vapor de sublimación se alzó visiblemente desde los puntos de contacto.

En inviernos anteriores, cada vez que aparecía gloria en su alféizar, Maia y Leie solían reírse y trataban de inhalar o de saborear la fina nieve luminiscente. La primera vez la atrevida fue ella, no su hermana.

—Dicen que es sólo para las adultas —dijo Leie nerviosamente, repitiendo como un loro las lecciones de las madres. Naturalmente, eso sólo lo hacía más excitante.

Los efectos fueron decepcionantes. Aparte de una sensación burbujeante que hacía cosquillas en la nariz, las gemelas nunca notaron nada anormal o provocativo.

.Pero ahora soy mayor, reflexionó Maia, viendo cómo el calor de su cuerpo convertía el fino polvillo en vapor.

Había algo levemente distinto en el aroma aquella vez. Al menos, podía jurar...

Un sonido la hizo agacharse en busca de resguardo. Era un silbido grave. Un hombre (Renna, claro) se acercaba. Pronto pudo verlo, emergiendo de uno de los incontables afluentes que alimentaban el río durante la estación de las lluvias. También él llevaba una pala de campamento y un puñado de hojas takawq, lo que dejaba claro el motivo de su excursión.

¿Por qué se ha alejado tanto del campamento, entonces?, se preguntó Maia..*¿Tan tímido es?*

¿Y por qué le está espiando Baltha?

Tal vez la alta var temía que el Exterior escapara e intentase contactar con las fuerzas de Caria City que habían visto la noche anterior. Si era así, Baltha debía de sentirse aliviada al ver a Renna pasar de largo silbando extrañas melodías, de regreso al campamento..*No te preocupes, tu recompensa está a salvo*, pensó Maia, disponiéndose a marcharse sin ser vista. Tenía perfecto derecho a estar allí, pero no conseguiría nada enfrentándose a la otra mujer, o siendo capturada espiando ella también.

Pero para sorpresa de Maia, la alta rubia no se volvió para seguir a Renna colina abajo sino que, en cambio, en cuanto el hombre desapareció de la vista, Baltha cogió su caja y su pala y se acercó al lugar de donde venía Renna. Poseída por la curiosidad, Maia se arrastró hacia delante para usar el mismo macizo rocoso que había servido como parapeto a Baltha.

La fornida mujer se dirigió hacia un hueco situado unos veinte metros al este, justo sobre la línea del agua.

Entonces utilizó la pala para cavar en un montón de terreno recién removido y empezó a llenar la cajita..¿*Qué demonios de caos atip está haciendo?*, se preguntó Maia.

—¡Eh, todo el mundo!

El grito, procedente del campamento, hizo que Maia casi se saliera de su piel.

—¡Baltha! ¡Maia! ¡El desayuno!

Era sólo Thalla, que llamaba alegremente desde el campamento. Otra madrugadora maldita de Lysos. Maia retrocedió antes de que Baltha pudiera verla. Acordándose de dar un amplio rodeo para evitar la madre rozadora, empezó a bajar por la erosionada pendiente.

La comida consistió en queso y bizcochos, calentados sobre rocas sacadas de la hoguera. Ya hacía un rato que había amanecido, y como probablemente era más seguro viajar de día por aquellos profundos cañones, los cinco viajeros volvieron a montar antes de que el sol se alzara demasiado por el borde suroriental de las cavernas.

Avanzaron a buen ritmo, a pesar de tener que detenerse cada media hora para calentar las patas de los caballos.

Aproximadamente una hora después del mediodía, Maia advirtió que algo maloliente y de feo color había entrado en la corriente.

—¿Qué es esto? —preguntó, arrugando la nariz.

Thalla se echó a reír.

—¡Pregunta qué es el mal olor! ¡Qué pronto olvidamos el dolor cuando somos jóvenes!

También Kiel sacudió la cabeza, sonriendo. Maia inhaló otra vez, y de pronto lo recordó.

—¡Las Lerner! Naturalmente. Arrojan sus vertidos a un cañón lateral, y debemos estar pasando...

—Justo corriente abajo. Ayuda a la navegación, ¿eh? Como ves, nos las apañamos bien sin tus bonitas estrellas para guiarnos.

Maia sintió un abrumador resentimiento hacia sus antiguas jefas.

—¡Malditas sean! —exclamó—. ¡Lysos maldiga a las Lerner! ¡Espero que todo el

lugar arda!

Renna, que cabalgaba a su derecha, frunció el ceño ante su estallido.

—Maia, cuida lo que dices. No puedes hablar...

—¡No me importa! —Sacudió la cabeza, llena de ira acumulada—. Calma Lerner me entregó al grupo de Tizbe como si yo fuera una plancha de hierro barato en venta. ¡Espero que se pudra! .

Thalla y Kiel se miraron la una a la otra, incómodas. Maia sintió un placentero aunque vil escalofrío por haberlas sorprendido. Renna apretó los labios y guardó silencio. Pero Baltha respondió de forma más abierta, tirando de las riendas y riéndose irónicamente.

—¡De tu boca directo a los oídos de Madre Stratos, virgie!

Rebuscó en una de sus alforjas y sacó un fino tubo forrado de cuero: su telescopio.

—Aquí tienes.

Confusa, Maia superó su súbita reluctancia a coger el instrumento. Lo apuntó hacia el lugar que señalaba Baltha.

—Adelante, sigue esa pendiente, luego un poco más al oeste y un poco al norte. A lo largo de la línea montañosa. Eso es. ¿Lo ves?

Mientras aprendía a compensar la suave respiración del caballo, no captó con el telescopio más que imágenes convulsas, borrones cambiantes. Por fin, Maia enfocó un destello de color y se fijó en un trozo de brillante tejido, que ondeaba al viento y hacía que un alto poste se cimbreara. Vio luego otras banderas que lo flanqueaban.

—Estandartes de oración —identificó por fin. En la mayor parte de Stratos se utilizaban en fiestas y ceremonias, pero sabía que en zonas Perkinitas también ondeaban para anunciar nuevos nacimientos... y muertes.

—Ahí tienes a tu Calma Lerner, virgie. Pudriéndose, como pedías. Junto con la mitad de sus hermanas. Me temo que van a andar escasas de metal en el valle durante un par de añitos.

Maia tragó saliva.

—Pero... ¿cómo? —Se volvió hacia Kiel y Thalla, que miraban sus huellas—. ¿Qué ha pasado? —quiso saber.

Thalla se encogió de hombros.

—Sólo un microbio de la gripe, Maia. Hubo una epidemia de estornudos en la ciudad, un par de semanas o dos antes, poca cosa. Cuando llegó a la casa, una de las obreras var estuvo en cama unos cuantos días, pero...

—Pero entonces, un puñado entero de Lerner la espicharon. ¡Así de fácil! —exclamó Baltha, chasqueando los dedos con deleite.

Maia se sintió fatal, con un vacío en el estómago y la garganta pastosa, aunque luchó por no manifestar ninguna emoción. Sabía que su expresión debía de parecer

pétreo, fría. Por el rabillo del ojo, vio que Renna se estremecía brevemente.

No puedo reprochárselo. Soy terrible.

Recordó cómo, de niña, la asustaban las historias macabras que las jóvenes madres Lamai contaban a las mocosas del verano en las cálidas noches, allá en los parapetos. A menudo, la moraleja de aquellos horribles relatos parecía ser: «Cuidado con lo que deseas. A veces podría hacerse realidad». Racionalmente, Maia sabía que su estallido de furia no era la causa de que la muerte se hubiese cebado en el clan metalúrgico. Sin embargo, la vena vengativa que había demostrado tener era preocupante.

Unos momentos antes, si hubiera podido hacer algo para causar algún mal a sus enemigas, no habría conocido piedad. ¿Era aquello moralmente lo mismo que si hubiera matado a las Lerner en persona?

.No es la primera vez que una enfermedad acaba con medio clan, pensó, tratando de encontrarle sentido a todo aquello. Había un refrán: «Cuando una clónica estornuda, sus hermanas van a buscar un pañuel». Se basaba en un hecho de la vida que Leie y Maia conocían bien siendo gemelas: la sensibilidad a una enfermedad era a menudo genética. En este caso, el hecho de que la Casa Lerner se encontrara lejos de los cuidados médicos existentes en Valle Largo había jugado en su contra. Con todas ellas en cama al mismo tiempo, ¿quién podía cuidar de las Lerner? Sólo las empleadas var, que no rebosaban de afecto hacia sus matronas.

Qué forma de morir... todas a la vez, por culpa de lo que es tu mayor orgullo: la uniformidad.

Los del grupo continuaron cabalgando en silencio, inmersos en sus propios pensamientos. Un poco después, cuando Maia se volvió hacia Renna con la esperanza de que éste la distrajera, el hombre del espacio siguió mirando hacia delante mientras su montura avanzaba lentamente, las cejas fruncidas en lo que parecía una sólida línea de oscura reflexión.

Salieron del laberinto de cañones después del anochecer, ascendiendo por un estrecho sendero situado al suroeste de los oscuros y silenciosos hornos Lerner. A pesar de que las temperaturas eran más bajas en la llanura, salir a terreno despejado fue un alivio. La luz de las estrellas se extendía por el cielo de la pradera, y una de las lunas más pequeñas, Iris la de la buena suerte, brillaba alegremente, dándoles ánimos.

Thalla y Kiel saltaron de sus monturas al divisar una gran mancha de escarcha de gloria, preservada por la sombra de un peñasco. Rodaron por la nieve, se la refregaron mutuamente por la cara, riendo. Cuando volvieron a montar, Maia vio una luz en sus ojos y no estuvo segura de que le gustara, Aprobó aún menos que cada una de ellas empezara a acercarse para cabalgar junto a Renna, rozando de vez en cuando su rodilla, entablando conversación con él y respondiendo con exclamaciones

interesadas a todo lo que el hombre decía.

Sola con sus pensamientos, Maia ni siquiera alzó la cabeza para medir el progreso de las constelaciones. Tenía la impresión de que pasarían muchos días antes de que llegaran a ver la cordillera de la costa y empezasen a buscar un paso que las condujera hasta el mar. Suponiendo, claro está, que no las localizaran las Perkinitas por el camino.

¿Y luego? ¿Aunque consigamos llegar a Grange Head? ¿Luego qué?

La libertad tenía sus propias penalizaciones. En prisión, Maia sabía qué podía esperar de un día al siguiente.

Volver a ser una pobre var, en busca de un nicho en un mundo hostil, era en cierto sentido más aterrador que la cárcel. Maia empezaba ahora a comprender cuánto la había lastrado ser gemela. En vez de la ventaja que había imaginado, aquel accidente de la biología la había hecho vivir con la fantasía de que siempre tendría a alguien en quien apoyarse. Otras muchachas del verano se marchaban de casa conociendo la verdad: que ningún plan, ninguna amistad, ningún talento harían por sí solos que tus sueños se cumplieran. Para el resto, necesitabas suerte.

Tras haber cabalgado la mayor parte del día y la mitad de la noche, acamparon una vez más en el refugio de un barranco. Kiel consiguió encender una hoguera con palos recogidos cerca del lecho seco de un río. A excepción de tazas de té caliente, tomaron viandas frías de sus cada vez más vacías alforjas.

Mientras las mujeres se preparaban para acostarse, Renna reunió varios artículos pequeños de su bolsa azul.

Uno era un cepillo fino que Maia no había visto jamás. También cogió una pala de campamento, una cantimplora, y hojas de takawq antes de volverse para marcharse. Baltha no pareció interesada, y Maia se preguntó si sería debido a que no había ningún sitio al que pudiera huir en esta vasta llanura. ¿O había conseguido ya Baltha lo que quería de él? Maia había pretendido llevar a Renna a un lado la mañana anterior y contarle las extrañas acciones de la mujer del sur, pero acabó olvidándolo. Ahora, sus sentimientos hacia él eran de nuevo ambivalentes, sobre todo con Thalla y Kiel actuando todavía de forma decididamente invernal.

—¡No te pierdas por ahí! —le gritó Thalla a Renna—. ¿Quieres que te acompañe y te coja de la mano?

—Puede que haga falta cogerle otra cosa —comentó Kiel, y las otras vars se echaron a reír. Todas excepto Maia.

Le molestó la reacción de Renna a la broma: el hombre se ruborizó, y estaba obviamente cortado. También parecía disfrutar de la atención.

—Toma —dijo Kiel, arrojándole su linterna—. ¡No la confundas con otra cosa!

Maia dio un respingo ante la broma chabacana, pero las otras lo consideraron terriblemente gracioso. Renna observó la cajita de madera cilíndrica con el

interruptor y la lente en un extremo. Sacudió la cabeza.

—No creo que tenga problemas para advertir la diferencia.

Las tres mujeres mayores volvieron a reírse.

¿No se da cuenta de que las está animando?, pensó Maia, irritada. Sin auroras ni otras claves veraniegas para provocar el celo masculino, no era probable que nada de esto llegara a ninguna parte, y ahora mismo el ambiente era ligero. Pero si él fingía el suficiente interés para provocar a las mujeres, podría causar problemas.

Mientras Renna pasaba junto a ella, llevando la pala de campamento torpemente, Maia parpadeó sorprendida y luchó por no quedarse mirando. ¡Por un brevísimo instante, hasta que Renna desapareció de la luz, le pareció ver una distensión, un bulto que, gracias a Lysos, ninguna de las otras parecía haber advertido!

El fuego se hizo más débil y salió la luna grande, Durga. Thalla roncaba junto a Kiel, y Baltha lo hacía cerca de los caballos. Maia daba cabezadas con los ojos cerrados, imaginando las altas torres de Puerto Sanger sobre las cristalinas aguas de la bahía, cuando un golpe volvió a despertarla. Miró a la izquierda, donde un objeto macizo había caído sobre la manta de Renna. El hombre se sentó a su lado y empezó a quitarse los zapatos.

—He encontrado algo interesante ahí fuera —susurró.

Ella se apoyó en un brazo, y tocó el bloque macizo.

—¿Qué es?

—Oh, sólo un ladrillo. Encontré un muro... y un antiguo sótano. No es el primero que he visto. Hemos estado pasando junto a ellos todo el día.

Maia lo observó mientras se quitaba la camisa. Sin afeitarse ni lavarse desde hacía varios días, él exudaba masculinidad de una forma que Maia no había visto ni oído desde aquellos marineros a bordo del *Wotan*, y eso, después de todo, había sido en el mar. Si un hombre se presentaba en aquel estado en cualquier ciudad civilizada, sería arrestado por escándalo público. ¡Eso ni siquiera podía consentirse en verano, y mucho menos en invierno!

Al ser extranjero, tal vez Renna no conocía las reglas de la modestia que se enseñaban a los muchachos a corta edad, reglas que se seguían sobre todo cuando había caído la gloria. El atractivo, en los momentos equivocados, puede ser una molestia.

—No he visto ningún muro —respondió ella, ausente—. ¿Quieres decir que vivió gente cerca de aquí?

—Mm. Por la erosión, yo diría que hace unos quinientos años.

Maia se quedó boquiabierta.

—Pero yo creía...

—Creías que este valle se colonizó hace sólo un siglo o cosa así, lo sé. Y el planeta sólo unos cuantos centenares de años antes.

Renna se tendió sobre la silla que utilizaba como almohada, y suspiró. Al parecer el frío no le preocupaba.

Cogió el gastado ladrillo y lo volvió. Los músculos de sus brazos y su pecho se anudaban y retorcían. Ahora que Maia se había acostumbrado, su aroma masculino no le parecía tan fuerte como el de los marineros del *Wotan*. ¿O es que el invierno la estaba afectando a ella también?

—Um —dijo, intentando seguir el hilo de la conversación—. ¿Quieres decir que me equivoco al respecto?

Él sonrió con una luz de afecto en los ojos y Maia sintió un ligero escalofrío.

—No es culpa tuya. Las sabias manipularon a propósito las historias a las que se tiene acceso fuera de Caria City. No mintiendo exactamente, sino provocando impresiones equivocadas y dando a entender que la precisión de las fechas no importa. Es cierto que Valle Largo fue colonizado hace un siglo, por antepasadas pioneras de los clanes Perkinitas que hoy viven aquí. Casi nadie había vivido en este lugar desde hacía mucho tiempo; pero varios centenares de años antes, esta llanura albergaba una gran población. Calculo que oleadas de colonización y emigración deben de haber cruzado esta zona al menos cinco o seis veces...

Maia agitó una mano ante su cara.

—Espera. ¡Espera un momento! —Su voz fue algo más que un susurro, y se detuvo para bajar el tono—. ¿Qué estas diciendo? ¿Que las humanas llevan en Stratos... un millar de años?

Renna siguió sonriendo, pero frunció el ceño como cada vez que tenía algo serio que decir.

—Maia, por lo que he podido determinar tras hablar con vuestras sabias, Lysos y sus colaboradoras plantaron vida homínida en este mundo hace más de *tres* mil años. Eso no se contradice con su fecha de partida de Florentina, aunque depende en gran parte del medio de transporte que emplearan.

Maia sólo pudo parpadear, como si el hombre acabara de decirle sin más que la especie femenina descendía de las salamandras.

—Pretendieron que su diseño durara —dijo él, mirando el cielo—. Y tengo que reconocer que lo lograron.

Hicieron un trabajo impresionante.

Con eso, Renna soltó el viejo ladrillo y abrió su manta para acurrucarse dentro.

—Que duermas bien, Maia.

—Que duermas bien —respondió ella, automáticamente, y se tendió con los ojos cerrados, pero pasó un rato antes de que sus pensamientos se apaciguaran. Cuando por fin se quedó dormida, Maia soñó con formas enigmáticas, talladas en antigua piedra. Bloques y formas alargadas que se movían y cambiaban como serpientes enroscadas en un muro de misterios.

Maia se había preguntado si, ahora que estaban al descubierto, la huida cambiaría de ritmo. ¿Se escondería el grupo durante el día, manteniéndose fuera de la vista hasta el anochecer? Tras la escapada, agitada y casi continua, no le importaba el resto.

Ése, al parecer, no era el plan. El sol estaba aún bajo cuando Baltha la despertó.

—Vamos, virgie. Tómate el té y los bizcochos. Nos iremos en un dos por tres.

Thalla ya estaba atendiendo la hoguera recién avivada mientras Kiel se encargaba de preparar los caballos.

Tras incorporarse y frotarse los ojos, Maia buscó a Renna y lo encontró por fin corriente abajo, sentado en un semicírculo de objetos. Cuando se acercó, Maia reconoció el ladrillo de la noche anterior, y varias piezas dobladas de aluminio (una bisagra y lo que debía haber sido un gran tornillo), así como varios utensilios imposibles de identificar. El hombre tenía el Juego de la Vida sobre su regazo. Tras examinar cada una de las muestras durante un rato, usaba un punzón para escribir una cadena de puntos sobre el ancho tablero, y luego pulsaba un botón para que la pauta desapareciera. Ella supuso que la almacenaba en la memoria.

—¡Hola! —saludó alegremente cuando la vio acercarse con dos tazas de té—. ¿Una de éstas es para mí?

—Sí. Toma. ¿Qué estás haciendo?

Renna se encogió de hombros.

—Mi trabajo. Encontré un modo de utilizar este tablero como si fuera una especie de cuaderno de notas, para almacenar observaciones. Es rudimentario, pero resulta mejor que nada.

—Tu trabajo —musitó ella—. No te lo he preguntado nunca. ¿Cuál es tu trabajo?

—Soy lo que llaman un peripatético, Maia. Eso significa que voy de un mundo homínido a otro, negociando el Gran Acuerdo. Parece una gran cosa. Pero en realidad sólo me mantiene ocupado. Mi verdadero trabajo es... bueno, seguir moviéndome y permanecer con vida.

Maia pensó que comprendía un poco lo que él acababa de decir.

—Se parece mucho a mi trabajo. Moverme. Permanecer con vida.

El hombre que había sido su compañero de prisión se rió de buena gana.

—Dicho así, me parece que es igual para todo el mundo. No hay otro juego.

Maia recordó la noche anterior, la forma en que el viento traía su aroma mientras dormía inquieta, hasta que despertó una vez y descubrió que estaba empleando su pecho como almohada, y que él dormía con una mano sobre sus hombros. Esta mañana, parecía una persona distinta. De algún modo, había encontrado un medio de lavarse. Se había arreglado la barba de varios días, cortando acá y allá, hasta convertirla en el principio de una barba hermosa. Ahora mismo, Maia podía olerse

más a sí misma que a él.

Mientras se colocaba a favor del viento, preguntó:

—¿Entonces no has venido a invadirnos?

Lo dijo como un chiste, para burlarse de los rumores esparcidos por la histeria desde que su nave había aparecido en el cielo, hacía un año largo. Pero Renna sonrió débilmente.

—En cierto modo, exactamente a eso he venido... a prepararos para una invasión.

Maia tragó saliva. No era la respuesta que esperaba.

—Pero tú...

No llegó a terminar la frase. Thalla, que conducía un par de caballos, los llamó.

—¡Moved el culo, vosotros dos! ¡El día se nos va, así que en marcha!

—¡Sí, señora! —replicó Renna con un saludo amistoso y sólo levemente burlesco. Dejó sus muestras arqueológicas donde estaban y se levantó, plegando el tablero. Maia corrió a atar su manta a la silla de montar, y miró hacia atrás para ver a Renna comprobar la cincha de su caballo.. *Me pregunto qué quería decir con ese comentario. ¿Puede ser que el Enemigo vaya a regresar? ¿Ha venido de las estrellas para advertirnos?*

Mientras Maia miraba al hombre, Kiel se cruzó entre ellos y, sin miramientos, con tranquilidad, extendió la mano para pellizcarlo al pasar.

—¡Eh! —gritó Renna, enderezándose y frotándose el trasero, pero claramente más sorprendido que ofendido. De hecho, su sonrisa de pesar traicionaba un atisbo de diversión, lo que hizo que Kiel se echara a reír.

.Lysos, qué acoso más desvergonzado, gruñó Maia para sí. La irritación hizo que olvidara su anterior cadena de pensamientos. Molesta sin saber por qué, después de eso ignoró las miradas del hombre y cabalgó delante con Baltha durante la mayor parte de la tarde. Su molestia sólo aumentó cuando Renna se desvió varias veces con Thalla y Kiel para mostrarles las ruinas que divisaba y explicar qué estructura debía de haber sido una casa y cuál un taller. Las dos mujeres eran embarazosamente efusivas en sus demostraciones de interés. Baltha hizo una mueca.

—Estúpidas rads —murmuró—. Armar un alboroto como ése para hablar con un hombre cuando no las va a llevar a ninguna parte. Como si esas dos pudieran manejar una potenciación si ahora consiguieran una.

—¿No creerás que están intentando...?

—No. Sólo coquetean, probablemente. No tiene ningún sentido. Ya conoces el refrán:

*Nicho y Casa son lo primero que cuenta,
luego hermanas y aliadas, que hablan la misma lengua,
sólo entonces y por último, un hombre que te atienda.*

—Para mí sigue teniendo sentido —concluyó.

—Mm —respondió Maia—. ¿Qué es una... rad?

Baltha la miró de reojo.

—Eres bastante inocente, ¿no, virgie? ¿Es que no sabes nada de nada?

Maia notó que se ponía colorada..*Sé lo que llevas oculto en la mochila*, pensó en decir, pero se abstuvo.

—Rads viene de «radicale».: un grupo de jóvenes vars de ciudad con exceso de educación e ideas absurdas sobre cambiar el mundo. Piensan que son todas más listas que Lysos. Idiotas.

Maia recordó entonces la pequeña radio de la cabaña de la Casa Lerner. En la emisora clandestina utilizaban el término para referirse a las mujeres que defendían volver a plantearse la sociedad de Stratos desde cero. En muchos aspectos, las rads se oponían a las Perkinitas, y luchaban por dar poder a la clase var mediante la reforma de todas las reglas, ya fuesen políticas o biológicas.

—Estás hablando de mis amigas —le dijo a Baltha, en lo que esperaba que fuera un tono severo.

Baltha respondió con una mueca sarcástica.

—¿De verdad? Pues es toda una idea. Tus *amigas*. Gracias por informarme.

Se echó a reír, haciendo que Maia se sintiera como una tonta sin saber por qué. Se volvió hacia el frente, ignorando a la otra mujer, y cabalgaron algunos minutos en silencio. Sin embargo, la curiosidad acabó por ser más fuerte en ella que el resentimiento. Maia se volvió y formuló la pregunta en un tono cuidadosamente neutral.

—Entonces, por lo que dices, supongo que tú no quieres cambiar el mundo.

—No del todo. Sólo sacudirlo un poquito. Derribar algunos árboles muertos para hacer sitio en el bosque, como si dijéramos. Que entre luz suficiente para un árbol nuevo o dos.

—Y contigo como raíz fundadora, supongo.

—¿Por qué no? ¿No te parezco una madre Fundadora? ¿No imaginas esta cara en un cuadro bien grandote, colgando algún día sobre la chimenea de algún bonito salón? —Alzó la cabeza, con la barbilla hacia fuera.

El problema era que Maia sí podía imaginárselo. Las madres Fundadoras debían de haber sido unas piratas tan duras y despiadadas como aquella var.

—Muy bien. Digamos que despejas un claro y pones tu propia semilla allí. Digamos que tu árbol familiar crece hasta convertirse en un gigante en el bosque, con cientos de ramas clónicas extendiéndose en todas direcciones.

¿Cuál será la política de tu clan hacia los nuevos retoños que intenten echar raíces cerca algún día?

—¿Política? Muy simple... —Baltha se echó a reír—. ¡Extender nuestras ramas y

cortarles la luz!

—¿No se merecen también las demás un lugar bajo el sol?

Baltha miró a Maia, como sorprendida por tanta ingenuidad.

—Que luchen por ello, como yo lucho ahora mismo. Es el único modo justo. Lysos fue sabia —pronunció la última frase con solemnidad, y dibujó el signo del círculo sobre su pecho. Maia reconoció una mirada de auténtica religiosidad en los ojos de la otra mujer. Una versión e interpretación que convenientemente justificaban lo que ya había sido decidido.

Tras eso se produjo un largo silencio. Siguieron cabalgando y la tarde se desdibujó. Baltha consultó la brújula, corrigiendo su rumbo suroeste varias veces. De vez en cuando, se alzaba sobre los estribos y estudiaba el horizonte con su telescopio, buscando signos de persecución, pero sólo matorrales retorcidos de ramas retorcidas rompían la monotonía, recordando a Maia las mujeres legendarias que quedaron petrificadas tras encontrar al Hombre Medusa.

Cuando el grupo de fugitivos se detuvo, fue sólo para estirar las piernas y comer de pie. No hubo más chistes sobre la acomodación de Renna a su silla. A aquellas alturas, todos estaban doloridos. Anocheció y Maia esperó la señal para acampar, pero al parecer la idea era seguir cabalgando..*Nadie me dice nada*, pensó con un suspiro.

Al menos Renna parecía tan cansado e ignorante como ella misma.

Dos horas después de la caída de la noche, cuando la diminuta y plateada Aglaia se alzaba en la constelación de la Cuchara, Baltha se detuvo de pronto, indicando silencio. Escrutó la oscuridad, luego se llevó las manos a la boca y emitió una suave llamada de pájaro.

Pasaron unos segundos.

En la oscuridad aulló una respuesta, luego siguieron una pausa y otro aullido. Una chispa destelló, seguida por la luz de una linterna que apenas revelaba una forma gruesa, como una loma redonda, a varios cientos de metros por delante. El objeto parecía plano por un extremo, bulboso por el otro. Siseando suavemente, se alzaba donde un par de líneas rectas se cruzaban desde el lejano horizonte. La forma oscura se aclaró, y Maia reconoció bruscamente una pequeña máquina de mantenimiento para el ferrocarril solar, en una vía muerta, rodeada de caballos atados y mujeres que murmuraban.

Hubo gritos de alegre reunión mientras Baltha cabalgaba para saludar a sus amigas. Thalla y Kiel abrazaron a Kau. Renna desmontó y sujetó las bridas de Maia mientras ésta desmontaba, agotada. Tras rodear con sus bestias la oscura máquina, entregaron las riendas a una gruesa mujer que vestía las ropas del Clan Musseli. Otra Musseli dio a Renna un paquete doblado que resultó ser un uniforme de una de las cofradías ferroviarias masculinas.

De modo que las Musseli no estaban conchabadas con los clanes granjeros Perkinitas. No era extraño, dada su estrecha relación con los hombres de las cofradías, algunos de los cuales eran sus propios hermanos e hijos.

.Lástima que nunca tuviera la oportunidad de ver cómo es la vida en un clan como ése. Debe de ser curioso conocer tan bien a algunos hombres.

Al parecer, el grupo iba a intentar transportar a Renna de manera rápida, en un veloz trayecto en tren. Sin vagones que la frenaran, la máquina podría llegar a Grange Head al mediodía del día siguiente, suponiendo que ningún bloqueo de vías o grupo de búsqueda le cortara el paso. Thalla, Kiel y las demás podrían estar cobrando su recompensa a la hora de la cena. Maia calculó que incluso proporcionarían una buena comida y el alojamiento de una noche a su mascota virgen, antes de perderla de vista.

Renna sonreía feliz, y dio a Maia un apretón en el hombro, pero por dentro ella se sentía ya poniendo distancia entre ambos, protegiéndose de otra inevitable y dolorosa despedida.

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 40.177 Ms

Caria, la capital, rodea y adorna una altiplanicie que domina la desembocadura en el mar de tres ríos.

Sus habitantes la llaman la «Ciudad de Or», por los tejados amarillos de los clanes que cubren las famosas trece colinas. Pero desde la órbita he visto un panorama más digno de ese nombre. Al amanecer, las paredes de piedra cristalina de Caria reciben la luz del sol, y la devuelven al espacio en un espectro que los paneles de Cy presentan como un halo ámbar. Es una maravilla, incluso para alguien que ha visto ballenas flotantes pastar en nubes de espumosa creill por encima y entre las metrotorres de Zaminin.

A menudo, a lo largo del último año, he deseado tener a alguien para compartir esas visiones.

Las viajeras entran en Caria a través de una ancha puerta de granito rematada por un majestuoso friso: Palas Atenea, antigua protectora de las habitantes de las ciudades, con el sabio rostro de la jefa fundadora de la colonia. Por desgracia, la escultora no consiguió captar la sonrisa sardónica (que yo he llegado a conocer tras estudiar los archivos de a bordo) de Lysos cuando era una simple profesora-filósofo en Florentina y hablaba en términos abstractos sobre cosas que más tarde pondría en práctica.

Como nuestra procesión llegó desde el espaciopuerto, todo parecía pacífico y en

orden, aunque sin duda aquellas majestuosas murallas de la ciudad no habían sido construidas sólo por decoración.

Delimitan claramente el exterior del interior. Son una defensa.

El tráfico fluía bajo el caduceo extendido de Atenea, cuyas serpientes entrelazadas representaban la espiral del ADN. Para evitar llamar la atención, nuestra escolta a caballo se detuvo en ese punto mientras que mis guías y yo seguimos en coche.

Mi aterrizaje no es un secreto, pero no se le ha dado demasiada importancia. Como en la mayoría de los mundos deliberadamente pastorales, los medios de comunicación en competencia están prohibidos.

El Consejo censuró cuidadosamente las emisiones, que en cierto modo retratan el contacto renovado con el Phylum como un acontecimiento menor aunque teñido de una amenaza de calamidad.

Escuchando la radio nunca he podido hacerme una idea de cómo piensa la mujer media de la calle.

Me pregunto si tendré la oportunidad de averiguarlo.

Al pensar en la vida en un planeta de clones, no pude dejar de imaginar falange tras falange de rostros uniformes... enjambres de bípedos idénticos con los ojos en blanco moviéndose con lentos pasos coordinados. Una caricatura de los humanos como hormigas, o como abejas.

Tendría que haber sabido que no. La multitud se apiñaba en las puertas, aceras y puentes de Caria, discutiendo, mirando, regateando y riendo como en cualquier otro mundo homínido. Sólo de vez en cuando distinguía claramente a una pareja, o un trío o un quinteto de clones, e incluso dentro de esos grupos las hermanas se diferenciaban en edad y vestimenta. Estadísticamente, la mayoría de las mujeres que vi debían de ser miembros de algún clan partenogenético. Sin embargo, las personas no son abejas, y ninguna ciudad humana será jamás una colmena. Mi primera impresión mostraba un amasijo de tipos, altos y bajos, delgados y gruesos, de todos los colores... difícilmente un estereotipo de homogeneidad.

A excepción de la ausencia casi total de varones, claro. Vi a algunos niños pequeños jugando, y a un puñado de viejos con las bandas verdes en los brazos que indicaban que estaban «retirado».. Pero, al ser verano, los hombres maduros eran más escasos que los albinos al mediodía, y el doble de sospechosos. Cuando vi a uno, pareció fuera de lugar, claramente consciente de su altura, y se hacía a un lado para dejar paso a los grupos de mujeres. Sentí que, como yo, estaba allí como invitado, y lo sabía.

La ciudad no fue construida por o para gente como nosotros.

Las líneas clásicas de los edificios públicos de Caria remitían a los de la Vieja

Tierra, con amplias escalinatas y fuentes esculpidas donde las viajeras se refrescaban y daban agua a sus bestias. La clara preferencia por patas y cascos sobre el tráfico rodado me recuerda la planificación urbana de Dido, donde los coches y camiones son conducidos a su destino sin que se los vea, dejando las principales avenidas con ritmos más plácidos. Siguiendo una guía oculta, nuestro coche hecho a mano pasó junto a los bajos bloques de apartamentos y los rebosantes mercados de un barrio populoso que Iolanthe llamó «Ciudad Va», y luego ascendió hacia estructuras más elegantes, parecidas a castillos, con jardines y pulidas torretas, cada una ondeando el estandarte heráldico de algún noble linaje.

Mis escoltas se detuvieron brevemente en la empalizada interna que guarda la acrópolis. Allí, vi por primera vez de cerca a los lúgars, criaturas velludas descendientes de los Ursimios de Vega, arrastrando bloques de piedra bajo la batuta de una paciente cuidadora. Al parecer Lysos diseñó a los lúgars para eliminar uno de los argumentos para tener hijos: la ocasional necesidad de fuerza bruta. Otra solución, los robots, habría requerido una perpetua base industrial, peligrosa para el programa de las Fundadoras.

Así que, como es típico, propusieron en cambio algo autosuficiente.

Al ver a los lúgars manejar grandes planchas, no pude dejar de sentirme debilucho en comparación...

lo que tal vez formara también parte del plan.

No estoy aquí para juzgar a las stratoianas por elegir una solución pastoral a la ecuación humana.

Todos los caminos tienen su precio. Mi orden requiere que un peripatético, sea hombre o mujer, aprecie todo lo que ve, en cualquier mundo del Phylum. «Aprecia». en el sentido estricto de la palabra. Las reglas no dicen que tenga que aprobarlo.

Las constructoras de Caria usaron los contornos naturales de la altiplanicie central para construir templos y teatros, tribunales, escuelas y campos de deporte... todo lo cual describieron con orgulloso detalle mis apasionadas guías. Zonas ajardinadas acompañaban el paseo central junto a complejos impresionantes (la Autoridad del Equilibrio y la majestuosa universidad), hasta que por fin nos acercamos a un par de ciudadelas de mármol con altos pórticos con columnas. Los corazones gemelos de Caria. La Gran Biblioteca a la izquierda, y a la derecha, el Templo principal, dedicado a la Madre Stratos.

... Y Lysos es su profeta.

Con el trayecto habían conseguido su objetivo evidente. Su capital es un espectáculo digno de cualquier mundo. Yo estaba impresionado, y me encargué de dejarlo bien claro.

La maquinista Musseli colocó a sus pasajeras lejos de los controles, cerca de las cálidas pilas de células energéticas que ponían en marcha a la locomotora.

Maia arrugó la nariz ante el familiar olor a polvo de carbón que se alzaba del depósito de reserva, aunque se sentía demasiado excitada para dejar que eso la perturbara. La libertad era una fragancia fuerte que la afectaba como una borrachera. Su corazón se aceleró cuando se inclinó tras la cubierta de la batería y abrió una estrecha y polvorienta ventanilla para dejar que el aire fresco le golpeará la cara.

La pradera corría en el exterior, iluminada por la luz perlada y difusa de la recién salida Durga. Había barrancos y cañadas, postes y ajados batallones de haces de heno, y de vez en cuando bosquecillos allí donde el terreno poroso retenía la suficiente agua de lluvia para mantener los árboles nativos.

Maia había llegado a odiar estas llanuras, aunque ahora, con la huida al fin creíble, la tierra parecía susurrar su propia versión de la historia, extendiéndose para persuadirla con su extraña belleza.

.Las tormentas de verano me afectan. El viento y el ardiente sol resecan mi suelo empapado. En invierno, el hielo rompe los guijarros dispersos y los convierte en polvo. El pobre barro se escurre y rezuma. Yo sangro.

.Y lo que dejan el viento y el sol y el hielo, las humanas lo rompen con arados de hierro, o lo cuecen en forma de ladrillos, o lo convierten en dorado grano que transportan por el mar.

.¿Dónde están mis saltarines linguros? ¿Las pantoterías que pastaban, o los vivaces boks enroscados, que solían recorrer mi llanura en gran número? No pudieron competir con las vacas y ratones. O, si lo hicieron, las humanas intervinieron, mejorando las tendencias que eligieron. Nuevos cascos marcan mis senderos, mientras que los viejos se marchitan en los zoos.

.No importa. Que las invasoras desplacen a las criaturas nativas, que desplazarán a otras a su vez. Que mi suelo se convierta en roca, en arena, en suelo otra vez. ¿Qué diferencia crean los cambios, cribados por el tamiz del tiempo?

Yo espero, permanezco, con la paciencia de la piedra.

Renna, y luego Kiel, instaron a Maia a acostarse donde otra media docena de mujeres yacían juntas como balas de algodón, todas en la misma postura a falta de espacio para volverse. Pero la incomodidad no las mantenía despiertas. En palabras de Thalla, no eran clones melindrosas a las que molestaba un guisante bajo el colchón.

Sus sincronizados ronquidos pronto ahogaron el suave rumor de los motores

eléctricos.

—No, gracias —dijo Maia a sus amigos—. No podría dormir. Ahora no. Todavía no.

Kiel se limitó a asentir, acomodándose en un hueco cerca de la caja de frenos para dormir sentada. También Renna llegó a su límite. Tras acribillar a la maquinista con preguntas durante media hora, consideró que ya era suficiente, algo extraño en él, y se derrumbó sobre las mantas que habían colocado para su disfrute en el espacio más amplio, una plataforma que cubría la caja de marchas de la locomotora. Su sonido, como una nana, pronto lo hizo roncar como las mujeres.

Maia abrió su sextante y avistó unas cuantas estrellas familiares. Aunque la fatiga y la vibración de la máquina eran un impedimento, pudo verificar que seguían la dirección adecuada. Eso no excluía del todo la posibilidad de traición. *¿Me estoy volviendo cínica con la edad?*, se preguntó secamente), pero era tranquilizador saber que cada segundo que pasaba los acercaba más al mar. Maia olvidó sus recelos..*Kiel y las demás saben más que yo, y parecen bastante confiadas.*

Maia no era la única insomne que hacía silenciosa compañía a la maquinista. Baltha montaba guardia junto a la ventanilla de babor, acariciando su palanca igual que si fuera un bastón de combate corto, como si estuviera ansiosa por asestar un solo golpe a las enemigas antes de culminar su huida. Una vez más, la fornida mujer intercambió una larga y enigmática mirada con Maia. Baltha se pasó la mayor parte del viaje mirando hacia delante y acechando el peligro, mientras Maia procuraba hacer lo mismo en la parte de estribor. Aunque ninguna de las dos podía ver mucho en la oscuridad..*A esta velocidad, difícilmente veremos nada antes de golpearlo.*

Los reflejos de la luna en los rectos raíles se difractaban hipnóticamente en sus párpados entrecerrados. Maia los dejó cerrarse..*sólo un minuto o dos.* Sin embargo, las imágenes no se interrumpieron. Siguió imaginando la locomotora, atravesando una quimérica versión de la estepa, al principio igual que la llanura de fuera, luego cada vez más como el paisaje de un sueño. Las gentiles y congeladas ondulaciones de la pradera empezaron a moverse, a rodar como olas del océano que lamieran cada lado de los firmes raíles de acero.

Una fiera certeza asaltó a Maia. Había algo delante, fuera de la vista. La premonición se manifestó como una imagen vívida y presciente de la veloz máquina dirigiéndose inalterable hacia un choque con una alta montaña de rocas que la sonriente Tizbe Beller acababa de colocar sobre las vías.

.Corre si quieres —canturreaba amenazante su antigua torturadora, como una bruja de cuento—. *¿Crees de verdad que podrás escapar al poder de los grandes clanes, si realmente quieren detenerte?*

Maia gimió, incapaz de moverse o despertar. La barricada fantasma se alzó, gráfica y aterradora. Entonces, momentos antes del impacto, las piedras que

formaban la pared se transformaron. En un breve instante, se metamorfosearon en brillantes huevos, que se abrieron, liberando gigantescas aves pálidas. Las aves extendieron sus enormes alas y escaparon de los fragmentos de huevo y, exhalando fuego, volaron sin ataduras para reunirse con sus hermanas, las brillantes estrellas.

En su sueño, Maia no sintió ningún alivio por verlas marchar. En cambio, oleadas de soledad la asaltaron, como una sacudida.

¿Cómo es posible?, se preguntó. Una vieja queja de la infancia..¿Cómo es posible que ellas vuelen... mientras que yo debo quedarme atrás?

La mañana llegó mientras Maia seguía dormida, acurrucada en una sábana que humeó cuando la alcanzó el sol recién salido. Renna sacudió amablemente su hombro, y le puso una taza de tcha caliente entre las manos.

Parpadeando ante su rostro despejado, Maia sonrió agradecida.

—¡Creo que vamos a conseguirlo! —comentó el hombre con una tensa confianza que Maia encontró encantadora. Se habría sentido dolida si él lo hubiera dicho sólo para contentarla. Pero más bien parecía que *ella* fuera la adulta, encantada e indulgentemente atraída por el ingenuo optimismo de él. Maia no tenía ni idea de la edad que Renna pudiera tener, pero ponía en duda que el hombre olvidara alguna vez su ardiente y alocado entusiasmo por las cosas nuevas.

El desayuno consistió en mijo y azúcar moreno mezclados con agua caliente de la caldera auxiliar de la máquina. El tren fugitivo no se detuvo mientras comían, ni redujo la marcha siquiera. En las praderas se veían ahora rebaños pastando. De vez en cuando, una vaquera desconocida alzaba el brazo para saludar a la veloz locomotora.

Mientras comprobaba sus instrumentos, la maquinista Musseli dijo a Maia y a los demás lo que había oído el día anterior, antes de acudir a la cita. Había habido lucha en el santuario-prisión, la misma noche que Maia y Renna vieron aparatos voladores cruzar el cielo. Agentes de la Autoridad Planetaria, sirviéndose del elemento sorpresa para compensar su escaso número, aterrizaron en la torre de piedra y se apoderaron de la antigua cárcel.

.Demasiado tarde para servirnos de algo, pensó Maia con ironía..*Excepto para distraer a las Perkies. Con eso nuestras posibilidades podían mejorar un poco.*

Al día siguiente, se convocaron milicias locales por todo Valle Largo. Las matriarcas de los principales clanes granjeros juraron «defender la soberanía local y nuestros sagrados derechos contra la intromisión de las autoridades federale».. Volaron acusaciones en ambas direcciones, aunque ningún bando mencionó absolutamente nada del visitante de las estrellas. En términos prácticos, todavía podía haber multitud de problemas para el grupo de fugitivos, y no era probable que recibieran más ayuda de las fuerzas de Caria City hasta que alcanzaran el mar.

Para empeorar las cosas, la población del valle era más densa a medida que se

acercaban a la cordillera costera. La locomotora pasó ante poblados y granjas dormidas, luego ante grandes centros comerciales y zonas de fábricas ligeras. Varias veces tuvieron que refrenar el ritmo para maniobrar torpemente junto a vagonetas cargadas de trigo o maíz amarillo.

Con mucha más frecuencia, el camino parecía abrirse como por arte de magia ante ellos. En las ciudades, casi siempre las saludaban las jefas de estación, que debían formar parte de la conspiración, según advirtió Maia. Poco a poco, la magnitud de la empresa pareció crecer ante sus ojos.

.¿Están implicados todos los clanes ferroviarios? No son Perkies, pero pensaba que al menos dirían que son neutrales. Tiene que ser algo muy serio para que un grupo de estiradas como las Musseli se arriesguen a poner en peligro sus relaciones comerciales por una causa.

Maia reflexionó sobre cómo, una vez más, no captaba la enormidad de la cuestión..*Pensaba que todo esto iba de una droga que hace que los hombres se acaloren en invierno. Pero eso es sólo una parte... no tan importante como Renna, por ejemplo.*

.¿Podría ser que él no sea también más que una pieza? No un peón como yo, pero tampoco un rey. Podrían matarme sin que nadie se tomara la molestia de explicarme por qué.

No era de extrañar. Una ventaja de la educación de Lamatia era que su hermana y ella no habían sido educadas para esperar justicia del mundo.

.*¡Rueda con el golpe!* —había gritado la Sabia Claire, golpeando a Maia una y otra vez con un bastón acolchado durante lo que se suponía que era una «práctica de combat». para las vars, una sesión de tortura que se prolongaba interminablemente, hasta que Maia aprendió por fin a caer con el impacto, no contra él.

.Cómo te odio todavía, Claire, recordó Maia..*Pero empiezo a comprender lo que querías decir.*

El éxodo a través de las llanuras tenía una cadencia sincopada: largos intervalos de aburrimiento punteados por ansiosos minutos donde el corazón se paraba cada vez que atravesaban una ciudad. Sin embargo, todo pareció ir bien hasta poco antes del mediodía. Entonces, en una ciudad llamada Maíz Dorado, fueron recibidas por una visión desagradable: una barrera bajada que les cortaba el paso. En vez de la jefa de estación Musseli, unas cuantas pelirrojas altas esperaban en el andén, todas ellas armadas y vestidas con el cuero de la milicia; comparaban las marcas de la locomotora con los números de una carpeta. Maia y las vars se agacharon para no ser vistas, pero a pesar de las quejas de la maquinista, las guardianas insistieron en inspeccionar la locomotora. En masa, se agarraron a la escalerilla y empezaron a subir a bordo por ambos lados.

Siguió un larguísimo momento mientras dos grupos de mujeres se miraban mutuamente en incómodo silencio.

Una guardiana vio a Renna, abrió la boca para gritar...

Un chirriante ulular sonó en lo alto. La jefa de las pelirrojas alzó la cabeza... demasiado tarde para esquivar el extremo romo de la barra de Baltha, que la golpeó en la mandíbula. Desde el techo de metal, donde se había tendido la robusta var del sur, Baltha se arrojó sobre la apiñada masa de milicianas.

Al instante, una lucha a brazo partido se desarrolló en la estrecha cabina. Las mujeres gritaban y atacaban. No había espacio para hacer filigranas con los bastones, así que ambos bandos cambiaron los palos pulidos por los puños y las porras improvisadas.

Al principio, Maia y Renna permanecieron petrificados al fondo. A pesar de todas sus aventuras, la primera batalla cogió a Maia desprevenida. El estómago se le revolvía y oyó su corazón latiendo con fuerza por encima de la algarada. Al alzar la cabeza, vio los ojos alienígenas de Renna abrirse de manera imposible. El sudor le picaba y las venas se le hinchaban. No era *miedo* lo que veía en él, sino una preocupación de otro tipo.

La barahúnda se precipitó hacia ellos. Una pelirroja puso la zancadilla a la amiga de Thalla, Kau, derribándola. Cuando la miliciana alzó la pierna para continuar golpeándola, Renna exclamó:

—¡No!

Dio un paso, los puños apretados. De repente, le tocó a Maia el turno de gritar.

—¡Atrás! —chilló y, colándose entre Renna y la guardiana, consiguió empujarlo en dirección opuesta. Un puño golpeó su sien derecha, haciendo que ambos oídos le zumbaran. Otro puñetazo se internó entre dos de sus costillas, y entonces contraatacó, golpeando algo blando con un codo. Ignorando el agudo dolor, debatiéndose en la tensa presa de las mujeres en lucha, Maia consiguió por fin sacar a la caída Kau de la refriega.

—Cuida de ella —le gritó a Renna—. ¡Y no luches! ¡Los hombres no pueden hacerlo!

Mientras él asimilaba eso, Maia se volvió y se lanzó de nuevo a la pelea. Era una lucha desordenada y feroz, que no seguía ningún ritual, carente de toda cortesía o elegancia. Por fortuna, era fácil distinguir amigas de enemigas, incluso en la sofocante oscuridad. Para empezar, las enemigas se habían bañado aquel mismo día y olían mucho mejor que sus camaradas. Con cierto resentimiento por la comparación, prestó sus fuerzas para luchar contra mujeres que eran mucho más grandes y fuertes que ella.

Aterradora en la duda, la batalla se convirtió en un placer cuando advirtió que su bando estaba ganando. Maia ayudó a sujetar a una pelirroja para que Thalla pudiera

amarrarla con lazos de cuerda preanudada. Al levantarse, Maia vio que Baltha sostenía a dos clones por el cuello y que hacía entrechocar sus cabezas. Allí no hacía falta ninguna ayuda, así que corrió a auxiliar a una var del sur que impedía que una última miliciana escapara por la puerta.

Despejado el camino, Kiel saltó como una sombra oscura del lento tren y se adelantó para levantar la barrera justo a tiempo. Unas manos asomaron para recogerla cuando la conductora aumentó la velocidad.

En el extrarradio de la ciudad, las victoriosas refugiadas frenaron lo suficiente para arrojar al escuadrón de magulladas pelirrojas junto a las vías. Entonces la Musseli aceleró a fondo de nuevo. La locomotora gimió, dirigiéndose al oeste a toda velocidad.

Maia y las otras estaban demasiado excitadas para relajarse, y hablaron en voz alta y caminaron de un lado a otro hasta que sus corazones empezaron a apaciguarse. La única excepción fue Renna, cuya actitud siguió siendo deliberadamente helada mientras aplicaba los primeros auxilios en varios cortes, magulladuras y en una muñeca rota. Fue una presencia tranquilizadora, mientras hubo algo que hacer. Sin embargo, cuando terminó, empezó a tiritar y a sudar. Maia vio sus puños cerrados mientras se dirigía envarado a la puerta abierta junto a la maquinista y alzaba la cabeza al viento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maia, tras acercarse a él, viendo cómo sus tendones se tensaban como cuerdas de arco.

—Yo... —Él sacudió la cabeza—. Prefiero no decirlo.

Pero a Maia le parecía comprender. En otros mundos, los hombres solían librar la mayoría de las batallas.

Luchas terribles y sangrientas, según contaban. Por lo que ella sabía, aún era así, ahí fuera. Durante la batalla, Maia había leído brevemente sus ojos. Le había evocado algo que a él no le gustaba demasiado.

—Supongo que Lysos sabía de lo que hablaba, a veces —dijo Maia en voz baja.

Renna la miró, con el ceño fruncido. Entonces, lentamente, una sonrisa se extendió sobre su rostro. Una sonrisa irónica que esta vez contenía respeto además de afecto.

—Sí —respondió—. Supongo que de vez en cuando lo sabía.

Por fortuna, aquélla era la última ciudad de importancia antes de la cordillera costera. La máquina tuvo que desacelerar para subir la pendiente. Pero lo mismo habría tenido que hacer cualquier grupo perseguidor enviado después de la lucha en Maíz Dorado. Kiel y Baltha consultaron un mapa, y Maia comprendió que les preocupaba más lo que tenían por delante. Tras mirar por encima de sus hombros, Maia supuso que las Perkinitas tenían una oportunidad más de detenerlas, cerca de

una aldea llamada Atalaya, donde un estrecho desfiladero parecía perfecto para un bloqueo organizado rápidamente.

Demasiado perfecto, según descubrió más tarde. En efecto, les habían preparado una emboscada. Los clanes cercanos enviaron escuadrones en respuesta a las advertencias de Maíz Dorado, y empezaron a levantar barricadas. Sin embargo, para cuando la locomotora alcanzó Atalaya, el peligro había pasado. Las vars locales habían sorprendido a la milicia con una turba, y las habían expulsado antes de la llegada del tren.

El contragolpe no resultó ser tan espontáneo como parecía. Varias de las líderes de la turba subieron al tren, uniéndose al último tramo del éxodo en cuanto las últimas barreras fueron derribadas. Maia no tardó en ver que eran amigas de Thalla y Kiel.

.Ya comprendo. Kiel y sus amigas pueden leer un mapa, igual que las Perkies. Si un lugar es perfecto para una emboscada, también puede ser adecuado para emboscar a las emboscadoras. Maia supo que las recién llegadas acababan de empezar a trabajar en la aldea, por si se producía una eventualidad como ésta.

¿Cómo podían estar tan bien organizadas unas cuantas vars? Un pensamiento de tan largo alcance se suponía limitado a las familias clónicas, con generaciones de experiencia y una visión de la vida que se extendía más allá de la del individuo.

.No importa, se dijo..; *Lo que cuenta es que funcionó!*

Gritando vítores, las refugiadas se despidieron por fin de Valle Largo. La locomotora estuvo más abarrotada que nunca durante el último tramo sobre el paso, pero a nadie le importó. La primera vista del océano azul provocó un estallido de canciones que duró todo el camino hasta Grange Head.

Otras dos amigas de Kiel esperaban en la ciudad, de modo que un contingente bastante numeroso se despidió agradecido de la maquinista y luego dejó atrás la estación para dirigirse al Albergue del Evangelio de las Fundadoras, una hostería que daba a la bahía. Las nuevas mujeres vestían atuendos marineros, cosa que no era de extrañar en un puerto. Sin duda, la mayoría de las integrantes del grupo de Kiel, y de Baltha, habían trabajado en cargueros como los que había atracados en la bahía.

Tal vez alguien haga correr la voz... y me consiga trabajo en uno de esos barcos.

Pensar seriamente en el futuro no era algo que hubiera hecho en mucho tiempo. Una compensación a la indefensión, a vivir como una hoja llevada por vientos mucho más fuertes que ella misma. Pronto se presentaría el inconveniente de la libertad: la maldición de tomar decisiones.

Kiel instaló a las jubilosas aventureras en el porche del hotel, dispuso las habitaciones, y se marchó con Baltha «a hacer negocio».. Presumiblemente eso significaba que iban a contactar con la magistrada local, y tal vez a hacer llamadas a

las oficialas que se hallaban al otro lado del mundo. El resto del grupo tenía que permanecer unido, atento a cualquier movimiento de último minuto por parte de los clanes de Valle Largo. Todavía no estaban a salvo del alcance Perkinita. La seguridad aún dependía de su número.

Eso le pareció muy bien a Maia. Por primera vez, parecía de verdad que no iba a regresar a prisión. Sus preocupaciones habían empezado a evaporarse al ver el hermoso mar. Incluso el oscuro estuco y los almacenes de ladrillo del puerto comercial parecían más alegres que la última vez que estuvo allí como una inocente muchacha de cinco años, llena de dolor y desesperación.

Con vistas a la bahía, pero a cierta distancia de los olores a pescado de los muelles, el hotel era muy superior al barato albergue de tránsito donde había yacido sacudida por la fiebre, meses atrás. Cuando Maia se enteró de que tendría su propia habitación, con un colchón de verdad, corrió a verla, y descubrió que apenas era capaz de concebir tanto lujo. ¡Incluso se podía caminar junto a la cama y extender los brazos sin tocar una pared!

La impresión de espacio aumentaba por su carencia de posesiones mundanas..*Colgaría algo en los percheros, si tuviera algo más aparte de lo que llevo puesto.*

De vuelta al pórtico, sus compañeras habían empezado a beber botellas de cerveza, viendo cómo se alargaban las sombras. Unas cuantas habían comprado un periódico, un lujo ya que en la mayoría de las ciudades la prensa funcionaba sólo por suscripción, para los clanes más ricos. Las rads criticaron agriamente el *Clipper de Grange Head*, que incluía los precios de la mayoría de las cosas, junto con disputas entre las candidatas a las próximas elecciones, a celebrar dentro de un mes, el Día del Lejano Sol.

—Las Perkies se presentan contra las Ortodoxas —despreció Kau—. ¡Vaya elección! Y mira, casi ninguna mención a temas planetarios. Nada que tiente a una var o a un hombre a pensar en votar. ¡Y ni un atisbo de ningún visitante del espacio perdido!

Thalla y ella hablaron con añoranza del semanal de dos páginas que publicaba su propia organización, allá en Ursulaborg.

—¡Eso sí que es un periódico! —comentó Kau.

Maia apenas prestaba atención. La libertad era demasiado fresca y prístina para complicarla con política. Todo el mundo sabía que esos asuntos se planeaban con antelación, por parte de ancianas madres que vivían en castillos dorados, en Caria City. En cambio, escrutó las colinas que rodeaban la bahía. En lo alto de las estructuras, el templo ortodoxo de Madre Stratos era un santuario blanco que titilaba con la luz de la tarde. Maia recordó el refugio con gratitud y decidió visitar a la reverenda madre. En parte para presentarle sus respetos; y en parte... para preguntar

si había llegado algún mensaje para ella.

No habría ninguno, por supuesto. A pesar de todo lo que había sucedido y de todo lo que había hecho para aislar su pena, Maia sabía lo que sucedería cuando la sacerdotisa sacudiera la cabeza y abriese compasivamente las manos. Maia experimentaría de nuevo toda la pérdida de su hermana, la sensación de desesperanza, aquella boca abierta que amenazaba con tragársela entera.

Esa visita podía esperar un día o dos. Por ahora se contentaría con recostarse con las demás en el largo porche del hotel, tomar un vaso de cerveza tibia, compartir un chiste o dos, y distraer su mente con cosas sencillas.

.Todo lo que realmente quiero de la vida ahora mismo es una ducha caliente y un lugar blando para dormir durante días.

Por consenso y galantería natural, todas estuvieron de acuerdo en que Renna fuera el primero en emplear el baño. El hombre empezó a protestar, luego se echó a reír y dijo algo misterioso sobre lo que uno hace cuando está en un lugar llamado «Rom».. Dos mujeres le acompañaron para montar guardia ante la puerta del cuarto de baño y proteger su intimidad.

Después de que Renna se marchara, varias vars empezaron a golpear la mesa, pidiendo alegremente más cerveza. A excepción de Thalla, Maia apenas conocía a ninguna de ellas. Kau, la amiga de Kiel, se pasaba el tiempo puliendo un garrote de madera con una punta y un filo de aspecto poco legales, y dando un respingo cada vez que tocaba torpemente el vendaje que Renna le había hecho sobre la oreja derecha. Una de las compañeras de Baltha, una mujer con fuerte acento de las islas del Sur, caminaba de un lado a otro, mirando hacia las montañas y luego hacia el mar, y murmurando impaciente.

Maia descubrió que era incapaz de dejar de rascarse. La sola idea de darse un baño había infectado su mente, haciendo que advirtiera la existencia de picores que, hasta ahora, había confinado a un rincón.

Afortunadamente, Renna no tardó mucho, para ser un hombre. Salió vistiendo una pequeña bata del hotel, transformado con la barba recortada, el pelo peinado que se rizaba al secarse con la brisa, y un tono sonrosado en su piel recién lavada. Hizo una reverencia ante los silbidos aprobadores de las sureñas, y aceptó una jarra de la aguada cerveza local que le ofreció Kau.

—Es una maravilla lo que un buen lavado puede hacer por un chico —comentó. Sujetándose el pelo con un mano, tomó un largo sorbo—. Bien, ¿quién es la siguiente? ¿Maia?

Ella empezó a protestar. Era la de estatus más bajo. Pero las otras estuvieron de acuerdo por aclamación.

—¡Después de todo, ha pasado tanto tiempo para ti como para él! —dijo Thalla amablemente—. Esa cárcel Perkie debió de ser horrible.

—¿Estáis seguras...?

—Claro que estamos seguras. No te preocupes por el agua caliente, encanto. Pronto podremos permitimos un lago lleno. Dúchate bien y permanece sentada en el baño todo el tiempo que quieras.

—Sí, nosotras estaremos ocupadas, de todas formas —añadió Kau, sentándose junto a Renna.

—Ocupadas emborrachándoos como cerdas-dic, querrás decir —bromeó Maia, y se sintió agradecida cuando todas se rieron en sana camaradería.

Renna le hizo un guiño.

—Ve, Maia. Yo me aseguraré de que todas se comporten.

Eso provocó más risas. Maia cedió con una sonrisa de gratitud. Antes de correr hacia el tentador olor del jabón y el vapor, se desabrochó el pequeño sextante de la muñeca y se lo entregó a Renna.

—Tal vez puedas lograr que el filtro solar deje de bailar. Así tendrás algo que hacer con las manos.

Thalla escupió en su cerveza y algunas de las otras se atragantaron.

—No debería ser demasiado difícil para un viajero estelar como tú —terminó Maia.

—¿Bromeas? —protestó él—. ¡Apenas puedo ir al servicio y volver sin un ordenador!

—¿Estaría aquí con nosotras, si no tuviera una habilidad especial para perderse? —reconoció Thalla, gritando para que Maia la oyera. Luego, aún más fuerte, añadió —: ¡Posadera! ¡Más cerveza!

El cuarto de baño se encontraba al final de un doble tramo de escaleras de madera. Al cerrar la puerta tras ella, Maia aún pudo oír a las mujeres de abajo, bromeando y riendo, y la voz más grave de Renna interviniendo de vez en cuando. Sus intervenciones parecían más que nada preguntas, aunque Maia no podía distinguir lo que decía. A menudo, sus dudas provocaban carcajadas, que parecía aceptar de buen humor.

Le resultó extraño desnudarse en el cuarto de baño lujosamente alicatado, equipado con comodidades cuyo uso tuvo que recordarse. Maia empujó su ropa sucia a un rincón y se metió primero en la ducha, ajustando los mandos hasta que el agua caliente fluyó con fuerza..*Probablemente usan el carbón de Puerto Sanger*, pensó, sin venir a cuento. Tras meterse bajo el chorro, procedió a enjabonarse. El jabón era áspero y sin duda casero, que resultaba menos caro que el auténtico importado de algún clan especializado y lejano. De todas formas, fue todo un lujo. Cortando el agua entre enjuagues, Maia procedió a frotarse capa tras capa de mugre, hasta que la piel chirrió cuando se la frotaba. Entonces la emprendió con el pelo, frotándose el

cuero cabelludo y soltando marañas.

.No sé por qué me molesto, se preguntó..*En el estado en que lo tengo, probablemente tendré que cortármelo de todas formas.*

Tras enjuagarse con cuidado una última vez, Maia cerró el grifo y se acercó de puntillas a la ancha bañera de madera, situada junto a una pequeña ventana que daba a los muelles de Grange Head. Abrió la tapa, revelando la humeante superficie. Para su alivio, el agua estaba prístina. Había historias sobre marineros varones que olvidaban (o nunca se les había enseñado) el procedimiento adecuado, y que usaban el *baño* para lavarse, dejándolo lleno de jabón y suciedad para la siguiente persona. De los hombres una nunca sabía qué esperar, y como extranjero, Renna podría haberse sentido doblemente confundido.

Pero claro, tal vez sólo hubiera una forma civilizada. Por bárbaras que fueran sus pautas sexuales sin modificar, las gentes cultivadas de otros mundos probablemente se bañaban de la misma forma que en Stratos.

Por desgracia, no habría tiempo para preguntárselo, ni otras incontables dudas, antes de que las naves aéreas vinieran del oeste para llevarse a Renna. En momentos dispersos durante su huida, ella había imaginado que iba con él hasta Caria y veía las maravillas de la ciudad. Pero cuando reflexionaba con más lucidez Maia sabía que lo mismo daría si pidiera que se la llevara cuando se marchase a las estrellas.

.Me pregunto si me recordará cuando esté reunido con sabias y miembros del Consejo... o volando entre planetas mucho después de que yo sea comida para los gusanos. Era un pensamiento duro y amargo, apropiado para el tipo de persona dura y mundana que había decidido ser, dispuesta a todo, sorprendida por nada. Y, especialmente, vulnerable a nadie.

La ducha había sido templada, pero el baño estaba tan caliente que le picoteó en los innumerables cortes y magulladuras. Maia se metió en él poco a poco, hasta que el agua desbordó por los lados y se perdió en un desagüe.

¡Cielos! El calor pareció fundir cada parte que estuviera tensa o encallecida, relajándole músculos que tenía tensos sin que ella lo hubiera advertido. Aún tenía problemas y preocupaciones, pero por el momento los dejó languidecer, junto con su cuerpo. La sensualidad de yacer completamente inmóvil superaba cualquier placer activo que conociera.

Lánguidamente, Maia alzó un brazo para mirárselo desde todos los lados, lo dejó caer, e hizo lo mismo con el otro, observando dónde los últimos meses habían dejado sus marcas. A continuación examinó cada pierna. Una pequeña cicatriz en esta espinilla, un arañazo curado en ese tobillo, un par de zonas irritadas por haber cabalgado tanto tiempo... y una pequeña herida de batalla que recordó debía limpiar en los días venideros, para que no se infectara. Incluso aquí, en la «civilización», los cuidados médicos eran difíciles de conseguir, y apenas tenía los recursos para

pagárselos.

Llamaron a la puerta, que empezó a abrirse. Thalla asomó la cabeza.

—¿Todo va bien? —preguntó la fornida mujer.

—¡Oh! Muy bien, magnífico... Ya salgo. —Con un suspiro, Maia se apoyó en el borde de la bañera para incorporarse.

—No seas tonta. ¡Acabas de meterte! —la reprendió Thalla—. Acabo de enterarme de que la posadera va a hacer una colada. Le vamos a dar nuestra ropa sucia. ¿Quieres que te laven también la tuya? —Señaló el sucio atuendo del suelo.

Maia dio un respingo ante la idea de tener que volver a ponerse aquella ropa otra vez, pero era todo lo que poseía.

—Sí, por favor. Eres muy amable.

Thalla recogió la ropa.

—No hay de qué. Disfruta del baño. Y que tengas toda la suerte del mundo.

Cerró la puerta y Maia volvió a hundirse en la bañera, saboreando cómo el calor la inundaba de nuevo. Había sido decepcionante pensar que se había acabado tan pronto. ¡Ahora se sentía más feliz que si no la hubieran interrumpido! Pero no todo se fundía en el agua caliente. El sonido de la locomotora, su eléctrico zumbido a lo largo de los raíles, aún perduraba en su cabeza. Tampoco, por mucho que lo intentara, podía Maia apartar todas sus preocupaciones.

Quedarse en tierra estaba fuera de toda duda. Tizbe y las Jopland sin duda la encontrarían. El mar era su única opción. Con lo que había aprendido sobre navegación (y sobre el Juego de la Vida) tal vez algún capitán se convenciera para ponerla a prueba en una tripulación, no sólo como pasajera de segunda clase. Lo ideal sería un empleo que le durara hasta finales de la primavera, cuando la estación del celo obligaba a las mujeres a desembarcar. A esas alturas, ya habría podido ahorrar un crédito o dos.

En justicia, le correspondía una pequeña porción de la recompensa que Kiel y Baltha habían ido a recoger.

Maia confiaba en que Renna la defendiera en eso, aunque por el tamaño del grupo de huida, su parte probablemente no sería muy grande.

También estaba el asunto de su cita con la investigadora de la SEP, retrasada por circunstancias ajenas a su voluntad. ¿Era demasiado tarde para que cumpliera su promesa? ¿Sería suficiente su declaración ante una magistrada local? Parte de su determinación era por una cuestión personal.. *Tizbe Beller me encerró para impedirme hablar. ¡Así que eso es exactamente lo que haré!* De todas las sensaciones que la acariciaban (libertad, limpieza, el lujo físico del baño), saboreó unos minutos la de venganza.. *Las Beller y las Jopland lamentarán haberme convertido en su enemiga*, juró, grandilocuente.

No fue un ruido lo que llamó la atención de Maia sino que, gradualmente, se fue

sintiendo incómodamente consciente de la falta de él. Frunció el ceño, y recordó que hacía un rato que no oía el murmullo de la conversación en el porche. Ni los pasos de la var de guardia, ni el tintineo de las botellas, ni las insistentes e ingenuas preguntas de Renna.

De repente, el baño ya no le pareció lujoso, sino restringido..*De todas formas, probablemente me estoy convirtiendo en una pasa*, pensó. Tuvo que obligar a sus relajados músculos a salir de la bañera. Mientras se secaba, no pudo reprimir una sensación creciente de sospecha. Algo iba mal.

Bajó la tapa de la bañera y se subió encima para asomarse a la ventana solitaria, tras frotar el vidrio empañado y acercar la nariz para contemplar el porche. Había filas de botellas vacías a lo largo de la balaustrada, pero donde las mujeres habían estado sentadas no quedaba nadie.

.Probablemente Kiel y Baltha han vuelto con noticias, se dijo. Pero tampoco había nadie visible cerca de la entrada principal. *¿Han ido a comer?*, se preguntó.

Maia empujó la ventana hacia arriba hasta que se abrió una rendija, deslizándose por sus guías de madera. El aire fresco y helado entró, poniéndole la carne de gallina cuando la humedad se evaporó de su piel. Asomó la cabeza y llamó:

—¡Eh! ¿Dónde está todo el mundo?

Unas cuantas parroquianas cargaban una carreta tirada por caballos cerca de un almacén. Cuando Maia se estiró un poco más y giró a la izquierda, vio a un grupo en el muelle, muy lejos, dirigiéndose hacia uno de los embarcaderos. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció la fornida forma de Thalla y la maraña de pelo rubio de Baltha.

No. ¡No me harían eso!

Pero allí estaba Renna. Más alto que Baltha, caminando torpemente con los brazos alrededor de dos mujeres, meciéndose de un lado a otro.

—¡Lysos! —gritó Maia, saltando de nuevo al suelo. Se habían llevado su ropa... sin duda para dejarla allí. Con una maldición, recordó las palabras de despedida de Thalla, que habían parecido extrañas para tratarse de alguien a quien esperabas ver de nuevo.

Agarrando una toalla, Maia salió de la habitación y corrió escaleras abajo, sólo para ser bloqueada momentáneamente por la posadera, que sostenía una bolsa de tela y un sobre de papel.

—Oh, es usted, señorita. Sus amigas me dijeron que le diera...

Sus palabras se apagaron cuando Maia la empujó a un lado y salió por la puerta principal. Saltó los peldaños hasta el suelo de grava. Las dependientas de las tiendas cercanas se la quedaron mirando, y un trío de clónicas de tres años se rió, pero Maia siguió corriendo, clavándose guijarros en los pies mientras lo hacía, ignorando la mordedura del frío aire del mar. Al llegar al embarcadero, resbaló y cayó a cuatro

patas, pero se puso de nuevo en pie al instante, sin molestarse en comprobar si se había hecho sangre ni en recoger la toalla caída. Maia corrió desnuda entre las grúas de carga y los barcos atracados, para sorpresa de marineros y mujeres de la ciudad por igual.

Dos botes habían zarpado ya del embarcadero, mientras las remeras lo manejaban con golpes rítmicos y fuertes. Cuando Maia llegó al final del muelle, le gritó a Kiel, que estaba sentada junto al timonel del segundo bote.

—¡Mentirosa! ¡Maldita seas! No puedes...

Tartamudeando, buscó las palabras adecuadas para expresar su furia. Kiel abrió la boca, sorprendida, mientras que algunas de las vars con las que Maia había luchado codo con codo se echaban a reír al verla allí, desnuda y temblando de furia.

La mujer oscura hizo bocina con sus manos y respondió:

—No podemos llevarte con nosotras, Maia. ¡Eres demasiado joven y es peligroso! La carta explica...

—¡Al diablo tu maldita carta! —gritó Maia, llena de ira y decepción—. ¿Qué tiene. *Renna* que decir...?

Entonces vio algo que no había advertido antes. El hombre del espacio tenía una expresión vidriosa e infeliz en el rostro, y no miraba nada o a nadie en particular.

—¡Lo estáis secuestrando! —gritó Maia, roncamente.

—No, Maia. No es lo que...

La voz de Kiel se interrumpió cuando Maia se zambulló de cabeza en las heladas aguas y emergió escupiendo.

Inhaló dolorosamente y nadó hacia el bote con todas sus fuerzas.

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 41.057 Ms

Como medio alternativo a la reproducción, la clonación se empleó ya mucho antes de la emigración del mundo Florentina. Una célula huevo, cuidadosamente preparada con el material genético del donante, es implantada dentro de una voluntaria químicamente estimulada, o en el vientre artificial perfeccionado hace poco en Nueva Terra. Sea como fuere, el caro y delicado proceso se reserva generalmente para los individuos más creativos, o reverenciados, o ricos de un mundo, dependiendo de las costumbres locales. No conozco ningún planeta donde los clones constituyan una parte importante de la población... excepto Stratos.

¡Aquí, son más del ochenta por ciento! En Stratos, la reproducción partenogenética es tan fácil o difícil, tan barata o tan cara como tener bebés de la

forma normal. Los resultados de esta innovación impregnan toda la cultura. En mis viajes, nunca he sido testigo de un experimento tan osado para reconducir el destino humano.

Esta fue la esencia de mi discurso ante el Consejo Reinante de Caria. (Ver transcripción en apéndice). Hubo un elemento de adulación diplomática, ya que dejé todas mis preocupadas preguntas para otra ocasión. El tiempo y la observación revelarán sin duda grietas en este nirvana feminista, pero eso no es en sí mismo ninguna acusación. ¿Cuándo ha sido perfecta ninguna cultura humana? La perfección es tan sólo otro sinónimo de muerte.

Algunas miembros del público parecieron ansiosas por mi reconocimiento de los logros de sus Fundadoras. Otras sonrieron, como indulgentemente divertidas porque un hombre pudiera hablar de un tema más allá de su conocimiento natural. Muchas simplemente siguieron mirando, incapaces de decidir.

Y estaba también el silencioso y educado rencor que no pude dejar de advertir en los rostros de una gran mayoría. Su hostilidad me recordó que Lysos, a pesar de todo su genio científico, también fue la líder de una banda revolucionaria militante. Siglos más tarde, todavía queda una profunda corriente de fervor ideológico aquí en Stratos.

La estación del año tampoco me es de ninguna ayuda. ¿Puede ser coincidencia que el permiso para aterrizar se concediera por fin durante el verano, cuando el recelo hacia los varones se encuentra en su punto álgido? ¿Esperaban las que se oponen al contacto que no supiera comportarme, para así sabotear mi misión?

Tal vez cuentan con la ayuda de la Estrella Wengel. O de las auroras titilantes de la estación del calor.

Si es así, las Perkinitas se sentirán decepcionadas. No me afectan los colores brillantes de su cielo.

De todas formas, debo tener cuidado. Los hombres de este mundo están acostumbrados a ser pocos, rodeados de mujeres, mientras que yo me formé en una sociedad diferente, y acabo de pasar dos años solitarios de mi propio lapso subjetivo en total aislamiento entre las estrellas.

Figuras talladas en una pared de granito... formas geométricas... pautas entrelazadas, retorcidas... un acertijo, tallado en antigua roca...

. ¡Ya te he dicho que no podemos quedarnos aquí mucho más tiempo! ¡Tu código no vale más que un escupitajo Lamai!

Foco en una imagen... una mano infantil... extendiéndose hacia un nudo de piedra en forma de estrella...

.Cállate, Leie. Déjame pensar. ¿Era éste? Mm... No puedo recordarlo.

—... Sí, éste. El pomo en forma de estrella. Hay que tocar la piedra. Dale un cuarto de vuelta. Un cuarto de vuelta a la derecha.

Sin embargo, era difícil hacerlo. Algo se lo impedía. Hizo falta toda su fuerza de voluntad para extender el brazo, y moverlo fue como abrirse paso a través de una jarra de miel de bec. El aire apestoso del sótano era húmedo, asfixiante. El saliente de piedra retrocedía, incluso mientras ella intentaba alcanzarlo.

—... una piedra en forma de estrella... clave de la secuencia de apertura.

La imagen osciló. Su propia mano se retorció, haciéndose más grande entre remolinos de mareante distorsión.

Los grabados en piedra empezaron a deslizarse, retorciéndose y agitándose como serpientes que despiertan.

.Demasiado tarde —murmuró la voz de Leie desde algún lugar fuera de la vista, mezclando tristeza con recriminación. Un sonido chirriante anunció que las paredes se cerraban, convergiendo para aplastarlas, para sepultarlas en granito, sin dejar ninguna posibilidad de huida.

.Siempre llegas tan tarde a todo...

Lo que le dolía era la vaga sensación de traición. No por parte de su hermana, sino de las pautas en la pared.

Estaba tan segura de ellas. Las figuras en la pared. Había depositado su fe en ellas, y ahora no querían jugar.

Pautas borrosas. Formas ondulantes, talladas en piedra viva y móvil...

.... ¿va... algo... mejor?

Era la distante voz de tenor de una mujer que subía y bajaba, como si cada palabra surgiera flotando de una niebla, envuelta en su propia burbuja temblequeante.

.

La respuesta, cuando se produjo, fue mucho más grave, como un dios del mar que entonara desde las profundidades.

—... eso creo... médico dijo... hace una hora... debería... pronto.

Al principio las voces fueron intrusiones agradecidas que sacudían y disipaban los terroríficos filamentos de un mal sueño. Sin embargo, pronto las palabras se

volvieron molestias que la atraían con atisbos de significado, sólo para perder todo sentido, burlarse de ella, imposibilitando una rápida zambullida hacia el descanso.

La voz de tenor regresó, ondulando menos a cada momento.

—Buena cosa... o esas... cabezas serías... como... asesinas.

Una pausa. El dios del mar entonó:

—Yo... nunca me lo perdonaré.

—... nada que ver! Malditas idiotas, intentar... dejarla atrás, como a una niña.

Podría haberles dicho que ella... vale lo suyo. Pequeña var testaruda.

Al menos, advirtió, eran voces amistosas. Tranquilizadoras. Carentes de amenaza. Era bueno saber que estaban cuidando de ella. No había necesidad de preocuparse del cómo, ni del porqué. La sabidura natural le aconsejaba que lo dejara por ahora. Estaba bien como estaba.

Sabiduría. No podía compararse con la problemática curiosidad.

.¿Dónde estoy?, se preguntó a su pesar..¿*Quién es esta gente?*

A partir de ese momento, cada palabra le llegó de forma definida. Cargada de significado, en un contexto.

—Ahora me lo dices —continuó la voz más grave—. Tuvimos oportunidad de intercambiar historias personales en prisión, pero nunca mencionó los detalles que me has contado. Pobre chica. No tenía ni idea de lo que había pasado.

La voz de hombre... era la de Renna. Un pequeño nudo de preocupación se soltó..*No lo he perdido todavía.*

—Sí, bueno, si yo hubiera mantenido los ojos y oídos abiertos la habría relacionado con esos rumores que circulan por ahí, y habría desembarcado para comprobarlo por mí misma en vez de quedarme sentada en el barco como una dorit.

La voz más aguda era también familiar; forzó a Maia a recordar algo que parecía situado años atrás, en una vida diferente.

—¿Y qué hay de mí? ¿Tragarme un Mickey Finn y dejar que esas mujeres me llevaran como una perdiz en un palo?

—¿Tragar un Mick...? Ah, quieres decir un Suavizador de Verano.

Maia contuvo la respiración, sorprendida..*¡Naroin! ¿Qué está haciendo aquí?*

¿Dónde es aquí?

—Sí. Bastante idiota, cierto. Creía que los hombres del espacio eran más listos.

Renna se echó a reír tristemente.

—¿Listos? No especialmente. No en comparación con los niveles aumentados de algunos lugares que he visitado. La principal característica que parecen buscar en los peripatéticos es la paciencia. Nosotros... ¿Has oído eso? Creo que se está moviendo.

Maia notó una mano pequeña y fría en su mejilla.

—¿Hola, Maia? ¿Puedes oírme, muchacha? Soy yo, tu vieja maestra de armas del *Wotan*. ¡Eia! ¡Arriba y a por ellas!

La mano era callosa, no suave. De todas formas, le pareció bien que alguien volviera a tocarla. Alguien que quería su bien. Maia casi fingió dormir, para prolongar la sensación.

—Yo... —Su primera palabra fue más un croar que un mensaje inteligible—. No puedo... abrir los ojos...

Sentía los párpados cerrados por una costra seca. Un paño húmedo pasó suavemente sobre su frente, humedeciéndoselos. Cuando fue retirado, el mundo entró en ella en forma de brillo. Maia parpadeó y no pudo dejar de hacerlo. Sin que fuera consciente, sus manos se alzaron para frotar torpemente sus ojos.

Dos rostros familiares aparecieron ante ella, enmarcados por unas paredes de madera y la portilla de un barco.

—¿Dónde...? —Maia se lamió los labios y descubrió que tenía la boca demasiado seca para salivar—. ¿Adónde vamos?

Tanto Naroin como Renna sonrieron, expresando su alivio.

—Nos diste un susto —respondió Renna—. Pero ahora estás bien. Nos dirigimos al oeste cruzando la Madre Océano, así que nuestro destino parece probablemente el Continente del Aterrizaje. Una de las grandes ciudades portuarias, calculo. Mejor para sus planes que donde nos encontraron, allá en los muelles.

—¿Quiénes? —El agotamiento seguía interponiéndose, haciendo que el hombre pálido y la mujer de pelo oscuro se dividieran en cuatro figuras superpuestas—. ¿Te refieres a Kiel? ¿Y a Thalla y Baltha?

Naroin sacudió la cabeza.

—Baltha es sólo un arma contratada, igual que yo. No formamos parte del Gran Plan. Las otras dos son las que pagan. Parece que una liga secreta de rads tiene planes para tu hombre de las estrellas.

—La excitación no tiene fin en la hermosa Stratos —añadió Renna sardónicamente.

—Tal vez... podrías escribir una guía de viajes —sugirió Maia, concentrándose por controlar su mareo.

Renna se echó a reír, sobre todo cuando Naroin los miró a ambos sin comprender y preguntó qué era, en nombre de Lysos, una «guía de viaje»..

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Maia a la marinera—. Esto no puede ser el *Wotan*.

Eso estaba clarísimo. No había ninguna superficie cubierta de una película de negro polvo de antracita. Naroin hizo una mueca.

—No. El *Wotan* chocó con una gabarra en la bahía de Artemisa. El capitán Pegyul y yo tuvimos unas palabritas al respecto, así que cogí mis cosas y mis papeles y me busqué otro barco. Mi suerte hizo que acabara transportando el contrabando más extrañamente atípico que he visto jamás... no te ofendas, Hombre de las Estrellas.

—No me ofendo. —Renna parecía tan tranquilo—. ¿Crees que tendremos alguna posibilidad de cambiar de barco por el camino?

—Yo no apostaría por ello, Hombros. Eso que te escolta es un mogollón de testarudas vars. Además, si yo fuera tú, no estaría muy segura de no dejar correr las cosas. Hay gente mucho peor que la que te tiene ahora buscando tu cabeza extranjera, si entiendes a lo que me refiero. Incluso peor que esas locas granjeras Perkies.

La expresión de Renna fue precavida.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? —Naroin se encogió de hombros y cambió de tema—. Iré a decirles a las clientas que nuestro ratón de muelle ahogado ha vuelto en sí. Recordad los dos la primera regla para sobrevivir en verano —se dio un par de golpecitos en la sien—. Boca pequeña. Orejas grandes.

Naroin dedicó a Maia un guiño de despedida y se marchó, cerrando la puerta del camarote. Renna la contempló partir, sacudió lentamente la cabeza, y luego se volvió hacia Maia.

—¿Quieres un poco de agua?

Ella asintió.

—Gracias.

Él le sostuvo la cabeza mientras le acercaba un cazo de barro a la boca. Las manos de Renna parecían mucho más grandes que las de Naroin, aunque no mucho más fuertes. Volvió a apoyar la cabeza de Maia en la manta doblada que le habían dado como almohada.

O más bien, prestado..*No poseo nada en el mundo*, pensó Maia, recordando la traición de Thalla y Kiel, la carrera desnuda por las calles de Grange Head, y su zambullida en las aguas heladas..*Y mi mejor, tal vez mi único amigo en toda Stratos es un extranjero que sabe aún menos que yo.*

El pensamiento la habría hecho reírse amargamente si hubiera tenido energías que gastar. Maia libraba una batalla cuesta arriba sólo por mantener los ojos abiertos.

—Muy bien —comentó Renna—. Duerme. Estaré aquí mismo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cuánto...?

—Has estado inconsciente casi tres días. Tuvimos que sacarte medio litro de agua de dentro cuando te subieron a bordo.

.Vaya con las lecciones de natación que pagaron las madres, pensó ella. Los largos en la piscina municipal de Puerto Sanger la habían preparado para las pruebas de la vida real casi tan bien como el resto de la reputada educación que Lamatia impartía a sus veraniegas.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —preguntó a través de un sopor envolvente. Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto.

—Tuve que ir un par de veces al lavabo, y... ¡oh! Te he guardado algo. Pensé que podrías quererlo cuando despertaras.

Maia apenas pudo fijar la mirada en el destello de metal cuando él deslizó un pequeño objeto, frío y redondo, entre su mano y la colcha.. *¡Mi sextante!*, advirtió con alegría. Era sólo una herramienta tonta, medio rota, de poca utilidad. Sin embargo, significaba mucho para ella tener algo familiar. Algo aliado a sus recuerdos. Algo que era suyo. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Vamos, vamos —la tranquilizó Renna—. Ahora descansa un poco. Estaré aquí.

Maia quiso protestar que nadie tenía por qué cuidarla, pero carecía de voluntad para hablar. Parte de ella sentía que no era verdad.

Renna colocó amablemente su mano sobre la que sostenía el sextante. Su contacto fue cálido, sus callos extendidos de forma más igualada que los rudos costurones de Naroin. Debían de haber sido producidos por trabajos más sutiles, o quizá por ejercicios deliberados, aunque, mientras se quedaba dormida, Maia se preguntó por qué nadie querría alzar un dedo si no era estrictamente necesario. Parecía mejor yacer simplemente en la cama, para siempre.

—¿Qué van a hacer, mantenerme en cama para siempre?

Maia golpeó las mantas con ambos puños, haciendo que el doctor retirara el estetoscopio. .

—Vamos, no te enfades. Sólo he dicho que te lo tomes con calma durante un tiempo. Pero eres joven y fuerte.

Levántate cuando te venga en gana.

—¡Eia! —gritó Maia, apartando las mantas y saltando a la cubierta de madera. Demasiado rápidamente. Sintió un arrebato de aturdimiento, pero se negó a dejar que se notara—. ¿Alguien tiene algo de ropa para prestarme?

Será la primera deuda que salde trabajando.

—No le debes nada a nadie —dijo Kiel desde el pie de la cama—. Compensaremos lo que había en el paquete que te dejamos en el hotel. Ropa y algún dinero. Es tuyo, libre y claro.

—No quiero vuestra caridad —replicó Maia.

De pie al otro lado del pequeño camarote, junto a la puerta, Thalla frunció el ceño tristemente.

—No te enfades, Maia. Nosotras sólo...

—¿Quién está enfadada? —interrumpió Maia, cerrando un puño—. Comprendo por qué lo hicisteis. Tenéis grandes planes de carácter político para Renna, y supusisteis que yo me interpondría. Aunque soy una var como vosotras.

Thalla y Kiel parecían dolidas, y aliviadas de que Renna se hubiera marchado mientras duraba el examen médico.

—Nos dedicamos a asuntos peligrosos —intentó explicar Kiel.

—¿Demasiado peligrosos para mí, pero adecuados para Renna? .

—Probablemente es mucho más seguro para él venir con nosotras que permitir que lo entreguemos a la SEP en Grange Head. Hay...*facciones* en Caria City. Facciones que no tienen planes agradables para un Exterior.

Maia encontró eso plausible.

—Y las rads no tenéis planes, ¿no?

—Claro que sí. Queremos crear un mundo mejor. Pero los objetivos del peripatético no son incompatibles con nuestra...

El médico cerró su maletín con un fuerte chasquido. Sin duda había aprendido su mirada autoritaria en el Escolarium de Salud.

—Discúlpenme por interrumpirlas, señoras, ¿pero han dicho algo de darle a esta pobre muchacha un poco de ropa?

La medicina era un raro oficio de educación superior en el que el sexo apenas importaba. Algunos doctores excelentes eran hombres, que rara vez dejaban que los innatos cambios de humor de su sexo interfirieran con su profesionalidad. Thalla asintió rápidamente, convertida de inmediato en una var atenta y complaciente.

—Sí, doctor. Ahora mismo la traigo.

Se volvió desde la puerta.

—¡Mientras tanto, no vayas a correr desnuda por cubierta, Maia! ¡No es una buena costumbre en las grandes ciudades a las que nos dirigimos! —Se rió de su propio ingenio y se marchó. Maia alcanzó a ver brevemente a Renna caminando de un lado a otro. Pareció aliviado cuando Thalla le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba mientras cerraba la puerta.

—La joven está desnutrida —continuó diciendo el médico a Kiel, mientras observaba a Maia por encima de los bordes de sus gafas. Maia se cruzó de brazos y alzó la mandíbula mientras él desaprobaba su delgadez—. Le diré al cocinero que te dé ración doble durante una semana. Asegúrese de que se lo come todo.

—Sí, doctor —asintió Kiel, obediente. Esperó a que el hombre se marchara antes de imitar su dura expresión, con las cejas fruncidas y los labios arrugados.

En otras circunstancias, Maia habría encontrado hilarante la parodia. Ahora consiguió permanecer sombría y dirigir a la oscura var lo que esperaba que fuera una mirada feroz.

Kiel respondió encogiéndose de hombros.

—Muy bien. Vuelve a acostarte. Contestaré a tus preguntas.

Maia decidió que el tono maternal era condescendiente. Permaneció de pie y alzó un dedo.

—Primero, ¿qué planeáis hacer con él?

—¿Con quién, con Renna? Bueno, no mucho. Hay algunos aspectos tecnológicos

sobre los que queremos preguntarle. Puede que no conozca las respuestas en detalle, pero podrá darnos una idea general de lo que es posible y lo que no. Las soluciones tal vez se encuentren en el ordenador de su nave.

—¿Negociar? ¿Sobre qué?

—Sobre cómo devolverlo a la Casa de Invitados del Estado sin que sufra un accidente por el camino, y sobre cómo llevarlo a salvo a su nave desde allí. Realmente no estará fuera de peligro hasta entonces.

—Peligro —repitió Maia, frotándose los hombros—. ¿Por parte de quién?

—Por parte de gente que se ha convencido a sí misma de que puede impedir lo inevitable. Que piensa que el contacto significaría el fin del mundo. Que lo combatiría matando al mensajero.

Maia ya lo había supuesto. Con todo, fue aterrador oír que alguien lo confirmaba.

—Oh, no es todo el Gobierno —continuó Kiel—. Yo diría que la mayoría de las sabias, y bastantes miembros del Consejo, son conscientes de que se avecina un cambio. Discuten sobre las formas de refrenarlo cuanto sea posible...

—Y vosotras no queréis que se frene —supuso Maia.

Kiel asintió.

—¡Nosotras queremos acelerarlo! Montones de nosotras no estamos dispuestas a esperar dos o tres generaciones hasta que llegue la próxima astronave, y entonces sufrir más retrasos, y más. El antiguo orden está acabado. Ya es hora de darle la vuelta.

—Así que Renna es un artículo de comercio.

Kiel frunció el ceño.

—Si lo quieres expresar así... A corto plazo. A la larga, nuestros objetivos son compatibles. Si tiene un par de quejas legítimas sobre nuestros métodos, ¿puede decir honradamente que no se encuentra entre amigas? Lo queremos vivo y que cumpla su misión. Lo demás son sólo detalles.

Contra sus propios deseos, Maia advirtió que creía a Kiel..*¿Soy demasiado cándida? ¿Por qué le presto ni siquiera atención, después de lo que ha intentado hacerme?*

—Podrías ayudarlo a llamar a su astronave, para que venga y lo recoja.

A Maia no le gustó la sonrisa indulgente de Kiel, como si la sugerencia fuera una ingenuidad.

—La nave sólo tiene una lanzadera para aterrizar. Además, sólo puede ser enviada de vuelta al espacio desde las instalaciones de Caria.

—¡Qué conveniente! —Maia se sentó en el borde de la cama—. Así que Renna está atrapado aquí abajo, donde casualmente os es útil contra vuestras enemigas.

Kiel aceptó el razonamiento asintiendo con la cabeza.

—Ya conociste a algunas en Valle Largo. Clanes antiguos y poderosos, que se

agarran a su estático orden social no compitiendo en el mercado abierto, como marca la lógica de Lysos, sino intrigando, suprimiendo todo lo que pueda provocar un cambio.

—Ya me he dado cuenta de eso —rezongó Maia, incómoda.

Kiel arqueó las cejas.

—¿Te has dado cuenta también de por qué las Perkinitas no eliminaron a nuestro visitante de las estrellas en cuanto le pusieron las manos encima? Planean exprimirlo, sacarle todos los datos, igual que se saca el jugo de un marinero drogado.

—¿Y qué? Vosotras también queréis información.

—Pero con objetivos diferentes..*Ellas* quieren aprender a derribar astronaves de homínidos —Maia abrió la boca; Kiel continuó sin pausa—, y muchas cosas más. Piensan que Renna puede resolver problemas con los que chocó incluso Lysos: cómo provocar embarazos clónicos sin ningún tipo de esperma.

—Pero... —tartamudeó Maia—. La placenta...

—Sí, lo sé. Hechos básicos de la vida que nos enseñan siendo bebés. Necesitas esperma para disparar el desarrollo de la placenta, aunque todos los cromosomas del huevo procedan de la madre. Es la base de todo nuestro sistema. Tuvieron que preparar las cosas para que cada verano se produjeran unos cuantos embarazos «normales», inducidos sexualmente, para poder obtener niños que impregnen a la siguiente generación. Las vars como tú y yo somos simples efectos colaterales, virgie.

Maia sacudió la cabeza. Kiel estaba simplificando al máximo el tema, especialmente en lo referido a las motivaciones de Lysos y sus colaboradoras. De cualquier forma, si los grandes clanes descubrían alguna vez cómo reproducirse a voluntad, sin contar siquiera con la breve participación de los machos, la droga del celo de Tizbe Beller parecería un vaso de té caliente en comparación.

—¿Mencionó Renna algo de todo esto cuando estuvo en Caria?

—Lo hizo. El grandullón simplemente no comprende que hay algunas cosas que la gente no debería saber.

Maia estuvo de acuerdo en ese punto. A veces, Renna parecía demasiado inocente para vivir.

—Ya ves a qué nos enfrentamos —concluyó Kiel, cerrando el puño. Su oscura tez se ruborizó—. ¡Cierto, las rads también proponemos grandes cambios, pero en la dirección opuesta! Reconduiremos Stratos hacia un modo de vida más normal para una especie humana... hacia un mundo adecuado para personas, no para colmenas de polo a polo.

—¿Nos llevaréis de vuelta a cuando los hombres eran... el.cincuenta por ciento?

La risa rompió el ceño fruncido de Kiel.

—¡Oh, no estamos tan locas! Por ahora, nuestro objetivo a corto plazo es solamente descongelar el proceso político. Poner en marcha algunos debates. Poner

más que unas pocas representantes veraniegas testimoniales en el Alto Consejo. ¿No te parece que merece la pena apoyar eso, pienses lo que pienses de nuestros sueños a largo plazo?

—Bueno...

—Maia, me encantaría poder decir a las demás que estás con nosotras.

Kiel intentaba mirarla a los ojos. Maia prefirió esquivarla. Tras una pausa que duró un buen rato, hizo un rápido gesto de asentimiento a medias con la cabeza.

—Todavía no. Pero... escucharé el resto.

—No podemos pedir más. —Kiel le palmeó el hombro—. Con el tiempo, espero que puedas perdonarnos por haberte subestimado estúpidamente. Ésa será la última vez, te lo prometo.

Kiel era sibilina, pero la oferta parecía sincera. Maia respondió a regañadientes.

—Aceptable —dijo en voz baja. Era irritante saber que Kiel podía leer en ella como en un libro abierto.

Piezas de juego yacían dispersas por toda la escotilla de la bodega de carga: pequeñas losas blancas y negras con sensores como bigotes de gato asomando de sus lados y esquinas.

Al principio, Maia se maravilló de la meticulosa precisión con que estaba construida cada pieza. Pero, después de pasar toda la mañana dando cuerda uno tras otro a todos los mecanismos, contemplarlas perdió parte del romanticismo. Por fortuna, los eficientes aparatitos sólo necesitaban unas cuantas vueltas de llave. Sin embargo, Renna y Maia apenas habían terminado de preparar la mitad de las mil seiscientas piezas del juego cuando llamaron para almorzar.

¿Cómo sigo dejándome convencer para meterme en cosas raras como ésta?, se preguntó Maia mientras se incorporaba y estiraba sus brazos doloridos. *Por la noche estaré hecha un desastre.* Con todo, era mejor que pelar patatas o las otras tareas «ligera». que le habían asignado desde que la dejaron levantarse. Y la perspectiva de su primera partida en regla de Vida la tenía intrigada, incluso excitada.

Maia supervisó diligente la comida de Renna, asegurándose de que procedía de la olla común y de que los utensilios estaban limpios. Ciertamente, nadie esperaba un intento de asesinato allí, en la Madre Océano. Era más probable que alguien de la tripulación intentara drogarlo sólo para acallar el interminable diluvio de preguntas del alienígena. Siempre era fácil encontrar a Renna a bordo. Sólo había que buscar una perturbación en la rutina de los marinos. En el alcázar, por ejemplo, donde el capitán Poulandres y sus oficiales se quedaban con una expresión preocupada después de largas sesiones de amistoso interrogatorio. O agarrado precariamente en lo alto de las jarcias, mirando a los marineros por encima del hombro mientras trabajaban, inquietando a su pareja de protectoras, Thalla y Kiel, que observaban

ansiosamente desde abajo.

Cuando Renna mencionó su curiosidad sobre cómo se jugaba en el mar al Juego de la Vida, Poulandres aprovechó la oportunidad para desviar la atención del extraño pasajero. Esa tarde tendría lugar una partida de desafío. Renna y Maia contra el grumete mayor y el pinche de cocina.

.Eh, pensó Maia en aquel momento, *¿me ha oído alguien ofrecerme voluntaria?*

No es que le importara realmente, aunque las muñecas le dolían por los interminables y repetitivos giros para dar cuerda a las piezas. Un fresco viento del este llenó los generadores del *Manitú* e hinchó sus velas, haciendo que los mástiles crujieran suavemente bajo la tensión. También llenó los pulmones de Maia de creciente esperanza. *Tal vez las cosas salgan bien esta vez.*

Voy a ver el Continente del Aterrizaje.

Si Leie estuviera aquí, podríamos verlo juntas.

Al contrario que el viejo y chirriante *Wotan*, éste era un navío veloz, construido para transportar cargas ligeras y pasajeros. Sus marineros eran miembros dignos y bien vestidos de una prestigiosa cofradía. Los grumetes, recién elegidos de sus clanes maternos, ejecutaban las órdenes con rapidez entusiasta. Maia encontró impresionante, a la vez que algo pomposo, el uniformado esplendor de los oficiales.

Tras, su estancia en Valle Largo, donde los hombres eran más escasos que los lugares, le parecía extraño vivir con tantos a su alrededor. Su experiencia con la droga Beller minaba su confianza en la segura promesa de docilidad masculina que traería el invierno. *¿Cómo era antes de Lysos?*, se preguntó. *No se sabía qué hombres eran peligrosos, ni cuándo.*

Observaba disimuladamente a los marineros, comparándolos con Renna, el alienígena. Incluso las cosas obvias eran sorprendentes. Por ejemplo, sus ojos eran de un tono castaño oscuro rara vez visto en Stratos, y los tenía anormalmente separados. Y su larga nariz le daba el aspecto de un pájaro siempre curioso. Leves diferencias, en realidad. *Pero si Renna no es del espacio exterior, es de un sitio igualmente extraño*, pensó Maia.

Otras diferencias eran más profundas. Renna estaba siempre *mirando*. Su agudeza visual era buena; simplemente ansiaba más luz, como si el día en Stratos fuera más oscuro de lo habitual para él. Compensaba eso con una sorprendente sensibilidad al sonido. Maia sabía que podía escuchar los chistes que la gente hacía sobre él.

Nadie se burlaba de su barba, ahora lustrosa, rizada y oscura. Una barba de verano que pocos hombres de Stratos podían igualar en esta época del año. Pero no faltaban las burlas en lo concerniente a su dieta. La comida normal del barco estaba bien: sopa de grano y legumbres, complementadas con guiso de pescado. Pero él rehusó amablemente la carne roja del frigorífico del barco, alegando «alergia a las proteínas», y no quería beber agua del mar bajo ningún concepto. El cocinero,

gruñendo por los «remilgados niñatos de tierra», abrió una vasija de agua fresca sólo para él. Kiel se encogió de hombros y la pagó.

Maia sentía que había superado los cálidos sentimientos que habían llenado su soledad en el santuario-prisión.

Excepto por su inteligencia y su esencial bondad, Renna no se parecía en nada a la persona que había imaginado mientras intercambiaban mensajes codificados en la oscuridad. Era sólo otra pérdida, y no era culpa de nadie en concreto.

Sin embargo, ¿por qué se sentía ocasionalmente abrumada por ilógicos sentimientos de celos cuando Renna pasaba el tiempo charlando con Naroin, o Kiel, o con cualquier otra joven var? *¿Me siento atraída hacia él de un modo... sexual?* Parecía improbable, dada su juventud.

Aunque lo estuviera, ¿de qué servirían los celos?

Maia se replegó en sí misma. Algunos pensamientos parecían hacerla sentir herida por dentro. Otros provocaban desorientadoras oleadas de calor, o de desolación.

Y puede que, una vez más, esté haciendo una montaña de un grano de arena.

Hablar de su confusión con alguien podría haberle servido de ayuda, pero Maia no se sentía cómoda confiando en desconocidas. Para eso, siempre había tenido a Leie.

El mar tenía ahora a su hermana. Aunque una infinita extensión de océano la rodeaba, a Maia no le gustaba mirarlo.

Después de almorzar, Renna se excusó y se dirigió a la plataforma provista de cortinas que se extendía desde la cubierta de popa sobre el agua. Siempre tardaba más que los otros en su aseo, y había apuestas referidas a lo que hacía allí. Se comentaba que se producían extraños sonidos tras la cortina.

—Suenan como a frotar y escupir —informó un marinero.

Maia se aseguraba de que nadie le molestara. Fuera cuales fuesen sus extrañas necesidades, Renna se merecía intimidad. ¡Al menos se mantenía más limpio que la mayoría de los hombres!

Las mujeres de a bordo, todas vars, encajaban en los tres grupos que Maia diferenciaba. Media docena, incluida Naroin, eran experimentadas marineras de invierno que trabajaban cómodamente codo con codo con la numerosa tripulación masculina. Mundanas y capaces, parecían más divertidas que interesadas en las obsesiones políticas de las pasajeras de pago.

A continuación había veintiuna rads, compañeras en el osado plan para librar a Renna del cautiverio. Thalla y Kiel debían de haber empezado a trabajar en la fragua Lerner para cubrir su auténtica misión, averiguar dónde guardaban a su prisionero los clanes Perkinitas. Maia se preguntó si sus ex compañeras de choza habían seguido la

pista del alienígena por medio mundo. Lo más probable era que su equipo fuera uno de los muchos esparcidos para cubrir el globo. De cualquier forma, el grupo radical parecía grande, resuelto, y bien organizado.

De buen humor tras su éxito hasta el momento, las rads eran charlatanas, nerviosas, y claramente mejor educadas que la var media. Las suaves vocales de su acento de ciudad apenas impresionaban al tercer grupo, ocho mujeres de aspecto rudo, muchas de las cuales hablaban el grave dialecto de las islas del Sur. Como había dicho Naroin, Baltha y sus amigas estaban allí como «armas contratada».. Guardianas mercenarias para completar el cupo de la expedición. Las sureñas apenas ocultaban su desdén hacia las idealistas rads, pero parecían felices de aceptar su paga.

Renna emergió de la plataforma, cerrando la cremallera de su bolsa azul. Se desperezó, inhalando profundamente.

—Nunca pensé que me acostumbraría a este aire. Parece como respirar jarabe. Pero con el tiempo te aclimatas.

Tal vez es el simbiote en funcionamiento.

—¿El qué? —preguntó Maia.

Renna parpadeó y permaneció pensativo durante un momento.

—Mm... algo que tomé antes de aterrizar, para que me ayudara a adaptarme a un planeta diferente. ¿Sabes que sólo hay otras tres poblaciones homínidas que viven con esta presión atmosférica? Stratos es habitable por la densidad del aire. Conserva el calor. Normalmente, nadie buscaría un hueco habitable tan cerca de un sol pequeño. Lysos hizo una apuesta brillante aquí, y ganó.

.Casi tan brillante como tú al cambiar de tema, pensó Maia. Pero no importaba. Le complacía ver que Renna aprendía a controlar lo que revelaba. A este paso, al cabo de unas cuantas estaciones podría jugar al póquer con una muchacha de cuatro años.

—Tenemos que seguir dando cuerda a las piezas —le recordó ella.

Regresaron a la escotilla de la bodega, donde él suspiró y levantó una pieza del juego.

—Y pensar que dije que estos pequeños demonios son ingeniosos. Sigo sin comprender por qué se niegan a utilizar el tablero que trajimos de la ciudadela.

—Es la tradición —explicó Maia, girando torpemente una de las piezas, atenta a las protuberantes antenas-palpadores—. Esos tableros producidos en serie son potentes... Nunca imaginé que pudieran serlo tanto hasta que aprendí a jugar con uno. Pero sé que son inferiores en estatus a los hechos a mano. Se emplean en verano, cuando la mayoría de los hombres están recogidos en santuarios. Incapaces de viajar.

—¿A causa del clima?

—Y las restricciones de los clanes locales. Es una época dura para los hombres. Sobre todo si no tienes suerte y no recibes ninguna invitación para ir a la ciudad.

Cuando no llueve, las auroras y Wengel asoman en el cielo, provocando sentimientos frustrantes. Un montón de hombres cierran los postigos y se distraen con partidas y torneos. Supongo que ahora mismo un tablero de ordenador les recuerda demasiado una época en la que prefieren no pensar.

Renna asintió.

—Sí, parece que tiene sentido. Con todo, se me ocurre que tal vez haya otro motivo por el que los marineros prefieren las piezas mecánicas. Tengo la sensación de que no te consideran un hombre de verdad a menos que puedas construir tus propias herramientas, con tus manos.

Maia cogió otra pieza para seguir dando cuerda.

—Tiene que ser así, Renna. Los marineros no pueden permitirse especializarse como las mujeres de los clanes. —Indicó las complejas jarcias, el mástil del radar, el zumbante generador eólico—. Nunca estás seguro de que vayas a encontrarte con la mezcla adecuada de habilidades en un viaje, así que todos los muchachos esperan aprender la mayoría de ellas a tiempo.

—Ajá. Sacrificar la perfección de lo particular por la competencia en general. —Renna reflexionó durante un momento, luego sacudió la cabeza—. Pero estoy convencido de que es algo más profundo. Mira el sextante en miniatura que llevas en la muñeca, mucho más adornado y bonito de lo que hace falta para la tarea.

Maia soltó la llave y volvió el brazo para observar la tapa de bronce del sextante, con su ornada y casi mitológica versión de una gran aeronave. Renna le indicó que lo abriera. Junto a los brazos plegados y a las ruedecitas bellamente engarzadas, había huecos para conexiones electrónicas, ahora tapados y aparentemente en desuso desde hacía años. Renna extendió la mano para tocar una diminuta pantalla oscura.

—No dejes que los vestigios de la alta tecnología te engañen, Maia. Aquí no hay nada que no pueda hacerse a mano en talleres privados, usando técnicas transmitidas de maestros a alumnos, de generación en generación. Es esa transmisión de habilidades lo que me interesa.

Durante un momento a Maia le pareció estar escuchando a Renna ensayar un informe que planeaba dar en algún momento y lugar futuros, describiendo las costumbres de una oscura tribu situada en los límites de la civilización..*Que es lo que somos, supongo*. Inhaló, agudamente consciente de repente del peso del aire en sus pulmones. ¿Era realmente denso, comparado con el de otros mundos? A pesar de las observaciones de Renna, el sol rojo y redondo no parecía débil. Era tan fiero que sólo podía mirarlo directamente unos segundos antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Renna continuó hablando.

—Me parece interesante que habilidades tan elaboradas se transmitan de forma tan cuidadosa, mucho más en profundidad de lo que los oficiales necesitan enseñar

para conseguir una buena tripulación.

Maia plegó el sextante y lo guardó.

—Nunca me lo había planteado de esa forma. Nos enseñan que los hombres no tienen... —Buscó la palabra adecuada—. No tiene *continuidad*. Los oficiales adoptados por los capitanes rara vez son sus propios hijos, así que no hay ningún interés a largo plazo en el éxito de los muchachos. Sin embargo, haces que parezca casi como en los clanes. Enseñanza personalizada. Atención continuada a lo largo del tiempo. La transmisión de algo más que un comercio.

—Mm. ¿Sabes? Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que fue planeado de esta forma. Sin duda una familia de clones lo hace más eficientemente, pues una generación entrena a la siguiente. Pero en el fondo, es sólo una variación de un viejo tema. El sistema del maestro y el aprendiz. Durante la mayor parte de la historia humana, esos sistemas fueron la regla. El progreso se produjo aplicando mejoras añadidas a diseños ya probados.

Maia recordó cómo, de niñas, Leie y ella solían asomarse al taller de las curtidoras Yeo, o al de las relojas Samesin, y veían a las hermanas mayores y madres instruir a las clones más jóvenes, como ellas mismas habían sido enseñadas. Era así como las jóvenes Lamai aprendían el negocio de importación-exportación. No podía imaginar que un proceso semejante fuera posible entre los hombres, cuando no había dos que compartieran los mismos talentos o cuyos intereses fuesen exactos. Pero Renna daba a entender que había menos diferencias que similitudes entre ellos.

—Es un sistema tradicional, perfecto para mantener la estabilidad —dijo el viajero estelar, soltando una pieza y recogiendo otra—. Hay un precio. El conocimiento se acumula por adición, casi nunca geométricamente.

—¿Y a veces no se acumula? —preguntó Maia, sintiéndose súbitamente incómoda.

—Así es. Es un peligro de las sociedades gremiales. A veces la tendencia es negativa.

Ella bajó la cabeza, sintiendo de pronto algo parecido a la vergüenza.

—Hemos olvidado tanto...

Las oscuras cejas de Renna se unieron.

—Mm. Quizá no tanto. He visto vuestra Gran Biblioteca, y he hablado con vuestras sabias. Esto no es una era oscura, Maia. Lo que ves a tu alrededor es el resultado de una planificación elaborada. Lysos y las Fundadoras consideraron cuidadosamente costes y alternativas. Como productos de una época científica, estaban decididas a impedir que aquí se produjera otra.

—Pero... —Maia parpadeó—. ¿Por qué querrían unas científicas detener la ciencia?

La sonrisa de él fue cálida, pero algo en los ojos de Renna le dijo a Maia que era

un tema que le dolía personalmente.

—Su objetivo no fue detener la ciencia como tal, sino impedir cierto tipo de *fiebre* científica. Una locura cultural, si quieres. Evitar el tipo de época en que hacerse preguntas se convierte casi en una devoción. En que todas las certezas de la vida se funden, y la gente duda compulsivamente de las antiguas costumbres, y la «realización persona». es más importante que los valores basados en la comunidad y la tradición. Esas épocas producen fermentos terribles, Maia. Junto con el aumento de conocimiento y poder viene el desastre ecológico, por el aumento de la población y el mal uso de la tecnología.

En la mente de Maia no se formó ninguna imagen que pudiera ilustrar aquellas palabras. Su contenido era completamente abstracto, sin nada que ver con lo que ella conocía. Sin embargo, se sentía espantada.

—Haces que parezca... terrible.

Él suspiró pesadamente.

—Oh, hay beneficios. El arte y la cultura florecen. Viejas represiones y supersticiones se tambalean. Nuevas reflexiones iluminan y se convierten en parte de nuestra herencia permanente. Los renacimientos son las épocas más románticas y excitantes, pero ninguno dura mucho. Hace tiempo, antes de la Diáspora del Phylum, la primera edad científica apenas nos sacó de nuestro mundo natal antes de desplomarse agotada. Estuvo tan cerca de matarnos como de liberarnos.

Maia observó a Renna y estuvo segura de que hablaba con algo más que simple erudición histórica. Vio dolor en sus ojos oscuros. Estaba recordando, con pesar y profundo anhelo. Era una especie de nostalgia del hogar, más compleja e irremediable que la suya propia.

Renna se aclaró la garganta y miró brevemente en otra dirección.

—Fue durante otra de esas edades, el Renacimiento de Florentina, cuando vuestra famosa Lysos se convenció de que las sociedades estables son las más felices. En el fondo, la mayoría de los humanos prefieren vivir rodeados de cómodas seguridades, guiados por cálidos mitos y metáforas, sabiendo que comprenderán a sus hijos, y que sus hijos los comprenderán a ellos. Lysos quiso crear un mundo así. Un mundo con la felicidad al alcance no de unas cuantas personas brillantes sino, con el tiempo, del máximo número de ellas.

—Eso nos han enseñado —asintió Maia. Aunque, una vez más, la de él era una forma distinta de expresar cosas familiares. Diferente y preocupante.

—Lo que no os han enseñado, y mi teoría privada, es que Lysos sólo adoptó el separatismo sexual porque las secesionistas Perkinitas eran el grupo más fuerte de descontentas que quiso seguirla al exilio. Ellas proporcionaron el material bruto que Lysos utilizó para crear su mundo estable, aislado y protegido del fermento del reino homínido.

Maia nunca había oído hablar de la Fundadora de aquella forma. Con respeto, pero con un cierto compañerismo, casi como si Renna hubiera conocido a Lysos personalmente. Cualquiera que lo oyese tendría que creer una verdad básica: el hombre procedía, en efecto, de otra estrella.

Durante un buen rato, Renna miró el mar, contemplando paisajes que Maia ni siquiera podía empezar a imaginar. Entonces se encogió de hombros.

—Hablo demasiado. Empezamos a hablar de cómo se enseña a los marineros a despreciar a un hombre que confía en herramientas que no comprende. Es el motivo principal por el que me desprecian.

—¿A ti? ¡Pero has cruzado el espacio interestelar! Los marineros...

—¿Respetarían eso? —Renna se echó a reír—. Ay, también saben que mi nave es producto de enormes fábricas, construida principalmente por robots, y que yo no podría controlar ni la parte más pequeña sin máquinas casi más listas que yo, cuyo funcionamiento apenas comprendo. ¿Sabes en qué me convierte eso? Las sabias han difundido cuentos burlescos. ¿Has oído alguna vez hablar del Hombrecillo Listo?

Maia asintió. Era un nombre que los niños empleaban unos con otros cuando querían ser crueles.

—Ése soy yo —terminó de decir Renna—. El Indefenso Hombrecito Listo. Enviado por bobos, esclavo de sus herramientas. Rescatado por vars después de cruzar las estrellas.

Renna emitió una risa corta, casi un bufido. No parecía divertido.

La partida de Vida de aquella tarde fue un desastre.

Mil seiscientas piezas con cuerda suficiente habían sido divididas en dos grupos, a cada lado de una escotilla de carga dispuesta con cuarenta líneas verticales y cruzada por cuarenta horizontales. Maia y Renna se unieron a las otras pasajeras para cenar, y comieron en cuencos de porcelana, mientras contemplaban el mar revuelto.

Entonces, con sólo una hora de luz por delante, se volvieron a esperar a sus oponentes. Al cabo de unos cuantos minutos llegaron un grumete y el pinche de cocina, este último secándose todavía las manos con el delantal.

.No nos toman demasiado en serio, supuso Maia. No se lo reprochaba.

Como equipo visitante, Renna y ella fueron invitados a hacer el primer movimiento. Maia deglutió nerviosamente, y casi dejó caer las piezas que llevaba, pero Renna sonrió y suspiró:

—Recuerda, es sólo un juego.

Ella le devolvió una sonrisa insegura, y le tendió la primera pieza. Él la colocó en la esquina inferior derecha del tablero, con la cara blanca hacia arriba. Ya habían discutido la estrategia antes.

—Será muy simple —había dicho Renna—. Aprendí unos cuantos trucos

mientras estaba en prisión. Pero lo que hacía sobre todo era escribir mensajes o pintar imágenes. Será muy distinto con un oponente que intenta destruir lo que creas.

Renna había esquematizado en una libreta lo que consideraba una pauta «muy conservador».. Un grupo de piezas negras en un rincón «vivirí». eternamente si no tocaba ninguna otra pauta móvil de piezas negras. Su estrategia sería intentar defender aquel oasis de vida hasta el límite de tiempo, concentrándose en la defensa y haciendo sólo incursiones mínimas en territorio enemigo con deslizadoras, cuñas o cortadoras. Un empate estaría bien. Mientras Renna colocaba la primera fila, los muchachos se daban codazos, señalando y riendo. Era enervante, tanto si ya veían la ingenuidad del diseño como si querían poner nerviosos a los neófitos. Aún peor, desde el punto de vista de Maia, eran las burlas de las mujeres espectadoras. Sobre todo las de Baltha y las sureñas, que consideraban claramente que aquel ejercicio era una absoluta tontería masculina. Una mujer de la tripulación llamada Inanna susurró algo al oído de una camarada, y las dos se echaron a reír. Maia estuvo segura de que el chiste era a su costa.

No se estaba haciendo a sí misma ningún bien, ni estaba claro lo que iba a aprender Renna.

¿Entonces por qué lo estamos haciendo?

La primera fila estaba terminada. De inmediato, el pinche y el grumete empezaron a colocar sus cuarenta piezas. No usaron notas, aunque Maia vio que se consultaban una vez. Unos cuantos marineros observaban aburridos desde las escaleras del alcázar, mientras tallaban palos de madera blanda para darles forma de animales marinos.

Cuando los muchachos indicaron que su turno había terminado, Renna echó un buen vistazo y luego se encogió de hombros.

—Parece igual que nuestra primera fila. Tal vez sea una coincidencia. Quizá podamos continuar con nuestro plan.

Así que colocaron otras cuarenta fichas, la mayoría con la cara blanca hacia arriba, sembrando las suficientes piezas negras estratégicamente situadas para que cuando el juego comenzara y todos los muelles saltaran, un grupo de pulsantes pautas geométricas creara vidas autocontenidas en sí mismas, dispuestas a tomar parte en la breve ecología del juego.

Al menos, eso esperamos.

Continuaron así durante un rato mientras el sol se ponía más allá del hinchado foque. Cada bando colocaba por turno cuarenta discos, luego se retiraba y trataba de adivinar qué pretendía el otro equipo. Hubo una sola interrupción, cuando el viento cambió y el primer contra maestre necesitó todas las manos en las jarcias.

Corriendo a sus tareas, los marineros halaron de los acolladores y dieron vueltas a las manivelas en un remolino de músculos tensos. La maniobra se completó con

veloz eficiencia, y todo estuvo en calma antes de que Maia terminara de contar cuarenta latidos. Naroin saltó desde las velas, y aterrizó agazapada. Sonrió a Maia y le hizo una señal con el pulgar hacia arriba antes de volver a un lugar próximo a la borda frecuentado por las miembros femeninas de la tripulación, que fumaban en pipa y chismorreaban en voz baja mientras los preparativos del juego se reemprendían.

—Esos diablos —dijo Renna después de que hubieran puesto ya ocho filas. Maia miró hacia donde apuntaba, y al momento vio lo que quería decir. Al parecer, sus oponentes habían copiado la misma formación de «oasi». estático en su esquina más protegida. *De hecho, advirtió, ¡nos están remedando en todo! Sólo podían apreciarse leves variaciones en la parte izquierda. ¿Qué sentido tiene? ¿Se están burlando de nosotros?*

Las diferencias empezaron a acentuarse después de la décima fila. De repente, el pinche y el grumete empezaron a colocar una pauta completamente distinta. Maia reconoció un cañón disparador, diseñado para lanzar deslizadoras a lo largo del tablero. También vio lo que sólo podía ser un ciclón, una configuración capaz de llevar a la perdición cualquier pauta móvil que se acercara. Señaló a Renna el incipiente diseño, y el hombre de las estrellas se concentró y acabó por asentir.

—Tienes razón. Eso pondría en peligro a nuestro guardián, ¿no? Tal vez deberíamos desplazarlo hacia un lado.

A la derecha, ¿no te parece?

—Eso interferiría con nuestra valla corta —señaló ella—. Ya hemos trazado dos filas para esa pauta.

—Mm. Muy bien, cambiaremos el guardián a la izquierda, entonces.

Maia trató de visualizar qué aspecto tendría el tablero cuando terminaran. Ya podía ver cómo evolucionarían algunas entidades durante las segunda, tercera, e incluso quinta o sexta ronda. Esta zona concreta de la escotilla sería cruzada por una recién lanzada nave madre. Aquella zona se agitaría en alternativos remolinos blancos y negros cuando una semilla de mostaza girara y girara... una forma bonita pero engañosamente potente. Cuando intentó seguir el rumbo de los proyectiles del otro lado, Maia comprendió horrorizada que un conjunto de deslizadoras rebotaría en el borde-espejo y vendría en diagonal hacia la misma esquina que tanto habían trabajado y planeado para defender.

Renna se rascó la barba cuando ella le señaló el inminente desastre.

—Parece que estamos fritos —dijo, con el ceño fruncido. Entonces dio un respingo cuando las uñas de Maia se clavaron en su brazo.

—¡No, mira! —dijo ella, apresuradamente—. ¿Y si construimos nuestro propio cañón deslizador... ahí?

Podríamos hacer que disparara hacia *nuestro* propio territorio, interceptando su...

—¿Qué? —interrumpió Renna, y Maia temió por un instante haberse excedido,

inyectando sus propias ideas en lo que era básicamente el diseño de él. Pero el hombre asintió, con creciente excitación.

—¡S-s-sí, creo que podría... funcionar! —Extendió la mano y le apretó los hombros, dejándoselos doloridos—. Funcionará si calculamos bien el momento. Naturalmente, queda el problema de los escombros; después de que las deslizadoras choquen...

Apenas quedaba espacio en las últimas filas para introducir las improvisadas modificaciones. Por fortuna, sus oponentes no situaron otro ciclón cerca del límite. El nuevo cañón deslizador de Maia se encontraba justo a lo largo del borde, sin espacio que malgastar. Cuando colocaron la última pieza, estaba agotada. *Y yo que pensaba que esto era un juego para hombres perezosos. Supongo que las espectadoras nunca saben de un deporte hasta que lo prueban por sí mismas.*

Ya había oscurecido hacía rato. Se encendieron las lámparas. Thalla llegó con un par de abrigo. Mientras se ponía el suyo, Maia advirtió que todos los demás se habían vestido ya para afrontar el frío de la noche. Debía de haber estado produciendo demasiada energía nerviosa para darse cuenta.

El capitán Poulardres se acercó; llevaba una capa con capucha y un bastón de dos puntas para ejercer su papel de maestro y árbitro. Tras él, todos los tripulantes del barco menos el timonel, el vigía y el piloto habían encontrado un sitio desde donde mirar. Esperaban indiferentes, muchos con expresión divertida. Maia vio que nadie hacía las habituales apuestas.

Probablemente nadie las acepta a nuestro favor, no importa a cuánto estén.

Se hizo el silencio cuando el capitán avanzó hasta el borde del tablero, donde el reloj marcador estaba preparado para enviar señales sincronizadas a todas las piezas. En un momento dado, cada una de las mil seiscientas diminutas unidades se darían la vuelta o permanecerían quietas, dependiendo de lo que le dijeran sus sensores del estado de sus vecinas. La misma decisión se haría unos segundos después, cuando llegara la siguiente señal. Y así sucesivamente.

—La Vida es la continuación de la existencia —entonó el capitán. Quizá fuese la capucha lo que daba a su voz un aire grave y profético. O tal vez era parte del oficio de capitán.

—La Vida es la continuación de la existencia —respondió la tripulación, repitiendo sus palabras, con el fondo de los mástiles crujiendo y las velas restallando.

—La Vida es la continuación de la existencia, pero nada perdura. Todos somos pautas, buscando propagarnos.

Pautas que dan vida a otras pautas, y luego desaparecen, como si nunca hubieran existido.

Maia había oído la invocación muchas veces, recitada con incontables acentos en los muelles de Puerto Sanger y en todas partes. Sin embargo, era la primera vez que

lo hacía como contendiente. Se preguntó cuántas otras mujeres lo habrían hecho. Sólo algunos millares, estaba segura. Tal vez sólo algunos centenares.

Renna escuchaba las antiguas palabras, claramente embobado.

—... no podemos controlar nuestra progenie. Ni dirigir nuestras invenciones. Ni gobernar consecuencias lejanas, excepto con la previsión de actuar bien, y luego partir.

El capitán alzó su bastón, haciéndolo oscilar sobre el reloj marcador.

—Dos equipos se han preparado. Que el acto tenga lugar. Ahora... observad la posteridad.

El bastón golpeó. El reloj empezó a entonar su familiar cuenta de ocho. Aunque estaba preparada, Maia dio un respingo cuando las mil seiscientas piezas blancas y negras parecieron explotar al unísono.

No, al unísono no. De hecho, menos de la mitad se dio la vuelta, cambiando de estado en respuesta a lo que sucedía a su alrededor. Pero la impresión de un súbito y frenético claqueteo hizo que el corazón de Maia se desbocara antes de que una segunda oleada de sonido y movimiento cruzara el tablero. Y otra más.

Por fortuna, no tenía que pensar. Todas las partidas del Juego de la Vida habían acabado ya en el momento de empezar. A partir de ahora, sólo podían contemplar cómo se desarrollaban las consecuencias.

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 43.277 Ms

Durante mi primera visita a un hogar stratoiano, me resultó difícil superar los prejuicios.

No fue el concepto de matriarcado, que he visto de otras formas en Florentina y Nueva Terra. Ni la costumbre de que los hombres son otra especie, a veces necesitada, a menudo irritante, y afortunadamente rara. Estaba preparado para todo eso. Mi problema surge de haber crecido en una época obsesionada con el individualismo.

La variedad era nuestra religión, la diversidad nuestra fijación. Todo aquello que fuera diferente o atípico tenía ventaja por encima de lo familiar. Lo ajeno siempre se anteponía a lo propio. «Una época insan», dicen los psichistoriadores... aunque su breve gloria produjera viajeros estelares ideales.

En mis viajes he encontrado muchas sociedades estabilizadas, pero ninguna más contraria a mi educación que la de Stratos. La enervante ironía de la fascinante singularidad de este mundo es que se basa en la ausencia de cambio. Las

generaciones no se dividen por valores cambiantes. La igualdad no es ninguna maldición, la variedad no es un amigo automático.

Menos mal que nunca nos conocimos. Lysos y yo no nos habríamos llevado bien.

Sin embargo, me sentí complacido cuando la Sabia Iolanthe me pidió que pasara algunos días en el castillo de su familia, en los montañosos barrios residenciales de Caria. La invitación, un raro honor para un varón en verano, era sin duda una declaración política. Su facción es la menos hostil hacia la restauración del contacto. Incluso así, se me advirtió de que mi visita tendría que ser «cast».. Mi habitación no tendría ventanas que dieran a la Estrella Wengel.

Le dije a Iolanthe que no esperara problemas en ese aspecto. Evitaré mirar, aunque no al cielo.

La Casa Nitocri es antigua. El linaje clónico de Iolanthe ha ocupado el extenso compuesto de altos muros, chimeneas y tejados y buhardillas desde hace casi seiscientos años. Linajes emparentados habitaron el lugar remontándose casi hasta la fundación de Caria.

Nuestro coche atravesó una verja impresionante, recorrió un camino flanqueado de jardines, y se detuvo ante una entrada de mármol bellamente esculpido. Fuimos formalmente recibidos por un trío de bellas Nitocri que, como Iolanthe, eran de edad mediana, vestidas con deslumbrantes túnicas de seda amarilla y cuello alto. Una hermana joven del clan recogió mi maleta. Más hermanas con claros rasgos Nitocri (ojos suaves y narices estrechas) se apresuraron silenciosas a llevarse el coche, cerrar la verja, y conducirnos al interior.

Así, por primera vez, entré en el santuario de un clan partenogenético, unidad principal de la vida humana en Stratos. No son abejas ni hormigas, pensé en silencio, reprimiendo comparaciones fáciles.

Interiormente, repetía el lema de mi vocación: Olvida los prejuicios.

La sabia me mostró alegremente patios y jardines y grandes salones, impertérrita ante la multitud de niñas que susurraban y reían a nuestro paso. Las Nitocri no tienen empleadas domésticas, ni contratan a ninguna var para que se encargue de las tareas desagradables e indignas de las clones adineradas.

Ninguna Nitocri lamenta hacer trabajos duros o sucios, como limpiar los hornos, o fregar lavabos, o reparar tejas. Todo está bien repartido por edades; cada niña o mujer alterna las tareas onerosas con las interesantes. Cada una sabe cuánto durará cada fase. Tras el intervalo fijado, una hermana más joven se encargará de lo que estás haciendo, mientras que tú te dedicarás a otra cosa.

No era extraño que niñas y adultas se movieran graciosamente y con tanta seguridad. Cada hija clónica crece observando a las mayores, idénticas a ella, ejecutar tareas con una tranquila eficacia fruto de siglos de práctica. Conoce

inconscientemente cada movimiento antes de que le toque hacerlo a ella misma. Nadie se apresura a tomar el poder antes de tiempo. «Ya llegará mi turno»., parece ser la filosofía de la casa.

Al menos, ésa es la historia que quisieron venderme. Sin duda varía de un clan a otro, y casi con toda seguridad no funciona tan a la perfección entre las Nitocri. Sin embargo, me pregunto...

Los utópicos hace tiempo que pretenden crear una sociedad ideal, sin competencia, toda armonía. La naturaleza humana (y el principio de los genes egoístas) pareció poner el sueño eternamente fuera del alcance. Sin embargo, dentro de un clan de Stratos, cuyos genes son todos iguales, ¿qué función le queda al egoísmo? La tiranía de la ley biológica puede relajarse. El bien del individuo y el del grupo son el mismo.

La Casa Nitocri está llena de amor y risas. Parecen autosuficientes y felices.

No creo que mis anfitrionas advirtieran que me estremecí involuntariamente, aunque no hacía frío.

Había gloria en cubierta a la mañana siguiente. Recién caída de las altas nubes estratosféricas, la delicada escarcha cubría cada superficie, desde las vergas y barandillas a las jarcias, convirtiendo el *Manitú* en una nave encantada de polvillo cristalino que brillaba en una explosión de reflejos sonrosados al amanecer.

Maia se encontraba en lo alto de un estrecho tramo de escaleras ante el pequeño camarote que compartía con otras nueve mujeres. Se frotó los ojos y contempló el dulcemente doloroso amanecer brillar en el exterior. *Qué bonito*, pensó, viendo cómo incontables puntitos de luz de color rosa cambiaban, momento a momento.

Recordó las ocasiones en que caía sobre Puerto Sanger una nevada como aquélla, haciendo que las tiendas y negocios cerraran mientras las mujeres corrían a recoger puñados de gloria de los alféizares, que luego guardaban en jarras de vacío para conservarlos. Una chispa de gloria perturbaba la vida diaria más que precipitaciones mayores de nieve normal, que simplemente requerían botas y palas y algunos gruñidos.

Desde luego, los *hombres* preferían las nevadas copiosas, pero normales. Incluso el resbaladizo hielo, que hacía que las calles se volvieran lustrosas y traicioneras, no parecía perturbar tanto a los rudos marineros como la fina caída de gloria. En su mayoría, los varones huían a los barcos, o más allá de las puertas de la ciudad, hasta que la luz del sol limpiaba, las calles, y sus ciudadanas se encontraban de un humor menos festivo.

.Eso era en tierra, recordó Maia. *Aquí no hay un sitio adonde los pobrecillos puedan correr* .

Desde el estrecho umbral en lo alto de las escaleras, Maia inhaló el fresco olor a canela. No era una precipitación sin importancia, como la de Valle Largo. El aire era tonificante, y le provocó un escalofrío en la columna vertebral. Sensaciones vagamente familiares de inviernos anteriores, aunque aumentadas esta vez.

Naturalmente, antes no era una mujer adulta. Maia sentía una mezcla de ansiedad y reluctancia mientras esperaba a ver si el aroma surtía en ella un efecto más profundo, ahora que contaba ya cinco años.

Había agitación en cubierta, marineros moviéndose con la agotada lentitud de quienes comienzan el turno del amanecer. No les afectaba físicamente la helada, aunque la expresión del capitán era triste, de irritación. Les gritó a sus oficiales y frunció el ceño al contemplar el fino polvo de cristal.

La persona más infeliz que había a la vista era la única hembra, la más joven de las rads de Kiel, una muchacha de la edad de Maia. Usaba una escoba para barrer la escarcha de gloria con la que llenaba un cubo cuyo contenido arrojaba luego por la borda antes de reiniciar todo el proceso.

Maia sintió movimiento a sus espaldas: otra mujer que se levantaba con el sol. Miró hacia atrás y vio a Naroin que subía las empinadas escaleras para llegar a su lado.

—Vaya, mira eso —comentó la var mayor, olisqueando la brisa helada—. Todo un espectáculo, ¿eh? Lástima que todo tenga que perderse.

La pequeña marinera volvió a bajar, perdiéndose de momento en la oscuridad del pequeño camarote. Rebuscó en el camastro que Maia acababa de abandonar, y regresó con su abrigo.

—Aquí tienes —dijo Naroin con amabilidad, y señaló a la muchacha que barría sin ganas la cubierta—. Tu trabajo, también. La ley del mar. Las mujeres se quedan abajo hasta que desaparece la escarcha. Excepto las virgies.

Maia se ruborizó.

—¿Cómo sabes que soy una...?

Naroin alzó una mano, conciliadora.

—Es sólo una expresión. La mitad de esas vars... —Indicó con el pulgar a las que dormían abajo—, nunca han tenido a un hombre, y nunca lo tendrán. No, es una cuestión de edad. Las jóvenes barren. Vamos, muchacha. Eia.

—Eia —respondió Maia automáticamente, mientras se ponía el abrigo. Confiaba en que Naroin no le mentiría en algo así. De todas formas, lo encontraba injusto. Arrastró los pies, reluciente, mientras la contramaestre la empujaba al exterior y cerraba la puerta tras ella. El aire helado condensó su aliento en nubes de vaho. Frotándose las manos ya entumecidas, Maia suspiró y se acercó al trastero para coger una escoba.

La otra chica le dirigió una mirada que parecía decir: «¿dónde has estado?». Maia alzó los hombros en el mismo lenguaje silencioso.

No sabía nada del tema. ¿Es que tengo que saberlo todo?

Si lo pensaba, era lógico. La gloria no afectaba a las mujeres con tanta fuerza como las auroras a los hombres, gracias a Lysos. Sin embargo, inducía a aquéllas en edad fértil a pensar en el sexo justo en la época del año en que los hombres preferían por lo general un buen libro. Lo que los machos encontraban irritante pero evitable en tierra no podía ser esquivado tan fácilmente en el mar. Las muchachas de cinco y seis años, menos sensibles a las estaciones y menos atractivas para los hombres, hacían naturalmente el trabajo de barrer, para que así las otras mujeres pudieran subir a cubierta antes del mediodía.

La tarea pronto perdió la atracción que pudiera haber tenido por la novedad, y Maia descubrió que el leve y agradable picorcillo en la nariz era menos duradero de lo que decían. Mientras arrojaba cubo tras cubo por la borda, no pudo eludir la sensación de que la observaban. Maia estaba segura de que algún marinero la miraba y se reía.

El motivo no tenía nada que ver con la caída de gloria, sino con el fiasco de la «competició». de la noche anterior. Ya era bastante desgracia ser una var inferior en un viaje que no había elegido. Pero la partida de Vida la había convertido en el hazmerreír de todos.

Uno de sus contrincantes, el pinche de cocina, estaba encendiendo su hornillo bajo los aleros de la cubierta de popa. El muchacho sonrió cuando Maia pasó barriendo por su lado. Sonrió, mostrando la mella dejada por dos dientes perdidos.

—¿Lista para otra partida? Cada vez que tú y el Hombre de las Estrellas lo queráis, Kari y yo estamos dispuestos.

Maia simuló no haberlo oído. Saltaba a la vista que el joven no era ningún intelectual, y sin embargo el grumete y él habían desbaratado rápidamente el planificado juego de Renna. La derrota quedó clara en cuestión de segundos. .

Con cada señal del reloj, oleadas de cambio barrieron el tablero. Las piezas negras, que representaban emplazamientos «vivo»., se volvían blancas y morían, a menos que las condiciones fueran las adecuadas para seguir viviendo. Las piezas blancas se daban la vuelta, cobrando vida cuando el número de vecinas negras lo permitía. Las pautas tomaban forma, rebulléndose y agitándose como organismos pluricelulares.

La parrilla de cuarenta por cuarenta no era, ni de lejos, la más grande que Maia había visto. Había rumores de la existencia de tableros inmensos en algunas de las ciudades y antiguos santuarios de la costa de Méchant. Sin embargo, Renna y ella se habían esforzado para rellenar su lado con una pauta inicial que pudiera sobrevivir, sin conseguirlo. Su empeño empezó a resultar inútil casi desde el principio.

Uno de los diseños de sus contrincantes empezó a disparar deslizado ras autocontenidas a lo largo del tablero, configuraciones que se dirigían en diagonal hacia el borde, donde rebotaban hacia el oasis que Renna y Maia tenían que conservar. Maia observó con un nudo en la garganta cómo el otro cañón deslizador de este lado (su propia contribución al plan de Renna) lanzaba interceptores que rozaban su barrera justo a tiempo de...

.¡Sí! Se llenó de júbilo cuando sus antimisiles chocaron con los proyectiles enemigos según lo previsto, creando explosiones de desechos simulados.

—¡Eia! —gritó, plena de excitación.

Concentrada como estaba en esa amenaza, Maia fue sorprendida por una brusca risotada. Se volvió hacia Renna.

—¿Qué pasa?

Tristemente, su compañero señaló hacia la figura sintética en la que habían confiado para sostener el centro del tablero. Su «guardiá»., con los brazos y piernas agitándose, había parecido que mantendría a raya todo lo que se atreviera a acercarse. Pero ahora Maia vio que una entidad en forma de barra había emergido del otro lado

del tablero, y que se aproximaba inexorablemente. En ese instante, experimentó una rara sensación de reconocimiento, quizá surgida de los recuerdos de la infancia, de haber visto incontables partidas en los muelles de Puerto Sanger. En un extraño instante, la nueva forma de pronto le pareció algo... obvio.

Naturalmente. La forma absorberá...

El fluctuante intruso entró en contacto con las pautas secundarias que eran los brazos del guardián, y procedió a absorberlas. El efecto óptico era que la criatura de sus oponentes estaba devorando piezas del juego, una a una, incorporando órganos del guardián a su entidad cada vez más grande.

.En realidad es una forma sencilla, recordó aturrida. Los muchachos probablemente la memorizaban antes de cumplir los cuatro años.

Como si eso no fuera suficiente, la pauta invasora empezó a desplazar el centro del guardián, hasta entonces ileso. Latido a latido, la pseudobestia que Renna y ella habían construido fue obligada a retroceder desintegrándose y agitándose indefensa, aplastándose contra todas sus protecciones. Sin poder hacer nada, vieron cómo la destructiva retirada lo aplastaba todo hasta el rincón izquierdo, donde su vulnerable oasis fue rápida y decisivamente aniquilado. A partir de ese momento, la vida desapareció rápidamente de su mitad del tablero. Las risas y los divertidos abucheos hicieron que Maia corriera avergonzada hacia su camarote.

.Fue sólo un juego, intentó convencerse a la mañana siguiente, mientras barría..*Al menos, eso es lo que las mujeres piensan, y ellas son las que cuentan .*

Sin embargo, el desagradable recuerdo de la humillación permaneció mientras la escarcha de gloria se evaporaba bajo el sol. Los pequeños parches que ella y la otra joven var habían pasado por alto pronto se sublimaron. Con visible reluctancia, el capitán Poulandres se acercó a la barandilla y tocó una campana.

De inmediato, la cubierta se llenó de mujeres, tanto pasajeras como tripulantes, que inhalaban los últimos aromas y miraban alrededor con energía en los ojos. Maia vio que una var de ancha constitución se colocaba detrás de un marinero de mediana edad y lo pellizcaba, haciendo que el hombre diera un salto y profiriese un alarido. La víctima se dio la vuelta, con expresión enfadada. Respondió un instante después con una risotada, agitó un dedo en señal de advertencia, y se retiró rápidamente al mástil más cercano. Un número inusitado de marineros parecía tener cosas que hacer allá en lo alto aquella mañana.

No era una reacción universal. El pinche de cocina parecía complacido por las atenciones de las mujeres reunidas alrededor de la olla de gachas. ¿Y por qué no? Las mujeres excitadas rara vez eran peligrosas, y era dudoso que aquel pobre tipo recibiera mucha atención durante el verano. Sin duda atesoraría el recuerdo de aquel breve flirteo durante los solitarios meses confinado en un santuario.

Dos vars cercanas, una rubia baja y una delgada pelirroja, se reían y señalaban.

Maia se volvió para ver qué les llamaba tanto la atención.

.Renna, pensó con un suspiro. El Visitante se había acercado a un último cubo medio lleno que no había terminado de tirar por la borda. Se inclinó para coger un puñado de escarcha de gloria, y se la llevó a la nariz para olisquearla con delicadeza y curiosidad. Renna pareció perplejo durante un momento, y luego echó la cabeza hacia atrás y sus ojos se ensancharon. Con cuidado, se sacudió las manos y se las metió en los bolsillos.

Las dos rads se rieron. A Maia no le gustó la forma en que lo miraban.

—Supongo que si una está lo bastante desesperada... —le comentó una a la otra.

—Oh, no sé —fue la respuesta—. Me parece bastante exótico. Tal vez, cuando lleguemos a Ursulaborg...

—¡Tienes esperanzas! El Comité ya ha seleccionado a aquellas que tendrán la primera oportunidad. Esperarás tu turno, y masticarás un kilo de ovop si tienes suerte.

—Puaf. —La segunda hizo una mueca. Sin embargo, el brillo de sus ojos no desapareció mientras observaba al hombre del espacio acercarse al alcázar.

Los pensamientos de Maia se desbocaron. Al parecer, las rads planeaban mantener a Renna ocupado mientras lo protegían y negociaban con el Consejo Reinante. Su primera reacción fue de furia. ¿Cómo se atrevían a suponer que él accedería, así de sencillo?

Entonces reprimió su ira inicial y trató de verlo con calma..*Supongo que está en deuda con ellas*, admitió a regañadientes. Sería un desagradecimiento negar a sus rescatadoras al menos un esfuerzo, incluso en mitad del invierno. La organización radical sin duda había prometido recompensas a las miembros de la patrulla de rescate si tenían éxito; tal vez una impregnación de invierno, con un apartamento y una beca para que su primera hija clónica pudiera ir a la escuela primaria..*Las líderes, Kiel y Thalla, serán las primeras*, se dijo Maia. Dada su educación y sus talentos, Kiel estaría entonces en buena posición para convertirse en madre fundadora de un clan en alza.

.De modo que la política es parte de ello, pensó Maia, considerando los motivos de sus ex compañeras de casa.

.No es asunto de mi incumbencia, se dijo, sabiendo lo muchísimo que le importaba a pesar de todo. La primera rad miró a Maia, que las escuchaba de cerca.

—Naturalmente, hay un elemento de elección por su parte, también —dijo—. Igualdad de derechos, ya sabes. Y no se pueden saber los gustos alienígenas...

La var se volvió hacia Maia, y le hizo un guiño.

Maia se ruborizó y se marchó. Apoyada en la banda de estribor, contempló las olas coronadas de espuma, incapaz de detener sus pensamientos. La chismosa había dado voz a una pregunta que la propia Maia no había admitido: *¿Qué le gustará a Renna en las mujeres?* Sacudiendo vigorosamente la cabeza, hizo un decidido

esfuerzo por pensar en otra cosa. Preocuparse por asuntos como éstos era, en el mejor de los casos, poco práctico, y ella había jurado ser una persona práctica.

.Piensa. Pronto se llevarán lejos a Renna y estarás sola en una gran ciudad. Cuando se haya marchado, tendrás que vivir con lo que sabes .

.¿Con qué activos cuentas? ¿Qué habilidades puedes vender? Intentó concentrarse, plantearse una lista de recursos, pero se encontró frente a una desconcertante pantalla en blanco.

La pantalla no era neutral. Nacida en un tenso momento de furia, se extendía hacia fuera desde sus oscuros pensamientos y parecía teñir su visión de cuanto la rodeaba, saturando el paisaje marino, envolviéndolo como un lienzo pintado con una paleta salvaje de tonos primitivos y brutales. Sentía el aire cargado, como antes de una tormenta, y una sensación de expectación hacía redoblar su corazón.

Maia intentó cerrar los ojos para escapar a aquella inquietante sensación, pero las impresiones la siguieron.

Apretar con fuerza los ojos sólo le causó más sensaciones aplastantes familiares. Un grupo de manchas claras y oscuras fluctuó y giró, cambiando demasiado rápido para que pudiera seguirlas. Había conocido el fenómeno toda su vida, pero ahora la asustaba y a la vez la fascinaba. Combinándose en formas solapadas, las manchas parecían ofrecer un extraño significado, apartándose de su visión centrada hacia algo al mismo tiempo hermoso y terrible.

El aliento escapó de sus pulmones con un suspiro. Maia encontró la voluntad necesaria para frotarse los ojos y volver a abrirlos. Manchas púrpuras latieron concéntricas antes de difuminarse, junto con aquella extraña sensación de forma informe. Sin embargo, durante unos instantes Maia experimentó una vaga pero persistente seguridad. Al mirar hacia fuera ya no veía, pero siguió imaginando un panorama de pautas siempre cambiantes, extendiéndose en infinita sucesión por el cielo moteado de nubes. Momentáneamente, las nubes parecieron hechas de formas efímeras y emblemáticas que cambiaban rápidamente, solapándose y mezclándose para tejer la ilusión de solidez que había aprendido a llamar «realida»..

El alivio se mezcló con el asombro cuando aquel momento pasó. Sólo podía haber durado instantes. La atmósfera recobró su carácter de aire denso y húmedo. La baranda de madera parecía firme bajo sus manos.

.Ahora me estoy volviendo loca, pensó Maia irónicamente. Como si no tuviera ya suficientes problemas.

Llamaron para el desayuno. Tentativamente, como si la cubierta pudiera moverse bajo sus pies, Maia se puso en la cola. Vio cómo el cocinero servía dos porciones, una para Renna y otra doble para ella, según las órdenes del médico del barco. Se volvió, buscando al Visitante, y lo encontró enfrascado en una conversación con el capitán, aparentemente ajeno al ridículo que había hecho la noche anterior. Ella se acercó

desde detrás, y llamó su atención lo suficiente para asegurarse de que veía su plato sobre la mesa de mapas, cerca de su codo. Renna sonrió, e hizo ademán de querer hablar con ella, pero Maia fingió no darse cuenta y continuó caminando. Llevó su cuenco de calientes gachas a proa, hasta el mismo bauprés, donde los rítmicos movimientos del barco al subir y bajar encontraban chorros de salada espuma. Eso hacía que el lugar fuese incómodo para estar de pie, pero ideal para hallarse a solas, acurrucada bajo el refugio protector de la cubierta de proa.

Las gachas la nutrían sin pretender tener buen gusto. No importaba. Ya había dominado sus pensamientos, y podía reflexionar sobre lo que podría hacer cuando el barco llegara a puerto.

.Ursulaborg, perla de la costa de Méchant. Algunos antiguos clanes son tan grandes y poderosos que tienen pirámides de clanes inferiores a sus órdenes, y éstos a su vez tienen familias clientes propias, y así sucesivamente. Clones sirviendo a clones de las mismas mujeres que emplearon por primera vez a sus antepasadas, cientos de años atrás, y todo el mundo conoce su sitio desde el día en que nacen, y todos los potenciales conflictos de personalidad han sido resueltos hace años .

Maia recordó haber visto un vídeo cinematográfico (una comedia) cuando Leie y ella tenían tres años.

Casualmente, la acción se desarrollaba en el magnífico palacio de Ursulaborg de uno de aquellos grandiosos multiclanes. La trama incluía el plan de una maligna forastera para sembrar discordia entre familias que se habían llevado bien durante generaciones. Al principio, la estratagema pareció funcionar. Estallaban recelos y peleas que se alimentaban mutuamente mientras las mujeres llegaban a conclusiones erróneas. La comunicación se cortó y la oleada de malentendidos, tanto incitados como humorísticamente accidentales, parecía destinada a causar una escisión irreparable. Entonces, en el momento culminante, el impulso se disolvía en un instante de revelación, y luego llegaba la reconciliación y por fin la risa.

.Estábamos destinadas a ser compañeras —decía una anciana y sabia matriarca, como moraleja final—. Si nos encontráramos siendo vars, como lo hicieron nuestras primeras madres, nos convertiríamos rápidamente en amigas. Sin embargo, nos conocemos unas a otras mejor de lo que podrían hacerlo jamás las vars. ¿Es posible que las hermanas Blaine pudiéramos vivir sin las Chen? ¿O vosotras sin nosotras? Blaine, Chen, Hanley, y Wedjet... la nuestra es una gran familia, inmortal, como moldeada por la propia Lysos .

Fue un final cálido y lacrimógeno, e hizo que Maia se sintiera terriblemente contenta de tener a Leie en su vida... aunque su hermana hizo comentarios despectivos en voz baja, al final de la película, sobre su completa falta de lógica y la poca profundidad de los personajes.

A Leie le habría encantado ver Ursulaborg.

No había tierra a la vista. Sin embargo, miró más allá del bauprés, hacia el oeste, parpadeando contra el agua que ocultaba una salada amargura propia de las lágrimas.

Renna la encontró allí. El hombre la llamó desde el primer mástil.

—¡Ah, Maia, estás ahí!

Ella se secó rápidamente los ojos y se volvió para verlo subir a la zona protegida.

—¿Cómo te va? —preguntó él alegremente. Se sentó frente a ella y se inclinó hacia delante para estrecharle la mano.

—Lo he pasado peor —respondió ella, encogiéndose de hombros, un poco aturdida por su efusividad. Aquello taladraba la distancia protectora que había intentado construir entre ambos. Maia se aseguró de no retirar la mano de un tirón, pero lo hizo despacio. Él pareció no darse cuenta.

—¿No hace un día magnífico? —inhaló Renna, indicando la ancha extensión de mar soleado y cubierto de nubes que se extendía en derredor—. Me he levantado al amanecer, y por un momento me ha parecido ver un enjambre de grandes pontoos, allá al sur, entre las nubes. Alguien ha dicho que eran sólo flotadores-zoor comunes... De éstos he visto montones. Pero éstos parecían tan hermosos, tan graciosos y majestuosos, que me figuré...

—Los pontoos son muy escasos ahora.

—Eso me han dicho —suspiró—. ¿Sabes? Este planeta sería perfecto para volar. He visto pájaros y criaturas de gas de muchos tipos. ¿Pero por qué tan pocos aviones? Sé que los vuelos espaciales perturbarían vuestro pastoralismo estable, ¿pero qué daño os haría tener unos cuantos zep'lines y aviones más? ¿Sería malo dar a la gente la oportunidad de moverse con más libertad?

Maia se preguntó cómo un hombre podía ser tan charlatán, a horas tan tempranas del día..*Se habría sentido más a gusto con Leie* .

—Dicen que hace tiempo había muchos más zep'lines —contestó.

—También dicen que los hombres solían pilotarlos, como sucede con los barcos del mar, pero que fueron expulsados del cielo. ¿Sabes por qué?

Maia sacudió la cabeza.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Lo intenté. —Renna hizo una mueca. Contempló el océano—. Parece ser un tema peliagudo. Tal vez lo investigue cuando vuelva a la Biblioteca de Caria. —Se volvió hacia ella—. Escucha, creo que se me ha ocurrido algo. ¿Podrías corregirme si me equivoco?

Maia suspiró. Renna parecía decidido a anular su apatía cuidadosamente preparada a fuerza de entusiasmo abrumador.

—Está bien —dijo, con cautela.

—¡Magnífico! Primero, verifiquemos lo básico. —Alzó un dedo—. Los apareamientos en verano producen variantes normales, genéticamente diversas, o

vars. Por cierto, ¿el término es despectivo? Lo he oído usar como insulto, en Caria.

—Yo soy una var —dijo Maia sin inflexiones—. No tiene sentido considerarse insultada por un hecho.

—Mm. Supongo que podríamos decir que yo también soy un var.

.Por supuesto. Todos los niños son vars. Sólo que el nombre no se aferra a ellos como un parásito. Pero ella sabía que Renna no tenía mala intención, aunque tocaba torpemente asuntos que dolían.

—Muy bien, pues. Durante el otoño, el invierno y la primavera, las mujeres de Stratos tienen clones partenogenéticas. De hecho, a menudo no pueden concebir en verano hasta que ya han tenido un hijo de invierno.

—Hasta ahora vas bien.

—Veamos, incluso la clonación requiere la intervención de los hombres, como *impregnadores*, ya que el esperma induce la placenta...

—La palabra es *potenciadores* —corrigió Maia en voz baja.

—Sí, bueno. Muy bien, ésta es la parte con la que tengo problemas... —Renna hizo una pausa—. Cómo trató Lysos la atracción sexual. Verás, en la mayoría de los mundos homínidos el sexo es una distracción eterna. La gente lo practica desde la pubertad a la senilidad, gasta en él enormes cantidades de tiempo y dinero, y a veces actúa de forma increíblemente desagradable a causa de una obsesión innata que se lleva en los genes.

—Haces que parezca horrible.

—Mm. Tiene sus compensaciones. Pero en Stratos parece que se han hecho los arreglos necesarios para disminuir la cantidad de energía centrada en el sexo. Todo según los cánones de la ideología Herlandista.

—Continúa —dijo ella, interesada a su pesar..¿*De verdad que la gente de otros planetas piensa en el sexo más que yo? ¿Cómo consiguen hacer nada?*

Renna prosiguió.

—Los hombres de Stratos son estimulados por pistas visuales en el cielo de verano, cuando las mujeres están *menos* excitadas. Hoy, por otra parte, he sido testigo de esa peculiar escarcha que tenéis en invierno...

—Gloria.

—Sí. Un producto natural de un proceso estratosférico bastante sorprendente que deseo estudiar. ¿Y estimula a las *mujeres*?

—Eso me han dicho. —Maia se acaloró—. Según la leyenda, Lysos quitó la Vieja Locura a los hombres y a las mujeres, y buscó algún sitio donde ponerla. El cielo parecía bastante seguro. Pero un verano apareció la Estrella Wengel. Robó algo de la locura y fabricó una bandera para agitarla y devolver a los hombres el antiguo cielo, a través de sus ojos.

—¿Y durante el invierno cae en forma de gloria?

—Exacto, agarrando a las mujeres por la nariz.

—Mm. Bonita fábula. Sin embargo, ¿no resulta extraño que hombres y mujeres estén tan perfectamente fuera de sincronía en cuestiones de deseo?

—Perfectamente no. Si así fuera, no nacería nadie.

—Oh, claro, estoy simplificando mucho. Los hombres pueden disfrutar del sexo en invierno y las mujeres en verano. Pero qué extraño que los varones sean pretendientes agresivos durante una estación, sólo para desinflarse medio año más tarde, cuando las mujeres los buscan.

Maia se encogió de hombros.

—El hombre y la mujer son opuestos. Tal vez lo único que podamos esperar sea el compromiso.

Renna asintió de una manera que le recordó a Maia a una sabia del Clan Burbidge, distraída pero ansiosa, a quien las madres Lamai solían contratar para que enseñara trigonometría a las vars.

—Pero por muy cuidadosamente que Lysos diseñara los genes de vuestros antepasados, el tiempo y la evolución borrarían cualquier disposición que no sea naturalmente estable. Los pocos varones que escaparan un poco al programa transmitirían sus genes más a menudo, y otro tanto harían sus hijos. Lo mismo vale para las mujeres. Con el tiempo, las urgencias masculinas y femeninas volverían a entrar en sincronía, con montones de tensiones y negociaciones bilaterales, igual que en otros mundos. Pero aquí está la parte brillante. En Stratos hay una recompensa mayor, en términos estrictamente biológicos, para la mujer que tiene hijas clónicas en vez de hijos e hijas normales, que sólo transmiten la mitad de sus genes. Así, la tendencia de las mujeres que buscan aparearse en invierno se *refuerza*.

Maia parpadeó.

—¿Y la misma lógica se aplica a los hombres?

—¡Exactamente! ¡Un varón stratoiano no obtiene ningún beneficio genético del sexo en invierno! No hay motivo para preocuparse, pues los hijos producidos no serán suyos en el sentido más básico. —Sacudió la cabeza—. Necesito un buen ordenador para ver si es tan estable como parece. Hay algunos problemas inherentes, como la endogamia. Con el tiempo, cada familia clónica actúa como un solo individuo, llenando a Stratos de...

El entusiasmo de Renna era contagioso. Maia nunca había conocido a nadie tan desinhibido, tan poco restringido por las ideas convencionales. Con todo, una parte de ella se preguntaba: *¿Es siempre así? ¿Es todo el mundo así, de donde él viene?*

—No sé —cortó cuando él se detuvo a tomar aliento—. Lo que estás diciendo tiene sentido... ¿pero qué hay del mundo estable y feliz que quería Lysos? ¿Somos felices? ¿Más felices que la gente de otros planetas?

Renna sonrió, mirándola a los ojos una vez más.

—Vas directo al meollo de la cuestión, ¿verdad, Maia? ¿Cómo puedo contestarte a eso? ¿Quién soy yo para juzgar? —Contempló los blancos cúmulos, cuyas panzas planas cabalgaban una invisible capa de presión no muy por encima del palo mayor del.*Manitú*—. He estado en mundos que podrían parecerte el paraíso. Todas tus terribles experiencias de este año habrían sido casi imposibles en Pasión o en Nueva Terra. La ley, la tecnología y un estado materno universal las habrían impedido, o acudido al instante con el remedio adecuado.

Maia lo miró, preguntándose si se daba cuenta siquiera de que estaba hablando en un dialecto alienígena. La mayoría de las palabras no tenían sentido para ella. Reforzaban su impresión de que el universo era enorme, insondablemente extraño, y de que estaría eternamente fuera de su alcance.

—Todo lo que puedo hacer es hablar por mí mismo —continuó Renna en voz baja.

Se detuvo, contemplando el mar cubierto de luz y sombras, y luego se volvió y le apretó de nuevo la mano, brevemente. Su rostro se arrugó de forma sorprendente en los bordes de los ojos, y sonrió.

—Ahora mismo soy feliz, Maia. Por estar aquí, vivo, y respirando aire de este cielo infinito.

Maia se alegró enormemente cuando la charla derivó hacia otros temas. Respondiendo a las preguntas de Renna, intentó explicar algunas de las misteriosas actividades de los marinos del.*Manitú*: subir a los palos, desplegar las velas, desprender acumulaciones de sal, engrasar poleas, atar cabos y desatarlos, ejecutar cada una de las interminables acciones necesarias para mantener un barco en buen estado. Renna se maravilló por los múltiples detalles y habló admirado de «artes perdidas, conservadas y maravillosamente mejorada»..

Hablaron de sus historias personales, Maia relató alguna de las divertidas peripecias que Leie y ella solían correr, como jóvenes traviesas en Puerto Sanger, y descubrió que, al recordar, un punzante calor anulaba gran parte del dolor. Por su parte, Renna le habló brevemente de su captura mientras visitaba una Casa de Placer en Caria, a instancias de una venerable consejera de Estado en la que había confiado.

—¿Se llamaba Odo? —preguntó ella, y Renna parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

Maia sonrió.

—¿Recuerdas el mensaje que enviaste desde tu celda? ¿El que yo intercepté? Hablabas en él de no fiarse de alguien llamado Odo. ¿Tengo razón?

Renna suspiró.

—Sí. Que te sirva de lección. Nunca dejes que tus gónadas se antepongan a pensar con claridad.

—Te tomaré la palabra —dijo Maia secamente. Renna asintió, y luego la miró, captó su expresión y entonces los dos se echaron a reír.

Continuaron contando historias. Las de Renna se referían a los lejanos y fascinantes mundos del Gran Phylum de la Humanidad, mientras que Maia narró la historia de su conquista definitiva, con ayuda de Leie, de la parte más secreta y oculta de la Casa Lamatia, al resolver el enigma de una extraña cerradura de combinación. Renna pareció impresionado con la hazaña, y declaró sentirse honrado cuando ella le dijo que era la primera vez que se lo contaba a alguien.

—¿Sabes? Con tu talento para reconocer paut...

Un grito los interrumpió desde el cobertizo del radar. Dos grumetes escalaron el mástil, y se aferraron a una jarcia superior para otear en la distancia. Uno soltó un grito y señaló. Pronto, toda la tripulación del barco se asomó a la borda, protegiéndose los ojos y mirando hacia el mar con expectación. .

—¿Qué pasa? —preguntó Renna. Maia sólo pudo sacudir la cabeza, tan perpleja como él. Un murmullo recorrió la multitud, seguido por un súbito silencio. Encogiendo los ojos contra los reflejos, Maia finalmente vio aparecer un objeto por delante, al sur.

Abrió la boca.

—¡Creo que es... un árbol granflor!

Tenía toda la apariencia de una isla pequeña. Una isla cubierta de mástiles coronados por estandartes rotos, como si legiones enteras hubieran luchado por reclamarla y conservado un diminuto trozo de tierra seca en mitad del océano. Sólo que aquella isla se movía, flotando en ángulo con el firme progreso del barco. Mientras se acercaban, Maia vio que los mástiles eran como finos troncos de árboles. Los penachos harapientos no eran banderas después de todo, sino los restos de brillantes pétalos iridiscentes.

—Vi un clip sobre ellas hace mucho tiempo —explicó Maia—. La granflor vive a base de pequeñas criaturas marinas, ya sabes, de las que sólo tienen una célula. Por debajo de la superficie, extiende láminas muy finas para capturarlas. Por eso Poulandres ordenó que nos desviáramos en vez de acercarnos para verla mejor. No estaría bien hacerle daño sólo por satisfacer la curiosidad.

—Esa cosa ya parece bastante dañada —comentó Renna, advirtiendo las flores marchitas. Sin embargo, parecía tan absorto como Maia en aquellos fragmentos restantes, cuya luminosidad azul, amarilla y escarlata parecía independiente de la luz reflejada, al titilar sobre las aguas—. ¿Qué son eso? ¿Pájaros picoteando la planta? ¿Está muerta?

En efecto, bandadas de criaturas voladoras (algunas de alas más anchas que las vergas del *Manitú*) se concentraban sobre la isla flotante como enanos sobre una bestia moribunda, atacando las porciones brillantemente coloreadas. .

—Ahora recuerdo —replicó Maia—. La están *ayudando*. Así es como se reproduce la granflor. Los pájaros llevan su polen en las alas hasta el árbol siguiente, y al siguiente.

Mientras seguían contemplando, un pequeño destacamento de formas oscuras se separó de la nube de pájaros y se acercó al *Manitú*. A una brusca orden del capitán los tripulantes se agacharon bajo cubierta, para resurgir armados con hondas y catapultas de muñeca, que dispararon para mantener a las bestias voladoras apartadas de las velas. Los pájaros sólo causaron pequeños daños con sus estrechas mandíbulas llenas de dientes afilados, antes de perder su apetito por la lona y marcharse volando... aunque eso fue después de que uno intentara morder el brillante pelo dorado de uno de los grumetes de cubierta. Un acontecimiento que todo el mundo menos la pobre víctima pareció encontrar divertido.

La granflor pasó flotando a un centenar escaso de metros de distancia. Su laberinto de color podía verse ahora extendiéndose bajo la superficie del agua, en tentáculos que flotaban hasta muy lejos. Bancos de brillantes peces corrían entre las frondas en movimiento, en contrapunto al frenético comer de los pájaros. Maia chasqueó los dedos.

—Lástima que no hayamos visto una a finales de verano, cuando las flores están en pleno apogeo. Lo creas o no, los árboles las usan como velas, para impedir que los vientos las lleven a la costa durante la estación de las tormentas. Ahora supongo que las corrientes son suficientes, así que las velas se caen.

Se volvió hacia Renna.

—¿Es eso un ejemplo de lo que querías decir con... adaptación? Debe ser una forma de vida original de Stratos, o habrías visto cosas así antes, ¿no?

Renna había estado contemplando la pintoresca isla flotante con su cohorte de carroñeros mientras ésta permanecía a flote tras la estela del *Manitú*.

—Es demasiado maravillosa para que me la haya perdido, en cualquiera de los sectores en los que he estado. Es nativa, desde luego. Ni siquiera Lysos era lo bastante lista para diseñar algo así.

Pronto avistaron otra granflor, ésta de pétalos más hinchados, difractando la luz en formas que Renna, excitado, describió como «holográfica».. A su vez, Maia le habló de una tribu de salvajes del mar que había unido su destino a las granflores, y navegaba en ellas como si fueran barcos, recolectando néctar y plancton, atrapando pájaros y peces, y secuestrando a algún que otro marinero para que potenciara a sus hijas durante otra generación. Viviendo de forma salvaje y sin ataduras, la sociedad proscrita había durado hasta que las autoridades planetarias y las cofradías marineras unieron fuerzas para eliminarla como «irresponsable ecológico»..

—¿Es cierta esa historia? —preguntó Renna, dubitativo y apasionado al mismo tiempo.

En realidad, Maia la había basado en relatos auténticos de las islas del Sur. Pero la conexión con las granflores era invención propia, producto de la excitación del momento.

—¿Tú qué crees? —preguntó, arqueando una ceja.

Renna sacudió la cabeza.

—Creo que te has recuperado bastante de tu amago de ahogamiento. Será mejor que el doctor deje de administrarte lo que sea que te esté dando.

La última granflor quedó a popa, y pronto tripulación y pasajeras regresaron al tedio de la rutina. Para pasar el tiempo, Renna y Maia utilizaron el sextante para estudiar el sol y el horizonte, comparar cálculos y tratar de averiguar la hora sin tener que consultar el reloj de Renna. También cotillearon. Maia se rió en voz alta y aplaudió cuando Renna hinchó los carrillos en una caricatura del cocinero jefe y anunció con una voz desacostumbradamente aguda que el almuerzo se retrasaría porque la escarcha de gloria había caído en las gachas, y que lo colgaran si iba a dársela a «un puñado de sucias vars, demasiado aturcidas para confundir a un hombre con un lúga»..

—Eso me recuerda una historia —respondió ella, y pasó a relatar el cuento del capitán que dejó que sus pasajeras jugaran con una nevada de gloria a últimas horas de la tarde... ¡sólo para despertar horas después cuando las mujeres prendieron fuego a sus velas!

Renna se quedó perplejo, así que ella tuvo que explicárselo.

—Verás, algunas piensan que las llamas en el cielo pueden simular los efectos de las auroras, ¿comprendes?

Las mujeres drogadas de gloria prendieron fuego al barco...

—¿Esperando excitar también a los hombres? —Él parecía horrorizado—. Pero... ¿funcionaría?

Maia sofocó una risita.

—¡Es un chiste, tonto!

Vio cómo él se imaginaba la ridícula escena, y luego se echaba a reír. En ese momento Maia se sentía más relajada de lo que se había sentido en... ¿quién sabía cuánto? Sintió incluso un atisbo de lo que había experimentado en su celda de la prisión... de algo más profundo que el conocimiento mutuo. Era bueno tener un amigo.

Pero la siguiente pregunta de Renna la cogió desprevenida.

—Bien —dijo—. ¿Quieres ayudarme a prepararme para otra partida de Vida? El capitán Poulandres ha accedido a dejarnos intentarlo de nuevo. Esta vez el otro bando tiene que dar cuerda a las piezas, para que nosotros podamos concentrarnos en una nueva estrategia.

Ella le miró, parpadeando.

—Bromeas, ¿no?

—Verás, nunca imaginé que la versión competitiva implicara tantas permutaciones arriesgadas. Es más complicado que pintar imágenes bonitas con una variante de Vida reversible, como hice en la cárcel con mi tablero. Será un desafío plantar cara incluso a jugadores jóvenes.

Maia no podía dar crédito a sus oídos. Justo cuando pensaba que empezaba a comprender a Renna, él volvía a sorprenderla.

—Lo único que quieren es reírse de nosotros. No quedaré otra vez en ridículo.

Renna parecía asombrado.

—Es sólo un juego, Maia —reprendió ligeramente.

—¡Si piensas eso, no sabes mucho sobre los hombres de Stratos!

Su acalorada respuesta hizo que Renna se detuviera. Reflexionó un momento.

—Bueno... tanto más motivo para seguir estudiando el tema, entonces. ¿Estás segura de que no...?

Maia sacudió la cabeza firmemente. Él suspiró.

—En ese caso, será mejor que me ponga a trabajar para tener preparado un plan de juego para esta tarde. —Se levantó—. ¿Hablaemos luego?

—Mm —replicó ella, indiferente, encontrando un modo de mantener ocupados ojos y manos plegando los brazos de su sextante con meticuloso cuidado mientras él se marchaba con una alegre despedida. Maia se sentía irritada y confusa, tanto por la obstinación de Renna por continuar jugando el estúpido juego como por la forma en que se había tomado tan bien su negativa.

.Supongo que debería estar agradecida por tener un amigo. Suspiró..*Nadie va a considerarme jamás indispensable, eso está claro* .

Resultó que él la necesitaba aún menos de lo que ella había supuesto. Cuando llamaron para el almuerzo y Maia llevó a Renna su plato, como de costumbre, se lo encontró sentado cerca de la popa con el tablero electrónico de Vida en el regazo, rodeado por un puñado de jóvenes rads extremadamente atentas.

—Veamos —explicaba, haciendo gestos desde una esquina del tablero a la otra—. Si queréis crear una ecología simulada capaz de resistir una invasión del exterior.*mientras* persiste de forma auto-sostenida, tenéis que aseguraros de que todos los elementos interactúan de forma que... ¡Ah, Maia! —Renna alzó la cabeza con evidente placer—. Me alegra que cambiaras de opinión. He tenido una idea. Podrás decirme si estoy siendo un idiota. .

.No me tientes, pensó ella en un arrebato de celos. Lo cual era una tontería, por supuesto. Renna parecía en las nubes, demasiado embelesado en su entusiasmo por los conceptos para darse cuenta de que aquellas vars no revoloteaban a su alrededor por amor a las abstracciones.

—Te he traído la especialidad del chef —dijo, intentando mantener un tono ligero—. Naturalmente, si alguien más tiene hambre...

Las otras mujeres la fulminaron con la mirada. Por un acuerdo tácito, dos de ellas se levantaron para traer la comida, dejando así a Renna bajo la custodia de las demás.

.Mira que son idiotas, pensó Maia, al ver que otros grupos de mujeres seguían a cualquier oficial que bajara del sacrosanto alcázar. Todo aquello era el resultado de la nevada de gloria de aquella mañana. No creía que ninguna de las vars quisiera quedarse embarazada allí y en aquel momento. No sin tener un nicho y dinero suficiente para criar a una hija con seguridad. Maia había visto a mujeres poniéndose trozos de hoja de ovop en las mejillas para prevenir la concepción.

Sin embargo, aunque el placer fuera su único objetivo, sus esperanzas estaban condenadas. Los grandes clanes gastaban fortunas entreteniéndolos a los hombres en invierno, para ponerlos de humor. Sin incentivos, la mayoría de los marineros del *Manitú* elegirían antes sus tallas y sus juegos que proporcionar esforzados servicios gratuitamente. *Bueno... he visto excepciones*, admitió Maia. Pero la droga de Tizbe Beller era sin duda demasiado cara para que las vars pudieran permitírsela, aunque tuvieran los contactos adecuados.

—Continúa —instó a Renna una de las jóvenes. Era la rubia delgada que Maia había oído antes, y que ahora se apoyaba en el hombro del Visitante para mirar el tablero de juego, esperando alejar su atención de la recién llegada—. Estabas hablando de ecología —dijo la rad en voz baja—. Explica otra vez qué tiene eso que ver con las pautas de puntos.

.Se está haciendo la tonta a propósito. Maia vio cómo Renna se agitaba, incómodo. *Y le va a salir el tiro por la culata* .

En efecto, Renna alzó los ojos en un suspiro mudo, y dirigió a Maia una mirada de disculpa antes de contestar.

—Lo que quería decir es que cada organismo individual en un ecosistema interactúa principalmente con sus vecinos, igual que en el juego, aunque, por supuesto, las reglas son muchísimo más complejas...

Maia vivió un momento de triunfo. La expresión de él significaba que prefería conversar con ella antes que disfrutar de las pegajosas atenciones de las demás, aunque fueran mayores, físicamente más maduras.

Naturalmente, su reacción habría sido diferente en verano, cuando el celo convirtiera a todos los hombres en...

.Espera un momento. Maia se detuvo en seco. *Hemos estado hablando de la sexualidad estacional en Stratos* .

Yo he asumido que era algo igualmente aplicable a él.

¿Pero es así? ¿Tendrán algo que ver el invierno y el verano con lo que Renna siente?

Maia retrocedió, observando al terrestre describir pacientemente cómo la disposición de células negras o blancas simulaba burdamente una especie de «vid».. A pesar de lo elemental de su explicación, parecía pretender mirar solamente el tablero, evitando el contacto directo con su público. Por primera vez, Maia notó que una capa de sudor le cubría la frente.

—Tienen planes para él, ¿sabes?

Maia se volvió. Una mujer alta y rubia se le había acercado por detrás. La fornida oriental, Baltha, se hurgaba los dientes con un palillo de madera, apoyada contra el cabrestante de popa. Sonreía.

—Tu terrestre posee mucho más valor para esas rads de lo que dan a entender, ¿sabes?

Maia se sintió dividida entre la curiosidad y su repulsión hacia la mujer.

—Sé que necesitan información y consejo de la biblioteca de su nave. Quieren saber si hay algo en ella que pueda ayudarlas en su empeño de que Stratos se parezca más a otros mundos.

Baltha alzó una ceja. Tal vez se estaba burlando de ella.

—La información está bien. Pero apuesto a que buscan una clase de ayuda más inmediata.

—¿Qué quieres decir?

Baltha escupió el palillo en un arco que lo hizo caer por la borda.

—Piénsalo, virgie. Ya ves cómo se lo están trabajando. Le pedirán que se gane el sustento, allá en Ursulaborg.

Y apuesto a que es capaz.

Maia notó que el rostro se le acaloraba.

—¿Y qué? Así que potencie a unas cuantas...

Baltha la interrumpió.

—¡Potenciar, y un cuerno! ¿Es que no lo ves? Piensa, chiquilla. ¡Es un *alienígena*! Eso puede significar que es demasiado diferente incluso para potenciar a mujeres de Stratos como nosotras. No se sabrá hasta que lo intenten.

¿Pero qué hay del otro extremo? ¿Y si su semilla funciona, eh? ¿Y si funciona como antaño, *incluso en invierno*?

Maia parpadeó mientras asimilaba lo que Baltha quería dar a entender.

—¿Quieres decir que su esperma podría no potenciar clones... sino llegar a procrear vars? —Alzó la cabeza—. ¿No importa qué época del año sea?

Baltha asintió.

—¿Y si además sus hijos-var heredaran esa habilidad? ¿Y sus hijos? ¿Y así sucesivamente? ¡Eso sí que sería una zancadilla al Plan de Lysos! —escupió a un lado.

Maia negó con la cabeza.

—Me parece que en eso hay algo mal...

—¡Apuesta a que sí! —volvió a interrumpirla la otra var—. Intervenir en el proceso establecido por nuestras madres y superiores. ¡Arrogantes zorras rads!

De hecho, Maia no había querido decir que estuviera «ma». en ese sentido. Aunque en aquel momento no podía señalar el error, estaba segura de que había algo equivocado en el razonamiento de Baltha. De manera intuitiva, Maia sabía que el diseño de la vida humana en Stratos no sería modificado tan fácilmente, ni siquiera por la semilla obtenida de un Hombre de las Estrellas.

—Creía que odiabas que las cosas estén tal como están, tanto como las rads —apuntó, curiosa por la saña que había en la voz de Baltha—. Las ayudaste a rescatar a Renna de las Perkinitas.

—Alianza de conveniencia, virgie. Claro que mis compañeras y yo odiamos a las Perkies. Clanes atrofiados que mantienen un cerrojo sobre todas las cosas sin ganárselo. Lysos nunca pretendió que fuera así. Pero a partir de ahí, las rads y yo nos distanciamos. Sangrantes herejes... ¡Nosotras sólo queremos sacudir un poco las cosas, no cambiar las leyes de la naturaleza!

.¿Por qué me cuenta eso?, se preguntó Maia, viendo cómo le brillaban los ojos a Baltha mientras contemplaba a Renna.

—También vosotras tenéis planes para utilizarlo —concluyó Maia.

La rubia var se volvió a mirarla.

—No sé a qué te refieres.

—Vi lo que recogiste en tu cajita —escupió Maia, ansiosa por ver cómo reaccionaba la otra mujer cuando se le enfrentaban—. Allá en el cañón, mientras huíamos.

—Vaya, pequeña espía... —gruñó Baltha. Entonces se detuvo y una lenta sonrisa se extendió por sus arrugados rasgos—. Bueno, mejor para ti. Espiar es una de las verdaderas artes. Tal vez incluso sea tu nicho, encanto, si alguna vez aprendes a distinguir amigas de enemigas.

—Conozco la diferencia, gracias.

—¿De veras?

—Y también sé que utilizarías a Renna para tus propios fines, al igual que las rads.

Baltha suspiró.

—Todo el mundo utiliza a todo el mundo. Mira a tus *amigas*, Kiel y Thalla. Te utilizaron a *ti*, muchacha. Te vendieron a las Beller, con la esperanza de seguirte hasta la cárcel, y quizás así encontrar al Hombre de las Estrellas dondequiera que fueran a meterte.

Maia se la quedó mirando.

—Pero... yo pensaba que Calma Lerner...

—Piensa lo que quieras, ciudadana —le respondió Baltha sarcástica—. No tendría que contarle nada a una listilla de cinco años que está tan segura de saber quiénes son sus buenas amigas, y no sabe nada de nada.

La oriental se volvió y se marchó, caminando por la parte que daba a la cubierta de carga, donde empezó a conversar en voz baja con una rubia grande, una de las mujeres que servían a bordo del *Manitú*. Abajo, en la cubierta principal, podía oírse la voz de Naroin que llamaba a un grupito de mujeres que molestaban a los marineros; era su turno en las prácticas obligatorias de combate. Baltha sonrió a Maia, recogió su pulido bastón, y se deslizó por la plancha para unirse a la sesión. Pronto se oyó un estruendo de palos al entrechocar, y alguien cayó al suelo con un golpe sordo.

Los pensamientos de Maia se desbocaron. Vio a Thalla, a punto para su turno en el coso de prácticas, sacar un bastón del bastidor. Alzando la cabeza, Thalla le sonrió, y de pronto Maia se sintió abrumada por una furiosa sensación de certeza.. *¡Baltha tiene razón, maldita sea! Kiel y Thalla pueden haberme utilizado .*

Una oleada de dolor y traición hizo que cada bocanada de aire se le atascara en la garganta. Se había enfadado con sus antiguas compañeras de casa por intentar abandonarla en Grange Head, cuando era peor. Mucho peor.

Yo... no puedo confiar en nadie.

La impresión de perfidia le hizo un daño terrible. Sin embargo, lo que con más intensidad le vino a la cabeza fue que había lanzado una maldición contra Calma Lerner y su clan condenado.. *Lo siento*, pensó. Aunque resultara que Baltha se equivocaba, o aunque estuviese mintiendo, Maia se sintió avergonzada por lo que había dicho en un momento de ira, invocando maldiciones para que cayeran sobre la desdichada familia herrera, cuyas miembros nunca le habían hecho ningún daño real.

Al fondo, contrastando con sus sombrías reflexiones, la voz de Renna continuaba describiendo su estrategia para la partida de la tarde.

—... y estaba pensando si podría poner un molinete en cada extremo del tablero, cerca del límite...

La voz era una molestia que se entrometía en la sensación de culpa y frustración de Maia.. *Aunque Baltha haya mentido, nunca podré volver a confiar en Thalla y Kiel. Estoy tan sola ahora como lo estaba en la celda de la prisión .*

Cerró los ojos. Las instrucciones que Naroin impartía a gritos puntuaban el rítmico batir de los bastones de combate. Renna continuó hablando:

—... Naturalmente, serán desviados por los objetos simulados que vengan del lado del tablero de mis oponentes. La mayoría serán desviados por los brazos del molinete. Pero hay ciertas formas básicas que me preocupan.

Los caprichos del viento hicieron que el timonel ordenara un leve viraje, haciendo que el sol que asomaba tras una vela iluminara los párpados cerrados de Maia. Tuvo que apretarlos con fuerza para cortar la puñalada de los rayos de luz. En su tristeza,

Maia sintió el regreso de aquella extraña sensación de desplazamiento que había experimentado esa misma mañana. La luz del sol aumentaba aquellas omnipresentes motas que danzaban sin parar ante sus retinas cubiertas... una danza sin fin, la danza que acompañaba todos sus sueños. Carente de voluntad, su consciencia cayó hacia sus destellos y remolinos; parecía reírse de sus problemas, como si todas las preocupaciones fueran efímeras.

La pavesa moteada era la única cosa duradera que importaba.

—... veréis cómo una simple *deslizadora*, golpeando en ángulo, hará que mi molinete rompa...

Los recuerdos no solicitados de aquellos largos días y noches en prisión la abrumaron. Maia recordó cómo se había sentido fascinada por el Juego de la Vida, por las pautas maravillosamente misteriosas que la capacidad artística de Renna desplegaba ante ella. Aquello había sido un ejercicio mucho más sutil que jugar una simple partida lanzando figuras simuladas contra otras diseñadas por un oponente. Pero había trampa, ya que él había podido usar una forma *reversible* del juego. La máquina hacía todo el trabajo. No era extraño que ahora tuviera tantos problemas tratando con los conceptos más triviales de la versión competitiva.

Ella no tenía que mirar el tablero para ver las formas que estaba describiendo. En su actual estado de consciencia, no podía *evitar* verlas.

.Las rads sentadas a su alrededor deben de estar mortalmente aburridas, arguyó una parte de ella con cierta satisfacción. Sin embargo, era una parte pequeña. El resto de su ser había huido de la insoportable infelicidad refugiándose en la abstracción, sólo para ser capturado en un remolino de formas cambiantes.

—... así que me propongo colocar un conjunto de simples pautas de señales alrededor del molinete, así... ¿veis?

Eso debería protegerlo al menos del primer asalto...

—¡Te equivocas! —exclamó Maia en voz alta, abriendo los ojos y dándose la vuelta. Renna y las mujeres se quedaron mirándola con sorpresa cuando ella se les acercó y apartó bruscamente a una de las aturridas vars para llegar al tablero de juego. Cogió el punzón de la mano de Renna y borró rápidamente la disposición que había estado construyendo en un extremo de la zona límite.

—¿Es que no lo ves? Incluso yo puedo verlo. Si quieres protegerte contra las deslizadoras, no dejes tus formas aquí quietas, esperando a ser golpeadas. Tu barrera tiene que salir a *recibirlas*. Aquí, intenta...

Se mordió el labio, vacilando un momento, y luego dibujó un rápido remolino de puntos en la pantalla.

Extendió la mano para pulsar el reloj, y la configuración empezó a latir, enviando óvalos concéntricos de puntos negros que se disiparon cuando llegaron a ocho casillas del centro. Recordaba la pauta cíclica y persistente de las ondas que produce

el goteo de un grifo sobre un charco de agua. Si se la dejaba sola, la pequeña disposición seguiría emitiendo ondas eternamente.

Renna alzó la cabeza, sorprendido.

—Nunca he visto eso antes. ¿Cómo se llama?

—Yo... —Maia sacudió la cabeza—. No lo sé. Debo de haberlo visto cuando era niña. Pero es bastante obvio, ¿no?

—Mm. La verdad es que sí. —Sacudiendo la cabeza, Renna volvió a coger el punzón y dibujó, en el otro lado del tablero, un cañón deslizador que apuntaba hacia la figura que ella acababa de dibujar. Volvió a poner en marcha el reloj; una serie de misiles salió disparada directamente contra la pauta de ondas concéntricas.

Chocaron...

... ¡y cada uno fue tragado con apenas una ondulación!

—Que me zurzan. —Él sacudió la cabeza, admirado—. ¿Pero cómo defenderías esta pauta de algo más grande, como lo que nos lanzaron anoche?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó Maia—. ¿Crees que soy un muchacho?

Varias rads se echaron a reír, inseguras, y Maia no se molestó en saber si se reían de ella o con ella. Una de las jóvenes se levantó altanera y se marchó. Maia se frotó la barbilla, sin dejar de mirar el tablero.

—Ahora que lo mencionas, puedo sugerir una forma de repeler ese bulldozer que el pinche y el grumete utilizaron contra nosotros.

—¿Sí? —Renna le hizo sitio en el banco y otra de las vars, a regañadientes, se apartó para que Maia se sentara.

—Mira, no conozco la terminología —dijo ella, con algo de su acostumbrada inseguridad—. Pero es evidente que el movimiento de regreso de la barra *refleja* ciertas pautas que...

Fue dibujando mientras hablaba, y Renna de vez en cuando intercalaba un comentario o, con más frecuencia, una pregunta. Maia apenas advirtió que las otras vars se marcharon, una a una. Sus opiniones ya no le importaban, ni se avergonzaba de que la vieran interesada en el tonto juego de los varones. Renna se la tomaba en serio, cosa que nunca había hecho ninguna de sus compañeras mujeres. Le prestaba toda su atención, compartiendo con ella un creciente placer en un ejercicio abstracto.

A la hora de la cena, ya creían tener un plan.

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 45.290 Ms

¿Qué es la inteligencia para el universo? ¿Breves momentos de reflexión? ¿La

autocontemplación de las mariposas?

¿Cuál es el sentido de la vida humana, si hay que gastar una parte tan grande de ella atravesando la torpe infancia y adolescencia, reuniendo lentamente las habilidades necesarias para comprender y crear... sólo para empezar ese largo declive hacia la extinción?

Afortunado el hombre o la mujer que consigue destacar incluso durante un brevísimo instante. La luz brilla con fuerza apenas unos momentos, y luego se apaga.

En algunos mundos, la drástica prolongación de la vida se justifica en nombre de la conservación de raros talentos. Empieza con buenas intenciones, pero con demasiada frecuencia acaba en una gerontocracia de mentes sacudidas por las costumbres en cuerpos atendidos por robots, recelosamente envidiosos de cualquier pensamiento o idea que no sea propia.

Las stratoianas creen conocer un medio mejor. Si una individualidad demuestra su valía (digamos en el mercado de bienes o de ideas), continúa. No con el mismo cuerpo o los recuerdos exactos, sino genéticamente, con sus talentos innatos conservados, y una continuidad en la educación que sólo puede proporcionar la paternidad clónica. Cuando todos los factores son adecuados, la habilidad de la primera madre pervive. Sin embargo, cada hija es un renovado y fresco estallido de entusiasmo. La conservación no tiene por qué significar anquilosamiento.

Las stratoianas han llegado a un acuerdo distinto con la muerte. Tiene un precio, pero puedo ver las ventajas.

Afortunadamente, las sesiones del Consejo de Verano son breves. No tuve que soportar más que unas cuantas horas de miradas hoscas por parte de la mayoría, y de miradas hostiles de las aislacionistas extremas. Paso gran parte de mi tiempo con las sabias de la universidad. Sin embargo, lo que más me gusta es observar la vida en Stratos con Iolanthe Nitocri, que a menudo hace las funciones de mi guardiana y guía.

Ayer, para mi deleite, finalmente consiguió un pase para mostrarme el Festival de Verano de Caria.

Los terrenos de la feria se encuentran corriente arriba, a la sombra de la acrópolis. Los estandartes ondean sobre pabellones de seda y avenidas adornadas con arcos de flores. Los árboles zenner se agitan con el murmullo musical de las multitudes, mientras que los puestos de comida desprenden aromas punzantes y exóticos. Las malabaristas hacen de las suyas, asombrando a todo el mundo con hazañas impresionantes. Fuera de las murallas de Caria, las ciudadanas parecen ansiosas por olvidar el sereno ritmo de la vida diaria en favor de un ambiente más animado.

Me sentí fuera de lugar, y no sólo porque soy extranjero (parte de la multitud sin duda lo sabía, o lo supuso). La mayor parte del tiempo fui también el único varón a la

vista. Los niños gritaban y hacían carreras de rodillas (como los niños de cualquier mundo), y había un puñado de viejos; pero los hombres adultos permanecían a distancia segura, en sus santuarios de verano. Varias veces Iolanthe, como representante mía, tuvo que enseñar mis papeles. El sello del Consejo y mi conducta pacífica convencieron a las policías de que no iba a empezar a aullar y a arrancarme la ropa de un momento a otro.

Iolanthe parecía complacida. Esto sería un punto a mi favor.

¡Si supiera lo difíciles que me resultan aquí las cosas en ocasiones!

La procesión del día la encabezaba un carruaje que transportaba a la gran matrona de la festividad, cuya lanza y yelmo encrestado evocaban a la diosa que hay a las puertas de la ciudad. Detrás venían músicos y bailarinas, tocando la flauta y ejecutando fantásticos saltos, como si este mundo no fuera más pesado que una luna. Sus túnicas flotantes parecían capturar el aire, y clavar garfios en mi corazón.

Muchos clanes venerables enviaron representantes a la procesión. La gente cantaba al compás de esos motivos instrumentales... hasta que una brusca variación musical hizo que el público se echara a reír, complacido y deleitado. Tensas formaciones de caballos vistosamente engalanados cabalgaban entre las bandas; seguían los palanquines llevados por lúgars en los que viajaban dignatarias cubiertas de laureles y medallas. Madres y hermanas mayores se inclinaban para indicar a las asombradas hijas de su clan qué honor o logro representaba cada emblema.

Por fin, la excitada audiencia se internó en la avenida, mezclándose con los últimos contingentes, y disolviendo el desfile en un improvisado carnaval. Nadie advirtió, o a nadie le importó, que un chubasco veraniego empapara cabezas, vestidos y doseles de flores, ya que no el espíritu festivo. Algunas mujeres de la multitud se volvían al verme pasar, pero otras sólo sonrieron de modo amistoso, instándome a unirme a la danza. Fue regocijante y divertido, pero la humedad, la cercanía...

Le pedí a Iolanthe que me sacara de allí. Algunas de las jóvenes Nitocri que nos acompañaban parecieron decepcionadas, pero ella accedió de inmediato. Abandonamos la avenida principal para explorar el resto de la feria.

En la pista de carreras, las criadoras de caballos mostraban sus valiosos animales, y luego despojaron a los aceitados campeones de coronas y condecoraciones, y las pequeñas jinetes de los famosos clanes de jockeys los montaron. Ansiosos y tensos, los caballos se pusieron en movimiento tras el trompetazo de salida, aceleraron para saltar el primero de muchos obstáculos, y luego frenaron para sortear hábilmente intrincados laberintos antes de enfilear la recta final en una furia de deseo. Los clanes ganadores recibían a sus participantes con ramos de flores, abrazos y caricias que habrían animado a cualquier amante.

Nuestra siguiente parada podría haber sido una feria agrícola de una docena de

mundos. Muchas de las retorcidas plantas, y también muchos animales, me resultaron desconocidos, pero no así las orgullosas expresiones de las muchachas que habían pasado meses cuidándolos para este día. Al oeste de Caria, criaturas-globo stratoianas de muchos tipos se crían por su belleza, por la fragancia que despiden, o por los trucos que algunas cuidadoras les hacen ejecutar. Todo eso estaba a la vista. Muy cerca, unas mujeres silbaban a pájaros de radiante plumaje que se zambullían y pavoneaban, llevando botones o piezas de tela de colores a las participantes que elegían los números ganadores de una lotería.

En los salones de artesanos, vi concursos de alfarería, talla, y otras habilidades. Muchos clanes industriales costeros habían enviado a sus mejores hijas, según me dijeron, para que participaran en una reñida competición; se trataba de, utilizando carbón, barro y minerales comunes, trabajar los materiales hasta fabricar herramientas. Había incluso cámaras de holovid para cubrir el acontecimiento en los intervalos de emisión de las carreras de caballos.

Junto al río vimos competiciones acuáticas, principalmente de barcas de remos, tripuladas en su mayoría por equipos de mujeres idénticas y musculosas, todas muy bronceadas, que no necesitaban batelero para marcar su ritmo al unísono. Sin embargo, la prueba culminante era una regata de esbeltos balandros que recorría un peligroso trayecto entre bajíos y bancos de arena. Para mi sorpresa, estos barcos más grandes estaban tripulados por hombres jóvenes y enérgicos. Cuando me enteré del premio por el que competían, supe por qué lo hacían con tanto fervor.

Era una sorprendente batalla de habilidad, fuerza bruta y suerte. Dos de los barcos que en cabeza luchaban violentamente contra el viento chocaron, sus velas se enmarañaron, y encallaron juntos en un banco de arena. Entonces un equipo más cauteloso atravesó la línea de meta, entre los aplausos del público que llenaba la orilla. Las mujeres, divertidas, reían y señalaban a la docena de afortunados varones de mirada abrasadora que fueron conducidos por las representantes de los clanes que habían decidido tener retoños veraniegos aquel año.

Me recordó la carrera de caballos: aquellos sementales bajo rienda, esforzándose por vencer para sus orgullosas propietarias. Con ese pensamiento, tuve que mirar hacia otro lado.

—Ven. Sé que querrás ver esto —dijo Iolanthe. Sus hermanas y ella me condujeron a un pabellón situado al fondo del recinto de la feria; más sucio que la mayoría, estaba hecho de un tejido gris y rudo pensado para que durara muchas estaciones. Al entrar, parpadeé durante unos instantes, preguntándome qué me resultaba a la vez extraño y familiar en la gente que se congregaba ante las diversas cabinas y expositores. Entonces me di cuenta. ¡Casi nadie era igual! Después de semanas en Caria, conociendo a delegaciones de altos clanes, acostumbándome a visiones dobles, triples y cuádruples de los mismos tipos faciales, resultaba

desorientador ver tanta diversidad en un mismo lugar.

Había incluso algunos hombres mayores llegados de lejanas ciudadelas para mostrar sus productos y mercancías.

—Este lugar es para las vars —especulé.

Iolanthe asintió.

—O enviadas únicas de clanes pobres y jóvenes. Aquí, cualquiera con algo nuevo y especial que mostrar tiene su oportunidad, la esperanza de dar el salto afortunado.

¿Qué intentaba demostrarme? ¿Que la sociedad de Stratos permite el cambio? ¿Que sus Fundadoras habían dejado medios para que entrara aire nuevo, de vez en cuando? ¿O estaba sugiriendo sutilmente algo más? Mientras iba de expositor en expositor, advertí un claro déficit: una falta de suavidad o de la relajada presuposición de habilidad que las hijas de los clanes antiguos llevaban con la misma naturalidad que la ropa que vestían.

Las mujeres de aquella tienda estaban ansiosas por mostrar los productos de su trabajo e ingenuidad.

En los pasillos podían verse compradoras de grandes casas comerciales a la caza de algo que mereciera su interés y su tiempo. Aquí, en un momento, una var podía alcanzar el éxito. Generaciones más tarde, su innovación podía convertirse en la base de la riqueza de un clan.

Claramente, ésa es la esperanza. E, igual de claro, pocas en esta enorme sala la verían hacerse realidad. Con cuánta frecuencia la esperanza viene sazonada de amargura.

En la Tierra solían decir que encontramos la inmortalidad a través de nuestros hijos. Es un consuelo, aunque la mayoría de nosotros sabe que cuando morimos, cesamos.

Sin embargo, en Stratos... Ya no sé qué pensar. Bajo aquel dosel, en el último extremo del recinto de la feria, sentí algo familiar que me había parecido remoto en la Casa Nitocri, o en las cámaras de mármol de la acrópolis.

En el Pabellón Var, noté un familiar aroma de mortalidad.

Los oponentes ofrecieron alterar las reglas.

Maia sabía que era algo que se hacía con bastante frecuencia. Aproximadamente una partida de Vida de cada cinco contenía alguna variante acordada. Éstas oscilaban entre usar límites extraños hasta alternar los cánones fundamentales del juego: incluir más de dos colores, o cambiar la forma en que las piezas respondían al estatus de sus vecinas.

En este caso, no se pretendía nada complicado. Para ahorrar tiempo (y quizá recalcar la indefensión de sus adversarios), el pinche de cocina y el grumete sugirieron que cada bando colocara *cuatro* filas cada vez, en lugar de sólo una. Ya que ellos abrirían la partida, se trataba de una concesión generosa, como ceder un peón a un oponente de ajedrez. Maia y Renna podrían ver una disposición más amplia del otro lado del tablero, y discutir posibles cambios antes de colocar cada una de sus filas.

Maia observó tensa cómo los dos jóvenes colocaban sus piezas. Fueron pasando los segundos y notó que se le deshacía lentamente el nudo del estómago. *No son tan imaginativos, después de todo, pensó. O se vuelven perezosos.* El oasis de los muchachos ya quedaba claro en una zona protegida por una variedad afilada de pauta llamada «verja larg».

Maia encontraba divertido estar allí de pie leyendo un tablero de juego de aquella forma. La noche anterior, durante su primera partida, había tenido uno o dos momentos de inspiración, pero estaba demasiado confundida y preocupada para disfrutar del proceso, o para relajarse y contemplar el juego como un conjunto. Eso había cambiado con los preparativos de aquella tarde y la sesión con Renna explorando posibilidades. Ahora sentía un extraño desapego, aunque estaba ansiosa, como si se hubiera roto en ella una barrera, llevando algo más allá de la mera curiosidad.

Casi con toda certeza aquello era una consecuencia de la cruel conversación mantenida con Baltha, que le había hecho desesperar, al menos de tener la camaradería de las mujeres. Pero eso no explicaba del todo su súbita pasión por aquel juego.

Debo aceptarlo. Soy anormal.

Su afición no había empezado con aquel viaje, ni al conocer a Renna, ni siquiera al estudiar navegación con el viejo Bennett. A los tres años, le encantaba bajar a los muelles y ver a los marineros rascarse la barba y comentar la disposición de sus piezas mecánicas. Muchas mujeres disfrutaban del baile de formas, aunque siempre había habido algo implícito en las indulgentes apreciaciones de las ciudadanas. Nadie decía claramente que aquello no era cosa de niñas. Habían bastado las miradas de

desdén, sobre todo las de Leie. Ansiosa por encajar en una corriente, la joven Maia había imitado las palabras de afectuoso desprecio, reprimiendo, según veía ahora en retrospectiva, aquella primera fascinación.

.Siempre me han encantado las pautas, los rompecabezas. Tal vez todo sea un error. Debería haber sido un muchacho .

No se tomaba en serio aquel irónico pensamiento de pasada. Maia se sentía profundamente femenina. Sin duda se había topado simplemente con un talento insensato que se ponía de manifiesto. Un talento que, ay, carecía de mucha utilidad en la vida real. No conocía ningún nicho lucrativo en la sociedad de Stratos para una mujer navegante capaz también de practicar juegos masculinos.

.Ningún nicho. Ningún camino dorado hacia el matriarcado. Pero tal vez una vida. A Naroin parece irle bien pasando la mayor parte del año en el mar .

Era curioso pensar en hacer carrera como marinera. La ruda camaradería que Naroin y las otras vars compartían con los marineros tenía sus atractivos. Por otro lado, ¿una vida de izar cabos y asegurar cabrestantes...? Maia sacudió la cabeza.

El público se congregó. Los muchachos colocaron sus piezas, al principio de prisa, luego deteniéndose a señalar y discutir antes de alcanzar un consenso y continuar su tarea. Maia sofocó un bostezo, se metió las manos en los bolsillos del abrigo, y movió los pies para activar la circulación. La tarde de invierno era suave. Bancos de nubes bajas y oscuras servían para retener parte del calor del día. Cuando las sombras ocre de la puesta de sol ya teñían el horizonte, encendieron las lámparas que colgaban sobre la zona de juegos.

En el alcázar, el timonel olisqueó el aire e intercambió una mirada con el capitán, el cual respondió con un breve movimiento de cabeza. La caña del timón giró unos pocos grados. Pronto, un ligero cambio en el movimiento oscilante del barco acompañó el ritmo alterado de los crujientes mástiles.

Sin que se les dijera nada, dos marineros corrieron a un grupo de cabrias de la banda de estribor y maniobraron hasta tensar una vela.

Maia se preguntó si había algo intrínseco en los varones que los hacía sensibles a las pistas del viento y la marea. ¿Por eso ninguna mujer servía como oficiala en los barcos oceánicos? Siempre había asumido que se trataba de algo genético..*Pero claro, yo pensaba que los hombres no podían montar a caballo, hasta que Renna lo hizo, y los hombres también surcaban los cielos en zep'lines, hace mucho tiempo, antes de que se les prohibiera hacerlo .*

Tal vez sea otro mito que se alimenta a sí mismo.

El asunto era discutible. Aunque una mujer como ella tuviera la capacidad innata de hacerlo, con cinco años era ya demasiado mayor para empezar a aprender las artes del mar..*Sólo porque sepas avistar estrellas, eso no te capacita para saltarte una tradición milenaria. Además, los marineros armarían una buena si una mujer*

alcanzara un rango superior al de contramaestre. No había muchos nichos en la sociedad stratoiana que los varones pudieran considerar propios. No rendirían voluntariamente aquel bastión a la abrumadora superioridad femenina.

.¡Escúchate! Hace un minuto estabas modestamente dispuesta a contentarte con una vida cómoda y sencilla, como la de Naroin. Ahora te enfadas porque no estarán dispuestos a ponerte aros de oficial en los brazos. Maia se rió interiormente..*Más pruebas de mala educación. Una educación en Lamatia conduce a un ego de tamaño Lamai .*

—Bien. Ahora es nuestro turno.

A una indicación de Renna, Maia se asomó al otro lado del tablero de juego, donde sus contrincantes habían terminado de colocar cuatro filas. Incluso con su limitada experiencia, vio que era una pauta completamente corriente. No es que importara, dada la estrategia que Renna y ella habían acordado seguir. Maia devolvió la sonrisa de ánimo a su compañero. Entonces se separaron, él para empezar a poner piezas en la esquina izquierda, y ella en la derecha.

Naroin se había ofrecido voluntaria para acercarle a Maia las piezas con la cuerda ya dada, y le pasaba diestramente cada una de ellas cuando Maia alzaba la mano. La joven var se detenía frecuentemente a consultar el plan que Renna y ella habían elaborado. Guardaba un boceto enrollado para impedir que los espectadores congregados a su alrededor pudieran verlo.

.Tengo que tener cuidado de no saltarme una fila o una columna, se recordó. De cerca, te arriesgabas a perder esa sensación de estructura general que parecía surgir de un tablero cuando se veía en conjunto. Sólo una pieza, colocada en el lugar equivocado, a menudo condenaba un diseño «viv»., como si los riñones de una persona hubieran estado mal colocados desde el principio, o sus células produjeran una proteína extraña. Maia se mordió el labio nerviosa cuando se fue acercando al centro, donde su trabajo se encontraría con el de Renna. Al terminar, sólo pudo esperar, mordiéndose una cutícula mientras él colocaba sus últimas piezas en el tablero. Por fin, se irguió y se desperezó. Maia se le acercó mientras comprobaban.

Con las porciones de ambos colocadas y habiendo acabado tan deprisa el primer turno, daban a sus oponentes poco tiempo para reflexionar. Naturalmente, los dos jóvenes fruncieron el ceño, perplejos por la secuencia que ella y su compañero habían creado.

¡Bien! Temía que mi idea fuera obvia... una que enseñara a los muchachos en su primer año en el mar.

Eso no significaba que fuera a *funcionar*, sólo que Renna y ella tenían la sorpresa a su favor. El pinche y el grumete parecieron preocupados mientras colocaban cuatro filas más en su lado. Naroin dio un codazo a Maia.

Con una sonrisa, la pequeña contramaestre le señaló el alcázar, donde la noche

anterior los oficiales estaban apoyados en la barandilla, viendo con indiferencia la humillación de los aficionados. Hoy se había congregado un grupito similar, pero esta vez sus expresiones no eran de aburrimiento. Unos cuantos alféreces y suboficiales pasaban las páginas de grandes libros de canto dorado, señalando alternativamente el tablero de juego y discutiendo. A la izquierda, tres hombres mayores parecían no necesitar volúmenes de referencia. El navegante y el doctor del barco intercambiaron una sola mirada y una sonrisa, mientras el capitán Poulandres chupaba su pipa, con los codos apoyados en la barandilla finamente labrada, sin mostrar más expresión que un curioso brillo en los ojos.

Los muchachos terminaron su turno y parecieron sorprenderse cuando Maia y Renna no se entretuvieron en analizar lo que habían hecho, sino que procedieron de inmediato a colocar cuatro filas propias más. A Maia le resultó más fácil ver la pauta esta vez. Con todo, no dejaba de mirar al marinero que esperaba junto a la borda con un reloj en la mano.

Cuando su compañero y ella volvieron a comprobar su trabajo, Maia miró a sus contrincantes y tuvo la satisfacción de ver cómo el pinche apretaba los puños, nervioso. El grumete parecía agitado. Al comenzar su turno, los chicos estropearon rápidamente una de sus figuras, lo que provocó las risas de los hombres que observaban desde arriba. El capitán se aclaró la garganta, advirtiendo al público que no interfiriera. Sonrojándose, los muchachos subsanaron el error y siguieron adelante. Habían construido una elaborada fila de defensas consistente en poderosas figuras poco sutiles cuya misión era bloquear o absorber cualquier ataque. A continuación, probablemente, iniciarían la ofensiva.

Por fin, los dos jóvenes retrocedieron y señalaron que era el turno de Maia y Renna. El Hombre de las Estrellas la empujó hacia delante.

—¡No! —susurró ella—. No puedo. Hazlo tú.

Pero Renna se limitó a sonreír y le hizo un guiño.

—Fue idea tuya —dijo.

Con un suspiro, tragándose un nudo en la garganta, Maia dio un paso al frente y pronunció una sola palabra.

—Paso.

Siguió un silencio aturdido, recalcado por el brusco sonido que produjo un suboficial al hacer chocar su palma decisivamente contra un libro abierto. Su vecino asintió, pero en la cubierta inferior reinaba la confusión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el pinche, mirando a izquierda y derecha en busca de guía. Esto rompió la tensión, ya que otros hombres soltaron una carcajada. Por primera vez, Maia sintió lástima de su oponente.

Incluso ella había visto juegos en los que un bando u otro se saltaban una fila, dejando todos los espacios en blanco. Lo que estaba haciendo aquí, saltarse cuatro

filas a la vez, era la parte arriesgada de su plan.

Pacientemente, Poulandres lo explicó mientras Naroin y otras voluntarias ayudaban a ordenar ciento sesenta fichas, todas boca arriba. Al cabo de un momento los muchachos recibieron la orden de continuar, cosa que hicieron con nerviosismo, preparando una formidable muestra de pautas de artillería de aspecto agresivo. Cuando terminaron y alzaron por fin la cabeza, Maia dio de nuevo un paso al frente y repitió:

—¡Paso!

Una vez más, las voluntarias colocaron rápidamente cuatro filas de piezas blancas, mientras el público murmuraba. *Aunque nuestra pauta no funcione como planeamos, esto merece la pena.* En el otro lado, los muchachos volvieron a trabajar, sudando por falta de aliento. Por su parte, Maia empezaba a tiritar debido a la inactividad. Al mirar hacia proa, vio a varios marineros corrientes que se acercaban a hacer preguntas a un alférez que, tras señalar el tablero, agitó las manos y susurró, tratando de explicar lo que pasaba.

.Así que lo que intentamos hacer sale en los libros, después de todo. Probablemente es parte de la sabiduría del juego, pero se ve pocas veces, como el jaque del pastor en el ajedrez. Fácil de contrarrestar, suponiendo que sepas cómo hacerlo.

Renna y yo tenemos la esperanza de estar jugando contra tontos.

En cierto sentido, no importaba. Maia se contentaba simplemente con haber sacudido su tranquila complacencia. Tal vez ahora le prestaran alguno de aquellos libros de lomo dorado, en vez de suponer condescendentemente que no iba a comprenderlos.

El otro lado del tablero se llenó de una multitud de figuras chillonas y extravagantes, muchas de las cuales, Maia vio ahora, eran excesivas y contradictorias, y carecían de la elegancia de una partida clásica de Vida. En su propio lado, mientras tanto, ocho filas de enigmáticos puntos blancos y negros terminaban en una ancha extensión de simple blanco.

.Me muero de ganas de preguntar el nombre de nuestra pauta. Maia ansiaba consultar aquellos volúmenes. *El concepto es bastante sencillo, aunque no resulte en la práctica .*

Lo que había advertido aquella tarde, en un destello de intuición, era que el *límite* formaba verdaderamente parte del juego. Al reflejar la mayoría de las pautas que lo golpeaban, el borde tenía un papel crucial.

¿Entonces, por qué no alterarlo?

Al principio, Maia simplemente había planeado crear una *copia* del límite, un poco más alto de su lado del tablero, para impedir cualquier disparo de sus enemigos. Pero eso no funcionaría. Dentro del tablero, todas las pautas persistentes tenían que

ser autorrenovables. La pauta del límite no era estable. Si se recreaba en otra parte, se disolvía rápidamente.

¿Pero y si creaban una pauta que actuara como límite. *parte del tiempo*, volviéndose permeable a la mayoría de misiles y deslizadoras durante el resto? Aquella tarde se le había ocurrido un ejemplo de estructura similar.

Reflejaría las deslizadoras simples ocho de cada diez veces, y mientras los puntos de anclaje a ambos lados se mantuvieran en paz, seguiría renovándose. Dado lo que habían visto la noche anterior, sus contrincantes planeaban claramente dispararles con todo lo que tuvieran a mano. ¡Una matanza exagerada que les rebotaría en la cara! Con suerte, sus oponentes causarían más destrucción sobre sí mismos que sobre la sencilla y resistente pauta que Renna y Maia habían creado.

Desde la cabina cerrada tras el timón, un marinero con un brazalete de servicio corrió al lado del capitán y le susurró algo al oído. El comandante frunció el ceño, uniendo sus cejas de oruga. Hizo un gesto para que el doctor ocupara su lugar como árbitro, y llamó al navegante para que le siguiera.

Mientras tanto, cansados y ojerosos, los muchachos terminaron su última disposición de piezas y escucharon resignados a Maia declarar que pasaba por tercera vez. Mientras se colocaban las últimas piezas blancas, pudieron ver al médico ponerse la túnica de rigor, rematada por una capucha. Con asumida dignidad, el anciano bajó las escaleras entre murmullos y susurros. Los hombres seguían congregados alrededor del tablero, señalando, consultando excitados los libros de referencia. Muchos, como el pinche y el grumete, sólo parecían confusos.

El árbitro se colocó de la forma tradicional, junto al reloj marcador.

Se hizo el silencio.

—La Vida es la continuación... —empezó a decir.

Un chasquido, como una puerta deslizante al chocar con sus topes, interrumpió la invocación. Pasos apresurados corrieron por el alcázar. El capitán del *Manitú* apareció; se agarró a la baranda y un marinero se colocó a su lado e hizo sonar un cuerno de bronce: dos notas largas y una corta que reverberaron lentamente en el silencio total. Nadie parecía respirar.

—Hace algún tiempo que venimos detectando una señal en el radar —anunció Poulandres a su tripulación y pasajeras—. Su rumbo intersecta el nuestro, y parecen lo bastante rápidos para alcanzarnos. He intentado comunicar con ellos, pero no responde nadie.

—Esa cosa se romperá con la primera ráfaga de viento. O incluso antes, cuando la bajéis por el acantilado.

¿Cómo planeáis pilotar esa porquería?

Con un golpe que hizo que Maia diera un respingo, la marinera grande, Inanna, soltó la roca que estaba utilizando como martillo.

—Contramaestre, cierra el pico. No sabes construir barcos, y sin duda aquí ya no das órdenes.

Maia vio cómo Naroin reflexionaba sobre estas palabras y luego contestaba encogiéndose de hombros.

—Os jugáis el cuello.

—Pero es nuestro —declaró Inanna, señalando a las otras mujeres, que trabajaban cortando arbolitos y arrastrándolos hacia una zona marcada con líneas de tiza sobre el acantilado rocoso—. Vosotras dos sois libres de venir. Nos vendrá bien tener buenas luchadoras. Pero las discusiones y votaciones se han acabado. O ponéis manos a la obra o podéis ir al infierno patarkal.

Preparada para dar una acalorada respuesta, Naroin se detuvo cuando Maia la agarró del brazo.

—Lo pensaremos —le dijo Maia a Inanna, tratando de llevarse a Naroin. Lo último que nadie necesitaba en aquel momento era que de las palabras se pasara a las manos.

Durante un largo instante, Naroin pareció enraizada en la piedra, se mantuvo inmóvil hasta que por fin decidió dejarlo correr.

—¡Ja! —dijo, y se volvió para subir por el estrecho sendero que conducía al campamento. A pesar de ser más alta, Maia tuvo que apresurarse para alcanzarla. Todos estos ruidos y gritos no aliviaban el dolor de cabeza que padecía desde que despertó días antes con una contusión, cautiva de las saqueadoras.

—Puede que tengan un plan equivocado —sugirió Maia, tratando de calmar a Naroin—. Pero las mantiene ocupadas. Sin nada que hacer, habría discusiones y peleas.

Naroin frenó el paso para mirar a Maia, y luego asintió.

—Principio básico de mando. No hace falta que me lo recuerdes. —Miró hacia el lugar donde las marineras del *Manitú* trabajaban junto a media docena de jóvenes rads de Kiel, cortando y puliendo árboles con herramientas primitivas, mientras tendían los comienzos de una burda almadía—. Pero odio ver cómo intentan algo tan tonto.

Maia estaba de acuerdo, ¿pero qué hacer? Todo había sido decidido en una reunión, tres días después de que las saqueadoras las abandonaran en aquella isla en

forma de columna cuyo nombre, si tenía alguno, debía de haberse perdido en otra época. Naroin había defendido un plan diferente: la construcción de uno o dos botes pequeños que, con unas cuantas voluntarias seleccionadas, podrían navegar hacia el oeste en busca de ayuda. Esa propuesta fue rechazada en favor de la almadía.

—¡Vamos todas o no va nadie! —declaró Inanna, zanjando el asunto.

Lo que no trataron fue cómo pretendían que un artefacto tan grande fuera marineramente, y cómo se proponían bajarlo por los cincuenta metros de precipicio y superar en él la espumosa confluencia de olas y rocas. Sólo había un camino de bajada a lo largo del promontorio boscoso. Un montacargas había subido allí a las prisioneras y sus provisiones, justo antes de que el *Intrépido* y el capturado *Manitú* se marcharan. Inanna y sus amigas aún planeaban utilizar la máquina, a pesar del armazón de metal que la cubría y de los cerrojos y las advertencias de que estaba minada. Sin embargo, a la larga, podrían tener que verse obligadas a construir una grúa primitiva con troncos y enredaderas.

—Idiotas —murmuró Naroin. Golpeó el follaje que flanqueaba el sendero utilizando una corta vara que había tallado poco después de llegar a la isla. No era un bastón de combate, pero la pequeña y nudosa marinera parecía más cómoda con la vara en las manos—. Nunca lo conseguirán, y no estoy dispuesta a ahogarme con ellas.

Maia empezaba a cansarse del temperamento impaciente de Naroin. Sin embargo, no quería quedarse sola.

Demasiados pensamientos sombríos la asaltaban cuando la soledad presionaba.

—¿Cómo puedes estar segura? Estoy de acuerdo en que tu plan habría sido mejor, pero...

—¡Sangradoras! —Naroin descargó su vara y las hojas volaron—. Incluso un puñado de piojos congelados vería que esa almadía es un error. Pongamos que consiguen bajarla, y que el mar no la aplasta inmediatamente. Las atraparán de nuevo, como si fueran melones a la deriva. Si las piratas no aprovechan la oportunidad para enviarlas al fondo sobre la marcha.

—Pero no hemos visto una vela desde que nos abandonaron. ¿Cómo podrían saber las saqueadoras dónde y cuándo encontrarlas a menos...?

Maia se detuvo. Miró a Naroin.

—¿No querrás decir...?

La contramaestre apretó los labios.

—No lo diré.

—No tienes que hacerlo. ¡Es vil!

Naroin se encogió de hombros.

—Tú harías lo mismo, si fueras una de ellas. El problema es que no hay manera de distinguir cuál es. O tal vez sean dos. No conocía a ninguna de esas vars antes de

que me contrataran en la bahía de Artemisa. No puedo fiarme de ninguna de ellas.

—¿Ni siquiera de mí?

Naroin se volvió y miró directamente a Maia. Su inspección fue larga y molesta. Tras cinco segundos, una lenta sonrisa se formó en su rostro.

—Sigues sorprendiéndome, muchacha. Pero apostaría mi desaparecido barrilito de vino dulce a tu favor, a pesar de que no seas una var. Maia dio un respingo.

—Ya te lo he dicho antes. Ésa era mi gemela.

—Mm. Eso recuerdo de los días del *Wotan*. Al menos, es lo que las dos dijisteis. Admito que no fue dulzura típica de hermanas clónicas lo que vi cuando te abandonó aquí.

Maia consiguió no dar un segundo respingo. El comentario fue como abrir una vieja herida. El recuerdo seguía siendo intenso: la cara tiznada de hollín de Leie, mirándola a través de la bruma del dolor, murmurando en voz baja y urgente sobre la necesidad de lo que estaba a punto de hacer.

.Me alegra que estés viva, Maia. De verdad, es un milagro. Pero ahora mismo tenerte cerca es una molestia .

.A mis asociadas no les hace mucha gracia la gente que se parece, si sabes a lo que me refiero. Aunque me crean, habría recelos. Mis planes se vendrían abajo. No puedo permitirme que estropees las cosas ahora mismo .

Notó algo húmedo y pegajoso deslizarse por su cara, y una sensación de quemazón recorrió su cuero cabelludo. En aquel momento, Maia estaba casi delirando, frenética por hablar a su hermana viva, incapaz de comprender por qué tenía la boca amordazada. Sólo mucho más tarde, cuando tuvo oportunidad de lavarse en uno de los diminutos arroyos de la isla, comprendió lo que había hecho Leie. Usando brea de carbón y otros productos químicos de la sala de máquinas del *Intrépido*, Leie había oscurecido la piel y el cabello de Maia, alterando su apariencia de forma improvisada pero efectiva.

.Esto no engañará a nadie durante mucho tiempo —murmuró Leie, examinando su trabajo—...¡Maia, estáte quieta! Como decía, es una suerte que tu capitán decidiera huir hacia nuestra base. Nadie tendrá oportunidad de mirarte de cerca antes de que desembarquemos al primer grupo de prisioneras .

Por las observaciones de Leie, Maia supuso que la base de las saqueadoras se encontraba en aquel mismo archipiélago de colmillos diabólicos. Al parecer, las piratas planeaban dividir a sus cautivas, dejando a algunas en islas aisladas. Las primeras en ser abandonadas serían las menos peligrosas para los planes de las piratas: los miembros de la tripulación del *Manitú*. Mientras examinaba a las heridas, Leie había conseguido incluir a Maia en ese grupo.

.Nunca creerías las cosas que me han pasado desde que aquella tormenta nos separó. Mientras tú seguías a tu amiga contramaestre, llevando la pacífica vida de

una marinera, yo he visto y hecho cosas... —Leie sacudió la cabeza, como si no fuera capaz de explicarse—. *No te gustaría estar en el lugar adonde llevamos a las rads y a su pervertida criatura del espacio, así que he dispuesto que te suelten donde vayas a estar más cómoda. Quédate quietecita hasta que yo lo arregle todo, ¿me oyes? En verano te llevaré a alguna ciudad. Pensaremos un modo para que me ayudes con mi plan .*

Los ojos de Leie estaban llenos de aquel antiguo entusiasmo, ahora aumentado por una nueva y feroz determinación. A través de una bruma de dolor, heridas y contusiones, Maia se preguntó qué aventuras habían cambiado tanto a su hermana.

Entonces captó la importancia de las palabras de Leie. ¡Su hermana y las saqueadoras iban a abandonarla en tierra, y a marcharse con Renna! Y con Kiel y Thalla y los hombres del *Manitú* también. Fue entonces cuando Maia empezó a debatirse contra sus ataduras, gruñendo para decirle a Leie que tenía que hablar.

.Vamos, vamos. No pasará nada. Ahora, Maia, si no te calmas, voy a tener que... Ah, demonios, tendría que haberlo esperado. Siempre has sido una cabezota .

Maia captó el aroma de fuertes hierbas y alcohol cuando Leie le puso un pañuelo empapado sobre la nariz.

Una sensación asfixiante y pegajosa se extendió por sus fosas nasales, dándoles ganas de toser y vomitar. Los acontecimientos se volvieron más vagos a partir de entonces, pero siguió teniendo una clara imagen de su hermana inclinándose hacia delante y besándola en la frente.

.Buenas noches —murmuró Leie. La siguió la oscuridad.

El recuerdo del dolor y la traición todavía hería a Maia, oscureciendo y confundiendo su alegría natural de saber que Leie todavía vivía. Pero ésa era otra cuestión. Atormentaba su mente sólo un hecho. Un hombre inocente e indefenso estaba cautivo en alguna de aquellas otras islas, sin una amiga en el mundo.

.Excepto yo. ¡Tengo que encontrar a Renna!

A través del oscuro túnel de sus pensamientos, siguió a Naroin por un sendero que daba al mar, y caminó en silencio hasta el lugar donde las saqueadoras habían dejado suficiente comida y suministros hasta su siguiente visita. Colgadizos y tiendas improvisadas componían un círculo irregular, apartado de los árboles. Una tripulante que se había roto un tobillo en la batalla se ocupaba de una hoguera. Alzó la cabeza tristemente y saludó sin decir palabra. Luego volvió a remover las lentejas que preparaba en un cazo humeante.

Naroin regresó a su pasatiempo principal: usar trozos afilados de calcedonia para pelar una rama de árbol y convertida en un arco primitivo. No era un arma legal. Pero claro, tampoco era legal que las saqueadoras las hubieran abandonado allí. Tras la captura del *Manitú* tendría que haber seguido la «división de la carg», y luego la tripulación y las pasajeras habrían podido marcharse.

La naturaleza especial de aquel «cargament». hacía eso difícil, sobre todo cuando lo buscaban ansiosamente todas las fuerzas políticas del planeta. Cuando Maia vio por última vez al capitán Poulandres, con las manos atadas en el alcázar de su propio barco, el hombre amenazaba con provocar un escándalo; estaba a punto de estallar de furia en una plena ira veraniega. Las saqueadoras lo ignoraron. Evidentemente, Poulandres no tenía ni idea de en qué problema se hallaba metido.

—Son para cazar —dijo Naroin, refiriéndose al arco y las finas flechas.

Nadie había visto ningún bicho más grande que un conejo de matorral en la isla, pero ninguna se quejó. De todas formas, las autoridades estaban muy lejos.

Maia se tendió en la manta que había colocado bajo un burdo colgadizo, sobre un lecho de hierba y hojas. De sus tres posesiones, siempre llevaba consigo la ropa y el sextante del capitán Pegyul. El último artículo, un delgado libro de poemas, se lo había encontrado encima cuando el bote del barco conducía a las cautivas a la isla.

Durante la subida en el crujiente montacargas, había conseguido concentrarse en una página elegida al azar.

*¿He sido llamada? ¿Cuál es el propósito
de tu gran corazón? ¿Quién va a ser
atraída por tu pasión? ¡Safo, nombra
a tu enemiga!*

*Pues quienes ahora huyen pronto perseguirán;
quien malgasta tus dones pronto no tendrá ninguno;
y quien no te ama, haga lo que haga
acabará amándote pronto.*

.Un regalo de Leie, dedujo. Siempre había sido la más locuaz de las dos, mientras que Maia era la que se sentía atraída por cosas visuales, pautas y acertijos. Podía ser considerado como una ofrenda de paz, o una promesa, o sólo como un acto impulsivo sin más significado que una palmadita amistosa en la cabeza.

Buscó más poemas, intentando apreciarlos. Pero el regalo, por buena que fuera su intención, estaba teñido del mareante olor dulzón dejado por la droga de la inconsciencia. Leie podía haber tenido buenos motivos para actuar de aquella forma. Sin embargo, en el corazón de Maia su comportamiento se mezclaba con la emboscada de Tizbe Beller, las pragmáticas traiciones de Kiel y Thalla, y la horrible traición de las sureñas de Baltha. La lista invitaba a la desesperación, así que desistió de pensar en el tema.

Maia volvió su atención hacia el forro del libro, hecho de un grueso material sintético para proteger las páginas de papel de la humedad durante los viajes largos.

Había descubierto otro uso para ese forro. Al desplegarlo y sujetar con piedras las esquinas, obtuvo una superficie plana que llenó de finas líneas perpendiculares. Entre ellas, con un trozo de carbón cogido de la hoguera, Maia marcó filas de pequeños puntos, separados por muchos espacios vacíos. Mojando un trapo con saliva, borró la antigua pauta y dibujó una versión diferente.

.Es más que una simple cuestión de formas, pensó, intentando volver a capturar sus reflexiones de la noche anterior, junto al fuego. Entonces todo le había parecido muy claro.

.Hay otro nivel aparte de pensar cómo muta un grupo de puntos individuales y se mueve a través del tablero .

.Hay algún tipo de relación entre el número de puntos vivientes por zona, la densidad, y cualquiera que sea la regla de la pieza vecina que se emplee. Si cambias el número de vecinas necesarias para la supervivencia, también cambias...

Era una pugna. A veces los conceptos llegaban como burbujas brillantes que parpadeaban en los límites de la visión, de la comprensión. Pero la lastraba su falta de vocabulario. Las nociones con las que luchaba necesitaban más que la simple álgebra que le habían enseñado a regañadientes en la Casa Lamai. Cada vez lamentaba más y más que la hubieran privado de esto, posiblemente su único talento, apartándola de las matemáticas y otras abstracciones por el método simple de hacer que parecieran aburridas.

.Se vuelve aún más hermoso si dejas que las reglas incluyan células más allá de las vecinas inmediatas, pensó, intentando concentrarse. Experimentar mentalmente era un proceso salvaje, difícil de mantener durante mucho tiempo. Sin embargo, había conseguido imaginar brevemente un tablero del Juego de la Vida en tres dimensiones, cuyos productos eran estructuras de complejo esplendor, no sólo filas cristalinas en marcha, sino formas que se curvaban en pautas retorcidas y fugaces, imposibles de visualizar salvo breves instantes cada vez.

Maia cerró el libro y se tumbó, cubriéndose los ojos con un brazo, dejándose llevar por una oleada a caballo entre la pura abstracción y los recuerdos de su indefensión. Los sonidos cercanos de Naroin pasando la piedra sobre la madera le recordaron algo sucedido hacía mucho tiempo. Le recordaron a Leie, gruñendo y apoyando un aparato contra una gran puerta adornada. También entonces hubo sonidos de madera y metal rozando la roca.

.Ahora me toca a mí intentarlo —había dicho Leie, un lejano año antes, en las profundidades de la bodega de la Casa Lamatia—. *¡Tus modos sutiles no funcionaron, así que intentaré hacerlo a mi manera!*

Maia recordó las serpientes entrelazadas. Filas de misteriosos símbolos. Un nudo de piedra en forma de estrella que *debía* girar en el sentido de las agujas del reloj, si aquel acertijo tenía algún sentido...

Hubo un rumor de pasos. Ruido real, no recordado. Una sombra ocultó el sol. Maia alzó el brazo y vio una figura esbelta que bloqueaba una porción del cielo.

—He encontrado algo en las ruinas —dijo una voz, aguda y joven. Podría haber sido la de una muchacha, pero de vez en cuando se cascaba, adquiriendo brevemente un tono una octava más bajo—. Tendrías que venir, Maia.

Nunca he visto nada parecido.

Ella se sentó en el suelo, cubriéndose los ojos. Un joven delgado la observaba. «La broma pesada de las saqueadora», lo había llamado Naroin, y las otras estuvieron de acuerdo. El joven Brod era un chico bastante agradable. Tenía casi su misma edad, aunque a los cinco años los muchachos recién salidos de sus clanes maternos eran infantiles, casi sin terminar de formar. Aquél no debería estar allí.

Oficialmente, Brod era un rehén que las piratas habían tomado para asegurarse la cooperación de los marineros del barco que habían contratado, el *Intrépido*. Pero sin duda Naroin tenía razón. El joven alférez había sido dejado en parte como una broma que mostraba el retorcido sentido del humor de alguien.

—¡Disfrutad de la próxima nevada de gloria! —se burló una saqueadora con su pañuelo rojo cuando alzaron la última carga, dejando a las prisioneras «poco peligrosa». solas en aquella isla solitaria.

Maia se levantó lentamente, suspirando porque el joven la había escogido para ser su amiga, cuando ella habría preferido la soledad. *Necesito el ejercicio*, se dijo.

—Guíame —comentó en voz alta.

La ansiosa sonrisa de cachorrillo del muchacho era dulce e inofensiva, propia del invierno. Ella sentía lástima por el chico. Cuando la espectral escarcha cubriera de nuevo árboles y hierba, las rudas marineras sin duda decidirían desquitarse de sus frustraciones con él. Aunque por casualidad él fuera capaz, eso no aliviaría la tensión. No había ni una pizca de ovop entre los suministros.

—Por aquí. ¡Vamos! —dijo Brod, impaciente, corriendo ante ella y dirigiéndose hacia los árboles. Maia inspiró profundamente, suspiró y lo siguió.

Ya conocían lo empinado de la isla. Eso quedó bien claro cuando la última carga de abandonadas llegó a lo alto de la planicie, y oyeron cómo la negra caja del montacargas se cerraba con un zumbido electrónico y un chasquido que anunciaba que contenía una bomba. En las primeras exploraciones descubrieron ruinas cubiertas de hierbajos, restos de antiguas murallas. Los bordes de los amplios edificios podían verse antes de que la cumbre quedara oscurecida por densos bosques.

Brod se había reservado la misión de continuar explorando el interior, sobre todo desde que Maia y Naroin perdieron la disputa de la almadía. Había intentado votar a su favor, sólo para descubrir que la opinión de un muchacho no era solicitada ni bien recibida. Las tripulantes consideraban que lo sabían todo sobre navegación y que podían pasarse perfectamente sin los consejos de un alférez bisoño y de ciudad. En su

momento, Maia lo había considerado un desprecio innecesario.

—Está por aquí, dentro del bosquecillo —le dijo Brod, abriéndose de vez en cuando paso con un palo—. Quería encontrar el centro de toda esta devastación. ¿Sucedió de una vez, o fueron abandonadas las viviendas lentamente, para dejar que la naturaleza hiciera el trabajo?

Caminando tras él, Maia se permitió sonreír. Cuando se conocieron por primera vez, el muchacho se presentó como «Brod Starklan»., citando todavía el apellido de su clan materno. Naroin conocía la casa, destacada en la ciudad de Enheduanna, próxima a Ursulaborg. Sin embargo, el muchacho cometía un error al comentarlo. Iba a tener que olvidar su claro acento de la costa de Méchant y aprender el dialecto masculino, y rápido.

Pensándolo bien, tal vez habían dejado allí a Brod con el pleno acuerdo y aprobación de sus compañeros, que pretendían burlarse de él, o simplemente quitárselo de encima. De algún modo, Maia dudaba que fuera un pirata de primera..*Tal vez somos similares en ese sentido. Nadie nos quiere ni nos necesita a su alrededor .*

El sendero continuaba entre altos árboles retorcidos y raíces enmarañadas, mezcladas con ladrillos rotos. Brod siguió hablando.

—Ya casi hemos llegado, Maia. Prepárate para una sorpresa.

Todavía sonriendo indulgente, Maia divisó un claro que se abría un poco más adelante. Probablemente se trataba de unas grandes ruinas, llenas de piedras tan grandes que no dejaban crecer los árboles.

Había visto algo parecido, durante su huida a través de Valle Largo. Tal vez la Casa Lamatia tuviera ese aspecto al cabo de varios siglos. Era algo a tener en cuenta.

Justo cuando los árboles se terminaban, Brod dio un paso a la derecha, dejando sitio a Maia. Al mismo tiempo extendió un brazo protector.

—No te acerques demasiado...

En ese momento, Maia dejó de escuchar. Dejó de oír nada. Un silencioso clamor de vértigo se apoderó de ella cuando se detuvo a contemplar un súbito precipicio.

El desnivel en sí no la habría sorprendido. Los acantilados que rodeaban la isla eran igual de abruptos, y aún más altos. Pero no poseían la textura de la profunda hondonada que tenía delante y que había sido tallada con violencia en el centro mismo del pico. La superficie de la cavidad era suave y cristalina, como si la roca hubiera fluido hasta congelarse bruscamente en su sitio, como miel al enfriarse.

.¿Qué sucedió? ¿Fue un volcán? ¿Seguirá aún activo?

El material era oscuramente translúcido, y le recordaba el antiguo hielo del Glaciar Firme, allá en las remotas tierras del norte. Aquí y allá le pareció percibir contornos abultados, como si la roca, detrás de la capa fundida, estuviera ordenada por capas de estratos, subdividida en segmentos, catacumbas, rasgos geológicos

paralelos del pasado remoto del planeta.

Su mente se entretuvo con aquellas observaciones superficiales mientras el resto se tambaleaba.

—Ah... ah... —comentó sucintamente.

—Exactamente lo que yo dije al verlo por primera vez —asintió Brod, solemne—. Es impresionante.

Maia no estaba segura de por qué ni Brod ni ella comentaron el descubrimiento a las demás. Tal vez el consenso se produjo por ser los dos miembros más jóvenes y menos influyentes, ambos recientemente expulsados por aquellas personas a las que consideraban su «famili».. De todas formas, parecía dudoso que ninguna de las marineras pudiera arrojar luz sobre los orígenes de aquel sorprendente cráter. Las mujeres parecían intimidadas por el bosque, y evitaban internarse en él más allá de lo estrictamente necesario para cortar madera.

Naroin se internaba algo durante sus partidas de caza, pero no dio ningún signo de haber visto nada extraño. O bien la conrmaestre tenía una vista pésima, cosa que parecía improbable, o también ella sabía cómo poner cara de póquer.

Desde la última vez que habló con Naroin, Maia había empezado a albergar oscuros y recelosos pensamientos.

Incluso su refugio en el casto y adornado mundo de las abstracciones del juego se llenó de inquietud. Era difícil prestar atención a las pautas mentales de puntos cambiantes cuando no dejaba de recordar que Renna languidecía en alguna de aquellas islas dispersas, quizás en una que era visible desde los acantilados del sur. Y también estaba la larga y aplazada conversación que tenía que mantener con Leie.

Los días se sucedían. Por medio de trampas y cazando pequeñas piezas que complementarían el suministro de comida deshidratada, Naroin alivió parte de la tensión que siguió a la votación de la almadía. Ese proyecto surgió y se atascó, luego se puso de nuevo en marcha, superando cada dificultad encontrada. Varias sólidas plataformas de troncos cortados yacían ahora secándose al sol, sus cortezas bien amarradas y tensándose hora tras hora. Maia había empezado a preguntarse si Inanna, Lullin y las otras sabían, al fin y al cabo, lo que estaban haciendo.

Charl, una marinera fornida y algo hirsuta del lejano noroeste, consiguió usar un largo palo para agarrar el cable que colgaba bajo el montacargas cerrado. Creyendo en la advertencia de las piratas de que había trampas explosivas, las vars consiguieron pasar delicadamente el grueso cable por un rudo aparejo de diseño propio. En teoría, ahora podían bajar las cosas hasta la mitad del camino antes de tener que usar cuerdas hechas con enredaderas. Era una hazaña inteligente e impresionante.

Pero la habilidad del grupo de fugitivas no parecía impresionar a Naroin. A pesar de sus dudas, Maia intentó ayudar. Cuando Inanna le pidió que preparara una burda

guía para navegar, Maia lo intentó lo mejor que pudo. En realidad, sólo tenían que conseguir salir del angosto archipiélago y luego dirigirse hacia el norte. Las corrientes principales no eran las perfectas en aquella estación. Pero los vientos eran buenos, así que si conseguían mantener bien hinchada la vela hecha de mantas, y tenían buena mano con el timón, debería ser posible alcanzar el Continente del Aterrizaje en menos de dos semanas. Maia pasó una tarde repasando para las otras, con la ayuda de Brod, cómo avistar de noche ciertas estrellas, y cómo juzgar el ángulo del sol durante el día. Las mujeres prestaron toda su atención, sabiendo que la propia Maia no tenía intención de abandonar la cadena de islas. No mientras Leie y Renna estuvieran a escasos kilómetros de distancia.

Había otra cosa más que Maia podía hacer para ayudar.

Brod se la encontró un día recorriendo el último de una larga serie de circuitos de la isla, lanzando trocitos de madera al agua en momentos diferentes y viendo cómo flotaban. El muchacho comprendió lo que hacía inmediatamente.

—¡Ya sé! Tendrán que conocer las corrientes, sobre todo las de cerca de los arrecifes, para no chocar contra ellos.

—Eso es —respondió Maia—. El montacargas no está situado en el mejor lugar para botar una embarcación tan frágil. Supongo que escogieron el lugar por su altura conveniente. Tendrán que elegir el momento adecuado, o acabarán nadando entre un montón de trozos de madera.

Era una imagen aterradora. Brod sonrió seriamente.

—Tendría que haber calculado eso primero. —Había un claro tono de resignación en su voz—. Supongo que te das cuenta de que no soy un gran marino.

—Pero eres oficial.

—Alférez, vaya cosa. —Se encogió de hombros—. Buenas notas en las pruebas y la influencia familiar. Soy malísimo en todo lo que sea práctico, desde hacer nudos hasta pescar.

Maia imaginó que debía de resultarle difícil decir aquello. Para un muchacho, no ser bueno en las artes marineras era casi como no ser hombre. No había muchas otras oportunidades de empleo para un varón, aunque tuviera una educación tan buena como la de Brod.

Permanecieron sentados juntos al borde del acantilado, contemplando y midiendo el movimiento de los trozos de madera de abajo. Entre medidas, Maia jugaba con el sextante, trazando ángulos entre varias de las islas situadas al suroeste.

—La verdad es que me gustaba estar en la Casa Starkland —le confesó Brod en un momento, y luego se apresuró a asegurar—: No soy ningún niño de mamá. Es que era un lugar muy feliz. Las madres y hermanas eran... son gente agradable. Las echo de menos. —Se rió con cierta brusquedad—. Famoso problema para las vars de mi clan.

—Ojalá Lamatia hubiera sido así.

—No. —Él miró a través del mar hacia ninguna parte en especial—. Por lo que me has dicho, mantenían una distancia honorable. Hay ventajas en eso.

Observando sus ojos tristes, Maia fue capaz de creerlo. En la naturaleza humana es fuerte la tendencia de experimentar amor hacia los hijos de tu vientre, aunque sólo sean medio tuyos. Maia sabía de clanes en Puerto Sanger que tenían fuertes lazos con sus hijas del verano, y a los que les resultaba difícil dejarlas marchar. En tales casos, la partida era auxiliada por la natural urgencia adolescente de dejar un puerto secundario. Imaginó que la combinación de un hogar amoroso con haber crecido en una ciudad excitante hacía mucho más difícil olvidar y perdonar.

Eso no impidió que sintiera un ramalazo de envidia..*No me habría importado saborear un poco su problema* .

—Pero eso no es lo que más me molesta —continuó Brod—. Sé que tengo que superarlo, y lo haré. Al menos Starkland celebra reuniones de vez en cuando. Muchos clanes no lo hacen. Es curioso lo que acabas echando de menos. Ojalá nunca hubiera tenido que renunciar a esa biblioteca.

—¿La de la Casa Starkland? Pero también hay bibliotecas en los santuarios.

Él asintió.

—Tendrías que ver algunas de ellas. Kilómetros de estanterías repletas de volúmenes impresos, con tapas de cuero, letras doradas. Increíble. Y sin embargo, podrías meter toda la biblioteca de Faro Trentinger en sólo cinco cajas de datos de las que tienen en la Universidad de Enheduanna. La Vieja Red aún funciona allí, ¿sabes? —Brod sacudió la cabeza—. Starkland tenía una conexión. Somos una familia de bibliotecarias. Yo era bueno en ello.

Madre Cil dijo que yo había nacido en la estación equivocada. Si fuera una clónica plena, habría enorgullecido al clan.

Maia suspiró en simpatía con la historia. También ella tenía unos talentos inadecuados para el rumbo que debía tomar su vida. Pasó un buen rato sin que ninguno de los dos hablara. Se trasladaron a otro lugar, y lanzaron una rama a la espumosa agua y contaron latidos para cronometrar cuánto tardaba en alejarse.

—¿Sabes guardar un secreto? —dijo Brod un poco después. Maia se volvió y le miró a los claros ojos.

—Supongo, pero...

—Hay otro motivo por el que me dejaron en tierra... el capitán y los tripulantes, quiero decir.

—¿Sí?

Miró a derecha e izquierda, y luego se inclinó hacia ella.

—Yo... me mareo. Casi todo el tiempo. Ni siquiera llegué a ver nada de la gran pelea cuando fuisteis capturadas, porque estaba doblado en la popa todo el tiempo.

Supongo que no es buena cosa para un tipo que se supone que es un oficial.

Ella miró al chico, calculando lo que le había costado decirle aquello. Con todo, no pudo evitarlo. Maia luchó por contenerse, por mantener la cara seria, pero al final tuvo que cubrirse la boca con una mano y sofocar una carcajada.

Brod sacudió la cabeza. Frunció los labios con fuerza, pero al final no pudo impedir abrir la boca. Bufó. Maia se meció adelante y atrás, sujetándose los costados, y luego estalló en una carcajada. Un segundo después, el joven respondió con una risa que se componía de cortos alaridos entre inhalaciones que más parecían sollozos.

Al día siguiente, un enorme escuadrón de zoors pasó al norte; eran como parasoles de alegres colores, o globos aplastados que hubieran escapado de una fiesta de gigantes. La luz de la mañana se refractaba en sus bulbosas y transparentes bolsas de gas y en sus oscilantes tentáculos, proyectando sombras multicolores sobre las claras aguas. La formación cubría de parte a parte el horizonte.

Maia, con Brod y varias mujeres más, observaba desde el precipicio recordando la última vez que había visto grandes flotadores como aquéllos, aunque nunca hubiese visto tantos. Fue desde la estrecha ventana de su celda, en Valle largo, cuando creía que Leie estaba muerta, cuando todavía no conocía a Renna y le parecía estar completamente sola en el mundo. Según todos los indicios, debería sentirse menos desolada ahora. Leie estaba viva, y había jurado volver a recogerla. Maia se preocupaba por Renna constantemente, pero no era probable que las saqueadoras le hicieran daño, y todavía era posible rescatarlo. Incluso tenía amigas, más o menos, en Naroin y Brod.

¿Entonces por qué me siento peor que nunca?

Sabía que la tristeza es relativa, y que el dolor actual es casi siempre peor que su recuerdo. Aquel cautiverio más suave no aliviaba su amargura al pensar en el comportamiento de Leie, ni su preocupación por Renna o su sensación de indefensión.

—¡Mirad! —exclamó Brod, señalando al oeste, hacia la fuente de la migración zoor. Las mujeres se protegieron los ojos con la mano y, una a una, se quedaron boquiabiertas.

Allí, en mitad de la armada flotante, surgiendo del resplandor, pasaron tres imponentes gigantes cilíndricos, deslizándose plácidamente como ballenas entre medusas.

—Pontoos —jadeó Maia. Las bestias en forma de puro medían cientos de metros, y se parecían más al hermoso zep'lin que adornaba la cubierta de su sextante que a los zoors que las rodeaban o incluso a los pequeños dirigibles que ahora se utilizaban para repartir el correo. Sus flancos titilaban con facetas como escamas iridiscentes, y arrastraban largos y finos apéndices que, a intervalos, sumergían en las olas para

coger cosas comestibles o absorber agua que descomponer, con la luz del sol, en hidrógeno y oxígeno.

A pesar de las leyes protectoras aprobadas por el Consejo y la Iglesia, las majestuosas criaturas desaparecían lentamente de la faz de Stratos. Era raro ver alguna cerca de las regiones habitables..*¡Las cosas que he visto!*, pensó Maia, advirtiendo la única y gran compensación a sus aventuras..*Si alguna vez tengo nietas, las cosas que podría contarles* .

Entonces recordó algunas de las historias de Renna sobre otros mundos y panoramas, tan extraños que resultaban inimaginables. Aquello le provocó un estertor de pérdida y envidia. Antes de conocer al terrestre, Maia nunca había pensado en anhelar las estrellas. Ahora lo hacía, y sabía que nunca podría tenerlas.

—Acabo de recordar... —reflexionó el joven Brod—. Algo que leí sobre zoors y similares. ¿Sabéis que los atrae el olor del azúcar quemado? Podemos poner un poco al fuego.

Las mujeres se volvieron a mirarlo.

—¿Y qué? —preguntó Naroin—. ¿Es que pretendes invitarlos a cenar?

Él se encogió de hombros.

—En realidad, estaba pensando que salir volando de aquí podría ser mejor que navegar en esa almadía. De todas formas, es una idea.

Se produjo un largo silencio, y entonces las mujeres se echaron a reír en voz alta, o rugieron ante lo absurdo de la idea. Por desgracia, Maia estuvo de acuerdo. De todos los muchachos que intentaban cabalgar los zoors cada año, sólo un número muy pequeño volvía a ser visto. Con todo, la idea tenía un notable encanto, y podría haberla considerado si los vientos imperantes soplaran hacia un lugar seguro... o incluso hacia tierra firme. Aunque era enormemente inteligente, Brod no tenía instintos prácticos.

Su expresión anhelante, junto con su tímido rubor, acabaron con una duda que Maia había abrigado: que Brod pudiera ser un espía, dejado allí por las saqueadoras para vigilar a las prisioneras. Con todo lo que había vivido en los últimos meses, se había vuelto recelosa. Pero nadie podría fingir aquel súbito paso de la esperanza a la vergüenza. Sus pensamientos eran más similares a los de ella que los del viejo Bennett. O que los de la mayoría de las mujeres a las que había conocido. Era mucho menos románticamente misterioso que su amigo, el alienígena terrestre, pero tampoco eso era ningún problema.

.Te estás volviendo una auténtica apreciadora de hombres, reflexionó, palmeando a Brod en la espalda y volviéndose para regresar al trabajo..*Las Perkinitas, que sólo los utilizan para el sexo y la potenciación, no saben lo que se pierden* .

La almadía había sido construida en cuatro partes, que serían ensambladas

rápidamente a mano cuando las bajaran durante la pleamar. Las vars practicaron todos los movimientos necesarios una y otra vez, en un claro junto al montacargas cubierto. Aunque sin duda sería muchísimo más difícil en el mar, finalmente estuvieron preparadas. Harían el primer intento al día siguiente a primera hora.

Había motivos para darse prisa. Las provisiones sólo durarían ocho o diez días más. Una lancha de la colonia pirata llegaría entonces. Inanna y las demás querían haberse marchado ya para cuando lo hiciera.

¿Y si la lancha no venía nunca? Tanto más motivo para partir pronto. De cualquier forma, estarían hambrientas pero no inanes cuando llegaran a la costa de Méchant.

Ninguna intentó con mucho énfasis persuadir a Naroin y a Maia para que cambiaran de opinión y las acompañaran. Alguien debía quedarse y dar una excusa cuando el barco de suministros llegara (si lo hacía). Con eso la tripulación de la balsa tendría más tiempo para escapar.

—Enviaremos ayuda —aseguró Inanna.

Maia no tenía intención de esperar hasta que cumplieran la promesa. Las que se quedaban se pondrían de inmediato a trabajar en el plan alternativo de Naroin. Maia tenía motivos propios. Si se llegaba a construir un burdo bote, no navegaría con Naroin y Brod hasta el Continente del Aterrizaje, sino que pediría que la dejaran por el camino. Tenía que ser posible descubrir en qué isla vecina se encontraban Renna y las rads, la base pirata secreta donde Maia planeaba agarrar a Leie, sujetarla, y tener unas palabras con ella.

La noche antes de la botadura, dieciocho mujeres y un muchacho se congregaron tarde alrededor de la hoguera, contando historias, bromeando, cantando salomas. Las vars se burlaban del pobre Brod diciendo que era una lástima que la gloria hubiera sido tan escasa, y preguntándole si estaba seguro de no querer ir con ellas, después de todo. Aunque aliviado en cierto modo por la clemencia del tiempo, Brod también parecía triste de haberse escapado por los pelos. Maia supuso con una sonrisa que algo en su interior sentía curiosidad y estaba dispuesto a aceptar el desafío, si se producía.

.No te preocupes. Un hombre tan listo como tú tendrá otras oportunidades, en mejores circunstancias .

La expectación que todas sentían animó el ambiente. Dos de las marineras más jóvenes, una delgada rubia de seis años de Quinnland y una exótica muchacha de siete procedente de Hypatia, empezaron a marcar el compás haciendo chocar la cuchara contra la taza, entonando un rápido himno de celebración que abrió una sesión de cantos de corro.

Ven aquí, ven aquí... ¡No! ¡Vete!,

*eso es lo que oímos decir al alférez.
Sé que prometí atacar,
pero perdí la habilidad,
parece que me perdí en la oscuridad.
¿Es primavera, me parece?
Ven aquí, ven aquí, ven aquí, ven aquí.
Oh, venga tú... ¡No, vete!*

Era una famosa canción de francachela, y apenas importaba que nadie tuviera nada que beber. Las cantantes se inclinaban alternativamente hacia Brod y luego se retiraban, para embarazo de él y diversión de todas las demás.

Una a una, siguiendo el círculo, cada mujer añadía otro verso, más picante, al anterior. Cuando le tocó el turno, Maia pasó con una sonrisa. Pero cuando la ronda parecía a punto de pasar por alto a Brod, el joven se puso en pie de un salto. Al cantar, su voz sonó fuerte, y no se quebró.

*Acércate... ¡No, vete!,
dicen las madres del clan.
No pretendíamos incordiar,
ni incomodar,
pero creímos que iba a nevar
y fue lluvia nada más.
Vamos, vamos, vamos, vamos,
oh, acércate... ¡No, vete!*

La mayoría de las marineras se rieron y aplaudieron, reconociendo la justicia de su salida. Sin embargo, unas pocas parecieron molestas por su intromisión. Las mismas que, días atrás, no habían querido aceptar el voto de un simple muchacho.

Siguieron más canciones. Tras el animado comienzo, Maia advirtió que el ambiente se iba haciendo menos alegre, más sombrío y reflexivo. En un momento dado, una muchacha bajó la cabeza, dejando que sus cabellos cubrieran su rostro mientras entonaba una suave y hermosa melodía, *a capella*. Una canción vieja y triste sobre la pérdida de una compañera amada que había ganado un nicho, fundado un clan, y luego había muerto, dejando hijas clónicas a las que nada importaban los tristes amores de su Fundadora var.

*He ahí su rostro, oigo su voz,
imágenes y sonidos de la juventud perdida.
Ella vive, inmortal, sin conocerme,*

mientras que yo estoy condenada a la muerte.

El viento sopló, levantando chispas del fuego moribundo. Tras esa canción se hizo el silencio hasta que dos vars mayores, Charl y Tortula, empezaron a golpear un tambor improvisado a un ritmo cada vez más rápido.

Cantaron una balada que Maia solía oír de vez en cuando en las avenidas de Puerto Sanger en boca de las misioneras Perkinitas. Una epopeya de días pasados, cuando las tiranías herejes llamadas «los reino». se extendían por las islas de los trópicos. El período casi no se estudiaba en la escuela, ni siquiera lo trataban mucho los fantasiosos romances que Leie solía leer. Pero cada primavera la canción se cantaba en las esquinas, cargada de peligro y de trágico misticismo.

*La regla de la fuerza, poderosos y osados,
repitiendo las costumbres de sus padres,
como en los días humanos de antaño,
la regla de la fuerza, su legado.*

*A la luz de la pira de Wengel,
andando ferozmente, los ojos inflamados,
vinieron los malditos hombres del fuego
a proclamar el Imperio del verano...*

En algún momento entre la Gran Defensa y la Era del Reposo (quizás hacía más de mil años), la rebelión se había extendido por toda la Madre Océano. Envalentonados por el renombre recién obtenido tras la expulsión de los terribles invasores alienígenas, los hombres habían conspirado para reestablecer el patriarcado. Apoderándose de las rutas marinas alejadas de Caria, quemaron barcos y ahogaron a los hombres que no quisieron unirse a su causa. En las ciudades que tomaron, todas las restricciones de la ley y la tradición desaparecieron. La estación de las auroras fue, en el mejor de los casos, un desenfreno. En el peor, un horror.

*... Imperio del verano, nunca elegido
por las mujeres. ¡Llorad por el destino!
¡Pues un frío hado
clama vigilancia, demasiado tarde!*

Cuando Maia le preguntó una vez a una maestra por el episodio, la Sabia Claire hizo una mueca de disgusto.

—La gente simplifica demasiado. Las Perkies nunca hablan en público de

las *alianzas* de los reyes. Recibieron mucha ayuda.

—¿Por parte de quién? —preguntó Maia, sorprendida.

—De las mujeres, por supuesto. Grupos enteros de mujeres. Oportunistas que sabían cómo tenía que terminar.

Sin embargo, Claire se negó a dar más detalles, y en la biblioteca pública no había más que referencias escuetas. Maia sintió tanta curiosidad que Leie y ella se sirvieron del truco de las gemelas para fingir ser clones, y consiguieron entrar en una reunión Perkinita... hasta que algunas parroquianas descubrieron que eran vars, y las expulsaron.

Durante la larga balada, Maia vio cómo las actitudes hacia Brod cambiaban. Las mujeres sentadas cerca de él encontraban una excusa para levantarse: para servirse otra taza de caldo, o ir a la letrina, y cuando regresaban se sentaban más lejos. Incluso Quinnish, la muchacha de seis años que había flirteado descaradamente con Brod durante días, evitó mirarlo a los ojos y se mantuvo cerca de sus compañeras. Pronto, sólo Maia y Naroin estuvieron cerca de él. Valientemente, el joven no dio muestras de darse cuenta.

Era injusto. Él no había tomado parte en crímenes cometidos hacía tantísimo tiempo. Todo habría seguido siendo agradable si Charl y Tortula no hubieran escogido aquella maldita canción. De todas formas, ninguna de aquellas vars podía ser Perkinita. Maia comprendió que los prejuicios pueden ser una cosa compleja.

*... para proteger el don de las Fundadoras,
y nunca olvidar el destino
de aquel futuro, pasado y presente
que hay que salvar del pesar del Hombre.*

Nadie habló mucho después de eso. El fuego se apagó. Una a una, las futuras aventureras se fueron a la cama.

Al regresar de la letrina, Maia pasó a propósito junto al refugio de Brod, separado de los demás, y le deseó buenas noches. Después, volvió a sentarse junto a las ascuas, cuando ya todas las demás se habían acostado, y contempló los troncos brillar y animarse cuando las ráfagas de viento los sacudían.

Un poco más allá, hacia el bosque, Naroin alzó la cabeza.

—¿No puedes dormir, copito de nieve?

Maia respondió encogiéndose de hombros, dando a entender a la otra mujer que se ocupara de sus propios asuntos. Alzando un poco las cejas, Naroin captó la indirecta y se dio la vuelta. Pronto, suaves ronquidos se alzaron de entre las sombras, por todas partes, de aquellos bultos discernibles sólo como contornos vagos. Las ascuas se extinguieron aún más y se hizo la oscuridad, permitiendo que las

constelaciones brillaran con fuerza cuando se las podía ver entre las nubes. Los agujeros en el cielo se fueron haciendo más estrechos a medida que pasaba el tiempo.

Sin estrellas que la distrajeran, Maia vio cómo algún soplo de brisa esporádica jugaba con la hoguera apagada.

Sacudido por una ráfaga, algún trozo se iluminaba de repente, desprendiendo chispas rojas antes de volver a apagarse con la misma rapidez. Consideró que las pautas de luz y oscuridad no eran en modo alguno aleatorias.

Dependiendo de los suministros de combustible, aire y calor, se producían continuos cambios de mayor o menor intensidad. Una zona podía oscurecerse porque las zonas que la rodeaban se iluminaban, consumiendo todo el oxígeno, o viceversa. Maia contemplaba otro ejemplo más de algo que, en cierto modo, se parecía a la ecología. O a un juego. Un juego de fina textura, con complejas reglas propias.

Las pautas eran fascinantes. Otro trance geométrico atrajo su atención, dispuesto a absorberla. Tentada, esta vez rehusó. Su atención era necesaria en otra parte.

Suavemente, sin hacer ningún movimiento brusco, Maia cogió un palo e hizo rodar una de las ascuas más encendidas hasta su taza. La cubrió con un pequeño plato de los suministros dejados por las saqueadoras, y esperó. Pasó una hora, durante la cual pensó en Leie, y en Renna, y en la balada de los reyes... y, sobre todo, en si se estaba comportando como una estúpida al preocuparse por una sospecha que sólo se basaba en la pura lógica, puesto que no tenía ninguna prueba que la apoyase.

Al final, alguien fue a sentarse junto a ella.

—Bien, mañana es el gran día.

Le hablaban en voz baja, casi en un susurro, para evitar despertar a las demás. Pero Maia reconoció la voz sin alzar la cabeza. *Lo que pensaba*, se dijo, mientras Inanna se sentaba a su izquierda.

—No esperaba que estuvieras demasiado excitada para poder dormir, puesto que vas a quedarte —dijo la gran marinera en un tono desenfadado y amistoso—. ¿Tanto nos echarás de menos?

Maia miró a la mujer, que parecía *demasiado* relajada.

—Siempre echo de menos a mis amigas.

Inanna asintió vigorosamente.

—Sí, tenemos que volver a vernos, tal vez en alguna ciudad costera. En una ocasión u otra, cuando todas estemos juntas bebiendo cerveza, sorprenderemos a las parroquianas con nuestro relato. —Se inclinó hacia Maia, en tono conspirador—. Por cierto, tengo algo, si quieres un sorbo.

Sacó un frasquito que se agitaba y borboteaba.

—Las malditas saqueadoras se olvidaron de esto, benditas sean. ¿Te apetece una copa? ¿Para no tener resentimientos?

Maia sacudió la cabeza.

—No debería. El alcohol se me sube a la cabeza. Luego no serviré para nada cuando me necesitéis en la botadura.

—Tampoco servirás de nada si estás despierta e inquieta durante toda la noche. — Inanna quitó el tapón y Maia vio cómo daba un largo trago. La marinera se secó la boca y le tendió el frasco—. ¡Ah! Está bueno, créeme. Te pone los pelos en su sitio, y te los quita de donde no encajan.

Con prevención un tanto exagerada, Maia cogió el frasco y olisqueó el fuerte aroma de malta.

—Bueno... sólo uno.

Se llevó el gollete a la boca y dejó que un hilillo de licor corriera por su garganta. Las toses que siguieron a continuación no fueron fingidas.

—¿Qué, no te calienta por dentro? Escarcha para la nariz y jugo de llamas para el estómago. Como digo siempre, no hay mejor combinación.

En efecto, Maia sentía el calor extenderse por su cuerpo, pese a haber bebido tan poca cantidad. Cuando Inanna insistió en que tomara otro trago, no le costó mostrar ambivalencia, atracción y rechazo al mismo tiempo.

A pesar de todos sus esfuerzos, un poco más de líquido le mojó la lengua. Era fuerte. La tercera vez que la botella pasó de una a otra, consiguió bloquear mejor el licor, pero el fuerte aroma se le metió por la nariz, haciendo que se sintiera mareada.

—Gracias. Parece... funcionar —dijo Maia lentamente, sin intentar fingir un habla pastosa. Al contrario, habló animadamente, como una mujer achispada que no quiere que se note—. Sin embargo, ahora mismo... pienso que será mejor que lo deje y me acueste.

Con deliberado cuidado, cogió plato y taza y se dirigió hacia su manta que estaba en la periferia del campamento.

—Que duermas bien, virgie —dijo la otra mujer. Era fácil detectar una nota de satisfacción en su voz.

Maia mantuvo la apariencia de una muchacha cansada que se acostaba alegremente para pasar la noche. Pero por dentro rugía, casi segura ahora de que sus sospechas eran ciertas. Disimuladamente, mientras se metía bajo las mantas, observó cómo Inanna se alejaba del círculo de la hoguera para meterse en su propia manta, al otro extremo del campamento. Apenas una sombra difícil de discernir, la mujer no se acostó, sino que permaneció en cuclillas, o sentada, esperando.

.Antes nunca habría imaginado una cosa así, pensó Maia..No hasta que Tizbe y Kiel y Baltha... y Leie... me enseñaron lo traicionera que puede ser la gente. Ahora es como si lo supiera todo, una pauta que veo desplegarse .

Todo había comenzado poco después de que las abandonara, en el debate para discutir si había que construir una gran balsa o un par de botes pequeños.

Naroin tenía razón. En aquel archipiélago, una chalupa con vela y timón podría

sortear los bajíos y las islas con más posibilidades de escapar, incluso si la localizaban. Una balsa, en caso de ser avistada, sería presa fácil.

Pero eso significaba suponer que los barcos piratas estaban por allí cerca, patrullando con frecuencia. De hecho, las vigías sólo habían visto dos velas lejanas en todos los días que habían pasado desde su abandono. Haría falta una auténtica coincidencia para que las saqueadoras aparecieran justo cuando la almadía zarpara.

.A menos que se las avisara de algún modo .

Maia encontraba toda la situación ridícula.

.¿Por qué abandonar a un puñado de marineras experimentadas en una isla sin supervisión? Tendrían que saber que intentaríamos escapar. Tratar de recibir ayuda. Alertar a la policía .

Los hoscos murmullos de Naroin tras la crucial votación habían puesto a Maia sobre la pista. ¡Tenía que haber una espía entre ellas! Alguien que guiara el inevitable intento de huida de forma que lo hiciese más vulnerable, más fácil de aplastar. Y, sobre todo, alguien bien situado para advertir a las piratas a tiempo de preparar una emboscada.

.Me pregunto cuál será su plan. ¿Capturar a las que vayan a bordo de la balsa y traerlas de vuelta? El fracaso sin duda haría que su moral se viniera abajo, y dificultaría nuevos intentos.

.Pero eso no es ninguna garantía contra otros intentos. Deberían trasladar a las fugadas a una prisión más segura, como el lugar donde estaban Renna y las rads .

Pero no. Si ese fuera el caso, ¿por qué no poner a las marineras allí desde el principio?

Fríamente, Maia no conocía más que una respuesta lógica..*Por implacable que parecieran después de la lucha, rompiendo el Código del Combate y todo, no pudieron atreverse a asesinar deliberadamente a las cautivas. No con tantos testigos. Los hombres del Intrépido.. Renna. Ni siquiera la propia tripulación de las saqueadoras podía conocer un secreto semejante .*

¿Pero encargarse de las cosas más tarde? Usar un barco pequeño, tripulado sólo por las piratas de más confianza. Alcanzar la balsa, a la deriva e indefensa. No habría necesidad de luchar. Bastaría lanzar algunas piedras. Marcharse sin dejar rastro. Lástima...

La furia de Maia ardía, evaporando cualquier posible resto de alcohol. Haciéndose la dormida, observaba con los ojos entrecerrados el oscuro bulto que era Inanna, esperando a que se moviera.

Habría sido mejor, más seguro, comprobar sus sospechas de una forma más sutil, acostándose cuando lo hicieron todas las demás, y luego arrastrarse hasta un árbol para vigilar desde allí. Pero eso podría haber requerido toda la noche. Maia no tenía mucha fe en su capacidad de concentración ni sabía si sería capaz de no quedarse

dormida. ¿Y si pasaban horas y horas? ¿Y si estaba equivocada?

Mejor hacer salir a la espía pronto. Maia había decidido simular que pretendía permanecer despierta toda la noche. Un molesto inconveniente que tal vez hiciera que a la agente sabotadora le entrase el pánico. Tenía que acelerar el reloj subjetivo de la espía. Obligarla a actuar antes de que pudiera suceder otra cosa.

Y funcionó. Ahora Maia tenía un objetivo que vigilar. Saber que tenía razón favorecía enormemente su concentración.

Sin embargo, el oscuro bulto no se movió. El tiempo parecía pasar con lentitud geológica. Más segundos, minutos, se arrastraron. Le picaban los ojos de tanto fijarlos en un contraste apenas perceptible en la negrura.

Decidió cerrarlos por turnos. La mancha de sombra permaneció inmóvil.

El humo de las ascuas revoloteó hacia ella. Maia se vio obligada a cerrar los ojos más tiempo, para que no se le resecaran.

El pánico se apoderó de ella cuando volvió a abrirlos. En algún momento... quién sabía cuándo, había dado una cabezada, quizás incluso se había dormido. Fijó la vista, intentando detectar algún cambio al otro lado del campamento, y sintió una creciente incertidumbre. Tal vez no fuera aquel *leve* bulto lo que tenía que vigilar, después de todo. Tal vez fuera otro. Se había quedado dormida y ahora su objetivo se había marchado. ¡Oh, si al menos aquella noche hubiera luna!

.Si descubriera con qué planea hacer las señales. Ése había sido el motivo de que Maia diera paseos y más paseos por la isla, con la excusa de estudiar los horarios de las mareas. Había metido la cabeza bajo troncos y en cavidades rocosas por todo el perímetro. Por desgracia, no logró descubrir lo que estaba oculto, y ahora debía decidir. ¿Esperar un poco más? ¿O intentar dirigirse al bosque y empezar a buscar a alguien que ya podía llevarle una buena delantera?

.Maldición. Nadie podría ser tan paciente. Tiene que haberse marchado ya .

.Bien, allá voy...

Maia estaba a punto de quitarse la manta, pero se detuvo bruscamente cuando la sombra se movió. Hubo un leve sonido, mucho más suave que los estentóreos ronquidos del joven Brod. Maia vio embelesada cómo una forma se incorporaba, y luego se marchaba muy despacio. En un momento determinado, un puñado de estrellas quedaron ocultas por la silueta de una mujer fornida.

.Ahora. Tan silenciosamente como le fue posible, Maia se destapó y rodó por el suelo. Sacó de debajo de su manta las cosas que había preparado antes. Una vara envuelta en un extremo con enredaderas secas. Un cuchillo de piedra. La taza que contenía un trozo de ascua que apenas brillaba ya. Siguiendo un camino cuidadosamente memorizado, se internó en el bosque, hasta llegar a un sitio escogido, donde se detuvo y escuchó.

¡Allí, al este! Crujían ramitas y guijarros, levemente al principio, pero con

creciente descuido a medida que la distancia entre la espía y el campamento aumentaba. Maia se obligó a esperar un poco más, verificando que la mujer no se detuviera a intervalos, para ver si la seguían.

No hubo interrupciones. Excelente. Cuidando de hacer el menor ruido posible, con los ojos atentos a las ramas secas del suelo del bosque, Maia empezó a seguirla. La pista se internaba entre los árboles, lo que explicaba por qué en su exploración de los acantilados no había descubierto nada. Fue razonable pensar que el aparato para hacer señales estuviera guardado en un lugar donde una lámpara o linterna pudiera ser vista desde otra isla. Pero Inanna era demasiado lista para esconder las cosas donde pudieran ser descubiertas por casualidad.

El pie de Maia tropezó con algo agrietado y crujiente, cuya queja al ser aplastado pareció lo bastante fuerte para despertar a Perséfone en el Hades. Se detuvo en seco, intentando escuchar, pero le estorbaban los acelerados latidos de su corazón. Tras una larga pausa, oyó por fin que los suaves pasos reemprendían el camino por delante de ella. Algo iluminado sólo por las estrellas apareció ante un grupito de árboles, perturbando su simetría. Maia continuó la persecución, más atenta que nunca.

Fue una suerte. Cuando las nubes se hicieron más densas y la oscuridad fue aún mayor, un leve olor la detuvo de nuevo. Un cambio en el flujo del aire, del viento. Los pasos de su presa se desviaron repentinamente a la izquierda, y Maia comprendió bruscamente por qué.

Justo delante, en la dirección hacia la que se movía, unas cuantas estrellas aparecieron brevemente, provocando un millar de reflejos brillantes en una concavidad: el cráter, mucho más temible que de día. El precipicio cristalino se abría a pocos metros, como las mandíbulas de un ser antiguo y poderoso, ansioso por un bocado de medianoche. Maia deglutió con dificultad. Se volvió hacia la izquierda y continuó, escrutando el suelo con más atención que antes. Por fortuna, el sendero no tardó en apartarse del terrible pozo. Un poco más adelante, se produjo un leve sonido, como el rozar de piedra contra piedra. Maia se detuvo, lo oyó repetirse. Entonces esperó un poco más.

Nada. Silencio. Sólo el viento y el bosque. Atenta, por si se trataba de una trampa, Maia continuó inmóvil y contó hasta sesenta. Por fin, continuó avanzando, concentrándose para no perder la localización de aquel sonido final. Una abertura en el manto de nubes, cerca del horizonte, mostró una esquina de la constelación Ciclista. La usó como referencia mientras sorteaba árboles y otros obstáculos, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que algo iba mal.

.Debo de haber ido demasiado lejos. ¿O no?

No podía ver ni oír a nadie. No podía descartar la idea de una emboscada.

Dos pasos más hacia delante y sus pies rozaron una superficie plana y arenosa, salpicada a intervalos regulares por finos canales. Tras mirar en derredor, Maia se dio

cuenta que se encontraba entre enormes formas rocosas, en un claro donde no crecían ni siquiera arbustos. Extendió la mano para tocar la más cercana de las gastadas piedras. Piedra *trabajada* con ángulos rectos erosionados. Era una de las ruinas que cubrían la altiplanicie de la isla. Pocos lugares serían más adecuados para colocar una trampa.

Con cuidado, fue palpando el camino a lo largo de una pared hasta que ésta terminó. Pasando al otro lado, verificó que nadie la esperaba detrás. No allí, al menos. Maia se arrodilló y dejó su carga en el suelo. Cerró un ojo, para proteger su adaptación a la oscuridad (un truco que le había enseñado hacía mucho tiempo el viejo Bennett, durante sus noches dedicadas a la astronomía), y alzó la taza que contenía el ascua. Protegiéndola con una mano, sopló hasta que cobró vida, y luego la colocó encima de las hojas secas que remataban su palo. Maia cogió el cuchillo de piedra con la mano izquierda, y agarró el mango de la vara con la derecha. Brotó un poco de humo.

Bruscamente, la antorcha prendió con un audible fognazo. Maia se puso rápidamente en pie, alzándola por encima de su cabeza para que iluminara todo menos sus ojos. Las oscuras sombras huyeron hacia las paredes de piedra y los troncos de los árboles. Dispuesta a explotar el factor sorpresa, Maia corrió para dar la vuelta a las ruinas, asomándose a todos los rincones donde Inanna podía estar parpadeando, deslumbrada.

Nada. Maia dio otra vuelta, esta vez comprobando los lugares donde podía haber algo oculto, incluso las ramas más bajas. En cualquier momento, si era necesario, estaba dispuesta a usar la antorcha como arma.

.Maldición. Inanna debe de haber estado lo bastante lejos para agacharse cuando encendí la antorcha .

.Lástima. Creía que por fin había aprendido a hacer las cosas bien. Supongo que hay gente que no cambia .

Sintiéndose agotada, decepcionada, Maia buscó la zona más plana entre las ruinas y se sentó.

La piedra se movió bajo su peso.

Se levantó y se dio la vuelta, acercando la antorcha a la losa. Parecía sólo otro trozo de pared cincelada, entre un montón más. *Vamos. Te estás precipitando .*

Una brisa hizo que las llamas fluctuaran hacia arriba.

¿Hacia arriba? Maia extendió la mano, y notó una leve corriente de aire. Dio con el pie un pequeño empujón a la losa. Piedra rozando contra piedra, un sonido familiar. La losa se movió con facilidad.

—Bueno, soy una sangradora atíp. —Maia parpadeó ante una súbita visión mental del cráter cristalino, con el aspecto que tenía durante el día.

Había imaginado una red de formas regulares tras la vítrea cobertura, y luego lo

había descartado como producto de su hiperactivo sistema de reconocimiento de pautas. Pero ahora la concepción mental volvió a aparecer ante ella: capas que había considerado sedimentarias, pero a las que la imaginación daba formas de habitaciones, corredores.

—Por supuesto.

Alguien había excavado una especie de mina o de sistema de túneles aquí. Tal vez lo habían hecho por seguridad, aunque no consiguieron nada contra lo que fundió aquel terrible agujero.

Tras inclinarse a examinar la piedra, Maia intentó desentrañar su secreto.. *¿Echarla hacia atrás? No, ya veo .*

.¡Empujarla a la izquierda... y luego hacia arriba!

La losa rotó, revelando un sólido trabajo de ranuras y clavijas. Unas escaleras de piedra, bastante burdas en la porción superior, se perdían en la oscuridad. Con cuidado, Maia adelantó una pierna y se internó en ellas, agachándose torpemente bajo las raíces del bosque.

.La antorcha está ya medio consumida. Será mejor que lo hagas rápido, muchacha .

Los peldaños se terminaban unos cinco metros más abajo; seguía un túnel bajo sostenido por arcos primitivos.

Maia tuvo que agacharse mientras las llamas lamían el techo, prendiendo telarañas y convirtiéndolas en piras chispeantes. Por fin, el pasadizo desembocó en una habitación subterránea.

Polvo y pedazos de piedra cubrían todas las superficies, excepto una mesa de madera y una silla rodeadas de marcas de roces y pisadas. En un rincón había un cubo de basura, cuya capa superior consistía en mondas de naranja y frutas aún aromáticas.*Alguien ha estado comiendo mejor que las demás, pensó, amargamente.* En una caja de madera encontró una bolsa de galletas de sésamo y una naranja, ya algo pasada..*No me extraña que tengas tanta prisa por botar la almadía. Te estabas quedando sin suministros, Inanna .*

Una manta colgaba sobre la única salida. Maia la descorrió. Unos cuantos metros más allá, había otras escaleras. Hizo tiras la manta, y envolvió la mitad en la antorcha, justo debajo de la parte ardiente. Una tira prendió demasiado pronto y la dejó caer, maldiciendo entre susurros. Maia se guardó el resto en el cinturón, junto con el cuchillo, y continuó avanzando.

La polvorienta sensación de tiempo fue aumentando mientras descendía en espiral por las escaleras cilíndricas.

Eran las originales, finalmente talladas y gastadas varios centímetros en el centro por incontables pisadas. Cada peldaño tenía la forma de un segmento circular, y cada eje radial se apoyaba en el que tenía debajo. En el centro, las proyecciones en forma

de disco de cada cuña se apilaban unas sobre otras, formando una barandilla redonda y vertical que Maia utilizó para apoyarse mientras bajaba más y más, vuelta tras vuelta.

Después de bajar unos diez metros, Maia se detuvo ante una puerta y un rellano que conducían a habitaciones oscuras. La luz de la antorcha reveló techos en forma de arco, algunos desplomados, que se perdían en la negrura total. No se oía nada. El polvo intacto indicaba que nadie había recorrido aquella zona en años. Sintiéndose extrañamente helada, Maia continuó bajando, pasó por un segundo rellano... y por un tercero... y otro más, hasta que por fin oyó claramente un sonido que subía por el hueco. Leve, aunque muy claro, tenía su origen más abajo.

.¡Oh, si hubiera un ascensor!, se dijo Maia con ironía, mientras pensaba en lo que sería rehacer todo el camino subiendo..*Ni siquiera la maldita bodega Lamai era así. Era un lugar odioso, pero al menos tenían un montacargas y una ristra de bombillas de dos vatios.* No tenía claro lo que haría si se quedaba allí atrapada con la antorcha apagada. En teoría, regresar sería simple. Bastaría seguir las escaleras hacia arriba, y abrirse paso hacia el aire fresco. En la práctica, sin duda sería aterrador..*Me pregunto qué clase de lámpara tiene Inanna .*

Ahora las paredes estaban resquebrajadas, como torturadas por un antiguo golpe o temblor. Peor, los mismos peldaños estaban hendidos, rotos. Su parte inferior había cedido, aquí y allá, lanzando una lluvia de escombros de piedra sobre los tramos inferiores de escalera. Algunos se bamboleaban de una forma que Maia encontró enervante. En varias zonas había huecos.

Maia estaba segura ya de que el gran cráter cristalino no era volcánico, ni natural, sino un artefacto de guerra.

Aquí había vivido gente, en las profundidades, buscando protección. Y alguien había venido a por ella, sacudiendo los niveles más profundos.

La escala de aquellos antiguos acontecimientos la asustaba, y ahora mismo lo último que necesitaba era más miedo.

Los sonidos se aproximaban: chasquidos ocasionales. Y una brisa fresca.

Maia estuvo a punto de tropezar cuando las escaleras se acabaron. La tensa espiral terminaba sin previa advertencia en una habitación con puertas que se abrían en tres direcciones. Al principio tuvo que recorrer el perímetro de la cámara, intentando enderezar la postura agachada que había mantenido inconscientemente durante el descenso. Finalmente, se chupó un dedo para sentir la brisa, contempló el fluctuar de la antorcha moribunda, y buscó las huellas en el suelo.

.Esa puerta .

Detrás se extendía un pasadizo tallado en roca de la isla, que se prolongaba habitación tras habitación, hasta donde alcanzaba la tenue luz de la antorcha. Maia introdujo la antorcha en la primera cámara, y la encontró vacía, a excepción de un

gran banco de piedra pulida que tenía una disposición regular de agujeros uniformes abiertos en su superficie superior, como si alguien lo hubiera preparado para que sujetara los tacos de algún extraño juego.

Sin embargo, supo instintivamente que en aquella especie de cripta nunca se había practicado «juego». alguno.

Sintió un escalofrío.

Los golpecitos se hicieron más fuertes cuando continuó caminando. Un grave susurro también aparecía y desaparecía, rítmicamente. La antorcha empezó a chisporrotear. Era el momento de decidir si la alimentaba con más tiras de tela o si dejaba que se apagase. Le hizo falta todo su valor para tomar la decisión lógica.

Maia avanzó con la mano izquierda apoyada en la pared, los ojos intentando memorizar el contorno del pasillo anterior... Entonces sucedió. Un último aleteo y la antorcha se apagó. Sumida en una súbita y total oscuridad, frenó el paso pero siguió moviéndose, combatiendo la urgencia de echar a correr en la dirección opuesta. En cambio, pisó con cuidado para evitar hacer sonidos innecesarios.

Bruscamente, sus dedos perdieron contacto con la pared izquierda, lo que le provocó una oleada de vértigo.

.No te dejes llevar por el pánico. Es sólo la puerta siguiente, ¿recuerdas? Sigue avanzando, extiende el brazo, y encontrarás la otra jamba .

Tardó una eternidad... o unos cuantos segundos. Debió de desviarse al avanzar, pues el siguiente contacto físico se produjo cuando golpeó el otro extremo de la entrada con el codo. Le dolió, aunque restaurar el contacto le resultó tranquilizador, así como atravesar el umbral. En medio de la negrura absoluta, resultaba aún más fácil que antes imaginar monstruos. Criaturas que no tenían necesidad de luz.

.Las auténticas stratoianas, pensó, intentando liberarse de una espiral de pánico. Había cuentos tontos que contaban las hermanas mayores sobre las míticas y primigenias habitantes de Stratos, expulsadas hacía tiempo por la invasión homínida. Antaño tímidas e inocentes, las criaturas habitaban ahora bajo tierra, lejos del cielo abierto.

Amargas, vengativas... hambrientas. Era un cuento de hadas, por supuesto. Que ella supiera, no existía prueba alguna de la existencia de seres semejantes.

.Pero claro, tampoco había oído jamás de cráteres de cien metros brotando en mitad de las montañas .

Otra puerta engulló la mano de Maia, sobresaltándola más que la vez anterior, convenciendo a su susceptible imaginación que unas mandíbulas vengativas estaban a punto de cerrarse a la altura de su hombro. Cuando la pared apareció, esta vez golpeando su muñeca, dejó escapar un suspiro físico de alivio.

.Basta. Piensa en otra cosa. En el Juego de la Vida .

Lo intentó. Había muchas cosas con las que trabajar. Las manchas que su córtex

cerebral producía, a falta de los impulsos visuales de los ojos, creaba ante ella un panorama de puntos efímeros que fluctuaban como el tablero de Renna a máxima velocidad. Era fascinante pensar que allí pudiera haber significado. Algún gran secreto o principio que encontrar entre las descargas aleatorias de fondo que tenían lugar dentro de su propio cráneo.

.Y también puede que no signifique nada .

Maia reemprendió la marcha, atravesando otra puerta, y otra. Antes de que pasara mucho tiempo, estuvo segura de que los sonidos se habían hecho más fuertes, más claros. Pronto supo que sus primeras sospechas eran acertadas. Sólo podía tratarse del sonido del agua..*Debo de haber bajado hasta cerca del mar* .

Notó el olor del aire fresco. Más importante, casi podía jurar que en lo alto la horrible oscuridad era aliviada por un leve resplandor. Una tenue fuente de luz. Incluso antes de que distinguiera conscientemente el suelo, le resultó más fácil caminar. Zonas más claras en la oscuridad le hicieron tener más confianza en sus pasos.

Pronto tuvo más que sospechas. Por delante, vio lo que sólo podía ser un reflejo. Una pared, levemente iluminada por alguna suave fuente de luz que no podía ver de modo directo.

Maia se acercó con cuidado. Era una intersección en forma de T, iluminada por un lado. Se deslizó a lo largo de la pared derecha, llegó a la esquina y asomó apenas un ojo.

Era otro pasillo que terminaba unos veinte metros más allá en una gran sala. La fuente de luz se encontraba dentro, aunque no a la vista. Mientras empezaba a acercarse, vio aquellos extraños reflejos ondulantes que se agitaban en el techo de la habitación. Los sonidos eran más fuertes, un inconfundible goteo de líquido sobre líquido. En la distancia, las olas rugían al golpear contra las rocas.

.Así que de eso se trata. Maia se detuvo en la entrada, cuyas puertas dobles, en otro tiempo orgullosas, se combaban ahora hacia las paredes, reducidas a tablones cubiertos de moho y sujetos por goznes oxidados. Dentro había otra mesa y sobre ella una lámpara de aceite con un pábilo mal ajustado. Más allá, la mitad de la amplia alcoba descendía hasta una laguna de agua de mar. Diez metros más lejos, la plácida superficie pasaba bajo un saliente rocoso, parte de un túnel que conducía a la oscuridad y finalmente (a juzgar por los sonidos apagados) al mar abierto. Había un pequeño bote atracado a un embarcadero, el mástil desmontado, la vela plegada pero lista.

Maia sujetó su palo con ambas manos, dispuesta a blandirlo si era necesario. Miró a derecha e izquierda, pero no había nadie a la vista. Tampoco había otras salidas. El vacío era más enervante que cualquier confrontación directa.

.¿Dónde está?

Maia se acercó a la mesa. Junto a la lámpara había una especie de caja abierta provista de botones y de una pequeña pantalla. Reconoció una consola de comunicación; estaba conectada a un fino cable que se prolongaba hacia el túnel marino. Una antena, presumiblemente. ¿O quizás un enlace de fibra, una conexión directa con otra isla? Parecía una extravagancia. Pero con el tiempo, podía merecer la pena, si la trampa-prisión se usaba con mucha frecuencia.

La pantalla estaba iluminada con una, línea de letras diminutas. Quizás el mensaje le revelara algo. Maia colocó el palo sobre la mesa y se inclinó hacia delante para leer.

LA CURIOSIDAD TIENE UN PRECIO...

¡Oh, sangradoras...!

Maia agarró su arma cuando un sonoro estrépito explotó a su espalda. Girando con la antorcha muerta en las manos, vio cómo la antigua y ajada puerta se desplomaba cuando una furia en forma de mujer cargaba contra ella.

El alarido de Inanna sacudió las paredes de piedra, haciendo que Maia temblara, golpease el aire y no alcanzara a la saqueadora, quien esquivó hábilmente el mandoble, agarró la camisa y el cinturón de Maia, y usó su fuerza bruta más su impulso para lanzarla por los aires.

La trayectoria de Maia duró lo suficiente para que ésta se diera cuenta hacia dónde se dirigía. Soltando el inútil palo, inhaló profundamente antes de que el agua la golpeará con su puño helado. De la impresión perdió la mitad del aire de sus pulmones. Con todo, consiguió no salir de inmediato a la superficie. Por pura fuerza de voluntad, se zambulló y pataleó, nadando tan profundo como pudo hacia la derecha. Si era posible salvar una cierta distancia sin que Inanna lo supiera, podría salir rápidamente, preparándose para una lucha igualada: la desesperación juvenil contra la experiencia.

¿Una lucha igualada? Ni lo sueñes .

Maia se sintió llegar al límite. En el último segundo, se acercó al negro borde de la laguna y salió a la superficie. Jadeando, se agarró con ambos brazos y subió una pierna, intentando auparse. Pero casi de inmediato un dolor lacerante se la hizo retirar. Parpadeando, vio a su enemiga alzarse sobre ella con la pierna levantada para descargar otro golpe.

Llevada por la necesidad, se concentró en aquel objetivo y se rebulló, agarrándose y retorciéndose. Inanna se tambaleó con un grito y cayó, golpeándose la pelvis contra el suelo de piedra.

Una vez más, Maia luchó por salir del agua. Esta vez tenía ya una rodilla en la roca y se impulsó...

La otra mujer se recuperó demasiado rápidamente. Rodó, derribando a Maia, lanzándola al agua una vez más.

Entonces los brazos de Inanna se convirtieron en molinos de viento que descargaron sin cesar golpes sobre la cabeza de la muchacha. Una mano la agarró por el pelo, empujándola bajo la superficie. Maia luchó por soltarse, por nadar hacia otro lugar, incluso hacia el centro de la laguna. El túnel podría ofrecerle algún tipo de refugio, aunque más allá se encontraban el mar abierto y la muerte.

Consiguió ganar cierta distancia, entonces se detuvo con un súbito tirón. ¡Inanna la tenía cogida por el pelo!

Maia estalló, sorbiendo aire, y se sintió arrastrada de nuevo hacia el borde. Pataleó contra el malecón de piedra, esperando arrastrar a Inanna consigo. Pero la mujer se sujetó bien, arrastró a Maia y, una vez más, la agarró por la cabeza y la sumergió.

Mientras las burbujas se le escapaban por la boca, Maia se palpó el cinturón. Las tiras de la manta se interponían, pero por fin encontró el cuchillo de piedra. Liberarlo de los pliegues del cinturón y los pantalones casi la llevó al límite de sus fuerzas antes de que el éxito la recompensara. Desesperada, sin demasiada fuerza para apuntar, alzó el brazo y descargó un tajo.

El grito resonó, incluso bajo el agua. La presión cedió y Maia: emergió, sorbiendo aire entre gemidos.

Entonces, casi sin solución de continuidad, las manos volvieron a agarrarla. Maia las apuñaló, alcanzándolas otra vez. De repente, una sólida tenaza asió su muñeca.

—Buen movimiento, virgie —dijo la saqueadora con los dientes apretados, controlando el dolor—. Ahora lo haremos despacio.

Todavía sujetando la muñeca de Maia, Inanna utilizó la otra mano para seguir hundiéndole la cabeza en el agua... entonces dio un tirón para permitirle respirar. La expresión difusa del rostro de la mujer era de total diversión. El momento de respiro terminó y Maia se sumergió de nuevo. Todavía debatiéndose, trató de apoyarse contra la pared, pataleando. Pero Inanna estaba bien sujeta, y pesaba demasiado para que pudiera derribarla por la fuerza.

El frío entumecedor empezaba a apoderarse de Maia, bañando y suavizando el dolor de las magulladuras y de sus pulmones ardientes. Advirtió que el agua que la rodeaba se volvía de colores, en parte a causa de la inconsciencia que comenzaba a envolverla, pero también de una creciente mancha roja. La sangre brotaba a raudales de los cortes de Inanna, tiñendo los brazos y el cabello de Maia. Inanna quedaría muy debilitada. Buena noticia si la lucha tenía mucho futuro.

Pero era el fin. Maia sentía que las fuerzas se le acababan. El cuchillo de piedra escapó de su mano flácida.

Cuando Inanna volvió a sacarle la cabeza a la superficie, apenas tuvo energías

para jadear. Vio que la saqueadora la miraba con una expresión extraña. Inanna empezó a inclinarse hacia delante, preparándose para lo que sería el último ataque.

Sin embargo, Maia se encontró preguntándose aturdida: *¿Por qué hay tanta sangre?*

La mujer seguía adelantándose, inclinándose más de lo que era necesario para asesinar a Maia. ¿Para burlarse?

¿Para murmurar palabras de despedida? ¿Un beso de adiós? Su rostro gravitó hasta que, de golpe, cayó con todo su peso al agua, encima de Maia, arrastrándola con ella al fondo.

La sorpresa se convirtió en acción. En alguna parte, Maia encontró la fuerza para zafarse de la tenaza cada vez más débil de su enemiga. La última imagen que tuvo de la saqueadora, grabada al rojo en su cerebro, fue sorprendentemente la de una *flecha* asomando en la base de su cuello.

Maia salió a la superficie tan débil que no pudo emitir más que un débil e inadecuado suspiro interno. Incluso eso se difuminó mientras volvía a hundirse... sólo para sentir cómo una mano se cerraba alrededor de sus cabellos flotantes.

Fue lo último que supo durante un rato.

—Supongo que podría haber intervenido antes, o hecho algo más. Tenía una preparada, lista para volar. De todas formas, pareció una buena idea en su momento.

Maia no comprendía por qué Naroin se estaba disculpando.

—Te doy las gracias por salvarme la vida —dijo, temblando en la silla, envuelta en lo que parecía toda una hectárea de vela, mientras la ex contramaestre examinaba el cuerpo de Inanna en busca de pistas.

—Estamos en paz. Me has salvado de quedar hecha papilla. Yo también me he dedicado a seguir a esta zorra, pero la he perdido. Me habría caído al cráter si no hubieras encendido la antorcha cuando lo hiciste. De cualquier manera, me costó mucho trabajo encontrar las escaleras después de que tú entraras.

Naroin se levantó.

—¡Carne de lúgars y guiñapos! Nada. Ni una maldita cosa. Era una profesional, desde luego. —Naroin soltó el cadáver y se acercó a la mesa para estudiar la consola comunicadora—. ¡Maldición y maldición!

—¿Qué pasa?

Naroin sacudió la cabeza.

—No es una radio. Debe de ser un enlace por cable. Puede que esté conectado a un señalizador infrarrojo, colocado en las rocas, fuera.

—Oh. Yo... no ha-había pensado en esa po-posibilidad.

No había otra forma de controlar los temblores excepto quedarse allí, envuelta en la vela del pequeño bote. La ropa de la muerta estaba mojada y la de Naroin era

demasiado pequeña para compartirla.

—¿Entonces no podemos llamar a la policía?

Con un suspiro, Naroin se sentó en el borde de la mesa.

—Copo de nieve, la tienes delante.

Maia parpadeó.

—Por supuesto.

—Sabes lo suficiente para deducirlo de un momento a otro, así que supongo que es mejor decírtelo ahora que esperar a que exclames «¡Eureka!». de repente, allá afuera.

—La droga... estabas investigando...

—En Lanargh, sí. Durante algún tiempo. Luego me asignaron algo más importante.

—Renna.

—Mm. Al parecer tendría que haberme quedado contigo. Pero nunca imaginé un caso como éste. Se ve que hay gente de todo tipo a la que no le importa hacer lo que haga falta con tal de utilizar a tu Hombre de las Estrellas.

—¿Incluyendo a tus jefas? —preguntó Maia, enarcando una ceja.

Naroin frunció el ceño.

—Hay gente en Caria preocupada por una invasión, o por otras amenazas a Stratos. Personalmente, estoy convencida de que él es inofensivo. Pero eso no garantiza que no represente ningún peligro...

—No me refería a eso, y lo sabes —cortó Maia.

—Sí. Lo siento. —Naroin parecía preocupada—. Sólo puedo hablar por mi jefa directa. Es de fiar. ¿Y las políticas de más arriba? No lo sé. Ojalá lo supiera, bien lo sabe Lysos.

Guardó silencio, luego se inclinó para estudiar de nuevo la consola.

—La cuestión es: ¿tuvo Inanna tiempo de enviar la noticia de la huida de mañana? Tenemos que asumir que sí.

Eso da al traste con nuestro plan de aprovecharnos de haberla descubierto. Con las saqueadoras de camino, no podremos utilizar el esquiife. —Naroin indicó el bote atracado cerca—. Cierto, has salvado un puñado de vidas, Maia. Las demás no se lanzarán ahora a una trampa. Pero eso sigue dejándonos aquí para que nos pudramos.

Maia apartó los pliegues de burda tela y se levantó. Frotándose los hombros, empezó a caminar hasta el agua, luego se volvió. A través del túnel llegaba el sonido de la marea que bajaba.

—Tal vez no —dijo, tras una larga y reflexiva pausa—. Tal vez haya un modo, después de todo.

Misión Stratos
Llegada + 52.364 Ms

Tal vez lo haya interpretado todo mal. Este gran experimento no trata del sexo, después de todo. El objetivo de reducir al mínimo el peligro y la lucha inherente en los varones... eso no fue más que una fachada. El auténtico tema fue la clonación. Dar a los humanos una alternativa para copiarse a sí mismos. Si los hombres fueran capaces de parir sus propios duplicados, como hacen las mujeres, seguro que Lysos los habría incluido también en su plan.

Las psicólogas hablan aquí de envidia al embarazo por parte de niños y hombres. Por mucho éxito que consigan en la vida, lo máximo que un varón stratoiano puede esperar es reproducción por delegación, no creación personal, y nunca duplicación. Es un tema bastante válido en otros mundos, pero en Stratos queda más allá de toda discusión.

Los resultados preliminares de los bioanálisis específicos han llegado, demostrando que no estoy contaminado de ninguna plaga interestelar... al menos de ninguna que pueda contagiar a las stratoianas por contacto casual. Es un verdadero alivio, dado lo que la peripatética Lina Wu causó inadvertidamente en Reichsworld. No tengo ningún deseo de ser el vehículo de una tragedia semejante.

A pesar de esos resultados, algunas facciones stratoianas aún quieren mantenerme en semicuarentena, para «reducir al mínimo la contaminación cultural».. Por fortuna, la mayoría de los miembros del Consejo parecen empezar, aunque gradualmente, a relajarse. He empezado a recibir un flujo constante de visitas: delegaciones de varios movimientos y clanes y grupos de interés. La consejera de seguridad Groves no está nada contenta, pero constitucionalmente no hay nada que pueda hacer al respecto.

¡Hoy ha sido una delegación de una sociedad de herejes que quiere venirse conmigo, cuando me marche! Están dispuestas a enviar misioneras al Reino Homínido, para difundir la palabra del «Modo Strato».. La contaminación cultural dirigida hacia fuera es vista siempre como una «revelación»..

Les expliqué la capacidad limitada de mi nave, y tuvieron que contentarse con mi promesa de llevarme grabaciones. No es que importe. Dentro de unos cuantos años, o de unas cuantas décadas, podrán pronunciar sus sermones en persona.

Cuando me enviaron a seguir las investigaciones de las sondas robot de este sistema, esperaba lanzamientos de hielonaves tras la recepción de mi informe. Pero el Cúmulo Florentina no perdió tiempo.

Cy me informa que sus instrumentos han detectado ya las primeras hielonaves. Parece que el Phylum llegará antes de lo que yo esperaba, poniendo fin a las

negociaciones y acabando con todas las discusiones entre consejeras y sabias sobre la preservación de su noble aislamiento.

En este momento, a pesar del estado de sus instrumentos, las sabias de Stratos lo saben también, y empiezan a exigir respuestas.

Será mejor que se lo diga yo primero.

Antes, hay que tratar otro asunto... el empeoramiento de mi salud mental y física.

No es la gravedad o la densa atmósfera. Periódicamente, sufro lapsos en los que mis simbioses se rebelan, y debo descansar en mis habitaciones durante un día o dos, incapaz de salir al exterior. Estos episodios son pocos, afortunadamente. La mayor parte del tiempo me siento bien y fuerte. El peor problema con el que me encuentro es psicoglandular, y no tiene nada que ver con el aire o la tierra.

Como visitante masculino veraniego, sin el apoyo de ningún clan, mi posición en Caria ha sido ambigua. Incluso aquellos clanes que aprueban mi misión han sido cautelosos en privado. Sería demasiado pretender que pudieran tratarme como a esos varones favorecidos que reciben cada vez que aparecen las auroras. Nadie quiere ser la primera en arriesgarse a quedar embarazada accidentalmente de un alienígena cuyos genes podrían perturbar el plan de las Fundadoras.

Esa precaución cuasiparanoica tenía sus ventajas. La fría actitud ayudó a contener mis impulsos dormidos. Incluso después de largos viajes, nunca he buscado las atenciones femeninas, excepto las de aquellas que se preocuparon por mí.

Sin embargo, con la llegada del otoño, las actitudes se suavizan. Los encuentros sociales se vuelven más cálidos. Las mujeres me miran, conversan conmigo, incluso me sonríen. Algunas a las que provisionalmente considero amigas (Melina del Clan Cady, por ejemplo, o esa sorprendente pareja de sabias de la Casa Pozzo, Horla y Poulain) ya no se ponen a la defensiva, sino que parecen contentas con mi presencia. Se acercan, me tocan el brazo, y comparten chistes animados, incluso provocativos.

Qué irónico. A medida que mi aislamiento se reduce, la incomodidad aumenta. Día a día. Hora a hora.

Iolanthe, Groves y la mayoría de las otras parecen ajenas al hecho. Aunque son conscientes de que funciono de manera distinta a sus varones, parecen asumir inconscientemente que la mengua otoñal de la Estrella Wengel también apaga mis fuegos. Sólo la consejera Odo comprende. Me captó durante un paseo por los jardines universitarios. Odo piensa que es un problema que se podría resolver fácilmente visitando una Casa de Placer, dirigida por uno de esos clanes especializados que son expertos en todo tipo de precauciones, incluso con un alienígena lujurioso.

Me temo que me puso colorado. Pero, dejando a un lado la vergüenza, me enfrento a claras incertidumbres. A pesar de la proporción hombre-mujer, Stratos no es una fantasía sexual adolescente hecha realidad, sino una sociedad compleja llena

de contradicciones, peligros y sutilezas que aún no he empezado a sondear. La situación es lo bastante peligrosa ya sin necesidad de añadir factores de riesgo.

Soy diplomático. Otros hombres (enviados, sacerdotes y emisarios de todas las épocas) han hecho lo que yo debería hacer. Elevarse por encima del instinto, dejar que domine la profesionalidad, el autocontrol.

Sin embargo, ¿qué célibe de tiempos remotos tuvo que soportar los estímulos que yo soporto, un día sí y el otro también? Puedo sentirlos bajar desde el nervio óptico hasta mis raíces.

Vamos, Renna. ¿No es sólo una cuestión de claves sexuales? Algunas especies se excitan por medio de feromonas, o por exhibiciones sorprendentes. Los homínidos masculinos se activan visualmente: los chimpancés con colores excitantes; los hombres de Stratos, con luces estivales en el cielo. Los humanos al viejo estilo reaccionan a los estímulos más incómodos de todos, a los más incesantes, perennes y omnipresentes. Estímulos que las mujeres no pueden dejar de manifestar, sea cual fuere su condición, o estado, o pretensión.

No es culpa de nadie. La naturaleza tuvo sus motivos, hace mucho tiempo. Con todo, cada vez soy más capaz de comprender por qué Lysos y sus aliadas decidieron cambiar esas reglas problemáticas.

Por enésima vez... ¿si una peripatética hubiera sido enviada a esta misión!

Maldición, sé que estoy divagando. Pero me siento inflamado, absorbido por tanta fecundidad intocable que huye ante mí en todas direcciones. El insomnio me asalta, y no puedo concentrarme, justo en el momento en que debo conservar la cabeza. Un momento en el que me hacen falta todos mis recursos.

¿Estoy racionalizando? Tal vez. Pero por el bien de la misión, no veo otra opción. Mañana le pediré a Odo... que arregle las cosas.

—Las zorras se impacientan —comentó Naroin, mirando la pequeña pantalla—. He visto su proa por segunda vez, y un destello de binoculares. Están esperando hasta el último momento.

Maia soltó un gruñido de asentimiento. Era todo lo que podía permitirse, mientras atendía los remos.

Poderosas e intermitentes corrientes intentaban apoderarse del pequeño bote y aplastarlo contra la cara del acantilado cercano. Ella, junto con Brod y las marineras, Charl y Tress, tenía que remar frecuentemente para mantener la posición del esquife. De vez en cuando, tenían que levantarse y usar palos para apartarse de rocas afiladas y mortíferas. Mientras tanto, con una mano en el timón, Naroin usaba el aparato espía de Inanna para seguir los acontecimientos que tenían lugar más allá del otro lado de la isla.

.Esto no sería tan difícil si pudiéramos situarnos donde el agua está en calma, pensó Maia, mientras luchaba contra la implacable marea. Por desgracia, las fibras que conducían a las lejanas microcámaras de Inanna tenían una longitud limitada. El esquife debía permanecer cerca de la boca de la cueva subterránea, batallando contra las olas adversas, o arriesgarse a perder aquella ligera ventaja. Su plan, un esquema desesperado y peligroso para emboscar a emboscadoras profesionales, era bastante improbable que tuviera éxito.

Ojalá a alguien se le hubiera ocurrido una idea mejor.

Naroin cambió de canal.

—Trot y su tripulación casi han terminado. Las últimas partes de la balsa han sido bajadas al mar. Ahora lo hacen con las cajas de provisiones. Acabarán de un momento a otro.

Maia volvió a mirar la pantalla y vio una imagen borrosa de mujeres trabajando en plataformas de leños cortados, esforzándose por atar las secciones y levantar un improvisado mástil. Como ya sabían por su anterior investigación, las olas eran más suaves en aquella parte, a esa hora. Por desgracia, no sucedía lo mismo en la boca del túnel espía.

Por fin, el mar se calmó un instante. Ninguna pared de roca pareció a punto de aplastarlas. Suspirando, Maia y las demás soltaron los remos. Habían pasado una noche entera sin dormir desde el fatal encuentro con Inanna, la saqueadora infiltrada.

Primero fue el desagradable deber de despertar a las otras marineras abandonadas, y contarles que una de sus camaradas era una espía. Cualquier recelo inicial hacia Maia y Naroin fue calmándose durante el trayecto a la luz de las antorchas hasta las grutas ocultas de la isla, y se disipó del todo cuando les mostraron los mensajes grabados de la unidad comunicadora de Inanna. Pero eso no fue el final de las

discusiones. Siguió un interminable debate sobre el plan de Maia, para el cual, desgraciadamente, nadie ofreció una alternativa mejor.

Finalmente, horas de frenéticos preparativos llevaron a aquel madrugador derroche de actividad. Cuanto más lo pensaba Maia, más absurdo le parecía todo.

¿Tendríamos que haber esperado? ¿Evitar simplemente poner en movimiento la trampa de Inanna? ¿Dejar que las saqueadoras se marcharan decepcionadas, y luego intentar escapar en el bote de noche?

El problema era que las dieciocho no cabían en el botecito. Y al anochecer las piratas llamarían a su espía.

Cuando Inanna no contestara con los códigos correctos, darían por sentado lo peor y pondrían en marcha otras medidas. Ni siquiera el pequeño esquife podría atravesar un firme bloqueo de barcos equipados con radar. Y para las que se quedaran en la isla, el hambre resolvería el problema de las prisioneras de las piratas, más despacio, pero con la misma precisión que un ataque armado.

No, tiene que ser ahora, antes de que esperen las noticias de Inanna otra vez.

—¡Eia!—gritó Naroin—. ¡Aquí vienen! Las velas desplegadas a todo trapo. —Miró con más atención—. ¡Perras patarkales!

—¿Qué pasa? —preguntó el joven Brod.

—Nada —Naroin se encogió de hombros—. Por un momento me pareció que era un barco grande, de dos palos.

Pero es un queche. Lástima. Son rápidos como cuchillas, con una tripulación de doce o más. Esto no va a ser tan fácil como mezclar cerveza y escarcha.

Charl escupió por la borda.

—Dime algo que no sepa —gruñó la alta merchantesa.

Tress, una marinera más joven de Ursulaborg, preguntó nerviosa:

—¿Nos damos la vuelta?

Naroin hizo una mueca.

—Espera y verás. Han virado y han quedado fuera del alcance de la primera cámara. Pasará un rato hasta que la siguiente las detecte. —Cambió de canal—. Pero la tripulación de Lullin las ha visto.

La diminuta pantalla mostró al grupo de constructoras de balsa, apresurándose por acabar su tarea antes de que el barco pirata pudiera cruzar el estrecho entre las islas vecinas. Era claramente inútil, pues la imagen más reciente del estilizado barco pirata lo había mostrado cortando las aguas, enviando salvajes chorros de espuma a babor y estribor mientras corría al ataque.

—¿Las abordarán? —preguntó Tress.

—Ojalá lo hicieran. Pero me temo que coger prisioneras no es el objetivo de hoy.

La corriente se encrespó de nuevo. Maia y las demás volvieron a remar, mientras que Naroin cambiaba de canal y gritaba.

—¡Las tengo! A unos tres kilómetros. Se acercan a toda velocidad.

.Ahí vienen... pensaba Maia cada vez que miraba la pantalla, hasta que una enorme extensión de vela blanca ocupó la diminuta imagen..*Se acercan cada vez más*

Por fin, la tripulación de la balsa soltó sus amarras hechas de enredaderas. Algunas empezaron a empujar con largas ramas, mientras otras dos intentaban alzar un rudo mástil cubierto con mantas remendadas. Parecía que realmente intentaban escapar.

O bien Lullin, Trot y las demás eran buenas actrices, o el miedo prestaba verosimilitud a su plan.

Naroin seguía calculando a qué distancia estaba el barco pirata. El queche se hallaba a menos de mil metros de la almadía. Luego a ochocientos, y seguía avanzando.

La situación de la balsa se hizo más desesperada. Una agitada figura empezó a lanzar cajas de provisiones por la borda, como para aliviar la carga. Las cajas quedaron flotando a la deriva detrás de la almadía, a muy poca distancia las unas de las otras.

—Seiscientos metros —anunció Naroin.

—¿No deberíamos acercarnos ya? —preguntó Brod. Parecía extrañamente relajado. No exactamente ansioso, sino muy frío, considerando sus anteriores confesiones a Maia. De hecho, Brod había insistido en ir con ellas.

.Lysos nunca dijo que los varones no pudieran pelear —había protestado apasionadamente la noche anterior—.Nos enseñan que todos los hombres son miembros de reserva de la milicia, capaces de ser llamados en caso de que haya problemas graves. ¡Yo diría que eso es una buena definición para esas bandidas!

Maia nunca había oído un razonamiento como ése antes. ¿Era verdad? Como policía, Naroin tenía que saberlo.

La antigua conrmaestre parpadeó dos veces al oír la afirmación de Brod, y finalmente asintió.

.Hay... precedentes. Además, no esperarán a un hombre. Será un elemento sorpresa .

Al final, a pesar de las protestas de algunas de las otras, se le permitió acompañarlas. De todas formas, Brod estaría más seguro con ellas que en la balsa.

—Sé paciente y cierra el pico —le dijo Naroin al muchacho, mientras luchaban contra las corrientes—. Cuatrocientos metros. Quiero ver cómo planean hacerlo esas zorras... Trescientos metros.

Brod aceptó mansamente la orden. Al mirarlo por segunda vez, Maia vio otro motivo para su relativa calma: la tez del muchacho estaba verdosa; luchaba contra las náuseas. Si el joven intentaba demostrar tener agallas, Maia esperaba que no lo

hiciera literalmente.

Se acercaba el momento de la decisión. El Plan A requería una batalla. Pero si ésta parecía perdida de antemano, las del bote intentarían huir a sotavento, manteniendo la masa de la isla entre ellas y las saqueadoras.

Sólo de esa forma podrían ser vengadas las marineras que se sacrificaban en la balsa. Pero, ya que la enemiga poseía un radar, Maia sabía que era improbable escapar con facilidad. A pesar de todos sus defectos, el plan de la emboscada seguía pareciendo la mejor posibilidad que tenían.

—Trescientos metros —dijo Naroin—. Doscientos ochenta... ¡Perras sangrantes!

Su puño hizo que la amura vibrara. Este sonido fue seguido casi al instante por un trueno, anómalo bajo el cielo despejado.

—¿Qué es eso?

Maia se volvió a tiempo de ver, en la pantalla, una súbita erupción de agua que estuvo a punto de alcanzar la pequeña balsa y que salpicó a su frenética tripulación.

—¡Un cañón! ¡Están utilizando un cañón! —gritó Naroin—. Esas perras malditas de Lysos, con sus caras de lúgar y sus cabezas de hombre. Nunca imaginamos esto.

Dolida y cargada de culpa, porque el plan había sido idea suya, Maia se volvió para ver, fascinada, mientras Naroin cambiaba las tomas del barco pirata. En su proa, un destello surgió entre el humo del primer disparo. Otra torre de agua casi cubrió la temblorosa balsa.

—Las tienen acorraladas —anunció Naroin, y entonces se volvió hacia Maia—. ¿Qué estás mirando? ¡Atiende los remos! Yo os diré lo que pasa.

Maia se giró justo cuando una ola empujaba su pequeño bote contra un afilado arrecife.

—¡Bogad! —gritó Brod, remando con fuerza. Maniobrando con todas sus fuerzas, consiguieron detenerse justo ante la entrecortada y amenazadora roca. Entonces, tan rápidamente como vino, la enorme ola retrocedió, arrastrándolos consigo.

—¡Naroin! ¡Vira! —chilló Maia. Pero la preocupada contramaestre estaba maldiciendo lo que veía en la pantalla, y sólo se dio cuenta cuando un amasijo de cables de fibra restalló súbitamente en el agua, extendido hasta el límite, y le arrancó el aparato electrónico de las manos. El artilugio espía voló por los aires, y luego cayó entre las olas y se perdió de vista.

La mujer policía se levantó y gritó enardecida, haciendo que el bote se moviera de un lado a otro, y luego se obligó a calmarse mientras los ecos de nuevos truenos retumbaban al otro lado del acantilado. Naroin se sentó, apoyando la mano y el brazo sobre el timón una vez más.

—No importa, ya no durará mucho —dijo.

—¡No podemos quedarnos aquí sentadas! —chilló Tress—. ¡Lullin y las demás

volarán en pedazos!

—Sabían que sería duro. Apareciendo ahora sólo conseguiríamos que nos mataran también.

—¿Deberíamos intentar huir, entonces? —preguntó Charl.

—Nos localizarían en cuanto dieran la vuelta a la isla. Ese barco es más rápido, y el cañón anula cualquier ventaja que pudiéramos sacarles. —Naroin sacudió la cabeza—. Además, quiero desquitarme. Nos acercaremos, pero esperaremos hasta el último disparo antes de atacar.

Ahora que estaban lejos de la superficie de roca, las olas eran más suaves. Maia y las demás dejaron que las corrientes las llevaran hacia el norte. Más estampidos resonaron en el denso aire, cada vez más y más fuertes.

Maia sentía una conmoción auditiva y tenía el rostro desencajado. Mientras se acercaban, un nuevo sonido heló su corazón, el débil y chirriante grito de mujeres desesperadas.

—Tenemos que...

—¡Cállate! —ordenó Naroin a Tress.

Entonces se produjo un ruido como ningún otro. Lo más parecido que Maia había oído a la rotura de los mamparos a bordo del carbonero. *Wotan*. Fue una explosión no de agua, sino de madera y hueso. De aire y carne salvajemente hendidos. Los ecos se disiparon en un largo y aturdido silencio, moderado por el cercano romper de las olas contra las rocas. Maia necesitaba tragar saliva, pero tenía la boca y la garganta tan secas que era una agonía sólo intentarlo.

Naroin habló, con furia poderosamente controlada.

—Se mantendrán a la espera y buscarán durante un rato, antes de moverse. Charl, prepárate. ¡Las demás, izad la vela y luego agachaos para que no os vean!

Maia y Brod se levantaron, y juntos soltaron las abrazaderas que plegaban la vela, y tiraron de la driza. La vela aleteó como un pájaro liberado, hinchándose al viento y balanceando la botavara, lo que desequilibró a Brod y lo empujó contra Maia. Juntos, los dos cayeron a la brazola de popa, uno encima del otro.

—Uh, lo siento —dijo el joven, levantándose ruborizado.

—Uh, no importa —contestó ella, imitando amablemente su tono cohibido. *Podría haber sido divertido*, pensó Maia, *si las cosas no fueran tan condenadamente serias*.

Tress se reunió con ellos en el pantoque, por debajo del nivel de las bordas. Mientras el esquife bordeaba la zona norte de su isla-prisión, Charl se encargó del timón, dejando que Naroin se agachara también. Sólo Charl permaneció a la vista, vestida ahora con una túnica blanca manchada de sangre alrededor del cuello. Se había puesto una improvisada peluca que la hacía parecer ligeramente rubia.

—Firme —dijo Naroin, asomándose por la borda—. Veo la balsa, o lo que queda

de ella... ¡Mantened las cabezas gachas!

Maia y Brod volvieron a agacharse, tras haber visto trozos a la deriva de astillas, troncos y cajas destrozadas, junto con un cuerpo grotescamente deforme. Fue un espectáculo nauseabundo. Maia se contentó con que Naroin describiera el resto.

—Todavía no hay rastro del barco saqueador. Veo una, dos supervivientes escondidas detrás de troncos.

Esperaba que hubiera más, ya que sabían lo que iba a pasar... ¡Eia! Allí está su proa. ¡Prepárate, Maia!

Habían discutido largamente sobre esta parte del plan. Naroin pensaba que ella debería ser la que se encargara de la parte más peligrosa. Maia respondió que la policía era demasiado pequeña para conseguirlo. Además, Naroin tenía tareas más importantes que realizar.

.Tú lo pediste, se dijo Maia. Brod le apretó la mano deseándole suerte, y ella le dirigió una rápida sonrisa antes de arrastrarse hasta la popa.

Desde el momento en que el barco saqueador quedó a la vista, Charl empezó a agitar los brazos y a gritar.

.Suponemos ciertas cosas, pensó Maia. Sobre todo, las saqueadoras no deberían ver al instante la artimaña.

.Pero tiene sentido. Inanna no se quedaría en la isla después de la destrucción de la balsa. Dirigiría a un grupo de asesinas a través del pasadizo secreto, para acabar con cualquier posible superviviente .

Era una lógica brutal, surgida de los últimos acontecimientos. ¿Pero era cierta? ¿Esperaban las piratas ver a una mujer rubia en el pequeño bote de vela? Maia ansiaba asomarse.

Charl describió lo que sucedía con los dientes apretados.

—Están a unos ciento cincuenta metros... las velas ceñidas... aún demasiado lejos. Ahora alguien me señala... me saluda. Alguien más alza unos binoculares. ¡Hagámoslo, rápido!

Inhalando profundamente, Maia se levantó de pronto, y fingió atacar a Charl, lanzando un exagerado puñetazo que la otra mujer esquivó en el último momento. Charl la empujó hacia atrás, y el bote se agitó. Entonces empezaron a forcejear, las manos cerradas sobre las gargantas. En el proceso, se colocaron de forma que Charl quedó de espaldas al barco pirata. Ahora todo lo que las enemigas podrían ver, incluso con los binoculares, sería a una mujer rubia que luchaba con una adversaria que debía de haber subido a bordo tras el naufragio de la balsa.

Oyeron gritos de excitada preocupación desde el otro barco..*Nos volarán con el cañón si sospechan algo. O si no les importa nada el valor de sus espías .*

Incluso fingir una pelea con Charl era un esfuerzo intenso y agotador. Los movimientos oscilantes del bote las obligaban a agarrarse una a la otra de verdad.

Cuando llevaban unos minutos de lucha, Charl agarró a Maia por la garganta, provocando oleadas de auténtico dolor.

—¡Maia! —susurró Naroin, oculta a popa, la mano sobre el timón—. ¿Dónde están?

Maia empujó a Charl hacia atrás y fingió lanzar un puñetazo contra la oreja de la otra mujer. Mirando por encima del hombro de Charl, vio que el barco pirata viraba y maniobraba para conseguir suficiente impulso.

—A menos... —Maia jadeó buscando aliento mientras Charl la empujaba contra el mástil del esquife—. A menos de cien metros. Se acercan...

Lo siguiente que Maia supo fue que Charl había cogido un remo y fingía un golpe horriblemente realista. Al esquivarlo, Maia no tuvo oportunidad de mencionar qué más había visto. Entre la multitud de rudas mujeres congregadas en la proa del queche había dos finos objetos pulidos que parecían rifles de caza. Lo único que salvaba ahora a Maia era su cercanía a una figura a la que las saqueadoras consideraban su cómplice.

—Ochenta metros... —dijo Maia, dando un codazo a Charl en las costillas, apartando el remo y alzando las manos unidas como para descargar un mandoble. Charl lo impidió agachándose y agarrando a Maia por la cintura.

—¡Uf!... ¡No tan fuerte!... Sesenta metros...

El queche era hermoso, magnífico en su terrible y estilizada rapacidad. Aunque sólo navegaba a vela, lo hacía a mucha velocidad, apartando los restos de su víctima, la desdichada balsa. Leños y cajas rebotaban en su casco, oscilando en su estela. La empinada superficie de la isla quedaba ahora detrás del esquife. No había escape.

—Cincuenta metros...

En la pugna, la improvisada peluca de Charl resbaló de repente. Las dos mujeres se apresuraron a colocarla en su sitio, pero pudieron oír a una de las saqueadoras que había a proa soltar un exabrupto..*Nos han descubierto*, advirtió Maia, mirando a través de la distancia cada vez menor entre los barcos, esperando ver cómo una pirata alzaba su rifle.

No hubo sonido, ninguna advertencia, sólo una breve sombra que corrió por la superficie de piedra del acantilado y una pequeña franja de mar empapado de sol. Una de las corsarias del queche miró hacia arriba, y empezó a gritar. Entonces el cielo mismo pareció caer sobre el barco. Una nube de oscuras y pesadas marañas se esparció sobre el mástil y las velas y el agua, seguida de una pesada caja de metal que golpeó la banda de estribor, rebotó... y estalló.

El brillo de las llamas llenó el universo de Maia. Un puño casi sólido de aire comprimido empujó a Charl contra ella, lanzándolas a las dos contra el mástil y emparedando a Maia en un brusco dolor. El *sonido* se apoderó de la vela, haciendo que se hinchara instantáneamente, y derribó a ambas mujeres, que permanecieron

aturdidas en cubierta. El esquife se bamboleó entre las arrítmicas ondas de choque.

Todavía consciente, Maia se sintió salir de debajo del peso de Charl y dirigirse hacia popa. Le retumbaban los oídos y el tiempo parecía estirarse y contraerse, estirarse y contraerse a intervalos irregulares. A cierta distancia, oyó la voz tranquilizadora de Brod murmurando extrañas palabras.

—Estás bien, Maia. No hay hemorragias. Te pondrás bien... Pero ahora hay que prepararse. ¡Agarra esto!

Toma, coge el bastón. Naroin va a llevarnos a popa...

Maia trató de concentrarse. Por su experiencia en situaciones como aquélla supo que tardaría unos minutos en recobrar todas sus facultades. Necesitaba más tiempo, pero no lo había. Poniéndose de rodillas, sintió un palo de madera en las manos, que por pura costumbre se cerraron sobre él de la forma correcta..*El bastón de combate de Inanna*, reconoció tenuemente, que se hallaba entre las posesiones de la espía muerta. Ahora, si recordara cómo utilizarlo...

Brod la ayudó a encararse hacia el lado adecuado, hacia un objeto cubierto de hollín que apenas unos instantes antes era blanco, orgulloso y exquisito. Ahora el barco yacía convertido en una maraña de cables y sogas caídas.

La mitad de sus velas habían sido destruidas por la bomba casera catapultada en el último momento por dos cautivas que se habían quedado en lo alto del acantilado, esperando el momento de actuar.

—¡Preparaos!

Los oídos de Maia aún estaban llenos de horribles reverberaciones. Sin embargo, reconoció el grito de Naroin.

Al mirar a la derecha, vio a la contramaestre que ya usaba su arco y flechas, disparando mientras Tress guiaba el esquife para que salvara los últimos metros...

La madera chocó contra la madera. Brod gritó, saltó para agarrarse a la borda del barco más grande, con un extremo de cuerda entre los dientes. El joven se aupó y rápidamente ató un nudo, asegurando el esquife.

—¡Cuidado! —gritó Maia. Ordenó a sus músculos que se lanzaran contra una mujer que corría hacia Brod, con un bastón ilegalmente afilado en la mano. Por desgracia, el movimiento descoordinado de Maia sólo rebotó en la amura.

Brod se volvió justo a tiempo de esquivar los golpes de su atacante. Uno le alcanzó de lleno en el hombro izquierdo. Otro le dio en el antebrazo, rasgando su camisa y abriéndole un corte sangriento. Se oyó un chasquido cuando parte del impacto siguió adelante, alcanzándole la cabeza.

El joven y la saqueadora se miraron uno a la otra un instante, ambos aparentemente sorprendidos por seguir todavía en pie. Entonces, con un gemido, Brod apartó el arma de la pirata, la cogió por la camisa, y la lanzó por la borda. La saqueadora chilló, furiosa e indignada, hasta que chocó contra el mar, donde podían

verse otras figuras nadando entre los restos de la almadía.

Tress y Naroin subían ya al otro barco para reunirse con Brod, seguidas por una aturdida Charl. Maia se agarró a la borda y se concentró. Tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir pasar por fin una pierna, y luego rodó por la cubierta superior. Sin embargo, al hacerlo, el bastón de combate de Inanna le resbaló de la mano y cayó al bote.

Sangradoras. ¿Vuelvo a recuperarlo?

Maia sacudió la cabeza, mareada..*No. Sigue adelante. Lucha .*

Fue ligeramente consciente de que otras figuras subían a bordo, sin duda supervivientes de la balsa que se unían al ataque mientras los refuerzos de las enemigas también corrían hacia popa. Hubo bruscos estampidos cuando se dispararon las armas de fuego. Al alzar la cabeza, Maia vio a dos mujeres atacar a Brod mientras otra blandía un cuchillo ante Naroin, que sólo iba armada con su arco, sin flechas. La escena aturdió a Maia, pues su ferocidad superaba con mucho las luchas de Valle Largo, o incluso la del *Manitú*. Nunca había visto rostros tan llenos de ira y odio. Durante aquellos episodios anteriores, al menos siempre había habido reglas subyacentes. La muerte era posible, pero como efecto secundario, no buscado. Aquí, era el objetivo principal. Habían caído en la abominación: cuchillos y flechas, armas de fuego y hombres luchando.

La mano de Maia cayó sobre un resto de la explosión, un bloque de madera. Sin pensar en lo que estaba haciendo, lo alzó con ambas manos y giró con todas sus fuerzas, alcanzando a una de las contrincantes de Brod en la rodilla. La mujer chilló, y soltó un cuchillo teñido de escarlata; Maia esperaba que no estuviera manchado con la sangre del muchacho. Sin detenerse, le golpeó la otra rodilla. La pirata se desplomó, aullando y agitándose.

Maia estaba a punto de repetir el truco con la otra atacante de Brod, cuando la enemiga ¡simplemente desapareció! Tampoco Brod estaba ya a la vista. En un instante, la lucha debía de haberlo llevado a estribor.

Maia se volvió. Naroin se apoyaba contra la borda, usando su arco como palo improvisado, agitándolo contra dos saqueadoras. La primera mantenía a la policía ocupada con una reluciente espada mientras la segunda se debatía intentando sacar un cartucho encasquillado de un rifle. Antes de que Maia pudiera reaccionar, el cerrojo atascado se soltó. Una bala vacía saltó y la saqueadora introdujo rápidamente otra nueva. Cargada de nuevo el arma, la alzó...

Maia saltó con un grito. La mujer del rifle sólo tuvo un instante para verla venir. Con los ojos como platos, la saqueadora giró el fino cañón.

Otra explosión resonó junto a la oreja derecha de Maia mientras alcanzaba a la pirata y hacía que ambas chocaran contra la borda. La madera se rompió, cedió y las dos cayeron al agua.

.Pero si acabo de subir, se quejó Maia... y el océano la envolvió, apretó sus pulmones y se aferró a sus brazos mientras se debatía en una negrura pegajosa, como de carbón.

Lamatia y Valle Largo me odiaban, el maldito océano me odia. Tal vez el mundo intenta decirme algo.

Maia salió por fin a la superficie con un jadeo explosivo y entrecortado. Giró en el agua mientras buscaba a su alrededor, con la esperanza de encontrar a su enemiga antes de que ella la encontrara. Pero nadie más emergió del mar. Tal vez la saqueadora odiaba tanto la idea de perder su preciosa arma que había acompañado el rifle hasta el fondo. A pesar de todo lo que había experimentado, Maia nunca había matado a nadie conscientemente, y la idea le resultó mortificante.

Preocúpate por eso más tarde. Ahora tienes que volver y ayudarlas.

Maia localizó el barco pirata entre el humo y los restos. Luchando contra la fuerte corriente, agotada e incapaz de oír más que un horrible rugido, se abalanzó hacia el dañado queche. Al menos la cabeza empezaba a despejarse. Por desgracia, eso sólo le servía para darse cuenta de que le dolía todo el cuerpo.

Nadó con fuerza.

¡Rápido! ¡Puede que ya sea demasiado tarde!

Sin embargo, para cuando consiguió volver a subir a bordo, la lucha casi había terminado.

Había trozos de cable por todas partes. La enmarañada masa (restos del mecanismo roto del montacargas) fue la pieza central de su plan. Una red lo bastante ancha para atrapar un barco grande y rápido, incluso si se utilizaba una catapulta improvisada e inadecuada. Fue Brod el que sugirió que la plataforma, con sus explosivos, podría ser también una buena arma. Naroin había dicho que no contarán con ello, pero al final resultó providencial.

.Bueno, nos lo merecíamos, pensó Maia. A pesar de todos los daños causados por la explosión, la colisión, y la batalla, el queche no mostraba indicios de hacer aguas. Además, las corrientes lo estaban apartando de los acantilados rocosos.

Con todo, el aparejo era un desastre. La arboladura y el estay del trinquete habían desaparecido, así como el pavés de babor. Tardarían horas en despejar la mayor parte de los destrozos, y aún más en coser velamen suficiente para ponerse en camino. Que el cielo las ayudara si otro barco pirata aparecía durante ese tiempo.

Si se descartaba esa desagradable posibilidad, un poco de delantera y vientos favorables era todo cuanto las supervivientes necesitaban. Incluso las heridas parecían consolarlas por la idea de la inminente huida hacia el oeste, y la oportunidad de vengar a sus muertas.

Aunque las saqueadoras habían sido pilladas por sorpresa con la emboscada,

habría sido una locura que cuatro mujeres intentaran atacar solas con un muchacho. Pero Maia y el resto de la tripulación del esquife contaban con refuerzos ocultos procedentes de una fuente insospechada para las piratas. Sólo unas cuantas de las que se encontraban a bordo de la balsa cuando el barco pirata las localizó permanecieron en ella para soportar los cañonazos. Las otras habían saltado previamente al agua escudadas bajo las cajas vacías que ya habían lanzado antes... aparentemente para aliviar la carga de la balsa. De hecho, flotaban detrás, a cierta distancia, allí donde la enemiga no pensaría en dispararles.

Para esta peligrosa misión sólo se habían elegido a las nadadoras más resistentes. Cuando la tripulación del esquife empezó a abordar el otro barco, atrayendo a popa a todas las saqueadoras, cinco empapadas marineras del *Manitú* consiguieron nadar hasta la proa y subir, usando garfios. Temblando y casi todas desarmadas, tuvieron sin embargo la sorpresa de su parte. Incluso así, había sido una operación arriesgada y difícil.

Las batallas a pequeña escala pueden basar su éxito en pequeñas diferencias, como supo Maia cuando consiguió enterarse de lo que había sucedido al final. Las dos últimas marineras del *Manitú*, las responsables de disparar la trampa de la catapulta, fueron quizá las más valientes de todas.

Terminado su trabajo, echaron a correr y saltaron desde lo alto del acantilado para sumergirse en las profundas aguas azules. Sobrevivir a eso fue ya toda una hazaña. Seguir nadando hasta el barco siniestrado, y unirse a la batalla en un dos por tres... la sola idea ya asombraba a Maia. Eran, en efecto, mujeres duras.

Antes de que Maia regresara de su propia excursión al agua, la última oleada de refuerzos sirvió para cambiar las tornas, convirtiendo un sangriento empate en victoria. Ahora diez de las marineras abandonadas, más varias prisioneras bien vigiladas, trabajaban para poner a punto el barco cautivo. El joven Brod, a pesar de llevar vendados los brazos y la cara, se encaramó al mástil roto para, a golpes de hacha, despejar de restos las cuerdas y velas útiles.

Maia tiraba metros de cable por la borda cuando Naroin le dio un golpecito en el hombro. La mujer policía llevaba una carta marina enrollada, que ahora desplegó con ambas manos.

—¿Consigues calcular bien la latitud con ese juguete que te regaló Pegyul? —preguntó.

Maia asintió. Tras sus dos zambullidas en el océano, aún no había inspeccionado el minisextante, y se temía lo peor. Sin embargo, dos días antes había realizado varias mediciones fiables desde la cima de su prisión.

—Veamos... deben de habernos dejado en...

Se inclinó para mirar la carta, que mostraba un largo archipiélago de promontorios estrechos y afilados cruzados por líneas de coordenadas

perpendiculares. Maia vio unas palabras en cursiva, y se echó hacia atrás.

—Que me zurzan. ¡Estamos en los Dientes del Dragón!

—Sí. ¿Qué te parece? —respondió Naroin. Eran unas islas legendarias—. Te contaré algunas cosas interesantes sobre ellas más tarde. ¿Pero y la latitud, Maia?

—Oh, sí... —Maia extendió la mano y señaló con un dedo—. Aquí. Deben de habernos dejado, umm, en la isla de Grimké.

—Mm. Eso pensaba por el contorno. Entonces ésa de allí —Naroin señaló al oeste, a una masa envuelta en brumas— debe de ser De Gournay. Y dejándola atrás y dirigiéndonos hacia el norte, encontraremos el mejor rumbo hacia alta mar. Dos días buenos y estaremos en las rutas de navegación.

Maia asintió.

—Cierto. Desde allí, todo lo que necesitaréis es una buena brújula. Espero que lo consigáis.

Naroin alzó la cabeza.

—¿Qué? ¿No vas a venir?

—No. Cogeré el esquite, si no os importa. Tengo aquí unos asuntos pendientes.

—Renna y tu hermana —asintió Naroin—. ¡Pero si ni siquiera sabes dónde buscar!

Maia se encogió de hombros.

—Brod me acompañará. Sabe dónde está el santuario masculino, en Faro Halsey. Desde allí, tal vez localicemos alguna pista y averigüemos el escondite donde tienen retenido a Renna.

Maia no mencionó el desagradable hecho de que Leie fuera una de las secuestradoras. Se agitó.

—De hecho, esa carta nos sería más útil a nosotros, ya que vosotras saldréis de sus límites dentro de unas cuantas horas...

Naroin arrugó la nariz.

—Hay más abajo, de todas formas. Claro, quédatela. —Enrolló la hoja de pergamino y se la entregó a Maia, un poco a regañadientes. Claramente, ocultaba sentimientos como los que emergían en el propio pecho de Maia. Era difícil renunciar a una amiga, ahora que la tenía. A Maia le emocionó que la marinera compartiera aquel sentimiento.

—Naturalmente, Renna podría no estar ya ni siquiera en el archipiélago —señaló Naroin.

—Cierto. Pero si es así, ¿por qué iban a tomarse tantas molestias en eliminarnos? Incluso como testigos, no representaríamos una gran amenaza si hubiesen huido en dirección desconocida. No, estoy convencida de que Leie y él se encuentran cerca. Tienen que estarlo.

Siguió un largo silencio entre las dos mujeres, recalcado por los sonidos de

martillos, lijados y aserrados cercanos.

—Si alguna vez llegas a una gran ciudad —dijo entonces Naroin—, busca una unidad de comunicación y marca el cinco cuatro nueve seis del SEP. A cobro revertido. Menciona mi nombre.

—Pero y si tú no... si tú nunca... quiero decir... —Maia se detuvo, incapaz de decirlo con tacto. Pero Naroin se echó a reír, como aliviada de tener algo de lo que burlarse.

—¿Y si nunca lo consigo? Entonces, por favor, dile a mi jefa dónde me viste por última vez. Cuéntale todas las cosas que has visto y hecho. Diles que te dije que te debemos un favor o dos. Al menos podrán ayudarte a encontrar un trabajo decente.

—Mm. Gracias. Mientras no tenga nada que ver con el carbón...

—¡O el agua salada!

Naroin volvió a echarse a reír, y extendió sus pequeños y fuertes brazos para abrazarla.

—Buena suerte, virgie. Que no te encierren. No te des tantos golpes en la cabeza. Y deja de intentar ahogarte, ¿quieres? Haz eso y estoy segura de que te irá bien.

TERCERA PARTE

Cuaderno de Bitácora del Peripatético

Misión Stratos

Llegada + 53.369 Ms

Hoy les he hablado de la ley a las herederas de Lysos. Una ley en cuya aprobación no tuvieron parte.

Una ley que no pueden cambiar ni desobedecer.

Las sabias, consejeras y sacerdotisas reunidas escucharon mi discurso en absoluto silencio. Aunque ya había informado en privado a algunas de ellas, aún podía notar la sorpresa y la incredulidad tras muchos de los rígidos rostros.

—Después de milenios, los del Phylum hemos aprendido la dura lección de la especialización —les dije—. Separados por vastos abismos de espacio, los primos lejanos pierden su sensación de poseer una herencia común. Las tribus humanas aisladas se separan, emergiendo muy lejos en la corriente del tiempo, cambiadas más allá de cualquier posibilidad de reconocimiento. Se trata de una pérdida mucho mayor que la simple pérdida de memoria.

La seriedad de mi público era inquietante. Sin embargo, Iolanthe y las otras habían aconsejado franqueza, no eufemismos diplomáticos, así que expuse ante las líderes los informes de los archivos de mi servicio: una letanía de desgracia y horror, de catastróficos malentendidos y tragedias provocadas por visiones estrechas del mundo. De rectos espasmos éticos y mortales *vendettas* en las que cada bando estaba convencido (y armado con pruebas) de tener razón. De explotaciones peores que las que antaño consideramos superadas en el pasado remoto de la Tierra. Peores por ser perpetradas por primos que se negaban ya a reconocerse mutuamente, o a escuchar.

Tragedias que finalmente provocaron la ley.

—Hasta ahora, he descrito cómo renovar el contacto podría resultar ventajoso. Artes y ciencias serían compartidas, y enormes bibliotecas con soluciones a incontables problemas. Muchas de vosotras me miráis ahora, y pensáis: «Bueno, no es más que un hombre solo. Para disfrutar de esas cosas buenas, podemos soportar visitas esporádicas de enviados solitarios. Escogeremos de la cornucopia, sin perturbar nuestro ordenado destino». Otras sospechabais que habría mucho más en juego. Mucho más. Así es.

Convoqué una imagen holográfica para que destellara en el centro de la sala del Consejo, un brillante copo de nieve tan ancho como un planeta, tan fino como un árbol, que reflejaba la luz de galaxias.

—Hoy, un segundo servicio más importante que el proporcionado por los

peripatéticos, enlaza los mundos del Phylum. Es un servicio que algunas de vosotras sin duda repudiaréis, como si fuera medicina de agrio sabor. La gran hielonave se mueve entre diez mil soles... más despacio que los mensajeros como yo. Pero su camino es inexorable. Transporta estabilidad. Trae el cambio.

Una delegada Perkinita se incorporó de un salto.

—¡Nunca los aceptaremos! ¡Lucharemos!

Me esperaba eso.

—Haced lo que penséis que tenéis que hacer. Volad la primera hielonave, o diez de ellas, sin preocuparos por los incontables inocentes que entregaréis así a la muerte. Algunos mundos insensibles han asesinado a cientos de hiberninaves heladas, y al final se han rendido.

Las palabras fueron duras, pero fue bueno soltarlas. Sentí el apoyo de muchos miembros del Consejo que habían patrocinado mi presentación para impedir que el asunto se quedara estancado. Es una suerte que aquí, al contrario que en Mundo Watari o en Nuevo Levante, una minoría respetable vea lo que es obvio: que la soledad y la especialización no son modos humanos.

—Miradlo de esta forma —concluí—. Lysos y las Fundadoras buscaron aislamiento para perfeccionar su experimento. ¿Pero no habéis sido puestas a prueba por el tiempo y validadas en su contexto como pueda serlo cualquier otra forma de vida? ¿No es hora de asomarse y mostrar a vuestros primos lo que habéis forjado?

Un largo silencio recibió mi conclusión. Iolanthe inició un aplauso incómodo que aleteó por el salón y escapó por las claraboyas como un pájaro huido. Entre las frías miradas del resto, la portavoz se aclaró la garganta, y secamente levantó la sesión.

A pesar de la tensión, me marché sintiéndome más fuerte de lo que me había sentido en meses. Me pregunté cuánto era debido a haberme quitado un peso de encima al ser sincero, y cuánto se debía a las atenciones que había recibido últimamente gracias a Odo, bajo el signo de la campana.

Si sobrevivo a este día, a esta semana, debo regresar a esa casa, y celebrarlo mientras pueda.

Los Dientes del Dragón. Fila tras fila de agudos incisivos, apuntando ferozmente al cielo.

.Tendría que haberme dado cuenta, pensó Maia..*Al ver por primera vez estas islas en la distancia, tendría que haber sabido su nombre .*

Los Dientes del Dragón. Una frase legendaria. Sin embargo, al reflexionar sobre ello, Maia cayó en la cuenta de que apenas sabía nada de la cadena de montañas marinas, cuyas enormes raíces de cristal columnar surgían de la corteza oceánica, alzándose para taladrar las olas de la superficie y arañar grandes pedazos de cielo. Sus lustrosos y ondulados costados parecían ajenos a la erosión del tiempo. Los árboles se aferraban a las escarpadas alturas donde cascadas, alimentadas por arroyuelos impulsados por la presión, caían desde cientos de metros, formando altos arco iris que remedaban las auroras, y producían a Maia y Brod dolorosas tortícolis mientras pasaban con su barca y las contemplaban asombrados.

Su esquife recorría el archipiélago tropical como un parásito que se abriera camino a través de la espina dorsal de una poderosa bestia semisumergida. Las islas se apiñaban más densamente cuanto más se internaba el pequeño bote. Unidas de forma natural, muchas de las islas estaban conectadas por estrechos puentes naturales. Brod siempre hacía un signo sobre sus ojos al pasar por debajo de alguno de ellos. Un gesto no de temor, sino de reverencia.

Aunque Brod había vivido entre los Dientes varios meses antes de ser tomado como rehén, sólo conocía la zona próxima a Faro Halsey, la única habitada de forma oficial. Por eso Maia se encargaba de la navegación mientras él llevaba el timón. Su carta advertía de la existencia de bajíos y arrecifes y letales corrientes a lo largo del curso que ella había elegido, por lo que el rumbo era adecuado para gente como ellos, que no deseaban ser vistos.

Estaba claro que Maia y Brod no eran los primeros en llegar a esa conclusión. Varias veces detectaron pruebas de asentamientos pasados y presentes. Había chozas y rudos refugios de piedra encaramados en rendijas, a veces equipados con burdos montacargas para hacer bajar botes de concha aún más pequeños que el suyo. Una vez, Brod señaló y Maia llegó a ver a una ermitaña que recogió rápidamente sus redes cuando localizó el esquife.

Ignorando sus gritos, la anciana se puso a los remos y desapareció en una oscura serie de cavernas y grutas.

.Se acabó esperar recibir consejo de los habitantes, pensó Maia. En otra ocasión, atisbó a una figura furtiva que los observaba desde una fila de oquedades, medio derrumbadas por el tiempo, parte de una galería de ventanas talladas mucho atrás, en la zona superior de una torre. La construcción le recordó el santuario-prisión de Valle

Largo, sólo que éste era más grande, e indescriptiblemente más viejo.

Las sombras proyectadas por las innumerables torres de piedra peinaban las oscuras aguas azules, todas señalando en la misma dirección provisional, como si los pináculos de piedra fueran gnómons, medio millar de ardientes relojes de sol que siguieran al unísono la serena marcha de las horas, de los eones.

Aquél era un lugar antaño lleno de historia, y ahora completamente carente de voz.

—Los reyes libraron aquí su última batalla —había explicado Naroin poco antes de partir con las supervivientes en su queche capturado. Maia y Brod estaban a punto de abordar el esquife, ya con nuevos suministros, preparándose para virar al sur—. Todos los clanes y ciudades-estado unidos enviaron fuerzas para aplastar finalmente el imperio masculino. No se habla mucho del tema, para que las vars desistan de volver a aliarse con los hombres contra las grandes casas. Pero nada pudo detener una leyenda tan grande —Naroin señaló las secas torres—. Piénsalo. Aquí es donde los que deseaban convertirse en patriarcas y sus ayudantes entablaron su última batalla.

Maia se detuvo a compartir la reflexión de su amiga.

—Es como algo surgido de un cuento de hadas. Irreal. Apenas puedo creer que estoy aquí.

La policía-marinera suspiró.

—Yo tampoco. Esta zona no se visita mucho hoy en día. Está apartada de las rutas de navegación. Nunca imaginé nada semejante. Te hace preguntarte tantas cosas...

Así era. Mientras Brod y ella se internaban entre los Dientes del Dragón, Maia reflexionó sobre la poca confianza que le inspiraba la historia oficial. Cuanto más lejos iban, más segura estaba de que Naroin le había contado la verdad tal como la había aprendido. Y esa verdad era una mentira.

Maia recordó el acertijo del pozo, aquel horrible y vítreo cráter de la isla de Grimké, donde ella y las demás habían sido abandonadas. Desde que pusieron rumbo sur viajando por separado, Brod y ella habían visto otros picos con estigmas similares. Huellas calcinadas de piedra derretida bajo un feroz calor, a veces a consecuencia de un fuerte golpe, y a veces...

Ninguno de los dos habló mientras el firme viento los hacía pasar ante una torre destruida, unos restos que habían sido derribados por un poder de un alcance inimaginable.

.No sé nada de reyes y similares. Tal vez los patriarcales y sus aliadas entablaron su última batalla aquí. Pero me apuesto un nicho y todos mis derechos de invierno a que nunca causaron esta... devastación .

Había otra historia, más antigua. Un acontecimiento del que rara vez se hablaba, casi tan importante para la colonia de Stratos como su fundación.

Maia estaba segura de que aquí se había combatido a otro enemigo, hacía mucho tiempo. Y por el aspecto del entorno, había costado trabajo derrotarlo.

.La Gran Defensa. Es curioso que nadie de nuestro grupo lo relacionara al contar historias alrededor del fuego, pero puede que esa batalla también se librara aquí, en los Dientes del Dragón .

Era como si la leyenda de los reyes sirviera para encubrir un relato más antiguo. Uno en el que el papel de los hombres había sido admirable..*Como si aquellas que ostentan el poder quisieran que su recuerdo quedase sólo para ermitañas y piratas.* Recordó el antiguo y erosionado bajorrelieve que había encontrado entre las ruinas enterradas del templo, en Grange Head, donde formas humanas con barba y lampiñas luchaban contra demonios cornudos bajo las alas protectoras de una vengadora Madre Stratos. Maia añadió el detalle a su creciente colección de pruebas... Pero ¿de qué? ¿Para llegar a qué conclusión? Todavía no estaba segura.

Una formación de nubes bajas se apartó, descubriendo la extensión de mar y piedra a un diluvio de brillante luz. Parpadeando, Maia se sintió apartada del implacable fluir de sus amargos pensamientos. Sonrió..*Oh, he cambiado, desde luego, y no sólo por haberme hecho más dura. Es resultado de todo lo que he visto y oído .*

Renna, sobre todo, me hizo pensar en el tiempo.

Los clanes instaban a las vars a dejar de pensar en inútiles reflexiones sobre siglos y milenios. Las veraniegas debían concentrarse en tener éxito aquí y ahora. Pensar a largo plazo sólo era asunto tuyo cuando habías establecido tu casa y tenías una posteridad de la que preocuparte. Maia no había sido educada para considerar Stratos un mundo, con un pasado que podía ser indagado y un destino que podría ser cambiado.

.Pero no es tan difícil aprender a verte como parte de una gran cadena. Una cadena que empezó mucho antes que tú, y que continuará mucho después .

Renna había empleado la palabra continuum para referirse a un puente entre generaciones, incluso hacia la propia muerte. Una noción preocupante, sin duda. Pero las mujeres y los hombres de antaño se habían enfrentado a ello antes de que hubiera clones, o de otro modo nunca habrían abandonado la Vieja Tierra..*Y si pudieron hacerlo, entonces una humilde var como yo también puede .*

Esos pensamientos eran más desafiantes que medir constelaciones, o incluso que dedicarse a los rompecabezas del Juego de la Vida, que a fin de cuentas no eran más que asunto de hombres. Ahora se atrevía a poner en duda el juicio de las sabias-historiadoras. Se atrevía a ver a través de una propaganda materialista y conservadora en busca de un fragmento de verdad..*Los fragmentos son casi tan peligrosos como nada en absoluto,* lo sabía. Sin embargo, debía de ser posible penetrar aquel velo de algún modo, calcular cómo todo lo que había visto y sufrido encajaba.

¿Cómo le explicaré esto a Leie?, reflexionó Maia..¿Debo robársela primero a sus amigas saqueadoras?

¿Arrastrarla, atada y amordazada, a algún lugar para arrancarle la maldad?

Maia ya no meditaba tristemente sobre la alegría perdida de la experiencia compartida con su hermana. La Leie de antaño nunca habría comprendido lo que Maia pensaba y sentía ahora. La nueva Leie, aún menos. Maia todavía añoraba a su gemela, pero también experimentaba resentimiento hacia su dura conducta y sus aires de superioridad cuando por fin se reunieron brevemente.

Maia anhelaba más ver a Renna.

¿Me convierte eso en una niña de papá? El juvenil epíteto no la molestaba..¿O soy una perversa que alberga sentimientos de calor hacia un hombre?

Dilemas filosóficos como el «porqu». y el «qu». parecían menos importantes que el «cóm».. De algún modo, debía llevar a Renna a sitio seguro. Y si Leie elegía acompañarlos, perfecto.

—Será mejor que empecemos a pensar en atracar en algún sitio. De lo contrario nos arriesgamos a chocar contra las rocas en la oscuridad.

Brod sujetaba el timón, ajustando constantemente su dirección para mantener rumbo al sur. Con la otra mano, se frotó la barbilla, un gesto masculino común, aunque en su caso aún tendría que pasar otro lejano verano antes de que le saliera barba.

—Normalmente sugeriría salir al océano abierto —continuó diciendo—. Echaríamos el ancla, vigilaríamos el viento y la marea, y volveríamos al archipiélago al amanecer.

Brod sacudió la cabeza tristemente.

—Ojalá no me sintiera tan ciego sin un informe meteorológico. Una tormenta podría acechar más allá del horizonte, y nunca lo sabríamos a tiempo.

Maia estuvo de acuerdo.

—En el mejor de los casos, malgastaríamos horas y volveríamos agotados. —Desenrolló el mapa—. Mira, en esta zona hay una isla grande con un ancla pintada. No está demasiado lejos de nuestra ruta, cerca de la zona más occidental de los Dientes.

Brod se inclinó hacia delante para leer en voz alta. .

—Faro Jellicoe... Debió de ser un santuario-faro antiguamente, como Halsey. «Fuera de servicio y desocupad»., dice.

Maia frunció el ceño, con la repentina sensación de haber oído el nombre antes. Aunque el sol aún estaba a cierta altura sobre el horizonte, tiritó, achacando la sensación a lo terrible del lugar.

—Uh... ¿entonces nos dirigimos al suroeste, capitán?

Maia se había estado medio burlando de él todo el día usando el título honorífico. Sonriendo, Brod respondió con un acento enormemente exagerado.

—Bien hecho estará, señora propietaria. Si es usted tan amable de echar una mano con la vela.

—¡A la orden, señor! —Maia cogió la tensa botavara con una mano, plantando un pie sobre la gaza para sujetarla—. ¡Preparada!

—¡Allá vamos!

Brod dio un golpe de timón, impulsando bruscamente la proa del esquife hacia el viento. La vela se desinfló y aleteó, indicando a Maia que tirara de la botavara de babor a estribor, donde se hinchó de pleno con un audible chasquido y los envió velozmente a un nuevo rumbo, hacia la alargada sombra de una isla alta situada al oeste. El sol de la tarde encendía una luminosa aureola de vapor de agua, un halo sonrosado, que convertía el promontorio rocoso en una fiera lanza que apuntaba más allá de las nubes.

—Suponiendo que encontremos refugio en la laguna de Jellicoe —dijo Brod—, volveremos hacia el sur al amanecer. Mañana a media tarde, podemos virar al este, y llegaremos al canal principal cerca de Faro Halsey.

—El santuario activo. Háblame de ese sitio —pidió Maia.

—Es la única ciudadela que aún funciona en los Dientes del Dragón, permitida por el Consejo Reinante para mantener el orden. Mi cofradía fue obligada a habitar el faro, así que enviaron dos barcos y las tripulaciones de las que podían prescindir fácilmente... es decir, inútiles como yo. Con todo, nunca esperé que el capitán intentara sacar un dinero extra alquilándose a las saqueadoras. —Frunció el ceño tristemente—. No todo el mundo piensa de esa forma. A algunos les gusta ver pelear a las mujeres. Dicen que les produce calor de verano.

—¿No pudiste conseguir un traslado, o algo así?

—¿Bromeas? Los alféreces no cuestionan a los capitanes, ni siquiera cuando éstos faltan a una tradición no escrita de la cofradía. De todas formas, saquear es legal, dentro de unos límites. Para cuando me di cuenta de que el capitán Corsh se estaba vendiendo a *auténticas* piratas, era demasiado, tarde. —Brod sacudió la cabeza—. ¡Debía notarse cómo me sentía, porque se alegró de ofrecerme como rehén, mientras gritaba en voz alta a las saqueadoras la pérdida tan grande que eso le suponía, y que sería mejor que cuidaran bien de mí!

El muchacho se rió roncamente.

.Somos iguales, pobrecillo, pensó Maia..*¿Es culpa mía no tener talentos adecuados para el mundo de las mujeres? ¿O es culpa suya ser un muchacho que nunca quiso ser marinero? Su amarga reflexión era claramente rebelde. Tal vez es un error hacer generalizaciones de este tipo, sin tener en cuenta las excepciones. ¿No deberíamos tener todos el derecho de intentar ser aquello para lo que más servimos?*

También eran iguales en el hecho de haber sido abandonados por personas en las que confiaban. Sin embargo, él era más vulnerable. Los muchachos esperaban ser adoptados por una cofradía que sería su hogar a partir de entonces, mientras que las muchachas del verano crecían sabiendo exactamente qué les esperaba: una vida de lucha solitaria.

—Entonces será mejor que tengamos cuidado cuando llegemos a Halsey. Tu capitán no...

—¿Se alegrará de verme? —interrumpió Brod—. Buf. Estaba en mi derecho de escapar contigo y las demás.

Sobre todo después de lo de Inanna y sus planes asesinos. Pero tienes razón. No creo que Corsh lo vea de esa forma. Probablemente ya está preocupado por cómo va a explicar todo esto a los comodoros.

Desde allí, tal vez podamos llegar a la sala del navegante y echar un vistazo a sus cartas. Estoy seguro de que habrá escrito dónde está el escondite pirata. Dónde tienen a tu Hombre de las Estrellas.

Había un extraño retintín en la voz de Brod, como si dudara acerca de algo. ¿De sus posibilidades de éxito?

¿O de la misma idea de aliarse con alienígenas?

—Si al menos Renna estuviera prisionero allí, en Halsey... —Suspiró ella.

—Lo dudo. Las saqueadoras no dejarían a un prisionero allí donde pudiera hablar con otros hombres. Tienen demasiados planes para él.

En Grimké, Brod le había contado a Maia las acciones del Visitante justo después de la captura del *Manitú*.

Según el relato de Brod, Renna había irrumpido entre las jubilosas vencedoras, protestando por todas las violaciones de la ley de Stratos. Se negó desafiante a trasladarse al *Intrépido* hasta que todas las heridas fueron atendidas. Tan firme fue su semblante extranjero, su furia y su contención, que Baltha y las otras saqueadoras retrocedieron en vez de verse obligadas a golpearlo. Brod nunca mencionó que Renna prestara especial atención a ninguna víctima en particular, pero a Maia le gustaba imaginar que las fuertes y amables manos de su amigo alienígena aliviaron su delirio, y que su voz, hablando en tonos profundos, le prometía firmemente que volverían a verse.

Brod tenía poco más que decir acerca de Leie. Había advertido a la hermana de Maia entre la banda de saqueadoras, sobre todo por sus ojos ansiosos y su intenso interés en las máquinas. Al jefe de máquinas le alegró contar con ella, y no le importó un comino qué sexo tenía un tripulante bajo su camisa y su taparrabos manchados de hollín, siempre que trabajara duro.

—Sólo hablamos una vez en privado —dijo Brod, protegiéndose los ojos mientras navegaban hacia el sol poniente. Ajustó el timón para tensar la vela—.

Supongo que me eligió porque no iba a importarle a nadie que yo me riera de ella.

—¿De qué quería hablar?

Brod frunció el ceño, tratando de recordar.

—Me preguntó si alguna vez había conocido a un viejo comodoro o capitán, allá en el principal santuario de mi Cofradía de Joannaborg. ¿Se llamaba Kevin? ¿Calvin?

Maia se incorporó rápidamente.

—¿No querrás decir *Clevin*?

Él se dio un golpecito en la sien, ausente.

—Sí, eso es. Le dije que había oído ese nombre. Pero me embarcaron muy poco después de mi adopción, y había tantas tripulaciones en el mar que no llegué a conocerlo. Pero el barco, el *León Marino*, era uno de los nuestros.

Maia se quedó mirando al muchacho.

—Tu Cofradía es la Pinniped.

Lo dijo como un hecho consumado, y Brod se encogió de hombros.

—Claro..., no podías saberlo. Arriamos nuestra bandera poco antes del ataque. Muy vergonzoso. Entonces supe que las cosas no iban bien.

Maia volvió a sentarse, escuchando a través de una oleada de emociones en conflicto, la principal de ellas el asombro.

—El Clan Starkland conoce a los Pinniped desde hace generaciones. Las madres dicen que antiguamente fue una gran cofradía. Transportaba importantes cargamentos, y sus oficiales eran bien recibidos en las grandes ciudades, en invierno y en verano por igual. Hoy en día, los comodoros aceptan trabajos como habitar el Faro Halsey, y ahora incluso se alquilan a las saqueadoras —se rió amargamente—. No es gran cosa, ¿eh? Pero claro, yo tampoco soy ningún premio.

Maia examinó a Brod con renovado interés. Por lo que había dicho el muchacho, podía ser su primo lejano en varios grados... sólo un estudio genético podría determinarlo con seguridad. Era un concepto que Maia tuvo que barajar junto con la ironía de, después de tantas frenéticas aventuras, haber entablado por fin contacto con la cofradía de su padre. No había imaginado que sucedería precisamente de aquel modo.

Siguieron navegando en silencio, cada uno de ellos sumido en sus propios pensamientos. En un momento dado, un banco de oscuras y estilizadas formas apareció varios metros por debajo de su pequeña embarcación, ondulando silenciosamente con sinuosa velocidad. La más grande de las criaturas habría superado en envergadura el mástil del *Manitú*, y tardó varios minutos en pasar, pero su suave tránsito apenas provocó una ondulación en el agua. Maia apenas llegó a ver la cola del monstruo, y luego el misterioso convoy submarino desapareció.

Al cabo de unos cuantos minutos, Brod se inclinó hacia delante en su asiento y se protegió los ojos con una mano, el cuerpo bruscamente tenso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maia. .

—Yo... no estoy seguro. He creído por un segundo que algo pasaba ante el sol.
—Sacudió la cabeza—. Se hace tarde. ¿Nos falta mucho para llegar a Jellicoe?

—Lo avistaremos pasada la siguiente torre. —Maia desplegó la carta—. Parece formado por unas dos docenas de dientes, todos pegados. Tiene dos fondeaderos, y aquí hay algunas cuevas importantes anotadas. —Alzó la cabeza y calibró el ritmo de la puesta del sol—. Llegaremos justo, pero con tiempo para explorar un canal antes de que oscurezca.

El joven asintió, aún con el ceño fruncido.

—Estemos preparados, entonces.

La maniobra continuó bien, con el viento hinchando su ajada vela como había hecho todo el día. *Tal vez nuestra suerte haya cambiado por fin*, pensó Maia, sabiendo bien que estaba tentando el destino. Cuando navegaban firmemente siguiendo el nuevo rumbo, volvió a hablar, despertando otra inminente preocupación.

—Naroin me hizo prometer que intentaría llamar a sus superiores, si encontrábamos una radio en Halsey.

No era un juramento que quisiera cumplir. Maia confiaba en Naroin, ¿pero y en sus superiores? *Tantos grupos tienen sus propios motivos para querer a Renna... Tiene enemigas en el Consejo. E incluso suponiendo que respondan a la llamada policías honradas, ¿dejarán las saqueadoras que se lleven a Renna con vida?*

Acudía a su mente una sucesión de ideas preocupantes. *¿Y si el Consejo aún tiene armas como las que quemaron Grimké? ¿Y si llegan a la conclusión de que un alienígena muerto es mejor que uno en manos de sus enemigas?*

La respuesta de Brod fue tan tibia como los sentimientos de la propia Maia.

—Supongo que podríamos intentarlo en la sala de comunicaciones. A lo mejor de noche no está vigilada. Pero la idea me revuelve las tripas.

—Lo sé. Sería terriblemente arriesgado hacerlo además de entrar en la sala de mapas...

—No es eso —la interrumpió Brod—. Es que... preferiría que otra persona llamara a la policía para delatar a mi cofradía.

Maia lo miró.

—¿Lealtad? ¿Después de la forma en que te han tratado?

—No es eso —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No me quedaré con ellos después de esto.

—¿Entonces, qué? Ya me estás ayudando a buscar a Renna.

—No lo comprendes. Otra cofradía podría respetarme por ayudarte a salvar a un amigo. ¿Pero quién va a contratar a un hombre que ha traicionado a sus propios compañeros de tripulación?

—Oh. —Maia no había advertido el riesgo añadido que Brod estaba corriendo.

Aparte de la vida y la libertad, podía perder toda posibilidad de carrera..*Algo que yo nunca tuve*, murmuró para sí Maia, pero recapacitó..*Hace falta valor para que una persona con perspectivas de futuro se lo juegue todo por un asunto de honor*.

El esquiﬁe empezó a rodear el promontorio más cercano. Más allá, como Maia había predicho, una isla grande y convulsa empezó a aparecer gradualmente. A Maia le pareció una gigantesca zarpa que alguien hubiera dejado allí petrificada mientras sondeaba el mar. Algún misterioso proceso geológico había soldado los espolones parecidos a dedos, uniendo múltiples espirales en un amasijo de arcos de piedra.

Antiguamente, la isla de Jellicoe había sido aún más grande. Restos rechonchos y soldados mostraban los lugares donde una red más extensa de islitas externas había sido destruida por un antiguo poder, presumiblemente el mismo que socavó Grimké. Huellas lineales de roca abrasada brillaban como tejido cicatrizado a lo largo de los acantilados, complicando todavía más los revueltos contornos ordenados por la naturaleza. La costa resultante tenía el perfil horizontal de una retorcida estrella de muchas puntas, con filos redondeados en lugar de vértices y bordes. Aberturas irregulares rompían la rítmica silueta.

Unos cuantos minutos después, una de aquellas aberturas dejó ver a Maia una laguna en su interior, tan plácida como si fuera de cristal.

—¡Allí está! —anunció—. Perfecto. Podemos entrar y anclar...

.¡Shiva y Zeus! —maldijo Brod—. ¡Maia, agáchate!

Obedeció apenas a tiempo, mientras Brod viraba con fuerza y hacía que la botavara cruzara volando el pequeño bote, silbando en el lugar donde un momento antes se hallaba la cabeza de Maia.

—¿Qué haces? —chilló ella. Pero el joven no respondió. Agarradas al timón, tenía las manos blancas por la tensión, la mirada fija. Tras alzar la cabeza para poder ver, Maia jadeó—. ¡Es el *Intrépido*!

La goleta de tres palos se dirigía hacia ellos desde el suroeste, casi surgida del sol poniente. La visión de sus velas hinchadas, que se esforzaban por adquirir velocidad, era impresionante y aterradora. Mientras Maia y Brod luchaban con su pequeño bote dando bordadas contra el viento, el barco pirata ya había recorrido la mayor parte de la distancia que separaba las islas.

—¿Crees que nos han visto? —Maia se sentía como una tonta por preguntar. Sin embargo, Brod contaba claramente con ello, ya que intentaba ocultarse tras la espira que acababan de pasar. Si tan sólo las saqueadoras tuvieran vigías perezosas...

La esperanza se desvaneció con el sonido de un silbato: un alarido de vapor y deleite depredador.

Entrecerrando los ojos contra el resplandor del sol, Maia vio un puñado de siluetas congregadas a proa, señalando. La imagen podría haberle provocado un *déjà vu*, recordándole la manera en que había empezado el día; pero en esta ocasión no se

trataba de un pequeño queche, sino de un carguero mejorado para ser más veloz y mortífero. Columnas de humo anunciaban que las calderas estaban funcionando. La nariz de Maia se arrugó ante el olor del carbón quemado. Hizo un rápido cálculo mental.

—¡No tiene sentido correr! —le dijo a Brod—. Tienen velocidad, cañones, tal vez radar. ¡Aunque escapemos, buscarán toda la noche, y nos aplastarán en la oscuridad!

—¡Acepto sugerencias! —replicó su compañero. El sudor perlaba su labio superior y su frente.

Maia lo agarró por el brazo.

—¡Vira hacia poniente! Podemos cambiar de bordada más ceñidos al viento. El *Intrépido* tendrá que plegar velas para seguirnos. Sus motores tal vez estén aún fríos. Con suerte, podremos esquivarlo en ese laberinto.

—Señaló la irregular costa de la isla de Jellicoe.

Brod vaciló, y luego asintió.

—Al menos las sorprenderá. ¿Preparada?

Maia se preparó y agarró la botavara, lista para la maniobra.

—¡Preparada, capitán!

Él respondió con una mueca ante el chiste. Maia reprimió el retortijón de su estómago, al cual había regresado la familiar conmoción biliar de temor y adrenalina como si fuera su obsesión favorita.

.Se acabó la racha de buena suerte, pensó.. *Tendría que haberlo imaginado* .

—Muy bien —dijo Brod con un suspiro entrecortado, compartiendo claramente el mismo pensamiento—. Allá vamos.

Todo dependía del siguiente paso. ¿Hasta qué punto podría virar el navío mayor? ¿Qué armas llevaría?

Como esperaban, el diminuto esquife maniobraba mejor usando directamente el viento. El *Intrépido* vaciló demasiado después de que Brod cambiara de rumbo. Cuando el barco pirata viró por fin, lo hizo de mala forma y contra la brisa. Brod y Maia ganaron impulso hacia el oeste mientras las marineras se esforzaban en cubierta, trincando las velas para que los motores aún en fase de calentamiento no tuvieran que luchar contra ellas.

.¿Reconocen el esquife?, se preguntó Maia.. *A estas alturas seguro que ya saben que algo les ha sucedido a Inanna y a sus amigas del queche. ¡Lysos, parecen furiosas!*

Incluso con el barco lastrado por su peso, llegaría un momento en que los dos navíos se encontrarían a poco más de un centenar de metros. ¿Qué harían las piratas entonces?

Esforzándose para ayudar a Brod a maniobrar lo mejor posible, Maia orientó la

vela para conseguir la máxima eficacia. Esto significaba tener que lanzarse de un lado a otro del bote, apoyando su peso cada vez que era necesario restablecer el equilibrio.

Nunca había dirigido un bote pequeño de esta forma, rozando literalmente la superficie del agua. Era impresionante, y habría sido divertido de no tener el estómago revuelto. Giró la cabeza para ver si, por casualidad, Renna podía encontrarse en el barco pirata. Había hombres en el alcázar de la goleta, como durante la toma del *Manitú*, pero ni rastro de los peculiares rasgos de Renna.

Cuando el esquife abarloó el barco, Maia oyó furiosos gritos sobre las aguas que los separaban. Las palabras eran ininteligibles, pero reconoció el rostro lívido y arrebolado del capitán del barco, que discutía con varias mujeres que llevaban pañuelos rojos. El hombre señalaba a otras piratas que cargaban con un largo tubo negro en la banda de babor de la goleta. Sacudiendo la cabeza, hizo imperiosos gestos de prohibición.

A pesar de su estallido de furia, el capitán parecía plenamente consciente de su autoridad. Tanto, que no albergó ninguna sospecha cuando más mujeres, armadas con tridentes y cuchillos, se acercaron para rodearlo a él y a sus oficiales... hasta que el tono de mando del hombre se interrumpió bruscamente, silenciado bajo un súbito destello de violentos golpes.

Desde la distancia, horrorizada, Maia no pudo distinguir si usaban bastones o cuchillas para reducir a los hombres, pero el ataque continuó muchos segundos más de lo que parecía necesario. Fuertes y vibrantes gritos de placer demostraban cuánto gozaban las piratas tomándose un desquite que debían de haber ansiado desde hacía tiempo, rompiendo a la vez una alianza molesta y las últimas ataduras con la ley.

—¡Nos separamos! —gritó Brod. Había estado intensamente concentrado, por lo que no había podido mirar siquiera a sus antiguos camaradas, ni sacar nada en claro del reciente tumulto de gritos y gemidos. Menos mal, pues la caída de los oficiales había sido sólo parte del golpe. Cuando Maia encontró un momento para volver a examinar el aparejo, la mayoría de los miembros masculinos restantes de la tripulación habían desaparecido de donde trabajaban un momento antes.

.Los Pinniped tal vez estén pasando un mal momento, reflexionó Maia, aún aturdida por lo que había visto.

Pero saben distinguir un asesinato deliberado. Y por eso comparten nuestro destino.

Aquellas saqueadoras eran unas fanáticas. Maia lo sabía, y la idea se había reforzado tras la emboscada de esa misma mañana. ¿Pero esto? ¿Atacar y matar a hombres deliberadamente y a sangre fría? Era tan obsceno como aquello contra lo que las Perkinitas las prevenían constantemente: la antigua violencia hombre-contra-mujer que antaño condujo al Éxodo de las Fundadoras, hacía tanto tiempo.

.Renna, pensó angustiada..¿*Qué has traído a mi mundo?*

Maia recitó una breve plegaria para que su hermana, parte de la tripulación de la sala de máquinas, no estuviera implicada en el espontáneo derramamiento de sangre. Tal vez Leie ayudara a salvar a algún hombre bajo cubierta, aunque no parecía probable que las piratas fueran a dejar testigos.

Ahora mismo, lo que importaba era que el motín les había concedido a Maia y a Brod segundos, minutos.

Tiempo que canjearon por los metros imprescindibles de distancia mientras las saqueadoras se reorganizaban y terminaban de hacer virar el barco.

—¡Preparada! —gritó Brod, advirtiendo de otra maniobra con la botavara.

—¡Preparada! —respondió Maia. Cuando su compañero viró, se deslizó bajo la botavara y ejecutó una compleja serie de acciones simultáneas, moviéndose con una fluida gracia que habría sorprendido a sus antiguas profesoras, o incluso a sí misma unos cuantos meses antes. De la práctica, combinada con la necesidad, se deriva una especie de concentración capaz de aumentar las habilidades más allá de toda expectativa.

Cuando volvió a mirar el *Intrépido*, éste navegaba varios cientos de metros por detrás, pero ganaba velocidad.

Las artilleras tenían que seguir cambiando de posición sus rifles sin retroceso cada vez que la goleta tomaba un nuevo rumbo para seguir a los fugitivos. Se las podía ver gritándole a la nueva timonel para que fijara un rumbo.

Ir en línea recta no valía, ya que el puente de proa del barco bloqueaba la visión. Al final, el *Intrépido* fijó un rumbo a treinta grados del viento. Eso reducía el ritmo de aproximación, pero permitía disparar con claridad.

¿Se lo advierto a Brod?, reflexionó Maia, con más frialdad de lo que esperaba.

No, mejor dejar que se concentre todo lo posible.

Vio cómo su amigo se volvía a mirar la vela temblorosa, las aguas revueltas, su destino, el macizo de enormes monolitos que se acercaba rápidamente. Usando todos estos datos, el muchacho hizo ajustes demasiado sutiles para ser calculados, basados en un tipo de instinto que antes había negado poseer, consiguiendo velocidad de una improbable combinación de velamen, madera y viento.

.Se hace mayor mientras lo observo, se maravilló Maia. Los jóvenes e inmaduros rasgos de Brod se transformaban por aquel intenso ejercicio de habilidad. La mandíbula y la frente se le marcaban y algo en él, según Maia, destilaba tanto las esencias maduras como las inmaduras de la masculinidad: una firme resolución unida a un intenso placer por lo que estaba haciendo. Aunque los dos murieran en los próximos minutos, su joven amigo no dejaría este mundo sin haberse convertido en un hombre. Maia se alegró por él.

Una vibrante sacudida agitó el aire tras ellos. Era un gruñido más profundo y de mayor calibre que el del pequeño cañón de aquella mañana.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Brod, casi ausente, sin distraerse de su labor.

—Un trueno —mintió Maia con una sombría sonrisa, dejando que la cálida gloria de su concentración durara unos cuantos segundos más—. No te preocupes. No lloverá hasta dentro de un rato.

El agua caía del cielo empapando su ropa y casi inundando el pequeño bote. Caía en oleadas, y entonces, bruscamente, paró. La cascada, provocada por otra explosión, hizo que Maia corriera al pantoque con un cubo, y achicara furiosamente.

Las fuentes del océano que caían sobre ellos no eran su única preocupación. Un proyectil cercano casi había conseguido que el esquife girara como una peonza, haciendo que el casco gruñese con el sonido de tablas y pernos al aflojarse. Todo cuanto Maia sabía era que su labor de achique debía superar la entrada de agua todo el tiempo que Brod necesitara para encontrar un medio de sacarlos de aquel lío.

Las artilleras del *Intrépido* habían tardado algún tiempo en calmarse, después de su amotinamiento.

Disparaban en un ángulo amplio, frustradas en parte por el zigzagueo del esquife, antes de centrarse por fin en la oscuridad cada vez mayor del crepúsculo. Durante minutos, Maia acarició la ilusión de que la seguridad estaba a su alcance: un canal abierto que conducía al embarcadero de la laguna Jellicoe. Entonces vio algo familiar y sorprendente: el *Manitú* capturado, anclado en esa misma torre de piedra, su cubierta repleta de más pañuelos escarlata. De inmediato, comprendió la horrible verdad.

¡Jellicoe debe de ser la base pirata! ¡He traído a Brod directamente a sus manos!

—¡Vira a la derecha, Brod, rápido!

Un súbito giro de último minuto evitó a duras penas la fatal entrada. Ahora corrían a lo largo de la retorcida costa de la propia Jellicoe, empapados alternativamente por los proyectiles que caían cerca y por la espuma más normal de las olas que chocaban contra las rocas. Las maniobras delicadas se habían terminado. Estaban atrapados en una poderosa corriente, y Brod dedicaba todos sus esfuerzos a impedir que chocaran con la serrada costa de la isla.

La oscuridad podría haber ayudado, pero las tres lunas principales estaban altas en el cielo y proyectaban su luminosidad perlada sobre la inminente derrota de los dos jóvenes. Era una noche clara y hermosa. Pronto saldrían las amadas estrellas de Maia; quizá durara lo suficiente para poder decirles adiós.

Una y otra vez llenaba el cubo, y lanzaba luego su contenido por la borda para no tener que ver la brillante proximidad del «diente de dragó». que se alzaba casi en vertical, como una cortina ondulante y convulsa. Sus redondeados pliegues indicaban una fingida suavidad. La piedra cristalina y adamantina estaba, en realidad, esperando pasivamente el momento de aplastarlos.

Maia no podía soportar aquella horrible visión. Lanzaba cubo tras cubo en la dirección opuesta, lo que la salvó en parte cuando las saqueadoras probaron una nueva táctica.

Una súbita detonación se produjo detrás de Maia, haciendo que el esquife se sacudiera con oleadas de aire comprimido y vacío que la lanzaron contra la cubierta. Para su sorpresa, se mantuvo consciente mientras las sacudidas pasaban y se convertían en una vibración que podía sentir a través de las tablas. Instintivamente se acarició la nuca dolorida, y encontró un trozo de piedra granítica cubierto de sangre. Mientras sus ojos veían puntitos púrpura, Maia miró la afilada pieza de metralla natural. El mundo giraba ante ella. Se volvió y descubrió que también Brod había sobrevivido, aunque del lado izquierdo de su cara manaba un torrente de sangre. Gracias a Lysos los fragmentos de roca habían sido pequeños. Esta vez.

—¡Alejate del acantilado! —gritó Maia. O lo intentó. No podía distinguir siquiera su propia voz, sólo oír un horrible redoblar de campanas. Con todo, Brod pareció comprender. Con los ojos dilatados por la impresión, asintió y movió el timón. Consiguieron ganar una cierta distancia antes de que el siguiente proyectil golpeará, arrancando más piedras de la cara del promontorio. Esta vez no los alcanzó la metralla, pero la maniobra implicaba navegar más cerca del *Intrépido* y de su arma, que ahora los apuntaba casi a bocajarro. Mientras contemplaba la boca del cañón, Maia vio cómo la tripulación cargaba otra bala y disparaba. La sintió pasar ardiente por el aire, no muy lejos, a la izquierda. Tras un intervalo demasiado corto para darle nombre, en el arrecife se produjo otro estallido terrible que casi arrancó a los dos muchachos del bote. Cuando Maia volvió a alzar la cabeza, vio que su vela estaba rota. Pronto estaría hecha pedazos.

En ese momento, el retorcido borde de la isla dio otro giro. De repente, una abertura apareció a babor. Con manos temblorosas, Brod viró hacia aquel callejón sin salida. Habría sido una locura absoluta en cualquier otra circunstancia, pero ahora Maia lo aprobó de todo corazón. *Al menos las zorras no nos verán morir a sus manos*

Un lado de la abertura explotó mientras la atravesaban, agrietando todo el macizo e impulsando el esquife hacia delante entre cascadas de roca. La siguiente bala pareció golpear el acantilado con rugidos de frustrada furia. Las grietas se multiplicaron. Un tremendo trozo de piedra, la mitad de grande que el propio *Intrépido*, empezó a soltarse. Con graciosa morosidad, su sombra acechante cayó sobre Brod y Maia...

El peñasco cayó tras el pequeño bote, empujándolos con la fuerza de un tsunami enano, apuntando a un profundo agujero negro.

Maia sabía que tenía valor. Pero no lo suficiente para ver cómo su bote destrozado se abalanzaba contra aquel antiguo titán, el Faro Jellicoe. *Que sea rápido*, pidió. La

oscuridad los barrió, apagando toda visión.

Querida Iolanthe:

Como puedes ver por esta carta, estoy vivo... o lo estaba en el momento de escribirla... y disfruto de buena salud, exceptuando los efectos de haber pasado varios días atado y amordazado.

Bueno, parece que he picado con el truco más antiguo que existe. La rutina del Viajero Solitario.

Estoy en buena compañía. Incontables diplomáticos con más talento que yo han sido las víctimas de sus propias y frágiles necesidades humanas...

Mis secuestradoras me ordenan que no divague, así que intentaré ser conciso.

Se supone que debo decirte que no informes de mi desaparición hasta dos días después de recibir esta carta. Sigue fingiendo que me puse enfermo después de mi discurso.

Algunas sospecharán que hay juego sucio, mientras que otras dirán que me estoy burlando del Consejo. No importa. Si no consigues para mis captoras el tiempo que necesitan, amenazan con enterrarme donde no pueda ser encontrado.

También dicen que tienen agentes entre las oficialas de policía. Sabrán si son traicionadas.

Se supone que debo suplicarte que cooperes para que respeten mi vida. El primer borrador de esta carta fue destruido porque fui un poco sarcástico en este punto, así que déjame decirte que, por muy viejo que sea, no pondré reparos a seguir vivo un poco más o a continuar viendo el universo.

No sé adónde me llevan, ahora que el verano ha terminado y los viajes no están sometidos a ninguna restricción. De cualquier forma, si anoto las pistas de lo que veo y oigo a mi alrededor, ellas simplemente me obligarán a reescribir la carta. Me duele demasiado la cabeza, así que lo dejaremos como está.

No voy a decir que no lo lamento. Sólo los tontos dicen eso.

Con todo, estoy contento. He ido, hecho, visto y servido. Uno de los tesoros de mi existencia ha sido esta oportunidad de vivir durante algún tiempo en Stratos.

Mis captoras dicen que se pondrán en contacto pronto. Mientras, recibe un saludo de

RENNA

En medio de una oscuridad casi total, acarició la frente de Brod, apartando con cuidado el pelo empapado de sus heridas. El joven gimió, agitando la cabeza, que Maia había apoyado sobre sus rodillas. A pesar de multitud de heridas, se sentía agradecida por un puñado de pequeñas cosas, como este estrecho trozo de arena en el que se encontraban, justo por encima de una negra extensión de frías y turbulentas aguas. También estaba agradecida por no haber despertado esta vez en algún lugar lúgubre, después de un golpe en la cabeza..*Mi cráneo ha recibido ya tanto, que un nuevo golpe me mataría. Y eso no sucederá hasta que el mundo haya acabado de divertirse empujándome .*

—Mm... ¿Qué...? —murmuró Brod. Maia sentía más sus palabras a través de sus manos que de sus aturdidos oídos. Todavía inconsciente, Brod parecía sin embargo ansioso, como si aún sintiera que era su deber finalizar alguna tarea urgente.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo ella, aunque apenas pudo distinguir sus propias palabras—. Descansa, Brod.

Me encargaré de todo durante un rato.

La oyera o no, el muchacho pareció calmarse un poco. Los dedos de ella aún notaban alguna soñolienta preocupación en su frente, pero dejó de agitarse. Los suspiros de Brod dejaron de ser audibles para sus ensordecidos oídos.

En el último momento, el bote moribundo los había escupido al interior de aquella cueva, mientras más explosiones a sus espaldas cegaban la entrada con una lluvia de piedra masacrada. En medio de un torbellino de agua y arena, su cabeza resonaba con el estrépito de los cañonazos, pero Maia buscó frenéticamente a Brod, lo agarró por el pelo y tiró de él hacia la superficie, revuelta y poco definida. Fueron sacudidos arriba y abajo durante aquellos violentos instantes en que mar, costa y atmósfera fueron uno, pero la práctica le había enseñado a Maia el truco de buscar aire. Racionando el que contenían sus doloridos pulmones, luchó contra las corrientes que parecían demonios hasta que por fin, remolcando al pobre Brod, sus pies sintieron el lodo de una pendiente.

Maia consiguió salir arrastrándose del agua, sacó a su amigo y comprobó su respiración en medio de la total oscuridad. Por fortuna, Brod tosió y escupió el agua que había tragado. No tenía ningún hueso roto, al parecer.

Viviría... hasta lo que sucediera a continuación.

En conjunto, sus heridas eran leves..*Si el bote hubiera permanecido intacto, habríamos sido impulsados por las olas contra esa pared subterránea,* advirtió con un escalofrío. Sólo la destrucción del bote les había salvado la vida. Al hundirse, había suavizado su última caída.

Maia se sentía medio muerta. Incluso los cortes superficiales le dolían de una

manera infernal. Cada laceración estaba llena de sucia arena, y cada granito, al parecer, había sido asignado a su propio conjunto de nervios. Para empeorar las cosas, la evaporación absorbía el calor de su cuerpo, haciéndole castañetear los dientes.

.Pero no estamos muertos, señaló desafiante otra voz en su interior..*Y no lo estaremos, si puedo encontrar un medio de salir de aquí antes de que suba la marea .*

No era una tarea fácil, admitió, tiritando..*Esta cueva probablemente se llena y se vacía dos veces al día, librándose por rutina de escoria como nosotros .*

Maia calculó que tenían al menos unas cuantas horas. Más tiempo de vida del que había esperado durante aquellos momentos finales, cuando se abalanzaban hacia una negra y horrible cavidad en el costado de un alto diente de dragón..*Tendría que dar las gracias por esta breve suspensión de la sentencia, pensó, sacudiendo la cabeza..Pero perdóname si no le veo del todo las ventajas .*

En retrospectiva, parecía una patética estupidez haber ido al rescate de Renna (y a redimir a su hermana) sólo para fracasar de forma tan total y miserable. Maia lo sentía sobre todo por Brod, su compañero y amigo, cuyo único error fatal había sido seguirla.

Nunca tendría que habérselo pedido. Es un hombre, después de todo. Cuando muera, su historia se terminará.

Lo mismo se podía decir de ella, por supuesto. Hombres y vars carecían por igual del consuelo del final de la vida que se permitía a las personas normales (las clónicas), que sabían que continuarían a través de sus compañeras de clan, en todos los sentidos menos en el del recuerdo directo.

.Supongo que aún tengo una oportunidad en ese sentido. Leie podría tener éxito en lo que se propone, llegar a grande, fundar un clan. Arrugó el gesto, sardónicamente..*Tal vez ponga una estatua mía en el patio de su mansión. La primera de una larga serie de ceñudas efigies, todas sacadas del mismo molde .*

Había otras posibilidades más modestas que Maia apreciaba más. Aunque las diferencias menores entre las gemelas las habían fastidiado, las cosas importantes, como su aprecio por la gente, siempre habían sido parecidas.

Así, había una posibilidad de que Leie se sintiera atraída por Renna, como le había sucedido a Maia. Tal vez Leie olvidaría a sus compañeras piratas y ayudaría al hombre del espacio exterior, incluso intimaría con él.

.Eso debería hacer que me sintiera mejor, reflexionó..*Me pregunto por qué no es así .*

En sucesivos flujos y reflujos, el nivel del agua había ido subiendo gradualmente a lo largo del banco de arena donde se encontraban. Pronto el helado líquido le lamió las piernas, además de la cintura de Brod..*Ahí viene la marea, pensó Maia, sabiendo que era el momento de obligar a su reacio y agotado cuerpo a ponerse de nuevo en*

marcha. Con un gruñido, se enderezó. Cogiendo al muchacho por debajo de los brazos, Maia apretó los dientes y se esforzó para arrastrarlo pendiente arriba tres, cuatro metros... hasta que su espalda chocó bruscamente con algo duro e irregular.

—¡Oh! Maldita oscuridad...

Maia depositó a Brod sobre la arena y trató de frotarse la espalda. Se dio la vuelta y con la otra mano empezó a explorar delicadamente la barrera ondulada y puntiaguda que había surgido de la oscuridad para bloquear su retirada. Con cuidado al principio, siguió lo que resultó ser una pared casi vertical de objetos colocados sin ningún orden... leves formas ovoides cubiertas de suciedad..*Conchas*, dedujo. Montones de criaturas parecidas a percebes que se aferraban tenazmente a la superficie de piedra del acantilado mientras esperaban pacientemente otra comida, la siguiente oleada de materia orgánica traída por el mar.

.Supongo que hasta aquí hemos llegado, se dijo con resignación. La depresión y la fatiga casi la hicieron tumbarse en la arena junto a Brod, para pasar en paz los últimos minutos que le quedaban. En cambio, con un suspiro, Maia empezó a palpar el camino a lo largo de la pared, intentando no gemir cada vez que otra puntiaguda concha pinchaba o arañaba su mano. La gruesa franja de caparzones cubiertos de algas continuaba hasta más allá de su alcance, confirmando que la pleamar llegaba mucho más arriba que ella.

Sin embargo, se movió de izquierda a derecha, esperando que algo cambiara. Al avanzar de lado, sus pies encontraron una leve pendiente... por desgracia, no subía más de un metro. Sin embargo, suponía una diferencia crucial. De puntillas, con los brazos extendidos al límite, las yemas de sus dedos pasaron por encima de la sucia concentración de conchas y rozaron piedra lisa.

.Hasta aquí llega el agua. ¡Éste es el techo de la marea alta! Esto ofrecía posibilidades..*Supongamos que lo despierto a tiempo. ¿Podríamos Brod y yo nadar y flotar con la corriente, manteniendo la cabeza seca?*

.No sin algo fuerte y estable a lo que poder agarrarse, comprendió con disgusto. Lo más probable era que la acción de las olas los aplastara contra las afiladas paredes y luego expulsase sus fragmentos para que se unieran con los demás restos del bombardeo de las piratas.

La única esperanza real era encontrar una grieta o un asidero, por encima..*Si hay algún modo de llegar hasta allí a tiempo .*

Volvió a comprobar cómo se encontraba Brod; dormía pacíficamente. Maia se inclinó por segunda vez para arrastrar al muchacho un poco más arriba de la pendiente que había hallado. Entonces empezó a explorar la caverna en profundidad, abriéndose paso hacia la derecha, palpando la capa de percebes en busca de alguna ruta, alguna vía por encima de la zona asesina. Poco después dio un respingo, y apartó la mano tras sentir un pinchazo más fuerte de lo normal. Al meterse un dedo

en la boca, Maia saboreó la sangre y se dio cuenta de la extensión del corte..*Ojalá vivas para disfrutar de otra cicatriz*, pensó, y siguió buscando una protuberancia, una rendija, algo que ofreciera un atisbo de ruta hacia arriba.

Un minuto o dos después, Maia casi resbaló cuando algo se le enganchó en el tobillo. Se inclinó para soltarlo y sus manos palparon madera, un tablón arrancado con un trozo de vela y cuerda empapada, fragmentos del pequeño esqui que habían hundido sin darle siquiera un nombre.

Tiritando, continuó su monótona tarea, cuya principal recompensa consistía en la desagradable familiaridad con el contorno de una extraña y bien defendida forma de vida marina. Un poco después, el banco de arena empezaba a descender de nuevo, apartándola aún más de su objetivo, y acercándola al agua helada.

.Bueno, aún queda esa zona donde he puesto a Brod. Albergaba pocas esperanzas de que la topografía fuera diferente.

A punto de renunciar y dar la vuelta, la mano de Maia encontró... un agujero. Temblando, exploró sus contornos. Era una especie de hendidura, a un metro por encima del banco de arena. Podría servir para apoyar el pie e iniciar una escalada; pero con una clara pega: el procedimiento propuesto implicaba usar los afilados y resbaladizos percebes como asideros.

Maia se dio la vuelta, contó los pasos, y se arrodilló ante los restos del naufragio que había encontrado antes.

Con los restos de la vela, hizo tiras para envolverse las manos. Se enrolló también al hombro la mayor cantidad de cuerda que pudo encontrar. No era mucho..*Rápido*, pensó..*La marea llegará pronto* .

Con dificultad, volvió a encontrar la hendidura. Por fortuna, las suelas de sus zapatos de cuero estaban casi intactas, así que Maia sólo dio un respingo de incomodidad cuando colocó el pie en el hueco y extendió las manos, agarrando con fuerza dos puñados de conchas. Incluso a través de la tela, aquellas cosas la apuñalaron dolorosamente. Apretando los labios, empujó, usando primero una pierna y luego la otra, aupándose con ambos brazos hasta que se quedó suspendida de un pie, apretada contra la pared. Ahora los agudos picos atacaban todo su cuerpo, no sólo las extremidades.

Muy bien, ¿y después qué?

Con el pie libre, empezó a buscar otro peldaño. Parecía arriesgado pedir a un puñado de conchas que soportaran todo su peso. Sin embargo, tenía que intentarlo.

Para su asombro, Maia encontró otra alternativa mejor. Otro agujero en la pared... ¡y a la altura adecuada!

.No lo creo, pensó, metiendo dentro el pie izquierdo y apoyando torpemente su peso..*No puede ser coincidencia. Esto debe significar...*

Comprobando su conclusión, liberó una mano y palpó hasta que, naturalmente,

encontró otro hueco. Uno que tenía que estar exactamente donde estaba..*Los agujeros son obra de la mano de la mujer... del hombre, ya que este lugar solía ser un santuario. Me pregunto qué antigüedad tiene esta «escalera»..*

No, ni hablar. Cierra el pico, Maia. ¡Sólo concéntrate y sigue adelante!

Los huecos le facilitaban la ascensión. Con todo, la escalada fue difícil incluso cuando su rostro hubo sobrepasado la dolorosa capa de conchas y sólo tuvo que enfrentarse a los lisos e irregulares cortes en la cara de una pared casi vertical. Para cuando sus manos doloridas encontraron una anilla de metal clavada en la roca, le latían los músculos. El oxidado aro demostró ser útil como último asidero antes de que pudiera por fin pasar un pierna, y luego otra, por el redondeado borde de un saliente de piedra.

Maia se tumbó de espaldas, jadeando, escuchando el rugido de su propia respiración entrecortada. Tardó unos momentos en apreciar que no todo el sonido era interno..*Puedo oír. Mis oídos se recuperan*, advirtió, demasiado cansada para alegrarse. Permaneció inmóvil, mientras los ecos de su respiración resonaban en las paredes, junto con el susurro acuático de la marea.

Su pulso aún no se había regularizado cuando se obligó a incorporarse, apoyándose sobre un codo..*Tengo que volver con Brod*, pensó Maia, agotada. Volver a bajar sería duro, y aún no había pensado cómo subir a su amigo hasta allí si le resultaba imposible despertarlo. Como siempre, el futuro parecía inquietante, aunque Maia se alegró de haber encontrado un refugio. Eso contrarrestaba la sensación de desesperación que le minaba las fuerzas.

Se sentó, dejando escapar un gemido.

Algo más que su propio eco la alcanzó entonces, sofocado por las reverberaciones.

.¿M-Maia-aia-aia?

Siguió un ataque de tos.

.D-Dios mío-ío-ío... ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¡Maia-aia-aia!

Los ecos, al repetirse, le hicieron dar un respingo.

—¡Brod! —chilló—. ¡No pasa nada! ¡Estoy encima...!

Sus llamadas y las de él se solaparon, ahogando todo sentido en un mar de ecos. La alegre respuesta de Brod habría sido más gratificante si no tartamudeara tanto, ofreciendo agradecidas bendiciones tanto a Madre Stratos como a su patriarcal dios del trueno.

—Estoy encima de ti —repitió ella, cuando las molestas resonancias se apagaron—. ¿Puedes decirme cuánto ha subido la marea?

Oía un chapoteo.

—Ya me tiene acorralado en un montoncito de arena, Maia. Intentaré retroceder... ¡Oh!

La exclamación de Brod anunciaba su descubrimiento de la pared de conchas.

—¿Puedes ponerte en pie? —preguntó ella. Si era así, se ahorraría tener que bajar a buscarlo.

—Estoy... un poco mareado. Tampoco puedo oír bien. Déjame intentarlo. —Hubo sonidos de esfuerzo—. Sí, estoy de pie. Más o menos. ¿Debo entender... que todo está negro porque estamos bajo tierra? ¿O me he quedado ciego?

—Si estás ciego, yo también. Ahora, si puedes andar, por favor ponte de cara a la pared e intenta ir hacia la derecha. Ten cuidado y sigue mi voz hasta que estés justo debajo de mí. Intentaré ver cómo te ayudo a subir hasta aquí arriba. Lo prioritario es rebasar el nivel de la marea alta.

Maia siguió hablando para guiar a Brod, y mientras tanto se inclinó sobre el saliente para atar un extremo de su cuerda alrededor del aro de metal. Debía de haber sido puesto allí hacía mucho tiempo para que los botes atracaran en aquella diminuta cueva, aunque Maia no podía imaginar el motivo. Parecía un lugar horrible para ser utilizado como embarcadero. Mucho peor que el túnel oculto de Inanna en la isla de Grimké.

—Aquí estoy —anunció Brod justo debajo de ella—. ¡Escarcha! Estos malditos percebes son afilados. No encuentro la cuerda, Maia.

—La agitaré de un lado a otro. ¿La notas ahora?

—No.

—Debe de ser demasiado corta. Espera un momento.

Con un suspiro, retiró la cuerda. A juzgar por la voz entrecortada de Brod, no podría escalar del mismo modo que lo había hecho ella, sin ayuda. No había elección, entonces. Tanteando las presillas con sus dedos magullados, se desabrochó los pantalones y se los quitó. Ató una pernera a la cuerda con dos nudos, y también unió un lazo al otro lado de la otra pernera, y lo lanzó todo por la pared. Hubo un gratificante sonido apagado de tela golpeando la cabeza de alguien.

—Oh. Gracias —respondió Brod.

—No hay de qué. ¿Puedes pasarte el lazo por un brazo, hasta el hombro?

Él gruñó.

—Apenas. ¿Ahora qué?

—Asegúrate de que agarra bien. Allá va.

Con cuidado, paso a paso, Maia indicó a Brod dónde encontraría el primer hueco. Lo oyó sisear de dolor, y recordó que sus sandalias de cuerda estaban en peor estado que sus zapatos y eran inadecuadas para soportar los afilados percebes. Sin embargo, no se quejó. Maia se preparó y tiró de la cuerda, no tanto por elevar al muchacho como para prestarle estabilidad y confianza mientras él pasaba temblorosamente de hueco en asidero, uno cada vez.

Pareció durar mucho más que su propia escalada. Los agotados músculos de Maia

temblaban más que nunca cuando los entrecortados jadeos de él se acercaron.

De algún modo, sacando fuerzas de flaqueza, mantuvo la tensión en la cuerda hasta que por fin Brod asomó por el borde con un último esfuerzo y cayó casi encima de ella. Agotados, permanecieron así durante algún tiempo, los latidos de sus corazones resonando pecho con pecho, cada uno respirando las agotadas exhalaciones del otro, saboreando la sal de la piel del otro.

.Tenemos que dejar de vernos así, pensó una lejana y burlona parte de ella..*Con todo, es más de lo que la mayoría de las mujeres consiguen de un hombre en esta época del año.* Para sorpresa de Maia, su peso le resultaba agradable de un modo extraño, nunca imaginado.

—Uh... lo siento —dijo Brod mientras rodaba para quitarse de encima—. Y gracias por salvarme la vida.

—No es más que lo que hiciste por los dos en el barco, esta mañana —respondió ella, disimulando su rubor—. Aunque supongo que a estas alturas fue ayer.

—Ayer. —Él se detuvo a reflexionar, luego gritó bruscamente—. ¡Eh, mira eso!

Maia se sentó en el suelo, aturdida. Como no podía ver a Brod lo bastante bien para distinguir adónde señalaba, empezó a buscar por su cuenta, y acabó encontrando algo entre la horrible penumbra. Frente a su saliente, a unos cuarenta grados más arriba hacia el cenit, distinguió el delicado brillo de, según contó, cinco hermosas estrellas.

Creo que es parte del Hogar...

Tras recordar bruscamente, Maia palpó en su brazo izquierdo y suspiró aliviada cuando halló su olvidado sextante, todavía guardado en la arañada pero intacta bolsa de cuero.*Probablemente estará estropeado. Pero es mío. La única cosa que es mía .*

—Bien, señora navegante —preguntó Brod—. ¿Puedes decirme a partir de esas estrellas dónde estamos?

Maia sacudió la cabeza vigorosamente.

—Demasiados pocos datos. Además, sabemos dónde estamos. Si se viera más, podría decirte la hora...

Se interrumpió, envarándose cuando Brod se echó a reír en voz alta. Entonces, viendo sólo afecto en su amable burla, Maia se relajó. Se rió también, dejándose llevar mientras comprendía que vivirían un poco más, para seguir luchando. Las saqueadoras no habían ganado, todavía no. Y Renna estaba cerca. Brod se tendió a su lado; compartieron el calor mientras contemplaban su única y diminuta ventana al universo. Stratos giraba lentamente bajo ellos, y contemplaron un desfile de breves actuaciones estelares. Juntos, disfrutaron de un espectáculo que ninguno de los dos había esperado volver a ver.

De día, la cueva parecía a la vez menos misteriosa... y mucho más.

Menos, porque la luz filtrada del amanecer revelaba contornos que antes parecieron ilimitados y sofocantes en la negra oscuridad. Una montaña de escombros bloqueaba lo que antes fuera una generosa entrada. La luz del sol y las mareas entraban por estrechas y afiladas aberturas en la avalancha, más allá de la cual los dos jóvenes pudieron distinguir un nuevo arrecife, creado por el reciente bombardeo.

No podrían escapar por donde habían llegado; eso estaba claro.

El misterio aumentó asociado con la esperanza y la frustración. Poco después de despertar al nuevo día, Maia se levantó y siguió el saliente hasta su extremo final, donde se unía a una serie de peldaños tallados en la pared de la cueva. En lo alto había otro rellano, aún más profundo, que terminaba en una enorme puerta de más de tres metros de ancho.

Al menos, pensaba que era una puerta. Parecía el lugar adecuado para emplazar una. Necesitaban desesperadamente una puerta en aquel punto.

Sin embargo, parecía más una escultura. Varias docenas de placas hexagonales cubrían una ancha y lisa superficie vertical hecha de alguna mezcla endurecida e impenetrable de color sangre.

Impenetrable porque otras personas habían intentado al parecer atravesarla en el pasado. En cada grieta o rendija entre las partes, Maia encontró bordes pulidos allí donde alguien había intentado hacer palanca, y sólo había conseguido arrancar una lasca enmohecida. Las zonas manchadas de hollín indicaban los sitios donde se había empleado fuego, posiblemente con la idea de debilitar el metal, y otras zonas estriadas mostraban signos de ácido... nada de lo cual había servido.

—Aquí tienes tus pantalones —dijo Brod, llegando por detrás y sobresaltando a Maia, que estaba enfrascada en su intensa inspección—. He supuesto que los querías —añadió con desenfado.

—Oh, gracias —respondió ella, cogiendo los pantalones. Se hizo a un lado para ponérselos. Estaban rasgados por tantos sitios que no merecía la pena contarlos, y casi ni siquiera valían el esfuerzo de volver a usarlos. Con todo, ella sentía vergüenza de no llevarlos, a pesar de la fatigada intimidad de la noche anterior.

Mientras luchaba por ponerse los pantalones, evitando torpemente los peores cortes y contusiones, Maia advirtió que los brazos se le habían aclarado una vez más, así como el pelo que podía ver. Sin un espejo, no podía estar segura, pero sus recientes y múltiples inmersiones parecían haber lavado los efectos del improvisado teñido de Leie.

Mientras, Brod contemplaba las placas, algunas apiñadas, otras separadas, muchas de ellas embellecidas con símbolos de animales, objetos o formas geométricas. El joven parecía ignorar su propio estado físico, aunque bajo su camisa rasgada Maia veía incontables arañazos y magulladuras. Se movía cojeando, intentando no apoyar los talones. Al mirar por donde había venido, Maia vio manchas

de sangre en el suelo, dejadas por las heridas de sus pies. Evitó deliberadamente catalogar sus propias heridas, aunque sin duda su aspecto era muy similar al del muchacho.

Se habían pasado toda la noche escuchando las olas acercarse cada vez más, preguntándose si el supuesto «nivel del agu». significaba algo cuando había tres lunas alineadas en la misma zona del cielo. Ráfagas de aire a presión los obligaron a bostezar repetidas veces para aliviar sus doloridos oídos. El saliente se volvió resbaladizo debido a las salpicaduras de espuma. Durante lo que parecieron horas, los dos veraniegos se abrazaron mientras las olas rompían cerca, extendiendo sus dedos de espuma...

—Ni siquiera puedo imaginar de qué está hecha esta cosa —dijo Brod, examinando con más atención la misteriosa barrera—. ¿Tienes idea de para qué sirve?

—Sí, eso creo. Me temo que sí.

Él la miró mientras se acercaba. Maia extendió los brazos ante la pared de metal.

—He visto cosas similares antes —le explicó a su compañero—. Es un acertijo.

—¿Un acertijo?

—Mm. Uno que al parecer es tan difícil que montones de personas intentaron hacer trampa, y fracasaron.

—Un acertijo —repitió él, reflexionando.

—Uno con cuya resolución se obtiene un gran premio, imagino.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Brod se iluminaron—. ¿Qué premio crees que es?

Maia retrocedió un par de pasos, ladeando la cabeza para contemplar el elaborado portal desde otro ángulo.

—No puedo decir qué buscaban los demás —dijo en voz baja—. Pero nuestro objetivo es sencillo. Debemos resolverlo... o morir.

Había otro acertijo en una pared, hacía mucho tiempo. Uno que no estaba hecho de extraño metal, sino de piedra y hierro y madera corrientes, aunque era lo bastante difícil para llenar a un par de inteligentes niñas de cuatro años de curiosidad y determinación. ¿Qué ocultaban las madres Lamai tras la pared tallada de la bodega, llena de estrellas cinceladas y serpientes enroscadas? Contrariamente al rompecabezas que ahora tenía delante, aquél no era un trabajo inaudito de artesanía, pero seguía claramente el mismo principio. Era una cerradura de combinación. Una donde el número de objetos que colocar excedía con mucho cualquier posibilidad de acertar por casualidad. Una cuya respuesta correcta debía de ser inolvidable, intuitivamente obvia para los iniciados, y eternamente oscura para los extraños.

.Contexto compartido. Ésa era la clave. La simple memoria, a lo largo de generaciones, demostraba no ser de fiar. Pero con una cosa se podía contar: si

fundabas un clan, tus lejanas tataranietas, con una educación similar y un cerebro casi idéntico al tuyo, pensarían de forma muy parecida a ti. Lo que había sido olvidado lo recuperarían recreando tus procesos de pensamiento.

Esa reflexión había abierto una vía, después de que Maia fracasara en sus primeros intentos en la bodega de la Casa Lamatia, y de que los esfuerzos de Leie con un pequeño gato hidráulico amenazaran con romper el mecanismo, en vez de persuadirlo. Incluso Leie había reconocido que la curiosidad no merecía el castigo que *eso* acarrearía. Así que Maia reconsideró el problema, esta vez intentando pensar como una Lamai. No fue tan fácil como parecía.

Había crecido rodeada por madres, tías, medio hermanas Lamai, conociendo sus pautas de comportamiento en cada fase de la vida. El cauto entusiasmo de los tres años, por ejemplo, que se escudaba rápidamente tras una cínica máscara para cuando cada una de aquellas muchachas con trenzas cumplía cuatro. Un estallido romántico en la adolescencia, seguido por la introversión y un claro desdén por todo aquello y toda persona que no fuera Lamai, un desdén que era tanto mayor cuanto más digna parecía la extraña. Y finalmente, al final de la mediana edad, se suavizaba, la armadura se relajaba lo suficiente para que el grupo de gobernantas estableciera alianzas y se relacionase con éxito con el mundo exterior. La primera joven Lamai var, la Fundadora, debía de haber sido afortunada, o muy lista, para llegar por sí misma a la edad del tacto. A partir de ese momento, los asuntos se hacían más fáciles a medida que cada generación mejoraba el arte de ser aquella continua entidad individual: Lamatia.

Reflexionando sobre el problema, Maia había advertido que no sabía nada de cómo se sentían interiormente las Lamai individuales. Haciendo un esfuerzo mental, imaginó a una hermana Lamai mirándose al espejo y usando palabras como «integridad... honor... dignidad». No se veían a sí mismas como maliciosas, caprichosas o rencorosas. En cambio, veían a las demás como inherentemente indignas de confianza, peligrosas.

.Miedo. ¡Ésa era la clave! Maia se había quedado sin habla después de aquel primer ramalazo de intuición, cuando comprendió lo que impulsaba a su clan materno.

Era más que miedo. Era un temor que ni el dinero ni la seguridad podían apaciguar, porque estaba entretejido en la matriz de personalidad del tipo.

El azar genético respaldado por una educación en la que el yo reforzaba sin cesar al yo, comprendiendo y aumentando una y otra vez.

No era un terror paralizador, o de lo contrario las hijas de aquella única var nunca habrían llegado a ser una nación. Lamatia racionalizaba más bien aquel miedo, lo *usaba* para motivarse, como fuerza impulsora. Las Lamai no eran felices. Pero tenían éxito. Incluso criaban a más progenie veraniega de éxito de lo habitual.

.Las hay peores, recordó haber pensado Maia el día en que se hizo aquella reflexión, mientras giraba una manivela para hacer bajar el montacargas a la cripta, bajo las cocinas. *¿Quién soy yo para juzgar nada?*

Barajando varias posibilidades, Maia se acercó a la pared con nuevas ideas en mente. *Las Lamai no son lógicas, aunque pretenden serlo. ¡He estado intentando resolver el acertijo racionalmente, como si de una serie de símbolos ordenados se tratara, pero apuesto a que será una secuencia basada en la emoción!*

Ese día (parecía que hacía siglos), alzó su linterna para escrutar las familiares pautas de figuras de piedra.

Estrellas y serpientes, dragones y cuencas boca arriba. El símbolo del Hombre. El símbolo de la Mujer. El emblema de la Muerte.

.Imagínate aquí de pie con un encargo que cumplir, pensó Maia. *Eres una Lamai confiada, ocupada y mayor .*

Hija de clase alta de un noble clan. Orgullosa, digna, impaciente.

Ahora añade un ingrediente más, por debajo de todo. Una capa oculta de terror...

Un largo año más tarde, y casi al otro extremo del mundo, Maia intentó realizar el mismo ejercicio, tratando de ponerse en los zapatos de otro tipo de persona. De la clase de persona que habría dejado un complejo rompecabezas de placas hexagonales sobre una pared de metal. Un enigma que se alzaba entre dos desesperados supervivientes y su única esperanza de escapar de una trampa mortal.

—Este sitio es antiguo —le dijo a Brod en voz baja.

—¿Antiguo? —Él se echó a reír—. ¡Era un mundo distinto! Ya has visto las ruinas. Todo este archipiélago estaba lleno de santuarios, más grandes que ninguno de los que hoy se conocen. Debe de haber sido el foco, el mismo centro de la Gran Defensa. Podría incluso haber sido el único sitio de Stratos donde, en toda la historia, los hombres tuvieron algo que decir... hasta que a esos reyes fanáticos se les subió a la cabeza y lo estropearon todo.

Maia asintió.

—Toda una región, dirigida por hombres.

—En parte. Hasta el destierro. Sé que es difícil de creer. Supongo que es por eso que la Iglesia y el Consejo fueron capaces de suprimir incluso el recuerdo de su existencia.

Lo que Brod decía tenía sentido. Incluso teniendo las pruebas a su alrededor, Maia tenía problemas para entenderlo. Oh, no podía negarse que los varones podían ser bastante inteligentes, pero planear más allá del lapso de vida de un solo humano se suponía que estaba fuera del alcance incluso de sus líderes más brillantes. Sin embargo, ante ella se alzaba un ejemplo de lo contrario.

—En ese caso, este acertijo fue diseñado para ser resuelto por hombres, quizá con

el propósito específico de mantener a las mujeres fuera.

Brod se frotó la mandíbula.

—Tal vez. De todas formas, quedarnos aquí mirando no nos servirá de mucho. Veamos qué sucede si empujo una de estas placas hexagonales.

Maia ya había acariciado la superficie de metal, que era curiosamente fría y suave al tacto, pero aún no había intentado mover nada, prefiriendo evaluar primero. Estuvo a punto de abrir la boca para hablar, luego se detuvo.

.Diferencias de personalidad... uno proporciona lo que al otro le falta. Es una debilidad del sistema de clanes, donde el mismo tipo se amplifica a sí mismo. Maia ya no sentía un escalofrío hereje al pensar de modo crítico en Lysos, Madre de Todas.

Brod intentó empujar una placa hexagonal que tenía grabado un círculo encima y se encontraba sola en una zona despejada de la pared de metal. La presión directa no dio ningún resultado, pero una fuerza deslizante a lo largo del plano de la pared hizo que se moviera. La pieza pareció resbalar Como si se deslizara por un fluido increíblemente viscoso. Cuando Brod la soltó, Maia esperaba que se detuviese, pero siguió avanzando en la misma dirección unos cuantos segundos antes de frenar y por fin pararse. Luego, mientras seguía contemplándola sorprendida, la placa hexagonal empezó a deslizarse.*hacia atrás*, en dirección diametralmente opuesta, volviendo sobre sus pasos sin prisas hasta detenerse finalmente en el lugar donde Brod la había encontrado primero.

—¡Vaya! —comentó el joven—. Cuesta creer que de esta forma vayamos a conseguir gran cosa.

Lo probó con otras placas, y descubrió que aproximadamente una tercera parte de ellas se movía, pero sólo en línea recta siguiendo seis direcciones perpendiculares a las placas hexagonales situadas en el borde. No había signo alguno de ningún tipo de sistema de surcos que mantuviera las placas en línea, así que la extraña conducta se debía a algún mecanismo situado tras el plano de la misma pared, utilizando fuerzas que estaban más allá de todo lo que Maia había aprendido de física.

.No es magia, se dijo mientras Brod seguía empujando, probando variantes. Maia se estremeció, y supo que no era debido al asombro o al temor supersticioso, sino a algo parecido a la envidia. La deslizante interrelación de materia y movimiento era dolorosamente hermosa de contemplar. Ansiaba comprender cómo y por qué funcionaba.

Renna dice que las sabias de Caria aún conocen esas energías, pero que no quieren utilizar nada que pudiera.«desestabilizar una cultura pastora»..

Si aquél era un uso benigno del mismo poder que había arrasado Grimké, y otras muchas islas del archipiélago, Maia comprendía por qué Lysos y las Fundadoras eligieron ese camino. Quizá tenían razón a una grandiosa escala sociológica. Tal vez el ansia que sentía en su interior era inmadura, obstinada y peligrosa, una curiosidad

ardiente como la que Renna había mencionado, de esa que impulsaba lo que él había llamado una «era científic»..

Maia recordó el doloroso anhelo en los ojos de Renna mientras rememoraba aquellos tiempos, que había considerado raros en la historia humana. Ella experimentó un profundo dolor interior; envidiaba lo que no había conocido ni llegaría a conocer nunca.

—Las placas siempre parecen volver a su lugar de origen —comentó Brod—. Vamos, Maia. Veamos si podemos empujar dos a la vez.

—Muy bien —suspiró ella—. Yo probaré con la que tiene un caballo grabado. ¿Preparado? Vamos.

Al principio pensó que la placa que había elegido era una de las que no se moverían, pero luego empezó a deslizarse bajo su mano, acumulando impulso en respuesta a su presión constante. La soltó en cuanto hubo recorrido el espacio correspondiente a tres veces su volumen, pero siguió avanzando, perdiendo velocidad a cada segundo que pasaba, hasta que chocó en ángulo con el hexágono que Brod había empujado, uno con la imagen de un barco de vela. Entonces las dos placas invirtieron el rumbo, y la pareja ejecutó una versión negativa de la misma colisión. Finalmente, las dos placas se quedaron inmóviles en sus puntos de partida. Dos minutos después de empezar el experimento, la pared tenía el mismo aspecto que cuando la encontraron: seguía cubierta por un puñado de hexágonos colocados siguiendo una pauta que no parecía tener ningún sentido. Maia resopló pesadamente.

.Tiene que haber una lógica en todo esto. Un objetivo. El Juego de la Vida también parece un montón sin sentido de piezas que saltan, hasta que captas la belleza que en él subyace .

.Como en el caso del juego, los hombres que diseñaron esto tal vez lo consideraran lo bastante extraño para mantener apartadas a las mujeres. Ésa podría ser una pista importante, sobre todo teniendo a Brod aquí para ayudarme .

Por desgracia, había un problema inherente a la idea del «contexto compartid».. Por lo que Brod y ella sabían, cabía la posibilidad de que el acertijo se basara en alguna moda de mil años de antigüedad, ahora olvidada. Tal vez en una canción de francachela popular en esos días y que contenía la mayoría de aquellos símbolos. Casi cualquier hombre de la época habría sabido cuál era la relación existente entre, por ejemplo, la abeja de una placa y la casa grabada en otra. Uno de los grabados parecía una rebanada de pan que rezumaba manteca o mermelada.

Otro representaba una punta de flecha en llamas.

Maia cambió de opinión. El acertijo tenía que estar basado en algo duradero.

.Quien se tomó tantas molestias en esto obviamente pretendía que durara, y que sirviese a su propósito mucho tiempo después de su muerte. ¿Y no es bien sabido que los hombres piensan con antelación?

Claramente, todas las reglas tenían excepciones.

La distrajo un gruñido acompañado de una desagradable quemazón en el estómago. Su magullado cuerpo pedía alimento, cuanto antes mejor. Sin embargo, para tener una oportunidad de dárselo, debía ignorarlo. De algún modo, Brod y ella tendrían que atravesar lo que al parecer había detenido a incontables predecesoras... con una diferencia además. Las otras (ermitañas, turistas, exploradoras, piratas) habían llegado allí en barco, pacíficamente, y pudieron marcharse. La motivación de Maia y Brod, era más fuerte que la avaricia o la curiosidad: su única posibilidad de sobrevivir consistía en atravesar aquella pared.

—Lamento que no haya salsa, ni fuego para freírlo, pero está fresco. ¡Cómetelo!

Maia contempló la criatura que yacía en el suelo, ante sus piernas cruzadas, aún agitándose ligeramente.

Emergiendo de un trance de concentración, parpadeó ante la inesperada aparición de un pescado. Se giró para mirar a Brod, y vio nuevas heridas que marcaban finas líneas sangrantes a lo largo de sus piernas, brazos y pecho.

—No habrás vuelto a bajar, ¿no?

El muchacho asintió.

—Marea baja. He visto algunos peces varados en la arena. De todas formas, necesitábamos agua. Toma, echa atrás la cabeza y abre bien la boca.

Maia vio que llevaba en el brazo un amasijo de tela empapada, compuesto por trozos de vela y por su propia camisa. Se lo tendió, goteante. Con una súbita ansiedad surgida de una sed en la que no había reparado hasta entonces, Maia hizo lo que le decía. Brod dejó caer en su boca un fino chorro de agua salada con un ligero sabor a sangre. Ella tragó con ansia, ignorando el desagradable regusto. Cuando terminó de beber, cogió el pescado y lo mordió con ganas, como había visto hacer a los marineros.

—Mm... afias, Broth... Mm... delizioso...

De pie a su lado, Brod masticaba su propia ración.

—Puro egoísmo. Conservo tus fuerzas para que puedas sacarme de aquí.

La confianza del muchacho en su habilidad para resolver enigmas era halagadora. Maia sólo deseaba que tuviera fundamento. Oh, había hecho progresos en las últimas diez horas o así. Ahora sabía qué placas se movían y cuáles no. De las fijas, algunas servían como simples barreras o zonas donde las piezas que se movían podrían rebotar. Unas cuantas más, por un proceso que no acababa de determinar, parecían *absorber* todas las placas que chocaban contra ellas. El hexágono en movimiento se mezclaba con ellas o se metía debajo, *se quedaba* allí aproximadamente medio minuto, luego reaparecía para regresar por donde había venido. Cada vez que se producía una de aquellas absorciones temporales, a Maia le

parecía oír un sonido grave y lejano, como el zumbido de un gong.

Por desgracia, no se podía llegar directamente a todos los hexágonos rígidos con los móviles. Ni todas las combinaciones daban como resultado la absorción y el golpe de gong. Maia no tardó en comprender que para dar con la solución debía poner en marcha varias placas a la vez y disponer múltiples colisiones para que las piezas entraran en rendijas específicas durante el breve intervalo permitido.

.Por un momento, he pensado que el hecho de que el acertijo sea reversible, de que todo vuelva a su estado inicial, significaba algo. La variante del Juego de la Vida que Renna utilizó para enviar su mensaje de radio era una versión «reversibl».. Pero, ahora que lo pienso, eso no me parece tan probable. Tiene que ser algo más simple, relacionado con los símbolos grabados en las placas .

Para eso contaba con Brod. El muchacho conocía muchos de aquellos símbolos, ya que se usaban en las etiquetas que solían encontrarse a bordo de un barco..*Caja, lata y barril* representaban un contenedor, y aparecían, de forma bastante apropiada, en las placas fijas o «blanco».. Varios productos alimenticios estaban grabados sobre los hexágonos móviles. La cerveza era una jarra rebosante de espuma. También estaba *bizcocho, galleta* y el símbolo del pan con mermelada que había visto antes. Otros símbolos que Brod identificó fueron *brújula, timón y gancho de carga*. Unos cuantos más seguían siendo incomprensibles. Brod no tenía ni idea de lo que podía significar la flecha ardiente, ni las representaciones de una abeja, una espiral, o los cuartos traseros de un caballo. Con todo, Maia se reafirmó en su idea. Aquel acertijo estaba dispuesto de modo que los hombres lo entendieran con facilidad.

.O aún más sencillo. No creo que todos los hombres fueran bienvenidos, tampoco. Haría falta saber algún truco. Algo lo bastante simple para ser transmitido de maestro a aprendiz durante generaciones .

Aliviados por la comida y la bebida, aunque no plenamente saciados, siguieron haciendo pruebas mientras duró la tenue luz. Por desgracia, no fue mucho tiempo. Fuera seguiría habiendo luz durante unas cuantas horas más. Pero incluso para sus iris hendidos, a través de las rendijas de la cueva entraba demasiada poca iluminación para permitirles trabajar hasta tarde, así que tuvieron que dejarlo.

En la oscuridad, permanecieron juntos y abrazados para darse calor, escuchando subir la marea. Mientras yacía con la cabeza apoyada en el hombro de Brod, Maia se preocupaba por Renna. ¿Qué iban a hacer con él las saqueadoras? ¿Qué propósito tenían en mente para el Hombre de las Estrellas?

Baltha y su grupo tenían claramente motivos para hacer causa común con las radicales de Kiel cuando Renna languidecía en manos Perkinitas. El Perkinismo predicaba llevar la vida en Stratos mucho más allá de la senda diseñada por Lysos, hacia un mundo casi carente de variedad, completamente dedicado a la autoclonación y la estabilidad. A ambos grupos de vars les convenía combatir eso.

Las rads querían lo contrario, una *moderación* del Plan: que las clónicas no dominaran completamente la vida política y económica, y que hombres y vars fueran más fuertes, aunque nunca tan dominantes como en el antiguo y poco recomendable Phylum. Su idea era sacrificar cierta estabilidad en aras de la diversidad y la oportunidad.

Eso hacía que el programa radical fuera tan herético como el Perkinismo, si no más.

Irónicamente, la banda de cortagargantas saqueadoras de Baltha tenía un objetivo de menos envergadura, más enfocado hacia el interés propio. Como habían dado a entender a bordo del *Manitú*, Baltha y su grupo no querían cambiar la forma de vida que Lysos había ordenado, sólo sacudir un poco las cosas.

Maia recordó la novela de aventuras de basura-var que había leído en prisión, donde un mundo daba la vuelta y los clanes poderosos caían al derrumbarse las condiciones estables en las que se basaba su supervivencia, lo que abría nuevos nichos a ocupar por variantes en alza. También recordó los comentarios de Renna sobre la biología de Lysos, inspirada en ciertos lagartos e insectos de la Vieja Tierra: «*La clonación os permite conservar la perfección. ¿Pero perfección para qué? Mira los áfidos. En un entorno sin cambios, se reproducen copiándose a sí mismos. Pero cuando llega una sequía, o la nieve, o la enfermedad, de repente se lanzan a un frenesí sexual, mezclando genes en busca de nuevas combinaciones con las que afrontar nuevos desafíos*».

Baltha y las saqueadoras querían crear el caos suficiente para derribar a algunos antiguos clanes, pero sólo para ocupar ellas su lugar. El suyo era un planteamiento más clásicamente lysiano que los dogmas Perkinitas o radicales. *Las Fundadoras incluyeron en su plan a las vars como yo porque una nunca puede estar segura de que la estabilidad vaya a durar. Debieron de saber que eso implicaba que algunas vars ayudarían a la naturaleza a seguir adelante*.

De hecho, era algo que debía de suceder más a menudo de lo que imaginaba. Cada vez que un plan tenía éxito, se le quitaba importancia. ¡No tenía sentido animar a otras vars a intentar lo mismo! Si Baltha conseguía fundar una gran casa, sus herederas no dirían que era una pirata. Eso hizo que Maia pusiera en duda aquellos relatos en los que se glorificaba a la Lamai original. ¿Fue, en realidad, una ladrona? ¿Una confabuladora? Tal vez Leie había acertado eligiendo sus compañías. Si la gemela de Maia había encontrado el aspecto implacable de su naturaleza conjunta, ¿había que aplaudirla en vez de reprochárselo?

¿Cómo encaja Renna en todo esto?, se preguntó Maia. *¿Planean las saqueadoras provocar algún tipo de lucha entre las facciones del Consejo Reinante? ¿O quizá cobrar rescate de las estrellas? Eso sacudiría las cosas, desde luego. Tal vez más de lo que creen*.

Se preocupó...¿Qué estará haciendo Renna ahora mismo?

Antes, con la llegada del crepúsculo, Maia le había contado a Brod sus preocupaciones. Él era un buen oyente, para ser hombre, y parecía comprenderla sinceramente. Maia se sentía agradecida por su compañía y su amistad.

Sin embargo, al cabo de un rato se quedó sin fuerzas. En la oscuridad, acabó por guardar silencio, dejando que el calor corporal de Brod paliara un tanto el frío de la noche. Maia se quedó dormida respirando su aroma masculino, mientras una extraña sensación de bienestar la inundaba dentro del círculo de sus brazos. Medio en sueños, dejó que las imágenes se deslizaran por su mente: imágenes de auroras, corrientes esmeralda y telones de cielo azul-dorado sobre los glaciares de casa. Y la Estrella Wengel, más brillante que la luz del santuario-faro, y la bocana del puerto. Esos temas veraniegos se mezclaron con su recuerdo predilecto del otoño, cuando los hombres regresaban del exilio, cantando alegremente entre remolinos de hojas multicolores recién caídas.

Las estaciones se confundieron en la fantasía de Maia. Aún dormida, las aletas de su nariz se hincharon con un súbito recuerdo involuntario... un aroma distante de escarcha.

Despertó, parpadeando rápidamente, sabiendo que había pasado demasiado poco tiempo para que hubiera amanecido ya. Sin embargo, podía ver un poco. La luz de la luna brillaba a través de las rendijas de la entrada de la cueva. El blanco de los ojos de Brod era visible.

—Estabas temblando. ¿Algo va mal?

Ella se sentó, avergonzada, aunque no sabía por qué. Por dentro sentía una extraña agitación, un vacío que nada tenía que ver con el hambre.

—Yo... estaba soñando con casa.

Él asintió.

—Yo también. Toda esta charla acerca de herejes, rads y reyes me ha hecho pensar en una familia que conocí, allá en Joannaborg. Seguían el camino Yeown.

—¿Yeown? —Maia frunció el ceño, desconcertada—. Oh, he oído hablar de ellas. ¿No son ésas las que... aquéllas cuyas hijas *clónicas* salen a buscar nichos mientras que las vars se quedan?

—Eso es. Algunas de las ciudades que hay a lo largo de la costa de Méchant tenían barrios enteros dedicados a enclaves Yeown, rodeados por murallas Getta. He visto láminas. La mayoría de los chicos no salían al mar, sino que se quedaban y aprendían alguna habilidad junto con sus hermanas del verano; y se casaban dentro de otros clanes Yeown. Es un poco difícil de imaginar, pero en cierto modo la idea es agradable.

Maia comprendía el punto de vista de Brod. Esa forma de vida ofrecía más opciones a un chico... y a las muchachas del verano que se quedaban donde nacían,

viviendo con sus madres...

Y.padres, supuso, algo que le costó trabajo imaginar.

Sin sus recientes estudios, Maia no habría podido entender que, por desgracia, el modo de vida Yeown iba en contra de las tendencias de la biología de Stratos. Había razones genéticas básicas por las que el tiempo reforzaba la tendencia a necesitar primero nacimientos de invierno, o hacer que las madres sintieran una devoción más intensa hacia sus hijas clónicas que hacia sus retoños var. Las humanas eran criaturas flexibles, y el fervor ideológico podría vencer esas tendencias durante una generación, o durante varias, pero no era sorprendente que herejías como la Yeown siguieran siendo raras.

—Me puse a pensar en ellas porque, bueno, mencionaste ese libro sobre la forma en que vivía la gente en mundo Florentina —continuó Brod—. Ya sabes, donde aún sigue habiend.*matrimonios*. Pero puedo decirte que no era así en el hogar Yeown que conocí. Los maridos... —Pronunció la palabra con evidente rubor—, los maridos no hacían mucho ruido ni alborotaban. No se hablaba entre las vecinas de violencia, ni siquiera en verano.

Naturalmente, los hombres eran aún una minoría frente a sus esposas e hijas, así que no era exactamente como un mundo del Phylum. Con todo el mundo mirando, se comportaban con total discreción, para no dar a las agitadoras Perkie ninguna excusa...

Brod divagaba, y a Maia le resultó difícil ver adónde quería ir a parar. ¿Tenía el muchacho sus propias simpatías herejes? ¿Soñaba con vivir en un hogar todo el año, en mantener un contacto duradero con compañeras e hijos, experimentando menos continuidad que una madre, pero mucho más de lo que los hombres conocían normalmente en Stratos? Podía sonar bien en teoría, ¿pero cómo conseguían los dos sexos no atacarse mutuamente los nervios? Estaba claro que el pobre Brod era un idealista de primera clase.

Maia recordó al único hombre que había tenido cerca mientras crecía. Un clan ortodoxo como Lamatia nunca permitiría que se diera una situación como la que Brod describía de una comuna Yeown, pero ofrecía, según la tradición, refugio puntual a los retirados como el viejo Bennett.

Maia sintió un escalofrío al recordar la última vez que miró los ojos acuosos de Bennett. Las hojas caídas giraban en ciclones otoñales, como en la imagen de su reciente sueño... como si inconscientemente ya hubiera estado pensando en el viejo..*Me preguntaba entonces si sería el único hombre que llegaría a conocer más que de pasada. Pero Renna, y ahora Brod, me han hecho pensar cosas curiosas. Sigue así, y te convertirás en una hereje militante, tú también.*

Esto se volvía demasiado intenso. Intentó devolver las cosas a un plano abstracto.

—Imagino que las Yeown se llevarían bien con Kiel y sus radicales.

Brod se encogió de hombros.

—No creo que las pocas Yeown que quedan se arriesgaran a correr riesgos tomando partido en política. Ya tienen suficientes problemas hoy en día. Con la tasa de nacimientos veraniegos creciendo en toda Stratos, poniendo nervioso a todo el mundo, las Perkinitas siempre andan buscando chivos expiatorios entre las amantes de las vars.

De algún modo, debieron conocer un secreto para conseguirlo.

Maia no estaba convencida del todo.

—Si es así, no duró. Tras la Defensa, llegaron los reyes.

—Sí —admitió él—. Más tarde se corrompió y cayó en el patriarcado. Pero todo se convirtió en un caos después de la guerra. ¡Nuestra breve aberración, no importa lo terrible que fuera, no es excusa para que el Consejo haya enterrado la historia de este lugar! Durante siglos o quizá más, hombres y mujeres debieron de trabajar juntos aquí, cuando era uno de los enclaves más importantes de Stratos.

La tentación de discutir era fuerte, pero Maia se abstuvo de echar agua fría sobre la entusiasta teoría de su amigo. Renna le había enseñado a mirar a través de una lupa, uno o dos mil años atrás, y sabía lo engañosa que podía ser esa lente. Quizá, teniendo acceso a la Gran Biblioteca de Caria, la especulación de Brod condujera a algo. Sin embargo, ahora mismo, el pobre muchacho parecía obsesionado con aquel mundo, basado más en la esperanza que en los datos, donde mujeres y hombres conseguían de algún modo permanecer juntos. ¿Imaginaba algún antiguo paraíso entre aquellas afiladas islas, en la difusa época antes de que el egoísmo de los reyes chocara con los Grandes Clanes? Parecía un derroche de energía mental.

Maia sintió una abrumadora modorra subir por sus cansados brazos y piernas. Cuando Brod empezó a hablar de nuevo, le dio una palmadita en la mano.

—Es suficiente por ahora, ¿de acuerdo? Hablaremos más tarde. Hasta mañana, amigo.

El joven hizo una pausa, entonces la rodeó con su brazo y ella bajó la cabeza una vez más.

—Sí. Que descanses bien, Maia.

—Mm.

Esta vez le resultó más fácil cerrar los ojos, y durmió bien, durante un rato.

Entonces tuvo más sueños. Una imagen mental de la cercana puerta de metal sangriento titilaba ante ella, espectral, superpuesta sobre el acertijo de piedra, mucho más pequeño, de la Casa Lamatia. Emblemas y mecanismos totalmente diferentes, aunque una voz en su interior sugirió: *La verdadera elegancia es la sencillez*.

Siguieron ilusiones aún más vívidas. Desde aquellas catacumbas de Puerto Sanger, su espíritu pareció alzarse sobre capas rocosas, dejando atrás las cocinas Lamai, para atravesar grandes salones y dormitorios, y seguir hasta las altas almenas

donde, dentro de una torre situada en una esquina, el clan conservaba su magnífico telescopio.

Como la pared de hexágonos, era un instrumento de metal pulido cuyas engrasadas juntas parecían moverse casi con tanta suavidad como las placas. Por encima del sueño de Maia se extendía un vasto universo de estrellas. Un reino de limpia física y honrada geometría. Un terreno lleno de esperanza que aprender de memoria.

La enorme mano de Bennett se posó sobre la suya, pequeña. Una presencia cálida y reconfortante que la guiaba, ayudándola a marcar las principales estrellas guía, las nebulosas iridiscentes, los parpadeantes satélites de navegación.

De repente fue un año después... y allí estaba. Según la lógica de los sueños, tenía que estarlo. Cruzando el cielo como un brillante planeta, sin serlo, se movía con voluntad propia, situándose en órbita tras venir de muy lejos. Una nueva estrella.. *Una nave*, erigida para viajar a las estrellas.

Asombrada por esta nueva visión, deseando poder compartirla con alguien, esta Maia mayor fue a buscar a su viejo amigo, guió sus frágiles pasos por las escaleras hacia el brillante instrumento de bronce. Ahora lento y torpe, el anciano tardó algún tiempo en comprender aquella anomalía en los cielos. Entonces, para desazón de Maia, su hirsuta cabeza se echó atrás, y gritó hacia la noche...

Maia se incorporó de un salto, el corazón acelerado por la alarma hormonal. Brod roncaba cerca, sobre el frío suelo de piedra. La luz del amanecer se internaba por las grietas de la pared demolida. Sin embargo, ella permaneció mirando al frente durante muchos latidos, sin ver, deseando poder calmarse sin olvidar.

Finalmente, Maia cerró los ojos.

Sabiendo por fin por qué le habían parecido tan familiares, pronunció en voz alta dos palabras:

—Faro Jellicoe...

Un contexto compartido. Estaba segura de que sería muy sencillo. Algo transmitido de maestro a aprendiz a lo largo de generaciones, incluso dentro de la paupérrima continuidad del mundo de los hombres. ¡Lo que nunca había imaginado era que la suerte jugaría un papel importante en ello!

Oh, sin duda existía la posibilidad de que Brod y ella lo hubieran descubierto por su cuenta, antes de morir de hambre. Pero el viejo Bennett había pronunciado aquellas palabras, farfulladas entre algún resquicio de memoria dominada por la emoción, la última vez que lo oyó hablar. Y las frases se habían almacenado en su subconsciente desde entonces.

¿El anciano había sido miembro de alguna antigua conspiración? ¿Una conspiración que aún seguía en marcha, tantos siglos después de la desaparición de los reyes? Lo más probable era que hubiera empezado como tal, pero que ahora no

fuese más que un resto disperso. Un culto o logia, una de tantas, con frases rituales que sus miembros se enseñaban unos a otros, sin que tuvieran ya más significado que algún vago sentido de portento.

—Estoy preparado, Maia —anunció Brod, agachado junto a un hexágono en blanco. Ella colocó su mano sobre otro.

—Bien —replicó—. Un intento más, a la de tres. ¡Una, dos, tres!

Empujaron con fuerza, situando las placas elegidas a lo largo de la pared en trayectorias oblicuas, cuidadosamente planeadas. Cuando las dos primeras estaban ya en camino, Maia y Brod pasaron a otra pareja de hexágonos. El segundo de Maia llevaba grabada la estilizada imagen de un insecto, mientras que en el de Brod aparecía una rebanada de pan con mermelada. Habían tardado todo el día en calcular bien los tiempos de lanzamiento y las velocidades, para que su primera pareja llegara justo al lugar adecuado cuando las otras dos salieran a su encuentro. Lo normal era que se produjera una carambola doble, dos colisiones simultáneas en extremos opuestos de la pared, para enviar a los hexágonos con inscripciones que se deslizaban desde direcciones distintas hacia el mismo blanco estacionario, situado arriba.

Parecía bastante sencillo, pero hasta el momento no habían conseguido fijar el tiempo necesario para probar la corazonada de Maia. Ahora la luz del día empezaba a difuminarse otra vez. Aquél tendría que ser su último intento. Maia vio con el corazón en la garganta cómo los cuatro hexágonos en movimiento se acercaban al punto de intersección escogido, chocaban, y se separaban en ángulo recto... ¡exactamente como querían!

—¡Sí! —gritó Brod, sonriéndole.

Maia se contuvo mejor. Hasta ahí, muy bien.

Deslizándose en diagonal por la brillante superficie de metal, la pareja seleccionada de placas convergió desde direcciones opuestas hacia una única placa fija cuya superficie tenía grabado un sencillo cilindro... el símbolo usado en los barcos para indicar un cierto tipo de contenedor.

.*Bee-can!* —había gritado el viejo Bennett, aquella aciaga noche en que ella le mostró la nave de Renna.

Incluso entonces, Maia había supuesto que la frase quería decir *beacon*, faro, puesto que muchos santuarios también lo eran. El resto de su cháchara, sin embargo, no tenía sentido. Fuera de contexto, no podía tenerlo.

Pero no se trataba de la convulsa habla masculina, como ella había pensado. Ni eran farfulleos al azar, sino un sentido grito de desesperada fe, de ansia. Una invocación.

—... ¡Jelly puede! ¡Bee-can, Jelly puede!

Hubo otras sílabas, pero ésa era la expresión que contaba. Fuera lo que fuese lo que Bennett creía estar diciendo aquella noche, originalmente debió de significar

«Jellico»..

.Jellicoe Beacon, el Faro Jellicoe de los Dientes del Dragón. Los mismos motivos que habían atraído a Maia y a Brod hasta allí, por los que las saqueadoras habían escogido su embarcadero fácil de defender, habían contribuido a hacer de aquella isla un lugar especial en épocas pasadas. Uno de los baluartes de la Gran Defensa, y del desafortunado imperio masculino de «los reye».. Un lugar cuya historia de orgullo y vergüenza podían suprimir, pero nunca ocultar completamente.

Dos hexágonos móviles se deslizaron ante ella: uno con la imagen de una abeja, el otro con el símbolo común en los barcos para la mermelada almacenada... o *jelly*. Maia contuvo la respiración mientras las dos placas se dirigían al unísono hacia el mismo objetivo.

.Los códigos más elegantes son los más sencillos, pensó.. *¡Todo lo que nos piden es que pronunciamos el nombre del lugar a cuya puerta llamamos!*^[1]

Es decir, suponiendo que no nos estemos engañando a nosotros mismos con nuestra astucia. Si no se trata de un nivel entre los muchos a resolver. Si funciona.

¡Por favor, que funcione!

Las placas convergieron hacia el objetivo con el símbolo de la lata grabado en su superficie. Se tocaron... y el hexágono fijo simplemente las absorbió a ambas. De inmediato, se produjo un doble golpe de gong, grave y decisivo, que fue aumentando de intensidad hasta que la ensordecedora vibración obligó a Brod y Maia a retroceder, cubriéndose los oídos. Tosieron cuando el hollín y el polvo se desprendieron de la gran puerta y su marco. Entonces, por unas juntas que de tan finas eran invisibles, se abrió una hendidura en diagonal. El zumbante portal se dividió vertiendo sobre el oscuro vestíbulo un torrente de luz intensa y mareante.

Diario de la Nave Peripatética

CYDONIA — 626 Misión Stratos

Llegada + 53.605 Ms

No he recibido noticias de Renna desde su último informe, hace más de doscientos kilosegundos.

Mientras tanto, he estado captando las señales de radio y de los rayos focales de abajo; parecen indicar una emergencia policial de primer orden. Por los datos contextuales, debo llegar a la conclusión de que mi enviado peripatético ha sido secuestrado.

Habíamos discutido la posibilidad de una acción precipitada después de su discurso. Ya se ha producido. Calculo que nada de esto habría sucedido si la aproximación de los hielonaves del Espacio del Phylum no hubiera obligado a revelar

prematuramente su presencia. Es un inconveniente que no necesitábamos, por decirlo con pocas palabras. Un inconveniente que puede tener trágicas consecuencias que llegarán más allá de este mundo.

¿Por qué fueron enviados las hielonaves? ¿Por qué tan pronto, incluso antes de que nuestro informe pudiera ser evaluado? Ahora parece claro que los enviaron aproximadamente cuando empecé a reducir la velocidad para entrar en este sistema, antes de que Renna y yo supiéramos qué clase de civilización vivía en Stratos.

Debo decidir qué hacer, y decidirlo sola. Pero los datos disponibles no son suficientes ni siquiera para una unidad de mi nivel.

Es un dilema.

Maia ya había tenido problemas antes. Su vida había peligrado de modo más inminente. Pero aquello no tenía comparación. Los problemas parecían gravitar alrededor de los dos jóvenes vars desde el momento en que dejaron nerviosamente atrás los terrores conocidos de la cueva sellada para internarse en aquel estallido de misterioso fulgor, oyendo sólo la enorme puerta cerrarse tras ellos con un sonoro eco. Un largo pasillo se extendía por delante, con paredes de piedra pulida y casi cristalina, iluminado por paneles que arrojaban una luz uniforme y artificial que no se parecía a nada que ninguno de ellos conociera, excepto al sol. Una capa regular de polvo fino absorbía las gotas de sangre que dejaban los pies de Brod. A Maia le parecía que ambos eran intrusos delincuentes que manchaban de barro la casa de una deidad poderosa y quisquillosa. Casi esperaba ser desafiada de un momento a otro por una vibrante e incorpórea voz de mujer, una voz de contralto dura y estereotipada, como en alguna fantasía cinematográfica barata.

Aquel primer tramo de pasillo no era recto, sino que describía varios giros en zigzag antes de llegar a otra puerta, similar a la primera, cubierta con más hexágonos pulidos. Los muchachos gruñeron en voz alta ante la perspectiva de tener que enfrentarse a otra combinación enigmática. Pero esta vez, como en respuesta a su aproximación, varias placas empezaron a moverse bruscamente por su cuenta. Para cuando Maia y Brod llegaron, el portal ya se había dividido, abriéndose a una serie de giros y vueltas brillantemente iluminados. La atravesaron con rapidez, y Brod suspiró aliviado.

¿Sentía un rinconcito de la mente de Maia un momentáneo atisbo de decepción? ¿Como si en realidad hubiera estado anhelando otro desafío?.*Cierra el pico*, le ordenó Maia a la fanática de los acertijos que llevaba dentro.

Mientras tanto, su sentido de la orientación le decía que se internaban cada vez más en las profundidades de la convulsa montaña que era la isla de Jellicoe.

La siguiente barrera por poco malogra todo el viaje. Al doblar una esquina, los jóvenes se desconcertaron al enfrentarse de pronto a un montón de piedras rotas y cascotes que cegaba el pasillo que tenían delante. El techo se había desplomado, llenando de escombros el pasillo. Sólo un destello de luz artificial asomaba a través de una abertura en lo alto, sugiriendo un posible camino al otro lado. Brod y Maia tuvieron que subir por una pendiente de fragmentos rocosos y empezar a apartar gruesos pedazos de piedra, cavando para abrir un pasadizo lo bastante ancho para poder atravesarlo. Era una sensación extraña cavar con las manos desnudas, bajo tierra, mientras tu vida dependía del resultado, y hacerlo al mismo tiempo bajo una luz tan pura y sintética. La conclusión era inevitable.

.Si alguien más hubiera llegado hasta aquí desde que se desplomó el túnel, habría

dejado huellas, como hacemos nosotros. Toda esa otra gente que intentó atravesar la puerta... ¡y somos los primeros en conseguirlo!

O al menos los primeros desde la calamidad que había causado la avalancha. Su origen natural o artificial quedaba todavía por determinar.

Por fin los dos jóvenes var consiguieron pasar, deslizándose pendiente abajo hasta lo que parecía un sótano cubierto de basura. Lo que antaño podrían haber sido barriles aplastados se extendían en montones oxidados a lo largo de las paredes. La única salida era una escalera de hierro medio destruida a la que le faltaban muchos peldaños, y que parecía haberse desplomado en contacto con altas temperaturas. Podían subirla... con mucho cuidado. Tras ayudarse mutuamente para llegar al rellano superior, Brod y Maia giraron el pomo de una sencilla puerta de metal. Juntos, empujaron para forzar las retorcidas bisagras, y por fin consiguieron introducirse ansiosamente en un pasillo el doble de ancho que el anterior.

Un terrible calor debía de haber atravesado la zona más cercana al torturado sótano, hacía mucho tiempo.

Varias puertas de metal estaban cerradas y soldadas, mientras que otras conducían a cámaras cegadas por peñascos. No quedaba ningún indicio de para qué propósito podrían haber servido. Incluso las fuertes paredes del túnel mostraban estigmas allí donde el yeso se había fundido y fluido antes de congelarse en capas chorreantes. El panorama recordó a los dos veraniegos su horrible deshidratación.

Tras rebasar la zona afectada, pronto recorrieron el corredor más claro y majestuoso de todos, que se extendía bajo un techo arqueado más alto que ningún otro que Maia hubiera visto. Tenía los hombros tensos y sus ojos querían mirar a todas partes a la vez. Seguía esperando oír pasos y gritos... o al menos susurros misteriosos. Pero el lugar estaba vacío incluso de fantasmas.

Como en Grimké, había signos de una retirada ordenada. La mayoría de las habitaciones a las que se asomaron carecían de muebles..*Debieron de peinar toda esta zona de la isla*, pensó. Al mismo tiempo, Maia recordó su promesa a Brod: atravesar la puerta misteriosa podría ser la clave de su supervivencia. Hasta ahora, todo aquello era grandioso e impresionante, pero no demasiado útil para mantenerlos con vida.

.Tal vez alguna futura exploradora encontrará nuestros huesos, se dijo, sombría..*Y se preguntará cuál fue nuestra historia* .

Entonces Brod dejó escapar un grito.

—¡Hurra!

Avanzó cojeando, y condujo a Maia a una habitación a la que se había asomado. Las luces se encendieron cuando entró y se acercó a una pila de loza mientras murmuraba:

—¡Oh, Señor, que funcione!

Como en respuesta a su plegaria, de un brillante grifo de metal empezó a manar un líquido claro: *agua fresca*, olió Maia rápidamente. Brod metió la cabeza bajo el chorro, y bebió ansiosamente, haciendo que Maia casi se desmayara por la súbita sed. Nerviosa, metió apresuradamente la cabeza en un cuenco de porcelana situado junto al de él, y sació su garganta reseca con un sabor que superaba el del vino que robaba en Lamatia, bebiendo como si el chorro fuera a cortarse en cualquier momento.

Finalmente, mareados, embotados, y jadeando en busca de aire, se volvieron para observar aquella extraña e impresionante habitación.

—¿Crees que es una enfermería? ¿O será alguna especie de fábrica? —preguntó Maia. Se acercó con cuidado a uno de los anchos cubículos enlosados, cada uno con una puerta de cristal entornada—. ¿Para qué son estos tubos?

Tras inclinarse hacia dentro para mirar una docena de orificios en la cerámica, Maia soltó un alarido cuando éstos cobraron vida de repente, soltando fieros chorros de ardiente vapor.

—¡Ay, ay! —gimió, saltando hacia atrás y agitando un brazo enrojecido—. ¡Es una máquina para quitar pintura!

Brod sacudió la cabeza.

—Sé que parece absurdo, Maia, pero este lugar sólo puede ser...

—¡Nunca!

—Lo es. Se trata de una ducha.

—¿Para quemar el pelo de los lúgars? —Le parecía dudoso—. ¿Eran gigantescas las antiguas para necesitar tanto espacio? ¿Tenían la piel de cuero?

Brod se mordió el labio. Para probar, se apoyó contra el marco de la puerta y empezó a introducir el brazo.

—Esas ventanitas del tamaño de un pulgar... vi unas cuantas en el edificio más viejo de la biblioteca de Kanto, allá en la ciudad. Sienten cuándo se acerca alguien. Por eso los grifos se abrieron para nosotros.

Salió un nuevo chorro, que Brod evitó cuidadosamente mientras agitaba la mano delante de un sensor, luego de otro. Rápidamente, el chorro pasó de caliente a helado.

—Ahí lo tienes, Maia. Justo lo que necesitamos. Todas las comodidades del hogar.

.De tu hogar, tal vez, pensó ella, recordando su última ducha templada en Grange Head, cuidadosamente racionada con tuberías de barro y un estrecho surtidor. En aquella época, le había parecido todo un lujo. Allá en Puerto Sanger, la Casa Lamatia estaba orgullosa de su fontanería moderna. Pero *este* lugar, con sus resplandecientes superficies, sus luces brillantes, y aquellos extraños olores, era alarmante. Incluso Brod, que había crecido en ambientes aristocráticos en el Continente del Aterrizaje, decía no haber imaginado nunca extensiones tan grandes de vidrio y cerámica, todo aparentemente diseñado para servir simples necesidades corporales.

—Los caballeros primero —le dijo Maia a su amigo, citando la tradición e indicándole que se adelantara a ella—. El hombre invitado es quien recibe primero los privilegios.

Brod no estuvo de acuerdo.

—Uh... estamos en un santuario, o en lo que debió de ser uno hace muchísimo tiempo, así que, estrictamente hablando, la invitada eres tú. Vamos, Maia. Veré si puedo encontrar algo para curarme los pies.

Maia frunció el ceño cuando la contradijo, pero no tenía sentido seguir discutiendo. Los dos necesitaban urgentemente limpiarse sus muchas heridas, para que no se les infectaran. Más tarde habría tiempo de preocuparse por otros asuntos, como el de su alimentación.

—Bien, no te vayas muy lejos, ¿quieres? —pidió, acercando la mano a los controles—. Por si tengo problemas.

Maia aprendió pronto el truco de agitar la mano ante aquellos círculos oscuros de la pared. Ajustó la ducha a una temperatura entre tibia y muy caliente, con la fuerza adecuada. Luego, tras internarse entre los múltiples chorros, se olvidó de todo en un torbellino de sensaciones corporales.

Todo excepto un pensamiento triunfal.

.Esas tramposas asesinas y sus cañones... piensan que estoy muerta. Incluso Leie lo cree probablemente. Pero no lo estoy. Brod y yo distamos mucho de estarlo .

De hecho, sin duda, ninguna de sus enemigas había experimentado jamás algo ni remotamente parecido a lo que ella disfrutaba ahora. Incluso cuando llegó el momento de frotarse y quitarse los granos de arena pegados a las heridas, el escozor no le pareció un precio demasiado alto.

Sentada ante un espejo lo bastante ancho para docenas de personas, Maia tocó sus desordenados rizos, que habían crecido durante semanas enmarañados, sucios, despeinados. Al menos, se habían librado ya del tinte que su hermana le había aplicado rápidamente mientras Maia se debatía, atada y amordazada, indefensa, a bordo del.*Intrépido..Tendría que cortármelo todo*, decidió.

Brod cantaba mientras terminaba de ducharse. Su voz parecía quebrarse menos, o tal vez fuera un efecto de la sorprendente resonancia del compartimento enlosado, sin duda una maravilla de la tecnología, diseñado para algún misterioso propósito perdido en el tiempo. Cerca, en la encimera, Maia vio la aguja ensangrentada y el hilo que el muchacho había empleado para coser sus peores cortes. No lo había oído gemir ni una sola vez.

El pequeño botiquín que había encontrado tras uno de los espejos estaba terriblemente mal surtido. Buena cosa, pues gracias a eso lo habían pasado por alto cuando evacuaron el lugar. Contenía unas cuantas vendas selladas, que sisearon y

soltaron un curioso olor neutro al abrirlas, y una diminuta botella de oloroso desinfectante, que decidieron no tocar. Y finalmente un par de tijeras, que Maia cogió después de que todos los demás asuntos hubieran sido atendidos, para dar algunos cortes inseguros a su pelo. No había ninguna otra cosa útil entre la basura.

Tras ella, el clamor del agua cesó, y pudo oír cómo las mismas espitas soltaban aire caliente sobre el cuerpo de su compañero. Brod chilló, tan ruidoso en el placer como estoico en el dolor.

—¡Eh, Maia! ¿Por qué no usamos esta máquina para lavar también nuestra ropa? Limpia y seca en cinco minutos. Lánzame la tuya.

Ella se inclinó para recoger su sucia túnica y los pantalones con dos dedos, y los lanzó en su dirección.

—Muy bien —dijo—. Me has convencido. Los hombres sirven para algo, después de todo.

Brod se echó a reír.

—¡Pruébame la próxima primavera! —gritó por encima del renovado rugir del chorro de vapor—. ¡Si quieres ver para qué sirve un hombre!

—¡Bla, bla, bla! —respondió ella—. ¡Lysos tendría que haber quitado todos los genes charlatanes del cromosoma Y, y añadido más acción!

Era el tipo de discusión desenfadada que había envidiado en Naroin y los hombres y mujeres del mar, que no implicaba ninguna amenaza real pero tenía un tinte de amable desafío. Maia sonrió, y su sonrisa transformó su aspecto en el espejo. Se enderezó en el asiento, usó los dedos como peine y se sacudió el flequillo trasquilado.

.Esto está mejor, pensó..*Ahora no asustaría a una niña de tres años por la calle .*

No podía decirse que sus cicatrices fueran vergonzantes en lo más mínimo, pero Maia se alegraba de que la mayor parte de los golpes hubieran evitado su rostro. Un rostro que, sin embargo, se había transformado en los últimos meses. Cierta redondez adolescente aún asomaba en los pómulos, y su tez era clara y arrebolada tras el lavado. Sin embargo, tantas privaciones y luchas habían esculpido una nueva firmeza en su contorno. Era una cara diferente a la que recordaba de cuando compartía un pequeño espejo de mesa con su gemela, en un desvencijado ático lleno de sueños imposibles.

—Aquí tienes —anunció Brod, colocando dos prendas dobladas sobre la encimera, junto a ella. Como la propia Maia, la ropa tenía un aspecto y un olor distintos, aunque necesitaba un buen arreglo. Lo mismo podía decirse de la de Brod, pensó Maia, tras darse la vuelta. El joven se puso la camisa y los pantalones, sonriendo mientras asomaba los dedos entre largos rasgones.

—Nos llevaremos un poco de hilo, y a lo mejor podremos coserlas más tarde. Pero ahora propongo que continuemos avanzando. ¿Quién sabe? Puede que tengamos

suerte y encontremos el apartamento de alguien, con un armario lleno.

—¿Más tres cuencos de gachas para comer y tres camitas donde dormir? —Maia bostezó al levantarse, dirigiendo una última mirada al espejo.

.Cada vez que contemplaba mi reflejo solía ver a Leie además de a mí misma. Pero esta persona que tengo delante es única. No hay otra como ella en el mundo .

Extrañamente, Maia no sintió ninguna decepción ante aquella idea. Ninguna.

Limpios y descansados en parte, siguieron explorando y pronto se encontraron atravesando otra zona en ruinas; grietas enormes habían resquebrajado todas las paredes. En algunos sitios, los daños habían sido reparados burdamente, mientras que en todas partes los desperfectos dejaban al descubierto la piedra desnuda y resquebrajada. Maia y Brod caminaban con cuidado por allí donde el suelo se inclinaba o las grietas habían partido en dos un pasillo. Algunos de los daños podían deberse a la edad, a la acción natural de los milenios desde que aquel refugio fuera evacuado. Pero a Maia le parecía más probable otra hipótesis. Impactos procedentes del espacio, cuyas marcas aún se podían notar en Jellicoe y otras islas, debían de haber estado a punto de destruir incluso aquellos poderosos muros.

.Grimké era sólo un puesto avanzado, comprendió..*Esto debió de ser una fortaleza principal* .

Pronto descubrieron que los habitantes no se lo habían llevado todo cuando fueron desterrados. Llegaron a una zona repleta de compleja maquinaria, una sala enorme tras otra, todas llenas de aparatos. Algunos, claramente, producían electricidad (parientes lejanos de los útiles transformadores y de los pequeños generadores que ella conocía), pero a una escala muy superior a la usual en la economía de Stratos. La magnitud de las cosas la hizo vacilar. ¡Allí había más metal que en todo Puerto Sanger! Y era probable que Brod y ella hubieran arañado sólo la superficie.

Una cámara se extendía un centenar de metros, y parecía elevarse al menos hasta tres veces esa altura.

Llenando casi todo el espacio se alzaba un enorme bloque de un material ambarino y transparente que ella nunca había visto, sujeto por pesados refuerzos del mismo metal rojizo y duro de la puerta enigma.

Dentro de la sorprendente gema, pequeñas lucécitas anunciaban que sus poderes estaban dormidos, pero no muertos. Eso los indujo a escabullirse de puntillas para evitar que despertara aquella cosa dormida, fuera lo que fuese.

El santuario-fortaleza parecía interminable. Maia se preguntó si su destino sería deambular eternamente como espíritus malditos, buscando la salida de un purgatorio al que con tanto trabajo habían entrado. Entonces el pasillo desembocó en otro más amplio, de paredes todavía más reforzadas. A su izquierda se alzaba una enorme

puerta de metal escarlata, ésta de casi un metro de grosor y sujeta por unos fabulosos goznes. Abierta. A este lado, alguien había colocado un caballete de madera que sostenía un cartel con un escrito poco amistoso.

**QUEDAN ADVERTIDOS
¡FUERA!**

El mensaje era tan imprevisto, tan inapropiado, que Maia sólo pudo pensar en respuesta: *No digas tonterías*.

Quienquiera que seas, nunca nos has advertido de nada.

Como si nos importara.

—¿Crees que lo dejaron las saqueadoras? —preguntó Brod. Maia se encogió de hombros.

—No es típico de ellas hacer advertencias. Gritar y saltar es más su estilo.

Se inclinó hacia el letrero, que no parecía obra de aficionados.

—Puede que sea una sala importante —dijo Brod—. Vamos. Tal vez descubramos algo.

Siguiéndolo de cerca, Maia pensó: *Si es tan importante, ¿por qué emplean carteles? ¿Por qué no cierran la puerta y echan el cerrojo?*

La respuesta era obvia. Quienesquiera que sean, no pueden cerrar la puerta. Si lo hacen, nunca volverán a abrirla. ¡No saben la combinación!

La larga cámara tubular cubría unos cuarenta metros, siempre reforzada por contrafuertes triples del duro metal rojo, presumiblemente para resistir incluso un impacto directo... aunque Maia no era capaz de imaginar de qué. Reconoció, eso sí, las consolas de ordenador, mucho más grandes que las pequeñas unidades de comunicación manufacturadas y distribuidas por Caria City, pero claramente relacionadas con ellas. Todo tenía el aspecto de haber sido utilizado un día antes, en vez de hacía más de mil años. Mentalmente, Maia vio operadoras fantasma trabajando en la estación, hablando en susurros ansiosos, liberando horribles fuerzas con sólo pulsar un botón.

—¡Maia, mira esto!

Ella se dio la vuelta. Brod se encontraba ante otro cartel.

Propiedad del Consejo Reinante.

Si está aquí, se arriesga a una ejecución sumarísima por intrusión.

Su entrada ha sido registrada. Su única opción es llamar de inmediato a la Autoridad del Equilibrio Planetario.

Use la unidad de comunicación de abajo.

Recuerde: Si confiesa obtendrá clemencia. ¡Si se obstina morirá!

—«Su entrada ha sido registrada». —leyó Brod en voz alta—. ¿Crees que han manipulado todas las puertas? ¡Eh, tal vez nos estén escuchando y viendo ahora mismo!

Abrió mucho los ojos, como queriendo ver a un tiempo en todas direcciones. Pero Maia se sentía extrañamente distanciada.

.De modo que el Consejo conoce este lugar. Era una ingenuidad pensar lo contrario. Después de todo, esto fue el corazón de la Gran Defensa. No habrían dejado tanto poder abandonado, sin supervisión. Puede ser necesario, algún día .

.Pero entonces, ¿qué hay de mi idea... de que el viejo Bennett dijo lo que dijo porque había heredado algún misterioso secreto?

Tal vez existía, en efecto, un secreto, residuo de los días gloriosos de Jellicoe. Algo que sobrevivió a la vergüenza y la ignominia que siguieron al breve episodio de los reyes. O tal vez era sólo producto de la leyenda, del ansia por el hogar y el estatus perdido; algo transmitido por un pequeño grupo de hombres a lo largo de un destierro de siglos, que había ido perdiendo significado y ritualizándose a medida que pasaba a nuevos hombres y muchachos reclutados de sus clanes maternos.

—Podríamos seguir la antena hasta la entrada que usan normalmente. —Brod se acercó a la unidad de comunicación mencionada en el anuncio: una unidad completamente estándar, conectada a cables burdamente sujetos con grapas a las paredes. Esos cables se cortarían si la gran puerta llegaba a cerrarse alguna vez—. ¿Sabes?

¡Apuesto a que ni siquiera conocen la ruta que hemos seguido! Tal vez no sepan que estamos aquí, después de todo.

.Buen argumento, pensó Maia. Junto a la unidad de comunicación, otro artículo llamó su atención. Un grueso cuaderno negro. Lo cogió, repasó varias de sus páginas, suspiró.

—¿Qué es eso, Maia?

Ella pasó más páginas.

—No sólo conocen este lugar, sino que se *entrenan* aquí... cada diez años o así, según parece. Mira las fechas y las firmas. Veo tres, no, cuatro nombres de clanes. Deben de ser colmenas militares especializadas, subvencionadas en sus nichos por fondos del Consejo de Seguridad. Vienen aquí una vez cada generación y se ejercitan. ¡Brod, este lugar sigue todavía en funcionamiento!

El joven parpadeó dos veces al pensar en ello, luego resopló pesadamente. Un resignado resentimiento tiñó su voz.

—Tiene sentido. Después de que el Enemigo fuera derrotado, los técnicos, tanto hombres como mujeres, debieron de volverse exigentes y pedir cambios. Las sacerdotisas y sabias y altos clanes se asustaron. ¡Tal vez incluso *provocaron* la Revuelta de los Reyes, para tener una excusa para expulsar a toda la gente que vivía

aquí!

Brod lo estaba haciendo de nuevo: iba más allá de la evidencia. Sin embargo, el panorama que pintaba resultaba convincente.

—Pero habría sido una estupidez olvidar el lugar, o desmantelarlo —continuó diciendo—. Así que eligieron a guerreras adecuadas para el trabajo y les dieron un empleo fijo para mantenerlas entrenadas y disponibles por si se producía otra visita del Enemigo.

¿O de parientes no deseados?, se preguntó Maia. La entrada más reciente del registro no seguía los esquemas previos, pues databa de la época en que la nave de Renna había sido vista entrando en el sistema. La instrucción había durado cinco veces más de lo normal. Hasta que, advirtió, su lanzadera abandonó la nave peripatética camino del espaciopuerto de Caria.

Tampoco había ninguna garantía de que los clanes luchadores se mantuvieran apartados del lugar. Con el Consejo convertido en un clamor por el secuestro de Renna, podían regresar en cualquier momento.

Podría haber sido una idea reconfortante, una forma de reducir a las saqueadoras con una sola llamada a larga distancia, si Maia no hubiera actuado con prevención. Renna podría estar aún peor en las garras de ciertos clanes.

La unidad de comunicaciones se encontraba allí, presumiblemente lista para ser utilizada. Sin embargo, el dilema seguía siendo el mismo. ¿A quién llamar? Sólo Renna sabía quiénes eran sus amigas y quién lo había traicionado en Caria, un largo cuarto de año stratoiano antes.

.Cada vez que creo llegar al fondo de la cuestión parece haber algo más debajo. ¡Comparado con esto, el polvillo azul de Tizbe es una ridiculez, una minucia!

Maia sabía lo que tenía que hacer.

Resultó sencillo localizar el camino utilizado por los clanes guerreros. Maia ni siquiera tuvo que seguir el cable de la antena. La entrada principal sólo podía estar en un sitio.

Desde la sala de control, Brod y ella siguieron el corredor principal a lo largo de varias rampas y escaleras, y atravesaron una serie de pesadas escotillas cilíndricas abiertas; gruesas cuñas impedían que se cerraran de modo accidental. En un momento dado, los jóvenes se detuvieron ante una pared demolida que antiguamente parecía haber contenido un mapa. Una porción aún legible en la esquina inferior izquierda presentaba una parte del convulso contorno de la isla de Jellicoe. El resto del mapa estaba tan quemado que no sólo había desaparecido el yeso, sino también el primer centímetro de roca.

—Muy bien —le dijo Maia a Brod—. Vamos. Éste debe de ser el camino.

Siguieron más escaleras, más escudos arrasados, antes de que el pasillo terminara

en un puñado de puertas cerradas de acero, de aspecto ordinario. Un botón situado a un lado cobró vida cuando Maia lo pulsó. La puerta no tardó en abrirse con un leve rumor, revelando una diminuta habitación sin muebles, con un grupo de luces indicadoras en una pared.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa —exclamó Brod—. ¡Un ascensor! Algunas casas grandes de Joannaborg los tienen. Utilicé uno en la biblioteca. Subía treinta metros.

—Supongo que será seguro —dijo Maia, sin plantearlo como una pregunta, pues no tenía sentido. No le gustaba que sólo hubiera una entrada o salida, pero los dos debían utilizar el aparato, fuera seguro o no—. Dejaré que con tu amplia experiencia pilotes esta cosa.

Brod se metió en el ascensor torpemente. Maia lo siguió, prestando atención a cómo se hacía.

—¿Hasta arriba del todo? —preguntó el muchacho. Ella asintió, y él extendió una mano y tocó con un dedo el botón superior. El botón brilló. Pasado un segundo, las puertas se cerraron.

—¿Es todo lo que hay que hacer? ¿No deberíamos...?

Maia se interrumpió cuando el estómago le dio un sobresalto. La gravedad tiró de ella hacia abajo, como si Stratos o su persona hubieran ganado masa de golpe..*Hay ventajas en no haber comido*, pensó. Sin embargo, después de los primeros segundos, encontró un perverso placer en la sensación. Los indicadores fluctuaban, cambiando a una muestra alfanumérica que Maia no pudo leer porque la mitad inferior estaba apagada..*¿Y si otras partes más críticas fallan mientras estamos en movimiento?*

Rechazó aquella idea. Después de todo, ¿quién era ella para dudar de algo que aún funcionaba después de milenios?.*¡La pasajera, eso es lo que soy!*

Se produjo otra sensación entre desconcertante y excitante. La presión bajo sus pies cesó bruscamente, y ahora sintió una *reducción* de peso. Una experiencia no muy distinta de caer o remontar una ola en cubierta. O de volar, supuso. Involuntariamente, se echó a reír, y se cubrió la boca con una mano. Con la otra, descubrió, aferraba con fuerza el codo de Brod.

—¡Ay! —se quejó él sucintamente, mientras el ascensor se detenía y los dos reaccionaban con un respingo.

Las puertas se abrieron, haciéndoles parpadear y cubrirse los ojos.

—¿Se quedarán abiertas? —preguntó Maia mientras pasaba a una plataforma de piedra cubierta por un fantástico cielo cuajado de nubes.

—Meteré la sandalia entre ambas —respondió Brod—. Si me sueltas el brazo un momento.

Maia se rió nerviosa y soltó al muchacho. Mientras él aseguraba la retirada, ella avanzó un par de pasos y contempló el panorama del océano que rodeaba el

archipiélago conocido como los Dientes del Dragón. La luz del sol sobre el agua era sólo un bello reflejo entre otros muchos que no esperaba volver a ver. Su contacto sobre la piel fue un regalo que no podía expresarse con palabras.

.¡Lo sabía! Los clanes militares de Caria no iban a venir en barco. Su casta es demasiado elevada, están demasiado ocupadas. Además, no se arriesgarían a que alguien las viera, y advirtiese una pauta. Así que sólo vienen aquí muy raramente, a entrenarse, y sólo por el aire .

La superficie plana se extendía varios centenares de metros hacia el sur, el oeste, y el este. Allí, en la zona norte de la plataforma, la caja del ascensor contenía varias máquinas, entre ellas un torno usado probablemente para atracar y desplegar dirigibles. Maia también vio grandes tambores de cable.

Los Dientes del Dragón parecían aún más magníficos vistos desde arriba. Torre tras torre de piedra se sucedían, dispuestas como picas afiladas a lo largo de la espalda de una bestia acorazada. Muchas de las torres tenían puntas truncadas o arrecifes, como Grimké, mientras que otras brillaban al sol de la tarde, productos desnudos y prístinos de fuerzas que superaban con mucho el dominio de la mujer sobre Stratos.

Ningún diente de los que quedaban a la vista era más alto que aquél, situado en el extremo norte de Jellicoe. A causa de su posición, Maia no podía ver bien hacia el sur, donde se encontraban otros grandes macizos de islas, como Halsey, el único lugar habitado de forma oficial y legal. Sin duda los clanes bélicos contaban con este efecto protector, y cronometraban sus raras visitas para reducir al mínimo el riesgo de ser vistos. Con todo, Maia se preguntó si los hombres que poblaban Halsey llegaban a sospechar algo.

.Tal vez por eso la asignación de destino entre las cofradías de bajo rango se hace de forma rotativa. Así hay menos posibilidades de que se detecte un ritmo, incluso aunque los hombres vieran un zep de vez en cuando .

Sobre todo con visitas que sólo se producen tres veces en la vida.

Se dio la vuelta y fue hacia la derecha, desde donde eran visibles más de dos docenas de monolitos apiñados, algunos de los muchos picos que, en conjunto, hacían de Jellicoe la muela principal de aquella legendaria cadena de los Dientes. Cuando Maia se acercó lo bastante para ver lo grande que era la colección, advirtió que incluso la extensa red de túneles subterráneos podía camuflarse fácilmente en aquel laberinto de piedra semicristalina.

Maia tuvo que bajar por una erosionada escalera para llegar a una terraza inferior, y luego salvar cierta distancia antes de acercarse por fin a la vista que deseaba. Brod le gritó para que lo esperara, pero la impaciencia la impulsaba.. *Tengo que saberlo*, pensó, y se apresuró aún más.

Por fin, se detuvo ante un precipicio tan impresionante que empujaba el de

Grimké como una gaviota podía hacerlo con un escarabajo. El pulso le latía en los oídos. Era tan agradable encontrarse al aire libre, respirando la dulce brisa marina, que Maia se olvidó de experimentar vértigo al acercarse al borde y contemplar la laguna de Jellicoe.

El embarcadero ya estaba en penumbra, abandonado por el sol tras una breve visita al mediodía. Maia recorrió con la mirada paredes de piedra aún brillantes, hasta que por fin encontró lo que esperaba ver. Dos barcos, advirtió con un escalofrío. *El Intrépido* y *el Manitú*.

.Temía que hubieran cambiado de escondite. Deberían hacerlo, ya que su queche fue capturado. Tal vez planeen hacerlo pronto .

Maia se dio cuenta, no sin cierta incredulidad, de que la huida de Grimké con Brod y Naroin y las demás había sido sólo tres o cuatro días antes..*Eso podría significar que aún tenemos tiempo* .

Sintió la presencia de Brod cuando el muchacho se le acercó, y oyó su entrecortado suspiro de alivio.

—No llegamos demasiado tarde, después de todo. —Se volvió a mirarla, los ojos brillantes—. Espero que tengas un plan, Maia. Te ayudaré a rescatar a tu Hombre de las Estrellas y a tu hermana. Pero primero hay una banda de saqueadoras allí abajo con una despensa que saquear. Si no como pronto...

—Lo sé —interrumpió Maia, agitando una mano, y citó:

*Una cosa mucho peor
que el celo del verano
es interponerse entre un hombre hambriento
y el pan que tiene en la mano.*

Brod sonrió, mostrando un montón de dientes. Cuando habló, lo hizo en un dialecto cerrado.

—Ajajá, zagala. No querrás verme forzado a masticar lo primero que tenga cerca, ¿no?

Ella se echó a reír, y él la imitó. Confiaba de tal modo en su naturaleza y en su amistad que a Maia nunca se le habría pasado por la cabeza tomarse en serio sus palabras, como podría haber sucedido meses antes.

...εηϙ⊕ητϱαγ | ⊕ que εζτα ⊕ϙ | τ⊕...
βαϙ⊕ εχτϱαñιαζ εζτρε | αζ ρεϱδιδαζ

Maia bajó su sextante y observó por segunda vez los calibres. El ángulo del horizonte, donde se había colocado el sol, fijaba un extremo; el otro, casi directamente encima, caía dentro de la constelación Boadicea.

—¿Sabes que pienso que puede ser la Víspera del Lejano Sol? —comentó tras un rápido cálculo mental—. Con tanto ajetreo, he perdido la cuenta de los días. Es medio invierno y no me he dado cuenta —suspiró—. Nos estamos perdiendo toda la diversión en la ciudad.

—¿Qué ciudad? —preguntó Brod, mientras anudaba con gruesos lazos el cable en el borde del acantilado—. ¿Y qué diversión? ¿Bebida gratis, para que no nos demos cuenta de los susurros de las madres clónicas sobornando a la gente para que vote? ¿Recibir pellizcos por la calle de borrachas que no distinguen la escarcha del granizo?

—Típico de los hombres —Maia hizo una mueca—. Los gruñones nunca entráis en el espíritu de la fiesta.

—A veces sí. Dadnos una fiesta en mitad del verano, y tal vez seamos menos protestones medio año más tarde. —Se encogió de hombros—. De todas formas, nos vendría bien si las saqueadoras estuvieran celebrándolo esta noche, todas con gorritos de papel y con ganas de jarana. Tal vez las piratas no se den cuenta de que llegamos mientras están ocupadas acosando a los prisioneros varones.

.Es una idea, pensó Maia, mientras plegaba su sextante..*Suponiendo que los hombres estén todavía vivos. Tras la masacre a bordo del Intrépido., el siguiente paso lógico de las saqueadoras sería eliminar al resto de los testigos antes de dirigirse a un nuevo escondite.* Eso incluía no sólo a los hombres del *Manitú*, sino también a las rads, y quizás a las reclutas recientes, como Leie. Renna seguía siendo probablemente demasiado valioso, pero ni siquiera su destino era seguro si el grupo de Baltha se veía acorralado.

Esos sombríos pensamientos teñían de urgencia su espera mientras veían cómo la oscuridad caía sobre el archipiélago. Con la mengua de luz, las muchas torres de la isla de Jellicoe se fundían en un único contorno serrado que se ocultaba a intervalos en el cielo estrellado. Debajo, en la negra oscuridad de la laguna, diminutos charcos de color indicaban las lámparas colocadas en el estrecho embarcadero donde los dos barcos estaban atracados. De vez en cuando, podían ver linternas más pequeñas moverse rápidamente, acompañadas de estiradas siluetas bípedas. Leves gritos indescifrables llegaban a oídos de Maia, transmitidos por los estrechos confines de la cavidad de la isla.

—Parece que están de fiesta, después de todo —comentó Brod cuando una compañía de sombras con antorchas bajó del barco más grande, recorrió el muelle y se internó en un amplio portal de piedra situado en la base del acantilado—. Tal vez

deberíamos esperar. Al menos hasta que se hayan acostado.

Maia también lo habría preferido, pero dos lunas empezaban ya a salir por el este, y otra más lo haría pronto.

En unas pocas horas, habría luz suficiente para iluminar la laguna y los acantilados que la rodeaban.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ahora es el momento. En marcha.

Brod la ayudó a preparar el arnés que había fabricado cortando con las tijeras los carteles de advertencia tan amablemente dejados por el Consejo Reinante. Maia cubrió su trasero y muslos con tiras de frases amenazantes, y se metió en un doble lazo de cable cuya función era amarrar los zep'lines de transporte. El sistema era antiguo, e incluso tal vez fuera anterior al destierro, remontándose a los días en que se decía que los hombres surcaban los cielos, así como los mares. Maia sólo esperaba que los clanes guerreros que ahora usaban el equipo los mantuvieran en buen estado.

A continuación Brod le tendió dos trozos de gruesa tela de sus propios pantalones, que había cortado para que ella los utilizara como guantes. Con las manos envueltas en ellos, Maia asió el áspero cable.

—¿Seguro que has anotado las señales? —preguntó.

Él asintió.

—Dos tirones significarán alto. Tres significarán que vuelva a subirte. Cuatro, una pausa. Y cinco que baje. —El muchacho frunció el ceño tristemente—. Escucha, Maia, sigo pensando que tendría que ser yo el primero en bajar.

—Ya lo hemos discutido, Brod. Soy más pequeña y mi estado no es tan malo como el tuyo. Una vez esté abajo, podría pasar por una de la banda en la oscuridad. Además, tú entiendes la máquina. Cuento con que me subas cuando vuelva al cable, después de explorar los alrededores.

Esperaba poder hacerlo seguida de Renna, rescatado justo ante las narices de las saqueadoras. Pero contar con un milagro semejante sería como creer en sabias lúgars.

Aún remota, pero más concebible, era la posibilidad de acercarse lo suficiente para susurrarle algo a Renna a través de los barrotes de su celda, o para intercambiar breves golpecitos en código morse. Con sólo unos minutos de contacto disimulado, Maia estaba segura de que podría volver con información valiosa: los nombres de las oficiales del Consejo en las que Renna confiaba, por ejemplo. Los dos muchachos podrían entonces usar la unidad de comunicación secreta con la esperanza de no estar invitando a otra banda de hamponas más aristocráticas.

Es decir, suponiendo que el comunicador no estuviera intervenido, o preparado para llamar a un solo sitio.

Había una docena de otras malignas posibilidades, ¿pero qué más podían hacer? El mejor motivo de todos para buscar a Renna era la certeza casi absoluta de que a él se le ocurriría un plan mejor.

—Mm —gruñó Brod—. ¿Y si te capturan?

Ella sonrió, dándole una juguetona palmada en el hombro.

—Ya sé que te preocupa no tener qué comer. —Maia también tenía que robar algo de alimento por el camino. Pero Brod pareció molesto por la broma, así que le habló con más amabilidad—. En serio, querido amigo, usa tu propio juicio. Si te sientes lo bastante fuerte para esperar, te sugiero que aguantes hasta mañana por la noche, antes de amanecer. Baja e intenta robar el bote que está amarrado a la popa del *Manitú*. Dirígete a Halsey. Al menos allí...

—¿Abandonarte? —objetó Brod—. No haré nada de...

—Claro que sí. He estado encarcelada antes; me las apañaré... Además, si me capturan en el santuario esta noche, estarán en guardia. No tendrás otra forma de ayudarme que intentando algo diferente. Cuéntale a tu cofradía cómo fue asesinado Corsh. Rodeado de testigos, con un comunicador no intervenido, puedes llamar a la policía y a todos los miembros del maldito Consejo. Sigue siendo arriesgado, pero las conspiradoras tal vez se lo piensen dos veces antes de jugar sucio con los Pinniped delante.

—Mm. Supongo que tienes razón. —Él sacudió la cabeza, removiéndole la grava con las sandalias—. Pero desearía...

Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Maia lo abrazó.

—Sí, desde luego.

Lo apretó con fuerza, sintiendo cómo se envaraba brevemente en una típica hostilidad de invierno; luego se relajó y le devolvió el abrazo con sincero entusiasmo. Maia le miró a la cara, captando brevemente la humedad en sus ojos antes de que se diera la vuelta sin decir nada más. Lo vio cruzar la amplia terraza y luego desaparecer tras los escalones de piedra. Como habían previsto, su compañero tardaría varios minutos en llegar a la caseta de la maquinaria. Mientras tanto, ella se acercó al borde de la plataforma y tensó la cuerda, se afianzó con los pies y retrocedió hasta que la mayor parte de su peso colgó del precipicio.

Debería estar aterrorizada, pero no lo estoy.

Maia parecía haber perdido progresivamente su miedo a las alturas, hasta reducirlo tan sólo a un estado de excitación que le aceleraba el pulso. *Es curioso, puesto que las Lamai padecen todas de acrofobia. Tal vez se deba a que crecí en aquel ático. O quizás he salido a mi padre... quienquiera que fuese el bastardo.* A pesar de las revelaciones de Brod, de él sólo tenía un nombre: Clevin. Ninguna imagen se formó en su mente, aunque su aspecto podría estar entre el de Renna y el del viejo Bennett.

Siempre atenta a posibles nichos, Maia se preguntó si aquella tranquilidad suya al borde de un precipicio podría ser indicio de algún talento útil. *Debo comentárselo a*

Leie cuando tenga la oportunidad, juró..Tal vez la meta en una jaula, suspendida de las alturas, para ver si es algo genético, o simplemente el resultado de las influencias del entorno que he experimentado desde que nos separamos .

Naturalmente, Maia no haría nada de eso. Pero la fantasía descargó algo de la tensión que sentía ante la posibilidad de encontrarse de nuevo con su gemela. Notó en la cintura la presión de una porra de madera que había fabricado con la pata de un caballete roto. Si era necesario, la utilizaría incluso contra su hermana. Las pequeñas tijeras, envueltas en tela, completaban el armamento de Maia.

.Será mejor que no tenga que pelearme con nadie, se recordó. El sigilo era la única posibilidad real que tenía.

Una súbita vibración recorrió el cable, haciéndole castañetear los dientes. Maia apretó la mandíbula y se preparó. A la cuenta de cinco, el cable empezó a desenrollarse lentamente. Maia venció un momentáneo retortijón instintivo y permitió que su peso se hundiera con la improvisada silla. Sus pies empezaron a caminar hacia atrás, primero por el borde del acantilado, luego dando saltitos a lo largo de la cara vertical del precipicio. La plataforma se alzó ante sus ojos, ocultando el leve y lejano brillo de la caja del ascensor.

Todo lo que quedó en el cielo fue lo que Jellicoe permitía ver dentro de su irregular círculo: un contorno en forma de sierra que se estrechaba a cada momento.

Sólo una cuña de luz de luna reflejada teñía de plata las puntas de los monolitos más altos, al oeste. Maia se zambulló en la penumbra.

A pesar de la oscuridad, prestó atención a cualquier signo que indicara que había sido localizada. Sus manos estaban preparadas para tirar con fuerza del cable, indicando a Brod que invirtiera el funcionamiento del mecanismo. Ninguno de ellos estaba seguro de que el burdo sistema de señales fuera a funcionar cuando se hubiera desenrollado una buena cantidad de cable. Tampoco importaba demasiado. Todas sus esperanzas se encontraban puestas en avanzar. Detrás, sólo les aguardaba la muerte por inanición.

A medida que sus ojos se adaptaban durante el descenso, Maia escrutó las inmediaciones. La laguna era más grande de lo que parecía a simple vista, ya que varias pequeñas bahías se extendían más allá de aberturas parciales en el primer círculo de agujas. El muelle y los barcos se encontraban a cierta distancia hacia el sur y el este, cerca de la entrada de la bahía que Brod y ella habían visto mientras eludían a la desesperada el bombardeo de las piratas. El embarcadero conducía a un labio de roca que bordeaba parte de la circunferencia interior de la isla a nivel del mar. Todavía podían verse linternas agitándose de un lado a otro, la mayoría con destino al gran portal de piedra iluminado a ambos lados por brillantes candelabros. La iluminación interior se colaba por otras aberturas que flanqueaban la entrada principal.

.Es el viejo santuario-residencia. La porción de Jellicoe que el Consejo no selló, advirtió..*Por lo que atañe a la historia, es la única parte de ella que nadie conoce. Ruinas largamente abandonadas de una era perdida, libre para el uso de cualquier banda de desesperadas que aparezca .*

Bajo ella no había barcos, ni reborde de piedra, ni ventanas. Su destino era darse un baño..*No es el deporte que mejor se me da, como he podido comprobar. Para Maia la perspectiva no era agradable, pero la experiencia le daba confianza..Puede que no nade bien, o rápido, pero soy difícil de ahogar .*

Era difícil calibrar la distancia, ya que sólo unos cuantos reflejos permitían distinguir la negra superficie de la laguna. Mientras descendía, Maia combatió una insistente sensación de vulnerabilidad. Si la localizaban ahora, sería presa fácil para las tiradoras antes de que pudiera escalar para ponerse fuera de su alcance, aunque Brod interpretase su señal de inmediato e invirtiera la tracción. Maia se consoló pensando que las vigías estarían mirando hacia el mar, por si se acercaba algún barco. Además, fiarse de las linternas sólo arruinaba la capacidad de adaptación a la oscuridad de las mujeres. El viejo Bennett se lo había enseñado hacía mucho tiempo, cuando aprendió a leer las cartas celestes a la luz de las estrellas.

.No soy más visible que una araña que cuelga del extremo de una tela. Cierta o no, la imagen mental la animó.

Para proteger la sensibilidad de sus ojos, resistió la tentación de mirar las linternas, incluso cuando distinguió unos gritos que flotaron junto a ella como el humo de una chimenea. Maia apartó la mirada, permitiéndose contemplar los contornos de dos docenas de poderosos picos que se alzaban sobre ella como los dedos extendidos de Madre Stratos, apuntando al cielo.

Señalaban concretamente una oscura nebulosa conocida como la Garra, que se encontraba justo encima. Era un símbolo apropiado, a la vez de oscuridad y de misterio. Tras aquella gran extensión sin estrellas se encontraba el Phylum Homínido. Todos los mundos que Renna conocía. Todo lo que Lysos y las antepasadas de Maia habían preferido dejar atrás.

.Estaban en su derecho, pensó..*¿Pero en qué posición deja eso a sus descendientes? ¿Hasta qué punto debemos lealtad al sueño de nuestras creadoras? ¿Cuándo nos habremos ganado el derecho a soñar por nosotras mismas?*

Era hora de comprobar una vez más su progreso hacia la helada superficie del agua. Sin embargo, al bajar los ojos captó un destello. Tenue como una sola estrella, brillaba allí donde no debería brillar ninguna, en la negrura del flanco interno de Jellicoe, donde una extensión de piedra oscura debería bloquear la luz con la misma fuerza que la Garra. Maia parpadeó mientras la débil chispa rojiza brillaba brevemente, antes de apagarse.

.¿Lo he imaginado?, se preguntó después. Había sido al otro lado de la laguna,

lejos de su propio pico, que ocultaba la base defensiva del Consejo, o del adyacente, que contenía el antiguo santuario público. Al observar la muralla de oscuridad, era fácil convencerse de que no había visto otra cosa que una mota en sus ojos.

Tan de cerca, el acantilado era un enigma en blanco que ocasionalmente extendía la mano para rozar los pies o las rodillas de Maia. Los brazos empezaban a dolerle de tanto sujetar el cable. Comenzaba a notar un hormigueo en las piernas debido a la disminución de la circulación sanguínea, a pesar del improvisado acolchado de Brod; sin embargo, sólo podía moverse ligeramente, no fuera a ser que el arnés se soltase y acabara cayendo a la negra superficie de abajo.

Los olores del agua salada se alzaron a saludarla. Los gritos que antes eran confusos se convirtieron en palabras que surgían y se perdían entre ecos y llegaban a oídos de Maia a capricho de los reflejos en la roca.

—... llamando a todo el mundo...

—... deja eso y ven a ayudar! Te he dicho que no...

—... no ha sido culpa mía!

A Maia aquello no le parecía demasiado festivo, desde luego, no era el normal frenesí de la Víspera del Lejano Sol. Tal vez sus cálculos fueran erróneos. O, ya que no había escarcha, y los únicos varones presentes eran presumiblemente hostiles, las saqueadoras no estaban de humor para celebraciones.

En ese caso, toda aquella actividad nocturna le preocupaba. Tal vez las piratas se preparaban para marcharse.

Un movimiento sensato, desde su punto de vista, pero un maldito inconveniente, posiblemente fatal, para los planes de Maia.

Otros sonidos la alcanzaron. Un suave ondular, el lamido de las olas contra las rocas..*Debo de estar cerca.*

Miró hacia abajo, intentando calcular la distancia restante hasta una vaga frontera entre sombras de negro.

Sus pies, al agitarse, tocaron bruscamente el helado líquido, rompiendo la tensión de la superficie con ondas que sonaron aceitosas y fuertes. Maia encogió las rodillas y tiró con fuerza, en sentido perpendicular a la cuerda, repitiendo el movimiento para avisar a Brod de que parara. No hubo respuesta; el cable siguió desenrollándose desde las alturas. Una vez más, las piernas de Maia encontraron el agua y se hundieron en un helado abrazo que le provocó temblores en toda la espalda. Muslos, glúteos, y torso siguieron deslizándose hacia un frío helado que le sorbió el calor y la respiración con jadeante velocidad. Frenética, Maia se enfrentó a los espasmos musculares y trató de quitarse el arnés, zafándose torpemente con una aliviada sensación de libertad. Sólo cuando estuvo segura de no volver a engancharse regresó, y buscó el cable para intentar de nuevo hacer señales a Brod.

Al agarrarlo, se sorprendió al descubrir que había parado..*Brod debe de haber*

advertido un cambio cuando mi peso ha abandonado el cable. Tendríamos que haberlo esperado. De todas formas, funcionó .

Agarró el cable con ambas manos, y tiró cuatro veces de él para confirmar que estaba bien. Su amigo debió de detectar las vibraciones, pues el cable se agitó a su vez con dos rápidos movimientos ascendentes. Luego se quedó quieto.

Maia permaneció agarrada a él un poco más, sacudiéndose el hormigueo de las piernas. La impresión inicial del contacto con el agua se difuminó. Con la mano libre, tiró del cable hasta que su antiguo asiento volvió a aparecer. Algunos trozos de cartel se soltaron y volvió a atarlos para que flotaran cerca de la superficie. Si todo salía bien en el rato que le esperaba (o muy mal), necesitaría aquel indicador para encontrar de nuevo el cable colgante. Maia estaba segura de que ninguna pirata lo vería hasta la mañana siguiente, y Brod tenía que recuperarlo antes, hubiera regresado ella o no.

Al darse la vuelta para memorizar su situación, alzó la cabeza hacia el estrecho pedazo de cielo que se encontraba directamente encima, hacia el lugar donde debía de hallarse Brod, mirando hacia abajo. Aunque era imposible que pudiera verla, Maia agitó una mano. Luego se soltó del cable y empezó a nadar lo más silenciosamente posible en dirección a la oscura sombra del desafortunado barco: el *Manitú*.

En la cueva derrumbada, la marea alta casi había estado a punto de serle fatal. Ahora, mientras Maia buscaba una forma de llegar a tierra, le resultó conveniente.

Se internó entre los gruesos pilares del embarcadero, cubiertos hasta el nivel del agua de criaturas de concha puntiaguda. Las tablas de madera formaban un techo no muy por encima de la cabeza de Maia mientras ésta se acercaba a la oscura masa del barco más grande. No había más gritos de excitación. Al parecer la mayor parte de la tripulación pirata había entrado en el santuario de la montaña para cumplir alguna misión urgente. Sin embargo, no todo estaba en silencio. Podía oír un bajo murmullo de conversación, voces apagadas que procedían de algún lugar cercano.

Maia dejó atrás el botecito que había divisado desde las alturas. Se mecía suavemente, atado a la popa del *Manitú*, y parecía hacerle señas, ofreciendo una salida fácil a esta calamitosa aventura: deslizarse primero en silencio hasta la salida de la laguna, luego emplazar el pequeño mástil y largar velas... Después de eso sólo tendría que enfrentarse a la persecución, la posible muerte por inanición, y el salvaje mar.

La idea era tentadora, y Maia la descartó. El bote era de Brod, por si se daba el caso. De todas formas, ella tenía otro destino, otros planes.

El desgastado flanco del *Manitú* pasó a su lado mientras nadaba en silencio, buscando una forma de subir. El embarcadero estaba equipado con una escalera cercana a la pasarela del barco. Por desgracia, una de las potentes linternas colgaba

directamente encima de ese punto, proyectando un círculo de peligrosa claridad. Por eso, Maia lo intentó por otro lado. Uno de los cabos que ataba el carguero al muelle se extendía hacia la mitad del navío, lo bastante lejos para que la linterna no atenuara la oscuridad.

Maia se situó bajo el cabo, en su punto más cercano al agua. Dejó que su cuerpo se hundiera y luego se impulsó hacia arriba, estirándose al máximo. Sin embargo, a pesar de la marea alta, se detuvo cuando apenas le faltaba medio brazo y cayó de nuevo con una molesta sacudida. Maia volvió a ocultarse bajo el embarcadero y esperó hasta asegurarse de que nadie la había oído. Pasó un minuto. Todo parecía tranquilo. Las voces seguían susurrando en la distancia.

Desabrochó los botones restantes de su ajada camisa y se libró de la ropa empapada. *Cuando te haga falta, usa lo que tengas a mano.* Parecía que cada vez utilizaba más la ropa como herramienta que para vestirse. Maia se envolvió la muñeca derecha con una manga y la sujetó con la palma, luego echó atrás el brazo y, tan fuerte como pudo, lanzó la masa suelta para que se enroscara en el cabo. Sosteniendo un extremo, Maia pudo hacer que la otra manga cayera. Esta vez, cuando se lanzó hacia arriba, tuvo algo a lo que agarrarse. Aferrando ambas mangas, salió del agua. El *Manitú* parecía cooperar. La cuerda se arqueó un poco bajo su peso mientras ella tensaba el estómago y pasaba las piernas alrededor del cable.

Permaneció allí colgada, respirando entrecortadamente durante medio minuto, y luego empezó a avanzar, centímetro a centímetro, a lo largo de la cuerda. El movimiento pronto se hizo tan vertical como horizontal. Maia se esforzaba tanto que apenas notó el frío terrible cuando el agua se evaporó de su piel. Se agarró a la gruesa maroma con los pies, las rodillas, las manos, avanzando poco a poco hacia la borda.

El casco chocó contra su cabeza. Maia se dio la vuelta y contempló un oscuro panorama de madera extendiéndose en ambas direcciones. También divisó una fila de portillas, de una anchura no superior a los dos palmos, que se sucedían en el costado del barco, por debajo del nivel de sus rodillas. Eran demasiado pequeñas para entrar por ellas, pero la más cercana permanecía abierta y estaba a su alcance. Agarrando fuertemente la cuerda con ambas manos, Maia soltó las piernas para que pudieran oscilar hacia la diminuta abertura. Al segundo intento, metió un pie dentro y se apoyó en él, girando. Ahora pudo descansar casi todo el peso de su cuerpo en el alféizar y dar un respiro a sus manos, que todavía se aferraban a la cuerda. Oleadas de fatiga le recorrieron los brazos, las piernas y la espalda, hasta que su pulso se asentó en un rugido sordo.

Hasta aquí, muy bien. Sólo te quedan un par de metros más por escalar.

Algo le tocó el pie. Se enroscó alrededor de su tobillo y apretó. Maia estuvo a punto de gritar. Mordiéndose los labios con fuerza, se obligó a soltar el nudo de pánico en su estómago y a abrir los ojos. Por fortuna, la sorpresa era el único

demonio a derrotar, ya que la presencia de abajo no le hacía daño, todavía. Por ahora, parecía contentarse con frotar rítmicamente su pie.

Maia inhaló y dejó escapar un suspiro entrecortado. Consiguió girar la cabeza, y vio una mano salir por la pequeña portilla. Una mano de mujer que la llamaba.

¿Por qué no da la alarma?, se preguntó Maia, aturdida.

¡Espera! Esto es el nivel superior de carga. ¿Vivirían aquí las saqueadoras? No es probable.

Es más probable que tengan ahí a las prisioneras.

Hizo falta una molesta contorsión para que la cuerda girara y ella pudiese sujetarse con una mano mientras se acercaba más a la portilla. Al inclinarse, la porra de madera se le clavó en el vientre. El pie derecho empezaba a dolerle de tanto soportar todo su peso.

Con la mano libre, tocó la muñeca de quienquiera que la llamaba en silencio. La mano ajena se quedó rígida un instante, luego se retiró. Cerca de la abertura, Maia vio un tenue contorno acercarse... el perfil de un rostro humano. Entonces oyó un levísimo susurro.

—Me pareció reconocer mis zapatos de repuesto. ¿Cómo te va, virgie?

El murmullo era indistinguible; sin embargo, Maia conocía a la mujer.

—¡Thalla! —susurró. ¡Así que allí tenían retenidas a las vars radicales!

Oyó un leve tintineo de cadenas cuando la prisionera se acercó más a la portilla.

—Soy yo, sí. Estoy aquí con Kau y las demás.

—¿Y Kiel?

Hubo una pausa.

—Kiel está mal. Primero por la lucha, luego por discutir con nuestras anfitrionas.

Maia parpadeó.

—Oh, lo siento.

—No importa. Me alegro de verte, pequeña. ¿Qué estás haciendo aquí?

La sorpresa y el placer por aquel descubrimiento fueron rápidamente sustituidos por el dolor, tanto por la postura retorcida que mantenía como por el temor de que incluso sus susurros pudieran ser oídos en alguna parte.

No sabía nada de las condiciones de prisión de Thalla, y no le apetecía experimentarlas de primera mano.

—Voy en busca de Renna. Luego a buscar ayuda.

Otra larga pausa.

—Si salimos de aquí, podremos ayudarte.

·Sí, como un lugar en una tienda de porcelana, pensó Maia..*Las idealistas rads no eran enemigas para las saqueadoras. Eso ya había quedado demostrado, y esta vez eran aún menos y estaban todavía más débiles .*

Además, no os debo nada.

Con todo, Maia vaciló. ¿Tenía un plan mejor? Si una fuga rad conseguía aunque no fuera nada más que soltar los dos barcos, pudiera ser que incluso una rebelión abortada mereciese la pena.

—¿Haríais lo que yo mande? —preguntó.

Si no hubiera habido un momento de vacilación, Maia habría sabido que Thalla mentía.

—Muy bien, Maia. Tú eres la jefa.

—¿Cuántas guardianas hay?

—Dos, a veces tres, justo ante la puerta. Una de ellas ronca muchísimo.

Maia quería preguntar más cosas, pero el temblor de su pierna derecha iba en aumento. Un poco más y acabaría en la laguna, justo donde empezó. Suspiró pesadamente.

—Veré qué puedo hacer. ¡Pero nada de promesas!

El agradecido apretón de Thalla tembló. Maia cambió de postura para reemprender el ascenso. La presión de la porra de madera disminuyó y suspiró aliviada, sólo para hacer una mueca de dolor cuando otra cosa le lastimó el muslo. Con la mano libre, Maia rebuscó debajo del cinturón y sacó las tijeras envueltas en tela.

Impulsivamente, se inclinó una vez más y las lanzó a través de la pequeña y oscura abertura. La mano desapareció de su tobillo.

Maia no se entretuvo más. Aunque le dolían la espalda y la pierna derecha, sentía los brazos descansados, por lo que al principio hicieron la mayor parte del trabajo. Pronto estuvo deslizándose casi en vertical, con el casco rozándole la espalda. Era un viaje que nunca habría imaginado hacer cuando salió de su clan materno. Ahora sólo pensaba en el siguiente paso, en el siguiente movimiento coordinado de manos, rodillas y tobillos. Cuando, por fin, una de sus piernas pasó por encima de la borda, Maia rodó por la cubierta inferior del barco y rápidamente se refugió a la sombra del palo mayor. Jadeó en silencio con la boca abierta, esperando a que el dolor remitiera, a poder escuchar una vez más los sonidos de la noche.

Se oía el leve crujido del barco anclado al mecerse. El lamer de las olas contra el casco. Un bajo murmullo de conversación. Maia alzó la cabeza para contemplar el barco pirata, e.*Intrépido*, al otro lado del muelle. Un par de mujeres con pañuelo rojo se acurrucaban junto a un barril volcado sobre el que habían colocado una lámpara.

Aunque jugaban a los dados, no había varas de monedas a la vista, lo que explicaba la aburrida naturaleza del juego. Las jugadoras no parecían llevar la cuenta mientras alternaban su uso de las piezas de marfil y conversaban en voz baja.

Tras darse la vuelta, Maia advirtió con cierta sorpresa que el.*Manitú* parecía desierto. Naturalmente, por lo que Thalla decía, había un par de gruesas vars de guardia ante la puerta de la bodega de carga. Con todo, lo que había sacado de allí al

resto de las saqueadoras tenía que ser terriblemente importante.

La vista y el oído eran vitales para advertir del peligro. Sin embargo, en cuanto se sintió más segura, Maia experimentó un súbito tropel de otras sensaciones, sobre todo olfativas. *Comida*, advirtió de pronto, agudamente, y corrió hacia popa con todo el sigilo posible. Justo debajo del alcázar, encontró el lugar donde se preparaba y se comía la cena. Había montones de platos sucios en remojo dentro de una olla de guiso, empapados en una bazofia. El potaje resultante era poco apetecible, incluso en el estado en que se hallaba Maia, así que siguió buscando, y obtuvo por fin su recompensa cuando encontró en un rincón un montoncito de galletas duras y una jarra abierta de agua fresca sobre una mesa ajada.

Bebió con ansia, mojando alternativamente las galletas. Mientras las devoraba, Maia buscó un saco, un trozo de tela, cualquier cosa con la que pudiera envolverlas y llevárselas a Brod. Al menos podría dejar un poco de comida para él en el pequeño bote.

No había nada a la vista que utilizar como bolsa, pero Maia sabía en qué otro sitio buscar. Con galletas en ambas manos, corrió hacia una fila de estrechas puertas situadas en la parte de atrás de la cubierta principal. Al abrir una, encontró una escalerilla que conducía a la habitación en la que ella misma había vivido hasta hacía unas cuantas semanas, junto con otra docena de mujeres, entre camastros apilados de cuatro en cuatro. Maia bajó en silencio, prestando atención hasta que verificó que en ninguna cama había saqueadoras durmiendo. No le había parecido probable, pues todo el mundo se había marchado a cumplir algún misterioso encargo.

Había entrado en busca de una bolsa, pero Maia se dio cuenta entonces de que estaba tiritando.. *¿Por qué no buscar también ropa nueva?*

Empezó con su antiguo camastro. Pero alguien mucho más grande, y más apestoso, lo había ocupado desde la batalla en alta mar. Siguió su camino en la oscuridad hasta que por fin encontró una camisa y unos pantalones aproximadamente de su talla, perfectamente doblados en un extremo de una cama. Todavía masticando el pan rancio, Maia se quitó los pantalones y se puso los artículos robados. Tuvo que ajustarse al máximo el cinturón de cuerda, pero todo lo demás le venía bien. Una chaqueta limpia, aunque algo deshilachada, completó su atuendo, aunque no se la abrochó, por si le hacía falta volver a zambullirse. La idea la hizo estremecerse. Por lo demás, Maia se sintió mejor, y un poco culpable por el pobre Brod, helado y hambriento, a casi medio kilómetro de distancia.

.¿Y ahora qué?, se preguntó, recogiendo la porra y guardándosela bajo el nuevo cinturón. Las rads podían estar prisioneras en el. *Manitú*, pero dudaba de que Renna se hallara retenido en un lugar tan inseguro. Probablemente, estaba en el santuario. ¿Se atrevería a entrar a buscarlo? Cuanto más lo pensaba, más parecía tener sentido la idea de liberar a Thalla y a las demás. Si las rads podían apoderarse del. *Manitú* y no

alertar a nadie mientras Maia se acercaba a la entrada del santuario, podrían llegar a crear suficiente distracción para permitirle la entrada.

La primera tarea es eliminar a sus guardianas. Parece sencillo. ¿Pero cómo podré hacerlo?

Sopesó las posibilidades..*Podría acercarme a la puerta de la bodega y fingir ser una mensajera... gritar pidiendo ayuda. Cuando una salta, la derribo y entonces... ¿lo intento de nuevo? ¿O bajo a por la otra?*

¿Y si hay tres? ¿O más?

Era un plan digno del cerebro de un lugar... y Maia se sentía ferozmente decidida a hacerlo funcionar. Al menos, cuando hubiera superado esa fase ya no estaría sola. Tal vez las rads tuvieran alguna idea. Miró una vez más a su alrededor, en busca de armas. Sólo encontró un pequeño cuchillo, clavado al poste de madera de uno de los camastros. Lo arrancó y se lo metió en el bolsillo de la casaca.

Había subido ya la mitad de la escalera cuando la puerta se abrió de pronto, iluminando su cara y revelando una silueta grande. Maia sólo pudo quedarse mirando, aturdida.

—Me pareció haber oído a alguien allá abajo —gruñó una voz de mujer—. Vamos, no te escondas. ¡No daré la cara por ti la próxima vez!

La silueta se volvió, y Maia se quedó parpadeando, sorprendida. La siguió rápidamente, esperando coger a la saqueadora por la espalda mientras aún permanecían fuera de la vista del.*Intrépido*. Sin embargo, al llegar a la puerta, el corazón se le encogió al ver a otras cuatro mujeres en cubierta. Abrían una caja, de la que sacaron cuatro objetos brillantes.

Rifles, advirtió Maia. Aquellas piratas parecían bien equipadas. Ni siquiera la Guardia de Puerto Sanger estaba mejor armada. No obstante, no se sorprendió..*Las vencedoras escriben la historia, ahora lo sabía..Si Baltha y su banda tienen éxito en el caos que quieren crear, nadie pondrá reparos a unos cuantos crímenes más o menos*.

—¿Y bien? ¡Vamos!

La primera mujer llamó a Maia, que avanzó reticente con la cabeza gacha. Disimuló su sorpresa cuando le pusieron en las manos tres de las finas y pesadas armas, y las agarró con fuerza, sin saber qué más hacer.

—No te olvides de traer suficiente munición, Racila —dijo la líder a una pirata con la cara llena de cicatrices, que volvió a cerrar la caja—. Muy bien, regresemos o Togay nos tendrá a dieta de aire durante una semana.

Maia intentó quedarse la última, pero la jefa insistió en que fuese la primera. Cruzaron la pasarela, pasaron al muelle, y recorrieron los escandalosos tablones de madera hacia el lugar donde unos brillantes candelabros proyectaban charcos gemelos de luz a ambos lados de la entrada del santuario.

Rifles cargados, gritos, grupos de mujeres ansiosas corriendo en la noche. Sin duda aquello no era la celebración de la Víspera del Lejano Sol. En nombre de las Fundadoras, ¿qué estaba pasando? Para Maia, el peor momento fue cuando subieron los amplios y resquebrajados peldaños y pasaron bajo el feroz parpadeo eléctrico de los candelabros. Como no la descubrieron en el acto, comprendió que no era la oscuridad lo que la había salvado en el barco.

.O bien hay tantas mujeres en la banda que no se conocen todas entre sí (lo que parecía altamente improbable), o bien piensan que soy Leie .

La posibilidad de contar con ese factor, el de hacerse pasar por su hermana, ya se le había ocurrido a Maia.

Pero parecía demasiado previsible, demasiado arriesgado. Todas las niñas stratoianas, fueran clónicas o vars, aprendían a advertir sutiles diferencias entre mujeres «idéntica».. Leie sin duda llevaba el pelo de forma diferente, tenía cicatrices distintas, y un millar de detalles diferentes que aquellas mujeres que eran unas completas desconocidas para Maia reconocerían. Además, ¿qué hacer cuando Leie apareciera por fin?

Maia había decidido al final probar el subterfugio sólo si todo lo demás fallaba. Ahora no tenía elección. Sólo podía intentar prolongar la situación.

—¡Este maldito agujero es grande como una ciudad! —le dijo en voz baja una var bajita y de aspecto duro mientras se acercaban al ancho pórtico y atravesaban las altas puertas abiertas—. Debemos de haber registrado ya cien habitaciones. No puedo reprocharte que intentaras escaquearte y echar una cabezada.

Encogiéndose de hombros como una escolar pillada haciendo novillos, Maia murmuró, imitando el tono agrio de la otra mujer:

—¡Y que lo digas! No me alisté para corretear de esta forma. ¿No ha habido suerte todavía?

—No. No he visto ni rastro de ese maldito desde el cambio de guardia, a pesar de la recompensa que ofreció Togay.

Eso confirmaba las sospechas de Maia..*Están buscando a alguien. Un hombre.* Su corazón redobló. Renna.

Controló sus sentimientos..*Todavía no puedes estar segura de eso. Podría tratarse de otro prisionero; de un miembro de la tripulación del Manitú., por ejemplo*

La entrada mostraba signos de aquella antiquísima batalla que había sacudido Jellicoe con explosiones venidas del espacio exterior. Un improvisado portal abierto en la roca conducía a un vestíbulo que antaño debió de ser hermoso, con pilastras finamente acanaladas y ya muy agrietadas. Las rudimentarias reparaciones con cemento estaban desconchadas por los efectos de la sal y del tiempo.

Estos efectos se redujeron cuando el grupo se internó en el santuario propiamente dicho, cuyas gruesas paredes habían protegido un gran vestíbulo. A partir de allí, amplios pasillos se extendían hacia el norte, el sur y el este. Ristras de bombillas eléctricas alimentadas por un generador de carbón proyectaban tenues islitas de luz a intervalos de diez metros. Tras aquellos charcos luminosos, cada pasillo se perdía en la oscuridad, rota por breves destellos de linternas que se agitaban. Gritos distantes anunciaban una acción febril, casi engullida por la fría oscuridad.

A primera vista, el lugar le recordó a Maia su primera prisión, aquel santuario más pequeño y nuevo de Valle Largo; otra ciudadela de pasadizos tallados y gruesos pilares masculinos. Sólo que aquí el olor de los siglos gravitaba en el aire. Manchas de hollín y pintadas en las paredes y techos indicaban incontables visitantes anteriores, desde eremitas hasta buscadoras de tesoros, que debían de haber venido a explorar a lo largo de los siglos, antorcha en mano. En comparación, las piratas parecían bien equipadas.

Había otra diferencia. En este lugar, un friso grabado profundamente recorría horizontalmente las paredes a la altura de los ojos. Por lo que Maia podía apreciar, el adorno tallado cubría cada pasillo, entrando y saliendo de cada habitación, y consistía únicamente en secuencias de letras del alfabeto litúrgico de dieciocho símbolos.

Siguiendo la ruta central, que se internaba profundamente en la montaña, el grupo de Maia atravesó un imponente salón donde las llamas chisporroteaban en una espaciosa chimenea, bajo una cúpula gótica. No había muebles, sólo unas cuantas alfombras en el suelo. Había botellas diseminadas por el suelo, junto con jarras y juegos, todo abandonado con prisas.

—Resulta una lata —sondeó Maia, eligiendo a la var más cercana que había hablado antes—. Supongo que nadie ha sugerido que llevemos anclas y lo dejemos atrás, ¿no?

Una mirada horrorizada de la hosca saqueadora se lo dijo todo a Maia. La respuesta fue apenas un susurro.

—¡Ve y sugiérela tú! Si Togay y Baltha no te ponen a nadar como a un lúgar, lo haría yo.

Maia ocultó una sonrisa. Sólo la pérdida de su pieza principal provocaría tanta furia. Aunque aquello dificultaría su tarea de buscar a Renna, era una gran noticia saber que les había dado esquinazo. Ahora tengo que encontrarlo antes de que se desesperen de verdad.

Bruscamente, Maia recordó lo que llevaba en brazos: largos utensilios de madera y metal y muerte. Las armas desprendían un fuerte olor a aceite rancio y pólvora. Al parecer, tras horas de búsqueda, alguien había decidido que lo que no podía volver a ser capturado no debería quedar para que lo encontraran otras.

El curioso friso ayudó a Maia a distraerse de su nerviosa amenaza. Mientras el

grupo iba de habitación en habitación, aquella fila de imponentes letras grabadas, recalçadas por alguna ocasional grieta mal reparada, continuaba. De vez en cuando reconocía alguna cita del *Cuarto Libro de Lysos*, el llamado *Libro de los acertijos*.

Otros textos parecían decir cosas sin sentido, como si los símbolos hubieran sido elegidos por un artista analfabeto más preocupado por el aspecto que tenían los unos al lado de los otros que por lo que decían. Sin embargo, el efecto inspiraba una gran reverencia.

Se permitía a los varones seguir la doctrina de la Iglesia ortodoxa, que incluso les atribuía un alma verdadera.

Con todo, aquello no era lo que una esperaba encontrar en un lugar construido sólo para hombres. Tal vez, mucho tiempo atrás, los hombres estaban más estrechamente en comunión con la vida espiritual de Stratos, antes de la era de gloria, terror y doble traición situada entre la Gran Defensa y la Caída de los Reyes.

El grupo siguió atravesando puertas abiertas y habitaciones vacías y negras que debían de haber sido registradas ya hacía horas. Finalmente llegaron a otro enorme vestíbulo del cual partían seis espaciosas escaleras de piedra, tres hacia abajo y tres hacia arriba, divididas una vez más entre las direcciones norte, sur y este. Era una sala monumental, y el friso de enigmáticos salmos se ensanchaba para glorificar cada superficie desnuda, aún más misterioso por las sombras que proyectaban unas cuantas bombillas peladas que brillaban frente a las letras grabadas. Toda aquella grandiosa arquitectura habría impresionado a Maia, si no hubiese conocido las maravillas aún mayores que se encontraban apenas a un par de kilómetros de allí: las catacumbas secretas que contenían un poder inimaginable para aquellas ambiciosas saqueadoras. El recuerdo de la falibilidad de sus enemigas la animó un poco.

Dos luchadoras de aspecto aburrido montaban guardia en aquel punto, armadas con bastones cruelmente afilados. Hablaban entre sí en voz baja, y casi no miraron al grupo que pasaba. Eso le vino muy bien a Maia.

Agachó la cabeza, de todas formas.

La hilera de luces eléctricas continuaba sólo por la escalera de la derecha, pero el grupo de Maia cruzó el vestíbulo y tomó por los oscuros escalones centrales, que subían y se perdían en el corazón del diente de dragón.

Dos de las mujeres encendieron los pábilos de sus lámparas de aceite. Mientras subían, Maia miró hacia abajo y vio varias figuras, dos pisos más abajo, al principio del pasillo iluminado. Cuatro mujeres discutían acaloradamente, señalando y gritando. Maia sintió que un escalofrío le recorría la espalda al oír una de las roncadas voces. Reconoció una cara en sombras.

.Baltha. La antigua mercenaria se encontraba junto a otra de las traidoras del *Manitú*, una var delgada que Maia conocía como Riss. Discutían con dos mujeres que Maia no había visto nunca. Para recalcar uno de sus argumentos, Baltha se volvió

y señaló las escaleras, por lo que Maia se agachó y corrió detrás de sus compañeras.

Evitar todo contacto con aquella var en concreto era su principal prioridad, ya que Baltha podría reconocerla al instante.

El grupo de Maia continuó internándose en la montaña. Cuando dejaron atrás la última luz eléctrica, sombras con zancos parecieron escapar de sus piernas y cuerpos, huyendo de las linternas como caricaturas animadas del miedo. A Maia le pareció que el efecto hacía burla de las breves preocupaciones de los vivos. Cada vez que una de las negras siluetas entraba en las habitaciones vacías, era como si un espíritu pródigo regresara a intercambiar saludos con las sombras de quienes habían muerto mucho tiempo atrás.

Si la experiencia había enseñado a Maia a soportar el agua, e incluso a disfrutar de las alturas, estaba segura de que su habituación a los profundos túneles nunca iría más allá de la tolerancia a regañadientes. Podía soportarlos, pero nunca encontraría atractivos tales lugares. Últimamente había empezado a preguntarse si a los hombres les sucedía lo mismo. Tal vez los construían porque no tenían más remedio.

Maia se inclinó hacia la guerrera con la que había intercambiado unas cuantas palabras antes.

—Uh, ¿adónde van... vamos a buscarlo ahora? —preguntó en voz baja.

Sus palabras parecieron deslizarse por las paredes.

—Arriba —replicó la hosca pirata—. Cinco, seis pisos. Hemos encontrado algunas ventanas que dan al mar y a la laguna. Tenemos que impedir que nadie entre o salga por ellas, éstas son las órdenes. También tenemos que buscar algún indicio de si ha llegado tan alto; pisadas en el polvo, y cosas así. Alégrate, tal vez nos llevemos la recompensa.

La var de cara roja que dirigía el grupo se volvió brevemente hacia la que hablaba con Maia; ésta hizo una mueca insultante cuando la líder volvió a darle la espalda.

—¿Y la habitación donde estaba? —preguntó Maia—. ¿No hay allí ninguna pista?

La mujer se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a Baltha. —La saqueadora señaló hacia atrás con un leve movimiento de cabeza—. Todavía comprobaba la celda cuando todas las demás ya le habían echado un vistazo.

La saqueadora se estremeció, como si no le gustara recordar algo extraño, incluso aterrador.

Maia reflexionó mientras continuaban caminando en silencio. Claramente aquella expedición no la conducía a ninguna pista útil. ¿Pero cómo escapar?

Por fin, el grupo llegó al final del largo pasillo, donde un estrecho portal conducía a una escalera en espiral construida en el interior de un cilindro de piedra. Las mujeres tuvieron que entrar en fila india. Maia se quedó atrás, pasando su peso de una

pierna a la otra. Cuando la jefa la miró, Maia se hizo la avergonzada y le tendió los rifles a la otra mujer.

—Tengo que... ya sabes.

La líder del pelotón suspiró, alzando una linterna.

—Esperaré.

Maia fingió mortificación.

—No. De verdad. Subir es sencillo. No hay forma de perderse, y además hay una barandilla. Os alcanzaré antes de que hayáis subido dos pisos.

—Mm. Bien, date prisa entonces. Si te quedas muy por detrás de la lámpara, te merecerás perderte.

La jefa se volvió y Maia se metió en una habitación vacía cercana. Cuando los pasos se perdieron en la distancia, salió y, con sólo un brillo distante para guiarse, volvió rápidamente sobre sus pasos..*¿Podría haberme escapado con un rifle?*, se preguntó, y llegó a la conclusión de que había tomado la decisión adecuada. Nada habría provocado más sospechas y alarma. En aquellas circunstancias, el arma habría sido un inconveniente.

Pronto llegó al gran salón central y se asomó con cuidado. Dos guardianas seguían vigilando el lugar donde la hilera de luces giraba escaleras abajo. Maia tendría que pasar junto a ellas, y junto a Baltha y Riss, para llegar al lugar donde habían tenido encerrado a Renna antes de que éste desapareciera. Sin duda, aquél era el mejor lugar para buscar pistas.

.¿Me atrevo? El plan parecía imprudente, más que audaz..Tal vez haya otra forma. Si todos los pasillos terminan en escaleras de caracol, puede que haya una al final del salón sur...

A sus oídos llegaron sonidos de conmoción. Maia se agachó junto a la balaustrada de piedra y vio cómo dos mujeres salían del puesto de guardia desde dos direcciones distintas. De abajo llegaron Baltha, Riss y dos vars altas, una de ellas con tanto aire de autoridad como Baltha. En el rellano, las cuatro se volvieron y miraron hacia el oeste, hacia la entrada del santuario, por donde apareció una sola figura precedida de una fina sombra. Maia se estremeció al reconocer la silueta.

—¿Me has mandado llamar, Togay? —preguntó la recién llegada a la saqueadora más alta, cuyos fuertes rasgos destacaban a la luz.

—Sí, Leie —dijo la comandante con un educado acento de Caria City—. Me temo que ahora ya no está en mis manos. Permanecerás encerrada hasta que encontremos al alienígena, y hasta que zarpemos.

La hermana de Maia tenía el rostro apartado de la luz. Con todo, su malestar quedó claro.

—Pero Togay, ya expliqué...

—Lo sé. Les dije que eres una de nuestras jóvenes más inteligentes y

trabajadoras. Pero desde los acontecimientos de Grimké, y sobre todo de esta noche...

—¡No es culpa mía que Maia escapara! ¿No es suficiente que muriese por ello? ¡En cuanto al prisionero, desapareció sin más! Yo no estaba cerca...

La compañera de Baltha la interrumpió.

—¡Se te ha visto hablar con el Exterior, igual que tu hermana! —Riss se volvió hacia Togay, haciendo un movimiento cortante con la mano—. Todas las semillas son iguales. ¿No es eso lo que dicen? Puedes tener razón en que no sea una clónica, y supongo que no huele a policía. Pero ¿y si quiere vengar a su hermana? ¿Recuerdas cómo se opuso a que aniquiláramos a Corsh y los muchachos? Yo digo que la tiremos a la laguna, sólo para asegurarnos.

—¡Togay! —imploró Leie. Pero la mujer alta y de fuerte mandíbula la miró fijamente y sacudió la cabeza. Con expresión satisfecha, Baltha hizo un gesto a las dos guardianas, que avanzaron hacia la muchacha y la cogieron por los brazos. Los hombros de Leie se hundieron mientras se la llevaban. Las siete mujeres bajaron por las escaleras, dejando detrás un vacío polvoriento y silencioso.

Arrastrándose en silencio, atenta a cualquier sombra que pudiera traicionarla, Maia las siguió.

Un solo cable eléctrico continuaba hasta el piso inferior, con las bombillas bien separadas entre sí. Maia dejó que las saqueadoras y su cautiva cogieran una buena delantera antes de correr tras ellas en pequeños tramos, ocultándose en las sombras cada vez que alguna de las mujeres parecía sugerir siquiera que iba a darse la vuelta.

Cuando se internaron en un corredor lateral, echó a correr y se detuvo en la esquina para echar una cautelosa mirada.

El grupo se detuvo delante de la primera de varias puertas metálicas, ante la que ya había otra pareja de guardianas. Esta vez, una de ellas iba armada con un arma de fuego de aspecto impresionante. Maia sólo había visto una así una vez. No era un rifle de caza que usaran para perseguir a seres humanos, sino una ametralladora automática fabricada para esparcir muerte en dosis masivas.

Hubo conversaciones en voz baja y tintineo de llaves. Cuando la puerta se abrió, Maia entrevió figuras en su interior que se agitaban sorprendidas. Empujaron a su hermana hacia dentro. Una saqueadora se rió.

—Sé amable con tus nuevos amigos, virgie. ¡Tal vez puedas quitarte el mote de encima antes de ahogarte con ellos!

—Cállate, Riss —ladró Baltha mientras Togay cerraba la puerta. Entonces, todas menos la segunda pareja de guardianas, recorrieron en fila los veinte metros restantes de pasillo y se metieron en una cámara cercana.

Desde su posición, Maia vio filas de bancos a lo largo de una de las paredes. Pudo ver a Baltha y a las demás deambulando por la habitación con la frustración pintada

en sus rostros cada vez que reaparecían. Se oían gritos de furia y recriminaciones. Una vez, la voz de Baltha se elevó tanto que Maia pudo distinguir claramente:

—... de la ciudad no van a sentirse felices por esto! ¡En absoluto!

Maia estaba tan concentrada que apenas oyó los pasos hasta que resonaron a su espalda. Se le pusieron los pelos de punta cuando se dio cuenta, y se volvió rápidamente, lista para echar a correr. Vio acercarse una figura solitaria que entraba y salía de los círculos de luz. Resultó ser una mujer fornida de tez cetrina con el pelo rojo sujeto por un pañuelo del mismo color. Llevaba un cubo en cada mano y lucía una ancha sonrisa, además de un delantal sucio. La sonrisa dejó a Maia inmóvil, petrificada por la indecisión.

—Cielos, no hace falta que te acerques tanto, pajarito. ¡Las he oído discutir todo el camino desde el pasillo principal! ¿Qué les pasa ahora? ¿Han encontrado ya a su hombre de humo? ¿O planean tenernos despiertas toda la noche, buscando?

Maia forzó una sonrisa. Fingir ser su hermana sólo le valdría hasta que la noticia del arresto de Leie se extendiera... una cuestión de minutos, en el mejor de los casos.

—Me temo que toda la noche, sí —respondió con lo que esperaba fuera la nota adecuada de amarga resignación—. ¿Qué hay en los cubos?

La saqueadora se encogió de hombros mientras se acercaba y los depositaba en el suelo con un suspiro.

—La cena para los tipos. Llega tarde por culpa de toda la agitación. Algunas dicen que no vale la pena, dado lo que les espera. Pero yo digo que incluso un hombre tiene que ser alimentado antes de unirse con Lysos.

Las aletas de la nariz de Maia se ensancharon. Tenía aún menos tiempo de lo que pensaba. En cuanto la fregona entrara en la celda y viese a Leie, todo estaría perdido.

—Sé por qué estás aquí —confesó la otra mujer, acercándose un poco más.

—¿Ah, sí? —Maia acercó la mano al cinturón.

Un guiño.

—Buscas pistas. ¡Observas a las jefas y luego te pones en marcha rápidamente, a por la recompensa! —La var se echó a reír—. Muy bien. Yo también fui joven... llena de ideas de escarcha. Conseguirás fundar tu clan, niña del verano.

Maia asintió.

—Yo... creo que ya he encontrado una pista. Una que todas las demás han pasado por alto.

—¿De verdad? —La fregona se acercó, con los ojos relucientes—. ¿Cuál es?

—Harán falta dos para levantarla —confesó Maia—. Ven, te la mostraré.

Señaló la puerta más cercana, empujando a la ansiosa mujer hacia delante. Mientras la seguía, con la mano derecha Maia se sacó la porra del cinturón y la usó.

Después, a pesar de todas las razones válidas que tenía para haberlo hecho, siguió sintiéndose culpable y despreciable.

La habitación oscura no estaba completamente vacía; quedaban en ella indicios de su pasado. Estantes desnudos de piedra y restos de antiguos anaqueles de madera probaban que, hacía mucho tiempo, pudo haber contenido una biblioteca importante. A excepción de algunos trozos ondulados de antiguas tapas de cuero, todo lo que quedaba de los libros era polvo. Tras arrastrar el cuerpo inconsciente de la cocinera al interior y coger rápidamente los cubos, Maia se cambió de casaca y cogió el pañuelo de su víctima; se lo ató bajo, casi sobre sus ojos. Terminó a tiempo de oír acercarse voces y pasos. Desde las sombras, Maia contó las figuras que pasaban de largo, de vuelta hacia las escaleras. Seis mujeres, aún discutiendo. De cerca, Maia pudo ver la furia ardiendo en los ojos de Baltha.

—... no se contentarán con recibir sólo una cajita llena de mierda de alien. ¡Algunos bichos sacados de la tripa de un Exterior podrían ayudar a derribar un clan o dos, pero necesitamos también un acuerdo político, para protegernos! Sin su tecnología, no importa cuántas malditas clónicas mueran...

Sus voces se apagaron. No obstante, Maia se obligó a esperar, aunque sabía que le quedaba poco tiempo. El primer grupo, el que la había encontrado a bordo del *Manitú*, no tardaría en informar de la desaparición de «Lei». Eso haría que las piratas se preguntaran cómo una muchacha podía estar en dos lugares al mismo tiempo.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Maia se bajó aún más el pañuelo, cogió los cubos de comida, y salió de la habitación oscura. Se acercó a la esquina, la dobló, y procuró adoptar un paso cansino mientras se acercaba a las dos fornidas vars que guardaban la puerta cerrada. Intentando calmar su frenético pulso, Maia se recordó que tenía una ventaja. Las guardianas no tenían motivos para esperar peligro en forma de mujer. Aún más, su llegada tan poco tiempo después de la partida de sus líderes implicaba que debía de haberse cruzado con ellas en el camino. También eso reduciría la vigilancia. Sin embargo, oyó un chasquido de advertencia, y vio que la guerrera del arma automática alzaba ésta de la manera tierna pero firme con que las mujeres solían sostener a sus bebés. Maia sólo había oído rumores de máquinas asesinas semejantes, hasta que tuvo cuatro años y por fin supo cuántos secretos guardaba el mundo.

Recordó una breve imagen de un portal que se abría por fin para revelar lo que las madres y hermanas Lamai no querían que viera nadie. A la luz de las muchas cosas de las que Maia había sido testigo desde entonces, lo que aquel día le había parecido tan horrible no pasaba de ser aburrido y mundano. La ironía era más que suficiente para hacerla reír. O llorar.

Maia no podía malgastar tiempo ni concentración en ninguna de las dos cosas. Siguió avanzando, la cabeza gacha, y murmuró en voz baja:

—Bazofia para los tipos.

La mujer que empuñaba el arma se echó a reír.

—¿Por qué seguimos molestándonos?

Maia se encogió de hombros, meciéndose de un lado a otro, como si estuviera fatigada.

—¿Y a mí qué me cuentas? Deja que me libre del olor.

La segunda guardiana apoyó su bastón de combate en un hombro, y con la mano libre alzó unas llaves tintineantes.

—No sé —comentó—. Me parece una lástima desperdiciar a todos esos muchachos. Dentro de poco caerá escarcha. Podríamos pasarla, y hacer un fuego grande y bonito...

—Oh, cállate, Glinn —dijo la guardiana del rifle de asalto, mientras se colocaba detrás y a la izquierda de Maia, dispuesta a disparar a cualquiera que intentara salir de la celda—. Te colocarás del todo y...

Maia se había estado preparando. Cuando la puerta se abrió, avanzó un paso y luego hizo volar el cubo de la mano derecha en arco, dirigiéndolo contra la guardiana del arma.

Los ojos de la mujer apenas demostraron sorpresa antes de que el cubo la alcanzara en el estómago, derribándola sin un sonido.. *¡Una menos!*, pensó Maia, alborozada.

Y prematuramente. La dura saqueadora, aturdida e incapaz de respirar, clavó una rodilla en tierra y trató de apuntar a Maia con su arma... sólo para desplomarse cuando el segundo cubo la golpeó en la nuca con un profundo crujido.

Maia aceleró su movimiento oscilatorio, soltando el cubo para que volara contra la segunda guardiana, que ya esgrimía el bastón. Con la gracia de una soldado entrenada, esquivó el cubo, que chocó contra la puerta, esparciendo sopa marrón como una fuente. Maia atacó, y recibió un golpe en el hombro antes de clavarse en el vientre de la pirata y hacer que ambas cayeran al suelo, dentro de la habitación.

Segundo a segundo, la lucha se convirtió en una sucesión confusa de puñetazos; sus propios golpes parecían ineficaces, mientras que su oponente era una experta. Desesperada, Maia se apretó contra su enemiga, pero ésta la empujó, consiguiendo espacio suficiente para alzar su bastón. Un ramalazo de dolor barrió el costado izquierdo de Maia. Otro golpe la alcanzó debajo de la rodilla.

Maia era débilmente consciente de que había figuras cerca. Unos hombres de aspecto macilento intentaron ayudarla, pero estaban encadenados a dos filas de bancos que bordeaban las paredes. Mientras tanto, el caliente aliento de la pirata quemaba el rostro de Maia con su olor a cebollas; la manchó de saliva mientras luchaban por el bastón.. *No puedo aguantar*, comprendió desesperada.

De repente, otras manos aparecieron de la nada y rodearon el cuello de la

saqueadora. Con un aullido, la enemiga de Maia la apartó. Un mandoble del afilado bastón estuvo a punto de alcanzarla, luego el arma voló cuando la bandida la soltó para agarrar a su nueva atacante, una mujer mucho más pequeña que se agarró a su espalda como una gata salvaje. Aunque su cuerpo agotado se negaba, Maia se obligó a realizar un último esfuerzo. Jadeando de fatiga, se lanzó hacia delante y, con una serie de fieros tirones, su aliada y ella consiguieron por fin poner a la guardiana al alcance del capitán Poulandres y sus hombres.

Cuando todo acabó, permanecieron tendidas juntas en el suelo, jadeando. Finalmente, la hermana de Maia le cogió la mano y apretó.

—Muy bien —dijo Leie entre jadeos; Maia no había visto una expresión tan contrita en su rostro en todos sus años de crecer juntas—. Supongo que mi plan no... funcionó tan bien. Oigamos el tuyo.

La esquina cercana desde la que Maia había espiado a Baltha y Togay les proporcionaría un buen punto de tiro hacia el otro lado. Sin embargo, al principio Poulandres se mostró reacio. Los otros hombres y él eran valientes, estaban furiosos y eran plenamente conscientes de lo que les esperaba si volvían a capturarlos. Sin embargo, ninguno quería tocar el rifle automático.

—Mira, es bastante simple. Ya había visto otro. Sólo hay que levantar esta palanca...

—Ya veo cómo funciona —replicó Poulandres. Entonces negó con un gesto de cabeza y alzó una mano—. Mira, te estoy agradecido... Os ayudaremos en todo lo que podamos. ¿Pero no puede una de vosotras dos manejar esa cosa? —Disgustado, apartó la mirada de la máquina de metal.

Antes de conocer a Renna, Maia podría haber reaccionado de manera distinta ante su conducta: con incompreensión, o con desdén. Ahora sabía cómo las pautas establecidas por Lysos habían ido reforzándose a lo largo de miles de años, en parte a través de mitos y condicionamientos, y también de forma genética y visceral, de forma que los hombres tendían a repudiar la violencia contra las mujeres.

Sin embargo, los humanos son seres flexibles. La esencia guerrera no estaba anulada, sólo reprimida, moldeada, controlada. Haría falta una fuerte motivación para persuadir a un hombre decente como Poulandres de que matara, pero Maia no tenía duda de que podía hacerse.

Cerca, los demás hombres de la tripulación se frotaban los tobillos, magullados por las cadenas que los habían sujetado a los bancos de piedra situados en forma de cuenco en aquel lugar parecido a un coso. Tres mujeres medio inconscientes languidecían ahora en aquel lugar, amordazadas. Unos cuantos hombres picoteaban con disgusto uno de los cubos volcados.. *Alguien debería intentar conservar la comida, pensó Maia.. Podría esperarles un largo asedio .*

Otros asuntos debían resolverse primero.

—No tengo tiempo para esto —le dijo a Leie—. Explícaselo tú. ¡Y no te olvides de buscar otras escaleras en este piso! No queremos que nos sorprendan.

—Muy bien, Maia —respondió Leie, sumisa. No habían tenido tiempo para estar juntas más que un instante, mientras se recuperaban de la lucha. Maia tampoco estaba preparada para una reconciliación completa. Habían pasado demasiadas cosas desde que aquella lejana tormenta separó a un par de veraniegas soñadoras. Con el tiempo, quizá considerara la posibilidad de volver a confiar de nuevo en Leie, suponiendo que su hermana se lo ganara.

Sujetando torpemente la horrible arma de fuego, Leie escoltó a Poulandres y a varios tripulantes pasillo abajo.

También Maia tenía una misión que cumplir. Pero cuando se puso en marcha, un tirón en la pierna la detuvo.

—¡Espera un segundo! —ordenó el médico de a bordo, que terminaba de vendarle el tobillo con pedazos de tela rasgada—. Ya está, ésa es la peor. En cuanto a tus otras heridas...

—Tendrán que esperar. —Maia terminó perentoriamente la frase, sacudiendo la cabeza de una forma que no daba pie a protestar—. Gracias, Doc —dijo, y se marchó cojeando del coso-prisión. En la puerta, giró a la izquierda y se encaminó hacia la segunda habitación grande, donde antes había visto discutir a Baltha y a las otras comandantes saqueadoras. Un varón la acompañaba, el grumete que había formado parte del equipo contrario en el Juego de la Vida a bordo del *Manitú*. Él mismo había elegido poner a Maia al día acerca de lo sucedido desde que fue abandonada con Naroin y las marineras en la isla de Grimké.

—Al principio mantuvieron al Hombre de las Estrellas con nosotros —explicó el muchacho—. Nos pusieron a todos juntos en una parte diferente del santuario, más cerca de la puerta. Pero él no dejaba de dar la lata diciendo que necesitaba el juego. ¡Siempre el juego! Eso nos extrañó mucho, sobre todo porque aún tenía ese tablero electrónico suyo. Pero decía que no era lo bastante bueno. Necesitaba más. Dijo que no comería ni hablaría con las saqueadoras hasta que nos trasladaran a todos aquí, donde se encontraban los viejos patios de competición.

Maia se detuvo en la entrada de la segunda habitación. Esperaba otra cámara como la primera: un gran anfiteatro ovalado rodeando una extensión de líneas entrecruzadas. Pero esta sala era diferente. Había bancos en ella, sí, que descendían formando semicírculos cada vez más pequeños. Sólo que esta vez sus filas se orientaban hacia una gran pared desnuda con una plataforma y un estrado. La sala le recordó un salón de conciertos o de conferencias, como el Edificio Cívico de Puerto Sanger.

—Todos pensamos que estaba loco. —El grumete continuó con su historia de

Renna—. Pero le seguimos el juego, sabiendo que con su conducta molestaba a las guardianas. Así que el capitán les dijo que también nosotros necesitábamos el juego, por razones religiosas. —El muchacho se echó a reír—. Así que fueron a buscar al barco nuestros libros y piezas, y nos los trajeron al coso donde nos encontraste.

—Pero luego trajeron a Renna a este otro —apuntó Maia.

—Sí. Al cabo de un par de días, empezó a quejarse otra vez... que si nuestros ronquidos, que si nuestra compañía... Se comportaba como un verdadero quejica remilgado. Así que lo trasladaron a la habitación de al lado. No oímos más quejas después de eso, así que supusimos que debía de ser feliz.

—Ya veo.

Maia maldijo por dentro. Después de oír que Renna había desaparecido de un modo que ninguna de las saqueadoras podía imaginar ni duplicar, su primer pensamiento fue que debía de haber encontrado otra de las esculturas de metal rojo, cubierta de arcanos símbolos hexagonales. Una puerta-laberinto explicaría muchas cosas, y sería natural que confundiera a las piratas al tiempo que permitía escapar a Renna. Y, naturalmente, su propia experiencia le daría también ventaja.

Pero no había nada de metal rojo. Ningún acertijo de símbolos móviles. Sólo fila tras fila de bancos. El único otro rasgo digno de mención eran las frases talladas que cubrían todas las paredes, menos la que se alzaba detrás del estrado, con epigramas en el dialecto litúrgico del *Cuarto Libro de Lysos*. Por lo demás, era sólo un maldito y desierto salón de conferencias.

Maia miró a su alrededor mientras bajaba por el pasillo, entre los bancos, preguntándose por qué Renna se había esforzado tanto para que lo trasladaran allí.

—¿Qué es este sitio? —preguntó el grumete, asombrado—. No es un coso de Vida. Ni un terreno de juego.

¿Rezaban aquí?

Maia sacudió la cabeza, aturdida.

—Tal vez, con todas esas inscripciones en las paredes... aunque estoy segura de que no todas esas líneas son textos sagrados.

—¿Entonces qué...?

—Ahora cállate, por favor. Déjame pensar.

El muchacho guardó silencio, mientras Maia fruncía el ceño y se concentraba.

.Renna escapó de aquí. Ése es el dato clave. Podemos suponer que las saqueadoras lo registraron de arriba abajo en busca de puertas ocultas y pasadizos secretos, así que no te molestes en repetir ese esfuerzo. En cambio, trata de seguir el razonamiento de Renna .

Primero, ¿cómo sabía que tenía que ser trasladado aquí? Se tomó muchas molestias para conseguirlo.

Aunque Renna, como ella, había estado antes encarcelado en un santuario, nada

de esa experiencia anterior podía haberle llevado a prever un lugar como éste.

A la propia Maia le habría costado trabajo creer lo que veía si no hubiera visto antes la cercana catacumba de defensa.

.Tengo que resolver esto, y más rápido que él. Las saqueadoras se volverán locas cuando averigüen lo que hemos hecho .

Otro aguijonazo aumentó su ansiedad.

.Con todo el mundo en alerta de guerra, seguro que localizarán a Brod cuando intente bajar. Lo abatirán como a un indefenso conejo-alado .

Concentrándose, Maia intentó mirar la sala con otros ojos, para ver qué había visto Renna.

Pasó unos minutos rebuscando entre las mantas y la paja apilada allí donde él debió de tener su cama, deshecha ya por las otras mujeres que habían buscado pistas antes que ella. Maia siguió avanzando, sin encontrar nada de interés hasta que su mirada se volvió una vez más hacia los epigramas cincelados que recorrían las paredes laterales y la posterior. Conocía bien algunos, pues se los había aprendido de memoria durante las largas y tediosas horas pasadas en la Capilla Lamatia, cuando entonaban pesadas letanías a Madre Stratos. .

...εηϙ⊕ητρar | ⊕ que εζτα ⊕ϙ | τ⊕...
βαj⊕ εχτραñας εζτρε | αζ περδιδαζ

Lo que, escrito en letra normal, se traducía así:

... encontrar lo que está oculto... bajo extrañas estrellas perdidas

Maia hizo una mueca. Era una imagen apropiada, ya que tal vez no viviera para volver a ver las estrellas..*Me pregunto qué hora será*, se dijo mientras se volvía para escrutar las paredes. Entonces se detuvo, observando una zona anómala.

A pesar de sus heridas, Maia corrió escaleras abajo, y luego sorteó el escenario semicircular central. Le había parecido ver ordenadas manchas marrones allí donde las líneas de símbolos inscritos se acercaban a la pared delantera, carente de adornos. No eran letras. A Maia le resultaban mucho más interesantes.

—¿Qué te parece? —le preguntó al grumete, señalando el puñado de manchas situado justo debajo de uno de los arcanos símbolos del alfabeto litúrgico. El joven entornó los ojos, y Maia deseó fervientemente que Brod estuviera allí en su lugar.

—No lo sé, señora. Parece que alguien tiró la comida. La misma bazofia que la nuestra, supongo.

—Fíjate con más atención —insistió Maia—. No la tiró. La utilizó. ¿Ves? Puntos cuidadosamente pintados... un puñado, bajo una sílaba. Y aquí hay otro grupo.

Maia contó. Había un total de dieciocho grupitos de puntos, ninguno de ellos igual.

—¿Ves? No se repite ninguna letra. ¡Cada símbolo del alfabeto tiene su propio conjunto único! ¿No es interesante?

—Uh... si usted lo dice, señora.

Maia sacudió la cabeza.

—Me pregunto cuánto tiempo tardó en hacerlo.

Consideró la situación de Renna. Prisionero por segunda vez en un mundo extraño, aburrido de muerte, desesperado y exhausto, debía de haber contemplado las enigmáticas frases hasta que se mezclaron con las manchas que flotaban bajo sus párpados cargados. Sólo entonces debió de ocurrírsele jugar a un juego, usando las palabras talladas como puntos de partida. Pero primero las palabras escritas debían ser transformadas en...

Unos súbitos gritos llegaron desde el pasillo. Maia se dio la vuelta, y segundos más tarde apareció un hombre en la entrada del coso, agitando los brazos vigorosamente. .

—¡Tres de las zorras acaban de doblar la esquina y han caído en nuestras manos! La mala noticia es que gritaron antes de que pudiéramos amordazarlas. Se cuece jaleo en las escaleras. El capitán dice que pronto tendremos problemas.

Maia asintió con un breve ademán, y volvió a contemplar las primitivas marcas de la pared..*Renna debió de utilizarlas como código de referencia, mientras trabajaba en esta sala .*

¿Pero trabajar en qué? Aún tenía consigo su tablero de juego electrónico (que las saqueadoras no habían considerado más que un juguete), así que podía haber probado incontables combinaciones de puntos y de reglas para manipularlos..*Muy bien, imagínatelo jugueteando con los símbolos de la sala donde los prisioneros y él estuvieron primero. Supongamos que se enteró de algo por las escrituras de las paredes. Se enteró de que, en alguna otra parte del santuario, había un lugar mejor... y se las arregló para que lo llevaran a ese sitio. Muy bien, ¿y luego qué?*

Eso aún dejaba por resolver la cuestión del modo. Un juego intelectual era una cosa. Atravesar paredes era otra muy distinta. Incluso la puerta que se había alzado ante Maia y Brod en la cueva marina contenía un enigma con un propósito claro: servir de combinación a la cerradura que abría la puerta. Al observar esta habitación, no vio nada parecido a una puerta. No había otra forma de salir de ella más que el camino por el que habían entrado.

Ninguna en absoluto.

—¡Ah! —exclamó Maia, cerrando los puños. Le dolían el costado izquierdo y la pierna y empezaba a tener jaqueca. Sin embargo, de algún modo debía rehacer los pasos mentales seguidos por un alienígena tecnológicamente avanzado, sin tener siquiera acceso a las mismas herramientas que él poseía.

Gruñendo, se sentó en uno de los bancos de la primera fila, y hundió la cabeza

entre las manos. Ni siquiera levantó sus cansados ojos cuando una salvaje descarga de fusil sacudió las paredes, haciendo que el antiguo polvo flotara en suaves velos.

—Creo que ya se lo he hecho entender a Poulandres. Por el momento tirará a no dar, una bala cada vez. Eso las detendrá. En caso de que nos ataquen, creo que hará lo que sea necesario.

Leie estaba sentada junto a Maia, a medio metro de distancia. Su voz era vacilante, como si no estuviese segura de que quisieran oírla. Leie había empezado a hablar dos veces, y Maia estaba convencida de que iba a comentarle lo sucedido entre ambas, su larga separación y el pesar que sentía por la forma en que había llevado su relación. No llegó a pronunciar esas palabras, aunque el esfuerzo bastó para aliviar parte de la tensión. En el fondo de su corazón, Maia sabía que probablemente no obtendría otra disculpa. Ni tampoco la exigiría.

—¿Y bien? —resumió Leie con voz forzada—. ¿Qué hará falta para saber qué ha pasado aquí?

Maia suspiró pesadamente, sin saber por dónde empezar.

Comenzó resumiendo la clave cifrada que Renna había dibujado en la pared, cómo cada puñado de puntos probablemente representaba una disposición de piezas de un tablero del Juego de la Vida. O, más probablemente, una variante del juego que difería en su detallada ecología. Maia podía percibir que cada configuración trazada en la pared podría ser contenida en sí misma con el sistema de reglas adecuado, aunque era difícil explicar cómo lo sabía.

Mientras se lo contaba a Leie, fueron interrumpidas dos veces más por sonoros informes: simples tiros de advertencia, disparados para mantener a las saqueadoras a raya. No había gritos que indicaran un ataque a gran escala, así que ninguna de las dos se movió. La embelesada atención de Leie animó a Maia a acelerar su historia, y pasó rápidamente por alto la violencia, el tedio y el peligro de los últimos meses, pero reveló su sorprendente descubrimiento de un talento, un talento que se basaba en un extraño reino intelectual y artístico.

—¡Lysos! —susurró Leie cuando supo los datos esenciales—. ¡Y yo que pensaba que me habían pasado cosas raras! Después de enterarme de que desembarcaste en Grange Head y de que tenías un trabajo seguro en Valle Largo, decidí permanecer embarcada durante algún tiempo con... —Se detuvo y sacudió la cabeza—. Pero eso puede esperar. Continúa. ¿Nos ayudará este asunto de la Vida a descubrir cómo salió Renna de una habitación cerrada y sin otra salida?

Maia se encogió de hombros.

—¡Ya te digo que no! Oh, el juego puede transmitir datos, como un lenguaje transformado en otro tipo de sistema de símbolos. Renna debe de haber traducido algunas de las frases de las paredes... tal vez por el contexto de algo que aprendió en

la Gran Biblioteca, en Caria.

.actuar! Aplicar esos datos al mundo real. Hacer que se produzcan hechos físicos.

—Como salir de la cárcel.

—Exactamente. Como salir de la cárcel.

Leie se levantó y se detuvo junto a la primera fila de bancos, ante el escenario semicircular donde se levantaba un atrio rectangular de piedra pulida.

—Después de que desapareciera, la mayoría de nosotras registró por turnos esta sala —dijo—, esperando encontrar paneles secretos y cosas así. No es que yo intentara serles útil, no después de que matasen al capitán Corsh y a sus hombres... y sobre todo después de que creyera que te habían volado en pedazos... —Leie cerró brevemente los ojos, el recuerdo del dolor escrito en su rostro—. Ante todo, buscaba una forma de seguir a Renna, de escapar también. Por eso puedo decirte que no hay ningún panel secreto. Al menos ninguno que yo pudiera descubrir. Sin embargo, advertí un par de cosas.

El sombrío estado de ánimo de Maia impidió que ésta alzara la cabeza y dejase de mirarse las manos.

—¿Qué advertiste? —preguntó, deprimida.

—Levanta el culo y ven a verlo por ti misma —replicó Leie, con un atisbo de su antigua brusquedad. Maia frunció el ceño, pero se levantó y se acercó. Leie la esperaba junto al amplio atrio; señaló una fila de diminutos objetos empotrados a un lado del gigantesco bloque de piedra. Algunos parecían botones. Otros eran pequeños agujeros de bordes metálicos.

—¿Para qué sirven? —preguntó Maia.

—Esperaba que tú me lo dijeras. Cada una de nosotras intentó pulsarlos. Los botones chasquean como si tuvieran que hacer algo, pero no pasa nada.

—Tal vez servían para encender las luces. Lástima que no haya energía en el santuario.

Por falta de tiempo, Maia había pasado por alto los detalles sobre las catacumbas militares que Brod y ella habían explorado, y que aún zumbaban con titánicas energías. Maia daba por supuesto que las dos redes de cuevas artificiales estaban completamente separadas, con el fin de que las eremitas y buscadoras de tesoros que recorrían esta parte nunca se toparan con las ocultas instalaciones defensivas emplazadas justo al lado.

—He dicho que no pasa nada —replicó Leie—. Eso no quiere decir que no haya energía.

Maia se quedó mirando a su hermana.

—¿A qué te refieres?

En ese momento sonó otro disparo cuyo eco repercutió dentro de la cámara e hizo que los dientes de Maia castañearan. Las dos muchachas esperaron, y suspiraron

cuando no se escucharon más tiros. Con un dedo, Maia señaló un par de diminutas anillas de metal, situadas a un centímetro de distancia, en el borde del atril, cerca de los botones. Las anillas rodeaban unos agujeros pequeños y profundos. Maia apretó el dedo contra una, y levantó la cabeza, perpleja.

—No siento nada.

—¿Tienes un trozo de metal? —preguntó Leie—. ¿Como una vara de dinero? Medio crédito valdrá.

Maia sacudió la cabeza. Entonces recordó.

—Tal vez tenga algo.

Con la mano derecha soltó la funda de cuero del sextante portátil que llevaba en el antebrazo izquierdo.

Torpemente, sacó el diminuto instrumento.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Leie, observando abrirse la tapa con el grabado del zep'lin. Maia se encogió de hombros.

—Es complicado. Digamos que de vez en cuando me resulta útil.

Desplegó los brazos. Uno de ellos terminaba en una punta afilada (normalmente se utilizaba para leer los números de una rueda medidora), que podía volverse hacia fuera. Parecía lo bastante estrecha para usarla como sonda.

—Bien —dijo Leie—. No voy a decirte que fui la única que tuvo la idea y se puso a buscar electricidad. Otras lo intentaron, y no sintieron nada. Pero se me ocurrió que tal vez la corriente era demasiado baja para ser detectada con la mano. ¿Recuerdas cómo comprobábamos aquellas lastimosas baterías salinas tan flojas que la Sabia Madre Claire nos hacía fabricar en clase de química? Bueno, pues hice lo mismo aquí. Cuando no miraba nadie, inserté una vara de monedas y toqué el metal con la lengua.

—¿Sí? —preguntó Maia, cada vez más interesada, mientras insertaba la estrecha punta en uno de los diminutos agujeros.

—¡Sí! Te juro que se nota un leve cosquilleo de...

La voz de Leie se apagó cuando vio lo que pasaba. También Maia contemplaba asombrada el pequeño sextante.

En el centro de su arañada y erosionada superficie, una ventanita en blanco había cobrado vida, quizá por primera vez en siglos. Parpadearon letras diminutas e imperfectas, a las que faltaban esquinas y bordes, hasta que se fijaron en un brillo constante.

...εη<⊕ητ<ατ | ⊕ que εζτα ⊕cu|τ⊕...

—¡Gran Madre de vida!

La exclamación hizo que ambas muchachas levantaran la cabeza del asombroso espectáculo. Todavía parpadeando por la sorpresa, Maia vio que el capitán

Poulandres y uno de sus oficiales se encontraban en la puerta, en lo alto del pasillo, observando con expresión aturdida.

El pensamiento inicial de Maia fue pragmático: *¿Cómo han podido ver el sextante desde tan lejos?*

—Yo... —Poulandres deglutió con dificultad— venía a decirles que las piratas quieren hablar. Dicen... —Sacudió la cabeza, incapaz de concentrarse en su urgente mensaje—. Por Lysos y el mar, ¿cómo habéis conseguido hacer eso?

Maia comprendió que el capitán no podía ver las diminutas letras que brillaban en la cara del sextante. Debía de estar mirando otra cosa. Algo alto, y a su espalda. Juntas, como tiradas del mismo hilo, la dos gemelas se volvieron, y abrieron la boca al unísono.

Allí, cubriendo la enorme pared frontal del salón, había un inmenso entramado de líneas microscópicas sobre las que danzaban partículas multicolores, innumerables, más pequeñas que motas. Un espectáculo orgiástico y colorista de pautas que fluían en corrientes, remolinos, junglas de simulada estructura y confusión... caos y orden... muerte y vida...

A pesar de todas sus aventuras y de su experiencia, algunos aspectos del carácter están demasiado arraigados para que una cambie. Una vez más, fue Leie la primera en recuperarse para comentar con una voz seca y ronca, mirando de reojo a Maia:

—Uh. Eureka... ¿no?

El efecto fue aún más espectacular cuando, poco después, las piratas trataron de intimidar a los fugados cortando la luz. Ya no fluía energía a través de la sarta de bombillas eléctricas. Sin embargo, los miembros de la tripulación del *Manitú* que no estaban de guardia se habían reunido a esas alturas en la antigua celda de Renna, bajo la tormenta de formas de colores que giraban lentamente sobre la «Pared de Vid», como la llamaban. Los hombres permanecían sentados en grupos, o arrodillados ante la muestra, abriendo sus preciados libros de referencia, pasando páginas bajo el suave brillo multiespectral, y discutiendo. Aunque habían confirmado que las dieciocho pautas simples formaban parte de aquel particular pseudomundo, ni siquiera el jugador más experto era capaz de encontrarle un sentido al panorama de formas giratorias.

—Es magia —concluyó el cocinero jefe, asombrado.

—No, no es magia —replicó el médico de a bordo—. Es mucho más.. *Es matemática* .

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó un joven alférez al que Maia había conocido en el *Manitú*, hablando con acento de clan superior y tratando de parecer hastiado—. Las dos cosas son sistemas de símbolos. Te hipnotizan con abstracciones.

El viejo médico sacudió la cabeza.

—No, muchacho, te equivocas. Como el arte y la política, la magia consiste en persuadir a los demás para que vean lo que tú quieres que vean, haciendo encantamientos y agitando los brazos. Siempre se basa en la idea de que la *fuerza de voluntad* del mago es más fuerte que la naturaleza.

Los colores del techo dibujaron reflejos móviles en la calva del viejo cuando éste se rió a carcajadas.

—¡Pero a la naturaleza le importa un bledo la fuerza de voluntad de nadie! La naturaleza es demasiado fuerte para ser doblegada, y demasiado justa para caer en favoritismos. Es tan cruel e implacable con un clan materno como con el más bajo var. Sus reglas se aplican a todo el mundo. —Sacudió la cabeza, suspirando—. Y ama profundamente las matemáticas.

Contemplaron en silencio las asombrosas figuras giratorias. Finalmente, el joven alférez se quejó enfadado.

—¡Pero los hombres no son buenos matemáticos!

—Eso nos han dicho —respondió el médico con voz grave—. Eso nos han dicho.

Oyendo la conversación, Maia comprendió que los tripulantes le serían de escasa ayuda. Como ella, carecían de formación en las elevadas artes en las que debía basarse aquel prodigio. Su amado juego estaba bien, pero las sencillas simulaciones de Vida que jugaban en los barcos y santuarios modernos no eran más que trucos secretos acumulados e intuición. Era como un cuenco de agua en comparación con el gran mar que tenían delante. Ella había intentado mirar los puntos individuales, para descifrar las reglas del juego posición a posición. Al principio creyó poder distinguir un total de nueve colores, que respondían cuatro veces tan poderosamente a los vecinos más cercanos como a los siguientes, y así sucesivamente. Luego miró con más atención, y advirtió que cada punto estaba formado por una masa de manchas más pequeñas, cada una interactuando con las que la rodeaban. A distancia, la combinación producía la ilusión de ser una mancha sólida.

—Maia... —Era la voz de Leie, acompañada de un golpecito en su hombro. Se dio la vuelta. Su hermana señaló el fondo del salón, donde un mensajero corría velozmente escaleras abajo. Era un riesgo, dada la iluminación siempre cambiante. El grumete llegó sin aliento. Sólo tenía tres palabras para Maia.

—Ya vienen, señora.

No fue fácil apartarse de la deslumbrante pared. Estaba segura de que sería más útil allí. Pero después de varios intentos, las saqueadoras enviaban por fin una delegación. Poulandres insistió en que Maia se uniera a él para hablar en nombre de los fugados.

—¿Por qué no lo haces tú mismo? —había preguntado antes, a lo que él había respondido enigmáticamente:

—Ningún viaje llega a puerto sin capitán. Ningún cargamento se vende sin propietaria. Es necesario.

Poulandres se reunió con ella en la puerta. Lentamente, en consideración a la cojera de ella, se acercaron a la esquina estratégica. Los colores cambiantes los siguieron y Maia no dejaba de mirar hacia atrás, como atraída por una fuerza palpable. Tuvo que hacer un esfuerzo para liberarse. Las perspectivas de tener éxito en la negociación no parecían buenas, y así se lo había dicho al oficial.

—Sí. Ningún bando puede atacar sin afrontar graves pérdidas. Por ahora, estamos en tablas, pero nosotros nos encontramos atascados en un callejón sin salida. Con el tiempo suficiente, podrán superarnos de varias formas.

—Así que es una sentencia de muerte. ¿De qué tenemos que hablar, entonces?

—De muchas cosas, muchacha. Las piratas saben que pasa algo ahí abajo. No nos atacarán hasta que lo hayan intentado primero con la persuasión.

Maia y el capitán encontraron al navegante del barco en la esquina, con el rifle, atento a un leve resplandor que dejaba entrever el lejano tramo de escaleras. Las saqueadoras conservaban aquella luz para poder detectar cualquier ataque efectuado por los hombres. Por otra parte, una carga por sorpresa en la oscuridad podría costarles su ventaja en armas, número y posición. El callejón sin salida se sostenía, por ahora.

Dos leves manchas se destacaron contra la distante penumbra. Incluso al máximo de su adaptación a la oscuridad, los ojos de Maia tardaron algún tiempo en discernir dos siluetas femeninas que se acercaban a buen ritmo.

—¿Preparada? —preguntó Poulandres. Maia asintió, reacia, y ambos se pusieron en marcha mientras el navegante los cubría con el rifle. Ahora que era cuestión de proteger a sus camaradas, ella estaba segura de que el oficial podría sobreponerse a sus reparos, si era necesario. Al otro lado, las tiradoras sin duda apuntaban más allá de sus emisarias.

Las difusas siluetas cobraron forma, convirtiéndose en brazos, piernas, cabezas, rostros. Maia a punto estuvo de detenerse en seco cuando reconoció a Baltha. La otra delegada era la mano derecha de la líder pirata, Togay.

Maia tragó saliva y consiguió seguir caminando, medio paso detrás del capitán, a su derecha.

Los dos grupos se detuvieron a varios metros de distancia. Baltha sacudió la cabeza, un roce de pelo corto y rubio.

—Bien. ¿Qué demonios pensáis que estáis haciendo? —preguntó.

—No mucho —replicó Poulandres con desgana—. Permanecer con vida, sobre todo. Durante un tiempo.

—Durante un tiempo, sí. Todavía seguís aquí, así que no finjáis haber encontrado una salida secreta. ¿Qué te apetece, capitán? ¿Quieres que tus hombres mueran por el

fuego o por el agua?

Maia venció su boca seca.

—No creo que vayáis a usar nada de eso.

—¡Manténte apartada de esto, minucia! —replicó Baltha—. Nadie te ha preguntado nada.

Poulandres contestó en un tono tranquilo, grave y helado.

—Sé amable con nuestra propietaria adoptada.

Maia luchó contra su reacción natural, la de girarse y mirar al hombre, que hablaba como si aquello fuera una negociación sobre un cargamento en disputa. Claramente, su finta tenía por objetivo conmocionar a sus enemigas.

.¿Ésta? —preguntó Baltha, señalando a Maia, tan incrédula como Poulandres pudiera haber deseado—. ¿Esta basura veraniega única? Es aún más inútil que su hermana muerta.

—Baltha, usa los ojos —dijo Maia tranquilamente—. No estoy muerta del todo. Y por cierto, ¿desde cuando una robamierdas como tú se dedica a poner motes a las demás?

.¿Robamierdas...? —Atragantándose con la palabra, Baltha se detuvo bruscamente y la miró. Avanzó involuntariamente y jadeó—. ¿Tú?

El placer pudo más que la reserva de Maia.

—Siempre tan rápida aprendiendo, Baltha. Enhorabuena.

—Pero vi cómo volabas...

—¿Volvemos al tema que nos ocupa? —interrumpió el capitán Poulandres, en el momento más apropiado—. Cada bando tiene ciertas necesidades urgentes, y otras a las que cabe renunciar. Yo, por ejemplo, tengo una necesidad personal de ver cómo os cargan de cadenas y acabáis trabajando como lúgars en la granja de rehabilitación de un templo. Pero admito que es más prioritario, pongamos por caso, salir de este lío con todos mis hombres vivos —sonrió sin ganas—. Dime, ¿qué es lo que vosotras más deseáis, y a qué renunciaríais por conseguirlo?

Baltha siguió mirando a Maia. Por eso fue la otra mujer la que respondió con un claro acento de la costa de Méchant.

—Queremos al Exterior. No renunciaremos a su recuperación. Todo lo demás es negociable.

—Mm. Tendría que haber garantías, por supuesto.

—Por supuesto. —La mujer parecía acostumbrada a regatear—. Quizás a cambio de...

Baltha se sacudió visiblemente la perplejidad que le causaba la presencia de Maia. La var interrumpió ácidamente.

—Esto es una locura. Si supieran dónde está el alienígena, lo seguirían. Veo tu farol, capitán. No tienes nada con lo que negociar.

El marinero se encogió de hombros.

—Echa un vistazo detrás de nosotros. ¿Ves esa extraña luz? Incluso desde aquí, te darás cuenta de que hemos conseguido más que vosotras en casi dos días de búsqueda.

Baltha miró por encima de sus hombros y contempló los leves reflejos multicolores sobre la lejana pared. La frustración se dibujó en sus duros rasgos.

—Ayudadnos a recuperarlo, y os dejaremos vivir, y también el *Manitú*, cuando zarpeamos.

Poulandres se mordió el labio inferior. Entonces, para sorpresa de Maia, asintió.

—Eso estaría bien... si creyéramos que podemos confiar en vosotras. Se lo diré a los hombres. Mientras tanto, un gesto de buena voluntad sería volver a conectar la luz. Dentro de un rato hablaremos de comida y agua. ¿Te parece bien por ahora, Maia?

.¡Y un cuerno!, pensó ella. Sin embargo, contestó con un breve ademán. Sin duda, el capitán se limitaba a ganar tiempo.

Baltha hizo una mueca y se dispuso a responder, pero la otra mujer se lo impidió.

—Hablares entre nosotras y os enviaremos noticias dentro de una hora.

Las dos piratas se dieron la vuelta y se marcharon. Baltha lanzó una mirada envenenada por encima de su hombro cuando Maia y Poulandres empezaron a volver sobre sus pasos.

—¿De verdad estás dispuesto a entregar a Renna? —le preguntó Maia al hombre en voz baja.

—Eres una var. No sabes lo que representa que tantas vidas dependan de ti... — Poulandres hizo una pausa de varios segundos—. No pretendo cumplir ese trato endiablado, si puedo evitarlo. Pero no te lo tomes como una promesa, Maia. Por eso tenías que venir a este encuentro, para que lo supieras. Protege tus propios intereses. No siempre tienen por qué coincidir con los nuestros.

.El honor de los marinos, pensó Maia..*Está obligado a advertirme de que más tarde tal vez tenga que volverse en mi contra. Es un código extraño .*

—Sabes que no pueden permitirse dejaros marchar —dijo—. Habéis visto demasiado. No pueden dejar que se conozcan sus identidades.

—Eso también depende —dijo Poulandres críticamente—. Ahora mismo, lo importante es que hemos ganado un poco de tiempo.

.¿Pero qué pasará cuando no quede tiempo? ¿Cuando a las saqueadoras se les acabe la paciencia? «Fuego o agu», ha dicho Baltha. Y si eso no funciona, si no pueden vencernos ellas solas, no descarto que busquen ayuda. Tal vez incluso recurran a sus enemigas .

No era descabellado imaginar a la banda llegando a un acuerdo con sus opuestas políticas, las Perkinitas, a cambio de lo que hiciera falta para destruir la ciudadela

rocosa. En el fondo, ambos extremos tenían más en común de lo que parecía.

Los oscuros rasgos del joven navegante se relajaron de alivio cuando doblaron la esquina y volvió a poner el seguro al arma. Leie abrazó a Maia; ésta sintió que sus hombros se relajaban, la feroz tensión que no había notado hasta el momento cedía.

—Vamos —le dijo Maia a su gemela—. Volvamos al trabajo.

Pero fue difícil concentrarse al principio cuando Maia se plantó de nuevo ante el enorme atril de piedra, mirando alternativamente el pequeño sextante y la enorme y siempre cambiante pared. Su misión era encontrar un milagro, alguna pista para seguir a Renna fuera de aquel lugar. Sin embargo, la oferta de Baltha y la preocupante respuesta de Poulandres la enervaban. Suponiendo que lograra resolver el problema, ¿conseguiría eso tan sólo condenar a Renna, y demostrar al final ser inútil para todos los demás?

Pronto, el fascinante panorama de pautas siempre cambiantes venció su resistencia, atrayéndola. Tanto, que apenas se dio cuenta cuando la hilera de mortecinas bombillas volvió a cobrar vida al fondo de la sala, prueba de que las saqueadoras consideraban al menos la posibilidad de mantener nuevas discusiones.

Fue Leie quien consiguió el siguiente logro, cuando descubrió que el sextante podía ser empleado para cambiar la escena de la pared. Jugando con los diales graduados, que Maia normalmente usaba para leer los ángulos relativos de las estrellas, Leie giró uno mientras la pequeña herramienta estaba conectada al enchufe de datos. ¡De inmediato las pautas cambiaron, a izquierda y a derecha! Se movieron hacia arriba cuando giró la otra rueda, desapareciendo por la parte superior de la pantalla a medida que nuevas formas aparecían por abajo.

—¡Impresionante! —comentó Maia, probándolo ella misma. Aquello confirmaba lo que ya sospechaba: que la gran pared-pantalla era sólo una ventana hacia algo mucho más grande, un reino simulado que se extendía mucho más allá de los bordes rectangulares que tenían delante. Sus límites teóricos podían estar a cientos de metros figurados más allá de aquella sala. Quizá no tuviera límite.

Sus ojos seguían buscando analogías entre las pautas giratorias. En un momento dado eran dedos peludos entrelazados. Al siguiente, chocaban como olas espumosas contra una orilla. Configuraciones convulsas se rebullían sin detenerse en los bordes de la pantalla. Al girar una pequeña rueda del sextante, las humanas podían seguirlas, pero sólo en abstracto, como observadoras. Únicamente las propias formas conocían la auténtica libertad. Parecían no tener necesidades, no temer ninguna amenaza, no admitir ninguna limitación física. Aquella idea producía a Maia una sensación de libertad inenarrable, que envidiaba.

¿Se cambió de algún modo Renna a sí mismo?, se preguntó. ¿Conocía una forma secreta de unirse al mundo de ahí dentro, dejando atrás éste de roca y carne? Era una idea fantástica. ¿Pero quién sabía qué poderes había desarrollado el Phylum

durante los milenios transcurridos desde que las Fundadoras establecieron un mundo de estabilidad pastoral en Stratos, apartándose de la «locur». de una era científica?

Impulsivamente, Maia intentó pulsar los botones que habían encontrado antes en el enorme podio, cerca de los pequeños agujeros. Pero demostraron ser tan inútiles como antes. Quizá controlaban realmente algo tan corriente como las luces de la sala.

Entonces Leie hizo otro descubrimiento. Doblando uno de los brazos del sextante consiguió otro tipo de movimiento simulado. Varios de los hombres que estaba observando, transfigurados, gimieron de asombro cuando el punto de vista compartido pareció de repente saltar hacia delante, dejando atrás los simulacros de primer término, abriéndose paso entre objetos tan intangibles como nubes.

Maia también lo sintió. Una oleada de vértigo, como si todos cayeran juntos a través de un cielo infinito.

Jadeando momentáneamente, tuvo que apartar la mirada y descubrió que con las manos se aferraba al atril de piedra. Una mirada a los otros le demostró que no era la única. Los anteriores logros habían sido sorprendentes, pero no tanto como éste. Nunca había oído hablar de una simulación de vida en tres dimensiones. La velocidad de la «caída». pareció aumentar. Formas que habían dominado la escena se ampliaron, revelando detalles de sus estructuras convulsas. Las centrales se dirigieron hacia fuera y las de los bordes desaparecieron.

La sensación de caída era una ilusión, naturalmente, y con un poco de concentración Maia pudo hacer que se evaporara en un súbito reajuste mental. Moverse «hacia delante». pareció ser ahora un ejercicio para explorar *detalles*. Los objetos centrados ante ellas se sometían a escrutinio, revelando sus estructuras internas cada vez más y más finas. No parecía haber límite a lo minuciosamente que podía ser explorada una formación.

—Para... —Maia tragó saliva con dificultad—. Leie, para. Vuelve atrás.

Su hermana se volvió y le sonrió.

—¿No es magnífico? ¡Jamás imaginé que los hombres tuvieran estas cosas! ¿Has dicho algo?

—¡He dicho que pares y vuelvas atrás!

—No tengas miedo, Maia. Como me has explicado, es sólo una simulación...

—¡No tengo miedo! Invierte los controles y vuelve atrás. ¡Y hazlo ahora mismo!

Leie alzó las cejas.

—Como tú digas, Maia. Invertiendo el rumbo.

Dejó de empujar y empezó a tirar suavemente del pequeño brazo de metal. La apariencia de zambullida hacia delante frenó, se detuvo y empezó a retirarse. Ahora las pautas retrocedieron hacia un punto central mientras objetos más y más brillantes y complejos aparecían en la periferia. La sensación visceral fue de apartarse, de subir, de forma que cada segundo que pasaba implicaba que conseguían un punto de vista

más amplio, más digno de dioses.

Fue una sensación brevemente gloriosa; Maia imaginaba que volar debía de ser así. Aún más, experimentó una sensación de renovado contacto con Renna, aunque sólo fuera por compartir esta cosa que él debía de haber probado antes.

Al mismo tiempo, otra parte de ella se sentía abrumada. Renna le había explicado que el Juego de la Vida era uno de los más simples entre una vasta familia de sistemas generadores de pautas llamados «autómatas celulare».. Cuando la gran pared se encendió por primera vez, Maia albergó la esperanza de que los marineros y sus libros pudieran ayudar a resolver aquel «ecosistem». muchísimo más complejo, a pesar de que ninguno de ellos era sabio. Pero si los hombres se encontraban tan aturridos como ella por la antigua complicación, la suma de una tercera dimensión acababa con todas las esperanzas de hacer un análisis fácil.

En el fondo de su corazón, Maia estaba segura de que había reglas comprensibles. Algo en las pautas (sus giros y piruetas, divergentes aunque extrañamente repetitivos) requería intuición..*Podría resolverlo si tuviera el tablero de juego computerizado para trabajar, en vez de este rudimentario sextante, y muchas horas que pasar aquí a solas, como tuvo Renna. Y algo de sus conocimientos matemáticos .*

Por desgracia, en su lista el déficit superaba los activos. Frustrada, dio un golpe a la mesa que sacudió la pequeña herramienta.

—¡Eh! —gritó Leie, y siguió quejándose de que no era fácil manejar el aparato para que no acabara todo convertido en un enorme borrón. Las ruedas y brazos del sextante eran viejos, estaban flojos, y necesitaban una simple reparación mecánica. Alguien había dejado que la pobre máquina se echara a perder, insinuó Leie por encima del hombro.

.Lo milagroso es que todavía funcione, pensó Maia.

Al principio, le sorprendió la coincidencia de que su viejo utensilio de navegación de segunda mano pudiera ser empleado de esa forma. Pero claro, muchos de los instrumentos que había visto a bordo poseían diminutas pantallas en blanco. En la antigüedad debía de ser costumbre conectar con frecuencia con la Vieja Red... aunque Maia dudaba que espectaculares paredes de maravillas como aquélla fuesen comunes, incluso antes de la Gran Defensa. O de la Fundación.

Se inclinó hacia delante. Algo había cambiado. Hasta ahora, las nuevas formas que entraban girando desde la periferia eran siempre vagamente similares a las pautas más pequeñas que desaparecían por el centro. Pero ahora, dedos de negrura aparecían por los lados. Las formas parecían rodar cada vez más apretadas, y adquirirían el aspecto de gigantescas pelotas que flotaban hacia dentro como unidades diferenciadas y no como remolinos parecidos a nubes. Desde arriba y desde abajo, a izquierda y a derecha, aparecían cuerpos esferoides que rebotaban y se perdían uno tras otro mientras la pared frontal en conjunto se volvía más negra.

El último y más grande grupo de pelotas se convirtió en una entidad nueva: una gruesa plancha fosforescente.

La rebanada de color chillón pareció tensarse como una cuerda de arco desde la parte inferior derecha. Mientras seguían con la mirada su aparente ascensión, la plancha disminuyó de tamaño. Más membranas similares entraron en escena, conectándose para formar una *celdilla* vibrante de muchos lados, como la de un tembloroso panal de miel. Más celdillas aparecieron para unirse en un conglomerado espumoso de color iridiscente.

Leie sudaba mientras tiraba con suavidad del diminuto brazo. Maia se inclinó hacia delante para ver la masa difuminarse y desaparecer en un instante.

La pared se convirtió en un vacío terrible.

—¡Oh! —gruñó la gemela de Maia, desazonada, sus rasgos brillando a la leve luz de las bombillas eléctricas—. ¿Lo he roto?

—No —le aseguró Maia—. La pared ya estaba así antes. La máquina sigue conectada. Continúa.

—¿Estás segura? Puedo volver atrás.

—Continúa —repitió Maia, esta vez con firmeza.

—Bueno, iré un poco más rápido, entonces —dijo Leie. Antes de que Maia pudiera responder, tiró con más fuerza del pequeño brazo. La negrura duró otra fracción de segundo, lo suficiente para que un enjambre de puntitos chispeará a la vista. ¡De pronto, todos los colores volvieron! Una vez más, el punto de vista simulado retrocedió, mientras oleadas de convulso brillo irisado aparecían en los bordes. Todo esto sucedió en el tiempo que Maia tardó en gritar:

—¡No! ¡Alto!

El movimiento cesó, excepto la lenta danza de las pautas y de sus partículas constituyentes, que se mezclaban y separaban como volutas de humo.

—¿Qué? —inquirió Leie, volviéndose para mirar a su hermana—. Vuelve a funcionar...

—Nunca ha dejado de funcionar. Vuelve atrás —insistió Maia, reprimiendo el impaciente impulso de apartar a su hermana y manejar la máquina ella misma. La coordinación de Leie, algo mejor, podría constituir toda la diferencia—. Vuelve a la parte negra.

Con un suspiro, Leie se dio la vuelta y empujó delicadamente la diminuta palanca. Una vez más, experimentaron la sensación de zambullida hacia delante, hacia abajo... de hacerse más pequeñas mientras todo a su alrededor crecía y se precipitaba hacia fuera.

La negrura regresó con un destello, y desapareció de nuevo, aún más rápidamente que la primera vez. Ya la habían cruzado y se encontraban entre los panales de espuma centelleante antes de que Leie pudiera detener el movimiento de su mano.

—¡No es fácil, maldición! —se quejó—. Las palancas se mueven a sacudidas. Yo nunca permitiría que una máquina llegara a un estado semejante.

Maia casi replicó que *Leie* nunca había tenido que cargar con el diminuto aparato mientras montaba a caballo, en trenes, barcos, mientras se ahogaba, la golpeaban, escalaba acantilados y luchaba por su vida... Pero lo dejó estar mientras *Leie* se inclinaba sobre la herramienta, intentando tirar del brazo poco a poco. Como antes, las estructuras celulares se convirtieron en espuma y luego se perdieron en la negrura, una negrura que no variaba, salvo por algún ocasional borrón que cruzaba la escena demasiado rápido para poder seguirlo.

—¿Te importa... decirme... qué estamos buscando? —gruñó *Leie*.

—Tú sigue —instó Maia. Notaba la confusión de los hombres que la rodeaban. Sorprendidos por la desaparición de las pautas giratorias, pero asombrados por su apasionamiento, avanzaron y se quedaron mirando la pared en blanco como si se asomaran a una espesa niebla en busca del milagro de la luz de una bahía. Su compañía fue bienvenida, sobre todo cuando uno de ellos exclamó:

—¡Alto!

Lo hizo antes de que Maia pudiera articular palabra. Esta vez, *Leie* reaccionó con rapidez. La zona de luz que el hombre había advertido todavía seguía en la esquina superior izquierda. A primera vista, era casi totalmente blanca, aunque tenía puntitos azules y anaranjados. *Leie* pasó a las ruedas medidoras, que controlaban el movimiento lateral. Girándolas con suavidad, centró el objeto.

Era una brillante forma parecida a un molinete. Un «cicló», según dijo un marinero. Un huracán, o un remolino, sugirieron otros.

Pero Maia sabía que no. El viejo Bennett la habría identificado nada más verla. Renna la percibiría como una amiga y una señal.

Contempló asombrada la majestuosa forma que cubría la pared frontal: una rueda galáctica, el esplendor de su espiral lleno de brillantes estrellas.

...ε | τικμρ⊕ η⊕ εζρεγα
ε | ραριϒηο δε ηαδιε...

El capitán Poulandres la mandó llamar. Había otro parlamento con las enemigas. La cortante respuesta de Maia, transmitida por el grumete, sugirió irritada que el capitán escogiera a otra persona.

—¡Necesito tiempo! —gritó por encima del hombro cuando Poulandres vino en persona—. La última vez fui para que me vieran. ¡Todo lo que pido es que nos consigas más tiempo!

Maia apenas oyó su murmurada promesa de intentarlo.

—Y envíame a tu navegante, ¿quieres? —añadió, llamándolo cuando ya se marchaba—. ¡Nos vendrá bien la ayuda de un profesional!

Relevado de la guardia con el rifle, el joven oficial llegó cuando Leie y Maia consiguieron retroceder desde la nebulosa en espiral, revelando su inclusión en un puñado de brillantes galaxias. Y ese puñado demostró no ser más que una resplandeciente onda en un sinuoso arco que se extendía a través del vacío, titilando como una aurora cósmica. El navegante soltó una exclamación al ver la maravillosa imagen.

Maia reconoció que era todo un espectáculo, ¿pero qué significaba? ¿Era una pista hacia el camino que Renna había emprendido? Tenía que dar por entendido que sí, puesto que nada más en el enorme juego-simulación parecía tener el menor sentido. ¿Se suponía que tenían que encontrar un destino concreto en aquel macrocosmos, e «i». allí? ¿O eran aquellas convulsas entidades indicadores de otra clase?

Los problemas concretos lastraban el progreso en muchos sentidos. Manejar los controles era como intentar pilotar una barcaza de carbón por un canal estrecho y retorcido, toda una prueba de arranques, pausas y ajustes.

La inercia y los fallos mecánicos seguían ampliando demasiado la imagen para luego reducirla excesivamente.

Más aún; Maia no tardó en darse cuenta de que nadie, ni siquiera el navegante, tenía idea de dónde «estaba»..

—No usamos las galaxias para guiarnos en el mar —empezó a explicar—. Son demasiado difusas y hace falta un telescopio para verlas. Pero si pudierais mostrarme *estrellas*...

Incapaz de contener su frustración, Maia murmuró:

—¿Quieres estrellas? ¡Te mostraré las malditas estrellas!

Cogió los controles y, de un tirón, centró el punto de mira directamente en una de las ruedas galácticas, que se abalanzó hacia fuera a terrible velocidad, haciendo que algunos de los hombres que la contemplaban gimieran. De repente, la pared se llenó de agudos puntitos individuales que se extendieron para llenar el cielo artificial de

constelaciones. .

¿Pero qué constelaciones? Entre las pautas que acudieron a su mente, no apareció ninguna amiga familiar.

Ningún indicador bien conocido señalaba la longitud, la latitud y la estación al ojo entrenado.

—Oh —murmuró el navegante lentamente—. Ya veo. Serían diferentes, dependiendo de... la forma en que miráramos y desde dónde... —Hizo una pausa, debatiéndose con las nuevas ideas que implicaba lo que mostraba la pared—. Probablemente no es ni siquiera nuestra galaxia, ¿verdad?

—¡Magnífica observación! —replicó Leie, mientras la irritación de la propia Maia se convertía en conmiseración. Aquellos conceptos eran probablemente difíciles de entender para un hombre enraizado en las artes tradicionales.

—No sabemos si alguna de esas galaxias es la nuestra —comentó—. Puede que todas sean modelos artificiales, surgidos de un juego complicado, sin nada que ver con el universo real. Ojalá no sea así, si queremos conseguir algo. Vuelve atrás, Leie. Tenemos que intentar hallar algo familiar.

Mientras el paisaje estelar retrocedía para ocupar su lugar una vez más entre los demás, Maia supo que la búsqueda podía resultar imposible. El único objeto intergaláctico que tenía alguna esperanza de reconocer era Andrómeda, la vecina más cercana de la Vía Láctea. ¿Qué posibilidades había de dar con esa espiral en concreto, desde el ángulo adecuado, por larga que fuera la búsqueda?

.Todo esto suponiendo que mi corazonada sea cierta... que maniobrar dentro de esta curiosa realidad fingida tenga algo que ver con la forma en que escapó Renna .

Si era así, a él debía de haberle sido mucho más fácil. El Visitante podía programar su tablero de juego para buscar características específicas de la Vía Láctea. Una forma de los brazos de la espiral, o tal vez incluso un perfil de color. Una vez programada, la máquina haría el resto.

.Mientras que yo no tengo un tablero. Ni sus conocimientos. Ni la menor idea de la relación de todo esto con su huida de las piratas .

—¿Lo mueves girando ese pequeño sextante? —preguntó el navegante mientras se inclinaba para ver cómo Leie manejaba delicadamente los diminutos y recalcitrantes controles—. ¿Tiene que ser éste?

—No lo creo. No tiene nada de particular, excepto una conexión de datos.

—Muchos de los antiguos la tienen. Si lo hubiera sabido, habría convencido a una saqueadora para que trajera el mío del *Manitú*. Es más grande, y está mejor conservado.

Maia hizo una mueca. Todo el mundo parecía pensar que trataba mal sus herramientas.

—¿Qué es lo que dice aquí, en la ventana de datos? —continuó él—. ¿Son una

especie de coordenadas?

—No —replicó Leie, sin volverse—. Frases enigmáticas, principalmente. Cosas de religión. El Acertijo de Lysos.

Toda su atención estaba centrada en manejar los controles mientras Maia observaba cuidadosamente el avance de los grupos galácticos, que fluían de izquierda a derecha por la pared, buscando algo familiar. Ausente, Maia corrigió a su hermana:

—Es lo que parecen ser. En realidad, creo que son órdenes. Las condiciones de inicio para la partida que se jugaba aquí.

—Mm —comentó el navegante—. Pues me habrían engañado. Habría jurado que eran coordenadas.

Maia se volvió y lo miró.

—¿Qué?

Él tenía la barbilla sobre la parte superior del atril, junto al pequeño aparato, casi rozando la muñeca de Leie.

Señaló la fila de minúsculas letras rojas.

—Nunca he visto nada así escrito en un templo. Los números siguen cambiando a medida que ella toca los controles. Más bien parece...

—Déjame ver. —Maia intentó colocarse entre ambos.

—¡Eh! —se quejó Leie.

Amablemente, el joven se retiró para que Maia pudiera ver los cuatro grupos de símbolos que brillaban en la pequeña pantalla.

$$A \subseteq Q \oplus 41E+18 \quad -35E+14 \quad 69E+15$$

Aparte del primer enigmático grupo, los otros tres conjuntos de números se agitaban en un constante estado de cambio. Mientras Maia observaba, el «4» pasó a ser un «4», y luego brevemente un «4». antes de ser de nuevo un «4». Maia miró a Leie.

—¿Estás moviendo algo?

—No, lo juro. —Leie mostró ambas manos.

—Bien, continúa. Empuja un poco, despacio.

Leie se inclinó para agarrar con dos dedos una de las ruedas medidoras. De inmediato, el segundo grupo empezó a difuminarse.

—¡Alto! —exclamó Maia.

Los números bailaron, y luego se fijaron en el valor $12E+18$.

—Otra vez. Sigue así.

Maia se levantó, y contempló la pantalla mientras Leie continuaba. Las galaxias pasaron de izquierda a derecha a gran velocidad. Sólo uno de los grupos de números de la ventanita parecía afectado por ello. La «» brillaba invariable, pero Maia vio cómo el «+» se convertía en «+»... y al final en «+»..

—Tienes razón —le dijo al navegante—. Son coordenadas. Me pregunto por qué

han reemplazado lo que había escrito antes. —Se volvió hacia el otro lado—. Leie, intentemos bajar a cero...

Sus palabras fueron interrumpidas por ondas de choque que reverberaron por toda la sala. Los ecos de estampidas se extendieron desde la entrada. Esta vez, no se trataba de un solo tiro de aviso, sino de una rápida serie de descargas seguidas de gritos. Los hombres que observaban la pantalla desde sus bancos se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia la puerta, dispuestos a ayudar a sus camaradas de guardia en el pasillo. El navegante vaciló sólo un segundo antes de tomar la misma decisión y unirse al grupo.

Leie miró a Maia.

—Iré yo.

Maia sacudió la cabeza.

—No, debo ser yo. Pero si logran superarnos...

—Romperé el sextante —prometió Leie.

—¡Mientras tanto, reduce los números tanto como puedas! —gritó Maia mientras seguía a los hombres, cojeando. La rodilla se le había hinchado y le dolía más que nunca. Tras ella, el modelo del universo continuó su difusa carrera a lo largo de la pared.

Los marineros se apretujaban cerca de la esquina del pasillo. Los disparos habían cesado cuando ella llegó, y la conversación de los varones indicaba consternación y miedo; no un combate inminente. Maia tuvo que abrirse paso a codazos entre el fuerte olor a hombre. Cuando llegó a primera fila se quedó con la boca abierta. El médico del barco estaba arrodillado junto a la forma postrada del primer oficial del *Manitú*, intentando detener los borbotones de sangre que escapaban de una herida. Un cuchillo manchado de escarlata yacía en el suelo, muy cerca. No había rastro del capitán Poulandres.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al alférez con el que había hablado antes. El joven parecía inquieto y estaba tan pálido como el herido.

—Era una trampa, señora. O tal vez las saqueadoras se han vuelto locas. Oímos muchos gritos. El capitán intentó calmarlas, pero pudimos ver que lo acusaban de algo. Una de ellas sacó un cuchillo mientras otra la emprendía a patadas con el capitán —gimió al recordar—. Se lo llevaron a rastras mientras nos disparaban desde ese lado, impidiéndonos intervenir.

.Maldición, pensó Maia, conteniendo su natural impulso de conmiseración por el pobre Poulandres. ¡Contaba con que consiguiera tiempo, no con que provocara una guerra abierta! ¿Qué quedaba ahora, prepararse para el ataque con el que había amenazado Baltha?

El primer oficial murmuraba algo al médico. Maia se agachó para poder oírlo.

—... dijo que debíamos haber ayudado a las rads... El capitán no dejaba de

preguntar cómo... ¿Cómo y por qué ayudaríamos a un puñado de únicas a hacerse con *nuestro* barco? Pero no quisieron escuchar...

Maia sintió un doloroso pinchazo en la rodilla herida cuando se apoyó en el suelo, junto al oficial.

—¿Qué has dicho? ¿Quieres decir que el *Manitú* se ha...?

—Ido... —Suspiró el marinero—. No dijeron cómo. Pero cogieron al capitán y... —Puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Tras un momento de aturrido silencio los hombres empezaron a discutir, muchos de ellos sacudiendo la cabeza con la irremediable pasividad de la desesperación.

—No veo otra posibilidad. ¡Tenemos que rendirnos!

—El capitán la cagó con algo que dijo. Deberíamos enviar otra delegación...

—¡Vendrán y nos cortarán en pedazos!

Alguien ayudó a Maia a incorporarse. De repente, pareció que todo el mundo la miraba.

.Sólo porque os ayudé a salir de la cárcel, y os metí en un lío aún mayor, eso no me convierte en una líder, pensó cáusticamente, viendo el incipiente pánico en los ojos dilatados de los hombres. Privados de sus oficiales de rango, recurrían a las viejas costumbres de la infancia, buscando una figura autoritaria de mujer. La época del año no los ayudaba. «Indeciso como un hombre en invierno», decía un refrán. Sin embargo, Maia sabía que las estaciones por sí solas no eran decisivas. La tripulación podía plantar cara, si alguien mantenía a los hombres ocupados y aumentaba en ellos la necesidad de pasar a la acción. Vio a un veterano contraamaestre junto al rincón, empuñando el rifle automático.

—¿Puedes encargarte de esta situación? —preguntó.

El veterano marinero asintió, sombrío.

—Sí, señora. Supongo. Sólo quedan la mitad de las balas, pero puedo esperar y hacer que cuenten.

Esa fiera declaración ayudó a cambiar un poco el estado de ánimo. Otros varones murmuraron que estaban de acuerdo. Maia asomó la cabeza a la esquina y contempló los oscuros pasillos.

—Hay un montón de basura y escombros en las habitaciones cercanas. Los más rápidos de vosotros podrían correr de una a otra, bien rápido para que ellas puedan distinguiros en la oscuridad, y lanzarlo todo al salón principal. Si no conseguimos levantar una barricada, al menos la basura servirá para refrenar una carga.

El alférez asintió.

—Buscaremos tablas y piedras... cosas que usar como armas.

—Bien. —Maia se volvió hacia el doctor—. ¿Qué podemos hacer, en caso de que usen humo?

El anciano se encogió de hombros.

—Rasgar trozos de tela, supongo. Humedecerlas con...

Un agudo grito a sus espaldas los interrumpió. Era la voz de Leie, que resonaba incluso aquí.

—¡Maia! ¡Ven a ver esto!

Dividida entre sus deberes en conflicto, Maia se mordió los labios. Si los hombres se venían abajo ahora, se rendirían o incluso algo peor en cuanto las saqueadoras decidieran atacar. Por otro lado, ni siquiera una tenaz resistencia serviría de mucho a la larga, a menos que se encontrase una solución definitiva. Y la esperanza para eso se encontraba al fondo del pasillo.

—Como oficial de rango, debería quedarme —le dijo el navegante, y Maia supo que tenía razón, según las normas. Pero las presentes circunstancias no eran normales.

—Por favor —instó—. Te necesitamos abajo. —Se volvió hacia el joven alférez—. ¿Pueden confiar en ti tu cofradía y tus compañeros?

El joven apenas era un año mayor que Maia. Sin embargo, se irguió y cuadró los hombros.

—Sí —respondió, y pareció tan aliviado como Maia al oír las palabras—. ¡Cuenta con ello! —dijo con determinación, y se volvió para encararse a los hombres. Unas breves órdenes complementaron las sugerencias de Maia.

—Muy bien —dijo el navegante, tranquilizado—. Pero démonos prisa.

Cuando se dieron la vuelta para recorrer el pasillo, Maia estuvo a punto de caerse, ya que su pierna izquierda amenazaba con ceder. El joven oficial la rodeó con un brazo, y la ayudó a avanzar cojeando hacia la sala que contenía la pared milagrosa. Tras ellos, sonidos de rápida y organizada actividad sustituyeron lo que, sólo unos momentos antes, había estado a punto de degenerar en pánico total. Durante el breve trayecto, Maia reflexionó.

.Algo le ha pasado al Manitú.. Algo que hizo que las saqueadoras se retractaran de su promesa a Poulandres .

¿Había mencionado el primer oficial que tenía algo que ver con las rads? ¿Habían escapado Thalla y las otras prisioneras? La posibilidad alegraba a Maia, pero de una forma seca y sin esperanzas, pues todo aquello que irritara aún más a las piratas de arriba sólo aumentaba la amenaza allí abajo. Maia reprimió sus inquietudes mientras dejaba que el navegante la ayudara a acercarse a la luz de las estrellas que podía entrever. Por un momento, la ilusión fue completa..*Como si la pantalla fuese sólo una gran abertura en la pared, deseó.Directo desde aquí a una noche de invierno.*

Al llegar a la puerta, su compañero y ella dejaron escapar una exclamación al mismo tiempo, en alegre reconocimiento. Ante ellos, esparcida en un parpadeante firmamento parecido a una gran mancha, se encontraba la nebulosa de múltiples tentáculos conocida como la Garra. Se fue haciendo más pequeña, poco a poco, hasta

que pautas familiares de estrellas se apiñaron a cada lado.

—¡Habéis tardado bastante! —los reprendió Leie mientras se acercaban—. Mira, no puedo reducirlo más.

Maia miró la diminuta ventana y vio que la pantalla había cambiado mucho. Los números a la derecha de cada letra «». estaban más próximos al cero.

$$A \subseteq Q \oplus -94E-1 \quad 13E+0 \quad -69E+1$$

—¡Es un sistema de coordenadas! —gritó el navegante—. Y tiene que estar centrado en Stratos. ¿No puedes reducir las más?

—Si eres tan listo, ¿por qué no lo intentas tú? —replicó Leie.

—Buena idea, Leie —asintió Maia—. Él ha trabajado con herramientas como ésta toda su vida. Adelante —le dijo al joven, que frunció el ceño, inseguro, mientras ocupaba el lugar de Leie. La hermana de Maia se desperezó, intentando ponerse derecha.

—Con cuidado, amigo —dijo—. Es delicado como...

Soltó un gritito cuando la escena cambió bruscamente. La imagen simulada de la oscura nebulosa se abalanzó hacia delante, cubrió la escena de nebrura, y luego se movió hacia un lado con una confusión que mareó brevemente a las dos hermanas.

Las cantidades de la pantalla aumentaron. Leie se rió, desdeñosa, y el joven hizo una mueca.

—Es un poco inseguro —comentó. Luego se inclinó, concentrándose—. Siempre puedo impedir que las ruedas se agiten si me retuerzo un poco mientras las giro. Eso reduce la vibración.

Las cantidades dejaron de aumentar y se redujeron. Las constelaciones, que habían empezado a agitarse por la alteración de la perspectiva, asumieron gradualmente formas que Maia conocía. La nebulosa Garra pasó de nuevo, situándose en su posición normal.

Entonces, desde la izquierda, un objeto entró en el campo de visión, tan grande y radiante que toda la sala se iluminó.

—¡Es nuestro sol! —exclamó el navegante. Un momento después, se quedó boquiabierto cuando otra entidad más pequeña apareció por la derecha. Su brusco y penetrante color blanco salpicado de azul apuñaló los ojos de Maia, provocándole un escalofrío que le recorrió toda la espalda. El efecto fue indudablemente menor que el que provocó en el joven teniente. Éste se tambaleó, cubriéndose los ojos con una mano, y gimió en voz baja:

—¡La Estrella Wengel!

La luz pasó ante ellos, atravesó la puerta abierta y salió al pasillo. No hubo ningún clamor, así que tal vez nadie se diera cuenta conscientemente. No obstante, Maia se preguntó si los restos de la indecisión invernal masculina habrían desaparecido bajo aquel brillo, para ser sustituidos por la certidumbre hormonal del

verano.

Era muy posible que la luz infundiera fuerzas a los hombres para lo que les aguardaba.

Maia contempló cómo la diminuta pantalla del sextante giraba rápidamente a medida que el navegante manipulaba los tres controles.

A ⊆ Q ⊕ -42E-0 17E-0 -12E-0

—Nos acercamos al límite de lo que puedo conseguir —gruñó, concentrándose en los brillantes dígitos. De repente, el sextante emitió un extraño sonido, un chasquido audible. Los diminutos números quedaron fijos y la pantalla parpadeó.

A ⊆ Q ⊕ 10E-0 10E-0 10E-0

Los números desaparecieron un instante. Cuando la pantalla volvió a iluminarse, los viejos símbolos fueron sustituidos por otros nuevos.

P ⊄ R ⊕ -1103.095 SIDERAL

—¿Qué significa...? —empezó a decir Leie, sólo para ser interrumpida por un grito del navegante.

—¡Eh! ¡Algo ha cambiado también en los controles!

—¿Qué quieres decir?

—La respuesta ahora es diferente. Los toco y las estrellas apenas cambian. Mirad.

Empujó una de las ruedas, y las constelaciones se movieron, pero sólo levemente. Un minuto antes, un giro semejante los habría hecho cruzar la galaxia. Maia contempló la pantalla del sextante, y vio que la nueva lectura no había cambiado nada. Comprendió rápidamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¡Es una prueba!

—¿Una qué?

Maia extendió los brazos.

—Una prueba. Hay que superar cada fase para llegar a la siguiente. Primero tuvimos que descubrir cómo conectar la máquina. Luego cómo encontrar un modelo de universo dentro del gran Juego de la Vida. El siguiente paso fue hallar nuestro propio sistema solar. Ahora debemos averiguar cómo maniobrar *dentro* del sistema.

No añadió que eran habilidades poco corrientes en Stratos. En cualquier momento podrían atravesar una barrera que superara sus limitadas habilidades.

El navegante respiraba con dificultad, a pesar de que mantenía la mano alzada para bloquear la cortante luz de la Estrella Wengel.

—Bueno, en ese caso... —dijo—. El siguiente paso debería ser fácil. Ambos conocemos estas estrellas. Ahora mismo estamos en el lejano Sol. Mediado el invierno. Así que Wengel está a un lado del Sol y queremos que esté en el opuesto. — Empezó a girar de nuevo el sextante.

—Déjame a mí —dijo Maia, advirtiendo que la luz lo había distraído. El

navegante retrocedió para permitirle acceder a los controles. Maia cogió su pequeña herramienta astronómica y dio unos cuantos giros de prueba. El diminuto compañero blanquiazul del Sol desapareció en los límites de la pantalla. El joven suspiró, medio aliviado, medio pesaroso.

Comenzaron a zambullirse directamente hacia la otra bola de fuego, más grande y familiar, que se abalanzó hacia fuera velozmente, una superficie rojiza cada vez más grande y detallada a cada segundo que pasaba. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maia cuando una sensación de abrumador movimiento la envolvió. El calor imaginario encendió sus mejillas mientras el Sol pasaba ardiendo por su derecha, lo bastante cerca como para que tuviera la sensación de que podía extender la mano y tocarlo. Leie jadeó.

Desapareció en un instante, perdido «tra». ellos. En el punto de más proximidad, Maia había advertido que el grado de detalle era bajo, como si la simulación nunca hubiera pretendido representar cada destello de la cromosfera de la estrella. Eso encajaba con su idea de que el universo contenido en el ordenador de pared no era una copia perfecta de la realidad.

Pero se parecía mucho. Como si hubieran sido liberadas de repente, las constelaciones surcaron los cielos simulados. *Hola, amigas*, las saludó Maia. Mientras buscaba las pautas conocidas del invierno, prestó atención al destello azul de un planeta, su mundo natal. Pronto todas las posiciones de las estrellas fueron las adecuadas.

Frenó el ritmo, giró, y ejecutó un barrido en espiral. Pero por mucho que buscara, ninguna canica azul aparecía ante ellos.

—No lo entiendo. Stratos debería estar por aquí.

Contemplaron juntos el cielo vacío. Maia oyó que un mensajero llegaba y le murmuraba a Leie que la tensa situación del pasillo se mantenía, pero que los signos de actividad al otro lado hacía que los hombres estuvieran preocupados y nerviosos. Era evidente que algo iba a suceder, y pronto.

Mientras tanto, Maia se debatía entre la frustración y el orgullo. Mucho tiempo atrás, al menos unas cuantas personas de su mundo estaban lo bastante familiarizadas con el vuelo espacial para simularlo y emplearlo en juegos y pruebas. Sin duda, de vez en cuando, incluso se aventuraban a salir... al menos para poder seguir haciéndolo. Eso significaba que Lysos nunca había insistido en que sus herederas estuvieran eternamente ancladas al suelo. Aquella innovación debía de haber sido posterior.

También el navegante parecía aturdido, frustrado. De pronto, señaló:

—¡Allí! ¡Un planeta! —Frunció el ceño—. Pero no es Stratos. Es Demeter.

Maia vio que tenía razón. El gigante gaseoso, miembro dominante del sistema planetario, era una imagen familiar.

—Es Demeter, sí. Clavado en mitad de la Cola del Pez. ¡Oh, Lysos! —gruñó.

—¿Qué pasa? —preguntó Leie—. ¿No puedes utilizar Demeter para sintonizar...?

—¡Está en la parte equivocada del cielo! —interrumpió Maia—. Hace unos días, Demeter estaba en el Tridente.

Eso significa...

—Tiempo —coincidió el navegante, mirándola—. Estamos desplazados en el tiempo. —Sus ojos se dilataron, al parecer compartiendo los pensamientos de Maia. Sus cabezas estuvieron a punto de chocar cuando los dos se inclinaron para ver la pequeña pantalla del sextante—. ¿Sideral? ¿No es una palabra empleada por los astrónomos?

—Sí —respondió Maia—. Tiene que ver con medir el tiempo por las estrellas. Entonces el número debe de ser...

—Una coordenada —terminó él—. ¿Una fecha? Pero es un número negativo.

—Del pasado, entonces. Con una fecha fijada en decimales, en vez de en años y meses. Digamos que está basada en el mismo calendario. Sólo hay una pequeña fracción tras el decimal, lo que implica...

—... que la fecha es justo posterior a Año Nuevo, con el Sol en el equinoccio vernal.

—¡Así que estamos desviados un cuarto de órbita y noventa grados! ¡Estamos viendo un cielo de primavera!

Esta vez el hombre tomó los controles, mientras que Maia lo guiaba. Empezaban a cogerle el truco, y las cosas se movieron velozmente.

—Sigue así... así... A la izquierda diez grados... abajo cinco...

Las estrellas y los planetas pasaron fugaces, hasta que Leie dejó escapar un grito de alegría. El Sol y la Estrella Wengel habían desaparecido, pero su luz combinada se veía una vez más, iluminando un globo azul, marrón, blanco y verde que aumentó rápidamente de tamaño, sus continentes y mares resaltados por casquetes polares y finas películas de nubes estratosféricas. Una cohorte de lunas plateadas pasó de largo mientras la escena se fijaba en la gran bola azulada.

.Esto debe de ser lo que vio Renna cuando se acercaba en su astronave, dedujo Maia. La envidia nunca había fluido con tanta fuerza por sus venas..*Nunca imaginé que fuera tan hermoso. Mi mundo natal* .

Era un festín para el alma que satisfacía ansias más acuciantes que el hambre de su estómago. A pesar de las prédicas de los templos ortodoxos y herejes por igual, la deidad materna, Madre Stratos, no era más que una hermosa abstracción en comparación. ¿Cómo podía nadie conocer o apreciar un mundo sin mirarlo a la cara?, se preguntó Maia. No se pedía algo tan absurdo a los amantes humanos.

.¿Cómo pudimos abandonar esto?, se maravilló, reconociendo rasgos de atlas y

globos exentos de todas las líneas y etiquetas que hacían que la presencia humana pareciera tan urgente. De hecho, las grandes extensiones de montaña y bosque y desierto parecían casi intactas. La visión era una cura instantánea para la vanidad. La aproximación se hizo más lenta cuando se produjo un cambio subjetivo. Si antes la perspectiva parecía moverse en horizontal hacia el planeta, ahora, con el océano y sus islas llenándolo todo, la sensación era de movimiento vertical. De pronto estaban.*cayendo*.

El contorno del Continente del Aterrizaje se amplió hacia la izquierda. La costa de Méchant brilló. Maia captó brevemente los parches de las tierras de cultivo y los ríos plateados cruzados por puentes que parecían arañas antes de que la masa de tierra virara y los mares del sur llenasen la escena, centelleando con multitud de reflejos del sol, acariciados por falanges de densas nubes. Al sureste se alzaba una cadena de estrechos picos que, desde la distancia, eran apreciables sobre todo por la forma en que las grandes corrientes se dividían en un millar de torrentes a su paso por ellas. El mar cambiaba de color cerca de las puntiagudas torres.

Maia reconoció el contorno del archipiélago en el que se encontraban: los Dientes del Dragón, por la carta de navegación que Brod y ella habían empleado al zarpar de la isla de Grimké.

—¿Cómo puedes controlar de manera tan precisa la aproximación? —preguntó Leie al navegante. En respuesta, él se apartó del atril, y alzó los brazos.

—Oí otro chasquido hace unos segundos. Desde entonces, no lo controlo yo. Tal vez se ha activado un programa de regreso a casa, o algo parecido.

Maia divisó Grimké, en el extremo norte de la cadena de islas. Aquel monolito, donde la habían abandonado junto con Naroín y las otras, no mostraba signos de tener ningún cráter. No había ningún agujero vidrioso en su centro. En cambio, vio brevemente algunos edificios que relucían a la luz de la mañana antes de que la isla se perdiera en el borde superior de la pantalla. En el centro, mientras tanto, un gran amasijo de torres de piedra conectadas entre sí avanzó hacia ellos.

.Jellicoe .

Y sin embargo,*no era Jellicoe*. No la Jellicoe actual. La isla que se hacía más grande a cada segundo que pasaba era de una belleza sin igual. Una gloriosa cavidad tanto natural como artificial. Todas las torres estaban adornadas con edificios de piedra pulida o con el destello metálico de las naves aéreas atracadas. Dentro de la laguna, contó tres grandes cruceros, con velas no de sucio lienzo, sino de un negro y fino material que parecía absorber la luz del sol sin reflejarla.

Los tres gimieron de asombro cuando uno de los Dientes situado al este de Jellicoe se abalanzó hacia ellos.

Hubo un impresionante fluir de roca y vegetación, y al instante la escena quedó envuelta en una borrosa corriente de piedra oscura que pasaba a su lado como líquido.

—¡Ah! —comentó Leie. Nadie dijo nada más..*Es una maldita simulación*, pensó Maia, aturdida.

Desde el fondo de la sala, alguien gritó unas palabras tensas y agitadas. Pero ella sólo tenía ojos para aquel movimiento envolvente que perdía velocidad ante ellos.

La luz regresó y el movimiento cesó con tanta brusquedad que les hizo tambalear. Los jóvenes se encontraron contemplando, como a través de una ventana, una sala que era una clon de la que ocupaban. Una clon más joven y mejor decorada. Cojines rojos adornaban los bancos, y las paredes no estaban agrietadas; habían sido pulidas hasta adquirir un brillo resplandeciente y cubiertas de alegres estandartes.

—Hace mucho tiempo de esto —dijo Maia—. Nos está mostrando cómo era este lugar hace mucho tiempo.

Carraspeó y se inclinó sobre el sextante.

P ∄ R ⊕ - 1103.095 SIDERAL

—La cuarta coordenada. —El navegante se aclaró la garganta—. El tiempo debe ser el siguiente paso.

Leie habló apresuradamente.

—Si pudiéramos avanzar hasta el presente, ¿sería posible ver qué sucede fuera ahora mismo?

—¿Podría mostrar lo que sucederá en el futuro? —añadió el hombre, entre susurros.

Maia tenía un barullo mental. La pregunta de Leie implicaba que una máquina mantenía archivos y continuaba registrando acontecimientos, incluso mientras hablaban. Poder contar con una cosa semejante sería una gran ventaja, dada su situación actual. Sin embargo, dudaba que fuera así. ¿Y las galaxias y todo lo demás? No podía imaginar una máquina capaz de escrutar el universo, constantemente, a lo largo de miles de años.

La idea del navegante era aún más descabellada. Sin embargo, en cierto modo, tenía más sentido. Maia todavía creía que todo aquello era una simulación, un enorme y divino pariente del Juego de la Vida. Si era así (si el facsímil tenía en cuenta cada variable), ¿podría proyectar hechos probables del futuro? Las implicaciones eran sorprendentes, y lo afectaban todo, desde su difícil situación actual a las enseñanzas de la Iglesia sobre el libre albedrío.

—Intentemos hacer algo con esa cuarta coordenada —sugirió, frotándose los ojos doloridos.

El joven navegante tosió dos veces y se inclinó.

—Ya hemos empleado todas las partes móviles más obvias. —Suave, delicadamente, tocó las piezas del sextante, hasta que su mano acarició el visor por el que normalmente se avistaban el horizonte y las estrellas. La imagen que tenían delante se agitó un poco, y la cantidad de la pequeña pantalla indicadora cambió

ligeramente—. Claro —dijo, tosiendo otra vez—. Es el ajuste de la profundidad de campo. Dejadme sitio, por favor.

Maia retrocedió un paso. Le picaban los ojos y le parecía oler a humo. Bruscamente, justo en el mismo momento, Leie y ella estornudaron. Se miraron y, por primera vez desde hacía varios minutos, contemplaron la sala. El ambiente había cambiado ostensiblemente. El aire era brumoso, negruzco.

De atrás llegaron gritos. Maia se dio la vuelta y vio al grumete bajar corriendo las escaleras, gritando y agitando los brazos. Llevaba una tira de tela cubriéndole la nariz.

—El oficial y el doctor quieren saber... si han tenido suerte.

—Eso depende —replicó Maia—. Hemos hecho algunas excitantes reflexiones filosóficas, pero no hemos conseguido muchas aplicaciones prácticas.

El muchacho pareció desconcertado por su respuesta, y ansioso.

—Tenemos humo, señora. El médico dice que tardará un rato, ya que estamos debajo de las piratas, pero que con el tiempo nos quedaremos sin aire. Puede que ataquen antes, cuando nos resulte difícil ver.

Por el picor de su nariz y de sus pulmones, Maia ya lo había calculado. Esta vez habló ansiosamente.

—Por favor, diles al doctor y al alférez... —Se volvió para señalar la pared, y al instante se olvidó de lo que pretendía decir.

La imagen del pasado de la habitación cambiaba por momentos. Lo que había tenido el aspecto de ser una elegante y bien equipada sala de lectura empezó a deteriorarse rápidamente. Primero desaparecieron los estandartes y los cojines. Luego, de golpe, bruscamente, las grietas se propagaron por las paredes. La luz artificial, que había bañado la cámara hasta el momento, se apagó; la sala representada siguió siendo visible gracias a una extraña luminosidad, que aparentemente manaba de las propias rocas.

En las imágenes aceleradas podía verse el polvo asentarse y extenderse en finas ondas, como olas al lamer la orilla. Después, incluso el polvo permaneció inmóvil.

—Ya está —dijo el hombre, levantándose. En el dial del sextante, el número indicaba:

P ∠ R ⊕ +0000.761 SIDERAL

Hubo otro chasquido. La pantalla se apagó durante dos segundos, y luego volvió a encenderse.

...εη∠⊕ητϱαγ | ⊕ que εζτα ⊕∠u | τ⊕...

Maia resopló. Casi esperaba, cuando la simulación alcanzó su «present»., encontrarse frente a frente con la imagen de ellos mismos observándolos, como desde un espejo. Pero la habitación permaneció a oscuras, vacía.

—No avanzará más, por si os lo estáis preguntando —dijo el navegante, con una

nota de decepción.

Leie tosió.

—Todo esto es muy interesante. ¿Pero cómo nos va a ayudar a salir de aquí?

Maia apretó los labios.

—¡Estoy pensando!

Miró hacia atrás y vio que el mensajero se había marchado. La bruma, que ya había reducido la visibilidad, lo empeoró todo cuando el escozor de sus ojos disparó las membranas nictitantes interiores. En el pasillo, oyó toses y murmullos frenéticos.

¿Están planeando salir de aquí huyendo? Puede que haya que hacerlo, si las saqueadoras están dispuestas a esperarnos fuera .

Pero si el humo y el calor eran malos allí, serían todavía peores arriba, y el suministro de madera de las piratas era limitado. Así que tal vez aquello fuera el preludio de un ataque.

Maia sacudió la cabeza, intentando escapar de una espiral de desolación. Buscó ideas, y no encontró ninguna.

La pantalla permanecía estática ante ellos, mostrando, si no la desolación actual, la que posiblemente reinaba en el lugar la última vez que la simulación había sido puesta al día.

Podríamos averiguar cuándo fue eso usando los otros controles para salir y comprobar las estrellas... ¡O, aún mejor, centrándonos en la ciudad más cercana y leyendo la fecha en un periódico! Suponiendo que la simulación sea tan completa .

Estaba segura de que aquellos pensamientos eran una prueba de la falta de oxígeno. Maia tosió, bajando la cabeza..*Al menos Renna debe de estar bien, dondequiera que haya ido. Aún más fuerte, su constante preocupación por Brod hizo que rezara brevemente a la Madre de Todas, y también al dios de la justicia honrado por los hombres..Que Brod salga de esto. Por favor, dejadlo vivir .*

—Supongo —gimió Leie tras un puño cerrado—, que deberíamos reunirnos con los muchachos. Ayudarles a prepararse... para lo que vaya a suceder. .

El aire empeoraba más rápido de lo que Maia había esperado. La visibilidad menguaba, y al respirar le dolía el pecho.

—Supongo que tienes razón —reconoció entre toses. Con todo, no tenía deseos de marcharse..*No puedo dejar de pensar que estamos cerca. ¡Tan cerca!*

Leie le tendió la mano. Con una sonrisa sombría, Maia se dio la vuelta y avanzó un paso para cogérsela. Sin embargo, cuando apoyó el peso sobre la rodilla izquierda, ésta le cedió y cayó, golpeando el duro suelo de piedra, junto al atril. El impacto envió descargas de dolor por sus brazos. Las manos de Leie la ayudaron, solícitas, y Maia sintió un arrebató de alegría. Al final se reconciliarían. Alzó la cabeza para mirar a su hermana a los ojos, y se sintió refrescada por una oleada de punzante amor.

¿Refrescada? Su cuerpo se bañó en una oleada de agradable frescor. La sensación

no era psicológica, advirtió, sino física.

—¿Lo notas? —le preguntó a su gemela. Tras un momento de desconcierto, Leie asintió.

—¿Notar qué? —les dijo el navegante, agachado ansiosamente junto a ellas—. ¡Vamos! Nos llaman para...

—¡Calla! —susurró Leie—. ¿De dónde viene?

Empezó a arrastrarse, mirando a izquierda y derecha, en busca de la fuente de la suave brisa.

—¡Es por aquí!

Ayudada por el hombre, Maia la siguió por instinto, pues ya no había otra fuente de aire fresco. La corriente parecía surgir de una grieta que había allí donde el pesado atril se unía a una plataforma semicircular. Una fina brisa emanaba de aquella estrecha rendija, aunque nunca habría sido detectada excepto en las actuales circunstancias.

La humareda se acumulaba sobre sus cabezas. Las columnas de humo se agitaron visiblemente cuando varias explosiones sacudieron el aire. Los hombres del pasillo disparaban, bien para repeler un ataque o preparando el suyo propio.

—¡Ve! —instó Maia al navegante—. ¡Haz que aguanten un poco más!

Sin decir una palabra, él se levantó y se fue.

—Ayúdame a levantarme —le dijo Maia a su hermana, aunque dejar la corriente de aire fresco fue como apartarse de la propia vida. Tosiendo, las dos consiguieron alcanzar el sextante—. ¡Apunta hacia abajo! —jadeó Maia mientras Leie cogía una de las ruedas medidoras.

Cada vez era más difícil ver la imagen de la tenue sala representada en la pared mágica. Se sacudió al contacto de Maia, y luego dio un tirón hacia arriba. Hubo una fugaz visión de roca desnuda, un oscuro vacío, un rápido destello de color, y luego roca oscura otra vez.

—¡No lo digas! —exclamó Leie, inclinándose para enfocar con el pulgar y el índice, a pesar de los temblores de su cuerpo. Maia se maravilló ante la intensa concentración de su gemela. En su propio caso, ya no era capaz de hacer más que arquearse y vomitar.

La pared de la imagen se agitó, a trompicones.

.Debo romper el sextante si las saqueadoras consiguen pasar, se recordó Maia..*No deben ver la simulación... o sabrán que la pared puede cobrar vida .*

Sonaron más explosiones, y fuertes gritos. ¿Había comenzado la batalla? Si era así, resultaba terriblemente pecaminoso imaginar siquiera la escena... hombre contra mujer... un sueño propagandístico Perkinita hecho realidad. De hecho, el sexo no tenía nada que ver con los temas en cuestión: crimen contra ley, ambición contra honor. El sexo era incidental, pero la leyenda diría lo contrario cuando se extendiera

la noticia, si eso llegaba a suceder.

La imagen volvió a agitarse. Una resplandeciente cuña apareció en el quinto superior de la pared, dañina en su fulgor. Leie gruñó y volvió a intentarlo; el brillante parche descendió de golpe, de modo que ahora la mitad inferior de la pantalla destelló.

Parpadeando a través de la asfixiante bruma, Maia vio algo que no había esperado. No era una imagen simulada de una sala, de alguna cámara situada debajo de aquélla, sino un conjunto abstracto de rectángulos.

Sobre un fondo radiante, había tres cuadrados con símbolos brillantes distintos: un copo de nieve, una flecha de fuego, y un barco de vela. Mientras Leie manipulaba gradualmente la escena para que llenara la pared que tenían enfrente, los bordes de los cuadrados empezaron a latir.

Apareció un punto rojo. Respondiendo a los controles que manejaba Leie, deambuló sobre las imágenes.

Ambas gemelas llegaron a la conclusión obvia al mismo tiempo.

—Elegiré el barco —dijo Leie.

—¡No! —gritó Maia. Tosió, una serie de dolorosas sacudidas, y meneó la cabeza—. Demasiado evidente... ve... hacia la flecha.

Tras ellas se oyeron gritos. Más disparos y un furioso clamor de lucha.

Leie frunció el ceño, cubierto de sudor, los ojos clavados en la pantalla. Jadeando por el esfuerzo, dirigió el punto rojo hacia la casilla elegida por Maia.

Un sonido grave creció bajo sus pies. Un gruñido, más profundo que los gritos procedentes del pasillo. Éstos fueron acercándose mientras Maia y Leie se retiraban del atril, que empezó a vibrar notablemente. Temblando debido a su antigüedad y a la falta de uso, un mecanismo oculto desplazó la pesada piedra. La luz surgió de la abertura, junto con una agradable ráfaga de aire fresco.

Figuras enmascaradas corrían por el pasillo tras ellas. Los primeros hombres llegaron de forma ordenada, cargando a sus camaradas heridos. Tras ellos llegaron los demás, aterrados, casi doblados en dos, sus improvisadas mascarillas torcidas. No había tiempo para organizar nada.

—¡Por aquí! —gritó Leie, guiando a los refugiados hacia las escaleras que habían aparecido bajo el atril. Los marineros se abalanzaron hacia la abertura, en masa, aunque Maia se preguntó ahora:

.¿Qué he hecho?

Una retaguardia seguía luchando; cinco o seis hombres se enfrentaban desesperados a figuras mucho más pequeñas que blandían bastones de combate y que les doblaban en número. Sonó un disparo y uno de los hombres se llevó las manos al vientre y cayó.

—¡Vamos, Maia! —gritó Leie, empujándola hacia la brillante abertura. Aullidos

de furiosa persecución se alzaron cuando tres saqueadoras se zafaron de la pelea para saltar filas de bancos y perseguirlas. Una tropezó y cayó, pero Maia estaba demasiado ocupada sorteando los escalones para mirar. Abajo, un hombre que esperaba la cogió del brazo e impidió que se volviera.

.No importa, Leie venía justo detrás de mí, se dijo Maia mientras huía con otros fugitivos por un estrecho pasadizo, de techo bajo y luminoso, entre cables y conductos. El pasillo se llenó de sonidos, ya que todos parecían gritar al mismo tiempo. Caminar le producía oleadas de dolor en la rodilla. Por fin llegaron a una puerta doble hecha de metal. Un improvisado pelotón de hombres heridos usaba todo lo que podían encontrar para cerrar una de las puertas. En cuanto Maia pasó, empezaron a cerrar la otra.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Mi hermana!

Siguió gritando mientras ellos terminaban, ignorando sus demandas. Fue el doctor quien cogió entre sus manos el rostro de Maia y le repitió, una y otra vez:

—Había saqueadoras detrás de ti, cariño. ¡Sólo saqueadoras, un poco por detrás!

Como confirmación; las puertas se sacudieron al ser golpeadas repetidamente desde el otro lado.

—¡Vamos! —los instó un hombre moreno, manchado de sangre, que se apoyaba contra el portal—. ¡Salgamos de aquí!

Parpadeando, Maia reconoció a su reciente compañero investigador... el navegante.

—Pero... —se quejó, antes de ser alzada en brazos por un enorme marinero que se dio la vuelta y echó a correr, dejando tras él manchas escarlata sobre el frío suelo de piedra.

Lo que siguió fue una confusión de salvajes y temblorosos giros y súbitas vueltas. Sin embargo, junto con el dolor, el miedo y la pérdida llegó una extraña sensación, una que Maia no había experimentado desde la infancia: la de ser transportada y cuidada por alguien mucho más grande. A pesar de conocer incontables formas en que los hombres eran tan frágiles como las mujeres (y a veces mucho más frágiles), fue una especie de alivio verse rodeada de tanta amabilidad y de tanto poder. Aquello empujaba a una parte profunda de sí misma a dejarse ir. En medio de la carrera por los extraños pasillos, perseguida por la desesperación, Maia lloró por su hermana, por los valientes marineros, y por sí misma.

El pasadizo parecía estirarse indefinidamente, en ocasiones descendiendo como una rampa y otras veces subiendo. Remontaron unas empinadas escaleras donde algunos hombres tuvieron que agachar la cabeza y otros se quedaron atrás. Los sonidos de persecución, que habían remitido hacía un rato, se acercaban nuevamente. En lo alto, la menguada banda de fugitivos encontró otra puerta de metal. Varios

hombres soltaron a sus camaradas heridos, formaron una última retaguardia, y juraron aguantar mientras Maia, el marinero que la transportaba, el doctor y el grumete seguían adelante.

¿Qué sentido tiene?, pensó Maia tristemente. Los hombres parecían creer en su capacidad para lograr milagros, pero en verdad, ¿qué había conseguido ella? Aquella «ruta de escap». era intrínsecamente inútil si las enemigas podían seguirlos. Lo más probable era que acabase conduciendo a las saqueadoras directamente hasta Renna.

Su primera idea fue que había encontrado un camino secreto hacia los antiguos pabellones de defensa que el Consejo de Caria había conservado durante milenios. Ahora Maia sabía que habían caminado demasiado, sin duda atravesando uno tras otro los estrechos puentes de piedra de los Dientes del Dragón que comprendían Jellicoe. A excepción de Renna, tal vez fueran los primeros humanos en recorrer aquellos salones desde el gran destierro que siguió a la Era de los Reyes.

No oyeron más ruido a su espalda. El último destacamento debía de estar aún aguantando en su barricada.

Tras llegar a una zona llana, Maia insistió en que el marinero la soltara. Torpemente, se apoyó sobre la rodilla, que se quejó, pero pudo andar. El marinero expresó su disposición a volver a cargarla si necesitaba ayuda.

—Ya veremos —dijo Maia, palmeando su gran antebrazo, y avanzó.

Pronto llegaron a otro conjunto de puertas. Al atravesarlas, el grupo se detuvo.

Una enorme cámara se extendía ante ellos, más alta que el templo de Lanargh, ancha como un almacén. Maia se maravilló, pensando que toda la montaña-espira debía de estar hueca. Sus ojos no podían abarcarla por entero, sólo a trozos.

A la derecha, habían sido talladas varias entradas semicirculares en la roca; cada una medía de diez a cincuenta metros de diámetro y contenía extraños mecanismos o montones de cajas apiladas. Pero fue la pared de la izquierda la que los llenó de asombro. Parecía consistir en una sola máquina que se extendía a lo largo de toda la cámara; estaba hecha de una sorprendente combinación de metales, extrañas substancias empotradas en piedra, y formas cristalinas, como la gran entidad fluctuante que Brod y ella habían visto en el Centro de Defensa. En toda su longitud, a intervalos, parecía haber puertas, aunque no resultaban adecuadas para permitir el paso a personas. Maia supuso que su misión era facilitar la entrada o salida de materiales, y así se le planteó al doctor.

El viejo asintió.

—Debe de ser... Todos creíamos que se había perdido. Que lo tenía el Consejo. O que había sido destruido.

—¿Qué? —preguntó Maia, asombrada por el tono reverente del hombre—. ¿Qué se perdió?

—El *Formador* —susurró él, como si temiera estropear un sueño—. El Formador

Jellicoe.

Maia sacudió la cabeza.

—¿Qué es un formador?

Mientras caminaban, el doctor la miró, luchando por encontrar las palabras.

—Un formador....*fabrica* cosas. ¡Puede fabricarlo todo!

—¿Quieres decir como una autofactoría? ¿Donde producen radios y...?

Él se encogió de hombros.

—El Consejo mantiene en funcionamiento algunos menores, para no olvidar cómo. Pero las leyendas hablan de otro, del Gran Formador, atendido por la gente de Jellicoe.

Parpadeando, Maia comprendió lo que quería dar a entender.

—¿Esto lo crearon los hombres?

—No los hombres como tales. Los Antiguos Guardianes. Hombres y mujeres. Todos desterrados tras la Revuelta de los Reyes, aunque los Guardianes no tuvieron nada que ver con esos traidores.

—Lo hicieron con algunos. —Y Maia le habló brevemente del Centro de Defensa, ubicado en otro lugar de aquella isla hueca, mantenido por clanes especializados.

—Justo lo que pensábamos —dijo el doctor, taciturno—. ¡Pero parece que nunca encontraron esto!

.Hasta ahora, se dijo Maia tristemente. Habría sido mejor que todos hubieran muerto en el santuario. A corto plazo, aquel descubrimiento daría a Baltha y a sus saqueadoras más poder, dinero e influencia de la que necesitaban para establecer sus propias dinastías; suficiente para escalar altas posiciones en la pirámide social de Stratos. Sin embargo, una vez establecidas, se convertirían rápidamente en defensoras del *status quo*, como cualquier clan conservador. A la larga, no importaría que unas criminales se hubieran apoderado de aquel trofeo.

El Consejo y el Templo lo controlarían.

.Esto debe de ser lo que fabricó las armas que vimos Brod y yo, las que fueron utilizadas contra el Enemigo .

.Ahora Caria podrá manufacturar todo lo que quiera, para derribar la nave de Renna y cualquier otra que se arriesgue a acercarse .

.Oh, Lysos, ¿qué he hecho?

—Si al menos tuviéramos tiempo —continuó el doctor—, podríamos fabricar cosas. Armas para defenderlo.

Radios para llamar a nuestra cofradía y a algunos clanes honorables.

Mientras recorrían la instalación, el hombre se volvió para observar la fila de zonas de almacén situadas a la derecha.

—Tal vez los Guardianes dejaron algo detrás. ¿Ves algo útil?

Maia suspiró. La mayoría de los enclaves contenían máquinas u otros artículos que eran completamente irreconocibles. Sin embargo, aprendió algo de lo que acababa de ver y oír. *Lysos y las Fundadoras no abandonaron completamente la ciencia. Consideraron necesario conservar esta instalación. Fue una generación posterior, asustada, la que se echó atrás, aterrada ante lo que podían hacer mentes entrenadas e independientes.*

Aquello la enfureció. Las consejeras de Caria no conocían aquel lugar... todavía no. Pero sin duda las sabias de la universidad tenían libros que contenían la sabiduría básica sobre la que se había construido toda aquella tecnología..¿Cómo?, se preguntó..¿Cómo podía la gente con acceso a tanto conocimiento renunciar a él?

La cuestión subrayaba mucho de su dolor por la muerte y la fútil lucha. Como un rastro de piezas rotas, había dejado en su estela primero a Brod, luego a Leie y a muchos otros. Y por delante... ¿Dónde estaba Renna? ¿Era una traidora que estaba estropeando su brillante huida?

Ahora los huecos de la derecha revelaron restos de cortinas que colgaban de ajadas barras. Había camas, sillas, ropa.

—La leyenda dice que después del destierro, una logia secreta permaneció con el Formador. —El doctor suspiró—. Nadie sabe para qué. Con el tiempo, los que conocían el secreto murieron.

En Stratos, la continuidad estaba reservada a los clanes. Las compañías comerciales, los gobiernos, e incluso las cofradías marinas tenían que reclutar miembros entre los hijos de las colmenas, que controlaban la educación y la religión. Aquellos barracones, aquella triste muestra de perseverancia, había sido condenada a la futilidad.

Quizás el esfuerzo durara muchas generaciones... demasiado poco tiempo para que supusiera ninguna diferencia.

Maia se preguntó si Renna habría dormido en alguna de las alcobas. ¿Había combatido el hastío, y saciado su curiosidad, completando el melancólico relato de aquel refugio perdido? ¿Había encontrado algo de comer? Maia temía descubrir su cadáver, y saber por tanto que todo aquello (perderlo todo) no había servido de nada.

Habían cruzado más de tres cuartas partes de la enorme cámara cuando el grumete oyó un sonido.

—¡Escuchad! —pidió. Se detuvieron, y Maia lo detectó. Un grave rumor que procedía de las alturas.

—Vamos —dijo.

El doctor miró anhelante la gigantesca máquina, el Formador.

—Podríamos intentar...

Se oyó otro sonido, un leve choque de metal tras ellos, acompañado de agudos y excitados gritos.

—Vamos —los apremió el marinero grande. Continuaron avanzando y atravesaron unas puertas situadas al fondo de la cámara. Justo a tiempo de mirar atrás y ver a un grupo de guerreras asomar por la lejana entrada. El tiempo conseguido por la valiente retaguardia se había acabado.

Los fugitivos se zambulleron en un nuevo corredor, esta vez oscuro como una mina. Un único resplandor los ayudaba en su camino. A medida que Maia y los demás se acercaron, vieron que se trataba de un agujero en la pared derecha del pasadizo. Ella suspiró ante el agradable contacto de la luz solar y el aire fresco. Por un momento, a pesar del temor de la persecución, los cuatro se detuvieron a contemplar la laguna y cada uno, a su modo, expresó su asombro.

Muy por debajo, donde antes había dos veleros atracados a un estrecho embarcadero, ahora sólo había uno parcialmente intacto: el *Intrépido*, con las velas quemadas y el mástil chamuscado. Del *Manitú* sólo quedaba la popa carbonizada, atada todavía al muelle cubierto de humo. El marinero y el grumete gimieron ante el espectáculo. Pero había más.

La bahía albergaba ahora otros barcos. Uno, según vio Maia claramente, llevaba en su proa puntiaguda la figura de un león marino. Unos botes de remos que transportaban a hombres de rostro ceñudo zarparon mientras los contemplaban hacia la entrada del santuario. Quizá, deseó, uno de ellos fuera Brod, que de algún modo había conseguido escapar y llamar a sus compañeros de cofradía.

—¡Mirad! —El grumete señaló mucho más alto. Maia giró la cabeza y pudo distinguir las puntas de los esbeltos monolitos de piedra. Abrió la boca ante aquella imagen de poder y belleza. Un zep'lin, mucho más grande y más potente que los correos que había visto, flotaba sobre uno de los picos, atado a un tenso cable.

.Su presencia ha sido advertida... Recordó el cartel del Centro de Defensa. Habría sido aconsejable creer en la palabra del Consejo.

Mientras tanto, el sonido aumentaba, tan trepidante era que notaban sus vibraciones en las plantas de los pies.

—Tenemos que irnos —les recordó el marinero grande. A pesar de su fascinación por el espectáculo exterior, Maia asintió.

—Sí, démonos prisa.

Corrieron con la luz ahora a sus espaldas, esforzándose por alcanzar el otro extremo del pasadizo antes de que las desesperadas piratas, con sus largos rifles, aparecieran tras ellos. Sin embargo, tardaron algún tiempo en acercarse a los graves sonidos procedentes de delante. Ahora distinguían dos tonos, uno bajo, grave, rugiente, que sacudía los huesos, y otro que subía de tono y se hacía más penetrante a cada segundo que pasaba.

El grumete atravesó las puertas del fondo y la luz se desparramó a su alrededor. Más luz del sol, esta vez cayendo desde arriba. Se encontraron en una enorme sala

cilíndrica con las paredes cubiertas de maquinaria. En lo alto descubrieron la fuente del rumor: un arco iris de metal escarlata se ensanchaba poco a poco.

Pero lo que asombró a los cuatro fugitivos era un objeto que llenaba el centro de la sala, una espiral vertical de material cristalino y transparente, que empezaba en las alturas y bajaba hasta una cavidad central. La espiral latía con la luz aprisionada en su interior. Dentro de aquellas volutas, vieron una forma fina, puntiaguda y dorada, que ya había empezado a descender lentamente por el tubo. En segundos, la punta desapareció de la vista.

—¡Vamos! —Maia llamó a los otros, y se adelantó, cojeando.

Llegaron a la espiral, pero fueron detenidos por una fuerza que no podían ver, y que resistía de manera palpable todos los esfuerzos por seguir aproximándose. El pelo se les erizó. Maia pudo ver entonces que el pozo caía vertiginosamente hasta profundidades insondables, espiral tras espiral.

Dentro de aquel tenso abrazo, la fina forma de jabalina continuaba su descenso.

—¡Espera! —gritó—. ¡Oh, esperanos!

Le era casi imposible oír su propia voz por encima del ruido. Alguien le tiró del brazo. Se resistió, y entonces parpadeó sorprendida al divisar un objeto extraño y diminuto. Un cilindro de metal, no más grande que su dedo meñique, había llegado por la izquierda, avanzado hacia el inexorable campo y perdido velocidad rápidamente. Se detuvo, invirtió el rumbo, acelerando velozmente por donde había venido, para ser expulsado con un estampido de aire hendido.

Volvió a suceder lo mismo. Esta vez, Maia reconoció una *bala* antes de que también fuera expulsada hacia atrás, hacia su fuente. Dejó de luchar contra el tirón de su brazo. Acompañados por un rugido y una sensación de vértigo, los cuatro corrieron tangencialmente a la espiral y el impenetrable campo que la rodeaba. A su izquierda, Maia vio a las tiradoras arrodilladas que les disparaban, mientras otras mujeres, armadas con bastones y cuchillos, se acercaban cautelosamente, los rostros arrebolados encendidos con emociones en conflicto: ira y temeroso asombro.

—¡Ah! —gimió el marinero grande, y se desplomó, agarrándose el muslo. Maia y el grumete lo cogieron por los brazos y lo ayudaron a avanzar hacia otro conjunto de puertas situadas al fondo de la cámara. Mientras más balas picoteaban a su alrededor, pudieron sentir un horrible poder acumulándose cerca, intensificándose hacia algún titánico clímax.

Las puertas estaban aún a treinta metros de distancia cuando el gran marinero volvió a desplomarse.

—¡Seguid! —gritó roncamente—. ¡Sacadla de aquí! —urgió a los otros hombres. Pero las balas golpeaban ya las puertas de metal.

—¡Por allí! —señaló Maia.

Arrastraron al herido hacia lo que parecía ser un montón de basura. Una mezcla

de cajas, embalajes y máquinas rotas y descartadas. Detritus de algún proyecto que había creado aquel increíble y misterioso edificio.

Cuando estaban a punto de zambullirse tras el montón de escombros más cercano, Maia dejó escapar un gemido.

Una punzada de dolor había arañado su pantorrilla derecha, como un atizador caliente.

El doctor la arrastró el resto del camino. Una bala le había rozado la piel, marcando sobre ella un largo sendero rojo.

—¡No tiene importancia! —instó al médico—. ¡Cuide de él! —El marinero estaba sin duda mucho peor.

Ignorando su propia herida, Maia buscó a su alrededor algún arma que poder emplear. Había trozos de metal, pero ninguno tenía una forma útil. A falta de otra cosa mejor, se sacó del bolsillo de la casaca el pequeño cuchillo que había encontrado a bordo del *Manitú*. El grumete la ayudó a levantarse, y los dos se agazaparon bajo la pila de escombros. Oyeron gritos. Pasos acercándose.

De repente, el agudo ruido cesó. El rumor se había detenido momentos antes, cuando el arco iris del techo terminó de abrirse. El brusco silencio se cargó de expectación. Entonces, como si Maia lo hubiera sabido todo el tiempo, se produjo una combinación de sonido, visión y otras sensaciones que parecían las trompetas del Día del Juicio Final. El mundo se estremeció, mientras que poderes parecidos, pero mucho más potentes que los que había experimentado cerca de la espiral, intentaban llenar todo el espacio. Eso incluía el espacio que antes había ocupado ella sola, obligando a cada una de sus moléculas a luchar por el derecho a existir. El aire necesario para respirar voló como una presencia que pasa a terrible velocidad, en busca del cielo.

A su espalda, Maia apenas pudo ver cómo un estilizado objeto se lanzaba hacia las alturas, dejando una llamarada de aire encendido en su estela.

.Una flecha de fuego..., pensó, aturdida. Entonces, con apenas algo más de coherencia, le dirigió una silenciosa llamada.

.¡Renna!

El aire regresó, acompañado por un sonido similar a un trueno. La montaña de escombros se estremeció, y luego se desplomó, lanzando pesados y afilados fragmentos contra sus piernas. Sin embargo, pudo continuar mirando, de pie. Sin hacer caso a un lejano dolor, Maia tuvo una clara visión de la chispa que se perdía en el cielo, y deseó con todo su corazón formar parte de ella... que él hubiera esperado sólo un poquito más, y se la hubiese llevado consigo.

.¡Pero lo conseguí!, pensó, abrumada por la alegría.. *No lo capturarán. Ahora está fuera de su alcance. Vuelve a...*

Su alegría se cortó en seco. Arriba, casi en los límites de la visión, la chispeante

luz viró bruscamente a la izquierda, resplandeció, y explotó en medio de una orgía de caos, de fuego ardiente, lanzando ascuas por el oscuro firmamento azul de la estratosfera.

CUARTA PARTE

¿Es un veneno la ambición? ¿Es la búsqueda y la consecución de poder por parte de la sociedad del Phylum sinónimo de condena?

Las culturas antiguas advertían a su gente contra la soberbia: ese impulso innato de los seres humanos de perseguir el poder del propio Dios a cualquier precio. Los sabios pueblos tribales se abstendían de tan fervorosas búsquedas, excepto a través del espíritu y el arte, la aventura y la canción.

No forzaban y acosaban incesantemente la Naturaleza a su capricho.

Cierto, esos antepasados vivían apenas mejor que los animales, en los bosques primigenios de la Vieja Tierra. La vida era dura, sobre todo para las mujeres, aunque tenía sus recompensas: armonía, estabilidad, conocimiento seguro de quién eras, de dónde encajabas en el diseño del mundo.

Esos tesoros se perdieron cuando nos embarcamos en el «progres»..

¿Hay una relación inversa entre conocimiento y sabiduría? En ocasiones parece que cuanto más sabemos, menos comprendemos.

No soy la primera en advertir este conflicto. Un erudito escribió recientemente: «Lysos y sus seguidoras persiguen el canto de sirena del pastoralismo, como incontables románticos antes que ellas, idealizando una Era Dorada pasada que nunca existió, persiguiendo una serenidad posible sólo en la imaginación».

Comprendo su punto de vista. Sin embargo, ¿no deberíamos intentarlo?

No se me escapa la paradoja: pretendemos emplear avanzadas herramientas mecánicas para crear las condiciones de un mundo estable... un mundo que, a partir de entonces, no volverá a necesitar de esas herramientas.

Así que volvemos al tema en cuestión. ¿Están los seres humanos verdaderamente condenados al descontento?

Pillados entre ansias en conflicto, nos esforzamos por convertirnos en dioses aunque ansiamos seguir siendo los hijos amados de la Naturaleza.

Que el primer deseo sea la caótica condena de la frenética Phylum Civitas. Las que partimos en esta búsqueda hemos elegido una relación más amable con el Cosmos y menos contraria a él.

LYSOS, *Mi vida*

La pérdida de consciencia no fue el resultado de sus heridas, ni siquiera del gaseoso y punzante olor de la anestesia. Lo que la hizo dejarse llevar esta vez fue una moral agotada más allá del cansancio. Sensaciones distantes le decían que el mundo continuaba. Había ruidos: gritos ansiosos y los ecos reverberantes de los disparos. Cuando cesaron, fueron seguidos por fuertes gritos de triunfo y desesperación. Nuevos sonidos se interpusieron, rodeándola, asomándose a ventanas y puertas, pero ninguno consiguió que lo tuviera en cuenta.

Unos pasos resonaron. Unas manos tocaron su cuerpo, retirando objetos para que el dolor de una cura sustituyera el de las heridas aplastantes. Maia permaneció indiferente. Unas voces hablaron a su alrededor, tensas, argumentando. Se daba cuenta, sin que le importara, de que más de dos facciones se enzarzaban en un fiero debate, cada una demasiado débil o insegura para imponer su voluntad, ninguna de ellas lo bastante confiada para dejar a la otra actuar por su cuenta.

No había indicios de venganza en la forma en que la levantaron y la retiraron de la brillante cámara empapada de ozono. Agitándose en una camilla, gimiendo a cada sacudida, sabía en abstracto que no pretendían hacerle daño. La trataban bien. Eso debería significar algo.

Sólo deseó que se fueran y la dejaran morir.

La muerte no vino. En cambio, Maia fue tratada, atendida, drogada, cortada, cosida. Con el tiempo, fue la más elemental de las sensaciones la que le devolvió un deseo parcial de vivir.

.Tortitas .

El olor de tortas frescas inundó su nariz. Las heridas y la anemia no fueron suficientes para contener el flujo que aquel leve aroma desató en su boca. Maia abrió los ojos.

La habitación era blanca. Un techo color marfil se unía a unas hermosas molduras blancas y a unas paredes pálidas de color nieve. A través del estupor producido por los soporíferos químicos, Maia tuvo dificultades para enfocar las llanas superficies. De forma inconsciente, su mente empezó a jugar con una extensión blanca, imaginando una capa de pautas granuladas, abstractas, rítmicas. Gimió y cerró los ojos.

No pudo cerrar la nariz. Los atractivos olores insistieron. Lo mismo hicieron los gruñidos de su estómago. Y el sonido de voces.

—Bien, ¿lista para unirte a los vivos por fin?

Maia volvió la cabeza a la izquierda, y entreabrió un ojo. Una pequeña figura

morena apareció ante ella, con una sonrisa amarga.

—¿No te dije que dejaras de darte golpes, pequeña var? Al menos esta vez no te has ahogado.

Tras varios intentos, Maia recuperó la voz.

—Tendría... que haber sabido... que lo conseguirías.

Naroin asintió.

—Mm. Ésa soy yo. Una superviviente nata. Tú también, muchacha. Aunque te encanta demostrarlo a la tremenda.

Maia dejó escapar un suspiro involuntario. La presencia de la contraamaestrepolicía le evocaba sentimientos dolorosos, a pesar de la inmovilidad producida por las drogas.

—Supongo que... contactaste con tu jefa.

Naroin sacudió la cabeza.

—Cuando nos recogieron, decidí tomar la iniciativa. Pedí favores, hice tratos... Lástima que no pudiéramos llegar antes.

Los pensamientos de Maia se negaron a centrarse con claridad.

—Sí, lástima.

Naroin sirvió un vaso de agua y ayudó a Maia a alzar la cabeza para beber.

—Por si te lo estás preguntando, los médicos dicen que te pondrás bien. Tuvieron que cortar y remendar un poco. Tienes una ventosa agónica conectada a la cabeza, así que no te revuelvas ni te la golpees, ahora que estás despierta.

—... ¿ventosa?

Con pesada inercia, el brazo de Maia obedeció a su deseo de alzarlo y doblarlo. Palpó con los dedos el objeto cuadrado que había sobre su frente, más pequeño que su pulgar.

—Yo no la tocaría si fuera... —empezó a decir Naroin, cuando Maia dio un golpecito a la caja. Por un instante, todo lo que parecía confuso y borroso se llenó de claridad y color. Junto con la viveza llegó una descarga de dolor. La mano de Maia retrocedió, de vuelta a las sábanas.

—¿No te lo he advertido? Mm. Nunca he visto a nadie que no lo intentara la primera vez. Supongo que a mí me pasó lo mismo, a tu edad.

El aturdimiento regresó (y esta vez fue de agradecer) extendiéndose desde el cuero cabelludo de Maia por su cuerpo, como un bálsamo líquido. Había visto anteriormente a mujeres heridas con ventosas, aunque normalmente las ocultaban entre el cabello. *Debo de estar más malherida de lo que me siento*, comprendió, sin lamentar ya el aturdimiento. Aquella breve pausa en el funcionamiento de la ventosa había revelado otra sensación bloqueada, más temible que el dolor físico. Por un instante, se había visto abrumada por oleadas de pesar.

—Te hace sentir como un zombie, ¿verdad? —comentó Naroin—. La irán

retirando a medida que mejores. Ya deberías estar recuperando algunos sentidos.

Maia inhaló profundamente.

—Yo... puedo oler...

Naroin sonrió.

—Ah, el desayuno. ¿Tienes hambre?

Era extraño. Su insistente estómago parecía ajeno a la náusea que inundaba el resto de su cuerpo.

—Sí. Yo...

—Ésa es una buena señal. Las Gentilleschi dan muy bien de comer. Espera, voy a ver.

La policía se levantó y se dispuso a marcharse; sus movimientos fueron demasiado rápidos y difusos para que Maia los siguiera con claridad. Maia los percibía como una serie de imágenes en retroceso mientras sus ojos permanecían cerrados a intervalos cada vez más largos. Luchaba por mantenerlos abiertos cuando Naroin se detuvo, se dio la vuelta y habló una vez más, la voz perdiéndose en la bruma de su cerebro.

—Oh... casi lo olvidaba. Hay una nota de... tu amigo y tu hermana sobre... la mesa, junto a tu cama. Pensé... ría saber que están bien.

Las palabras contenían significado. Maia estuvo segura de ello mientras la cubrían, inundándola a través de sus oídos y poros, y encontraban una resonancia interior. En algún lugar, una aplastante carga de preocupación se convirtió en alegría. Sin embargo, aquella emoción le resultó demasiado agotadora. El sueño acudió a reclamarla, de modo que apenas fue consciente de las últimas palabras de Naroin.

—Me temo que no muchos más lo consiguieron.

Los ojos de Maia se cerraron y el mundo permaneció oscuro durante un tiempo largo, silencioso, inconmensurable.

Despertó para encontrar a una mujer de mediana edad inclinada sobre ella, tocándole amablemente la cabeza.

Hubo leves chasquidos, y la visión pareció aclarársele un poco. Se envaró debido a una oleada de mareo.

—No está demasiado mal, ¿verdad? —preguntó la mujer. Por su aspecto, debía de ser médico.

—Yo... supongo que no.

—Bien. Lo dejaremos así durante un tiempo. Ahora echemos un vistazo a nuestro trabajo.

La doctora abrió rápidamente la bata de Maia, dejando al descubierto una zona de piel púrpura que ambas observaron con desapasionado interés. Cicatrices lívidas asomaban en las zonas donde la habían intervenido; un semicírculo bordeaba su

rodilla izquierda. La doctora chasqueó la lengua, emitiendo sonidos tranquilizadores y algo maternalistas y al final ruidos que nada querían decir; luego se marchó.

Cuando la puerta se abrió, Maia vio a una mujer alta de aspecto militar que montaba guardia, vestida con el uniforme de alguna milicia de tierra. Más allá se encontraban los paneles aflautados de recolectores solares. Maia oyó el suave rumor del agua a lo largo de un casco laminado. El firme balanceo del barco indicaba que hacía buen tiempo, y la presencia de tecnología. Era un navío dedicado normalmente al transporte de personalidades.

.Pero el personaje para el que fue enviado hizo lo que nadie esperaba. Se hizo con su propio medio de transporte, y casi se escapó .

Aquella herida era todavía demasiado fuerte, demasiado grande para poder soportarla. Lo que más le dolía de la imagen que conservaba en su mente era lo hermosa que había sido la explosión. Una maravillosa convulsión de chispas y espirales deslumbrantes, que esparció brillantes fragmentos por un cielo limpio y azul. ¡No tenía derecho a ser tan hermosa! El recuerdo le llenó los ojos de lágrimas, que se le acumularon en los párpados y le marcaron surcos salinos y silenciosos por las mejillas.

Su último momento consciente no parecía más real que un sueño. ¿Había visto de verdad a Naroin? Recordó que la ex contramaestre dijo algo acerca de una carta. Al volverse y mirar hacia la mesa, Maia vio un papel doblado, sellado con cera. Con un gran esfuerzo consciente extendió la mano para cogerlo torpemente, debatiéndose contra oleadas de dolor. Alzó la carta y reconoció su nombre escrito en ella.

.De Brod y Leie, recordó. Ahora pudo sentir alegría... de un tipo abstracto y descolorido. Alegría porque aún vivían dos personas a las que amaba. Aquello contribuyó a aliviar la sensación de desolación y abandono que se alojaba en su corazón, dispuesta a salir en cuanto la doctora redujera un poco más la presencia de la ventosa agónica.

Su visión era aún demasiado borrosa para poder leer, así que permaneció inmóvil, acariciando el papel hasta que llamaron a la puerta. Se abrió y Naroin entró en la habitación.

—Ah, has vuelto con nosotras. Te perdiste el desayuno. ¿Dispuesta a intentarlo otra vez?

Se marchó de nuevo sin esperar la respuesta de Maia..*Así que no lo imaginé*, pensó, empezando a preguntarse por las implicaciones de aquello. ¿Por qué estaba allí Naroin? ¿Dónde estaba? ¿Y por qué ayudaba Naroin a cuidarla? Sin duda la mujer policía tenía cosas más importantes que hacer que jugar a enfermeras con una veraniega insignificante.

.A menos que tenga que ver con todas las leyes que he quebrantado... los lugares en los que he estado cuando se suponía que no estaba permitido... Cosas que he visto

y que el Consejo no quiere que se sepan .

Otra vez llamaron a la puerta. Esta vez entró una mujer joven que llevaba una bandeja cubierta. Maia se frotó los ojos, y entonces los abrió de par en par, sorprendida.

—¿Dónde quiere que le ponga esto, señora? —preguntó la muchacha. Su voz era más suave, un poco más aguda, pero por lo demás casi idéntica a la última que Maia había oído. La cara era una versión más joven de la última que había visto. Comprendió rápidamente.

—Clónicas —murmuró—. ¿Un clan de policías?

La joven ni siquiera tenía la edad de Maia. Una inveral de cinco años, entonces. Sin embargo, había algo en su sonrisa... Un atisbo de la relajada seguridad de Naroin. Colocó la bandeja a un lado de la cama, y se dedicó a arreglar las almohadas antes de ayudar a Maia a incorporarse.

—De detectives, en realidad. Por libre. Nuestro clan es pequeño a propósito. Nos especializamos en trabajo de campo individual. Normalmente, nunca se ve a dos de nosotras juntas fuera de la mansión, pero me convocaron cuando recibimos la llamada urgente de Naroin.

Era difícil de creer. La muchacha hablaba con un fuerte acento de clase alta. No tenía ninguna de las cicatrices de Naroin. Sin embargo, en sus ojos brillaba el mismo celo vigoroso, la misma desafiante ansiedad.

—Supongo que no me consideraréis una amenaza para vuestra tapadera —sugirió Maia.

—No, señora. He recibido instrucciones de ser franca con usted.

.Claro. ¿Qué daño puedo hacer? Maia confiaba en Naroin hasta cierto punto, lo suficiente para creer que tiraría de los hilos a fin de que la próxima jaula de Maia fuera más agradable que ninguna de las que había ocupado antes. Eso no significaba que fueran a dejarla suelta por Stratos para que comentara lo que había visto.

La muchacha colocó la bandeja sobre el regazo de Maia y alzó la tapa. No había tortitas, sino el predecible cuenco de gachas por prescripción médica. Sin embargo, olían tan fuerte que Maia se mareó. Ríos de zumo de naranja corrieron por sus dedos cuando agarró el vaso con ambas manos temblorosas. El líquido rojizo sabía a cielo refinado y exprimido.

—Esperaré fuera —dijo la joven inveral—. Llámeme si necesita algo.

Maia se limitó a soltar un gruñido. Concentrándose para controlar los temblores, se metió una cucharada de gachas en la boca. Mientras su cuerpo tiritaba con los placeres sencillos y animales de sabor y hartazgo, una pequeña parte de ella permaneció apartada, preguntándose: *¿Cuál será el apellido de su familia? Tendría que haberme dado cuenta. Naroin siempre fue demasiado competente para tratarse de otra var única .*

Maia sabía que, tarde o temprano, debía empezar a catalogar sus numerosas pérdidas en contraposición a sus escasos logros. Cuanto más tarde, mejor. Paso a paso... así era como planeaba vivir a partir de ahora. Maia no tenía ninguna intención de dejarlo, pero tampoco estaba preparada todavía para pensar linealmente.

A pesar de su anterior apetito, apenas pudo terminarse la mitad de la comida. Sintióse súbitamente fatigada, dejó que la versión más joven de Naroïn se llevara la bandeja. Ni una sola vez miró directamente la carta cerrada, pero continuó en contacto físico con ella, como una mujer que se ahoga podría agarrarse a una tabla de un barco naufragado.

Cuando despertó de nuevo, fuera estaba oscuro. Los fragmentos del sueño se evaporaron, como tímidos fantasmas que huyeran de la lámpara eléctrica que tenía junto a la cama. Tenía el cuerpo perlado de sudor, la carne de gallina. Sus pensamientos aún parecían dispersos, enfocados y coherentes un momento, y a continuación desbocados, como hojas arrastradas por el viento.

Eso le hizo recordar al viejo Bennett y su escoba, allá en el patio de la Casa Lamatia..¿*Qué pensaría de donde he estado... de lo que he visto?* Probablemente, el anciano ya no vivía. Lo que tal vez sería mejor, dado lo que había hecho Maia: entregar inadvertidamente a las archirreaccionarias manos de la Iglesia y el Consejo los últimos restos de aquella secreta esperanza que el anciano había guardado en su corazón. Un sueño que se había vuelto difuso al ser transmitido de generación en generación a través de logias secretas... como si los hombres pudieran conocer alguna vez la constancia de las clones.

Renna, Bennett, Leie, Brod, las rads, los hombres del.*Manitú*... había espacio de sobras para todos en el cuadro de honor de aquellos a quienes había abandonado.

.Basta, se dijo aturdida..*La cubierta fue aprestada hace tiempo. No te echas la culpa de cosas que no podías impedir .*

Pero combatir aquella sensación de fracaso, que resultaba menos evitable por ser tan vaga, era como pedir a los vientos y a las mareas que se detuvieran.

Maia vio que aún aferraba con fuerza la carta. Pedazos rojos de cera arrugada se esparcían sobre la colcha.

Intentó alisar el papel con las manos. Alzándolo a la luz, se esforzó por distinguir, entre las arrugas, una escritura menuda y fluida.

Querida Maia,

Ojalá pudiera estar contigo, pero dicen que hacemos falta aquí. Tengo que hacer de guía turístico, mostrando a toda clase de gente importante el Centro de Defensa. (Actúan como unas locas, así que supongo que esto era un secreto para un montón de altas madres de Caria, no sólo para el público). Leie también tiene un trabajo...

Naroin había dicho que ambos vivían, pero aquella confirmación era más sólida. Maia sollozó bruscamente, y se le nubló la vista cuando la emoción la abrumó.

... Leie también tiene un trabajo, haciendo demostraciones con esa increíble pared de simulación que encontraste. Ninguno de nosotros puede sustituirte, pero nos ayudamos mutuamente, y ansiamos hablar contigo en cuanto estés bien.

Supongo que ya te habrán informado, y escribo apresuradamente antes de que las Gentilleschi se te lleven. Desde mi punto de vista, esto es lo que pasó.

Cuando no regresaste una hora antes del amanecer, tiré del cable, como me hiciste prometer. Odié hacerlo, pero entonces algo me hizo cambiar de opinión. Poco después de que saliera el sol, estalló una batalla a bordo de los dos barcos. Me enteré más tarde de que fueron las vars a las que tú ayudaste a escapar...

Maia parpadeó. ¿Que yo qué? Lo único que había hecho fue prometer a Thalla algo que nunca pudo cumplir.

A menos que la gran var hubiera conseguido emplear las *tijeras* de algún modo. ¿Como ganzúa, tal vez? ¿Para soltar sus cadenas y luego engañar a las guardianas?

O tal vez Baltha y Togay se las quitaron cuando pareció inminente la batalla con los hombres.

... La revuelta salió bien, al principio. Pero entonces las saqueadoras contraatacaron antes de que las rads pudieran zarpar. Hubo disparos. Algunas rads huyeron en un pequeño bote antes de prender fuego a ambos barcos.

No me pareció un buen momento para bajar. Caminé de un lado a otro como un loco, preocupado por ti, hasta que llegué al extremo oriental del diente, de cara al mar.

Entonces vi la flotilla de Halsey que se acercaba. ¡No sólo el viejo *Audaz*, que estaba de servicio la última vez que estuve allí, sino la *Morsa* y el *León Marino* también! Supongo que la cofradía decidió por fin que ya estaba harta de sus antiguas clientas, y venía a saldar cuentas.

Corrí al ascensor, bajé al cuarto de baño y rompí un espejo. Cogí un trozo y volví a subir. Que el sol estuviera en el este me facilitó hacer señales a los barcos. Para darles una idea de lo que podían esperar. Hubo disparos cuando intentaron entrar en la laguna, y entonces el *León Marino* penetró en ella justo cuando llegaba todo el mundo.

Un par de hermosos barcos aparecieron por el extremo sur de Jellicoe, haciendo ondear los estandartes del templo. Y por el norte vi aparecer varios cruceros rápidos. ¡Más tarde supe que eran del Departamento de Policía Comercial de Ursulaborg! Un poco fuera de su jurisdicción, ¿pero a quién le importa? Parece que Naroin las había

convocado como milicia. Policías locales y honradas sin conexión con el Consejo.

¡Justo cuando aquella multitud llegaba a la laguna, y empezaba a salir humo del viejo santuario, apareció un enorme zep'lin! No me gustó el aspecto de las clones que se asomaban a la góndola. (¡Estaban enfadadas de veras!). Así que me conecté al torno y bajé. Llegué a tiempo de ayudar a mi cofradía a convencer a las monjas del templo y a la partida de Naroin de que todos estábamos del mismo bando.

Llevó un rato vencer a la retaguardia de las saqueadoras (son unas luchadoras magníficas), y luego corrimos tras ellas mientras os perseguían...

Los ojos de Maia se nublaron. Aunque el sencillo relato de Brod era apasionante, sus fuerzas eran limitadas y sentía la mente llena hasta reventar. Sin querer apresurar las cosas, esperó a que su visión se aclarara antes de continuar.

Estaba todo hecho un desastre, sobre todo ante el auditorium, donde la gente del *Manitú* había combatido a las saqueadoras. Por fortuna, había médicos para cuidar de los heridos.

Esa pared de luces nos detuvo en seco un momento, y me asusté cuando vi a Leie, gimiendo en el suelo; pensé que eras tú. Está bien, por cierto, pero eso ya te lo he dicho. Leie quería perseguir a las que te perseguían. Pero me dijeron que ayudara a sacarla donde el aire era más limpio, mientras que las profesionales de Naroin dirigían la persecución desde allí.

Salimos justo a tiempo de ser derribados por lo que pareció un trueno. Alzamos la cabeza y vimos la lanzadera espacial lanzar su vaina al cielo... y lo que sucedió después.

Lo siento, Maia. Sé que debe de ser horrible, como cuando sacamos tu pobre cuerpo y pensé que te estabas muriendo. Yo me sentí como debiste sentirte tú al ver volar en pedazos a tu amigo alienígena.

Una vez más, a Maia se le partió el corazón. Sin embargo, esta vez pudo sonreír amargamente.. *El bueno de Brod*, pensó. Era la cosa más romántica que jamás le había dicho nadie.

Leie y yo esperamos fuera mientras las monjas-médico te operaban (ése es el grupo que aún no comprendo de dónde salió, ni por qué. ¿Las llamaste tú?). Mientras tanto, hubo muchas preguntas. Mucha gente insistía en oír lo que todo el mundo sabía, aunque eso significaba repetirlo una y otra vez. La historia siguió desvelándose, poco a poco, mientras que continuamente llegaban más barcos y zeps.

¡Oh, demonios! Me llaman otra vez, así que esto tendrá que ser todo por ahora. Te escribiré más adelante.

Mejora pronto, Maia. ¡Te necesitamos, como de costumbre, para descubrir qué tenemos que hacer!

Con calor invernal, tu amigo y compañero,

BROD

Había una posdata con otra letra: unos garabatos zurdos que Maia reconoció al instante.

Hola, hermanita:

Ya me conoces. Escribo fatal. Recuerda que somos un equipo. Te alcanzaré, dondequiera que te lleven.

Cuenta con ello. Con amor,

L.

Maia releyó los últimos párrafos, y luego dobló la carta y la guardó bajo la almohada. Se dio la vuelta, para apartarse de la suave luz, y se quedó dormida. Esta vez sus sueños, aunque dolorosos, fueron menos desconsolados y solitarios.

Cuando al día siguiente la subieron a cubierta en silla de ruedas para que tomara un poco el sol, Maia descubrió que no era la única pasajera convaleciente a bordo. Media docena de mujeres vendadas yacían en diversos estados de mejoría, bajo la vigilancia de un par de milicianas. La joven clon de Naroin (se llamaba Hullin) le dijo que otras descansaban abajo, demasiado enfermas para poder ser trasladadas.

Los hombres heridos viajaban por separado, naturalmente, a bordo del *León Marino*, que podía verse siguiendo un rumbo paralelo, tan esbelto y poderoso que casi mantenía el ritmo de esta veloz fragata. Hullin no pudo darle ninguna información sobre qué miembros de la tripulación del *Manitú* habían sobrevivido al combate en el Santuario Jellicoe, aunque prometió averiguarlo. Sabía que no eran muchos. Las doctoras, inexpertas en el tratamiento de las heridas de bala, habían perdido a varios en la mesa de operaciones.

Esa noticia hizo que Maia se quedara contemplando el agua azul, deprimida, hasta que una presencia se situó a su lado.

—Hola, virgie... Me alegro de verte.

La voz era una sombra de su melifluido y persuasivo tono de antes. La piel casi negra de la líder rad tenía ahora un aspecto manchado, casi pálido por la enfermedad y la anemia.

—Ése no es mi nombre —le contestó Maia a Kiel—. Y el resto no es de tu incumbencia. Nunca lo fue.

Kiel asintió, aceptando la reprimenda.

—Hola pues, Maia.

—Hola. —Haciendo una pausa, Maia lamentó su dura respuesta—. Me alegra ver que lo conseguiste.

—Mm. Lo mismo digo. Dicen que la supervivencia es la única lisonja de la Naturaleza. Supongo que es cierto, incluso para prisioneras como nosotras.

Maia no estaba de humor para filosofías amargas, y demostró lo que sentía guardando silencio.

Con un pesado suspiro, Kiel se alejó unos pasos, dejándola contemplar en paz el océano. Sabía que había preguntas que sin duda tendría que hacer. Tal vez lo hiciera dentro de poco. Pero en aquel preciso momento su mente permaneció rígida, como su cuerpo, demasiado inflexible para rápidos cambios de inercia.

Poco antes del almuerzo, el aburrimiento empezó a restarle atractivo incluso al mal humor. Maia releyó la carta de Brod y Leie unas cuantas veces más, empezando a preguntarse qué se escondía entre las líneas apresuradamente garabateadas. Había allí tensiones y alianzas, tanto manifiestas como implícitas. ¿Policías locales y sacerdotisas? ¿Actuando independientemente de sus jefas oficiales, en Caria? ¿Se habían unido a los Pinniped sólo para eliminar a una banda de piratas? ¿O su intención iba más lejos?

¿Y los clanes defensivos especiales y secretos que también habían llegado a Jellicoe para asegurar la base oculta? Que ya no lo era, después de todo. Y también estaban las radicales de Kiel, en tierra. Y las Perkinitas, por supuesto. Todas tenían sus propios planes. Todas se sentían en peligro ante cualquier posible cambio en el orden social de Stratos.

Podría haber sido una situación fraguada con más violentos peligros, quizás el riesgo de una guerra abierta, si el objeto de su litigio no se hubiera evaporado en el aire ante los ojos de todas. Eliminada la pieza central de la lucha, el frenético ambiente de excesos tal vez se hubiera aliviado. Al menos las muertes habían cesado, por ahora.

Era demasiado complicado para concentrarse en ello durante mucho tiempo. Se alegró cuando una asistente la llevó de regreso a su habitación, donde comió y luego echó una larga siesta. Más tarde, cuando Naroin apareció, Maia se sentía algo mejor, con la mente un poco más en camino de elaborar pensamientos racionales.

La ex contra maestra llevaba un puñado de delgados volúmenes encuadernados en cuero.

—Los enviaron antes de que zarpáramos, para cuando te sintieras mejor. Un regalo del comodoro Pinniped.

Maia miró a Naroin. El acento de la detective se había suavizado bastante. No es que ahora fuera refinado, ni de lejos. Pero había perdido gran parte de su duro tono

náutico.

Los libros se encontraban junto a la cama. Maia acarició el lomo de uno, lo tomó, y abrió las finas páginas blancas.

.Vida. Reconoció el tema al instante y suspiró..¿Quién la necesita?

Sin embargo, el papel era un placer para el tacto. Incluso su olor era voluptuoso. Breves miradas a las ilustraciones, que contenían incontables muestras de diminutas casillas y puntos, parecieron tirar de un rincón de su mente igual que una luz brillante y brusca podría iniciar los principios de un estornudo.

—Siempre he creído que para algunos hombres era, bueno, casi adictivo, como una droga. ¿Es lo que tú sientes? —Naroin parecía sentir respeto y una auténtica curiosidad.

Maia apartó el libro. Tras varios segundos, asintió.

—Es agradable. —Tenía la garganta demasiado pastosa para decir más.

—Mm. Con todo el tiempo que he pasado entre marineros, se podría pensar que a mí también me gusta. —Naroin sacudió la cabeza—. No puedo decir que así sea. Me gustan los hombres. Me llevo bien con ellos. Pero supongo que algunas cosas están más allá del gusto o la repulsa.

—Supongo.

Hubo un momento de silencio, y entonces Naroin se acercó para sentarse en el borde de la cama.

—Por esto estaba en el viejo. *Wotan* la primera vez que subiste a bordo, en Puerto Sanger. Mi experiencia como marinera me da cobertura para mi misión. El barco carbonero haría muchas paradas a lo largo de la costa. Me permitiría buscar pistas en los lugares adecuados.

—¿Para encontrar a un alienígena perdido?

—¡Lysos, no! —Naroin se echó a reír—. Oh, ya lo habían secuestrado entonces, pero mi clan no fue llamado a intervenir. Nuestras madres sabían que había pasado algo sucio, claro. Pero una agente de campo como yo se ciñe a su misión... al menos hasta que encuentre un motivo claro para cambiar de pista.

—El polvillo azul, entonces —dijo Maia, recordando el interés de Naroin por los acontecimientos de Lanargh.

—Eso es. Sabíamos que un grupo había empezado a distribuir la droga otra vez, a lo largo de la costa fronteriza. Sucede cada dos o tres generaciones. A menudo gastamos unas cuantas barras de monedas para localizarlas.

Allí estaba otra vez, el cambio de perspectiva que separaba a las vars de las clónicas. Lo que una veraniega había visto como urgente debía parecer menos acuciante desde el paciente punto de vista de las colmenas stratoianas.

—El polvillo existe desde hace tiempo, entonces. Déjame adivinar. Cada aparición es un poco menos preocupante que la anterior.

—Cierto —asintió Naroin—. Después de todo, las potenciaciones de invierno no tienen ningún efecto genético.

Sólo se producen nuevas variantes en verano, cuando los esfuerzos del hombre se recompensan con auténticos retoños. Los varones que reaccionan menos a la droga son un poco más tranquilos y transmiten mejor esa tendencia. Cada aparición es un poco más suave, más fácil de reprimir.

—¿Entonces por qué es ilegal el polvillo?

—Tú misma lo has visto. Causa accidentes, violencia durante la época de tranquilidad. Da a los clanes ricos ventajas injustas sobre los pobres. Pero hay más. El polvillo se inventó con un propósito.

Maia parpadeó una, dos veces, entonces comprendió.

—A veces... puede ser útil tener hombres...

—Calientes como el fuego, incluso en mitad de la estación de la escarcha. Eso es.

—El Enemigo. Usamos esa droga durante la Defensa.

—Eso es lo que yo pienso. Lysos respetaba a Mamá Naturaleza. Si quieres que una tendencia pase a segunda fila, muy bien, pero eso no quiere decir que haya que olvidarla. Es mejor ponerla en un estante, de donde pueda volver a cogerse algún día.

Los pensamientos de Maia ya se habían desbocado..*Las legisladoras del Consejo debieron de inundar Stratos con la droga durante la batalla para expulsar la nave del Enemigo* .

Imagina a cada guerrero varón. Casi de la mañana a la noche, podría haber multiplicado la fuerza de la colonia, completando la habilidad y planificación femenina con una furia sin parangón en el universo.

.¿Pero qué sucedió después de la victoria?

Los hombres buenos (los que podrían haber sido dignos de confianza en cualquier mundo del Phylum, incluso antes de Lysos) habrían renunciado voluntariamente al polvillo. O al menos conservado la cabeza hasta que se agotara..*Pero hay todo tipo de hombres. No es difícil imaginar una plaga como la Revuelta de los Reyes estallando durante el caos posterior a la guerra. Sobre todo con toneladas de droga flotando alrededor* .

.¿Fue causa suficiente para traicionar a los Guardianes de Jellicoe?

Maia sabía que el Consejo no hacía las cosas sin un motivo.

—Supongo que tu misión cambió la siguiente vez que nos vimos —espoleó a Naroin.

La pequeña morena se encogió de hombros.

—Oí algunas cosas raras. Mercenarias conocidas recibían ofertas por toda la costa. Se informó de la presencia de agentes radicales deambulando por Grange Head. No fue difícil averiguar dónde podía echar un vistazo de cerca a lo que pasaba.

Maia frunció el ceño.

—No sospechaste que Baltha...

—¿Su traición, al pasarse a las saqueadoras? ¡No! Sabía que había tensión, por supuesto. Ahora que lo pienso, tal vez debería haberlo deducido... —Naroin se detuvo, sacudió la cabeza—. Haz caso a lo que te dice una experta, muchacha. No merece la pena echarle la culpa por algo que no puedes impedir. No mientras lo intentes.

Maia apretó los labios. Eso era exactamente lo que se había estado diciendo. Por la expresión en los ojos de Naroin, no se volvía mucho más creíble a medida que te hacías mayor.

Esa noche se enteró de quién había podido sobrevivir, y de quién había muerto.

Thalla, el capitán Poulandres, Baltha, Kau, la mayoría de las rads, la mayoría de las saqueadoras, casi todos los tripulantes del *Manitú*, incluido el joven navegante que había ayudado a Maia y a su gemela a encontrar el camino en la deslumbrante complejidad de la pared-mundo. La cifra era sorprendente. Incluso la endurecida Naroin, que había visto muchas batallas formales e informales, apenas podía creer que hubiesen encontrado tantísimos cadáveres en Jellicoe.. *¿Es así la guerra?*, pensó Maia. Por primera vez le pareció comprender, no sólo de modo abstracto, sino visceralmente, lo que había impulsado a las Fundadoras a tomar decisiones tan drásticas.

Sin embargo, estaba decidida a no dejar que las propagandistas Perkinitas se aprovecharan de aquel episodio.. *Si conservo alguna libertad de acción, voy a asegurarme de que se sepa. Poulandres y sus hombres fueron obligados a luchar. Esto fue algo más que un simple caso de hombres convertidos en salvajes .*

¿Qué era, pues? Sin duda alguna considerarían a Renna culpable, un transmisor de plagas cuya sola presencia, y la amenaza de traer a más de los de su especie, inflamó lo peor en varios sectores de la sociedad de Stratos. Para Maia, aquello era como echar la culpa a la víctima. Sin embargo, podrían utilizar tales argumentos.

Después de cenar, mientras Hullin la llevaba a cubierta, Maia se encontró con Kiel por segunda vez. En esta ocasión vio más claramente a la otra mujer, no a través de una cortina de resentimiento por cosas que ya eran historia. La agente rad lo había perdido todo: a sus amigas, su libertad, la esperanza de su causa. Maia fue más amable con su antigua compañera de vivienda. Apesadumbrada, extendió la mano para consolar y perdonar.

Agradecida, la fuerte e indomable Kiel se vino abajo y se echó a llorar.

Más tarde, mientras anochecía, el horizonte occidental empezó a titilar. Maia contó cinco, seis... y finalmente diez faros que cortaban rítmicamente los kilómetros de océano con tranquilizadora constancia. Por los mapas estudiados en su juventud, reconoció sus frecuencias y colores y supo sus nombres: Conway, Ulam, Turing,

Gardner... famosos santuarios-faro de la costa de Méchant. Y, más allá del Faro Rucker, una gran extensión de suaves diamantes que cubrían una bahía y las colinas cercanas. El panorama nocturno de la gran Ursulaborg.

La llevaron a un templo. No el grandioso monumento de mármol que dominaba la ciudad desde los acantilados del norte, sino un retiro modesto de una sola planta que se extendía a lo largo de una hectárea vallada de bosques bien atendidos, a varios kilómetros río arriba del corazón de la atestada metrópoli. Maia podía ver que el ambiente semirural era un artificio cuidadosamente atendido por los pequeños pero prósperos clanes que compartían el vecindario. Claros arroyos corrían entre jardines, montañas de paja, molinos y talleres industriales.

Era un lugar donde generaciones de niñas, y las hijas de sus hijas, podrían jugar, crecer y atender los asuntos familiares a un ritmo reposado; confiadas en un mundo cuyos cambios serían lentos.

Los amurallados terrenos del templo eran poco atractivos. La capilla contenía los símbolos adecuados para venerar a la Madre Stratos y a las Fundadoras como era debido, aunque Maia sospechaba que no todo era ortodoxo. Guardianas vestidas de cuero patrullaban la empalizada. En el interior, el esperado aire de cultivada serenidad quedaba anulado por un barniz de tensión latente.

A excepción de Naroin y de su hermana más joven, ninguna de las mujeres se parecía.

Tras dejar atrás la capilla, los lúgars que transportaban el palanquín de Maia se acercaron a una modesta casa de madera, apartada del conjunto principal, rodeada de un porche. La doctora que había tratado a Maia a bordo del barco Gentilleschi conversó con dos mujeres, una alta y de aspecto severo, vestida con hábitos sacerdotales, y la otra rotunda, con túnica de diaconisa. Naroin, que las había acompañado desde el muelle fluvial, dio un largo rodeo a la casa para comprobar su seguridad, mientras Hullin echaba una rápida ojeada a su interior. Tras reunirse cerca del porche, ambas intercambiaron movimientos de cabeza.

Con la ayuda de una monja-enfermera, Maia bajó del palanquín, soportando estoicamente el profundo dolor de su rodilla y su costado. La ayudaron a subir una corta rampa hasta la casa, y se detuvieron en la entrada, cuando la alta sacerdotisa se inclinó para mirarla a los ojos.

—Aquí tendrás paz, hija. Hasta que decidas marcharte, ésta será tu casa.

La mujer gruesa vestida de diaconisa suspiró, como si no aprobara que se hiciesen promesas que después resultarían difíciles de cumplir. A pesar del dolor y la fatiga, a Maia le pareció que había aprendido más de lo que las otras deseaban.

—Gracias —dijo roncamente, y dejó que las enfermeras la condujeran por el porche hasta una habitación con puertas deslizantes hechas de paneles de madera,

finos como el papel, que daban a un jardín y un pequeño estanque. Las sábanas de la cama eran más blancas que una nube. Maia no recordó que la ayudaran a acostarse.

Los murmullos del agua y el viento entre las ramas la arrullaron en su sueño.

Despertó para encontrar, junto a su cama, los delgados volúmenes que le habían regalado los Pinniped, además de una cajita y un papel doblado. Abrió la nota.

.Me iré durante una temporada, pequeña var, decía..Dejo a Hullin para que mantenga un ojo abierto. Aquí son buena gente, aunque tal vez un poco locas. Te veré pronto. Naroin .

La partida de la detective no supuso ninguna sorpresa. Maia se había preguntado ya por qué Naroin se quedaba con ella tanto tiempo. Sin duda tenía trabajo que hacer.

Maia abrió la caja. Dentro del papel de envolver encontró una funda hecha de cuero aromático, atada con una cinta. La abrió y halló en su interior un brillante instrumento de bronce y cristal. El sextante era hermoso, perfecto, y tan bien fabricado que le resultó imposible de determinar su antigüedad, salvo por el hecho de que no poseía pantalla ni ninguna forma obvia de acceder a la Vieja Red. Con todo, a simple vista era mucho más valioso que el que había dejado en Jellicoe.

Maia desplegó los brazos y acarició el aparato. De todas formas, esperaba que Leie consiguiera recuperar el antiguo. Aunque estaba viejo y medio roto, lo consideraba suyo.

Se cubrió la cabeza con la manta y yació hecha un ovillo, deseando que su hermana estuviera allí. Que estuviese Brod. Deseando no tener la mente tan llena de visiones de espirales de humo y chispas resplandecientes que esparcían cenizas entre las nubes estratosféricas.

Pasó lentamente una semana. La médica la visitaba cada mañana para examinarla, reducir gradualmente los efectos anestésicos de la ventosa agónica, e insistir en que la paciente debía dar pequeños paseos por los terrenos del templo. Por las tardes, después de almorzar y echar una siesta, Maia era transportada en litera hasta un parque de la ciudad que daba al centro de Ursulaborg. La acompañaban varias monjas de duro aspecto, cada una de ellas blandiendo un «bastón para camina». de hierro con mango en forma de cabeza de dragón. Maia se preguntó por qué tantas precauciones. Entonces advirtió que sus asistentas miraban hacia atrás, pendientes de cuatro mujeres idénticas de aspecto formidable que las seguían a unos metros de distancia, vestidas de civiles pero caminando con la calmada precisión de las militares. Aquello echaba a perder la sensación de normalidad que experimentaba al recorrer los concurridos mercados.

Por primera vez desde que Leie y ella exploraron Lanargh, Maia se sintió de nuevo inmersa en la vida corriente de Stratos. Comercio, tráfico y conversaciones fluían en todas direcciones. Incontables rostros desconocidos aparecían en tríos, quintetos, o incluso en octetos de mediana edad. Sin duda les habría parecido

terriblemente exótico a dos inocentes gemelas del lejano noreste que hubieran desembarcado allí tras su primer viaje. Ahora, sus múltiples aunque sutiles diferencias con Puerto Sanger sólo le parecían triviales e irrelevantes.

Lo que Maia advertía eran las similitudes, vistas con nuevos ojos.

Dentro de un taller de ladrillo, abierto a la calle, se podía ver a una familia de artesanas fabricando una delicada vajilla. Una anciana matriarca supervisaba los libros de cuentas, y discutía por un vagón de barro que habían traído tres mujeres idénticas. Tras ella, clónicas de mediana edad trabajaban encendiendo los hornos, y ágiles jóvenes aprendían el arte de usar sus largos dedos para hacer girar el barro y moldear bultos informes hasta convertirlos en los delicados objetos por los que su clan, sin duda, era bien conocido en la localidad.

Maia sólo tuvo que cambiar una lente mental para imaginar otra escena.

Las paredes retrocedieron, perdiéndose en la distancia. Los sencillos bancos y los tornos de alfarera fueron sustituidos por las claras líneas de la maquinaria premoldeada, programada para introducir barro en moldes diseñados por ordenador, que pasaban luego bajo un deslumbrante chorro, y después bajo lámparas de vapor, para emerger en grandes cantidades, perfectos, sin haber sido tocados por ninguna mano humana.

El placer del trabajo. La tranquila y serena aceptación de que cada obrera de un clan tenía un lugar... un lugar que sus hijas también podrían llamar suyo. Todo aquello se perdería.

Entonces, mientras sus porteadores se abrían paso entre la multitud del mercado, Maia vio el puesto donde el clan alfarero vendía su mercancía. Echó una ojeada a los precios... por un solo plato, más de lo que una var ganaba en cuatro días de trabajo. Tanto, que un clan modesto repararía un plato desconchado muchas veces antes de pensar en comprar un sustituto. Maia lo sabía. Incluso en la rica Casa Lamatia, las niñas del verano rara vez cenaban en vajilla intacta.

Multiplícalo ahora por mil productos y servicios, todos los cuales podían ser ampliados, reproducidos, abaratados inconmensurablemente y puestos más al alcance de todas gracias a la tecnología aplicada..¿Cuánto se ganaría?

Todavía más:..¿Y si alguna de aquellas hijas clónicas quería algún día hacer algo diferente, para variar?

Espió a un grupo de niños que corrían en círculos alrededor de los pacientes lúgares, y luego continuaron hacia el parque. Eran los únicos varones que había visto, incluso ahora, a mediados de invierno. Todos los demás estarían más cerca del agua, aunque nadie les prohibía el paso en aquella época del año. A Maia, después de haber pasado tanto tiempo en compañía de hombres, le pareció extraño no tener a ninguno cerca. Tampoco las vars eran tan comunes. A excepción de en los terrenos del templo, eran también una escasa minoría.

Al llegar al parque, Maia se bajó torpemente de la litera y caminó hasta un saliente amurallado que daba a Ursulaborg. Ante sí tenía una de las grandes ciudades del mundo, que Leie y ella habían soñado poder visitar algún día. Ciertamente, superaba todo cuanto había visto, aunque ahora le parecía insignificante. Sabía que cabría en el bolsillo de cualquier metrópoli, en casi cualquier mundo del Phylum... a excepción de aquellos otros que habían elegido el pastoralismo en lugar del frenético genio del *Homo technologicus*.

Renna había mostrado su respeto por los logros de Lysos y las Fundadoras, aunque creía claramente que estaban equivocadas.

¿Y yo, qué creo?, se preguntó Maia. *Hay problemas*. Eso sí lo sabía. *¿Pero hay soluciones?*

Aún le resultaba terriblemente difícil pensar en Renna. En un rinconcito de su mente, una vocecita persistente se negaba a dejarlo estar. *Los muertos han vuelto antes*, insistía, recordándole el milagroso regreso de Leie. Otras personas habían creído muerta a la propia Maia, para descubrir luego que los informes eran prematuros.

La esperanza era un ascua dolorosa... y en aquel caso absurda. Cientos de personas habían sido testigos de la volatilización del Visitante.

.Déjalo. Se dijo que debía alegrarse simplemente de haber sido su amiga durante un tiempo. Quizás, algún día, habría una oportunidad de honrarlo, encendiendo una luz aquí o allá.

Todo lo demás era fantasía. Todo lo demás era polvo.

A medida que fue mejorando, Maia empezó a recibir visitas.

Primero llegó un grupo de erguidas y elegantes clones de ojos grandes y narices estrechas, vestidas con hermosos tejidos modestamente teñidos. Las sacerdotisas se las presentaron como las madres mayores del Clan Starkland, de la cercana Joannaborg, un nombre que a Maia sólo le resultó vagamente familiar hasta que las mujeres se sentaron frente a ella, y empezaron a hablar de Brod. Al instante, reconoció el parecido de familia. Su nariz, sus ojos grandes y honestos.

Su amigo no había exagerado. El clan de bibliotecarias, en efecto, seguía preocupándose por sus hijos, e incluso, al parecer, por sus hijas del verano, después de su marcha de casa. Las ancianas se habían enterado de los infortunios de Brod, y querían confirmación de primera mano. Maia se sintió conmovida por su amabilidad y sus ansiosas expresiones de preocupación.

Mientras les contaba un relato abreviado de sus viajes con su hijo, les mostró la carta que demostraba que se encontraba bien.

—Estilo pobre —rezongó una de ellas—. Y mira qué mala letra.

Otra, un poco más vieja, la reprendió.

—¡Lizbeth! Ya has oído hablar a la joven de lo que ha sufrido el pobre muchacho. —Se volvió hacia Maia—. Por favor, disculpa a nuestra hermana. Parió a nuestro Brod, y está exagerando. Continúa.

Maia apenas consiguió no sonreír. Una dulzura modesta y algo dispersa parecía una tendencia básica de aquel linaje. Pudo ver de dónde procedían algunas de las cualidades que admiraba en Brod. Cuando se levantaron para marcharse, las mujeres instaron a Maia a llamarlas si alguna vez necesitaba algo. Maia les dio las gracias, y respondió que dudaba que fuera a quedarse mucho tiempo en la ciudad.

La noche anterior, había oído a la sacerdotisa y a la diaconisa discutir mientras pasaban cerca de su ventana, sin duda creyendo que estaba dormida.

—No ves la situación como la veo yo —dijo la rotunda laica—. Mientras las idealistas vars os quedáis aquí sentadas en esta fortaleza rústica, haciendo declaraciones morales, la presión aumenta. Las Teppin y las Prost...

—Las Teppin no me quitan el sueño —respondió la sacerdotisa.

—Deberían. El templo de Caria gira a capricho de...

—Los clanes eclesiásticos —replicó la otra—. Las sacerdotisas de campo y las monjas son otra cosa. ¿Pueden las jerarquías anatémizar a tantas? Se arriesgan a que las herejes superen en número a las ortodoxas en la mitad de las poblaciones costeras.

—Ojalá estuviera tan segura. Parece un riesgo demasiado grande para una pobre muchacha herida.

—Sabes que no es por ella.

—En general no. Pero en cierto modo, es un símbolo. Los símbolos cuentan. Mira lo que sucede con los hombres...

.¿Hombres?, se preguntó Maia, mientras las voces se perdían en la distancia..
¿Qué han querido decir con eso?

.¿Qué hombres?

Recibió una respuesta parcial más tarde, después de que las matronas del Clan Starkland se marcharan, cuando se produjo un altercado a las puertas del templo. Maia se encontraba ya lo bastante bien para salir al porche de su casita de invitadas y ser testigo de la feroz discusión que tenía lugar cerca de la carretera. Las vars que hacían de guardianas observaban atentas a un grupo de clones como las que Maia había visto antes seguir su litera por la ciudad. Éstas, a su vez, intentaban impedir la entrada a un tercer grupo: una delegación de varones que llevaban los uniformes reglamentarios de una de las cofradías marineras. Los hombres, a primera vista, parecían mansos.

Contrariamente a las mujeres de ambos grupos, no llevaban armas, ni siquiera bastones para caminar. Con los ojos gachos y las manos cerradas, asentían amablemente a todo lo que se les gritaba. Mientras tanto, seguían avanzando, poco a poco, hasta que las clónicas se encontraron acorraladas contra la pared, sin espacio

para maniobrar. Fue una táctica cómica pero efectiva por parte de los hombres, pensó Maia, que compensaban la docilidad propia del invierno a fuerza de tamaño y obstinación. No tardaron en atravesar la puerta, dejando a las exasperadas soldados-clones resoplando de frustración. Las divertidas sacerdotisas del templo dieron la bienvenida a los hombres, y les indicaron que siguieran a la hermana de Naroin. Sacudiendo la cabeza, Hullin guió a la pequeña compañía hasta el *bungaló* de Maia.

El líder del grupo llevaba los emblemas de las medias lunas gemelas de comodoro en las mangas de un uniforme limpio aunque algo gastado. Su porte era erguido, aunque caminaba cojeando. Bajo una mata de pelo gris oscuro y unas tupidas cejas, sus ojos recordaron a Maia los mares de casa, en el norte. Se estremeció, y se preguntó por qué.

Una vez dentro, los oficiales se sentaron en esterillas mientras las monjas servían refrescos. Maia se esforzó por recordar las lecciones de cortesía para con los hombres durante aquella época del año. Allá en la escuela de las veraniegas, todo parecía tremendamente abstracto. Ni en los más descabellados sueños que Leie y ella habían compartido en su ático, habían imaginado tener que verse ante una asamblea tan numerosa como aquélla.

Lo normal era hablar de nimiedades, empezando por el tiempo, y luego pasar a escuetas observaciones sobre lo bonitos que consideraban los hombres su porche y su jardín. Ella confesó su ignorancia en materia de plantas exóticas, así que dos oficiales le explicaron los nombres y orígenes de algunas variedades que habían sido transplantadas desde lejanos valles para preservar sus especies. Mientras tanto, el corazón de Maia se desbocaba de tensión.

¿Qué quieren de mí?, se preguntó, a la vez excitada y aterrada.

El comodoro le preguntó qué le parecía el sextante que había recibido como sustituto del que había abandonado en Jellicoe. Ella le dio las gracias, y el arte de la navegación se convirtió en un absorbente tema de conversación durante unos cuantos minutos más. A continuación, discutieron acerca de los libros del Juego de la Vida, más sobre su condición de finos ejemplares del arte de la impresión y la encuadernación que sobre la información que contenían.

Maia intentó relajarse. Había presenciado incontables veces ese tipo de conversación, mientras servía bebidas en la casa de invitados de Lamatia. El primer mandamiento era paciencia. Sin embargo, suspiró aliviada cuando el comodoro finalmente fue al grano.

—Hemos recibido informes —empezó a decir con voz grave, mientras se frotaba los tendones de una mano con la otra—. De miembros de nuestra cofradía que participaron en los... incidentes de Faro Jellicoe. Los Pinniped también hemos compartido observaciones con nuestros hermanos de la Cofradía de la Golondrina de Mar...

—¿Quiénes? —Maia sacudió la cabeza, confusa.

—Aquellos para quienes la pérdida del *Manitú*... de Poulandres y su tripulación... fue como una puñalada en el corazón.

Maia dio un respingo. No conocía el nombre de su cofradía. En el mar, con Renna, no le había parecido importante. Al volver a encontrarse de nuevo con la tripulación del *Manitú*, bajo tierra, no había tenido tiempo de preguntarlo.

—Ya veo. Continúa.

El hombre inclinó brevemente la cabeza.

—Entre las muchas cofradías y logias, hay demasiada confusión sobre lo que se hizo, lo que se hace y lo que debe hacerse. Nos sorprendimos al enterarnos de que el Formador Jellicoe existía realmente. Ahora, sin embargo, nos dicen que este descubrimiento carece de importancia. Que tiene significado sólo para las arqueólogas. Las leyendas no significan nada, se dice. Los hombres *de verdad* no buscan construir lo que no pueden crear con sus manos.

Alzó las suyas, callosas y llenas de cicatrices por haber pasado muchos años en el mar, tan arrugadas como los ojos que habían pasado toda una vida escrutando el sol, el viento y las aguas. Maia advirtió que eran unos ojos tristes. La soledad parecía teñir sus profundidades.

—¿Quién os ha dicho eso?

Él se encogió de hombros.

—Aquellas a quienes nuestras madres nos enseñaron a aceptar como guías espirituales.

—Oh. —A Maia le pareció comprender. Pocos muchachos nacían de vars solas o de microclanes. Para la mayoría, la educación conservadora que Maia compartía con Leie y Albert en Lamatia era la norma. Era tan importante para el Plan de las Fundadoras como cualquier manipulación genética de la naturaleza masculina, y explicaba por qué hechos importantes como la Revuelta de los Reyes estuvieron condenados desde el principio.

—Hay más —continuó el comodoro—. Aunque habrá compensación por nuestras pérdidas, y las de la Gaviota, nos dicen que no hay deuda de sangre con la muerte del llamado Hombrecillo Listo. No formaba parte de ninguna cofradía, de ningún barco, de ningún santuario. «No le debemos ningún recuerdo ni honor». Eso se dice.

.Se refiere a Renna, comprendió Maia. Su amigo había mencionado aquel cruel mote a bordo del *Manitú*.

Aunque admiraba la sana habilidad de los marineros, Renna había dado a entender que atrapaba a los hombres en una obsesión ritualista, limitando eternamente la dimensión de sus ambiciones.

.Después de que Jellicoe fuera evacuado por la fuerza, ¿cuántas generaciones hicieron falta para que los grandes clanes consiguieran esto? No puede haber sido

fácil. La leyenda debe de haber contraatacado, aferrada a la vida, a pesar de su supresión en las rodillas de casi todas las madres .

Aprendiera o no alguna vez la historia completa, Maia estaba ya segura de algunas cosas. Antiguamente hubo una gran conspiración. Y estuvo a punto de tener éxito. Una conspiración que podría haber alterado para siempre la vida en Stratos.

En aquellos días el Consejo no anduvo falto de razón cuando usó el pretexto de la Revuelta de los Reyes para apoderarse de Faro Jellicoe y expulsar a los antiguos «Guardiane»., como los había llamado el médico del *Manitú*. Aquellos guardianes de la ciencia habían sido más subversivos, más amenazadores para el *status quo* que el cegato intento de los reyes. La existencia del cañón lanzadera orbital utilizado por Renna lo dejaba bien claro.

Un plan para reclamar el espacio exterior. Y con él, una forma radicalmente distinta de vivir en el universo. .

Aún más, los Guardianes consiguieron mantener en secreto el emplazamiento de su gran factoría, su «Formado».. El Consejo confiscó rápidamente los grandes motores de defensa sin imaginar lo cerca que seguía trabajando un secreto remanente. Aquello debió de continuar durante generaciones. Hombres y mujeres, entrando y saliendo de Faro Jellicoe, reclutando cuidadosamente a sus propios sustitutos, perdiendo experiencia y habilidad con cada traspaso de la antorcha hasta que, por fin, la inexorable lógica de la sociedad stratoiana condenó a la extinción a su valiente grupo olvidado. Al cabo de más de un millar de años no era otra cosa que una pobre fábula.

.Renna debió de encontrar la nave y la lanzadera casi terminadas. Usó el Formador, y lo programó con su propia experiencia y conocimientos para fabricar las últimas piezas necesarias .

Era todo un logro haber conseguido tanto en tan pocos días. Quizá lo habría logrado si no se hubiera visto obligado a avanzar el lanzamiento de la nave debido al prematuro descubrimiento de su escondite.

La voz de la culpa era más insistente que la de la razón. Pero ahora Maia sentía algo que podía con ambas: el deseo de contraatacar. Sería inútil, desde luego, sobre todo a la larga. Pero a corto plazo tenía la oportunidad de descargar un golpe de venganza.

—Yo... no conozco la historia completa —empezó a decir, vacilante. Hizo una pausa, inhaló profundamente y continuó con la voz más firme—. Pero lo que os han contado es injusto. Es mentira. Conocí al marino del que habláis; vino a nuestras costas como invitado... con las manos abiertas, tras cruzar un mar mucho más grande y solitario que los que ningún hombre de Stratos ha conocido...

La tarde moría cuando los hombres se pusieron por fin en pie para marcharse.

Hullin ayudó a Maia a acompañarlos al porche, donde el comodoro le tomó la mano. Sus oficiales permanecieron cerca, con expresiones reflexivas y sombrías.

—Te doy las gracias por tu tiempo y sabiduría, señora —dijo el cofrade, haciendo que Maia parpadeara—. Al alquilar uno de nuestros barcos a las salvajes piratas, perjudicamos inintencionadamente a las de tu casa. Sin embargo, has sido generosa con nosotros.

—Yo... —Maia se quedó sin habla al ser interpelada de aquella manera.

El comodoro continuó.

—Si llega un invierno en que tu casa busque a hombres diligentes, preparados para cumplir su deber con orgullo y placer, cualquiera de éstos —hizo un gesto hacia sus camaradas más jóvenes, que asintieron—, acudirá alegremente, sin pensar en recompensas del verano. —Hizo una pausa—. Sólo yo debo declinar, por la Regla de Lysos.

Mientras Maia permanecía en silencio, atónita, él hizo una nueva reverencia. Con confundido decoro, añadió:

—Espero que volvamos a vernos, Maia. Mi nombre... es Clevin.

Hubo escarcha de gloria esa noche. Cayó lentamente desde la estratosfera en una bruma cuyos suaves tentáculos de polvo titilante se posaron sobre las barandillas de madera, las losas y los lirios del estanque. La mayor parte se deshizo enseguida, llenando el aire de un leve perfume seductor. Maia vio los tentáculos iridiscentes caer, y le pareció estar ascendiendo a través de una bruma de estrellas microscópicas. Hasta pasado un buen rato no pudo dormir, temerosa de lo que pudiera suceder. Tendida en la cama, la piel cargada de extrañas sensaciones, se preguntó qué sucedería si soñaba. ¿Qué rostro acudiría a ella? ¿El de Brod? ¿El de Bennett? ¿Los de los hombres de la Cofradía de Pinniped?

¿Dispararían las hormonas femeninas un renovado y doloroso anhelo por Renna, su primer, aunque casto, amor masculino?

La impresión de haber conocido a su padre natural no había remitido. Sus pensamientos se agitaban, confundiéndola. Cuando por fin soñó, fue una fantasía extrañamente intangible: caía, flotaba, entre las sorprendentes y abstractas figuras de la pared de las maravillas de Jellicoe, siempre cambiantes.

Poco después del amanecer, llegó la doctora y anunció con satisfacción que sería su penúltima visita. Cuando quitó la ventosa agónica, Maia tuvo oportunidad de mirar de cerca la caja que había reprimido la viveza del dolor de su cuerpo y la pena de su corazón. Parecía un artículo modesto, producido en cadena para ser utilizado incluso por los médicos más humildes, en cualquier lugar de Stratos. Ahora Maia sabía también que era otro producto de un Formador inferior, una de aquellas fábricas automáticas que aún funcionaban bajo la atenta vigilancia del Consejo Reinante.

Claramente, algunos artículos manufacturados eran demasiado importantes para ser dejados al puritanismo pastoral. Sin embargo, si el Perkinismo prevalecía, incluso aquellas piadosas cajitas desaparecerían.

—Aún necesitarás seguir descansando y recuperándote aquí, en Ursulaborg —le explicó Naroin más tarde, esa misma mañana, cuando regresó de su urgente misión—. Luego irás a Caria para declarar ante un grupo de sabias como nunca has visto. ¿Qué te parece?

Maia desplegó los brazos de su nuevo sextante y enfocó una flor cercana.

—Me parece que eres una policía, y que no debería decir nada más hasta que no vea a una abogada.

—¿Una abogada? —La otra mujer frunció el ceño—. ¿Para qué necesitas a una?

¿Para qué? Naroin podía ser su amiga, pero una clónica nunca era dueña de sí misma. Cuando la llevaran a Caria, habría una docena de excusas que los poderes que legislaban la Iglesia y el Consejo podrían emplear para encerrarla. En una prisión de verdad, esta vez. Una sin caminos secretos, patrullada por guardianas clónicas probadas durante siglos, potenciadas genéticamente para llevar a cabo su labor de vigilancia.

Maia había decidido no llegar a eso. Esta vez, actuaría primero. Antes de que se la llevaran de Ursulaborg, alguna oportunidad tendría de escaparse. Quizá durante su paseo diario. En cuanto pudiera confundirse entre la multitud, en la ciudad, buscaría refugio en algún lugar apartado donde la gente importante no pudiera encontrarla.

Una ciudad costera tranquila y perdida..*Encontraré un medio de ponerme en contacto con Leie y Brod. Abriremos una tienda para reparar los sextantes dañados por los marinos perezosos .*

Quizá pudiera persuadir a Naroin para que mirara hacia otro lado en el momento adecuado. Pero sería mejor no contar con ello.

—No importa —le dijo a la mujer morena—. He tenido una pesadilla. No puedo escapar de la sensación de que aún estoy viviéndola.

—¿Quién podría reprochártelo, después de todo lo que te ha pasado? —Naroin sonrió. Como Maia no respondía, se inclinó hacia delante—. ¿Piensas que estás arrestada o algo así? ¿Es eso?

—¿Podría salir por la puerta principal, si quisiera hacerlo?

La delgada ex contramaestre frunció el ceño.

—No sería aconsejable, ahora mismo.

—Eso pensaba.

—No es lo que crees. Hay gente que no cuidaría de ti como nosotras.

—Claro. —Maia asintió—. Sé que sois mucho más amables que algunas. Olvida lo que he dicho.

Naroin se mordió el labio inferior tristemente.

—Quieres saber qué es lo que pasa. Pero todo cambia tan rápidamente... Mira, se supone que no puedo decir nada hasta que ella llegue, pero mañana vendrá alguien para hablar contigo, y luego escoltarte hasta la capital. Sé que no suena bien, pero es necesario. ¿Puedes confiar en mí hasta entonces? Te prometo que luego todo tendrá sentido.

Maia, en parte de mal humor, quería aferrarse al resentimiento. Pero era difícil desconfiar de Naroin. Habían soportado muchas cosas juntas..*Preferiría estar muerta antes que no poder confiar en nadie* .

—Muy bien —dijo—. Hasta mañana.

Naroin volvió a marcharse. Más tarde, Maia y sus escoltas estaban a punto de salir a dar su pequeño paseo de la tarde cuando llegó Hullin para entregarle una segunda hoja de papel sellada con cera roja. El corazón de Maia dio un brinco al ver la letra de Brod. Esperó a que el palanquín llegara a la plaza del mercado, y entonces la abrió.

Querida Maia:

Leie está bien y te envía su amor. Los dos te echamos de menos y nos alegramos de saber que estás en buenas manos. Esperamos que la vida sea bonita y aburrida para ti durante una temporada.

Maia sonrió. ¡Espera a que recibieran su próxima carta! ¡Leie se retorcería de envidia por no haber conocido a Clevin primero! Había otros asuntos más serios que discutir, pero sería bueno que supiera que una de sus fantasías infantiles se había cumplido.

¡Lysos, cómo añoraba a Brod y a Leie! Maia deseó desesperadamente que vinieran pronto.

Hemos estado menos ocupados últimamente. Nos pasamos casi todo el tiempo mirando mientras las madres de clase alta señalan y agitan los brazos y gritan un montón. De hecho, me sorprende que todavía estemos aquí, ya que un puñado de sabias llegaron de la universidad con grandes consolas, que han conectado a tu pared de imágenes. Han estado haciendo cosas sorprendentes. Dejaron de preguntarle a Leie cosas al respecto, así que supongo que piensan que la entienden.

¿Por qué esto hace que me sienta celosa?, se preguntó Maia. Ahora que el secreto se había difundido, tenía sentido que las eruditas investigaran las maravillas de otra era. Quizás aprendiesen un par de cosas... e incluso cambiaran de opinión respecto a algunos estereotipos.

Todos los hombres se han ido ya, excepto los que sirven en los barcos que traen suministros. También se han ido las vars y las policías locales que ayudaron a liberar Jellicoe de las saqueadoras. Nos han dicho que no hablemos con ninguno de los marineros, que tienen prohibido acercarse al Santuario y al Formador. Los hombres pasan el tiempo cargando y descargando cajas, remando por la laguna, explorando cuevas, viendo el paisaje. Creo que no tendré problemas entregando esta carta para...

La litera se sacudió, rompiendo la concentración de Maia. El mercado estaba inusitadamente abarrotado ese día. Asomándose por encima de la multitud, Maia vio que sucedía algo a una docena de metros por delante.

Un trío de compradoras discutía vehementemente con una vendedora. De repente, una de ellas cogió un paño de tela y se volvió para marcharse, por lo que la mercadera gritó. Maia captó la palabra «¡Ladrona!». por encima del rumor general. Ondas de agitación se extendieron hacia fuera mientras las hermanas clónicas de la vendedora salían del edificio situado tras ella. Otras acudieron en auxilio de las compradoras. Los gritos y empujones aumentaron con sorprendente rapidez para convertirse en forcejeos, y luego en golpes que se extendían en dirección a Maia.

Las guardianas del templo se colocaron en posición, mientras que Hullin tiraba de los inquietos lúgars, instándolos a darse la vuelta. Consiguieron esquivar la oleada metiéndose en un callejón lateral, la única vía de escape, agachándose torpemente bajo una jungla de cordeles de ropa.

—Uh —empezó a sugerir Maia—. Tal vez debería bajarme...

Hullin emitió un grito de sorpresa. La cabeza de la muchacha desapareció bajo una sábana arrojada desde un oscuro portal cercano, que se cerró con un cordón. Los lúgars gruñeron de pánico y soltaron un poste de la litera que catapultó a Maia hacia fuera mientras ésta intentaba inútilmente coger la carta de Brod.

De repente, se encontró mirando directamente el rostro rubio de... ¡Tizbe Beller!

Maia sólo tuvo un instante para abrir la boca antes de que la tela negra la rodeara también, acompañada por el rudo roce de muchas manos. En medio del tumulto que siguió, intentó respirar mientras la arrastraban por un camino retorcido que cambiaba bruscamente de sentido. Si la experiencia era físicamente dolorosa, la frustración de no poder luchar resultaba peor.

Por fin, le quitaron la tela negra. Maia inspiró profundamente, desorientada ante el cegador regreso de la luz.

Unas manos tiraban y empujaban, pero esta vez Maia se revolvió y consiguió dar un codazo a una de sus captoras y alcanzar a otra en el estómago con el pie derecho, antes de que alguien la golpeará en la sien y la redujese.

Logró entrever hacia dónde la llevaban: tras subir unas escaleras entraron en el vientre de un brillante aparato en forma de pájaro, hecho de madera pulida y acero.

Un avión.

—Relájate, virgie —le dijo Tizbe Beller mientras la sentaban en un asiento acolchado—. Bien podrías disfrutar del espectáculo. No muchas vars como tú llegan a volar.

Diario de la Nave Peripatética

CYDONIA — 626 Misión Stratos

.Llegada + 53.775 Ms

He observado y escuchado desde la explosión. Desde que recibí noticia de la desesperada maniobra de Renna. Las agencias oficiales stratoianas dicen cosas distintas, a menudo contradictorias, y allá abajo todo parece un caos. Sin embargo, al menos se ha conseguido una cosa. La lucha ha cesado. Eliminada la molestia, los preparativos de guerra entre las facciones han remitido, por ahora.

¿Tenía Renna razón? ¿Era necesario un sacrificio?

¿Será suficiente?

Era urgente no perturbar Stratos más de lo que ya lo hemos hecho. Sin embargo, el deber pide a veces de nosotros más de lo que podemos soportar.

También yo habré de cumplir con mi deber. Pronto.

Después del forcejeo inicial, aquél resultó ser con diferencia el secuestro más cómodo de Maia. Atada, sin posibilidad de resistirse, sacó el mejor partido posible contemplando a través de una ventanilla de doble panel la enormidad del Continente del Aterrizaje. Pronto, incluso su dolor de cabeza se disipó.

Luminosas granjas amarillas y verde pálido se extendían hasta donde alcanzaba la visión. Estaban rodeadas de largos dedos de oscuro bosque, entrelazados para dejar corredores migratorios a las criaturas nativas, desde la costa a las brumosas montañas que empezaban a asomar al norte. Ciudades pequeñas y mansiones como castillos aparecían a intervalos regulares, agazapadas como arañas entre los surcos de las carreteras y los pueblecitos circundantes. Los arroyos de los lagos eran recalcados por piscifactorías regularmente espaciadas que deslumbraban a Maia con su luz reflejada.

Gruesas gabarras de vela gris remontaban lentamente ríos y canales, mientras que bandadas de rápidos mero-dragones aleteaban en formaciones de doscientos o más, sorteando hábilmente las granjas y zonas habitadas en su camino hacia sus tierras de descanso. Pesados heptoides chapoteaban en marjales y bajíos, sus anchas espaldas-abanico vueltas para irradiar el calor del día. Y luego estaban los flotadores (los zoors y sus primos inferiores), que se agitaban con la brisa, conectados como alegres globos a las copas de los árboles donde pastaban.

Maia había viajado hasta muy lejos en los últimos meses, pero ahora comprendió que sólo se puede obtener una verdadera perspectiva desde arriba. Stratos era más grande de lo que jamás había imaginado. En todas direcciones había signos de la humanidad en rústico condominio con la naturaleza..*Renna dijo que los humanos a menudo convierten los mundos en desiertos, a causa de su miopía. Es una trampa que aquí evitamos. Nadie podría acusar a Lysos, ni a los clanes stratoianos, de pensar a corto plazo .*

Pero Renna también dio a entender que hay otros modos de hacerlo, sin renunciar a tanto.

Maia vio cómo la piloto tocaba interruptores y comprobaba pequeñas pantallas indicadoras cuando el avión entró en un banco de nubes y viró al oeste antes de llegar a las montañas. El interior del avión era una mezcla bien conseguida de paneles y mobiliario de madera, completados con una compacta selección de instrumentos. De haberse encontrado en compañía de una amiga, Maia la habría asaltado a preguntas. Sin embargo, sus manos atadas eran un adecuado recordatorio. Así que guardó silencio, ignorando a Tizbe y bostezando cuando la joven Beller intentaba entablar conversación. La implicación no podía ser pasada por alto. Ya había escapado de Tizbe dos veces, estropeando sus planes, y no pensaba hacerlo de nuevo. Maia notaba que su actitud molestaba a la clon Beller.

.Estoy aprendiendo, pensó..*Ellas Siguen cometiendo errores y yo me hago más fuerte. A este ritmo, quizás algún día consiga controlar mi vida .*

La piloto advirtió a la pasajera de que habría turbulencias aéreas. Pronto el avión empezó a agitarse bruscamente, subiendo y bajando. Tizbe y sus rufianas palidecieron, despavoridas, cosa que a Maia le encantó ver. Empeoró los síntomas mirando a la correo Beller como si fuera un desagradable espécimen de un orden de vida inferior. Tizbe maldijo entre dientes, y Maia se rió, implacable en su desprecio. Curiosamente, las sacudidas no parecían afectarla como a las otras. Incluso la piloto parecía un poco inquieta cuando por fin llegaron a una zona más tranquila..*La tormenta a bordo del Wotan.fue mucho peor,* recordó Maia.

Entonces una luz dorada llamó su atención, haciendo que entornara los ojos maravillada por lo que se encontraba más allá del parabrisas delantero. Un reflejo titilante que procedía de un espacioso territorio que rodeaba y cubría un puñado de montañas en la intersección del delta de un río.

.Caria, se dijo. Maia contempló la capital acercarse, sus contornos amarillos por las losas de incontables tejados, su tiara de piedra blanca rodeando la famosa planicie de la acrópolis. En su cima, divisó dos basílicas gemelas, impresionantes más allá de ninguna medida. Cualquier estudiante conocía nada más verlas aquellas formas, la Biblioteca Universal a un lado y al otro el Gran Templo dedicado a guiar el culto mundial a Madre Stratos. Toda su vida, Maia había oído a las mujeres hablar de peregrinaciones a Caria, de venerar en solemne recogimiento al espíritu planetario (y a sus apóstoles, las Fundadoras) bajo la enorme cúpula iridiscente de la derecha, con su gigantesco dragón forjado en plata y oro. El otro palacio, construido a la misma gloriosa escala, no tenía adornos y casi nunca se mencionaba. Sin embargo, se convirtió en el centro de atención de Maia mientras el avión se dirigía hacia un campo de aterrizaje, situado al sur de la ciudad.

.Lysos nunca habría construido la Biblioteca igual que el Templo si hubiera pretendido que fuera privativa de unas cuantas sabias presumidas .

Contempló el grandioso edificio hasta que el descenso lo ocultó tras una colina cercana cubierta de mansiones de clanes de clase media. Desde ese momento hasta el aterrizaje final, Maia se concentró en observar a la piloto, aunque sólo fuera para no preocuparse inútilmente por su destino.

Sus secuestradoras la instalaron en una habitación empapelada con motivos florales y con su propio baño, elegante pero sin pretensiones. Una estrecha galería conducía a un jardín cerrado. Un par de fuertes criadas-guardianas le sonrieron, manteniéndola discretamente vigilada en todo momento. Llevaban librea con bonitos bordados en los hombros y una letra P dorada, supuso que por el nombre de su clan-empleador.

Maia creyó que iban a llevarla a una de las casas de placer dirigidas por las

Beller, quizás a la misma donde Renna había sido secuestrado. Allí tal vez sería vendida a las clientas Perkinitas de Tizbe, en venganza por lo que había hecho en Valle Largo, meses atrás. Sin embargo, aquello no parecía un establecimiento comercial, ni las colinas que rodeaban el complejo eran propias de un barrio de burdeles. Pintorescos estandartes de seda ondeaban en torreones fantásticos, y las almenas sobresalían por encima de las crecidas arboledas de fincas verdaderamente antiguas. Era un barrio de clanes nobles, tan por encima de la familia de Tizbe en la escala social como las Beller lo estaban sobre la propia Maia. Tras la muralla del jardín, a un lado, a menudo oía los compases de un cuarteto de cuerda, junto con gritos de niñas jugando, y riendo todas con el mismo divertimento sincopado. En la dirección opuesta, procedentes de una habitación de la torre cuyas luces permanecían encendidas por las noches hasta tarde, se oían sonidos recurrentes de ansiosas discusiones adultas, la misma voz en diversos papeles.

Después del aterrizaje, y de su primer viaje en coche, Maia no vio más a Tizbe, ni a ninguna otra Beller.

Tampoco le importaba demasiado. A aquellas alturas, se había dado cuenta de que se había convertido en un peón en un juego de poder librado en las altas esferas de la sociedad stratoiana. *Debería sentirme halagada*, pensó sardónicamente. *Es decir, si sobrevivo hasta el equinoccio*.

A petición suya, le proporcionaron libros para leer. Había entre ellos un tratado sobre el Juego de la Vida, escrito trescientos años antes por una anciana sabia que había pasado varios años con hombres, tanto en el mar como en los santuarios, como invitada especial, estudiando aspectos antropológicos de sus interminables torneos.

Maia encontró fascinante el relato, aunque algunas de las conclusiones de la autora sobre sublimación ritualista le parecieron un poco exageradas. De más difícil lectura fue un detallado y lógico análisis del juego en sí, escrito un siglo antes por otra erudita. Las matemáticas eran difíciles de seguir, pero en conjunto resultó más ordenado y convincente que los libros que los Pinniped le habían proporcionado en Ursulaborg, que hacían hincapié en trucos y técnicas para ganar antes que en la teoría básica. Aquello fue un alimento mental que la dejó con ganas de más.

Los libros la ayudaron a pasar el tiempo mientras su cuerpo terminaba de sanar. Gradualmente, emprendió un régimen de ejercicios para recuperar fuerzas mientras sus ojos buscaban cualquier posibilidad de huida.

Pasó una semana. Maia leía y estudiaba, paseaba por el jardín, ponía a prueba la implacable vigilancia de las guardianas, y se preocupaba incesantemente por el destino de Leie y Brod. Ni siquiera podía preguntar si había más cartas, ya que al parecer Brod se había visto obligado a pasarle de contrabando la última. Preguntarlo podría traicionar a su amigo.

Se negó a demostrar su frustración, para que sus captoras no tuvieran la menor

satisfacción, pero de noche la imagen de la fatal explosión de Renna acechaba sus sueños. Varias veces despertó para encontrarse sentada en la cama, con ambas manos sobre su desbocado corazón, jadeando como si se hallara atrapada en un espacio sin aire, bajo tierra.

Un día, las guardianas le anunciaron que tenía una visita.

—Tu graciosa anfitriona, Odo, del Clan Persim —proclamó la criada, y luego se apartó obsequiosamente para dejar paso a una mujer mayor y alta, de cara ancha y porte aristocrático.

—Sé quién es usted —le dijo Maia—. Renna dijo que preparó su secuestro.

La patricia se sentó en una silla y suspiró.

—Era un buen plan, aunque tú ayudaste a estropearlo en diversos sentidos.

—Gracias.

La noble asintió, un gesto amable.

—No hay de qué. ¿Te gustaría saber por qué corrimos tantos riesgos y nos tomamos tantas molestias?

Una pausa.

—Hable si quiere. No voy a ir a ninguna parte.

Odo abrió los brazos. .

—Había numerosos individuos e incontables grupos que querían eliminar al Exterior. La mayoría por motivos viscerales e irreflexivos, como si su eliminación pudiera volver atrás el reloj, borrando *de facto* el redescubrimiento de Stratos por parte del Phylum Homínido.

—Eso en cuanto a los motivos de las demás. Naturalmente, *usted* tenía motivos de más peso para apresar a Renna. Como sonsacarle información.

La anciana asintió.

—Había elementos de interrogatorio, ciertamente. Nuestras aliadas Perkinitas estaban interesadas en los nuevos métodos de división de genes, que podrían llevar a la autoclonación sin varones. Otras buscaban mejorar la tecnología defensiva, o conocer las debilidades de las hielonaves para que pudiéramos destruirlas lejos de Stratos.

—Lejos del público, querrá decir. Para que la mayoría no supiera que asesinamos a cientos de miles de personas.

—Me dijeron que reaccionabas bastante rápido para ser un ratón —replicó Odo—. No eran ésas las únicas ideas para utilizar a tu amigo alienígena y su conocimiento.

Maia recordó a las radicales de Kiel, que esperaban alterar la biología y la cultura de Stratos tanto como las Perkinitas, aunque en direcciones opuestas. Maia sabía que Renna habría desaprobado ser utilizado por cualquier grupo.

—Déjeme pensar en las Beller. Su motivo era estrictamente económico, ¿no?

Pero ustedes las Persim, las de sangre azul, tenían motivos propios.

Odo asintió.

—Su presencia en Caria se volvía... preocupante. El Consejo y la curia tenían asuntos vitales que discutir, pero se volvían impredecibles cada vez que él estaba cerca. Su tranquila contención durante el verano había desafiado nuestras expectativas; le había valido aliadas, y nos dimos cuenta de que aquello sólo podría empeorar con el invierno y la primera escarcha. ¡Imagina lo persuasivo que podría ser entonces un varón al antiguo estilo en pleno funcionamiento para las débiles de voluntad y mente! Eso describe a muchas de las llamadas «moderada». que escapaban rápidamente al control de nuestra facción.

.¿Qué? —Maia se levantó—. Zorra altanera, ¿está diciendo que por eso...?

Odo alzó una mano y esperó hasta que Maia volvió a sentarse antes de continuar en voz baja:

—Tienes razón. Hay más. Verás, hicimos una promesa... una promesa que no pudimos cumplir.

Maia parpadeó.

—¿Qué promesa?

—Enviarle de regreso a su nave, por supuesto. Y entregarle nuevos suministros cuando su misión terminara.

Por eso bajó en una simple lanzadera de aterrizaje, en vez de hacer otras disposiciones. —La anciana resopló pesadamente—. Durante meses, aquellas que creyeron en él trabajaron para reparar las instalaciones de despegue, no lejos de aquí. La maquinaria funcionaba cuando se utilizó por última vez, hace unos cuantos siglos. Nuestros registros están intactos.

Odo se apresuró antes de que Maia pudiera interrumpir.

—Para empeorar las cosas, estaba en contacto permanente con su nave. Algunas querían eliminarlo ya para impedir que transmitiese información útil para futuros invasores. Esas demandas aumentaron cuando empezó a pedir amablemente inspeccionar nuestros preparativos de lanzamiento. Pronto, se vería obligado a informar de que Stratos ya no tenía acceso al espacio.

—Pero Renna...

—Una noche me confesó que los peripatéticos, correos interestelares, son considerados prescindibles. Con tantas vidas sacrificadas ya en la nueva cruzada que surca el espacio del Phylum, la que quiere volver a entablar contacto con los mundos homínidos perdidos, ¿qué importa otra? Irónico, ¿no? Sus propias palabras convencieron finalmente a mi clan y a otros para aliarse con las Perkinitas.

.Sí, así era Renna, desde luego, pensó Maia tristemente. La extraña mezcla de sofisticación e ingenuidad de su difunto amigo había sido una de sus características más atractivas, y más extrañas.

—Supongo que la nueva lanzadera de Jellicoe habrá hecho cambiar algunas opiniones.

La anciana clónica ladeó la cabeza.

—Eso crees, ¿no? De hecho, es complejo. Hay una marejada política en acción. El Gran Formador y sus instalaciones hermanas están siendo el origen de muchas disputas.

No me extraña. Ya veo que estás muerta de miedo.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Maia—. ¿Qué le importa lo que piense una var como yo?

Odo se encogió de hombros.

—Normalmente, no mucho. Pero resulta que necesitamos tu cooperación. Se te requerirán ciertas cosas...

Maia se echó a reír.

—En nombre de Lysos, ¿qué le hace pensar que yo haría algo por ustedes? .

Había una respuesta preparada. Odo sacó de su amplia manga una pequeña fotografía brillante. Los dedos de Maia temblaron cuando la cogió y vio en ella a Brod y Leie, de pie junto a un enorme y cristalino tubo en espiral: la boca del gran cañón lanzador de la isla de Jellicoe. La hermana de Maia parecía ocupada dibujando un boceto de una de las muchas partes de la máquina, mientras que Brod pasaba el dedo por un mapa cubierto de cifras, al tiempo que le decía algo a Leie. Sólo sus hombros encorvados revelaban la tensión que Maia sintió emanar de la foto. Cerca, al menos una docena de mujeres conversaban o posaban de manera informal para la fotógrafa. Casi una tercera parte de ellas eran clones del matriarcado al que pertenecía la mujer que estaba sentada ahora mismo frente a Maia.

—Pienso que te preocupas por la salud y el bienestar de tu hermana y de su actual compañero. Eso me permite suponer que nos harás un favor o dos.

La noble pareció ajena a la mirada de odio total de Maia.

—Como primera tarea —continuó Odo—, quiero que me acompañes esta noche. Vamos a ir a la ópera.

La elegancia de todo aquello no la pilló completamente por sorpresa. Había estado en el teatro Capital muchas veces, a través de teleemisiones y escenas en drama-clips. De niña, había imaginado vestir los hermosos trajes de las ricas clónicas, y asistir a magníficas producciones mientras, a su alrededor, las intrigas susurradas de las grandes casas se llevaban a cabo entre sonrisas falsas y abanicos protectores.

Las fantasías eran una cosa; otra muy distinta luchar con broches y cierres poco familiares, y enfrentarse a aquella ingente cantidad de tela cuya función no era otra que indicar la posición y el dinero de quien la vestía y de su casa. Finalmente, un par de mujeres jóvenes de la colmena de Odo acudieron para ayudarla a prepararse para

su primera sesión de engaños. Consiguieron arreglar las mangas hinchadas y los pantalones plisados para que ocultaran la mayoría de sus recientes cicatrices, pero Maia se negó a usar maquillaje, que consideraba repulsivo.

Cuando llegó Odo, la anciana estuvo de acuerdo por motivos propios.

—Queremos que la reconozcan —ordenó—. Una pequeña magulladura o dos llamarán la atención. Además, ¿no tiene una figura soberbia?

Maia se volvió ante un precioso espejo de cuerpo entero, sorprendida por lo que veía. El atuendo reforzaba lo que apenas había advertido hasta entonces: que tenía un cuerpo de mujer. Era cuatro centímetros más alta y mucho más rotunda que la muchachita flacucha que había salido tímidamente de Puerto Sanger hacía unos meses.

Sin embargo, fue su propio rostro lo que le pareció más sorprendente: desde una fina cicatriz que sanaba bajo su oreja derecha, pasando por sus pómulos, ahora completamente libres de toda grasa infantil, hasta la maraña de pelo castaño, ahora peinado por una de las atentas criadas de Odo. Lo más sorprendente eran sus ojos. Seguían sin arrugas, aparentemente jóvenes e inocentes, hasta que los observabas bien. Levemente entornados, parecían a la vez escépticos y serenos, y de perfil reconoció la frente de su padre, señor de barcos y tormentas.

Era una imagen de sí misma que nunca había visto.

.¡Muy bien!, pensó, asintiendo..*Toma las cosas tal como vienen. Y que estén atentas, si me dejan una sola oportunidad .*

Por desgracia, eso no parecía probable. Leie y Brod dependían de su buena conducta para conservar la vida.

De todas formas, Maia se volvió con una sonrisa para Odo..*Has cometido un error al dejarme ver esto .*

Averigüemos cuántos errores más cometes.

El Gran Teatro se encontraba a poca distancia de la explanada de la acrópolis, cerca del Templo y la Biblioteca. Carruajes tirados por caballos, literas de lúgars, y más que unas cuantas limusinas motorizadas subían la pendiente, trasladando la capa superior de la sociedad de Caria al estreno de una ópera clásica..*Wendy y Fausto.*

Altas sacerdotisas, consejeras, juezas y sabias subían las amplias escalinatas. En muchos casos, las matronas de los grandes clanes iban acompañadas de hijas y sobrinas clónicas, demasiado inexpertas para ejercer un poder real, pero de la edad adecuada para la procreación. Estas jóvenes, a su vez, escoltaban pequeños grupos de hombres, altos y erguidos, impresionantes con los uniformes de sus cofradías. La flor y nata invernal de los varones de Stratos acudía para ser mimada y entretenida.

Maia lo observaba todo desde el carruaje que compartía con Odo y media docena de mujeres mayores de varios clanes aristocráticos. Fue un viaje glacial. Parte del antiguo nerviosismo regresó ante su desprecio. Esa enemistad se basaba en una

amplia gama de fanatismos, pero lo que hacía poderosas a estas mujeres era mucho más profundo, y llegaba hasta el núcleo de la sociedad establecida por Lysos hacía tanto tiempo.

Desde el momento en que se bajó del carruaje, Maia sintió que todas las miradas se volvían hacia ella.

Comentarios entre susurros la siguieron escalinatas arriba, a través del pórtico ornamentado y a lo largo de las ceremoniales escaleras hasta el palco donde Odo había dispuesto que se sentara, a la vista del público. Para alivio de Maia, las luces no tardaron en apagarse. La directora de orquesta alzó la batuta, y comenzó la obertura.

La ópera tenía sus alicientes. La partitura era hermosa. Sin embargo, Maia apenas prestó atención al libreto, que desarrollaba un tema manido: la antigua pugna entre el pragmatismo femenino y los espasmódicos y peligrosos entusiasmos de los machos a la vieja usanza. Sin duda el drama había sido revivido a instancias de ciertos partidos políticos, como parte de una campaña de propaganda contra la restauración del contacto con el Phylum. La presencia de Maia allí pretendía dar a entender su aprobación.

Durante el intermedio, las escoltas de Maia la condujeron al elegante vestíbulo, donde camareras var circulaban con bandejas de bebidas y dulces. Allí le habría resultado fácil eludir a sus guardianas... si Leie y Brod no hubiesen dependido de ella. Maia reprimió su frustración y trató de hacer lo que le habían dicho. Sonriendo, aceptó una bebida burbujeante que le ofrecía una asistente, una var como ella, con la mirada baja.

La sonrisa de Maia se amplió con súbita sinceridad cuando vio acercarse a ella un tenso grupo de personas, dos de las cuales reconoció. La más baja de todas, pero también la más intensa, era la detective Naroin, que parecía fuera de lugar con un sencillo y oscuro vestido de noche. Junto a ella, el doble de alto, caminaba ceñudo Clevin, el comodoro de la Cofradía de Pinniped.. *Mi padre*, se dijo Maia. La realidad parecía tan apartada de sus sueños de infancia que era difícil detectar auténticas emociones, excepto para apreciar la luz de orgullo cuando sus ojos grises la vieron.

Dos mujeres acompañaban a Naroin y Clevin. Una de ellas era alta, de cabellos plateados, y elegante; la otra morena y hermosa, con misteriosos ojos verdes. A Maia nada le decían sus rostros.

Odo se colocó junto a Maia mientras el grupo se acercaba.

—Iolanthe, cuánto me alegro de volver a verte en sociedad. ¡Resultaba tan aburrido sin ti!

La mujer alta asintió. Llevaba un peinado sencillo; su cara, de huesos delicados, poseía un aire de tranquila inteligencia.

—La Casa Nitocri ha estado llorando por su amigo, que vino desde tan lejos, sólo para encontrar traición y al final la muerte.

—Una muerte cargada de ironía, y por su propia mano —señaló Odo—. Con el rescate a pocos metros de distancia, si lo hubiera sabido.

Maia habría matado a Odo en aquel momento, alegremente y sin remordimientos. Permaneció rígida e inmóvil, excepto para saludar con un rápido ademán de cabeza a Naroin y a su padre.

—¿Entonces te sientes liberada de tu crimen? —preguntó la mujer llamada Iolanthe, la voz severa, como la de una sabia—. Encontraremos otras testigos, otros testimonios. Un grupo tan grande de intereses tan diversos en tensión no puede aguantar. Practicas juegos peligrosos, Odo.

Odo se encogió de hombros.

—Puedo ser sacrificada en cualquier momento. En Macro Ajedrez, un bando puede perder muchas reinas, y al final ganar el juego. Así es la vida.

Clevin intervino entonces, para sorpresa de las dos mujeres que discutían.

—Mala metáfora —recalcó con una voz tersa y grave—. Vuestro juego no es la vida.

Odo se quedó mirando al hombre, como incapaz de dar crédito a su osadía. Finalmente, se echó a reír, despectiva. Detrás de Maia, otros miembros de la conspiración la imitaron. El comodoro Pinniped no pestañeó.

En su silencio, Maia sintió un argumento de más peso que todas sus burlas. Sabía lo que había querido decir, y así lo expresó con los ojos.

Naroin dio un paso hacia Maia.

—Te he echado de menos, pequeña var. Lo siento, no pensé que te cogieran así. Subestimé tu importancia una vez más.

Ésa era la parte que Maia no podía comprender aún..*¿Qué hay en mí que sea tan importante?*

—¿Estás bien? —concluyó Naroin.

—Muy bien —respondió Maia, casi en un susurro—. ¿Y tú?

—Bien. Dejándome llevar por los demonios por haber permitido que te cogieran. ¿Cómo iba yo a saber que te convertirías en una leyenda viviente?

La gente los observaba. Maia sintió sobre ella la atención no sólo de las impresionantes matronas, sino también de unos cuantos varones curiosos.

Iolanthe volvió a hablar.

—No servirá de nada, Odo. No puede seguir siendo vuestra prisionera. —La sabia se volvió hacia Maia—. Ven con nosotras, hija. No pueden impedirlo. Te protegeremos como si fueras nuestra, con poderes que no puedes imaginar.

De algún modo, Maia lo dudaba. Últimamente había visto fuerzas muy superiores a las que aquella pálida intelectual podía conocer. Aún más, así como la espada de Lysos rompía las simbólicas cadenas del reloj de las estatuas de Lanargh, los acontecimientos habían liberado todas las ataduras de su imaginación.

A otro nivel, sentía que la oferta era indudablemente sincera. Aunque el bando de Iolanthe estaba sin duda condenado en el conflicto político, casi con toda seguridad podría proteger a Maia. Todo lo que tenía que hacer era echar a andar.

.Hay muchos tipos de prisiones, pensó ácidamente.

—Muy amable por su parte —replicó—. En otra ocasión, tal vez.

La anciana sabia dio un respingo ante la negativa, pero Naroin no pareció sorprendida.

—Ya veo. ¿Te gusta estar en la Casa Persim? ¿Son tus amigas ahora?

Al principio, Maia pensó que Naroin expresaba su amargura. Entonces leyó algo en los ojos de la ex contramaestre. Un brillo feroz y conspirador. Su sarcasmo tenía otro objetivo.

Maia asintió. Inspiró profundamente.

—Oh-sí, Odo-es... mi-amiga... tanto-como-lo-fue... de-Renna.

Era el mensaje general que le habían ordenado transmitir, pero lo hizo de forma tan fría y automática que nadie con sensibilidad podría creer una palabra. Maia oyó a Odo sisear bruscamente su furia contenida.

.Leie, Brod, ¿acabo de asesinaros? Por otro lado, tal vez Naroin sumara ahora dos y dos, y comprendiese que la estaban coaccionando. Tal vez aún hubiera facciones honestas en el Gobierno a las que recurrir para rescatar a dos muchachos inocentes del cautiverio. Transmitir aquel mensaje merecía poner a prueba la paciencia de la Persim. Sólo una vez.

Clevin gruñó. Maia vio que cerraba y abría las manos nudosas. En mitad del invierno, sintió un arrebato de ardiente calor hacia aquel hombre. Su problema no era cómo formar un puño, sino controlar su ira. Naroin le cogió del codo, aplicando urgente presión a su brazo.

—Esto no detendrá la huelga —murmuró.

.¿Huelga?, se preguntó Maia.

Odo se echó a reír.

—Vuestra «huelg». es un simple incordio, que ya se está viniendo abajo. En unos días, quizá semanas, se acabará. Todas las mujeres se unirán para rechazar a los participantes. No obtendrán más pases de verano. No más hijos. ¿No es cierto, Maia?

Maia no hizo más intentos de transmitir mensajes. Sólo obedeció.

—Sí —asintió, completamente ajena a lo que quería decir. Naroin y Clevin comprendieron su situación. Lo único que importaba era su hermana y su amigo.

—Nuestras diferencias pasadas se evaporaron junto con el desafortunado Visitante —continuó Odo—. Ahora Maia quiere unirse a la causa de restaurar la paz y el orden al Plan de las Fundadoras.

Por primera vez, la cuarta miembro del grupo de Naroin tomó la palabra. La mujer morena era de estatura media, porte sereno, y poseía un característico rostro

oval y una mirada intensa.

—En ese caso, ¿no te importa si te hago una visita, en la Casa Persim? —le preguntó a Maia.

Antes de que Maia pudiera contestar, Odo quiso saber:

—¿Quién eres? ¿Cuál de las Upsala?

A Maia le pareció una pregunta decididamente extraña, como si la individualidad de las clones importara.

—Soy *Brill*, de las Upsala. —La agraciada morena inclinó la cabeza—. Realizo pruebas para el Servicio Civil.

Maia notó la tensa reacción de Odo, como si se hubiera topado con algo más preocupante que cualquier gambito de Naroin, o Clevin, o incluso de la aristocrática Iolanthe.

—Me sentiría honrada, Brill de Upsala —respondió Maia impulsivamente; sudaba de nervios bajo el pesado vestido y se notaba pegajosa—. Venga cuando quiera.

Las luces del atrio se atenuaron al compás de un suave timbre, señalando el final del intermedio. Odo la cogió de la mano y le dio un breve y doloroso apretón.

—Es hora de que volvamos a nuestros asientos —dijo a Iolanthe y las demás—. Disfrutad del espectáculo.

Vamos, Maia.

Hubo un helado silencio durante el largo ascenso hasta el palco. Mientras volvían a ocupar sus asientos y las luces se apagaban, Maia percibió que Odo se inclinaba.

—Si intentas otra acción como ésa, mi querida semilla esparcida, vivirás para lamentarlo. Algo más que tu propia vida depende de que te comportes como es debido.

Maia tenía aún menos ganas de asistir al segundo acto.

La música sonaba a motores entrechocando; los pintorescos disfraces resultaban exagerados, ridículos. Sólo una cosa llamó su atención, distrayéndola momentáneamente de su miseria. Mientras escrutaba aburrida el mar de extravagancias de debajo, su letárgica mirada captó un par de rostros, ambos idénticos al de la mujer, Brill, que acababa de conocer en el vestíbulo.

El primero pertenecía a la directora de la orquesta. El segundo era el de la tenor, que con la barbilla cubierta por una barba artificial, saltaba y cantaba con masculino abandono, interpretando el arquetipo del engreído retador de la Naturaleza, el epítome de la soberbia: Fausto.

Pasó otra semana. Cada mañana, Odo se encargaba de que vistieran a Maia con un sorprendente vestido nuevo antes de llevarla a pasear por la explanada en un carruaje descubierto. La mostraba a las viandantes y paseantes sin arriesgarse a más

contactos personales.

Al principio, Maia se sintió cautivada por las vistas de Caria (el Salón del Consejo, la universidad, el Gran Templo), casi tanto como cualquier turista. Sin embargo, la fascinación no duró mucho. Cada vez que regresaba a su habitación en la Casa Persim, se quitaba rápidamente las grotescas vestiduras y se lanzaba a una orgía de ejercicio para desahogar su frustración. Las guardianas se habían ido ya, aunque se sentía más prisionera que en Valle Largo, o en la isla de Grimké.

Un día, durante el paseo matutino, Maia vio una escena que tenía lugar ante uno de los majestuosos edificios públicos. Soldados uniformadas y procuradoras se esforzaban por repeler a varios grupos de manifestantes. Uno, formado por hombres ataviados con túnicas de diversas cofradías, parecía apático, desmoralizado. Maia sólo pudo leer parte de una de sus pancartas caídas: JELL... MADOR, decía la porción visible entre los pliegues.

De repente, el corazón de Maia dio un brinco. Justo delante, en el pavimento por el que el carruaje estaba a punto de pasar, Clevin, su padre, conversaba ansiosamente con Iolanthe. Odo le dijo algo a la conductora, que chasqueó las riendas. Los caballos aceleraron justo cuando Clevin alzaba la cabeza, miraba a Maia a los ojos, y empezaba a levantar una mano.

El momento pasó demasiado rápidamente. Odo dejó escapar un breve gruñido de satisfacción mientras Maia se hundía en la mullida tapicería.

.Los hombres necesitan ayuda, pensó tristemente..*Si fuera libre, tal vez pudiera animarlos. Si al menos...*

Sacudió la cabeza. Nada merecía la vida de su hermana o la de Brod. Ciertamente, no una causa que estaba perdida desde el principio. Ningún esfuerzo por su parte cambiaría el destino.

Regresaron a la Casa Persim sin decir nada más. Maia se quitó sus estiradas ropas, hizo ejercicio, comió y se metió en la cama.

Al día siguiente, en la bandeja de su desayuno, junto al zumo de naranja, Maia encontró un periódico; una publicación de tamaño reducido, de cuatro páginas, impresa en papel grueso. Por el precio y la tirada, ambos indicados en la cabecera, estaba dedicado sólo a subscriptoras situadas en la cúspide de los estratos sociales de Caria. Habían recortado varios artículos. El principal, sin embargo, estaba intacto.

PERSPECTIVAS POSITIVAS PARA EL CESE DE LA HUELGA

Mientras el tráfico marítimo permanece detenido en la mayoría de los puertos de Méchant, las analistas predicen ahora una rápida conclusión del paro efectuado por diecisiete cofradías marinas y sus afiliados. Las deserciones han debilitado ya la resolución de sus líderes, cuyo objetivo, presionar al Consejo Planetario Reinante para volver a abrir el infame santuario de Jellicoe ya no parece tener ninguna

posibilidad realista de éxito...

.Vaya, pensó Maia. Era la primera información parcial que recibía acerca de los acontecimientos sucedidos desde su captura. También la primera pista de su estatus como peón en la lucha.

.Las saqueadoras fueron aplastadas. Las rads de Kiel están destrozadas. Alianzas sueltas de liberales, como esas vars de los templos, podrían conducir a un cambio, pero carecen de cohesión. Los altos clanes tienen experiencia en manejar estas situaciones .

Pero hay otro grupo que las asusta. Las cofradías marineras.

En Ursulaborg, los Pinniped habían hablado de propaganda..*El Gran Formador no significa nada*, les habían dicho..*El Hombrecillo Listo no era de vuestra especie...*

Maia no dio demasiada importancia a su propia contribución. Los marineros habrían rechazado la versión oficial de todas formas, tal vez. Pero su narración debió de ayudarles cuando dijo lo que había aprendido sobre los antiguos Guardianes... sobre la tenaz lucha mantenida por hombres y mujeres para diseñar otra forma de vida.

Una forma de incluir más que una parte de tierra, mar y cielo en el relato de Stratos. Una forma de enmendar, sin rechazar, lo que las Fundadoras habían deseado para sus herederas.

Y les había hablado de Renna, el valiente marino cuyo océano era la galaxia. El hombre que volaba, como no lo había hecho ningún hombre de este mundo desde el destierro. Cuando partieron ese día, estaba segura de que los marineros conocían a su amigo de las estrellas. Que sabían que era uno de ellos. Que tenían con él una deuda de honor.

.Las Persim me trajeron aquí para ayudarlas a acabar con la huelga. Por eso me exhiben. Los hombres de la ópera deben de haber informado a sus cofradías. Yo estaba en compañía de Odo, ¿cómo pude decir en serio que fui camarada del Hombre de las Estrellas?

Leyendo entre líneas, quedaba claro por qué los altos clanes estaban preocupados. La acción de los marineros les estaba haciendo daño.

... la mitad de la estación de potenciaciones pasó antes de que se tomaran medidas. Con todo, está claro que la falta de cooperación masculina reducirá el programa reproductor de este invierno.

Eso hizo que Maia sonriera, orgullosa de que Clevin y los otros no hubiesen pasado un truco por alto.

La abogada-sacerdotisa Perkinita Jeminalte Cever exigió hoy que «se haga pagar a los responsables de esta negligente falta al debe»..

Por fortuna, esta radicalización tuvo lugar después del Día del Lejano Sol, así que las políticas no temen que los varones acudan en masa a las urnas. El voto de su airada minoría podría haber alterado el resultado de las nuevas elecciones.

¿Seguirá siendo un factor a tener en cuenta el próximo invierno? Las estimaciones hechas sobre recientes episodios de inquietud masculina hace seis, diez y trece décadas llevaron a las sabias del Instituto de Tendencias Sociológicas a sugerir que este interludio algo más severo tal vez no acabe a tiempo de impedir pérdidas económicas a corto plazo para muchas de nuestras subscriptoras. Sin embargo, predican que, para el próximo otoño, sólo quedará un fermento residual, en el ámbito de...

Continuaba prediciendo cómo las cofradías se distanciarían predeciblemente unas de otras, aceptando generosos tratos y compromisos, incapaces de mantener su ira en una estación en que la sangre se enfriaba. Maia suspiró al plantearse el posible, incluso predecible panorama. La mano muerta de Lysos ganaba siempre.

.No me extraña que me dejaran ver esto. Comprendía que el informe era tendencioso e incompleto. Sin embargo, el periódico la dejó deprimida.

Odo llegó cuando Maia terminaba de vestirse. Esperaba que la matriarca Persim alardeara sobre el artículo, pero al parecer tenía otros asuntos en mente. Claramente agitada, la anciana despidió a las doncellas y ordenó a Maia que se sentara.

—Hoy no habrá paseo —dijo—. Tienes una visita.

Maia alzó una ceja, pero no dijo nada.

—Dentro de poco, te reunirás con Brill Upsala en el conservatorio del este. Se te suministrarán lápices, papel, y otros materiales. Brill ha sido informada de que estás dispuesta a ser examinada, según establece la antigua ley, pero que no desees discutir asuntos que tengan que ver con el alienígena.

Odo miró a Maia a los ojos.

—Estaremos escuchando. Si nos dejas por mentirosas, o das a entender algún tipo de inquietud, bien podrías acompañar a la Upsala cuando se marche... y vivir para siempre con la culpa del destino de tu hermana. Pesará sobre tu cabeza.

Maia sabía que había puesto a prueba la paciencia de Odo una vez, casi hasta el límite. La Persim y sus cohortes estaban ocupadas tirando de un millar de hilos políticos, sociales y económicos, tanto abiertamente como a escondidas. Si consideraban que Maia, Leie y Brod eran más un estorbo que peones útiles en su juego, serían implacables. Maia asintió, y siguió a Odo hacia la puerta.

Ya conocía bien la Casa Persim. Había allí doncellas Yuquinn, cocineras Venn y criadas Bujul, todas las cuales parecían felices y contentas en sus nichos heredados,

sin necesitar ninguna orden ni incentivo para anticipar cualquier capricho Persim. ¿Por qué no? Cada una de ellas descendía de una var que había servido intachablemente, y había sido recompensada con un tipo de inmortalidad. Una inmortalidad que podía terminar en el momento en que las Persim acabaran con su patrocinio. No haría falta violencia ninguna. Ninguna tendría siquiera que ser despedida. Las Persim sólo tenían que dejar de patrocinar caros apareamientos de invierno para sus empleadas, y luego esperar el breve intervalo de una generación o dos.

¿Era una relación depredadora? ¿Injusta? Maia dudaba que las Yuquinn o las Venn lo vieran así. De habérselo planteado en esos términos, sus linajes habrían terminado con la muerte natural de sus primeras antepasadas var.

En los últimos tiempos, Maia había adoptado la actitud de Renna. Todo esto estaba bien diseñado, era lo más natural posible y, desde otro punto de vista, era sorprendente.

.Ya no soy una hija de Lysos, advirtió..*Nunca me ajustaré a un mundo cuya premisa básica no puedo soportar* .

—Aquí dentro —dijo Odo, señalando una puerta doble—. Compórtate.

La amenaza, implícita, fue suficiente. Odo se dio la vuelta y se marchó. Maia entró en el conservatorio, donde la sorprendente mujer de pelo oscuro que había conocido en la ópera repasaba unos papeles ante una mesa carísima que consistía en un armazón de metal que sujetaba paneles de cristal casi perfecto. Mientras una de las hermanas-clónicas más jóvenes de Odo observaba desde un rincón, Brill le señaló una silla.

—Gracias por atenderme. ¿Empezamos?

Maia se sentó.

—¿Empezar qué?

—Tu examen, por supuesto. Empezaremos por un simple estudio de preferencias. Coge estos Impresos. Cada pregunta propone cinco actividades...

—Uh, perdóneme... ¿qué tipo de examen?

Brill se enderezó y la observó enigmáticamente. Maia experimentó una extraña sensación de profundidad.

Como si la mujer ya viera claramente a través de ella, y no tuviera ninguna necesidad real de exámenes.

—Un test de aptitudes ocupacionales. He accedido a tu expediente escolar en Puerto Sanger; indica un trabajo preparatorio adecuado. ¿Hay algún problema?

Maia casi se rió en voz alta. Entonces dudó..*¿Es un truco? ¿Es posible que haya sido enviada por Iolanthe Nitocri y sus aliadas?*

Pero entonces Odo habría comprobado la buena fe de Brill. Se suponía que el reducido Servicio Civil de Stratos estaba por encima de la política; sus examinadoras

podían ir a todas partes. Si aquello era un truco, Brill lo hacía verosímil. Maia decidió seguirle el juego.

—Uh, ningún problema. —Miró a izquierda y a derecha—. ¿Dónde están sus calibradores? ¿Medirá los bultos de mi cabeza?

La clon Upsala sonrió.

—La frenología tiene sus seguidoras. Para empezar, sin embargo, ¿por qué no nos dedicamos a esto?

Siguió una implacable confrontación con el papel. Preguntas rápidas sobre sus intereses, gustos, conocimientos gramaticales, conocimientos científicos, climáticos, conocimiento de...

Después de dos horas, se le concedió un breve descanso. Fue al cuarto de baño, comió un bocado, caminó por el jardín para desentumecerse la espalda. Siempre tan profesional, la clon Upsala pasó aquel tiempo procesando los resultados. Si la habían enviado para transmitirle un mensaje de Naroin o de Clevin, ocultaba muy bien el hecho.

—Vi a dos de sus hermanas después de que habláramos en la ópera —comentó Maia, consciente de que una clon Persim las vigilaba—. Una de ellas interpretaba a Fausto...

—Sí, sí. La prima Gloria. Y Surah, a la batuta. ¡Malditas inútiles!

Maia parpadeó sorprendida.

—Me pareció que eran muy buenas en lo que hacían.

—¡Naturalmente que eran buenas! —Brill la miró bruscamente—. El tema es en qué decide una ser buena. Las artes están bien, como afición. Yo toco seis instrumentos. Pero eso no representa ningún gran desafío para una mente madura.

Maia se la quedó mirando. Resultaba muy extraño oír a una clónica despreciar a su propia familia. Aún más extraño era lo que implicaban sus palabras.

—¿Ha dicho decidir? ¿Entonces su clan no...?

—¿Se especializa? —Brill terminó la frase con un zumbido despectivo—. No, Maia. No nos *especializamos*.

¿Continuamos ahora el trabajo?

El regreso a la neutral profesionalidad cortó en seco el interrogatorio de Maia. Brill sacó a continuación una caja de madera, y le pidió a Maia que sujetara dos palancas mientras contemplaba un tubo forrado de cuero en cuyo interior una línea horizontal se mecía adelante y atrás.

Le recordaba un instrumento que había visto en el avión que la trajo de Ursulaborg.

—Esto es un horizonte artificial —empezó a decir Brill—. Tu tarea, mientras yo aumento la dificultad, será corregir las desviaciones...

Una hora más tarde, los ropajes de Maia estaban húmedos de sudor, le dolía el

cuello debido a la concentración, y gimió cuando Brill le indicó que se detuviera.

—Ooooh —comentó sorprendida—. Ha sido... divertido.

La clon Upsala respondió con una breve sonrisa.

—Ya veo.

Después de más pruebas físicas, hubo otra pausa para cenar en el más cercano de los muchos comedores de la Casa Persim. Para irritación de Odo, Brill pareció dar por sentado que estaba invitada a la mesa, por lo que obligó a la matriarca Persim a asistir también, para no quitarle ojo de encima.

No tendría por qué haberse molestado. La conversación no fue nada apasionante, separadas como estaban por una enorme mesa de madera Yarri, un montón de lino bordado y fina porcelana, a la luz de chispeantes candelabros.

Brill no dejó de repasar sus papeles excepto para agradecer meticulosamente a las criadas cada plato servido.

Maia disfrutó del efecto que todo aquello tenía sobre Odo. Claramente, la matrona consideraba la visita de la examinadora un movimiento de ajedrez realizado por las contrarias a su facción, y estaba que se moría por saber cuál era. Además, era evidente que Odo se sentía frustrada por tener que malgastar tanto tiempo preocupándose de un simple peón.

¿Era eso todo? ¿Un gambito para hacer perder tiempo a la enemiga? Si era así, Maia se sentía encantada de ayudar. Los exámenes eran agotadores, pero resultaban una diversión agradable. Sólo deseaba que Brill pareciera más sensible a sus esfuerzos por dar a entender mensajes que fuesen transmitidos a Naroin y a su padre.

—Las Upsala son muy curiosas —comentó Odo mientras retiraban el plato principal, y apuraba su tercer vaso de vino—. ¿Sabes algo de ellas, niña del verano?

Maia sacudió la cabeza.

—Déjame informarte entonces. Son un clan de éxito según los cánones, y alcanzan cien...

—Ochenta y ocho adultas —la corrigió Brill, observando relajadamente a Odo.

—Y según mis fuentes su fortuna es sólida. No de primera fila, pero sólida. Hay dos Upsala en el Consejo Reinante, y cuarenta y nueve ocupan sillas de sabia en diversas instituciones; diecinueve en la propia Universidad de Caria, en varios departamentos. Y sin embargo, ¿sabes qué es lo más peculiar en ellas? —Una criada volvió a llenar el vaso de Odo mientras se inclinaba hacia delante—. ¡No tienen ninguna mansión! No poseen casa, ni terrenos, ni criadas. ¡Nada!

Maia frunció el ceño.

—No comprendo.

—¡Todas viven por su cuenta! En casas o apartamentos que compran como *individuos*. Cada una se gana la vida. ¡Cada una establece sus propios acuerdos de potenciación con hombres individuales! ¿Y sabes por qué? —Odo soltó una risita

—. ¡Se odian a muerte!

Cuando Maia se volvió a mirar a Brill, la examinadora se encogió de hombros.

—La típica historia de éxito en Stratos no sólo exige talento, educación y suerte para encontrar un nicho. El gregarismo es otro requisito común... autosacrificio por el bien de la colmena. La solidaridad fraternal ayuda a un clan a sobrevivir.

Los nervios y el alcohol habían transformado a Odo, normalmente serena, que se rió roncamente.

—¡Bien dicho! Muchas veces una joven var inteligente consigue poner algo en marcha, sólo para ver cómo lo estropean sus propias hijas. Sólo aquellas que están en paz consigo mismas pueden usar de verdad el Don de las Fundadoras.

Maia recordó las incontables veces que Leie y ella se habían peleado mientras crecían. Lo habían atribuido a la dura situación de la educación veraniega, ¿pero era así? ¿Podía el tenso afecto entre ellas *empeorar* con la prosperidad, en vez de convenirse en un perfecto trabajo de equipo? Maia sintió un imperativo evolutivo en funcionamiento. A lo largo de generaciones, la selección favorecería la tendencia de llevarte bien con distintas versiones de *ti misma*. Si era así, el plan de las gemelas siempre había sido discutible, de éxito tan improbable como la escarcha en verano.

—Hay excepciones —intervino esperanzada—. Su clan lo consigue, de algún modo.

Brill suspiró, como si el tema la aburriera.

—Con el tiempo, las Upsala aprendimos a mantener las funciones necesarias de un clan evitando toda cortapisa o restricción.

—Quiere decir que celebran grandes reuniones, una vez cada año de la Vieja Tierra. ¡La mitad de ellas no asisten, envían abogadas! —Odo parecía encontrarlo divertido—. Ni siquiera les gustan sus propias hijas clónicas.

Por eso su número crece tan despacio...

—¡No es verdad! —exclamó Brill, mostrando la primera emoción fuerte que Maia veía en ella. La mujer se detuvo a recuperar la compostura—. Todo va bien hasta la adolescencia, cuando... —Se calló por segunda vez, y terminó en voz baja—. Me llevo muy bien con mis otras hijas.

—Tus *vars*, quieres decir. Ésa es otra cosa. ¡Las Upsala prefieren la reproducción veraniega! Eso les da popularidad entre los hombres, claro.—El habla de Odo se volvió pastosa mientras tomaba más vino.

—Su forma de vida nunca funcionará en el campo —le dijo Maia a Brill, fascinada.

—Cierto, Maia. La vida en la ciudad ofrece servicios públicos, muchas posibilidades de carrera...

—¡Háblale de posibilidades de carrera! ¿No escogéis todas profesiones distintas porque odiáis incluso encontraros por la calle?

Mientras Odo se reía, Maia se las quedó mirando. Al parecer, las Upsala sobresalían en todo lo que se proponían, empezando de cero con cada vida clonada. Maia se preguntó si Renna, su difunto amigo, se había topado con aquella maravilla durante su estancia en Caria. Si no cargaban con el lastre de una tendencia defectuosa, las Upsala bien podían llegar a poseer toda Stratos algún día. No era extraño que la presencia de ésta pusiera nerviosa a Odo, a pesar de la profesión escogida por Brill, aparentemente Inocua.

En su caso, el genio superó una carencia de armonía. Leie y yo no somos genios, pero tampoco nos odiamos.

.Tal vez una postura intermedia sea posible. Si las dos salimos con vida de este lío, quizá podamos aprender de las Upsala .

Brill sacó un reloj de bolsillo y se aclaró la garganta.

—Ha sido francamente agradable, ¿verdad? ¿Podemos volver ahora al trabajo? Me gustaría acabar pronto. Mi niñera me cobra el doble después de las diez.

La siguiente serie trató del «talento criptomatemático». de Maia, o su imprevista afinidad hacia juegos como la Vida. Durante una hora, se enzarzó en batallas en miniatura en una pantalla computerizada como la de Renna, intentando (normalmente en vano) impedir que el artilugio sembrara el caos en sus pautas. Brill no dejaba de pedirle a Maia que emplease nuevas «reglas de repetición», modos de hacer las cosas progresiva y luego imposiblemente difíciles. Fue un ejercicio tenso y cansado de hacer conjeturas y de habilidad. A Maia le encantó... hasta que las pautas empezaron a difuminarse y su capacidad de aguante se agotó.

—¿Por qué me hace esto? —gimió al final.

—Se sospecha que tal vez puedas calificarte para un nicho —respondió Brill secamente, tras desconectar la máquina.

Maia se frotó los ojos.

—¿Qué nicho?

Brill hizo una pausa.

—Puedo decirte lo que no debes esperar. No esperes entrar en la universidad basándote en tu talento para las pautas y los sistemas de símbolos. Si se transmite a lo largo de generaciones, una hija del invierno tuya podría solicitarlo sobre esa base, pero para ti ya es demasiado tarde para ser matemática.

.Gracias, pensó Maia, con una amargura que la sorprendió..¿Quién lo ha pedido, de todas formas?

—Aún más, parece tener un potencial de acción demasiado alto para la vida contemplativa —continuó Brill, estudiando una gráfica—. Eso no es un inconveniente para mi cliente, aunque otros factores...

Maia se incorporó rápidamente.

—¿Clienta? ¿Quiere decir que esto no es para el Servicio Civil? —Notó que la clon Persim se acercaba, súbitamente alerta. Brill se encogió de hombros, como si no importara.

—He sido enviada por una miembro de mi propia familia que busca trabajadoras para una nueva empresa.

Sinceramente, es un nicho un poco descabellado, en modo alguno seguro.

—Pero... —Maia sintió furia en el tenso silencio de la clon Persim—. Odo supuso que esto era para...

—No soy responsable de las suposiciones de Odo. Cualquier patrona potencial puede contactar con el servicio examinador. Esto poco tiene que ver con las actuales luchas políticas del clan Persim, así que Odo no tiene motivos para preocuparse. ¿Volvemos al trabajo? Nuestro último punto será...

—¡Soy una buena navegante! —estalló Maia—. Y soy bastante hábil con las máquinas. Mi gemela es mejor. Somos gemelas de espejo, ya sabe. Así que tal vez... entre nosotras... —La voz de Maia se apagó, sofocada por la vergüenza debida a su estallido. Algún resto infantil al acecho había saltado, planteando un caso que ya ni siquiera le importaba.

—Esos factores pueden ser relevantes —comentó Brill al cabo de un momento. Hubo un breve destello de amabilidad en los ojos de la examinadora—. El último punto es un ensayo. Quiero que describas tres episodios en los que resolvieras acertijos de puertas para entrar en cámaras ocultas. Anota sucintamente qué factores, lógicos e intuitivos, te guiaron hasta alcanzar las respuestas correctas. Limita cada respuesta a un centenar de palabras.

Coge el lápiz. Empieza.

Maia suspiró y empezó a escribir. Al parecer, todo el mundo conocía sus aventuras en la isla de Jellicoe.

Ahora el lugar había vuelto a las mismas manos conservadoras que habían mantenido durante siglos el Centro de Defensa. Pero el secreto se había destapado.

... así que nuestro éxito ante la puerta de metal rojo fue en parte debido a la suerte, escribió.. *Una vez oí unas palabras que me hicieron intuir lo que podían significar los símbolos de los hexágonos...*

Maia sabía que no estaba exponiendo sus ideas de forma coherente. Pensar en Jellicoe también le recordó problemas más reales que aquellas estúpidas pruebas. ¡Si al menos Leie y Brod hubieran advertido la gradual transición de poder que tenía lugar allí, y hubieran escapado con las amigas de Naroin mientras aún era posible!

Ahora, al parecer, era demasiado tarde.

Maia terminó de describir la puerta escarlata que Brod y ella habían descubierto en la cueva marina, y pasó a resumir su lógica en el auditorio del santuario. Empezó reconociendo el mérito de Leie y del desgraciado navegante por su contribución en la

resolución del acertijo que llevó al descubrimiento del Gran Formador. Pero eso también significaba compartir la culpa por lo que siguió: la violenta invasión de aquellas instalaciones ocultas, que obligó a Renna a interrumpir sus preparativos e intentar aquel mortal lanzamiento prematuro hacia un terrible cielo azul.

.Es culpa mía. Sólo mía. Tuvo que cerrar los ojos e inspirar profundamente..*No puedo pensar en eso ahora* .

Guárdalo. Guárdalo para más tarde.

Maia terminó aquel segundo resumen y lo colocó encima del primero. Contempló la tercera hoja en blanco, y alzó la cabeza, aturdida.

—¿Cuál es la tercera cerradura con acertijo? No recuerdo...

—La primera. Cuando tenías cuatro años. Para irrumpir en el almacén de tus madres.

Maia se la quedó mirando, sorprendida.

—¿Cómo sabe...?

—Eso no importa. Por favor, termina. Este test mide la respuesta espontánea bajo presión, no la habilidad o la perfección del recuerdo.

Maia sospechaba que la jerga escondía algo; había un significado oculto en las palabras, pero se le escapaba.

Suspirando, se inclinó para anotar lo que podía recordar de aquel lejano día, cuando el chirriante montacargas llevó por última vez a dos jóvenes gemelas a las catacumbas situadas bajo las cocinas Lamai.

Maia llevaba en la mano un garabato con la solución, su último esfuerzo por derrotar la testaruda cerradura.

Mientras Leie sostenía una linterna, presionó las figuras de piedra (serpientes enroscadas, estrellas, y otros símbolos) que encajaron en su sitio con un chasquido, una a una. Ambas hermanas contuvieron el aliento mientras la desafiante puerta de acero se apartaba por fin para revelar...

.Huesos. Fila tras fila de ordenados huesos. Fémures. Tibias. Peronés. Cráneos sonrientes. Maia dio un salto atrás, y el sorprendido grito de Leie sacudió los estantes de botellas de vino que había tras ellas. Con los ojos desorbitados entraron temblorosas en la cámara secreta, boquiabiertas ante generaciones y generaciones de antepasadas... cada una las cuales había sido genéticamente su propia madre. Había un montón de madres allí abajo.

El osario era frío, silenciosamente extraño. Maia no vio afortunadamente esqueletos completos. El sentido del orden Lamai, que había clasificado y colocado los huesos según su tipo, hacía más difícil imaginarlos retorciéndose para cobrar vida y vengarse.

Había otras cosas ocultas en la cámara. Cajones helados contenían polvorientos registros. Luego, hacia el fondo, encontraron más artículos amenazantes. Armas.

Viciosas máquinas de muerte, prohibidas a las milicias familiares, pero almacenadas para cumplir el lema del Clan Lamatia: «Mejor seguras que arrepentida»..

Después, ambas gemelas tuvieron sueños espeluznantes, pero pronto sustituyeron los remordimientos por bromas desdeñosas hacia aquella gran cadena de individuos que conducía a un mítico y perdido conjunto de abuelos genéticos. La intermediaria *.la persona Lamai*) había conquistado el tiempo, pero al parecer nunca podría superar su profunda inseguridad. En el fondo, lo que Maia recordaba mejor eran los meses pasados en la resolución del acertijo..*Una vez resuelto, comprendió,.un rompecabezas que había parecido atractivo resulta demasiado a menudo insípido .*

Después de que Brill se fuera a casa, Maia se metió entre las sábanas de seda, agotada, pero incapaz de dejar de pensar..*También Renna era inmortal a su modo. Lysos habría considerado tonto su método, igual que él el suyo .*

Quizás ambos tenían razón.

Por fin logró quedarse dormida. No soñó, pero sus manos se retorcían, como sintiendo una vaga pero potente necesidad de coger herramientas.

Al día siguiente amaneció extraño mientras Maia observaba la escarcha evaporarse de las flores del jardín, perfumando el aire con aroma de rosas y soledad. Cuando Odo la recogió para dar el paseo diario, ninguna de las dos mujeres habló. Maia seguía reflexionando sobre las palabras de despedida de Brill Upsala de la noche anterior.

—No puedo decir mucho sobre la empresa —comentó la examinadora, refiriéndose a la que preparaba su clan—. Excepto que tiene que ver con transportes y comunicaciones por medio de técnicas tradicionales mejoradas. —La sonrisa de Brill era débil, amarga—. A nuestro clan le gusta todo aquello que nos permita extendernos más y más.

—¿Entonces no tiene nada que ver con el Formador, o con la lanzadera espacial?

Los ojos verdes de Brill destellaron.

—¿Qué te ha dado esa idea? Oh. Porque yo estaba con Iolanthe y los Pinniped la otra noche. No, sólo fui a que me presentaran. En cuanto a los hallazgos de Jellicoe, han sido sellados por orden del Consejo. —Brill alzó su mochila—. Tendrías que haber sabido que no había otra posibilidad. La inercia de un dragón no cambia por tirarle de la cola.

Consciente de la presencia cercana de la clon Persim, Maia hizo una última pregunta, ya en la puerta.

—Sigo sin saber por qué sabía lo de nuestra visita al osario de Lamatia. Las Lamai no llegaron a averiguarlo nunca, ¿no?

—No que yo sepa.

—Entonces debe de haber hablado con Le...

—No hagas suposiciones —cortó la otra mujer. Luego, tras un segundo de silencio, extendió la mano—. Buena suerte, Maia. Espero que volvamos a vernos.

No fue difícil interpretar el significado de Brill..*Espero que volvamos a vernos... si sobrevives.*

Recordó esas palabras mientras el carruaje conducía a Maia y a Odo al pórtico de mármol de la Cámara del Consejo. Había menos manifestantes con pancartas, que colgaban más flácidas que nunca. No había ningún signo de Naroin o de su padre.

.La huelga está fracasando, comprendió Maia. Aunque aún fuera activa en la costa, ¿cómo podían hombres mal organizados vencer a los grandes clanes y recuperar cosas olvidadas siglos antes? ¿Qué significaban de todas formas los antiguos Guardianes, o el Gran Formador, para el marinero medio? ¿Cuánto tiempo puede sostenerse la pasión por una afrenta abstracta, sucedida casi un millar de años antes?

Algo inquietante se le ocurrió. El examen de Brill había evaluado muchas de las habilidades necesarias para ser piloto o navegante de un barco. ¿Podría ser parte de un plan para reclutar esquirols? Había suficientes marineras para cubrir la dotación de algunos cargueros, después de todo. Sin oficiales, esos barcos pronto se irían a pique, ¿pero y si se encontraran mujeres como sustitutas para el puente también?

.Me negaría, juró Maia..*Aunque resultara ser la única cosa para la que he nacido, nunca ayudaría a privar a los hombres de su único nicho, su único motivo de orgullo en el mundo. La solución Perkinita sería más piadosa .*

Sabía que se apresuraba al sacar conclusiones. La situación la volvía paranoica y depresiva.

Mientras contemplaba la débil manifestación, vio a Odo sonreír.

Al día siguiente llovió y no hubo paseo por el parque. Maia intentó leer, pero la lluvia le recordaba a Renna.

Curiosamente, le resultaba difícil visualizar su rostro..*De todas formas, se habría marchado tarde o temprano, se dijo..Nunca habrías tenido con él nada duradero .*

¿Se le endurecía el corazón? No, aún lloraba por su amigo, y lo haría siempre. Pero se debía a los vivos. A Leie. Y echaba muchísimo de menos a Brod.

Esa noche, Maia se despertó al oír hablar en el pasillo. Oyó pasos, y las sombras ocultaron brevemente la línea de luz bajo la puerta.

—... *.Sabía que no podía durar!*

—Todavía no ha terminado —comentó otra voz, más cautelosa.

—¡Viste los informes! Los hombres aceptan la oferta y se contentan con ella. ¡Trasladaremos nuestros cargamentos antes de la primavera!

Las palabras y los pasos se alejaron. Maia apartó las mantas y corrió hacia la puerta en camisón, a tiempo de ver tres figuras doblar una lejana esquina, todas Persim, de diversas edades. Tras un momento de tentación, Maia decidió no seguir las

y se volvió por donde había venido, sin hacer ruido al pisar con sus pies descalzos la alfombra tejida a mano. Ya no había guardianas que la retuvieran prisionera. O bien se sentían seguras de su presa, o les importaba menos lo que hiciese.

Dejó atrás el vestíbulo principal de aquel ala y pasó a la siguiente, donde unas escaleras conducían a una antigua torre.

Oyó voces que subían. Maia se agazapó entre las sombras cuando divisó a otra pareja de Persim.

—... no estoy segura de que me guste sacrificar tanto, maldición.

—Diez es lo mínimo que las Reece dicen que aprobarán. A veces hay que confiar en tu clan de abogadas.

—Supongo que sí. Pero vaya farsa. ¡Sobre todo cuando hemos ganado!

—Mm. Es duro para las que pierden. Me alegro de no ser yo.

La pareja pasó ante Maia, y la segunda voz continuó con un suspiro.

—Clan y causa, eso es lo que cuenta. Que la ley tenga su...

Cuando el camino quedó despejado, Maia subió corriendo las escaleras. El primer rellano estaba a oscuras, y supo que su objetivo se encontraba más arriba. Desde su habitación, había visto una luz encenderse muchas veces, acompañada por los ecos de tensas discusiones. Esa noche había habido júbilo.

Tres pisos más arriba, encontró unas puertas abiertas. Una bombilla eléctrica brillaba bajo una pantalla de pergamino, proyectando sombras sobre los altos estantes de la biblioteca. Había una recargada mesa de madera llena de papeles, rodeada de sillas de metal tapizadas de cuero en aparente desorden. Presumiblemente, lo limpiarían todo por la mañana.

Maia entró, vacilante. A su juicio, era una habitación más impresionante que el palacio de la ópera. Anhelaba los volúmenes que cubrían las paredes, pero se acercó primero a los restos de la reunión, y alisó trocitos de papel arrugado y páginas al parecer arrancadas de libros de cuentas cubiertas de cifras... hasta que encontró algo más fácil de interpretar. Otro periódico, completo esta vez.

PROCESO CONTRA LAS SECUESTRADORAS DEL VISITANTE

Los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en los Dientes del Dragón, durante la Semana del Lejano Sol, alcanzaron su clímax hoy cuando la Fiscalía Planetaria presentó cargos contra catorce personas supuestamente responsables del secuestro de Renna Aarons, emisario peripatético del Phylum Homínido. Este hecho, que desembocó en la desgraciada y accidental muerte del alienígena, agravó un desagradable año de tumultos que comenzaron cuando su nave...

Maia se saltó algunos párrafos.

... se espera que las delincuentes aisladas de los clanes Hutu, Savani, Persim, Wayne, Beller y Jopland se declaren culpables, así que no es probable que el caso llegue a los tribunales. «Se hará justicia —anunció la fiscal Pudu Lang—. Si el Phylum aparece alguna vez, no tendrá motivo de queja. Un huésped no invitado provocó acciones desafortunadas de algunas de nuestras ciudadanas, pero éstas habrán sido tratadas según las tradiciones de nuestras antepasadas». A las demandas de un juicio público, las oficiales del Tribunal Supremo replican que no ven necesidad de empeorar una atmósfera ya rayana en la histeria. Mientras las culpables sean castigadas, añadir sensacionalismo no servirá al interés general...

Esto explicaba algunas de las cosas que había oído. La buena noticia era que ni siquiera las ganadoras de la pugna política, el bando de Odo, podrían eludir por completo a los tribunales. Según los estrechos baremos de Stratos, las funcionarias públicas estaban cumpliendo la ley.

Sin embargo, abundaban las ironías. La ley recalca que los hechos habían sido cometidos por personas aisladas. Eso podría haber tenido sentido en el Phylum, pero aquí, las acciones solían ser dictadas por grupos de clanes. Como en las elecciones, la ley pretendía derechos universales, mientras aseguraba los intereses de las casas poderosas.

Había otro artículo.

DOCE COFRADÍAS ACEPTAN UN COMPROMISO

Parecen haberse alcanzado acuerdos en la disputa laboral que ahora paraliza el comercio en Méchant. Al renunciar a sus demandas más absurdas, como el gobierno compartido de la recién creada Reserva Técnica de Jellicoe, las cofradías marítimas han entrado finalmente en razón. A cambio, el Consejo promete erigir un monumento en honor del Visitante, Renna Aarons, y aprobar regulaciones que permitan a tripulaciones masculinas ayudar a componer las dotaciones de varios tipos de naves auxiliares que por tanto...

Así que Brill tenía razón. Los hombres y sus aliadas no podían ir contra la inercia, la tendencia de todas las cosas de Stratos a recuperar el equilibrio. Las cofradías habían obtenido un par de concesiones honoríficas (Maia se sentía especialmente alegre de que Renna fuera honrado), y el bando de Odo en la pugna tendría que sacrificar tal vez a unas cuantas de sus miembros. Sin embargo, Jellicoe era devuelto a sus antiguas guardianas, que ahora reemprenderían tranquilamente sus letales ejercicios, haciendo prácticas para volar en pedazos grandes y desarmadas hielonaves.

Maia miró la foto que acompañaba el artículo.

«Comodoros e inversoras discuten una nueva empres», decía el texto.

Había retratados varios marinos ataviados con galones de oficial, junto con tres mujeres que mostraban una maqueta de barco. Maia se inclinó para mirar con más atención.

—Que me...

Una de las mujeres de la foto era una versión más joven de Brill Upsala, el ansia iluminando sus ojos como fuego. El diseño del estilizado barco no era ninguno que Maia conociera, pues carecía de velas o chimeneas.

Entonces inspiró profundamente.

Era, de hecho, un zep'lin.

¿Es ésta la «nave auxilia». de la que hablan? Pero eso significaría...

Una voz brotó de ninguna parte.

—Bien. Siempre llevando la iniciativa.

Maia giró como un gato, los brazos extendidos. Tras la puerta, en un oscuro rincón de la habitación, una figura solitaria yacía tendida en un diván, con un cigarro en la mano. Una larga columna de ceniza colgaba del extremo encendido.

—Lástima que la iniciativa no te lleve más que a la tumba.

—Eres tú la que va a alimentar al dragón, Odo —dijo Maia con satisfacción—. Tu clan va a echarte la culpa de haber quebrantado la ley.

La anciana Persim se la quedó mirando, luego asintió.

—Nos enseñan a considerarnos células en un cuerpo superior... —Hizo una pausa—. Nunca pensé, hasta ahora... ¿y si una célula no quiere ser sacrificada por el todo?

—Gran noticia, Odo. Eres humana. En el fondo, eres igual que una var. Única.

Odo desoyó el insulto.

—En otro momento, podría haberte contratado, brillante niña del verano. Y habría dejado un diario advirtiéndote a nuestras tataranietas de que traicionen a tus herederas. Ahora me contentaré con una venganza más cálida... llévate conmigo al dragón.

Maia retrocedió un paso.

—Tú... ya no me necesitas. Ni a Leie ni a Brod.

—Cierto. En realidad, ya están en manos de las Nitocri. Su barco atracará antes de una semana.

El corazón de Maia dio un brinco ante la noticia. Pero Odo continuó antes de que pudiera reaccionar.

—Normalmente, te dejaría marchar también, y vería con placer cómo todas tus amistades se marchitan bajo el peso de sus promesas incumplidas, dejándote con un diminuto apartamento y un trabajo, y vagos relatos para contar a las niñas del invierno... sobre la época en que te codeaste con las poderosas.

—Me odias —susurró Maia—. ¿Por qué?

—¿La verdad? —respondió Odo en voz baja y áspera—. Por celos, pequeña var. Por todo cuanto has tenido y yo no pude tener.

Maia se la quedó mirando en silencio.

—Yo le conocía —continuó Odo—. Viril, exhibiendo verano en la estación de la escarcha, y sin embargo con el autocontrol de una sacerdotisa. Pensé que un placer por delegación sería suficiente, y lo llevé a la Casa Beller, con las Beller y mis hijas más jóvenes. ¡Sin embargo, mi alma continuó vacía! ¡El alienígena despertó en mí una envidia enfermiza de mis propias hermanas! —Odo se inclinó hacia delante, los ojos cargados de odio—. Nunca te tocó, pero fue y sigue siendo tuyo. Por eso, mi pequeña virgen, mi clan maldito de Lysos, al que serví toda mi vida, tendrá que pagarme. Quiero tu compañía en el infierno.

Las palabras pretendían ser frías. Pero al intentar asustarla, Odo dio en cambio a Maia un regalo más precioso de lo que imaginaba.

... fue y sigue siendo tuyo...

Maia cuadró los hombros y alzó la cabeza mientras dirigía a Odo una última mirada de piedad que quemaba.

Entonces, simplemente, se dio la vuelta.

—¡No intentes marcharte! —gritó Odo a sus espaldas—. Las guardianas saben...

La voz de Odo se apagó mientras Maia dejaba la habitación silenciosa y a su amargada ocupante. Bajó las escaleras, pero en vez de dirigirse hacia su habitación, continuó hasta la planta baja, y luego cruzó un amplio atrio iluminado bajo estatuas que reproducían docenas de rostros idénticos, sin alegría. Empuñó el pomo de una enorme puerta, que se abrió despacio, pesadamente.

El frío aire del jardín le acarició el rostro, despejando el desagradable olor a humo y a ira. Maia salió a un amplio camino de grava y contempló el cielo. Las constelaciones de invierno titilaban, excepto allí donde la luminosa cúpula del Gran Templo proyectaba un brillante halo justo encima de la colina cercana. Las luces de la ciudad se extendían bajo la acrópolis y por ambas orillas de un río negro con muchos puentes.

El camino cruzaba un parque despejado, y luego dejaba atrás un jardín de antiguos árboles terrestres, para terminar por fin en una verja de hierro forjado emplazada en una alta muralla. Maia se acercó sin ningún sigilo.

Una centinela salió de la garita de guardia, y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó la mujer musculosa y fornida.

—Me marchó.

La guardiana sacudió la cabeza.

—No sé, señorita. Es terriblemente...

—¿Tienes órdenes de detenerme?

—Uh... no desde hace unos cuantos días. Pero...

—Entonces no te interpongas entre otra hija de Lysos y sus derechos.

Era una frase que recordaba de una novela de basura-var y que resultaba irónicamente apropiada. La guardiana se apoyó incómodamente sobre un pie y luego sobre el otro, y finalmente se acercó a la verja. Cuando ésta se abrió, Maia le dio las gracias y salió a una extraña calle, en una ciudad extraña, descalza en mitad de la noche.

Naturalmente, el Clan Persim lo quería así. Ya no les era necesaria; constituía una molestia, en realidad. Pero asesinarla era arriesgado. ¿Y si con aquello recomenzaba la huelga de los marineros? ¿Y si su desaparición impulsaba la perezosa maquinaria de la ley más allá de algún amable umbral de tolerancia? De esta forma, las Persim quizás incluso resolvieran su situación con Odo, que ya no era útil al clan. La huida de Maia podía conducir a que la pieza rota de la colmena terminara las cosas limpiamente, evitando un degradante ritual de sentencias y castigos.

Todavía me están utilizando. Pero estoy aprendiendo, eligiendo los usos con los ojos abiertos.

Y ahora... ¿qué elegiré?

No sería la fundadora de alguna dinastía inmortal, eso lo sabía. Un hogar e hijos eran aún cosas que deseaba, igual que el calor del corazón. Pero no de esa forma. No según los fríos y desapasionados ritmos de Stratos. Si Leie elegía esa ruta, buena suerte. La gemela de Maia era lo bastante lista para fundar un clan, con o sin ella. Pero los objetivos de la propia Maia estaban ahora más allá de todo eso.

Antes, se había declarado libre de todo deber hacia el legado de Lysos. Eso no tenía nada que ver con regresar a las antiguas pautas sexuales, o con preferir los antiguos terrores del patriarcado. Para su mente ya decidida, aquellos temas eran independientes.

Pero había decidido que si no podía vivir en un tiempo de apertura, de ideas y riesgo, entonces podría al menos comportarse como si así fuera: como una ciudadana de una era científica.

No estaba sola. Otras sin duda tenían lo mismo en mente. Brill lo había dado a entender. La concesión «simbólica», conseguida por las cofradías (recuperar para los hombres el derecho a volar) cambiaría Stratos con el tiempo, y había incontables movimientos más para impulsar a la sociedad de formas siempre sutiles. Para frenar gradualmente el poderoso impulso del dragón.

Renna puso las cosas en marcha. Y yo contribuí también. Por su bien y por el mío, seguiré contribuyendo.

Sin embargo, las Upsala y las Nitocri podrían sorprenderse por su reacción, cuando le hicieran una oferta. Ella escucharía, con amabilidad. Pero, por otro lado...

¿Por qué no hacer lo que quiero, para variar?

Era la ironía definitiva.

Se enfrentaba a los desafíos de la independencia voluntariamente, preparada para resistir sola, al mismo tiempo que estaba dispuesta a compartir su corazón.

Parecía una etapa natural de su renacimiento personal, al pasar de la adolescencia a la auténtica madurez.

.Stratos tal vez tardara un poco más, pero también los mundos deben despertar de los sueños ilusorios de constancia. La cuna construida por Lysos ya no protegía, sino que restringía.

Al llegar a un recodo del camino, Maia se encontró frente a un promontorio que daba al oeste. Allí, posándose lentamente más allá de las montañas, estaba la gran nebulosa que las stratoianas llamaban la Garra, conocida en el espacio del Phylum como el Ceño de Dios. En algún lugar de las heladas y vacías extensiones intermedias, enormes naves cristalinas llegaban para acabar con un aislamiento cuyo fin Lysos debió de haber previsto siempre. Sólo entonces quedaría claro si las humanas habían alcanzado allí alguna clase de sabiduría, una nueva pauta de vida digna de ser añadida a un todo mayor.

De repente, el cielo se iluminó con un intenso resplandor. Maia se volvió para mirar hacia arriba, donde una sola estrella latía rítmicamente; cada vez más brillante, llegó a serlo más que ninguna luna, o incluso más que la Estrella Wengel, la señal del verano. Oleadas de color le lastimaron los ojos, haciendo que los entornara, asombrada.

Al principio, Maia pensó que asistía a esa maravilla ella sola, en una ciudad de cien mil almas.

Entonces llegaron los sonidos: puertas abriéndose, personas saliendo de sus casas y mansiones, murmurando mientras se volvían al cielo y señalaban. Mujeres y niñas (y esporádicamente algún hombre) salieron a las calles, señalando al cielo, algunas temerosas, otras asombradas.

Tardaron horas en asegurarse, pero al amanecer pudieron confirmarlo. La chispa se movía. Dejaba a la gente de Stratos sola una vez más.

Temporalmente.

PALABRAS FINALES

Este libro comenzó contemplando lagartos. Concretamente varias especies del suroeste americano que se reproducen partenogenéticamente: las madres dan a luz a hijas clónicas.

Copias perfectas de sí mismas. A partir de ahí, descubrí los áfidos, insectos diminutos agraciados con dos tipos de reproducción. Durante los periodos de plenitud y estabilidad, se autoclonan, produciendo múltiples duplicados, como si fueran diminutas fotocopiadoras. Pero cuando los buenos tiempos se acaban, pasan rápidamente al anticuado apareamiento sexual, y tienen hijas e hijos cuya imperfecta variedad es la argamasa de la supervivencia de la naturaleza.

Estos milagros de diversidad me hicieron preguntarme: ¿Y si los humanos pudiéramos hacer lo mismo?

La idea de la clonación ha sido explorada ampliamente en la ficción, pero siempre en términos de tecnología médica donde aparecen complejas máquinas, esa obsesiva afición por parte de los muy ricos. Esto puede servir a una clase mimada y obsesionada durante algún tiempo, pero no es un proceso en el que una especie pueda confiar tanto en los malos momentos como en los buenos. Al no ser una forma de vida, la clonación asistida mecánicamente es la contrapartida biosocial de los *hobbies*.

¿Y si la autoclonación fuese en cambio otra de las muchas sorprendentes capacidades del útero humano? Una premisa interesante. Pero claro, de los humanos, sólo las hembras tienen útero, por lo que una reflexión sobre la clonación derivó en una novela sobre unas relaciones radicalmente diferentes entre los sexos. La mayoría de los aspectos de la sociedad del planeta Stratos surgieron de esta idea.

Hoy en día, nada es políticamente neutral. Los lagartos a los que me refería antes han sido citados hace poco en un tratado feminista radical, interesante aunque provocador, que planteaba la pregunta: «¿Quién necesita a los hombres, al fin y al cabo?». Muchas veces, a lo largo de los tiempos, filósofas insurgentes han propuesto conseguir la independencia a través de la segregación. Dada la situación de incontables mujeres y niños en el mundo, apenas cabe reprochárselo. De hecho, el nombre «Perkinit» se debe a Charlotte Perkins Gilman, cuya novela *Herland* es una de las mejores y más enérgicas utopías separatistas jamás escritas. Su aislacionismo sexual es mucho más suave que la doctrina extremista que yo describo, y que da mal uso a su nombre en el planeta Stratos.

Por desgracia para las segregacionistas sexuales (aunque no, tal vez, para los hombres) la biología tiende a frustrar una secesión simplista. Los mamíferos parecen requerir un componente masculino a un nivel más profundo que los insectos, los peces, o los reptiles.

Estudios recientes indican que los «genes procesados por los macho». desencadenan importantes procesos de desarrollo fetal. Por tanto, aunque la autoclonación sin máquinas fuera posible, la concepción podría seguir requiriendo al menos la intervención testimonial de los hombres.

De todas formas, las historias que excluyen totalmente a los hombres resultan casi tan ridículas como las que invierten burdamente el planteamiento, con ingenuas fantasías de inversión de roles. (¿Guerreras amazonas luchando por harenes de fornidos pero mansos hombres-objeto? El subgénero es una notable fuente de diversión, pero no tiene ninguna relación con la manera en que funciona la biología en este universo). Por otro lado, no hay motivos científicos para no mostrar a los varones relegados a un papel secundario en la historia, convertidos en una clase social periférica, como con demasiada frecuencia ha sucedido a las mujeres en nuestra propia civilización. Los hombres siguen siendo hombres en Stratos, con alguna alteración más o menos. Su sociedad no está diseñada a propósito para oprimirlos, sólo para terminar la era de dominación y lucha que acompañaron el patriarcado. En consecuencia, la gente de Stratos se pierde algunas de las alegrías que buscamos (y a veces encontramos) en la vida familiar monógama. También se evita mucho dolor familiar.

¿Haría la autoclonación que los linajes imitaran la vida social de las hormigas o las abejas, viviendo en «colmena». con hermanas genéticamente iguales? También esta idea ha sido tratada antes, a menudo aplicando la conducta de las hormigas a cuerpos bípedos. En Stratos, las hijas de un antiguo clan demostrarían una solidaridad y un conocimiento de sí mismas inimaginables para vars como nosotros, pero eso no las convertiría necesariamente en autómatas, ni dejarían por ello de ser humanas.

Intenten verlo desde su punto de vista. Nuestro mundo de variación sexual-genética casi infinita podría parecer demasiado caótico para ser civilizado. Una sociedad de vars sería inherentemente incapaz de planificar más allá de una sola generación... que es exactamente nuestro problema actual, según muchos críticos contemporáneos. La excesiva igualdad de la ficticia Stratos resulta quizá sofocante, pero la falta de sentido de continuidad podría estar acabando con la Tierra real aquí y en estos momentos.

Podrían acusarme de predicar el determinismo genético. Nada más lejos de la realidad.

Hombres y mujeres son criaturas ingeniosas, maravillosamente capaces de aprender. La sociedad stratoiana es tanto una cuestión de evolución social como de bioingeniería. Una de las lecciones de la aventura de Maia es que ningún plan, ningún sistema o estereotipo, puede detener a un individuo que está decidido a ser diferente.

En el extremo opuesto, algunos de los primeros lectores dijeron: «Las mujeres

son por naturaleza cooperadoras. Nunca competirían de la forma en que usted lo describe». Respondo citando las obras de la conductista animal Sarah Blaffer Hardy (autora de *The Woman That Never Evolved*) y de otros investigadores que demuestran que la competitividad es tan propia de los varones como de las hembras. Las mujeres tienen buenos motivos para diferir de los hombres en el estilo, pero habría que estar ciego para decir que su mundo está exento de luchas. El intento de la Colonia de Stratos fue crear una sociedad cuyos mecanismos naturales de retroalimentación *templaran* los inevitables estallidos de egoísmo. Sus Fundadoras buscaron potenciar al máximo la felicidad y reducir al mínimo la confusión de la violencia. Las hazañas de Maia son excepciones que tienen lugar en una época de tensión desusada, pero ilustran que una cultura basada en el inmovilismo pastoral tiene sus inconvenientes.

En otras palabras, no creé la Colonia de Stratos como una utopía ni como una antiutopía.

Muchos occidentales encontrarían el lugar aburrido, pero no más injusto que nuestro mundo.

Aunque espero que mis descendientes vivan en un lugar mejor, pocas culturas dirigidas por los hombres en la Tierra lo han hecho tan bien.

Dejando a un lado ese sentimiento, es peligroso hoy en día para un hombre escribir sobre temas feministas. ¿Atacó alguien el derecho de Margaret Atwood de extrapolar el machismo religioso en *The Handmaid's Tale*? Las escritoras parecen capacitadas para reflexionar sobre las almas de los hombres... algo que apenas sucede al revés. Es una suposición sexista y ofensiva, que no fomenta la comprensión.

Este autor sólo presenta un *gedankenexperiment*, un experimento imaginario sobre un mundo hipotético y concebible. Espero que provoque discusiones.

En otro ámbito, el juego de autómatas celulares, llamado «vid». por sus inventores, es un tema fascinante que decidí incluir en la sociedad stratoiana por diversos motivos. Me tomé ciertas libertades con las reglas, diseñadas originalmente por Conway & Co. en los sesenta, y descritas en los excelentes libros de Martin Gardner (la trama y la historia pueden más que la precisión). Sin embargo, agradezco los consejos del doctor Rudy Rucker y otros, que me ayudaron a corregir los errores más graves.

Más allá de las alegorías obvias de reproducción, creatividad y ecología, el juego permitía discutir sobre el *talento*, y la diferencia esencial entre individuos y promedios. Es absurdo decir que es malo hacer generalizaciones acerca de los grupos. La generalización es un proceso mental natural del ser humano, y muchas generalizaciones son ciertas... *por término medio*.

Lo que a menudo promueve la mala conducta es el hábito perezoso y

desagradable de creer que las generalizaciones tienen algo que ver con los individuos. No tenemos derecho a dar por sentado de antemano que un hombre en concreto no pueda amamantar, o que una mujer en concreto no pueda luchar. O que una muchacha no pueda dominar un juego que durante generaciones fue del dominio de los hombres.

Ya que tengo la palabra, hay una cuestión que lleva algún tiempo molestándome. ¿Por qué tan pocos escritores de fantasía heroica o épica tratan con el problema fundamental de sus novelas: el hecho de que tantas de ellas tengan lugar en culturas que son rígidas, jerárquicas, estratificadas, y en esencia opresivas? ¿Qué tiene de atractivo el feudalismo para que a tantos ciudadanos libres de una comunidad educada como la nuestra les guste leer e imaginar la vida bajo el dominio de señores cuyo poder es hereditario?

¿Por qué tienen que ser el príncipe o la princesa depuestos en cada historia tópica, los elegidos para liderar la lucha contra el Señor Oscuro? ¿Por qué no elegir a un nuevo líder según sus méritos, en vez de aferrarse a los hijos endogámicos de un linaje real fracasado?

¿Por qué no pedir al pomposo y santurrón mago «buen». que haga algo útil, como retretes con cisterna portátiles, o que proporcione electricidad para todas las casas del reino? Si tuvieran la menor oportunidad, los hijos e hijas de los campesinos no querrían vivir siendo siervos. Parece extraño que la gente moderna se aferre a una forma de vida que nuestros antepasados lucharon desesperadamente por evitar.

Sólo Aldous Huxley describió un orden social completamente autoconsistente y estable, aunque glacial. No se tiene ninguna sensación de opresión, ni hay ninguna posibilidad de rebelión, en una sociedad donde la gente nace verdaderamente para su función, como en *Un mundo feliz*.

Puede que también resulte así en Stratos.

Por último, el tema del *pastoralismo* merece algunos comentarios. Incontables libros malos (y algunos muy buenos) han defendido las virtudes de un ritmo más lento y enfatizado la vida pastoral por encima de la urbana, lo predecible sobre el caos, la intuición sobre la ciencia. A menudo, se presenta en términos de sabiduría femenina sobre la avaricia de conocimiento de la rapaz sociedad occidental (léase «masculin»). Un desafortunado resultado ha sido la tendencia a asociar feminismo con oposición a la tecnología.

Esta novela describe una sociedad que es conservadora por diseño, no a causa de alguna razón intrínseca de un mundo dirigido por mujeres (muchas buenas historias han propuesto culturas matriarcales con alta tecnología). En Stratos, el objetivo de las

Fundadoras fue una solución pastoral al problema de la naturaleza humana: una solución que hoy tiene muchos inteligentes y vehementes defensores.

Tienen sus razones. Cualquiera que ame la naturaleza, como es mi caso, lamenta la destrucción causada por los humanos en todo el globo. Las presiones de la vida urbana pueden ser aterradoras, igual que la ambigüedad moral que nos ataca, tanto en casa como a través de los medios de comunicación. La tentación de buscar certidumbres sin complicaciones envía a algunos en busca de terapia, mientras que muchos otros se zambullen en el refugio del fundamentalismo, y otros buscan tiempos mejores Y «más simple».. Ciertos escritores populares prescriben urgentemente regresar a modos de vida.*más antiguos y nobles*.

Modos de vida más antiguos y nobles. Es una imagen encantadora... y una auténtica mentira. John Perlin, en su libro.*A Forest Journey*, cuenta cómo cada cultura anterior, de la tribal a la pastoral a la urbana, provocó calamidades sobre los suyos y su entorno. He estado en la isla de Pascua y he visto el desierto que su pueblo nativo creó allí. El daño superior que causamos hoy se debe a nuestro gran número y poder, no a que haya algo de por sí maligno en la humanidad moderna.

La tecnología produce más alimento y comodidad y permite que mueran menos niños.

«Regresar a los usos antiguo». restauraría un tanto el equilibrio, sí, pero implicaría un holocausto de proporciones inimaginables, seguido por la reanudación de una aplastante miseria jamás experimentada por aquellos que ahora suspiran por las fantasías medievales y los romances neolíticos. Una forma de vida que era desagradable, brutal y casi siempre catastrófica para las mujeres.

Esto no quiere decir que la *imagen* pastoral no ofrezca esperanza. Al defender la naturaleza y un estilo de vida más apegado a la Tierra, algunos escritores pueden estar ayudando a crear el mismo tipo de sabiduría que imaginan que existió en el pasado. Algún día pueden diseñarse culturas pastorales verdaderamente idílicas con el objetivo de proporcionar placidez y felicidad para todos, pero conservando suficiente tecnología para mantener una existencia decente.

Pero para llegar hasta allí el camino se extiende.*hacia delante*, no zambulléndose en un pasado oscuro, pestilente y miserable. Sólo hay un camino al pastoralismo sereno y ecológicamente sano que tantos buscan. Esa ruta pasa, irónicamente, por la feliz consumación de ésta, nuestra primera y última oportunidad, nuestra era científica.

Los comentarios y críticas de mucha gente me ayudaron a eliminar textos aún peores que los que el lector encuentra en esta versión publicada. Algunos de mis inteligentes ayudantes son Bettyann Kevles, Carol Shetler, Jean Lee, Steven Mendel, Brian Kjerulf, Trevor Placker, Dave Clements, Amanda Baker, Brian Stableford, Eric

Nilsson, el doctor Peter Markiewicz, la doctora Christine Carmichael, Jonathan Post, Deanna Brigham, Joy Crisp y Diane Clark; ellos me ofrecieron su inestimable ayuda durante esta fase.

Gracias también a los miembros de Caltech Spectre, que revisaron un borrador inconcluso y me enviaron por correo muchos comentarios mientras mi esposa y yo vivíamos en Francia. Los miembros participantes son Marti DeMore, Kay Van Lepp, Ann Farny, Teresa Moore, Dustin Laurence, Eric C. Johnson, Gorm Nykreim, Erik de Schutter, Steve Bard, Greg Cardell, Stein Sigurdsson, Alex Rosser, Gil Rivlis, Michael Coward, Michael Smith, David Coufal, Dustin Laurence, David Palmer, Andrew Volk, Mark Adler, Gregory Harry, D. J. Byrne, Gail Rohrbach, Carl Dersheim y Vena Pontiac.

Por sus consejos técnicos sobre biología, así como por sus críticas generales, doy las gracias a Karen Anderson, Jack Cohen, el profesor William H. Calvin, Janice Willar, el doctor Mickey Zucker, y los profesores Jim Moore, Carole Sussman y Gregory Benford.

Como siempre se merecen un agradecimiento especial Ralph Vicinanza y Lou Aronica, así como Jennifer Hershey, Betsy Mitchell, y Amy Stout por su paciencia, Gavin Claypool por su inestimable ayuda, y, sobre todo, la doctora Cheryl A. Brigham, sin los cuales nada de lo bueno habría sido posible. Échenme a mí la culpa de todo lo malo.



David Brin, nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia ficción moderna. Licenciado en física y doctor en ciencia espacial, posee una sólida formación científica y ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego. Brin domina también el arte literario y narrativo como pocos. A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista *Locus* como su autor de ciencia ficción favorito; incluso por encima del popular Orson Scott Card. Brin, junto con Benford y Bear, representa hoy el punto culminante de la madurez narrativa y estilística de la ciencia ficción sólidamente inspirada en la ciencia.

Su obra más conocida y famosa es la Serie de la elevación de los pupilos que le ha valido repetidos premios Hugo, Nebula y *Locus*. Tras *MAREA ESTELAR* (1983) y *LA REBELIÓN DE LOS PUPUILOS* (1987), ambas en Acervo, se publicó por fin en España el primer título de dicha serie: *NAVEGANTE SOLAR* (1980, en NOVA

éxito, número 2). Recientemente Brin ha iniciado una nueva trilogía ambientada en el mismo universo. La nueva serie comienza con *BRIGHTNESS REEF* (1995, prevista en NOVA éxito, número 14).

En las obras citadas domina el aspecto literario y la habilidad narrativa, pero la sólida formación científica de Brin se aprecia incluso en obras llamadas «menores», como *EL EFECTO PRACTICA* (1984, prevista en NOVA ciencia ficción, número 90), en la que un profesor universitario es transportado a un mundo alternativo en el que el segundo principio de la termodinámica está invertido y los objetos mejoran con su uso en lugar de deteriorarse. Una idea brillante servida con una técnica

narrativa que recuerda explícita y voluntariamente la ciencia ficción de los años cuarenta y cincuenta.

.EL CARTERO (1985) es una emotiva y brillante aventura que constituye una de las mejores novelas aparecidas en la década de los ochenta. Junto con su amigo Benford, Brin ha publicado también.*EL CORAZÓN*

.DEL COMETA (1985) al amparo de la moda originada por el paso del cometa Halley cerca de la Tierra.

Sus dos obras más recientes resultan francamente ambiciosas y parecen destinadas a dejar huella en la historia de la ciencia ficción. Me refiero a una larga novela sobre el futuro cercano en nuestro planeta,.*TIERRA* (1990, NOVA éxito número 6), y a una inteligente y cuidada especulación en torno a una forma distinta de organizar la relación entre los sexos,.*TIEMPOS DE GLORIA* (1993,NOVA éxito número 9). En este último caso, la originalidad estriba en que Brin ha osado aportar la especulación de un varón a una temática reservada tradicionalmente a autoras femeninas, como Le Guin, Russ, Tepper o Atwood, por citar sólo casos ejemplares.

Brin también ha obtenido varios premios con sus relatos cortos, como el Hugo por *The Crystal Spheres*

(1984) y el Locus por «Thor meets Captain Americ». (1987). Sus primeros relatos están recogidos en la antología.*THE RIVER OF TIME* (1986); otra antología más reciente es:.*OTHERNESS* (1994).

Datos actualizados a partir de *Ciencia Ficción: Guía de lectura* de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, número 28, Ediciones B, Barcelona (1990).

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. La pronunciación en inglés del nombre del lugar, Jellicoe Beacon «Faro Jellico», es igual a la suma de las palabras jelly «jale», bee «abej», y can «lat». o verbo «pode», los signos grabados en las placas. (N. del T).